GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

ZARABANDA EL REINO DE LAS NUBES

LA MAGIA NO ES UN JUEGO

Planeta



GABRIEL TRUJILLO MUÑOZ

ZARABANDA EL REINO DE LAS NUBES



Planeta



Índice

PARTE 1 LAZOS DE SANGRE
Una chispa
El mapa del mundo conocido
La prima Arlinda
El cuchillo de hueso negro
El Valle de los reyes caídos
Más allá del horizonte
Que el fuego crezca, que la confusión aumente
En casa ajena
Cloacas
La voz de las raíces
Duelo bajo la luna
Una historia de familia
Conciliábulo
El libro de cuero negro
El oráculo
La magia original
Plata impura
Preparativos
Una advertencia

Aldea en llamas
El ojo, el corazón
Malas noticias para el imperio
Escapatoria
Al rojo vivo

PARTE 2 HACIA EL FUEGO
Palomas mensajeras
La isla en medio del lago
Decisiones al filo de la muerte
Los días oscuros
El bosque enrevesado
El mensajero del emperador
Crepitaciones
Escaramuzas
La posada de Jaco
El último recurso
Un nuevo impuesto
El enfrentamiento
La manada de lobos
Lo justo, lo humano
Las leyes de la frontera
Las nubes negras
Marfilia, la mil veces protegida
El palacio imperial
Los libros ocultos
El pánico
Una sorpresa familiar
Ataque nocturno
Los vigilantes
Jardines, bosques, selvas
Hacia el norte

La encrucijada
Tierras enemigas
La línea de fuego
Picos y redes
Las aguas turbulentas
Los misterios vegetales
Brebaja
Los pasillos del poder
Golpe palaciego
Otras hermandades
Los augurios
El agua de los sueños
La batalla de los puentes
La horda de fuego
Atacalmas
Jirones, nubes, fauces
La persecución
El diluvio
El bramido del viento

PARTE 3 DE RELÁMPAGOS Y BATALLAS
El reino de las nubes
El faro de la luz del tiempo
El bosque de las estruces
El farero
El autómata
El mar muerto
El devastador
La rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos
Discrepancias
La frágil esencia del mundo
El cementerio

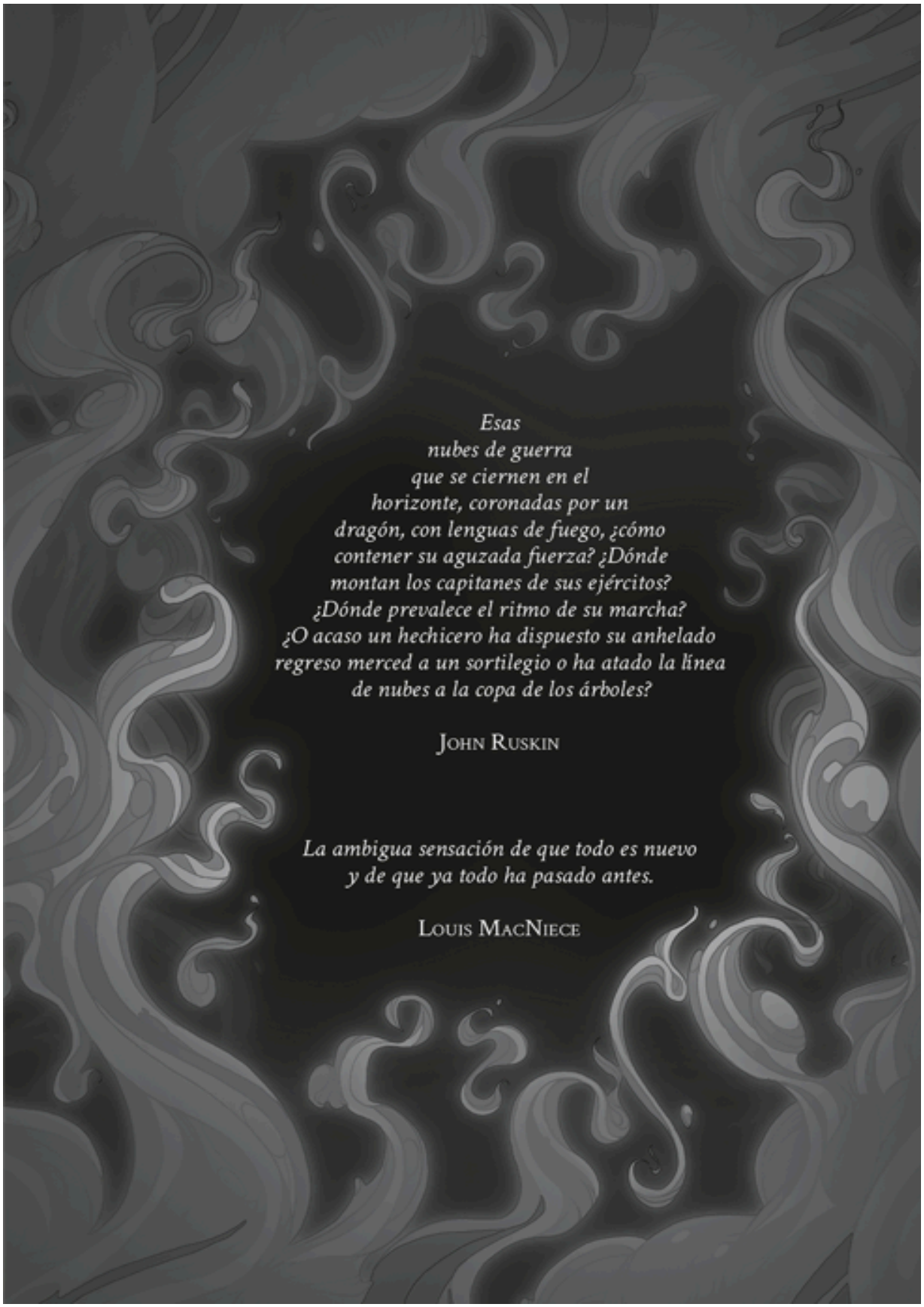
La otra explosión
La batalla de Marfilia
Las hijas del páramo
Las cenizas del imperio
Los mastines del Caos
La magia de la agonía
La lucha final

PARTE 4 LAS LEJANÍAS
Peripecias en el fin del mundo
Las peticiones de Itoret
El primer recuerdo
El segundo recuerdo
El tercer recuerdo
El fuego detrás del fuego
Las tierras lejanísimas
El llamado incesante
La pira funeraria
El fuego y la muerte
Hacia un nuevo mundo
La reconstrucción
El puente de Tamar
Padre e hijo
El descanso del guerrero
Tantas cosas por hacer
De vuelta a casa
Alguacil de la frontera
¿Y eso es todo?
Una vida está en mis manos

PARTE 5 RESCOLDOS
Hogar, dulce hogar

Una visita de cortesía
Los largos días por venir
Breve glosario de lugares de Zarabanda
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Desde el palacio de la Fantasía,
este libro está dedicado
a Blanca Martínez, Elisa López
y a las dos Silvias:
Moreno y García



Esas
nubes de guerra
que se ciernen en el
horizonte, coronadas por un
dragón, con lenguas de fuego, ¿cómo
contener su aguzada fuerza? ¿Dónde
montan los capitanes de sus ejércitos?
¿Dónde prevalece el ritmo de su marcha?
¿O acaso un hechicero ha dispuesto su anhelado
regreso merced a un sortilegio o ha atado la línea
de nubes a la copa de los árboles?

JOHN RUSKIN

La ambigua sensación de que todo es nuevo
y de que ya todo ha pasado antes.

LOUIS MACNIECE



En el centro mismo de Zarabanda un corazón palpita, el árbol de las protecciones y las salvaguardas se estremece ante los variados acontecimientos que tienen lugar en el mundo. Sus raíces las alimenta la tierra más profunda. Por su tronco enhiesto pulsa la savia de la vida. En su fronda se ocultan los tesoros del tiempo. En su ramaje se mantiene el equilibrio entre lo real y lo maravilloso, entre lo terreno y lo cósmico. Zarabanda respira pausadamente. Está despierta y se observa a sí misma. Percibe un volcán naciendo en la corteza del mundo. Descubre un mar que va cobrando vida. Advierte un bosque susurrando la canción del viento, un aire purificándose, una nube dando vueltas, una orlava naciendo en la cumbre de las montañas nevadas, un caballo pastando en la pradera, una jauría de lobos al acecho. Zarabanda es un espíritu que contiene universos enteros, un sueño compartido por todos los seres vivos. Mientras su corazón pulse, nada está perdido. Porque el corazón de Zarabanda es el credo de todos nosotros, la luz que nos guía, la fuerza de nuestro contento. Por eso aquí contaré cómo fueron los tiempos de la última calamidad, los aconteceres que padecimos en aquellos días de fatiga y golpes y temores y esperanzas. Para que los lectores de este libro sepan qué percances fueron los nuestros, qué terrores enfrentamos cuando la desesperación nos zarandeaba, cuando el dolor crecía sin parar. Quise relatar lo vivido como una forma de restañar nuestras heridas, de curarlas por dentro. Mi intención al escribirlo es dejar constancia de que incluso en la oscuridad más honda, en los tiempos más aciagos, no todo muere en vano, no todo se pierde en el olvido.

¿Empezamos?

Sarifa de Leztlán
Historia de Zarabanda para lectores curiosos

PARTE 1

LAZOS DE SANGRE

Los mejores
días de la vida son
aquellos en que no pasa nada,
en que llevas a cabo tus rutinas sin
interrupciones, sin sobresaltos. Cuando
el día es perfecto para estar con tu familia,
para irte de pesca, para comer en paz. Y si
a eso le agregas un sol espléndido, una brisa
tibia, el agua que canta al transitar, ¿qué más
puedes pedir? Pero el mundo carece de tales
perfecciones, no sigue nuestros deseos al pie de la
letra. Donde hubo sol ahora hay nubes de tornado.
Donde hubo paz ahora hay barruntos de guerra.
Y esa familia que comía, feliz, a la orilla del río,
¿qué pasó con ella?, ¿dónde está? Si el mundo
fue un sitio mejor para vivir, una morada
para todos, ¿cómo terminamos habitando sus
ruinas?, ¿cómo acabamos zarandeados por
la ambición, el odio, la crueldad?

Irina Solandra
Las raíces de nuestro tiempo



Una chispa

Paso a paso, la figura bajó con tiento por el escabroso sendero del barranco. Cuando llegó al fondo escudriñó las ruinas que se mostraban frente a ella. Con solo verlas supo que nadie había andado por ese mausoleo en centenares de años. La oscuridad se aglomeraba a su derredor, como un espectro le susurraba maldiciones antiquísimas en una lengua que ya no se usaba, pero que aún infundía terror a quien la oyera. Nada, ni la oscuridad ni los espectros, detuvieron su andar por aquella desolación. Invocó un fuego guía y este apareció a la altura de su rostro.

—Llévame a ella —le ordenó.

La intensa flama osciló en el aire viciado y luego salió volando hacia unas escaleras de piedra que descendían sin que se pudiera advertir su fin. La figura, cubierta de sombras que no dejaban ver su rostro, la siguió sin titubear, hundiéndose más en las tinieblas, mientras echaba miradas sobre el hombro. No muy lejos, una hiena aulló y, pronto, un coro de animales de rapiña la secundó. La figura no les hizo caso. Se envolvió en su capa de lana y continuó su descenso. Ningún animal salvaje la detendría en su propósito, en su camino.

Las escaleras desembocaron en una cámara subterránea en cuyas paredes había bajorrelieves. La flama iluminó una escena donde dos mujeres compartían un mismo trono. En otra pared las mismas mujeres se lanzaban

rayos. En la pared al fondo, ambas mujeres yacían muertas a los pies del trono vacío. Sobre ellas una balanza parecía oscilar sin ofrecer su veredicto, sin determinar su sentencia.

La figura en sombras hizo un ademán con su mano y la flama descendió hasta el suelo. Montones de huesos y armaduras oxidadas era todo lo que se veía. Tomó un escudo y le quitó el polvo. El grabado de un basilisco de dos cabezas le dijo que estaba en el sitio correcto, que aquel era el lugar que buscaba. Acercándose a la pared del fondo, examinó el bajorrelieve de una tormenta de fuego hasta que dio con una juntura.

—Aquí está —murmuró.

Sacó de sus ropas un frasco y lo abrió con cuidado. Una fina nube rojiza salió del recipiente y se dirigió a la pared, donde se puso a brillar en la juntura misma. La figura retrocedió mientras la habitación se estremecía. La explosión fue muda, pero provocó que toda la pared cayera hecha pedazos. Lo que la explosión dejó al descubierto era un recinto más amplio, adornado con dos figuras de terracota, de más de tres metros de altura, que representaban una paloma y un cuervo. Eran los guardianes de un par de sarcófagos cubiertos con losas ovaladas.

Eso era lo que buscaba. Revisó la primera tumba y vio una paloma pintada en la losa que la cubría. Su instinto le indicó que aquel monumento no contaba con magia de ninguna especie en su interior, que en él no había ni huesos ni espíritus. Luego se encaminó al otro sarcófago, donde la losa mostraba un cuervo.

Esta vez no pudo evitar una sonrisa. Levantó ambos brazos e hizo su llamado.

—Señora de la codicia, ama de lo voraz, vengo por ti.

Con un conjuro que surgió de sus manos, la losa ovalada salió volando. Al asomarse al interior del sarcófago, vio que allí no reposaba ningún cuerpo sino pura ceniza.

—¿Estás allí? —preguntó con un tono de voz que, por más que quiso ocultarlo, reflejaba su nerviosismo.

La respuesta llegó de golpe. Como el ruido que hace el fuego al crepitar.

—¿Qué quieres de mí, alimaña?

—Tu aliento, tus ardides, tu presencia.

—¿Y qué recibiré a cambio?

—Ser dueña del mundo de nuevo.

La risotada no se hizo esperar.

—Ya lo fui, ¿para qué volver a serlo?

La figura tocó la ceniza con sus manos y la sintió fría.

—Porque te ofrezco la destrucción de Zarabanda, la venganza del fuego sobre la magia. Porque te prometo el fin de todo lo que ambos odiamos.

La ceniza depositada en el sepulcro se agitó. Una chispa ardió en medio de ella.

—Habla —dijo la voz con nuevos bríos—. Te escucho.



El mapa del mundo conocido

Las campanas de la escuela lo despertaron. Por un momento, Yosef pensó que su sonido anunciaba un ataque repentino contra Vejestorio por parte de alguna banda de saqueadores, pero de inmediato recordó que las clases empezaban esa mañana y levantándose de un salto de la cama descubrió lo tarde que era. Se vistió como pudo, tomó su morral y salió corriendo calle abajo como si en ello le fuera la vida.

Era el primer día de clases después de tres meses de fiero invierno, y le había prometido a Teodorio, el maestro del pueblo, que no iba a perderse ninguna de sus lecciones este año. Porque el año pasado Yosef tuvo que acompañar a Sampalio, su padre, a las tierras fronterizas e, incluso, en dos ocasiones había ingresado a los primeros valles de Carcoma. Aunque su trabajo principal era el de herborista, el de curandero, Sampalio también era negociante de rescates, un alator. Como negociador, su honor se basaba en crear acuerdos y no desavenencias entre el gremio de los mercaderes y las bandas de bandoleros, que tanto abundaban en las regiones fronterizas. Por eso, Sampalio era una de las pocas personas que osaba adentrarse en esas tierras salvajes y, lo más importante, era uno de los pocos residentes de Vejestorio que podía volver con vida de ellas sin una herida, sin una afrenta.

Yosef corrió, desbocado, evitando chocar con vendedores ambulantes de baratijas y personas que se aglomeraban en el mercado, haciendo que tuviera que disminuir sus pasos y provocando que llegara a la escuela con media hora de retraso. Se detuvo en el patio principal para tomar aliento antes de caminar sin hacer ruido por el pasillo que daba al salón de clases. Luego, de la manera más silenciosa posible, abrió la puerta de su salón y trató de ver el interior. Todos sus compañeros le daban la espalda, concentrados en las palabras de Teodorio, el magíster, quien dibujaba un mapa del mundo conocido en el pizarrón.

—Métanse esto en la cabeza: Vejestorio es el poblado más al norte del imperio de Antara. Somos frontera con las tierras norteñas de Carcoma, que muchos dicen están llenas de peligros y de misterios. Al este tenemos el río Osterde y más allá se ubica esa región desolada que llamamos el desierto de Tramasura o simplemente el Páramo. Al oeste localizamos al reino de Mitra, cuya metrópoli principal lleva el mismo nombre. Al sur nos topamos con el gran río Tamar, cuyas aguas bañan a Marfilia, la capital del imperio de Antara, la ciudad más hermosa de cuantas existen hoy en día.

Isodro, el alumno más aplicado de la clase, preguntó por las tierras salvajes, de las que se decía estaban habitadas por criaturas terribles. Teodorio apenas le hizo caso mientras seguía dibujando su mapa.

—No crean todo lo que dicen sobre seres sobrenaturales. Vivimos en un mundo donde hay toda clase de pueblos. Algunos amistosos. Otros, no tanto. Pero realmente solo difieren de nosotros en sus lenguas y costumbres. Incluso los habitantes de Carcoma son gente hospitalaria, nómadas que gustan de andar por los caminos llevando sus carretas y abalorios. Los monstruos solo existen en las novelas de caballería.

—Magíster —dijo una de las alumnas menos somnolientas mientras levantaba la mano—. ¿Es cierto que los magos y hechiceras cuentan con sus propios reinos?

Teodorio se volteó a verla y eso hizo que Yosef se agachara en el pasillo para no ser visto.

—No son reinos, Estircia. Son lugares de estudio, como Sivak o la isla de Cedrel. Otros son fortalezas, como Armasijo. Allí practican sus poderes, leen sus libros de conjuros.

—¿Y las brujas? —insistió la muchacha provocando las risas nerviosas de varios de sus compañeros.

El profesor entendió que a sus alumnos lo que les interesaba no era la geografía sino los personajes misteriosos, las leyendas mágicas.

—Ellas viven apartadas de nosotros. Pero eso ya debes saberlo. Sus lugares de residencia son secretos, aunque se dice que controlan una franja costera al otro extremo de nuestro continente. Se supone que no les gusta que las molesten en sus comarcas. No es que sean tímidas: es que soportan poco la presencia humana. Sobre todo después de que la gente las persiguiera con saña, las quemara por ser lo que eran.

—Tal vez lo merecían —masculló un muchacho fornido y soltó la risotada.

Teodorio cruzó los brazos y toda la clase guardó silencio.

—Quemar vivas a las brujas no es un chiste, Perlenco. Es dañar lo que nos causa miedo. Es matar lo que envidiamos.

—¡Yo no envidio a las brujas! —estalló el joven.

—Pues yo sí. Me encantaría volar por los cielos, como ellas lo hacen.

Y volviendo a prestar atención al pizarrón, el magíster continuó dibujando el mapa de Zarabanda. Pero aun así no dejó de exponer lo que pensaba.

—Recuerden que las brujas son madres de alguien, hijas de alguien, hermanas de alguien. No merecían, como sucedió en épocas anteriores, morir en la hoguera. Yo espero que un día regresen y podamos encontrar lazos en común. Que un día puedan perdonarnos por lo que nuestros antepasados les hicieron.

Al descubrir que tenía el camino libre, Yosef aprovechó para abrir la puerta y meterse al salón de clases sin hacer ruido mientras el magíster seguía dando sus lecciones.

—Vejestorio, nuestra aldea, por más minúscula que parezca, es parte de la gran realidad que nos rodea. Yo voy a enseñarles a entender cómo están divididos los reinos y poderes que nos gobiernan. Pero lo primordial es que

recuerden esto: nosotros vivimos en la periferia del imperio de Antara. Aunque pensemos que Carcoma es la frontera, para los que viven en Marfilia, la capital de nuestro gran imperio, la frontera somos nosotros. Aunque nos disguste, así nos miran: provincianos de pocas luces. Y, por lo tanto, no ven los sacrificios que hacemos para vivir en estas regiones, la fuerza de voluntad que nos mantiene con vida en estas lejanías. Claro que hay regiones aún desconocidas, inexploradas. Pero tarde o temprano sabremos más sobre ellas. Todo es cuestión de qué tan curiosos seamos, de qué tan aventureros queramos ser.

Yosef logró encontrar un espacio vacío en la banca trasera del salón de clases, pero apenas se acomodaba cuando resonó la voz de Teodorio gritando su nombre.

—¡Yosef! ¡Bienvenido a este humilde recinto! ¡Creí que ibas a llegar temprano, como lo prometiste! ¿Algún accidente inesperado o solo demasiadas nubes volando dentro de tu cabeza?

Sus compañeros soltaron la risa.

El muchacho se vio obligado a pararse para responder.

—Lo siento, magíster, no volverá a pasar.

Teodorio, sin embargo, no aceptó liberarlo con facilidad.

—Ya que estás de pie, veo que has crecido. Espero que tu insolencia no haya crecido en proporción similar.

—No, magíster. Solo mis ganas de aprender. El viejo maestro asintió.

—Entonces ayúdame a recapitular la historia de nuestra vida en Zarabanda.

Esta vez Yosef no tuvo escapatoria.

—¿De principio a fin?

—¿Por qué no? Sin embargo, no pienses, jovencito, que quiero tenerte parloteando durante el transcurso de esta clase. Me conformo con una historia breve, sucinta, de nuestros grandes logros.

Yosef agachó la cabeza por unos segundos y luego se dirigió al frente del salón, junto al mapa dibujado con tiza blanca.

—En sus comienzos, Zarabanda era un desierto de hielo y arena, pero los dioses se compadecieron de su esterilidad y soplaron sus semillas de luz, sus relámpagos de vida.

Teodorio no pareció muy convencido, pero le hizo un gesto de que prosiguiera.

—Los hombres de todos los aspectos y las bestias de todas las formas comenzaron a surgir y a pelearse entre sí. Los dioses entonces se ofrecieron como alimentos de sus criaturas y, de esa forma, nosotros dejamos de ser solo garras y colmillos y nos convertimos en un cruce entre dioses y semillas. Los dioses le obsequiaron a Zimaro, el Grande, la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos como un préstamo. Así se comenzaron a construir ciudades, a crear reinos, a tener reyes y emperadores, reinas y emperatrices, brujas, magos y hechiceras, incluso grandes sueños de poder. Y entonces llegaron las tormentas de humo y los huracanes de fuego. En ese cataclismo, muchas cosas se perdieron, entre ellas los obsequios de los dioses.

—Respira un poco —le recomendó su maestro.

Yosef le hizo caso ante la hilaridad de sus compañeros de clase.

—Y entonces la destrucción tuvo dominio y la guerra llegó para quedarse. La gran bruja de las tinieblas, Saica, la engatusadora, dividió las lealtades de la gente, los hizo temerosos de los extraños, los hizo suspicaces ante los extranjeros, enemistó a los pueblos. El único reino que se mantuvo íntegro fue el de Antara, que hoy es imperio y preside la defensa de los reinos menores. Pero Saica fue detenida por su propia hermana, Sidaja, que contuvo sus artimañas y conjuros, que restauró el hilo de la creación. Pero en aquella batalla tremenda, ambas perecieron, la paloma y la cuerva.

Teodorio miró con detenimiento el mapa que había dibujado y, sin voltear a ver a sus alumnos, lanzó un suspiro.

—Bien, bien, Yosef. Puedes sentarte, jovencito. El tuyo es un cuento lleno de metáforas, un cuento de hadas, una mitología, pero nos sirve para entender, aunque sea de manera embellecida, nuestra historia. El mensaje de tal relato es que los tiempos pasados fueron mejores, pero quiero aclararles algo sobre lo expuesto por Yosef: la cuestión de la magia.

—Sí, cuéntenos cómo podemos ser poderosos de nuevo —dijo una muchacha muy despierta, sentada a solas en la esquina del salón y que lucía una cabellera oscura. El magíster arrugó la frente y con ese gesto todos sus alumnos se callaron de inmediato.

—El poder no tiene que ver con la magia. Eso es un efecto perverso, nada más. Saica usó esa magia para destruir, mientras que Sidaja, su hermana gemela, la usó para construir. A Saica le gustaba el sufrimiento ajeno. En cambio, Sidaja apostaba por la vida en todas sus criaturas, por la creación en todas sus formas. Una fue cuerva; la otra, paloma. Como ven, la magia no es buena o mala, son quienes la utilizan los que convierten tal energía en instrumento para dañar o para sanar.

Desde el fondo del salón se escuchó la voz de la muchacha de cabellos negros.

—Mi madre dice que aunque Saica y Sidaja murieron, el secreto de sus poderes sigue oculto en alguna parte del mundo. ¿Es cierto eso, profesor?

Teodorio negó con la cabeza, como arrepentido de haber sacado aquel tema a colación.

—Lo que dice tu madre lo piensan muchos. Yo solo puedo decir que espero que nunca nadie descubra esos poderes y los ponga en acción de nuevo. Si en aquellos tiempos tal magia fue la ruina de tantos, en esta edad violenta, desesperada, sería el fin del mundo.

—Pero debe de haber una forma de revertir la decadencia de Zarabanda, magíster —dijo Yosef.

—Debe de haberla, claro que sí. Sin embargo, todos los que buscaron han metido las manos en los arcanos mágicos y así les ha ido. La magia no es un juego, Yosef. Es letal para quien no sabe controlarla, para quien no está a su altura.

Yosef sostuvo la mirada de su profesor sin dejarse convencer.

—Pero hay una comunidad de magos que trabajan para nuestro emperador.

Teodorio bufó, como si hubiera sido insultado. —¡Los magos son una pandilla de malquerientes! No son personas de confianza.

Se escuchó la campana del fin de la clase y cuando todos los niños salieron del salón, el viejo profesor se acercó a Yosef, que aún metía sus útiles escolares a su morral. Ya no estaba enojado, pero quería hacerle entender algo que consideraba importante.

—Los magos de los que hablas viven anhelando descubrir los secretos del pasado para hacerse poderosos. Carecen de amor por Zarabanda. No escuches esos cantos, muchacho. Y, por otra parte, te aviso que una falta más y tendrás que hacer trabajos extras, ¿entendido?

Yosef comprendió que su maestro lo instaba a cambiar de conducta, de ideas sobre la magia y sus conjuros. Cosa que no estaba dispuesto a hacer, por más argumentos en contra que Teodorio pusiera a su consideración.

—No volverá a pasar —dijo Yosef sin mucho entusiasmo.

—Eso es una mentira por anticipado. Sucederá mientras sigas metiéndote en tu cabeza las historias de hechiceros osados y de guerreros temerarios que tanto te gustan.

Yosef se encogió de hombros: ya sabía que la vida no era un relato maravilloso sino una mesa donde se negociaban vidas y se pagaban rescates. Y, sin embargo, cómo le gustaría que algo de esa heroicidad antigua hubiera sobrevivido hasta su tiempo; que esa magia arcaica no se hubiera perdido para siempre.

Antes de marcharse alcanzó a escuchar a través de mis actos la voz quebrada de Teodorio.

—Las leyendas del pasado no son más que puro maquillaje, puro adorno. La historia, nuestra historia, es un cuento de terror, con mucha sangre derramada y pocos actos heroicos. Donde tú, jovencito, ves caballeros andantes yo veo carniceros, donde tú divisas portentos yo percibo abusos.

El muchacho se dio media vuelta y miró de frente a su maestro.

—Lo sé, magíster. Pero la historia que a usted le indigna a mí me emociona. Me hace sentir que soy parte de ella, que puedo revivirla a mi modo.

—¿Para qué querrías revivirla? —preguntó Teodorio, sorprendido por la convicción que su alumno mostraba.

—Para darle una segunda oportunidad. ¿Para qué más?

Y sin aguardar una réplica, Yosef salió del salón de clases con su morral a la espalda.



La prima Arlinda

En el patio exterior de la escuela, un tumulto lo esperaba. Yosef quiso averiguar qué sucedía, pero nadie respondió a sus preguntas. Tuvo que meterse entre la muchedumbre para descubrir que un grupo numeroso de sus compañeros rodeaba a la muchacha que había preguntado, unos momentos antes, en el salón de clases, por la magia y sus poderes. Yosef la conocía bien: era su prima Arlinda, hija de Salustia, su tía por el lado materno, y de Petrenio, el panadero del pueblo. Eran familiares, sí, pero ambas familias poco se frecuentaban desde la muerte de Anasita, su madre. Yosef ni siquiera la saludaba y, en más de una ocasión, tuvo que negar su parentesco con Arlinda para no ser objeto de burlas, como las que caían a cada rato sobre su prima, la rara, la misteriosa.

Habían sido muy unidos de pequeños; solían salir a juntar setas y moras en el bosque, pero conforme crecieron poco tuvieron en común. Arlinda se había vuelto hosca, ensimismada en sus ideas de tejer hechizos, y dejó de interesarse por Yosef. Si alguna vez compartieron secretos y esperanzas, eso ya era cosa del pasado. Si alguna vez se sintieron afines uno del otro, ahora el vínculo familiar estaba roto, cada quien hacía su vida aparte.

«Se lo tiene bien merecido», pensó Yosef mientras trataba de rodear a la multitud enardecida, ¿por qué tiene que andar hablando de magias y conjuros, como si fuera una bruja?

Y es que, conforme pasaron los años, Arlinda se fue ganando una fama de excéntrica y curiosa porque le atraían las cosas prohibidas; ahora ya nadie podía hacerse de la vista gorda ante su forma extravagante de ser y comportarse. Cada día que pasaba, su interés por los antiguos hechizos y por las noches crecía. Había quienes aseguraban haberla visto juntando hierbas y cantando letanías de embrujo como si fuera la mismísima Saica en persona.

Yosef intentaba distanciarse lo más posible de su prima y, en los últimos meses, cada vez que se topaba con ella en el pueblo, había logrado no cruzar ni una sola palabra con su pariente ni visitar su casa, excepto cuando debía comprar el pan. Y eso solo cuando su padre lo obligaba a ir a la panadería, lo que era un acontecimiento inusitado.

Ahora, mientras pasaba a un lado, los gritos de angustia de Arlinda le recordaban que a su prima, la engreída, le gustaba decir, en plena clase, que la magia era la única solución a los males del mundo. Pero según los libros de historia que Yosef había leído, la magia era la causante de muchas desavenencias entre los habitantes de Zarabanda. Para los residentes de los vecinos reinos de Mitra y de Karnak, por ejemplo, la hechicería era una enfermedad incurable, una posesión monstruosa. Y su castigo era la prisión perpetua o la ejecución en público.

Tal vez por eso, en los tiempos que siguieron a la caída de Zimaro, la gente se ensañó contra las brujas: hubo persecuciones aldea por aldea y nació la secta de los sacerdotes vagabundos que iban de pueblo en pueblo identificando a las mujeres practicantes de hechizos y quemándolas en las plazas a la vista de todos sus habitantes. La última quema de brujas en Vejestorio había tenido lugar apenas sesenta años antes, y el padre de su padre la había presenciado. Luego el furor contra las brujas disminuyó, y ahora se afirmaba que ya no había brujas ni sacerdotes que las quemaran. Y la gente se sentía así más segura, sin la presencia de unas ni de otros. Pero los rumores empezaban a crecer de nueva cuenta y muchos aseguraban que las brujas estaban reagrupándose en algún lugar misterioso para realizar sus aquelarres y que un día regresarían para vengarse de sus hermanas quemadas.

Los gritos de sus compañeros lo devolvieron al presente. Yosef se percató de que un grupo de jóvenes le aventaba cosas a su prima y le gritaba que era una bruja peligrosa, que debía ser expulsada de Vejestorio. El zafarrancho normal para la hora del recreo. El muchacho buscó con la mirada a Teodorio para ver si podía intervenir y calmar los ánimos, que era su especialidad, pero no lo vio por ninguna parte. Entonces salió volando la primera piedra y esta golpeó el hombro de su prima. Yosef comenzó a sentirse desesperado porque sabía que aquellas agresiones, si no eran detenidas por alguna autoridad, podrían costarle la vida a Arlinda.

Yosef calculó que la turba enardecida constaba de unos diez, doce jóvenes, la mayoría muchachas. Necesitaba algo que los distrajera y que le diera el tiempo suficiente para poder rescatar a su prima. Miró al techo de la escuela y vio una escalera recargada contra la pared trasera y una enorme cubeta llena de pintura que habían dejado colgada los albañiles en la parte superior del muro, seguramente para usarse, más tarde, en las labores de reparación para las fiestas que celebraban la fundación de Vejestorio.

Sin pensarlo dos veces, Yosef se encaramó por la escalera, agarró la cubeta y arrojó su contenido contra la multitud dos metros abajo, ocasionando que cayera sobre las cabezas de los jóvenes más rijosos y provocando una corredera en todas direcciones. La pintura era roja y varios de los muchachos y muchachas apenas podían ver y se dedicaban a quitársela de los ojos, provocando que tropezaran unos contra otros.

Yosef se deslizó por la escalera y en cuanto pisó el suelo corrió a rescatar a Arlinda, quien se mantenía hecha un ovillo contra la pared. El joven se dio cuenta que su prima, afortunadamente, no parecía haber sufrido heridas de consideración, aunque la cara de susto —¿o era de furia?— marcaba sus facciones.

Agarrándola de las manos la levantó de un tirón y corrió con ella hasta salir de la aldea. Sin parar un segundo y sin escuchar siquiera lo que su prima balbucía, la condujo por un sendero de vuelta a Vejestorio, pero esta vez se mantuvo en los callejones más distantes de la escuela y, finalmente, la dejó en la puerta trasera de la panadería de su padre.

—Aquí estarás a salvo —le dijo a manera de saludo y despedida.

Su prima lo miró con resentimiento.

—¿Quién te dijo que te metieras en mis problemas?

—Te prometo no volverlo a hacer.

Pero Arlinda no estaba para promesas de ningún tipo.

—¿Ya viste lo que hiciste, tarado?

No era lo que esperaba de un familiar con quien no había hablado en buen tiempo, pero tampoco era extraño para quien conociera a su prima, la bocona.

—Hasta nunca —respondió mientras regresaba por donde había venido.

Sin embargo, la voz de Arlinda lo alcanzó a la distancia.

—¿Y quién va a pagarme el vestido que me manchaste?



Yosef decidió no regresar a la escuela al mediodía para la segunda clase, ya que eran tres las que se daban por jornada: una en la mañana, otra cuando el sol estaba en lo más alto y la tercera a media tarde. De esa manera, los jóvenes y niños podían ayudar a sus padres y familiares con tareas propias de su edad: llevar a pastar el ganado, limpiar los establos o cuidar los puestos del mercado. Había un trabajo, sin embargo, que desempeñaba con gusto y por el que recibía, de vez en cuando, unas pocas monedas: ser aprendiz en la fragua de Dimitrus, el herrero del pueblo. Imaginaba que un día, en vez de forjar azadones y arados, crearía espadas y armaduras para sí mismo, que un día sería un caballero andante y saldría de Vejestorio en busca de su propio destino. Dimitrus lo escuchaba mientras golpeaba las barras de metal encendido y le daba consejos sobre qué aleaciones eran mejores para forjar espadas, escudos y pectorales.

—Yo solo quiero salir al ancho mundo y combatir lo injusto, resolver entuertos.

El herrero se reía ante la seriedad que Yosef demostraba al compartir sus planes.

—Mira, para ser caballero se necesita contar con recursos monetarios. Requieres arneses para tu cabalgadura, armadura completa, espadas para el combate y lanzas para las justas. Además de conocimientos de danza para bailar en la corte, si así ocurre. Y, sobre todo, debes demostrar que eres de sangre noble, un aristócrata de los pies a la cabeza, con tu escudo familiar bien prestigiado y tu linaje reconocido tanto por tus pares como por el emperador. ¿Cumples con esos requerimientos, muchacho?

Dimitrus lo veía desinflarse por un momento, pero el muchacho no cejaba en mantener sus ideales de caballería, en soñar despierto. Con un padre ausente las más de las veces y con una madre en el seno de los dioses, a Yosef, cuando estaba a solas, lo único que realmente le interesaba era correr, saltar, nadar en los ojos de agua y leer las aventuras de los antiguos caballeros y amazonas, las hazañas de reyes disfrazados de pastores, de magos que luchaban con monstruos de fuego.

Había, sin embargo, una actividad a la que le prestaba más atención que a las otras: el tirarse boca arriba en lo alto de las colinas para ver pasar las nubes por los cielos de su aldea. A eso Yosef le llamaba cazar sombras. Y cazar sombras consistía en una competencia consigo mismo para bautizar a cada nube que pasaba con lentitud o con prisa, blancas o negras, abultadas o en jirones, sobre su cabeza.

—Eres un bobo —le decía la voz de su madre difunta en el fondo de su conciencia—. Mi bobo querido siempre en las nubes.

Y es que las nubes y cazar sus sombras era su juego favorito, el darles el nombre preciso por la forma en que se comportaban, por los atributos que las caracterizaban, era algo que nunca se cansaba de hacer. Otros tenían como tesoros monedas de plata o jarros de arcaicas dinastías. Yosef solo podía sentirse orgulloso de bautizar las nubes que pasaban, a veces deshilachadas y a veces majestuosas, por los cielos azules de su aldea.

En ese juego andaba cuando escuchó la voz de su padre, un hombre con su cayado en la mano y su capa gris de lana gruesa, fuerte aún y de ojos vivaces y escrutadores, lo llamaba desde el pie de la colina donde estaba acostado.

—¡En un minuto estoy contigo! —gritó y fue casi deslizándose, agarrándose con ambas manos, hasta descender junto a Sampalio.

Por un instante cayeron en brazos uno del otro, como dos grandes amigos que tenían buen rato de no verse.

—¡Papá! No creí que regresarías tan pronto.

Su padre lo apartó para verlo bien y disfrutar de la cara de sorpresa de su hijo único.

—Veo que sigues creciendo en estatura, mirón de nubes.

Yosef sonrió ante aquel comentario.

—No te esperaba tan pronto. ¿Pudiste rescatar las mercancías de Darius?

—Todas, excepto una caja de licores y un cargamento de sables. Pero ¿cómo estás tú? ¿Todo bien por estos rumbos?

Así era su padre: un hombre siempre al día, que respondía a las preguntas ajenas con sus propias preguntas.

—Todo bien, excepto por un lío con la prima bocona.

—No le digas así a Arlinda, es familia, familia nuestra, ¿entendido?

—Pero anda creyéndose bruja y…

Sampalio levantó la mano para interrumpir el flujo de frustraciones que Yosef estaba a punto de volcar sobre él.

—Creer y ser son verbos diferentes. No lo olvides. Tu prima, hijo mío, es más parecida a ti de lo que tú sospechas. Decirle bocona es un insulto que ella no merece, como tú no mereces el que te llamen Yosef, el silencioso. ¿Estamos de acuerdo? Que tu prima ande con sus vestidos negros y su aire de misión secreta por los pastizales del norte no la hacen rara, sino interesante, misteriosa incluso.

—No sabía que anduviera de vagabunda —dijo Yosef, sorprendido.

—Tú qué vas a saber si te la pasas con los ojos en el cielo.

El muchacho levantó la vista y recordó su sueño de infancia: él corría hacia la orilla de un desfiladero y, desde ahí, se tiraba al vacío, pero en vez de caer y matarse, una ráfaga de viento lo elevaba por los aires y lo hacía volar rumbo a las alturas. Y allí, en esas soledades, estaba el país de las nubes espesas, el mundo flotante donde lo esperaba su madre.

—¿Ves? De nuevo soñando despierto —le recriminó su padre con una sonrisa en los labios.

—Perdón, papá, es que…

Su padre lo abrazó con fuerza.

—No te preocupes, estás en edad de soñar todo lo que quieras, aunque ya es tiempo de que vayas poniendo los pies en la tierra. Y también la mirada. Fenómenos raros están pasando en muchas partes de nuestro mundo y no sé si tengan relación entre sí. O peor, si van a afectarnos aquí, en Vejestorio.

—¿Como qué fenómenos? —quiso saber Yosef.

—Acabo de regresar de los linderos de las tierras fronterizas. No solo fui a rescatar las posesiones de Darius sino que aproveché para solicitar seguridades para el paso de una caravana de mercancías de los hermanos Rabuat, pero algo raro está sucediendo, algo nunca visto: no encontré a ninguno de los saqueadores conocidos, a ninguno de sus campamentos, no hallé a nadie de la comunidad de los salteadores ni del clan de los ladrones. Todas sus tiendas de campaña estaban vacías. Era como si hubieran salido corriendo. No pude seguirles la pista. Se preocuparon por ocultar muy bien su rastro, pero no se preocuparon por llevarse sus tesoros de ladrones y asaltantes de caravanas. No tengo explicación.

—¿Ninguna? ¿De verdad? —lo azuzó el muchacho.

Su padre se sentó entre la hierba y Yosef hizo lo mismo.

—Bueno, esto no se lo he dicho a nadie y tú debes mantener la boca cerrada, pero sí encontré a alguien: un anciano muy enfermo que prefirió quedarse allí, entre las montañas, que seguir a su gente quién sabe a dónde.

—¿Qué te dijo?

—Solo añadió misterios al misterio: me dijo que les había llegado un soplo de más allá de Carcoma.

—¿Un soplo? ¿Un golpe de viento?

—No, una información confidencial. Alguien les advirtió que se avecinaban tiempos de dolor y sangre, que venían en camino bestias malas, tiempos oscuros.

Yosef abrió los ojos con una mezcla de temor patente y ganas de aventura.

—¿Hablaba de monstruos? ¿Como los de los tiempos de la creación de Zarabanda?

—No te emociones. Yo pienso que eso de malas bestias quiere decir, en dialecto fronterizo, gente mala, gente sin escrúpulos que no se tienta el corazón para hacerte daño. Por lo que le entendí al pobre anciano moribundo, una partida de mercenarios en plan de pillaje se aproxima a nuestras tierras y ha ido arrasando con todo lo que a su paso encuentra. Son tan fieros que hasta los ladrones fronterizos les temen.

Yosef estaba encantado con las aventuras que estaban por llegar y asustado por los horrores que estaban por presentarse. Con ese revoltijo de emociones paseó la vista por su pueblo, pensando que en cualquier momento lo increíble podía ocurrir.

—En el pasado los monstruos abundaban —dijo casi en un susurro.

Pero su padre, al escucharlo, lo reconvino.

—En el pasado también abundaron los héroes que les hicieron frente. Y la mayoría murió con las armas en la mano. No se te olvide eso, hijo. Nunca se te olvide.

—Yo quiero ser héroe —dijo para sí, y apenas pronunció aquellas palabras cuando las manos de su padre lo zarandearon con fuerza.

—No. No lo quieres en verdad.

El muchacho miró a su padre y vio el temor que anidaba en su mirada antes que la furia. Sampalio no estaba para ser comedido en ese momento.

—Los héroes mueren y se hacen monumentos en su honor. Bien por ellos. Pero yo lo que te digo es que es sobrevivir a las calamidades y hacer prosperar Vejestorio. Estamos aquí porque nuestros antepasados fueron supervivientes natos. Eso debes ser tú, hijo mío. Eso te pido que seas.

Yosef asintió.

—Eso seré, papá.

Pero en los ojos de su padre había una duda, un titubeo. Como si viera en su hijo un destino ajeno a sus deseos, un comportamiento reacio a sus peticiones.



El cuchillo de hueso negro

—¡Muévete! ¡Salta! ¡Esquiva!

La voz que la apremiaba parecía provenir de todas partes y de ninguna.

Trató de moverse, de saltar, de esquivar, pero, ¿qué?

—No en el espacio: en el tiempo.

Esta vez algo brilló al fondo de la oscuridad: una superficie acuática de la que iban surgiendo hojas multicolores, ramas brillantes, un árbol completo.

—¡Hazlo ahora!

Y lo hizo: se movió hacia el pasado, saltó hacia el futuro, esquivó el presente. Una cachetada recibió como recompensa.

—Ya deja de importunar con tus pesadillas de siempre, Arminia.

Era la voz de Sesneca, la encargada de vigilar a las hechiceras en vísperas de su juicio.

La joven maga se incorporó de su lecho y observó la luz de las estrellas que entraba por la ventana de su celda.

—¿Cuándo estaré ante el consejo?

—Quizás hoy. Quizás mañana.

—Bien. Entre más pronto, mejor.

Su vigilante movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Eres una de las mejores hechiceras que he visto, capaz de sorprender al mago más poderoso y, sin embargo, no tienes cabeza para las intrigas de la hermandad. Acusas a los grandes maestros de favorecer a sus pupilos y crees que, por tener razón, vas a salir bien librada. Te equivocas. Todos sabemos lo que hacen, pero nadie está dispuesto a sacrificarse por decir la verdad. ¿Sabes que la verdad es también un truco de magia?

—No es un truco, Sesneca, es un derecho. A mí me condenarán, pero el estigma de la hermandad, de su corrupción, será difícilmente olvidado.

La vigilante bufó ante la respuesta de la joven hechicera.

—Solo se recordará lo que las actas de tu juicio digan. Si crees que la historia oficial será benigna con tu memoria, entonces eres más ingenua de lo que creía.

Arminia tomó aire para serenarse.

Era verdad. En los legajos de los archivos su rebelión probablemente ni siquiera sería mencionada. Sí, Sesneca tenía razón: era una ingenua. Lo fue cuando señaló públicamente que, para los puestos mágicos, Evector favorecía a los novicios de la aristocracia sobre los novicios salidos de la gente común. Y lo era ahora mismo, cuando se hacía la ilusión de que iba a tener un juicio justo, de que sus señalamientos serían tomados en cuenta por el Consejo Interno. Pero esa era, precisamente, su fortaleza: ir contra lo imposible, no titubear ante el canto de las mayorías que se callaban la boca, que no hacían olas para medrar a su gusto.

—¿Puedo practicar afuera? —preguntó.

La vigilante suspiró, aceptando que era mejor que aquella joven hechicera se entretuviera haciendo ejercicios al aire libre y no que siguiera dando lata con sus verdades incómodas.

—Anda, ve. Si me notifican algo, iré a darte la hora de tu presentación.

Arminia sonrió y salió de su celda como si escapara de una prisión. Afuera, vio que ya casi amanecía. Sintió un poco de frío, pero no se detuvo. Estaba en el templo de Armasijo, el sitio donde se llevaban a cabo los concursos anuales para los magos y hechiceras de Zarabanda. Y donde iba a enfrentar un juicio por faltarle el respeto a Evector, su viejo profesor.

En cuanto llegó a la gran explanada, olvidó todas sus preocupaciones. Se puso en puntillas y comenzó a girar de derecha a izquierda, como una bailarina del tornado. Entre más vueltas daba más control de su mente obtenía. Solo que su mente continuaba rumiando la pesadilla: «Muévete, salta, esquiva». ¿De quién era esa voz? No la había podido reconocer. Y entonces, como si fuera un ventarrón sorpresivo, la escuchó de nuevo. Junto a su oído, apremiándola a seguir sus instrucciones.

Y Arminia obedeció sin dudar. Se movió hacia el pasado y lo vio: la figura embozada que se acercaba a ella por la espalda, con un cuchillo de hueso negro en su mano derecha. Un oxidio, un arma letal que solo los siervos del Caos usaban para asesinar a sus víctimas. Pero ella no era una víctima. Saltó hacia el futuro y vio los movimientos que haría para defenderse y que solo llevaban a su muerte. Conjuros inútiles. A menos que… sí, eso era: no debía usar ningún conjuro si quería sobrevivir. Y esquivó, en tiempo presente, el primer ataque. El cuchillo pasó a unos centímetros de su cara.

Ahora era su turno.

Se lanzó contra el asesino embozado y agarró su mano, desviando el cuchillo hacia el pecho de su atacante. El siervo del Caos quedó paralizado; no esperaba tal osadía. Intentó detener el movimiento en su contra, pero fue demasiado tarde. El cuchillo entró a la altura de su corazón y, en ese instante, el asesino se volvió una nube de polvo. Arminia saltó hacia el futuro de nuevo. Estaba sola en la explanada. A sus pies un pequeño montón de cenizas y el cuchillo de hueso negro tirado en el suelo eran las únicas pruebas del ataque. Se inclinó y tomó el arma, que examinó con tiento para después ocultarla bajo su vestidura.

—Parece que hay alguien a quien no le caigo bien —dijo en voz alta mientras se erguía.

—Si tú supieras —respondió una voz detrás de ella.

Era Sesneca de nuevo.

—¿Es hora? —preguntó sabiendo la respuesta.

Poco tiempo después se encontraba de pie, en la sala de juicios de la hermandad de los magos. El asunto se resolvió con eficacia y prontitud. Le leyeron los cargos de insubordinación y calumnias por acusar de favoritismo a Evector, el gran mago, el custodio de la ciudadela de Armasijo. Sus compañeras hechiceras y sus compañeros magos, el jurado de sus pares, ni siquiera aceptaron escucharla. Permaneció en silencio mientras ellas y ellos cuchicheaban entre sí y daban su veredicto: era culpable de ambos cargos.

La joven hechicera comprobó lo que ya sabía: habían cerrado filas para defender a uno de los suyos pese a que todos supieran que ella no mintió en sus acusaciones. Eso era lo que más le molestaba; la gente a la que respetaba elegía encubrir la corrupción para no manchar el prestigio de la hermandad de la magia. ¿Pero no era mejor decir la verdad que apoyar una injusticia repetida desde quién sabe cuántos años atrás? ¿O todos consideraban que ciertos magos y hechiceras merecían gozar de grandes privilegios mientras otros eran utilizados como meros sirvientes de los primeros?

Arminia escuchó la sentencia sin inmutarse. Trató de localizar a Evector entre los asistentes a su juicio, pero no lo vio. Entre los testigos de su humillación solo alcanzó a descubrir magos y hechiceras de su generación. Gente que la veía como una plaga a evitar, como una enfermedad contagiosa que debía ser arrancada de raíz.

La enviaban a la isla de Cedrel, donde la magia de la hermandad no funcionaba. Era una forma de convertirla en una simple humana carente de poderes. No estaría mucho tiempo, unos meses apenas. Pero su leve castigo era una forma de avisarles a los jóvenes magos y hechiceras que se callaran la boca ante los abusos ejercidos en su contra, que no acusaran a los profesores o acabarían como ella.

Terminado el trámite, salió sin despedirse de nadie. Mientras montaba su cabalgadura, pensó en la voz de su pesadilla y decidió que esa voz era su amiga de confianza, la única que no le mentía. Pero la duda quedó incrustada en su mente. ¿Quién la deseaba muerta y por qué ahora? Y, sobre todo, ¿cómo un

siervo del Caos había logrado colarse en la fortaleza de Armasijo, tan protegida como estaba por conjuros y hechizos milenarios? Eso era aterrador en todos los sentidos.

«Cuídate las espaldas», se dijo a sí misma. «Entre tus propios hermanos y hermanas, alguien quiere eliminarte para siempre».

Sin pensarlo más, intentando dar prisa a su agonía, espoleó su cabalgadura y salió disparada hacia la isla de Cedrel.

«Pronto seré una mujer como todas».

Y eso, extrañamente, le dio fuerzas, la hizo sentirse mejor.



El Valle de los reyes caídos

Era la hora del receso. Los alumnos se juntaban para comer debajo de los árboles o se reunían en corrillos para comentar los chismes del día, entre los que destacaba el regreso de Sampalio y las terribles noticias que había difundido, en una asamblea nocturna, con los notables del pueblo. Por todas partes había cuchicheos, excepto en un rincón del patio comunal, donde Arlinda jugaba sola con un montón de hojas secas a sus pies.

Yosef estaba sentado en una banca de madera cuando el magíster se colocó a su lado.

—¿Qué te preocupa, explorador del pasado?

Yosef se encogió de hombros.

—Todo. Nada. Lo de los salteadores en plan de pillaje; lo de mi prima, que no deja de meterse en líos.

Teodorio miró en dirección a la muchacha, que había encendido con un pase de sus manos el montón de hojarasca y ahora moldeaba el humo como si fuera barro.

—De Arlinda no deberías preocuparte. Ella sabe cuidarse sola. Además, ya hablé con el grupo que intentó apedrearla. Les dije que si agreden de nuevo a tu prima los expulsaré de la escuela. No creo que pase a mayores.

—¿Y de lo otro? —quiso saber Yosef.

—¿De lo que anunció tu padre en la junta de notables? Me temo que las calamidades se han ido acumulando en los últimos años y ahora nos toca enfrentarlas, como lo hicieron en sus tiempos nuestros antepasados. Es nuestro turno, ¿no crees?

—Sí, pero siento que esto es más grave. No sé. Lo intuyo.

—¿Sabes a dónde fui estos meses de invierno?

—Supongo que a regiones menos heladas.

El magíster sonrió ante la pulla.

—Y acertaste. Fui a visitar el Valle de los reyes caídos, en el corazón mismo del reino de Karnak.

Esta vez Yosef no pudo disimular su sorpresa.

—¿Qué? ¿Estuvo en la comarca prohibida, donde los dioses intercambiaron sus poderes con los de nuestra gente?

—Sí, la Liga de los Maestros Itinerantes me dio permiso para entrar a la ciudad de los muertos y visitar las tumbas de nuestros primeros reyes. ¿Y sabes por qué?

A Yosef le daba vueltas la cabeza buscando una explicación, pero fue inútil: aquel paisaje en ruinas, aquella ciudadela de mármol y terracota, como la mostraban los libros milenarios, era un escenario demasiado fabuloso para unirlo con el humilde Teodorio, con sus ropas maltratadas y sus manos cubiertas de tiza blanca.

—¿Era una deuda a pagar o algo así? —aventuró a decir.

—Más o menos. Tal vez tú creas que soy un maestro de cuarta categoría, un hombre que se conforma con enseñar la vieja sabiduría en pueblos atrasados o en aldeas que a nadie importan, y tendrás razón. Eso soy, pero también tengo otra responsabilidad: pertenezco a la cofradía de los anaquelistas, los que juntamos las piezas del pasado y los antiguos amuletos para estudiarlos y, si no son peligrosos, volverlos a la vida. Por eso fui al monasterio de los cronistas, ya que allí residen nuestros mejores expertos en artefactos ancestrales, en joyas antiguas. Pero hay que tener mucho cuidado en

lo que eliges, pues ya sabes que los karnakianos aborrecen todo lo relacionado con la magia, y si creen que el artefacto que compraste algo tiene que ver con ella, puedes acabar en prisión o quemado vivo.

Yosef no daba crédito a lo que oía y, sin embargo, con aquellas palabras se le iba aclarando el interés de su maestro por Vejestorio y sus alrededores: por las calles y las plazas de su propia aldea debieron pasar —seguían pasando— infinidad de tesoros a venderse o a comprarse. Y más de uno aún debía de estar oculto en alguna parte.

—¿Y encontró lo que buscaba? —quiso saber el muchacho.

—Encontré pistas de antiguos artefactos que podrían usarse para enseñar historia y no las mitologías que tanto te agrada escuchar. Objetos de uso común y no piedras mágicas. Cosas útiles ayer como ahora. Brújulas, por ejemplo, o medidores de lluvia.

Yosef lo pensó un rato.

—¿Algún amuleto contra las fuerzas del Caos? ¿Alguna protección contra los engendros del fuego?

—No, nada de eso, jovencito. Pero acompáñame a mi despacho. Creo que hay algo que te puede interesar.

Cuando estuvieron en el despacho de Teodorio, que no era otra cosa que un cuarto lleno de trebejos, el viejo magíster se sentó frente a su escritorio y con una llave pequeña abrió uno de los cajones. Luego, con sumo cuidado, del cajón extrajo un libro de tapa negra, que cabía en la palma de su mano, y una llave larga, reluciente, con incrustaciones de oro.

—Este par de objetos los dejó bajo mi custodia un amigo el año pasado. Me pidió que consultara su valor y sus poderes con mis propios maestros. Por eso me fue concedido el permiso para entrar a los archivos reales. Finalmente, mis maestros me los devolvieron y me dijeron que me marchara, que debía entregarlos a su legítimo dueño porque dentro de estos artilugios residían fuerzas que no podían comprender y mucho menos descifrar.

Yosef se estremeció al escuchar aquello: ¿de quién serían esas joyas?, ¿de los más viejos residentes de Vejestorio o de los comerciantes de más alto rango?, ¿cuáles eran los poderes que contenían?, ¿serían fuerzas benignas o malignas?

El magíster le puso la mano en el hombro en señal de confidencia.

—Quizás el próximo año pueda continuar con mi búsqueda en el Valle de los reyes caídos y logre descubrir tesoros más fáciles de descifrar. A veces, donde menos lo esperas, acabas tropezándote con un misterio mayor. ¿Quién iba a pensar que en Vejestorio hubiera secretos tan bien guardados, enigmas sin solución?

—No entiendo —dijo el muchacho—. ¿Por qué me cuenta todo esto?

Teodorio sonrió con toda la confianza del mundo.

—Bueno, solo quería ser discreto y que le avisaras a tu padre que tengo cosas suyas. Eso es todo.

Y sin decir más, el magíster puso de nuevo el par de objetos en el cajón de su escritorio, y de inmediato cerró con llave, dejando a Yosef más sorprendido que de costumbre, más intrigado que nunca.



Más allá del horizonte

Su padre le había dicho que deseaba platicar con él después de arreglar algunos asuntos en el pueblo. Ya estaba atardeciendo cuando se encontraron en La Puerta, una fonda donde solían comer los viajeros de paso por Vejestorio. Apenas se sentaron y Levendra, la encargada del lugar, les preguntó qué les apetecía. Sampalio dejó su cayado en una silla desocupada y pidió un tarro de hidromiel. Yosef, en cambio, quiso un agua de naranja.

Ambos se quedaron en silencio un rato hasta que llegaron sus bebidas, acompañados de un cazo repleto de carne de liebre en vinagreta.

—Mira, hijo —comenzó Sampalio—. Debes comprender que más allá del horizonte no hay aventuras como las que has leído en los libros. En el mundo de hoy solo hay decepción, codicia y la ley de la fuerza. La caballerosidad es asunto del pasado, si es que en el pasado existió realmente.

Pero ningún argumento iba a convencer a Yosef de que abandonara sus pretensiones de caballero andante. Para él, en ese preciso momento, el mundo necesitaba gente de honor, que protegiera la vida con espada en mano, que saliera al vasto mundo a componer lo que estaba torcido, a cuidar a los indefensos.

—Sí, papá. Pero en el *Libro de las premoniciones* dice que la llegada del Caos, que el aviso de la gran tormenta de fuego, será la aparición de partidas de merodeadores que invadirán las ciudades fronterizas con sus atrocidades y tumultos. Como ahora mismo está sucediendo.

Su padre lo miró con afecto.

—Eres todo un lector de libros que pocos a tu edad leen. No tengo respuesta a lo que mencionas. No he visto a estos nuevos invasores. No sé si solo son gente ávida de riquezas o sirvientes del Caos. Si son lo primero, nos defenderemos. Si son lo segundo, haremos lo mismo. No habitamos tan lejos de las grandes ciudades para que nos den miedo las amenazas de nuevos invasores. Por más salvajes que se comporten, por más sanguinarios que sean, sabremos defendernos como lo hacemos siempre. Los fronterizos, recuérdalo, no nos arraigamos en estas tierras magras por pura suerte. Sabemos cómo lidiar con toda clase de problemas.

—Pero los sirvientes del Caos traen magias oscuras con ellos. La última vez que se aparecieron casi destruyen toda Zarabanda con sus marejadas de fuego.

Sampalio bebió de su tarro con tiento.

—Como sea, habrá que tener mejor información de sus motivos y de sus intenciones. Yo no me apresuraría a agitar los ánimos pregonando tormentas de fuego y esas cosas.

Yosef volteó a la calle, donde una multitud iba y venía en sus negocios y trajines.

Vejestorio, se percató, era un centro de comercio abierto a toda clase de visitantes, pero mantenía, por las dudas, una buena muralla exterior por si se presentaban conflictos mayores ante sus puertas.

—Como alator, ¿qué harías en esta situación?

—Ya di mi opinión en el consejo de ayer: contratar gente de armas. Son caros y no siempre obedecen órdenes, pero no veo otra solución a corto plazo.

—Si los invasores están muy cerca de aquí, ¿no crees, papá, que habrá que crear una guardia civil? No podemos esperar a que lleguen y nos ataquen con toda impunidad. ¿Por qué los notables no cierran las puertas del pueblo desde esta noche?

—Porque el pánico no hace bien a sus negocios. En la reunión, incluso, me pidieron que no anduviera contando lo que vine a informarles. Prefieren mantener el mercado abierto, la sensación de que no va a pasar nada tremendo.

—¡Eso es una locura!

—Lo es, pero entiéndelos. Creen que los invasores no van a presentarse por estos rumbos, sino hasta dentro de varias semanas, o de varios meses. No hay que precipitarnos. Estos merodeadores, de los que poco sabemos por ahora, deben viajar despacio porque van trabajando cada poblado; primero lo asedian, luego lo toman a sangre y fuego y finalmente lo saquean y lo queman. Calculo que llegarán a principios del verano, pero eso no es buena noticia, pues para entonces estaremos en plena vendimia. Por eso quería platicar contigo.

—¿Vas a marcharte de nuevo, papá?

«Muy listo para su edad», pensó Sampalio, orgulloso de la aguda perspicacia de su vástago.

—Así es. Voy a tener que ir a Mitra, a pedir ayuda con los jinetes de la frontera, que cobran lo suyo.

—¿Por qué no solicitar mejor soldados imperiales?

—El imperio solo nos necesita como vasallos por los impuestos que pagamos. Y como no somos una comarca rica, no se arriesgará a mandar tropas hasta estas lejanías. Prefieren a su ejército tras los muros de Marfilia, y esperar que los contratiempos desaparezcan por sí solos.

Yosef no esperaba semejante franqueza por parte de su padre.

—Eso no es justo —sostuvo, empecinado—. En mis libros de caballería así no se comportan los grandes señores. Pero…

El muchacho titubeó ante aquel abismo de dudas. Miró a su padre como alguien que lo forzaba a ver la realidad como una sarta de intereses y ganancias. Aun así no se quedó callado ante aquel desafío.

—Del emperador Soroj Tercero, nuestro monarca, dicen que es un hombre de fiar.

Su padre vio que estaba destruyendo los ideales en que su hijo basaba su existencia.

—Los libros de caballería son propaganda para atraer reclutas a las filas del ejército imperial. Sirven para convertir a los jóvenes, como tú, en soldados del imperio. Nuestro emperador puede ser un buen soberano, pero no tiene ojos para ver todo lo que se hace en su nombre, todas las injusticias que se perpetran bajo su estandarte.

Por más que le doliera, Yosef detectó la verdad que yacía en las palabras de su padre.

—Así que nuestra opción, por ser aldea pobre, es reclutar mercenarios —dijo.

—Necesitamos gente armada que nos cuide las espaldas mientras se llevan a cabo las cosechas. Ya hablé con nuestros comerciantes, y llevo un pago justo para comprar una buena protección armada. Tengo que salir de inmediato, hijo. Mitra está a más de veinte días de viaje y otros veinte de regreso, regresaré hasta dentro de un mes y medio.

—No te preocupes, papá, estaré bien en nuestra casa, ya estoy grande, ya sé cómo cuidarme solo.

Su padre le acarició el pelo y luego se lo revolvió en broma.

—No, no sabes todavía cuidarte solo, y más si nos invaden fuerzas desconocidas. Por eso le pedí a Petrenio y a Salustia que te cuidaran.

—¡Ja! ¡Y por supuesto que no aceptaron!

—Pues por supuesto que aceptaron. Y más cuando supieron, por boca de las autoridades de la escuela, que te portaste como todo un caballero andante con su hija, tu prima Arlinda.

Yosef cerró los ojos, desconsolado.

—Debí dejar que la apedrearan —exclamó en tono melodramático.

—Vamos, mirón de nubes, jamás lo hubieras permitido. Conozco tu corazón y sé, por más antipática que Arlinda te sea, que la habrías defendido a capa y espada. ¿No es cierto?

Yosef tuvo que admitir que familia era familia, pero intentó encontrar una salida a su situación de asilado en casa de su prima.

—¡Pero me van a tener comiendo los panes duros que les sobran de su panadería!

—Mejor pan duro que dulces y frituras con las que has llenado la alacena de nuestra casa.

Yosef suspiró, derrotado, aunque no convencido del todo. Su padre se puso de pie, con un gesto que, claramente, decía: esta conversación ha terminado decía que la conversación había terminado y tomó de la silla vecina su cayado.

— No me gustan estos tiempos en que soy más alator que curandero, en que gasto mis energías en comprar violencia y no hierbas curativas. Volveré lo más pronto posible, pero si no encuentro mercenarios en Mitra, deberé marchar hasta Antara y ver si allá hay gente brava, de armas tomar, que acepten defendernos en estos tiempos de zozobra. He firmado un documento para que puedan fiarte lo que necesites en la tienda de Jarkost. Solo te pido no dejes de asistir a clases. No pude ver a Teodorio ahora que volví, salúdalo de mi parte y dile que espero conversar pronto con él.

Solo entonces Yosef recordó el recado que el magíster le había encomendado para su padre.

—Teodorio me dijo que tenía unas cosas que devolverte, unos objetos que te pertenecen.

Pero sus palabras fueron interrumpidas por el silbido que su padre lanzó para atraer su cabalgadura: un hermoso caballo pura sangre de color azul cobalto que trotó hasta ellos. Su padre encajó su bastón en las alforjas de su silla de montar, subió a su cabalgadura y miró hacia Vejestorio con aire reprobatorio.

—Hay muchas cosas que no te he platicado, hijo. Muchas cosas que debes saber de nuestro pasado familiar. Ahora no hay tiempo para clases o explicaciones. Si algo necesitas para la escuela, ya sea consejos o conocimientos, tu tía Salustia está para ayudarte, no lo olvides.

—No lo haré, papá, tenlo por seguro. No te preocupes.

—Y dile a Teodorio que a ti te dé la llave y el libro. Son más tuyos que míos.

Yosef se quedó sin habla: no entendía las palabras de su padre. Este captó la incertidumbre y el asombro que pasaban, como sombras veloces, por el rostro de su único hijo.

—Esos objetos que ahora te intrigan tanto no son tesoros míos, Yosef; son herencia de Anasita, tu madre. De ella eran y ahora te pertenecen.

Y sin dar mayor explicación, Sampalio azuzó a su caballo y ambos, bestia y jinete, emprendieron una carrera rumbo a Mitra.

Yosef no pudo quitarse de la cabeza, mientras agitaba las manos como despedida, que nadie en el ancho mundo estaba a salvo.

Ni siquiera un herborista como su padre.

Ni siquiera un alator al que tantos respetaban.



Que el fuego crezca, que la confusión aumente

La sombra fulgurante se detuvo entre las catacumbas repletas de huesos. Un soplo de viento acre le informó la muerte de su asesino, del fracaso de su misión. Arminia, la joven hechicera, seguía con vida. Pero como aquella presencia tenebrosa tenía tantas cosas por ejecutar, no le hizo mucho caso. Un tropiezo entre los tantos movimientos que iban saliendo como él quería no iba a detener sus planes. El fuego estaba creciendo por todas partes. La confusión aumentaba a su favor. En el tablero de Zarabanda, sus fuerzas estaban listas para darse a conocer más allá de las fronteras. Era el momento justo para desatar el caos y que la vida agonizara de una vez por todas. Algo se movió en las tinieblas que lo hizo sonreír.

Sus peones ya estaban aquí, en este inframundo, para recibir sus instrucciones finales. Los tres se detuvieron a varios metros de distancia. Nerviosos. Expectantes. Serviles a morir.

—Su Magnificencia, hemos llegado.

—Su Sublimidad, dinos qué hacer.

—Su Gloria, a sus órdenes.

Desde las tinieblas nebulosas los contempló a profundidad y vio en sus corazones la ambición desmedida, la codicia insaciable, los deseos de poder. Estaban sujetos a su yugo. Saica había cumplido su parte. La diosa de la destrucción le había concedido los poderes del fuego para arrasar con el mundo. Y él estaría a la altura de semejante desafío.

La telaraña que rodeaba su rostro se agitó cuando finalmente les respondió.

—Es tiempo de aconsejar. Digan a los habitantes de Zarabanda que todo está bien, que la prudencia es el mejor curso de acción, que los rumores de nuestra presencia solo son eso: rumores sin fundamento. Pongan niebla en sus mentes, que no sepan lo que ocurre, que no actúen hasta que sea demasiado tarde. Llévenlos al matadero sin que respinguen. Condúzcanlos al fuego con los ojos vendados.

Y los tres siervos lo miraron como si fuera la fuente misma de la sabiduría ancestral.

—Eso haremos, su Gracia.

—Seguiremos sus consejos al pie de la letra, su Esplendor.

—No les daremos respiro, su Potestad.

Cuando los visitantes se marcharon, subió a sus aposentos como una sombra deslizándose por las escaleras de piedra. Entró a su guarida sigilosamente, por una puerta oculta en la pared; nadie lo había echado de menos. Salió al balcón y respiró el aire nocturno. El horizonte empezaba a clarear.

«Pronto todo esto será cenizas», pensó con júbilo. Pero algo le incomodaba: «Mi asesino ha fallado. Ella sigue viva».

Volvió a su habitación y sacó de los anaqueles El libro de las runas del destino. Allí estaba la sentencia que le molestaba: «En la batalla final, ni la espada ni el fuego serán la que decidan el destino de Zarabanda. Será la tierra que pisamos, sus hondas raíces, la que cambiará el destino de tantos». «Pero la tierra no es una fuerza, no contiene magia en sí», se dijo con furia.

Y, sin embargo, la profecía era explícita, no podía ignorarla: ella es la conexión más poderosa de todas. Ella, la que sigue respirando sin advertir lo importante que es, lo poderosa que podría ser. Olvídala. Olvídala. No es más que un peón en el gran esquema del caos. Una pequeñez. Una insignificancia. Su estupidez la llevará a la muerte. Solo hay que tener paciencia y ella misma se echará la soga al cuello. Aguarda y verás.

Cerró el libro con fuerza.

No podía olvidarla. Ni a ella ni a sus hermanastros; los que contaban con la sangre de Brebaja, los que podían trastocar sus planes si se descuidaba. Observó el horizonte y no logró calmarse del todo. Algo no estaba bajo su control y eso no le gustaba.

Las tinieblas volvieron a danzar sobre su rostro, le susurraron advertencias, consejos, estrategias a llevar a cabo. Una voz chirriante retumbó en su cabeza, calmó sus aprensiones:

—No te molestes por los obstáculos que te encuentres. Solo evádelos y sigue adelante.

«Tendré que intentarlo de nuevo», pensó. «No con un asesino, sino con muchos. Soy la voz del incendio y ya es tiempo de mostrarme al mundo. Soy la calamidad y he de cumplir mis amenazas». Y luego imaginó lo que estaba por ocurrir: «Pronto el fuego bajo mi mando destruirá los dominios de magos y hechiceras, los borrará de la faz de Zarabanda como si nunca hubieran existido. Nadie escapará a lo que les tengo preparado. Ni siquiera Armasijo podrá salvarse». Ese pensamiento lo hizo sonreír.

Había pasado mucho tiempo esperando ese momento, cuando daría a conocer sus poderes tanto a seguidores como adversarios. «Para que todos sepan qué clase de dolor voy a imponerles, qué muerte atroz voy a causarles. Y cuando eso pase, cuando las fortalezas de los magos sean cenizas al viento, la única magia que quedará en este mundo será la mía. La magia del remolino ardiente. La magia del tornado feroz».



En casa ajena

Desde la acera de enfrente, detrás de unas cajas de embalaje, Yosef miraba la casa de su prima. Llevaba quince minutos armándose de valor para tocar la puerta y avisar de su llegada. Solo portaba un morral con sus enseres más preciados: los libros de la escuela, la brújula que le había regalado su padre al cumplir diez años y un cuchillo de pastor en su vaina de cuero, además de una muda de ropa y una capa impermeable. Una hora antes, al llenar su morral, el muchacho descubrió que, en realidad, estaba preparándose para marcharse de excursión a las tierras áridas más que para cambiar de domicilio. El hogar de su prima estaba en el otro extremo de la aldea, pero las cosas que cargaba consigo parecían decir que la casa donde iba a pernoctar sería una comarca más peligrosa de lo previsto, un cuento de terror.

Sin embargo, Yosef no podía irse aún. Abrió la puerta del que fuera el cuarto de su madre, Anasita, y contempló el interior. Allí todo seguía tal como estaba el día de la muerte de su madre; su padre no había querido que se moviera ninguna de sus pertenencias.

El muchacho entró con cuidado, sin hacer ruido, como si no quisiera perturbar el ambiente polvoso de aquella habitación. Se quedó de pie frente a la cómoda. En la parte superior de aquel mueble se alineaban figurines de madera que representaban una familia abrazada y, más atrás, un árbol de la vida se distinguía.

Yosef respiró el aire enrarecido y alcanzó a percibir un aroma de flores primaverales. Provenían del ramo ya marchito que su padre había dejado, dentro de una jarra de agua, antes de marcharse a su misión de reclutamiento de mercenarios. Cerró los ojos y vio a su madre, muchos años atrás, en ese mismo cuarto.

—Ven acá, hijo. ¿Qué te preocupa?

Anasita estaba como siempre: con una maceta en una mano y un libro en la otra. Su madre dejó ambas en una mesa pequeña y se acercó a observarlo con detenimiento.

—Nada —contestó él.

—Vamos, hijo. A mí no me engañas.

—Es Arlinda.

—¿Ahora por qué se pelearon?

—No peleamos, pero ella está rara, ya no me habla, ya no me hace caso.

Anasita se sentó en la cama y le hizo un gesto para que se acomodara a su lado. Cuando lo hizo, su madre lo abrazó.

—No debes preocuparte por Arlinda. Ella está creciendo, descubriendo sus propios gustos y necesidades.

—Ya no juega conmigo.

Su madre asintió mientras contemplaba la telaraña de la ventana.

—Está madurando a su propio ritmo. Tarde o temprano se dará cuenta de lo que se está perdiendo y volverá a jugar contigo. Dale tiempo. Tenle paciencia.

Anasita alargó los brazos y de un cajón de la cómoda sacó un par de figuras hechas de un metal verdoso.

—¿Sabes a quién representa esta figura?

Yosef lo sabía.

—Es Sidaja, la Protectora.

—¿Y esta otra?

Su madre le mostró la escultura de una mujer cuyos brazos parecían ramas y cuya cabellera estaba cubierta de frutos diminutos.

—No sé, mamá. ¿Quién es?

Anasita acarició aquella figura antes de contestarle.

—Es tu abuela Brebaja. A ella le gustaba cuidar de las plantas, hacerlas crecer, como yo.

—¿Y qué pasó con ella?

Su madre pasó sus dedos por la figura en un ademán protector.

—Nadie lo sabe a ciencia cierta.

—¿Sigue viva?

—Claro. Mientras guardes en tu corazón su recuerdo, las personas no mueren, no te abandonan.

Eso sí que lo entendió.

—¿Como mi perro Escanio?

Su madre volvió a abrazarlo, y Yosef se sintió más tranquilo.

—Tampoco voy a olvidar a mi prima —dijo, muy serio.

—Y estoy segura de que ella tampoco te olvida. Anda, vete a ver nubes, que hoy poco ha salido el sol.

Y eso hizo.

Yosef abrió los ojos.

Volutas de polvo flotaban en el cuarto de su difunta madre. Notó que un rayo de luz las hacía brillar.

—Sigues aquí, mamá —balbuceó como un consuelo para sí.

Algo vibró en la esquina de la ventana: una mosca había quedado atrapada en la telaraña y trataba, inútilmente, de zafarse. Dejó la habitación de Anasita, atravesó el patio interior y al salir de la casa cerró la puerta de la calle con doble llave. Por un momento titubeó… No quería irse de su hogar, pero era una orden de su padre y debía cumplirla.

Ahora, mientras el día tocaba a su fin, Yosef contempló la casa de Arlinda, su próxima residencia, con una mezcla de intriga y espanto. Deseaba tener a alguien de la familia a su lado, pero sabía que Salustia era una persona arisca, que siempre andaba de pleito con su madre por cualquier motivo.

El par de hermanas habían sido como una gota de agua y una de aceite: irreconciliables desde niñas y apartadas entre ellas, cada una haciendo su vida y criando a su familia sin establecer lazos fraternos entre ambas. Pero cuando

su madre se enfermó de gravedad, cuando todas las pócimas fueron inútiles, Salustia estuvo a su lado día y noche, cuidándola, limpiándole el sudor frío, dándole ánimos, escuchando sus últimas palabras. Ese era un recuerdo que no olvidaba. El cuarto en penumbras y las dos hermanas cuchicheando entre ellas, observándolo con gestos aprensivos mientras él jugaba con un caballo de madera, inconsciente del drama que se desarrollaba a unos metros de distancia.

Yosef volvió a mirar la casa de sus tíos, adornada de macetas rebosantes con flores de colores vivos. Era una residencia hermosa, con una amplia terraza y ventanas redondas, no como la suya, que siempre tenía un aire de abandono, de casa mal cuidada. La residencia de su prima no solo era vivienda familiar sino negocio bien establecido, prestigioso, incluso. La puerta de entrada ostentaba un letrero: Panadería Las Delicias. Su interior era un mostrador donde se atendía a la clientela desde la mañana hasta la noche.

—¿Qué tanto miras mi casa? —le susurró una voz a sus espaldas.

El muchacho pegó un salto descomunal.

Frente a él estaba, con las manos en la cintura y viéndolo con suspicacia, su prima Arlinda, la boco… bueno, la sigilosa.

—Yo… yo solo estaba… esperando el momento propicio para…

—Para aparecerte en nuestra casa, comer nuestra comida y dormir en nuestra cama, ¿verdad?

—No por mi gusto —Yosef le contestó, ya repuesto del susto.

Arlinda ladeó la cabeza y lo examinó con ojos curiosos.

—Te veo en la escuela siempre de espaldas. En cuanto me ves, sales corriendo, como si fuera una apestada para ti. ¿Qué te he hecho para recibir semejante trato? Anda, primo, dímelo.

—No me gusta meterme en líos y tú los buscas con premeditación y ventaja.

Esta vez el rostro de Arlinda se transformó en una nube luminosa. Solo al prestarle atención a sus gestos, Yosef pudo comprender que su prima estaba riéndose a sus costillas. Finalmente ella ladeó de nuevo la cabeza y volvió a examinarlo con detenimiento.

—Tienes razón —dijo al fin—. Amigos no tengo y todos me odian. ¿Cuál es tu confesión?

—Soy un solitario, un soñador. No me veo viviendo en Vejestorio mucho tiempo, en cuanto pueda, me largo. Mi madre está muerta y mi padre se la pasa viajando. Solo estoy yo y mis nubes; yo y mis ganas de conocer el mundo.

Ambos primos volvieron a retarse con la mirada, pero ninguno añadió más por un largo rato. Empezaba a templarse el aire con la aparición de un frente helado tardío. Arlinda se abrazó a sí misma. Yosef se quitó la chaqueta y se la puso en la espalda.

—Creo que debo anunciar mi llegada —dijo en un tono desenfadado, como si fuera una cosa de todos los días presentarse en la casa de sus tíos.

Pero Arlinda hizo algo extraño: lo abrazó con fuerza y le dio un beso sonoro en la mejilla.

—Qué bueno que has vuelto, primo.

Yosef se quedó paralizado. Aquello sí que era inesperado. Su prima volvía a comportarse como cuando eran más pequeños. Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar ante aquella rara expresión de afecto, Arlinda salió corriendo en medio de la noche rumbo a lo desconocido.

«¿Qué he hecho?», se cuestionó Yosef, «¿Por qué me deja aquí?».

Luego recordó la promesa que le hizo a su padre: cuidar a su familia, proteger a los suyos. Y sin pensarlo dos veces, salió corriendo detrás de su prima, la enojada, la temperamental.



Cloacas

Aunque apenas anochecía, ya la luna llena dominaba el firmamento. Esta vez, sin embargo, Yosef se fijó menos en el cielo y se mantuvo atento a las marcas que había dejado el torbellino de su prima: gatos espantados, vasijas volcadas, jaulas balanceándose en precario equilibrio. Al dar la vuelta en una callejuela se detuvo, vacilante. La pista de estropicios terminaba frente al muro exterior de Vejestorio.

«¿Cómo pudo saltar tres metros de altura?», se preguntó, incrédulo, «debe de haber otra explicación». Y la había: la luz lunar le mostró una fisura ovalada en la parte del muro que pegaba con el suelo: era una argolla oculta entre dos piedras. Sin detenerse a pensar, la jaló con fuerza y, al momento, se abrió un hueco de oscuridad al pie del muro.

Yosef buscó entre sus ropas la vela que siempre traía consigo y la caja de cerillas para alguna emergencia. Prendió la vela y se metió en aquella tiniebla tanteando con el pie: se topó con algunos escalones que descendían hasta un túnel más o menos amplio, donde se escuchaba el sonido de agua corriendo. Su nariz le advirtió que era el agua sucia de las cloacas de su aldea.

Quiso gritar el nombre de su prima en la espesa negrura, pero antes de hacerlo supo que no estaba solo: había un bulto echado a sus pies. Con manos temblorosas acercó la vela encendida y descubrió un perro sarnoso, con la lengua de fuera, que respiraba con dificultad.

—¿Has visto a mi prima? —le preguntó como para no perder la compostura y salir gritando de aquel sitio nauseabundo y asfixiante.

El perro lo miró con sus grandes ojos cansados y ladró tres veces, como si hubiera comprendido su pregunta. Luego se levantó con lentitud.

«Este animal no entró por donde yo lo hice. Eso significa que hay otra entrada y, en tal caso, es la vía que tomó mi prima para salir de este sitio», Yosef reflexionó mientras seguía al perro por varios pasadizos, la mayoría eran cuartos repletos de ratas y desperdicios.

A veces una rata se les atravesaba en actitud agresiva, pero el perro, con sus ladridos, la mantenía a distancia de ambos.

Cuando Yosef creyó que ya no podía respirar más aquella miasma, el perro ladró de nuevo tres veces y se detuvo. Frente a ellos estaba una puerta de madera con una rueda de metal en medio. Yosef la hizo girar a la izquierda y la puerta se abrió ante una oscuridad menos densa: era una habitación donde se oía el ruido de una maquinaria en movimiento.

El perro sarnoso volteó a ver al muchacho un instante y comenzó a subir una rampa. Yosef lo siguió hasta toparse con un salón amplio, donde varios fuegos borbotaban como volcanes en miniatura y miles de chispas de todos los colores saltaban a su alrededor.

—¡Esto es la herrería a las afueras del pueblo! —exclamó.

Ahora sabía dónde se encontraba, y eso fue todo un alivio: era la fragua de Dimitrus Ax, el herrero del pueblo, el forjador de toda clase de utensilios, quien se especializaba en componer cacharros, pulir espejos y arreglar cualquier cosa que hiciera falta.

—Hola, Yosef —dijo la voz cavernosa del herrero—, hoy no viniste a trabajar. Te he esperado todo el día. ¿Crees que te voy a seguir pagando por no hacer nada?

Para sorpresa del muchacho, Dimitrus estaba ocupado componiendo una red metálica que brillaba como estrellas en la noche.

—Discúlpame, estaba cambiándome de casa. ¿Qué eso que estás haciendo?

—Tejo una armadura ligera, pero impenetrable. Me la mandó hacer Basulto, un mercader que viaja mucho por las tierras fronterizas. Es la primera vez que hago negocios con él y parece bastante solvente, tú sabes, con dinero contante y sonante. Incluso me dio monedas del antiguo imperio. Si quieres te las muestro otro día. Pero ¿de dónde saliste, muchacho?

—Yo andaba buscando a mi prima y…

El herrero sonrió al darse cuenta quién era su prima.

—Ya veo, la chiquilla misteriosa que anda hurgando por todas partes. Arlinda se llama, ¿no? Sí, pasó por aquí, corriendo. Yo te recomiendo que la dejes en paz. De noche no es la misma. Se pone como alteza real, tú entiendes, como reina del mundo. Muy mandona tu prima, pero sabe lo que quiere y no se detiene ante nadie ni nada. Eso es bueno. En estos tiempos ayuda no depender más que de uno mismo. Y si es luna llena y hay lobos aullando por doquier, mucho mejor.

—¿Lobos? Pero si hace décadas que esas fieras no se han visto por aquí cerca.

Dimitrus, hombre alto y corpulento, inclinó su rostro a la altura de la cara de Yosef.

—No te alteres, muchacho. Los lobos comunes siempre rondan los valles donde abunda el ganado. No hablo de esos lobos, los animales fieros de cuatro patas, sino de las bestias con cara de lobo que pueden confundirse con nosotros si así lo quieren. De esos monstruos hablo. Y tienes razón, desde hace mucho tiempo no se ha vuelto a ver a esos lobos con rasgos humanos por las tierras de Vejestorio, pero los tiempos están cambiando y para peor.

—No estaba enterado —respondió Yosef.

El herrero lo miró a los ojos sin parpadear.

—Yo veo en ti metal duro, como esta armadura que estoy haciendo. Si me sobra tejido de plata, te haré una armadura a tu medida. Me la puedes pagar con tu trabajo aquí, pero ya no faltes tanto. ¿De acuerdo?

Yosef sonrió también y le estrechó la mano a Dimitrus.

—De acuerdo.

—Ahora corre en busca de tu prima. Salió por la puerta de enfrente hace unos diez minutos. Pienso que iba hacia el bosque. Buena suerte.

Y sin decir más, el herrero tomó un pedazo de metal reluciente y lo echó al horno, fijando su atención en lo que estaba haciendo un momento antes.

Pero su prima era su preocupación inmediata: debía de encontrarla lo más pronto posible. Y no solo encontrarla, debía de hablar con ella, intentar explicar lo que pensaba de su forma de ser y viceversa. Debían hablar de frente y sin tapujos. Sincerarse era la palabra que buscaba; ambos necesitaban sincerarse, volver a empezar su relación familiar sin prejuicios, sin resentimientos. No quería desavenencias entre ellos y más si iban a compartir una misma casa, que no era la suya sino la de ella. Eso haría, se dijo a sí mismo, si lograba dar con su paradero.

Yosef abrió la puerta de la herrería y salió a la parte superior del viejo acueducto, que ahora era una ruina inservible. Tuvo que brincar de un arco en pie al siguiente. Sin embargo, no veía rastros de su prima. Entonces oyó un ruido de pisadas abajo, entre los matorrales. Saltó a la oscuridad y por suerte cayó sobre un montón de hojas apelmazadas por las últimas lluvias.

—¡No! ¡Noooooooo! —escuchó de pronto.

Alguien gritaba muy cerca. Y no era la voz de su prima.



La voz de las raíces

En su travesía hacia la isla de Cedrel, Arminia, la joven hechicera, decidió evitar las posadas y dormir al aire libre. Ya cerca de su destino, hizo su campamento en un claro del bosque, junto a un río de aguas apacibles. Acostada, con su espada al lado, lista para cualquier contratiempo, acabó arrullándose con el murmullo de la corriente. Esta vez su sueño la llevó a una cueva enorme, iluminada por dentro, donde un árbol palpitaba como si fuera un corazón mayúsculo.

—¿Todavía no sabes quién soy?

La voz era enérgica, pero tierna a la vez.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Soy la que pulsa en tu magia, la que anima tus pensamientos.

—Lo creo, pero no me sirve de mucho en la situación en la que me encuentro.

—¿Tu castigo por decir la verdad?

—Eso. Tal vez debí guardar silencio, fingir que no vi lo que vi. Engañarme a mí misma.

—Ese no es tu carácter, Arminia.

—No lo es, pero facilita las circunstancias en el mundo de los magos y las hechiceras.

Las ramas se estremecieron con vehemencia.

—No niegues tu instinto de justicia; es tu fortaleza mayor, tu escudo de armas.

Arminia observó el árbol descomunal.

—¿Eres una planta? —inquirió.

La risa la rodeó como un eco interminable.

—Sí, eso soy, entre muchas otras cosas.

—¿Quién eres? —insistió la joven hechicera.

—Soy la tierra que pisas. En mis raíces está tu futuro.

Al despertar, Arminia se sintió reconfortada, con nuevos ánimos. Y entonces recordó la parte final de su sueño.

Aquella voz la había consolado, le dijo que mantuviera los ojos bien abiertos, que no claudicara, incluso en la peor de las situaciones. ¿Quién era ella?… Ya no lo recordaba. Así que se puso a hacer ejercicio con su espada. Súbitamente le vino a la memoria que, en su sueño, había preguntado al árbol gigantesco quién la quería muerta y por qué causa. La respuesta la inquietó más de lo que deseaba admitir.

—El que tenga doble cara es tu adversario; el que sea sombra entre las sombras viene por ti.

No le gustó pensar que era el centro de una traición sin rostro, pero debía estar preparada para cualquier contratiempo. Sacó de su cintura el cuchillo de hueso negro y lo examinó con cuidado.

—Ahora que soy tu dueña, dime de quién fuiste su instrumento —le ordenó.

El cuchillo se estremeció y un sonido chirriante salió de su interior.

La joven hechicera frunció el ceño. La respuesta era una adivinanza:

—Donde quiera que vayas, te estará esperando.

—Pero no me has dicho su nombre.

De nuevo, el cuchillo emitió un sonido áspero.

—Porque ha perdido su nombre y ahora solo es un fuego suelto, un incendio voraz.

Arminia se dio por vencida, y unos momentos después ya iba cabalgando río abajo.

«No me importa que seas una sombra, no me importa que carezcas de nombre, voy a dar contigo, voy a devolverte el favor de tu intento de asesinato», se juró a sí misma.

Eso la calmó. Había hecho un juramento y pensaba cumplirlo, aunque en ello le fuera la vida.

Samara, su cabalgadura, relinchó mientras ambas recorrían los intrincados senderos del bosque.

—Tú me comprendes mejor que nadie —le dijo mientras la acariciaba.

Samara le respondió con una oleada de simpatía.

—Donde tú vayas yo iré contigo —le contestó la yegua.

Arminia se sintió más segura. Por más que su hermandad la castigara, no estaba sola.

Un poco más tarde la joven hechicera percibió que el mundo cambiaba. Atravesó la zona neblinosa entre el orbe de la magia en acción y el orbe donde la magia no tenía efecto. «He llegado a mi destino», pensó. «He dejado de ser una hechicera y ahora solo soy una espadachina bien entrenada. Una asesina con ganas de vengarse. Si Baracelso, mi mentor, me viera, se mostraría decepcionado, él que tanto insistió en que pusiera mis conocimientos por encima de mi gusto por el combate».

Sintió prisa por volver al territorio de la hermandad, por exponerse de nuevo a toda clase de traiciones. Ahora que la tierra era su aliada, que el mundo la cubría con su canto, no tenía dudas. Estaba lista para enfrentar cualquier desafío, para defender lo que era justo.

Y se encaminó al puente que unía la tierra firme con la isla de Cedrel, su nuevo hogar. La suntuosa prisión que sería su morada por los próximos meses, donde la ausencia de magia no iba a cambiarle su instinto, ni torcerle su verdad.



Duelo bajo la luna

La noche era lo suficientemente clara como para poder ver a más de cien metros de distancia. Yosef intentaba localizar el lugar del cual había surgido aquel grito espeluznante. Los arbustos y matorrales que lo rodeaban le impedían correr más aprisa.

Yosef estaba preocupado: una sensación de peligro comenzaba a manifestarse en su cuerpo. Sus sentidos se agudizaban y sus movimientos eran más rápidos y, a la vez, más cautelosos.

Se detuvo de golpe.

Allí, en un claro del bosque, estaba Arlinda, sosteniendo en su mano derecha un orbe luminoso. Y a sus pies, un hombre lobo se retorcía de dolor y gritaba como un poseso.

Yosef pensó que todo lo que había leído y soñado estaba cumpliéndose frente a sus ojos. Por vez primera supo que los mundos de magia y de monstruos no pertenecían al pasado, no residían únicamente en su imaginación, vivían en su mismo tiempo, estaban a las puertas de su mundo y aullaban sin descanso.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó como si estuviera entrando a la pesadilla de otra persona y no quisiera, realmente, saber la respuesta.

Arlinda lo ignoró. Su mirada estaba fija en el licántropo que ahora aullaba. Yosef no tuvo otro remedio que acercarse a ambos. Esta vez la escena se recompuso ante sus ojos; el hombre lobo aullaba de dolor, pero no era un dolor causado por una herida física. Su petición de tregua iba dirigida a su prima.

Yosef sintió que toda la piel se le erizaba. Y comprendió, sin que nadie se lo tuviera que explicar, que estaba ante un acto de magia mayor.

—¡Habla! —dijo Arlinda y su voz era tan filosa como una daga.

—¡Nooo! ¡No pueedooo!

El hombre lobo se estremeció de los pies a la cabeza y, quedándose quieto, dejó de aullar.

—¿Lo mataste? —preguntó Yosef.

—Observa y verás —fue la respuesta de su prima.

Y no tuvo que esperar mucho tiempo. El licántropo abrió los ojos lentamente: su mirada era ahora turbia e inconstante. Su cuerpo se tensó al máximo; sus músculos eran nudos apretados a punto de estallar por la presión acumulada.

—¿Qué quieres? —gruñó.

—Saber el motivo de tu presencia en nuestra aldea —ordenó Arlinda.

—Contar cabezas, reconocer defensas.

La voz del hombre lobo era un chirrido que molestaba al oído, pero las palabras que decía eran mucho más molestas por el tono despectivo con que las pronunciaba.

Yosef observaba al licántropo con detenimiento y, al hacerlo, se dio cuenta de que aquel ser no se parecía a los monstruos pintados en los libros antiguos: en estos aparecían como gigantescos animales asesinos, con fauces descomunales, gigantescos colmillos y ojos sangrientos. El hombre lobo que estaba a sus pies era como un ser humano, con garras y colmillos, pero no de grandes proporciones; tenía fauces que dejaban ver un rostro parecido al suyo; sus ojos no estaban inyectados de sangre, sino de una astucia depredadora, de una alta inteligencia y sensibilidad. Incluso su tamaño no era mayor que el de

cualquier habitante promedio de Vejestorio. La gran bestia de su infancia era un ser formidable, ahora lo veía, mas no un ser ajeno al dolor. Yosef estuvo a punto de sentir lástima por él, cuando escuchó la voz de Arlinda:

—¿Por qué andas tan lejos de tu guarida?

—Es temporada de caza. Vamos con la corriente. Si exigen alimento, nosotros traemos lo que ellos ordenan. Si quieren que contemos cabezas, los obedecemos.

Su prima frunció el ceño en actitud meditativa.

—¿Quiénes son ellos? ¿A quién obedeces?

Otra vez el hombre lobo se estremeció, resistiéndose a contestar. Pero Arlinda lo tenía bien sujeto a sus poderes.

—¡Habla ya! —le gritó.

El licántropo abrió sus fauces.

—Han vuelto las antiguas deidades y están hambrientas. Quieren carne humana y la quieren ya, para el banquete del Caos.

—¡Di sus nombres!

—Ignoro sus nombres. Soy espía, no jefe de manada. Ellos no hablan conmigo, no muestran su rostro. Son dolor y dan dolor, ese es su derecho y gustan de ejercerlo. Son viejos, muy viejos, y van por el mundo quemándolo, haciéndolo cenizas. Algo les falta. Algo necesitan. Por eso vienen en camino. Por eso me envían. Es todo lo que sé. Yo solo cumplo órdenes.

—¡Espera! Mencionaste el Caos que todos conocemos. Si te da órdenes, ¿cómo lo hace?, ¿es una voz que resuena en tu cabeza?

El hombre lobo aulló con furia.

—Son chispas que quieren ser incendios. Apenas están creciendo. Cuando avancen por el mundo, la quemazón las acompañará.

—¿Dónde viven? ¿En qué sitio se esconden?

Y entonces el hombre lobo utilizó sus últimas fuerzas para intentar golpearlos con sus garras. Pero Arlinda, al sentir que se estaba liberando de su poder, le lanzó una llamarada de fuego blanco en forma de saeta.

El licántropo quedó suspendido en el aire por un segundo, luego se hizo polvo ceniciento ante la mirada incrédula de Yosef.

—Otra vez estamos como al principio —murmuró su prima, enojada.

Yosef no le prestó atención y, sin poder contenerse, la tomó del brazo, sacudiéndola.

—Como al principio estoy yo. ¡Explícame qué pasó aquí! ¿Qué eres tú y cómo es que te pones a pelear con hombres lobo en plena luna llena? ¿Estás loca o qué?

En el instante en que pronunció tales palabras y vio la mirada de su prima, Yosef se dio cuenta de lo ridículo que sonaba y empezó a reírse. Su prima lo acompañó con una gran risotada que los unió en un abrazo estremecedor. Casi no podían respirar de la risa. Era su forma de liberarse de la tensión de aquel encuentro con el licántropo y era una buena manera de aceptar que su mundo acababa de cambiar para siempre. Después de unos minutos pudieron sentarse en el claro del bosque y se miraron uno al otro sin rastro de resentimientos.

—Ahora sí, prima, dime de qué me he perdido estos años en que no hemos andado juntos. Pero primero cuéntame cómo diste con este licántropo.

—Fue él quien intentó sorprenderme y casi lo logra. Iba tan enojada contigo que no me fijé por dónde iba y de pronto lo vi corriendo para alcanzarme. Quizás pensó que era una presa fácil.

—Y así le fue —terminó, mientras ambos contemplaban el lugar donde el hombre lobo había muerto unos momentos antes.

Arlinda se quedó en silencio un largo rato. Yosef pensó que todavía no recobraba el aliento y decidió ser paciente.

—Pero tú ya estabas preparada, ¿no es así? Esta no es tu primera vez en que encaras una criatura como esa.

Su prima sonrió a medias y tomo las manos de Yosef entre las suyas.

—Está bien. Te contaré una historia. No será un relato extenso, pero quiero que primero me prometas que no vas a interrumpirme por más extraño que te parezca lo que te cuente.

Yosef estaba dispuesto a prometerlo todo con tal de entender qué clase de magia había visto unos minutos antes.

—Acepto —dijo sin tratar de zafarse de las manos de su prima.

—En segundo lugar, no quiero más malentendidos entre nosotros. Así que si escuchas algo que te disguste o que te suene escandaloso, guárdatelo para ti. Lo que yo te prometo a cambio es la verdad. O cuando menos una parte significativa de la verdad en la que tú y yo estamos involucrados. Desde ahora te advierto que yo desconozco algunas partes y lo que te contaré es como una cobija hecha de muchas piezas, de muchos retazos que he ido descubriendo por mí misma en estos años en que hemos estado separados. ¿Entendido?

Su prima lo soltó de las manos y entre ambos surgió una luz transparente.

—¿Qué es esto? —preguntó Yosef, preocupado.

Arlinda abrió las manos con las palmas hacia arriba, y la luz se volvió una esfera luminosa que flotaba sobre ellas.

—Lo que voy a contarte es un secreto de familia, primo. Tienes el deber de guardarlo para ti y nada más para ti.

Yosef estaba tan asombrado con aquella esfera brillante balanceándose en el aire que apenas parpadeó.

—Lo que digas —respondió al fin.

—Es una historia que viene de tiempos inmemoriales, habla de la época en que los dioses andaban por el mundo y se relacionaban con nosotras, las criaturas de Zarabanda. Pero tú ya sabes eso, ¿verdad?

—Sí, claro —contestó, enfadado.

—Primero debes saber que los dioses nos dejaron libres porque no tenían otro remedio. Nos crearon y, al momento de crearnos, dejaron de tener dominio sobre todos nosotros. Entonces crearon a las criaturas de las sombras, las Cizañas, los sirvientes ciegos de los dioses, los devastadores. En los antiguos manuscritos los llaman «Los que susurran en las tinieblas». Más tarde, los estudiosos los denominaron los Devastadores. Cuando los dioses se marcharon, ellos asumieron como los nuevos dioses, los sustitutos de las antiguas deidades. Y obraron en consecuencia: intentaron por todos los medios, físicos y mágicos, intervenir en los asuntos de Zarabanda. La guerra entre los Acechantes y nosotros duró varios miles de años hasta que fueron expulsados de este mundo, pero se dice que alguno de ellos espera su oportunidad para volver y conquistarnos. Como sea, al terminar el reinado de

estas deidades terribles, los habitantes de Zarabanda volvieron a sentirnos seguros. Pero aunque estas criaturas terribles desaparecieron, quedó un residuo de ellas, una magia antigua que cada tanto tiempo vuelve para intentar destruirnos, de vez en vez se levanta para devorar nuestro mundo con su fuego.

Yosef estaba perdido con tantos datos. Lo que su prima le decía no cuadraba con ningún libro que hubiera leído ni con las enseñanzas de Teodorio, el mejor contador de historias de los tiempos heroicos.

—¿Y los hombres lobo? ¿Y las brujas? ¿De qué lado están en todo esto?

Arlinda le dio un leve coscorrón.

—¿No habías prometido no interrumpirme?

—Lo siento. Sigue, por favor.

—No hay lados, primo. Los seres de Zarabanda contamos con la libertad de escoger en qué bando queremos estar. No importa si eres un ser humano o un hombre lobo. La tormenta de fuego, aunque así le digamos, no es un fenómeno natural. Detrás de su aparición siempre ha habido algún mago que ha querido contrariar la naturaleza y usarla para sus propias ambiciones. El problema del Caos es que quiere subyugar a todas las criaturas de Zarabanda, quiere convertirlas en simples instrumentos de su destrucción. Para esa magia voraz, el que nuestro mundo quede convertido en un páramo es mejor que vernos viviendo en él, es preferible a que sigamos habitándolo. Algo, un rencor, una sed de venganza, llámalo como quieras, pero ese poder ancestral aborrece la vida en todas sus formas y manifestaciones.

—Lo que dices es que nuestro mundo no está funcionando como debiera, que de tanto en tanto pierde su equilibrio a causa de los que usan la magia para sus propios fines.

—Sí. Eso digo. El problema principal es que los practicantes de los grandes conjuros, al menos algunos de ellos, los más perversos, los más depredadores, rompen las reglas de la naturaleza para usarla contra ella. Incendian el mundo para empezar todo de nuevo a su gusto y a su parecer.

Yosef no estaba del todo convencido y volvió a olvidarse de su promesa.

—Está bien. Te creo. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el secreto de familia que dijiste?

Su prima extendió sus brazos y la esfera de luz los envolvió como un remolino de fulgores.

—Mira y aprende —dijo Arlinda mientras caían en una vorágine turbulenta, en un abismo oscuramente luminoso.



Una historia de familia

Yosef sentía que estaba a punto de vomitar mientras el mundo daba vueltas y él no podía sostenerse de ningun lugar: el universo ya no tenía ni un arriba ni un abajo y todo era una luz blanca estallando a gran velocidad.

—Toma mi mano y no la sueltes —dijo Arlinda, flotando boca abajo.

Yosef se aferró a la mano de su prima y en ese instante sintió una fuerza poderosa que pasaba por su cuerpo y sosegaba los latidos de su corazón. Estaban en un valle donde una torre de piedra dominaba el paisaje. Una mujer con bastón caminaba hacia ella. Las nubes pasaban por el cielo en arrebato. La mujer se detuvo frente a la torre y golpeó con su bastón la puerta tres veces. En lo alto de la torre una luz brilló y el valle se volvió un mar embravecido que se alzaba en todas las direcciones. La mujer miró las olas, pero antes de que llegaran hasta ella voló a las alturas y se detuvo donde la luz esplendía. Un hombre mecánico la saludó.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó aquel ser lleno de engranajes.

La mujer observó el mar abajo.

—Que cuides del tiempo hasta que sea el momento de las revelaciones —contestó.

—Lo haré por ti, porque tú jamás me has desdeñado.

Un instante después se encontraban en un bosque espeso, donde los árboles se mecían con el viento. Miles de aves, con sus trinos, creaban una música apabullante. La mujer del bastón se agachó para recoger unas plantas, que guardó en su morral. Un hombre lobo la contemplaba en silencio.

—Sal —dijo la mujer—. No necesitas esconderte.

El licántropo salió con cautela.

—¿Por qué no me temes? —preguntó.

—Porque eres parte del orden de las cosas, una criatura necesaria para mantener el equilibrio del mundo.

—Puedo atacarte —amenazó el hombre lobo.

—Puedes, pero no lo harás.

El licántropo se acercó y la observó.

—Para ser humana, eres hermosa.

—Para ser medio lobo, no estás mal.

Ambos se abrazaron y se rieron antes de besarse. Ahora las imágenes se movieron. Arlinda y Yosef se encontraban a la orilla de un lago. La mujer del bastón miraba la superficie del agua y esta se agitó de pronto. Del lago emergió una anciana llena de raíces y pedruscos, tan vieja como las edades del mundo.

—Me alegra verte —dijo la mujer del lago.

—Lo mismo digo.

—¿Vienes a elevar tus plegarias por Zarabanda?

—Vengo a pedirte ayuda.

A lo lejos, sobre las montañas nevadas, una cortina de fuego avanzaba.

La mujer del lago asintió al ver el rostro de fatiga de la mujer del bastón.

—¿La magia de tu mundo ha vuelto a pervertirse?

—No la magia —dijo la recién llegada—: los magos y hechiceras que prefieren el yugo al conocimiento libre. Y los pocos de ellos que aún luchan contra el Caos no logran detenerlo. Estamos en las últimas. Requerimos tus protecciones, tus salvedades.

La mujer del lago se acercó a la orilla y le ofreció un fruto dorado.

—Cómelo —ordenó.

La mujer del bastón lo comió y se transformó en una luz dorada.

—Ahora puedes vencer al Caos, reverdecer el mundo. Pero cuando todo se equilibre, tú serás mi sucesora, irás conmigo al reino de la savia, mantendrás la luz de Zarabanda todo el tiempo que haga falta. —Y desapareció dejando a la mujer del bastón sola frente a las aguas quietas del lago.

La visión se empañó antes de situarlos en un recinto enorme, en una sala comunal, donde varios magos y hechiceras se quitaban la palabra unos a otros.

—Ganamos, eso es lo que importa.

—La tormenta de fuego ha sido derrotada, pero volverá.

—La hermandad es lo que debemos cuidar. La magia es lo que vale. Con ella podemos crear imperios donde nosotros tengamos el poder.

—Debemos encontrar otra forma de equilibrio —dijo la mujer del bastón. Pero nadie le hizo caso.

—Debemos crear magia natural para que Zarabanda se cure para siempre —insistió.

De nuevo sus palabras cayeron en oídos sordos. La mujer del bastón, percatándose de que nadie quería escucharla, a grandes pasos, dejó la sala, bajó unos peldaños y salió de aquel recinto. Afuera había un bosque y a este se dirigió. La mujer respiró a profundidad y se sentó recargada en un árbol grande y frondoso. De su morral sacó un lápiz y un cuaderno y se puso a escribir en un libro de cuero negro.

Una niña corriendo se acercó a ella y un hombre lobo las miró con los brazos cruzados. La mujer abrazó a la niña y le mostró el libro donde había estado escribiendo.

—Un día esto será tuyo, mi tesoro.

La niña observó el libro y lo tomó entre sus manos.

—¿Qué es? —preguntó.

—Tu herencia. Aquí está la prueba de mi amor por ti, por todas las criaturas de Zarabanda. Un día tú lo llenarás con tus descubrimientos y tus hallazgos. —La niña jugó con el libro mientras la mujer sacaba otro libro idéntico y dibujaba en él una flor.

Cuando el hombre lobo se aproximó a ellas, la mujer del bastón se levantó y guardó ambos libros en su morral.

—Es hora de marcharnos —dijo.

—¿Los magos te prestaron atención? —quiso saber el licántropo.

—Ni por un momento.

Los tres, agarrados de las manos, se perdieron en la oscuridad reinante. Y las visiones se difuminaron, perdieron solidez.

—¡No puede ser! —exclamó Yosef.

—Pero lo es, primo. Esa mujer a la que seguimos no es otra que Brebaja, nuestra abuela.

—Alguna vez mi madre me habló de ella. ¿Brebaja fue parte de la Hermandad de los Magos y Hechiceras?

—Lo fue, pero hoy nadie habla de eso. Lo que importa es que fue ella quien forjó los cimientos de las ciencias de la naturaleza en Zarabanda; la curandera que enseñó a sanar el mundo sin más conjuros que la naturaleza.

—Una herborista.

—Una mujer que fue esposa de un licántropo. Según la historia familiar, un día se despidió de todos y se esfumó sin dejar rastro.

—No puedo creer que tengamos sangre lobuna —exclamó Yosef.

Pero Arlinda no estaba dispuesta a que su primo negara su herencia.

—Y sin embargo lo es. Porque Brebaja ya contaba con sangre de lobos por parte de su madre. Por eso le atraían por igual seres humanos y licántropos.

—Y la niñita que vimos, ¿era tu madre o la mía?

Arlinda frunció el ceño.

—No sé quién sea, pero pienso que es parte de la famila que aún no tenemos el gusto de conocer. ¿Qué te parece nuestra historia familiar?

—Extraordinaria —respondió el muchacho—. Pero me deja con más dudas que certezas.

—Así es el conocimiento. Descubres algo nuevo y eso solo provoca que el misterio se ahonde, que las preguntas se multipliquen. En todo caso, Brebaja, nuestra abuela, la madre de nuestras madres, tuvo una vida aventurera. Nos guste o no, ambos somos parte de su historia. ¿O crees que yo puedo dominar hombres lobo por simple magia? Puedo hacerlo porque, al igual que tú, tengo su sangre, soy de su misma estirpe. Discute cuanto quieras, pero somos de

linaje lobuno como de estirpe humana. Como criaturas de Zarabanda, somos mestizos y tenemos lo mejor de todo el mundo: magia y fuerza, astucia y entendimiento. ¿No te parece fabuloso?

Y por un instante, para Yosef, el tiempo y el espacio que había entre los recuerdos de su abuela, Brebaja, y él mismo dejó de ser una realidad infranqueable, un muro que no podía traspasar.

—Me parece doloroso —dijo, bajando la cabeza para no revelar sus zozobras.

Y Arlinda, al ver que lo había herido, se compadeció de él.

—No sé por qué vamos en este camino, primo, pero lo andaremos juntos, ¿te parece?

Y Yosef, haciéndose el valiente, miró a su prima y en ella vio que aquello que los unía era más fuerte que cualquier fuerza contra la que tuvieran que luchar, que cualquier peligro que les saliera al paso.

—¿Vamos a tener que aullar? —preguntó.

—No seas ridículo —le respondió Arlinda.

Volvieron a Vejestorio en silencio, pero más unidos que en muchos años.

Cuando entraron a la casa-panadería, su prima lo condujo al cuarto de huéspedes.

—Aquí dormirás hasta que vuelva mi tío.

Yosef se sentó en el camastro que crujió con su peso. Miró a su derredor y vio que la habitación no tenía adornos y el mobiliario era escaso: una mesa pequeña con una lámpara de aceite y un estante donde se acomodaban unas cuantas plantas de ornato.

—Gracias —dijo.

Su prima se quitó la chaqueta y se la devolvió.

—Gracias a ti.

—¿Lo dices por la chaqueta?

Arlinda se sentó a su lado y lo observó con tiento.

—No. Lo digo porque en tus ojos he dejado de ser invisible. Y eso se agradece.

—Nunca has sido invisible para mí —se sinceró.

—Lo sé, primo, lo sé. Aunque te ha costado trabajo reconocerlo. ¿Quieres un poco de pan recién hecho y una taza de té?

La sonrisa despuntó en la cara de Yosef.

—¡Claro que sí!



Conciliábulo

Llegaron volando de todas direcciones. Durante un día entero fueron aterrizando en la explanada de la costa de Fibrilia, en el Mar meridional de Azcagua. Eran las representantes de todos los clanes de las brujas de Zarabanda que existían en ese momento. Para cuando la luna salió e iluminó la playa, había centenares abrazándose, besándose, dándose la bienvenida unas a otras. El clan Jistak era el anfitrión y sus integrantes se lucieron con espléndidos banquetes y bailes cortesía de orquestas de primer orden. En Fibrilia, donde ningún hombre había puesto pie so pena de perder la vida, el jolgorio creció conforme pasaban las horas.

A medianoche, la música cesó y a las representantes oficiales se les pidió que entraran al gran recinto del Aquelarre, donde se llevaría a cabo el conciliábulo. Todas obedecieron de inmediato. En el interior del recinto, las brujas visitantes se toparon con una sala circular en cuyo centro se levantaba un monolito de treinta metros de altura donde, a la luz de miles de antorchas, podían atisbarse los rostros de todas las brujas que habían sido martirizadas, sacrificadas y asesinadas en el curso de los siglos. Al pie del monolito se erguía una mujer muy espigada que todos reconocieron como Prikana Izzal, la archibruja suprema. La acompañaban Izzilna Kabba y Ludieta Orsocc, sus confidentes. Las brujas guardaron silencio para escuchar a Prikana, que abrió sus brazos antes de hablar.

—Me alegra verlas a todas. Me alegra reconocer en cada una de ustedes al espíritu libre de la brujería de Zarabanda. Os he llamado a este conciliábulo porque hemos obtenido información que pone en peligro a toda nuestra comunidad y es necesario actuar en consecuencia.

Un estruendo de rumores y cuchicheos se desató entre las recién llegadas.

—¡Silencio! —gritó Ludieta, y todas obedecieron.

La archibruja suprema contempló a su rebaño con gesto adusto.

—No las he llamado para asustarlas, sino para prevenirlas de la guerra que viene, como en los viejos tiempos. El fuego ha resucitado por artes mágicas y viene por todas nosotras. Y no solo por nosotras, viene por la humanidad entera, y las demás criaturas que pueblan este mundo estarán a merced de su furia. Debemos decidir si nos hacemos fuertes en esta región del mundo o damos la pelea más allá de nuestros dominios. No les pregunto si lucharemos contra el fuego, sino dónde lo haremos y con qué aliados. De eso trata esta reunión y no saldremos de este recinto hasta ponernos de acuerdo.

Prikana puso su mano izquierda con la palma hacia arriba y cerró los ojos.

—Si alguien quiere decir algo al respecto, queremos oír sus opiniones.

—¿Y nuestras dudas? —dijo una voz entre la multitud.

Prikana, abriendo los ojos, sonrió ante el reto.

—¿Cuál es tu duda, Farkina Lusaj?

—¿Seremos bien recibidas por las hechiceras, los magos, los humanos, o acabaremos siendo quemadas en sus cepos de tortura, como tantas veces ha ocurrido?

Un rumor de aprobación ante aquella pregunta surgió de las recién llegadas. Prikana no dio tiempo a que se formaran bandos entre las presentes.

—No creo que porque nos unamos a los humanos nos vayan a respetar más, si a eso te refieres. Los asuntos entre ellos y nosotras no acabarán porque un enemigo más poderoso intente destruir a ambas estirpes. Pero si combatimos a su lado, no olvidarán lo que hicimos por la vida; la suya y la nuestra. Y tal vez eso sea un paso que, eventualmente, nos permita ir enfrentando nuestras mutuas desconfianzas. ¿Alguien más?

Una bruja de cabellera negra que le llegaba a la cintura, se adelantó.

—Soy Brizila, señora de los cielos del Este. Dices, archibruja, que el fuego ha vuelto a encenderse. ¿Quién lo hizo?

Prikana dio unas palmadas y dos brujas aparecieron cargando a un hombre macilento, que apenas estaba consciente.

Más de una de las brujas gritó.

—¡Sacrilegio! ¡Mátenlo!

—Todo a su tiempo —dijo la archibruja—. Primero que responda a la pregunta de Brizila.

Ilzina Kabba se acercó al hombre.

—Servidor del fuego, ¿quién es tu amo?

El hombre se retorció, pero mantuvo su silencio.

—Está bajo un conjuro de protección —reconoció la encargada de la justicia —. Si habla, muere.

—Que hable, entonces —ordenó la archibruja y, acercándose al prisionero, puso sus manos en su cabeza y repitió la pregunta.

El hombre lanzó un alarido y abrió los ojos de forma desmesurada.

—Nuestra Gracia quiere verlas de rodillas, abatidas, humilladas. Pronto lo estarán. Nuestra Potestad quiere que sientan el dolor eterno por usar poderes que no merecen. Nuestra Gloria quiere que sean cenizas y nadie las recuerde.

Prikana quitó sus manos del hombre y el hombre cayó al suelo, se convulsionó por unos instantes y murió.

—Bueno —dijo la archibruja—, al menos ya sabemos que el generador de la calamidad es un hombre y que odia a las brujas. Lo que nos deja con millones de posibilidades.

Las risas no se hicieron esperar.

—¡Silencio! —volvió a decir Ludieta Orsocc, y ordenó que se llevaran el cuerpo del servidor del fuego. Prikana volvió a tomar la palabra.

—Como todas saben, nosotras no somos como la Hermandad de los Magos y Hechiceras, que tienen castas superiores e inferiores, donde solo los líderes mandan y el resto obedece. Cada una de nosotras, las brujas, las portadoras de hechizos y de sortilegios, tenemos voz y voto en los asuntos que nos

conciernen. Dentro y fuera del Aquelarre contamos con los mismos derechos y las mismas obligaciones. Por eso les pregunto: ¿qué haremos? ¿Entramos a la guerra o nos quedamos esperando que venga por nosotras?

La respuesta fue unánime: las brujas habían votado por salir de caza, por ir a la pelea.

Prikana mandó llamar a Farkina.

—Necesito que vueles a Sivak, a la tierra de los magos, y si puedes cuélate a la isla de Cedrel para que vayas sondeando lo que la hermandad sabe de esta amenaza, para que aquilates si están preparados para lo que se nos viene encima. Habla con Baracelso, el archimago.

—Saldré de inmediato.

La archibruja la detuvo.

—Eres mis ojos. Eres mis oídos. Si es necesario, avísame de los acontecimientos en cuanto estos ocurran. No podemos entrar a la guerra sin saber en qué lío nos vamos a meter, en quién podemos confiar y en quién no. Ese servidor del fuego, al tocarlo tuve la impresión de que era un mago que había traicionado sus juramentos. Si hay un traidor entre sus filas, debe de haber muchos más. No des nada por seguro. No confíes de nadie hasta que pruebe de qué lado está. Cuídate. Cuídanos.

La bruja salió del recinto casi corriendo. En cuanto llegó a la explanada se lanzó al cielo. Detrás quedaron los rostros preocupados de sus hermanas, la música del jolgorio que languidecía bajo la luna; la congregación ya no buscaba la fiesta, sino que se preparaba para el combate.

Farkina maniobró entre un banco de nubes y apresuró su vuelo. Sabía que su mejor opción era la isla de Cedrel, donde magos y hechiceras carecían de poderes. Allí estaría en igualdad de condiciones. Allí podría dialogar con la gente de poder de Zarabanda sin que la quisieran quemar. Pero primero debía contactar con Baracelso, hacerle partícipe del peligro que ardía al norte.

Un viento helado tocó su rostro. Desde las alturas contempló el horizonte curvo de Zarabanda. No había señales de fuego a su paso. Solo el mundo dormido, ajeno a la ruina y al dolor.



El libro de cuero negro

Yosef llevaba una semana en casa de sus tíos. En todos esos días su rutina consistía en ir a trabajar a la herrería de Dimitrus por la noche e ir a la escuela en el tiempo que le quedaba libre, donde se mantenía apartado de sus compañeros de salón. La única clase a la que asistía con gusto era la de historia de Zarabanda, que Teodorio daba como si hubiera vivido todas aquellas guerras y desastres. Al magíster no le había contado nada de su encuentro con el hombre lobo, pero se reunió con el viejo profesor en dos ocasiones: una para recibir la herencia de su madre en forma de una llave metálica y un libro con tapas de cuero negro, y otra para pedirle unos tratados sobre licantropía y magia, que su maestro le prestó a regañadientes, diciéndole que no eran lecturas recomendables para su edad, pero que confiaba en su sentido común para no fantasear con lo que iba a leer en aquellos compendios polvorientos.

Sin embargo, ese día, en vez de volver a la panadería de sus familiares, se desvió hacia su propia casa. Estaba más polvosa que cuando la dejó, una semana antes. Dejó los libros prestados en la mesa de la entrada y examinó de nuevo la llave metálica y el libro de cuero negro. La llave era como cualquier

otra hecha de uso. «¿Qué puerta o armario abría?», se preguntó. Yosef pensó en probarla en todas las cerraduras, empezando por la habitación de su madre, que su padre se empeñó en dejar intacta desde su muerte.

Debajo de mudas de ropa de Anasita, descubrió un cofre metálico y con la llave pudo abrirlo. En su interior no había ningún tesoro: ni monedas de oro, ni reliquias, ni joyas preciosas. En su lugar estaba una bolsa con semillas azules, que no pudo reconocer, y un papel amarillento que decía, con la inconfundible letra de su madre: «Cuando no quede más refugio, cultiva uno». Sin pensarlo dos veces, tomó la bolsa y la metió, bien cerrada, en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta.

De vuelta a la casa de su prima, se tiró en la cama y, en vez de leer los tratados de magia y licantropía, se dedicó a leer el libro de cuero negro. Ya sabía que trataba sobre las plantas naturales de Zarabanda. Yosef pensó, recordando la visión compartida con Arlinda, que Brebaja, su abuela, había escrito, a lo largo de su vida, muchos cuadernos como el que tenía en sus manos. En cada uno de ellos puso sus conocimientos, sus intuiciones, sus asombros. ¿Cuántos otros habrá en manos de sus descendientes? ¿Ahora mismo quién estaría, como él, hojeándolos?, se preguntó. Lo interesante eran las anotaciones de puño y letra de su abuela al final de cada página, así como los dibujos que aparecían en cualquier espacio libre. Una anotación decía: «Lo que cura no es la magia intrínseca de la tierra, no es la energía de los elementos, menos aún la voluntad que pones para sanar la vida. Si encuentro lo que falta podré entenderlo todo».

Yosef comprendió que su abuela, la curandera, estaba en una búsqueda por comprender cómo sanar el mundo, cómo contribuir a aliviarlo de sus dolencias. Otra anotación posterior era más explícita: «Lo que Zarabanda necesita es un corazón fuerte, que palpite con gusto y placer, que lleve el ritmo de todos los seres vivos». Eso era fascinante para él, pensar que el mundo era un ser, un organismo vivo, con un corazón poderoso y sensible. En otro comentario al margen, Brebaja era más precisa: «No soy una hechicera ni una

bruja. Si deben llamarme de algún modo, llámenme herborista, la que busca en las raíces de la tierra un sentido al mundo, la que ve en cada planta la salvación de todos».

La última anotación era la más misteriosa: «Debo dejar la vida como la conozco para sanar. Debo sacrificarme para que Zarabanda no sucumba a sus estragos. Si me mantengo firme, salvaré a mis hijos e hijas, a toda mi descendencia, pero hay un precio que pagar. Debo asumir el torbellino de la eternidad, hacerme cargo de su memoria; debo convertirme en el eje del mundo, allí donde las raíces se juntan, donde el fuego y la savia se reconcilian, donde la sangre fluye y la vida pulsa. Allí».

Yosef dejó el libro a un lado y pensó que Brebaja era un enigma que se le escapaba de las manos, un misterio más enrevesado que ningún otro. Una herencia familiar que, por más vueltas que le diera, seguía esquivando sus inquisiciones y preguntas. Sin embargo, eso no era lo que lo mantenía preocupado, pues los días pasaban y seguía sin recibir noticias de su padre.

Una semana después de la partida de su padre, llegaron viajeros a Vejestorio que afirmaron haberse cruzado con él y que este le había mandado saludos. Luego nada. Ninguna información sobre su viaje y el resultado de sus gestiones para contratar protección armada.

Lo bueno era que no hubo más noticias de fuerzas invasoras en las tierras fronterizas. Los pocos que se habían aventurado confirmaban lo dicho por su padre: aquellos territorios lucían abandonados, como si la gente se hubiera marchado precipitadamente, llena de terror por alguna amenaza inexplicable. Y aunque la amenaza seguía siendo solo un rumor, su sola mención envenenaba la mente de muchos en Vejestorio, que ahora miraban a cualquier fuereño como si fuera un forajido disfrazado de vendedor ambulante. Yosef sabía que aquella era la calma que precede a la tormenta.

Cada vez que buscaba olvidar los peligros que se cernían sobre su aldea solo necesitaba recordar el rostro hambriento del hombre lobo y sus palabras de odio. El mundo, su mundo, estaba en riesgo mortal y la vida de su pueblo seguía siendo de una tranquilidad que asustaba. La gente de Vejestorio se preocupaba por cosas más mundanas, como la falta de clientes en sus tiendas,

las enfermedades de sus aves de corral o las plagas en sus campos de cultivo, no por la posibilidad de una invasión sangrienta a más no poder, con licántropos como su vanguardia más salvaje, como su fuerza de choque.

Ahora, unas horas después, en la mesa principal en casa de sus tíos, Yosef no apartaba la vista del fondo de su plato, pensando en brujas, bestias salvajes y semillas azules.

—Estás muy callado, sobrino. ¿A qué se debe? —inquirió su tía Salustia.

—No está acostumbrado a dormir fuera de casa —respondió por él su prima—. Eso es todo.

La sonrisa condescendiente en los labios de sus tíos le dolió. Volteó a ver a Arlinda con furia. Pero su prima fue más rápida y le golpeó la pierna, por debajo del mantel, con sus zapatos puntiagudos. Era una forma por demás directa de decirle que no lo tomara tan en serio, que no era necesario enojarse por cualquier cosa.

Yosef se dio cuenta de que Arlinda tenía razón: sus preocupaciones eran tantas que se había olvidado de disfrutar la vida, bueno, lo poco de vida que aún le quedaba por vivir, si era cierto lo del regreso de las antiguas deidades con sus incendios mayúsculos.

—Estoy bien, gracias —respondió tardíamente.

—Necesitas tomar menos actividades —dijo su tía—. Tal vez menos herrería, ¿eh?

Su tío fue más explícito.

—Ese es trabajo duro y pagan poco. Ya ves a Dimitrus, no tiene ninguna competencia, pero no sale de su taller ni de noche ni de día. Eso es esclavitud que él solo se inflige.

—Cierto, querido. Un trabajo de puro sudor y nada de ganancias.

Y mirando a Yosef comentó como no queriendo hacerlo:

—En cambio, el trabajo en la panadería, eso sí es de otro nivel: un oficio hecho arte, que todos te agradecen mañana, tarde y noche. Hasta los hijos del alcalde son nuestros clientes.

Yosef no pudo soportar más las ínfulas de sus parientes.

—Oficio es también hacer cosas útiles para cultivar la tierra o armas para defenderse. Dimitrus es también un artista.

Sus tíos se rieron ante sus palabras, pero ya no intentaron presionarlo sobre sus actividades fuera de la escuela.

—Haz lo que quieras, sobrino —dijo Salustia.

Arlinda tuvo que intervenir.

—Aunque le ordenaras ir a trabajar a la panadería, estoy segura de que mi primo querido haría lo que le dé la gana. Ese es su estilo, mamá.

Y mientras lo decía, le guiñó un ojo a Yosef. Este le devolvió el gesto. Era la señal de que ya era tiempo de trabajar en cuestiones más importantes, en descubrir, por ejemplo, cuáles eran los poderes que poseían las semillas azules y las palabras enigmáticas de su abuela, Brebaja, la curandera, la hierbera, la estudiosa de Zarabanda. Y dando las gracias por los alimentos recibidos, ambos primos salieron del comedor de la casa y se dirigieron a la habitación de Arlinda.

—Es tiempo de poner magia a la magia —dijo su prima.

—Es hora de saber quiénes somos —respondió, todavía con enfado, Yosef, el aprendiz de herrero.



El oráculo

Arlinda se sentó a la orilla de su cama y Yosef se dejó caer en una poltrona desvencijada. A través de la ventana del cuarto de su prima, el muchacho pudo ver el horizonte como una serie de pastizales con escasas zonas boscosas a lo lejos.

—¿Qué me quieres enseñar? —preguntó la joven.

Yosef le tendió la bolsa y le explicó de dónde provenía. Arlinda tomó un puñado de las semillas azules, escogió una y devolvió el resto a la bolsa.

—Ya veo que tu madre es como la mía, siempre llena de secretos.

Yosef metió de nuevo la bolsa en el bolsillo de su camisa.

—No siento magia común en ella —dijo su prima, no muy convencida.

—¿Qué sientes entonces?

Arlinda colocó la semilla en su mano y le dejó caer un polvo verde.

La semilla no cambió de forma.

—Ven acá, primo. Quiero la palma de tu mano.

El muchacho obedeció sin ganas, pero alzó su mano y sostuvo en ella la semilla azul. De nueva cuenta su prima le echó el polvo verde y de nuevo nada ocurrió. Al menos al principio. Luego, de golpe, la semilla se transformó en un árbol multicolor que crecía y cantaba, pero la visión duró solo unos segundos antes de que la semilla volviera a su forma original.

—¿Qué fue eso? —inquirió Yosef.

—Magia. Quiero decir, otra forma de magia. No la de las brujas, te lo advierto. Esto es muy, muy antiguo.

El muchacho vio que su prima estaba extasiada, atónita.

—¿Quieres decir que cada semilla puede crear un árbol como el que vimos?

Arlinda tragó saliva antes de responder.

—Quiero decir que esas semillas son mundos completos, que de ellas puede crecer lo que quieras, lo que imagines. Yo te recomendaría que no las uses hasta que tú mismo puedas controlarlas sin necesidad de polvos como los que yo utilicé, porque presiento que no les gusta obedecer los conjuros que no son los suyos propios.

—¿Por eso duró tan poca su ilusión?

—Exacto. Esas semillas tienen voluntad propia, saben lo que hacen. Son conscientes.

Su prima le devolvió la semilla, y Yosef se apresuró a meterla en la bolsa que, de nuevo, guardó en su camisa.

—Hay tres temas que últimamente no me dejan dormir —se sinceró el joven con su prima.

—Me imagino cuáles son: tu padre, los mercenarios y los licántropos —le contestó Arlinda, ahora tumbada en la cama y con la vista fija en el techo, donde colgaban figuras de dioses y brujas de la antigüedad.

—No. No hablo del presente. Hablo del pasado. Mira, ya revisé todas las obras a mi alcance sobre el origen de la vida en Zarabanda y lo único que he sacado en claro es un montón de dudas.

—Explícate —le pidió su prima, esta vez ya atenta a sus palabras.

—Tengo tres preguntas que debemos responder de alguna manera para entender en qué situación estamos, cuál es nuestro papel en todo esto, digo, si es que tenemos algún papel en este revoltijo de historia.

Arlinda se levantó de la cama y se puso a buscar, frenéticamente, en su armario.

—¿Qué buscas?

—Espera —dijo sin detenerse hasta que sacó del cajón superior del armario una caja redonda de madera escarlata, bien pulida y brillante.

—¿Qué contiene eso? —preguntó Yosef más que intrigado.

—Es un oráculo —le respondió su prima mientras extraía de la caja una piedra plana redonda y un pájaro de madera con pico metálico en forma de silbato.

—¿Eso dice la verdad sobre cualquier cosa? —indagó Yosef con cautela.

—Sí, lo dice, pero no en forma directa.

Arlinda colocó el pájaro en el centro de la piedra, luego tomó un frasco de polvo rojo y, abriéndolo, puso un poco en la palma de su mano.

—Haz la primera pregunta —le ordenó a Yosef—. Y que sea concreta. No te vayas por las ramas. ¿Listo?

El muchacho se hizo para atrás los cabellos que cubrían su frente y miró al oráculo con respetuoso silencio.

—¿Listo? —volvió a inquirir su prima.

Yosef asintió completamente atento a la tarea encomendada.

—¿Quiénes eran los padres de la abuela Brebaja?

Su prima sopló el polvo rojo sobre el oráculo. El pájaro, al contacto con aquella sustancia, cobró vida. Y aleteó sobre la piedra que empezó a girar a gran velocidad.

De su pico de silbato salió la respuesta:

—Hijos del bosque, jinetes de las nubes.

—Haz la segunda pregunta y rápido —lo conminó su prima.

—¿Qué era la torre donde la luz brillaba?

Arlinda sopló de nuevo.

El pájaro ascendió a la altura de los ojos de Yosef como un colibrí.

Y silbó su contestación.

—Ventana del porvenir. Centinela de lo remoto. Trinchera de lo adverso.

—La tercera pregunta. ¡Pronto!

—¿Quiénes somos, Arlinda y yo? ¿Qué historia es nuestra?

—Esas son dos preguntas —bufó su prima, pero igualmente sopló el polvo rojo.

El pájaro se agitó violentamente. Sus alas de tan rápidas parecían invisibles. Entonces abrió su pico y cayó, piedra todo, a los pies de ambos.

—¿Qué pasó? —gritó Yosef—. ¿Está muerto o qué?

Su prima se arrodilló junto al ave de piedra y trató de examinarlo, pero tuvo que soltarlo de inmediato porque, al tocarlo, le quemó los dedos.

—¡Es una brasa al rojo vivo —le advirtió a Yosef—. No hay nada que hacer. El oráculo es inservible de esta forma.

—¿Por qué no contestó a mi tercera pregunta?

—No sé, primo. Tal vez fue demasiado para un instrumento tan delicado como este. Debes saber que los oráculos solo puedes hacerlos vivir por un minuto o dos a lo sumo. Pero nunca me había pasado algo así.

—Pero… no me pasé de ese tiempo, ¿verdad?

—Cierto, primo. Fue otra cosa, mas no sé cuál. Ahora mi oráculo ya no funciona. Tendré que esperar… bueno, tendremos que esperar a que mi madre me compre otro. Son carísimos y solo puedes comprarlos en lugares importantes, como Marfilia.

—La piedra sigue girando. ¿Por qué ella no se ha detenido?

—Porque la respuesta aún está en su interior.

—¿Y la podemos extraer de allí?

Su prima observó los giros de la piedra y vio que disminuían al perder contacto con el pájaro quemado.

—Si yo fuera una bruja hecha y derecha, quizás. Pero por mucho que me halague creer que soy una hechicera poderosa, únicamente tengo las habilidades innatas de nuestra familia y, por los dioses, no soy tan obsesionada con los libros antiguos como tú.

Yosef frunció el ceño ante aquel comentario.

—Perdona por presionarte. Es que todo esto me abruma, me da mareos de solo pensarlo. ¿Estás segura de que es confiable este oráculo?

—Pues yo sé quién soy sin necesidad de oráculos: soy nieta de Brebaja e hija de Salustia y prima tuya. Y tú eres nieto de Brebaja e hijo de Anasita. ¿Qué acaso eso no te basta?

—Sí y no —reconoció Yosef—. Quiero saber qué conlleva un linaje como el nuestro: dónde estoy parado y en quién puedo depositar mi confianza y en quién no. Y tú también necesitas saberlo. Si llega la invasión, sería bueno

conocer cuáles son nuestros aliados y dónde viven. O nuestros adversarios y dónde están.

Arlinda lo observó con asombro.

—Eres todo un estratega —dijo, y le hizo una venia de respeto entre seria y risueña.

—No sé bien quién soy —se sinceró el muchacho.

—Vamos, primo, ¿de verdad piensas que nuestra aldea está en peligro de ser asaltada por todo un ejército?

—No hablo de nuestra aldea, aunque eso es lo que pienso. Hablo de nuestra familia. Parece que tiene, que tenemos, muchas cuentas por pagar, que guardamos secretos que ni siquiera nosotros mismos conocemos.

Y ambos primos se quedaron mirando en silencio la piedra que había dejado de girar: muda y sin respuestas.

«Un misterio envuelto en capas y capas de enigmas», pensó Arlinda.

«Una advertencia que no podemos pasar por alto», se dijo Yosef.

—Debemos estar preparados para cualquier situación —advirtió su prima.

Yosef estuvo de acuerdo.

—Está bien. Olvidemos, por ahora, nuestro linaje y concentrémonos en la posibilidad de una invasión a Vejestorio. ¿Qué debemos tener a mano? ¿Armas?

Arlinda negó con la cabeza.

—No, primo. Debemos tener una ruta de escape.

—¿Una forma de salir de Vejestorio? ¿A dónde iríamos?

—Eso no lo sé, pero hay que pensar que si las murallas de nuestro pueblo no aguantan, los invasores matarán o esclavizarán a los que atrapen.

El muchacho aceptó que su prima tenía razón.

—Bien. Necesitamos una ruta de escape… ¿Hablas de nosotros dos?

Su prima le dio un golpe leve en el hombro.

—Por supuesto que sí. Si no nos cuidamos entre nosotros, ¿quién lo hará?

—¿Y la gente de Vejestorio?

—Eso déjalo a mis padres. Ellos siempre tienen planes de contingencia para todo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Arlinda no le hizo caso y se dirigió a la puerta.

—No puedo explicártelo ahora, pero confía en mí, primo. Mi madre es como tú, aunque no lo quieras reconocer: siempre tiene un plan de salvación listo para usarse.

Yosef mostró cara de enfado.

—Ni tu oráculo sirve, ni tú me tienes confianza.

Su prima volteó a verlo, sorprendida por semejantes acusaciones.

—Vamos, Yosef, que ambos sabemos que a nuestra familia le encantan los secretos. Piensa en tu padre, Sampalio. ¿Crees que su trabajo real es el de alator? ¿No te has puesto a pensar por qué rescatar rehenes se le da tan bien?

Esta vez, el muchacho estaba listo para dar rienda suelta a su enojo.

—Lo ignoro, prima, pero me encantaría escuchar lo que sabes de mi familia.

Aquellas palabras la detuvieron en seco.

—Mira, Yosef, ya estás grande, ya entiendes de responsabilidades. Tu padre, tu madre, que en paz descanse, y mis padres, son parte de una hermandad.

—¿Son magos y hechiceras?

—No, primo. Son algo mucho mejor: son personas compasivas. Sirven a los indefensos, protegen a los desamparados. —Y sin esperar más se marchó de su propia habitación, dejando a su primo más confuso que antes.



La magia original

Desde su entrada a Cedrel, Arminia no había vuelto a tener sueños ni pesadillas. Mientras dormitaba con un ojo abierto por las dudas, ninguna sombra la perseguía ni escuchaba la voz de las raíces murmurarle palabras de aliento. Allí, en la isla, estaba sola, ajena al mundo exterior. En vez de ponerla a hacer actividades humillantes o de servir de criada, el resto de los magos y hechiceras la dejaron en paz. Algunas veces oía que hablaban de ella a sus espaldas, pero no les hacía caso. Por un tiempo fue la novedad en aquella isla sin magia y luego la olvidaron para que se regodeara en su miseria. Pero la joven hechicera no se sentía miserable. En realidad, empezaba a gustarle aquel sitio donde el ritmo de las cosas era lento y sin sorpresas. No tenía que eludir algún conjuro dañino, algún ataque mágico inesperado. Si había traidores, no se dejaban ver.

Al cuarto día de su estancia vio una figura que volaba hacia la isla y aterrizaba en el patio principal de la fortaleza. Una bruja, supuso; tal vez la habían mandado de castigo a residir al lugar sin magia, fue su conclusión. Unas horas más tarde, Darvinia de Senka, señora de Cedrel por orden del Consejo Supremo de la Magia Ancestral, la mandó llamar.

Darvinia estaba sola en la sala de los conjuros cuando entró Arminia.

—¿En qué puedo ser útil? —preguntó la joven hechicera.

La señora de Cedrel la miró con desconfianza.

—Quería conocerte en persona, hija. Circulan muchas historias sobre tu carácter.

Arminia sonrió sin querer.

—Me preceden mis exabruptos, supongo.

—No te alabes a ti misma. Sé lo que hiciste y fue una estupidez. —Darvinia levantó su mano derecha como señal de que no quería ser interrumpida—. Otro día hablaremos de ti y de tus acusaciones. Evector y sus deslices son un problema menor, administrativo. Eso puede esperar hasta que sepamos qué se fragua en nuestra contra. Hoy tenemos asuntos más importantes que tratar. Se ha dicho que te jactas de ser descendiente de Brebaja. ¿Es cierto?

—Lo soy, pero nunca me he jactado.

La señora de Cedrel la tomó de la barbilla y escrutó sus ojos.

—Eso espero. Necesito que hagas un conjuro protector a la tierra de nuestra querida isla. Los agentes del Caos están tratando de infiltrarse, incluso en este recinto sagrado. ¿Has tenido contacto con algún servidor del fuego, hija?

Arminia estuvo a punto de mentir, pero algo en la actitud de Darvinia le llevó a desahogarse.

—Sí. Uno trató de asesinarme antes de entrar a juicio.

La hechicera de mayor edad hizo un ademán de repulsión.

—Si pudieron llegar hasta ti en Armasijo, quiere decir que cuentan con cómplices entre nosotros. Me imagino que ya lo sabes. Estamos infiltrados y ni siquiera tenemos una maldita idea de quiénes son los traidores.

Por primera vez Arminia percibió en aquella mujer una aliada.

—Lo que no entiendo es qué ganaban con mi muerte. No soy más que una simple hechicera. No soy importante para…

—¡Ay, hija, deja de ser modesta! Si eres descendiente de la Gran Curandera, constituyes un peligro para los servidores del Caos. Ellos saben el formidable obstáculo que puedes ser para sus planes y confabulaciones. A los humanos los pueden derrotar con sus cortinas de fuego, pero en nuestro caso requieren la aniquilación de nuestra magia para destruirnos. Y la magia de las raíces es tan poderosa como el poder de las nubes en la tormenta.

Entonces otra idea la golpeó.

—No puedo hacer conjuros de protección. Aquí no cuento con mis poderes mágicos.

Darvinia se rio en su cara.

—No sé quién te enseñó artes defensivas, pero has olvidado que la magia de la tierra no viene de nuestra hermandad: es un don de Zarabanda, una energía que nadie puede detener. Tú no necesitas de la sangre para cambiar el mundo, solo necesitas canalizar las raíces, los frutos, las semillas, los árboles, los animales, las nubes, el viento. En tu caso, todo es magia. ¿Ahora ya entiendes por qué fuiste blanco de un intento de asesinato? ¿Ahora ya entiendes que estás aquí como una invitada muy especial y no como una prisionera?

Y dando un paso atrás volvió a adoptar un gesto serio.

—Eso es todo, hija. Ya puedes marcharte.

Arminia dio media vuelta y se alejó aún aturdida, aún exultante.

Más tarde, antes de que saliera la luna, se arrodilló frente al agua que rodeaba la isla. Puso sus manos en la tierra húmeda y comenzó a llamar a las fuerzas naturales de Zarabanda.

—Vengan a mí —murmuró—. Necesito su protección. Necesito su resguardo. Necesito sus auspicios.

La tierra bajo sus rodillas tembló antes de que un viento estruendoso meciera las ramas de los árboles cercanos. Las aguas se estremecieron. Los animales del bosque aullaron. Un relámpago salido de un cielo sin nubes bajó hasta su pecho y la sacudió sin misericordia.

Cuando logró volver en sí, el agua golpeaba su cara medio hundida. Se levantó sin dificultad: una nueva fuerza vibraba por todo su cuerpo. La isla ya era una línea defensiva urdida con su propia sangre, tejida con su propio aliento.

Entonces lo sintió: alguien, muy lejos de allí, pensaba en ella. Alguien, a la distancia, quería matarla de una vez por todas. Solo pudo sonreír ante aquella oleada de odio.

—Anda, inténtalo. Veremos quién puede con quién.

La joven hechicera regresó a su habitación, percibiendo que cada criatura la cuidaba, que cada elemento natural formaba parte de su ser. Esa noche soñó que era un árbol luminoso acabado de florecer.

A la mañana siguiente, en vez de preocuparse por conjuros de cualquier clase, Arminia decidió practicar con su espada. «Si la guerra viene», se dijo a sí misma, «es mejor ser experta en habilidades de combate, es mejor estar en forma para derrotar a quien quiera hacerme daño». Con tales pensamientos salió de sus aposentos, decidida a no perder más tiempo, a no concederse reposo mientras permaneciera en Cedrel.

En cuanto estuvo afuera, un banco de niebla salió a su encuentro. Y lo notó: la tierra la acompañaba, el rocío la protegía.

Con lentitud desenvainó su espada y se quedó inmóvil, esperando un cambio de viento, un soplo de luz.



Plata impura

Los golpes en la fragua, dados con meticuloso cuidado, eran la señal de que Dimitrus estaba por terminar aquella armadura flexible y ligera, hecha de plata reluciente, a la que tanto empeño le había puesto para convertirla en una pequeña obra de arte.

Yosef no perdía ningún detalle de todo el proceso. Dimitrus era un magíster al mismo nivel que Teodorio: ambos le enseñaban cómo moldear los materiales, físicos e intelectuales, que necesitaba para lanzarse al mundo y conquistarlo. Tanto los metales incandescentes como el conocimiento de mitos y leyendas eran herramientas que le servían para integrarse a una realidad que cada día se mostraba más grande y peligrosa.

Dimitrus sacó la armadura del fuego y le echó una cubeta de agua encima. El metal siseó y una nube de vapor se escapó a las alturas.

—Listo. Trabajo concluido —dijo el herrero con una amplia sonrisa en el rostro sudoroso y fatigado.

—Hermosa. Realmente hermosa —reconoció Yosef—. ¿Cuándo vendrá Basulto por ella?

—Mañana o pasado. No sé bien. Desde que todo anda patas arriba, el gremio de los mercaderes se la pasa reclutando gente para mil cosas y mi cliente no ha dicho ni pío en los últimos días. Tal vez ya se le olvidó mi encargo. Si lo ves por el mercado, le avisas que su pedido está listo.

—Lo haré si lo veo, no te preocupes. Pero aunque no quiera pagarte, habrá muchos comerciantes que te ofrecerán buenas monedas por esa armadura. Te lo juro, Dimitrus, diga lo que diga tu cliente, esa cota de malla es tu obra maestra.

El herrero sonrió de oreja a oreja ante aquellas alabanzas.

—Mi segunda obra maestra, querrás decir. Porque primero terminé tu armadura.

—¿De verdad?

—Bueno —concedió Dimitrus—, fue de prueba, para asegurarme de que la armadura grande quedaría bien. Y ambas salieron perfectas.

Y quitando unos paños sucios, le mostró a Yosef la cota de malla.

—Es tuya, muchacho. Te la has ganado con trabajo, sin quejarte de las tantas faenas que te he puesto a hacer.

Yosef la tomó entre sus manos, admiró el tejido intrincado, la trama de hilos brillantes que la constituían.

—Es de plata impura —le dijo el herrero—, el mejor metal que puede proporcionar Zarabanda. Es una combinación de tres metales distintos de la misma familia de la plata: uno le da el brillo característico, otro le proporciona la dureza y el tercero la flexibilidad necesaria para acomodarse al cuerpo. Ni una flecha de ballesta podría penetrarla. Tan fuerte es y tan ligera al mismo tiempo. Es toda tuya, muchacho.

—Me la pondré cuando salga de cacería —afirmó emocionado Yosef.

—No, por favor, úsala siempre, debajo de la camisa, como lo hago yo. —Se subió la camisa y le mostró su propia armadura.

—Ahora entiendo por qué sudas tanto.

Dimitrus se rio con su vozarrón de gigante.

Pero pronto cambió de gesto y fue a sentarse junto a una pila de azadones recién terminados.

—Son tiempos extraños, muchacho. Es mejor estar preparados ante cualquier eventualidad.

—Tendré que trabajar duro para pagártela —le recordó Yosef mientras se iba quitando la camisa vieja que traía puesta.

—Ni lo pienses. Ya has hecho bastante por mí y creo que ahora necesitas más aire libre y menos altas temperaturas dentro de esta fragua.

Cuando Yosef se colocó la armadura se vio en el espejo que yacía al fondo de la herrería.

—Te ves como todo un caballero andante —le dijo Dimitrus y aplaudió con sus manazas como si estuviera en un torneo.

—Me veo, pero cada día me siento más confuso —aceptó Yosef—. No sé quién soy ni a qué clase de mundo pertenezco.

El herrero volvió a estremecer el taller con su voz estridente.

—No te compliques la vida a tan corta edad —le aconsejó—. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Doce años —lo corrigió Yosef.

—Pues a tu edad aún tienes mucho por aprender. Y no olvides que únicamente cuentas con esta vida para vivirla. Lo demás, nuestro pasado o nuestro futuro, ya los dioses verán qué papel te toca en este cuento sin pies ni cabeza. Yo, al menos, ya sé el mío: si hay pleito, pleito tendrán; si vienen en son de paz, paz les daré. No somos más que piezas en manos de los dioses, pero la vida es un regalo que debemos gozar mientras podamos. He dicho, y ya me callo esta bocota mía, que seguramente ya me parezco más a Teodorio que a Dimitrus.

Yosef sopesó las palabras del herrero y no las echó en saco roto.

—Entonces, ¿para qué haces armaduras?, ¿para qué te afanas aquí en vez de gozar la vida, como tú dices?

El herrero se rascó la cabeza un buen rato.

—Zarabanda no nos necesita, muchacho. Es una tierra enorme que sabe cuidarse sola. Nosotros la habitamos y nos decimos sus dueños, pero solo somos viajeros de paso, pasajeros alborotadores, siempre dando lata. Yo no hablo, yo trabajo y punto. Y ahora quiero irme a dormir, que estoy cansado.

Yosef se puso la camisa de nuevo y volvió a mirarse en el espejo.

—Hiciste una armadura que no se nota.

—Acabas de describir muy bien mi trabajo: mis obras maestras no se notan. Valgo por los productos que hago. No por mi nombre.

Y ambos se rieron con voces estentóreas, mientras los fuegos de las fraguas se iban apagando hasta los últimos rescoldos.

Esa noche, mientras se agitaba de un lado a otro, Yosef soñó que caminaba por Vejestorio y que todo su pueblo estaba en llamas, se volvía cenizas. Una sombra sin rostro apareció entre el fuego y lo señaló.

—Todo esto es mío. Yo soy la voz de la llamarada. Yo soy el mensajero del Caos.

Pero el muchacho no sintió miedo sino rabia.

—Nada es tuyo —respondió—. Mientras yo viva, la vida no será consumida, no será ceniza.

La sombra sin rostro desapareció y Vejestorio volvió a ser el pueblo amurallado de siempre; una aldea perdida, ajena a las grandes gestas de la historia, sin mucho valor.



Preparativos

Al fin llegó una carta de Sampalio con el sello de Mitra lacrado en amarillo. La trajo un jinete que iba en peregrinación al gran desierto. Yosef se alegró de recibir noticias de su padre después de tantas semanas. Aunque la misiva era breve y casi toda ella atendiera cuestiones de negocios, Yosef se sintió aliviado ya que, a pesar de las dificultades en las comunicaciones y transportes entre las distintas comarcas, su padre había logrado mandar unas cuantas palabras de aliento.

Con aquella caligrafía en desuso que tanto gustaba de utilizar, la carta de su padre decía:

Yosef, querido hijo:

Mitra es una ciudad fascinante para visitarla, pero no es un buen lugar para vivir. Todo es carísimo y el mínimo servicio se cobra a precios exorbitantes. He intentado por todos los medios a mi alcance contratar una guardia para la defensa de Vejestorio, pero has de saber que soy uno de los cientos de enviados de pueblos, ciudades y aldeas que, a lo largo de la frontera, están aquí buscando lo mismo que yo. Ya entenderás que la competencia es dura y los guardias ahora se cotizan tan alto que es imposible que consiga mucho en Mitra. He pensado en buscar en los poblados más grandes del imperio de Antara y ver qué puedo conseguir para no dejar desamparado a nuestro querido pueblo. Avisa a los mercaderes el cambio de planes y la causa de mi retraso. Y tú recibe un fuerte abrazo y la bendición de los dioses generosos que cuidarán con seguridad a nuestra familia en estos tiempos difíciles. Un abrazo de tu padre.

Posdata: pórtate bien en casa de la hermana de tu madre, que ella, donde quiera que esté, agradece tu comportamiento.

Al día siguiente y después de haber cumplido con las peticiones de su padre, Yosef y Arlinda estaban acostados entre la hierba, en las laderas de la colina del Vigía, viendo las nubes pasar.

—Ya casi será verano y ni una lluvia ha caído por estos rumbos —dijo Arlinda con los ojos entrecerrados.

Yosef miraba las nubes, pero no con mucha atención. Sus pensamientos estaban en otra parte.

—¿Cómo descubriste que eras bruja, prima?, ¿por ti misma o mi tía te puso al tanto? —preguntó de sopetón.

—Ambas cosas —respondió Arlinda sin inmutarse—. Empecé a provocar accidentes en casa cuando perdía los estribos, entonces mi madre me dijo que dentro de casa estaba prohibido hacer magia. Así supe que lo que hacía tenía un nombre: magia. Y un propósito: trastocar el mundo, ponerlo patas arriba. Lo demás fue abrir los ojos y preguntar.

—¿Y yo, prima, también seré mago?

La pregunta quedó en el aire por un buen tiempo.

Arlinda finalmente se sentó muy erguida.

—No sé. No lo creo. Si no has tenido manifestaciones de tal poder a tu edad, tu herencia no va por ese lado. Tus poderes, si es que algún día se muestran, deben de ser de otra especie.

—Prefiero ser guerrero —se defendió Yosef—. ¿Ya viste mi armadura?

—Como cien veces. Ya cuenta otra cosa, ¿no?

Yosef cerró los ojos: se sentía más vulnerable que nunca.

—Extraño a mi papá —dijo de pronto.

Arlinda le puso la mano en el hombro.

—Ya volverá. Piensa que intenta protegernos a todos. Eso fue lo que quise decirte la otra vez, en mi cuarto. Mi tío Sampalio es esa persona que piensa por los demás.

—Pues a los mercaderes no les gustó saber que mi padre aún no conseguía mercenarios en Mitra. La noticia que les di fue para ellos como un balde de agua fría. Pero tú, prima, puedes proteger a Vejestorio con tu magia.

Arlinda se rio en su cara.

—Puedo controlar a un hombre lobo a la vez y con toda mi voluntad al máximo. Si alguien más me ataca, pierdo mi poder de concentración y hasta ahí llegaría mi carrera de defensora de los débiles y los necesitados.

—Entonces hay que planear la escapatoria —dijo Yosef, resuelto.

Arlinda movió la cabeza con un gesto de incomprensión.

—Esa fue mi idea, ¿o ya lo olvidaste?

Pero Yosef ya se había parado y contemplaba, con esmerada atención, su aldea, que descansaba allá abajo, plácida y somnolienta.

—No hablo de salteadores o licántropos, prima. Creo que lo que viene a nuestro encuentro es algo peor —dijo con toda seriedad—. No tendré la magia que tú tienes, pero he tenido el mismo sueño por varios días. Vejestorio está en peligro. Un fuego como ningún otro se aproxima.

—Eso pasó hace mucho tiempo, primo. La tormenta del fin del mundo.

—Como se llame, ha vuelto. Viene por todos nosotros. Eso es lo que siento, lo que percibo.

—Si así fuera, ya hubieran sonado las campanadas de alarma en todo el imperio. Y nos habrían dado la orden de evacuar todos los pueblos fronterizos y concentrarnos en Marfilia, la ciudad capital donde reside el emperador.

—Tal vez nuestro soberano no sabe de la amenaza que se cierne sobre todos nosotros —argumentó Yosef y, tomando de la mano a Arlinda, la levantó de un tirón y ambos comenzaron a descender por la ladera del monte hacia la herrería de Dimitrus.

Yosef ni siquiera tocó la puerta y condujo a su azorada prima hasta la presencia del herrero.

—Tenemos un problema —dijo el muchacho a gritos para que lo escuchara Dimitrus, quien se encontraba atareado prendiendo la fragua.

—Y supongo —respondió el herrero— que yo soy la solución al mismo.

—Necesitamos una empalizada que impida que se acerquen a esta parte del bosque y luego hay que…

—Un momento, Yosef —lo detuvo Dimitrus—. Dímelo poco a poco y lentamente, que no tengo tu edad ni tus oídos ni tu entendimiento.

—Miren —dijo Yosef todo animado—, si alguien va a intentar tomar Vejestorio, la muralla no servirá de mucho… Y los guardias que contrate mi padre, si es que llegan a tiempo… la verdad creo que tampoco serán de gran ayuda.

—¿Y tú qué sugieres? —preguntó su prima.

—Darles una sopa de su propio chocolate. Eso sugiero. Y luego poner pies en polvorosa.

Dimitrus volteó con Arlinda.

—¿Tú entiendes lo que este jovencito farfulla?

—Para nada, señor herrero. Estoy igual de perdida que usted.

—Vamos por partes, entonces —dijo Dimitrus—. Háblame de la empalizada primero.

—Los matorrales y arbustos ya son toda una empalizada y el acueducto es ideal para una sopa de su propio…

Esta vez el herrero dejó su martillo a un lado y se sentó en un montón de heno.

—Respira despacio y aclara tus ideas, que hasta ahora me das más miedo tú que cualquier hombre lobo o bestia malvada.

Yosef intentó seguir el consejo del herrero y respiró con grandes pausas. Arlinda, mientras tanto, buscó una silla y se sentó lejos de la fragua.

—Si nos atacan, peleamos detrás del muro exterior y, al mismo tiempo, mandamos jinetes pidiendo auxilio a los pueblos cercanos para que vengan a ayudarnos. Ese es el plan, ¿no? Yo mismo lo he oído mencionar a los mercaderes más ricos de Vejestorio. Sin embargo, es un plan que invita al desastre: si los invasores rodean al pueblo, ¿por dónde escapar?

—Por aquí —dijo Dimitrus—. El camino por las cloacas es una ruta de huida, ya debes de saberlo tú. Mi herrería es la puerta trasera de Vejestorio y yo la cuido día y noche. Por eso no me muevo de aquí.

—Cierto, pero ¿qué pasaría si el ejército invasor es una cortina de fuego, un telón de llamaradas que quema todo a su paso? —le recordó Yosef.

Dimitrus se rascó la cabeza.

—La empalizada no duraría mucho.

—Así es. Pero al fuego se le combate con fuego. Usaremos el acueducto para lanzarles fuego ardiente desde tu fragua, ¿qué te parece?

—Buena idea. Pero si atacan, ¿por dónde será la huida de nuestros vecinos?

—Por aquí mismo. Bajaremos a la gente de nuestra aldea por las cloacas, son suficientemente amplias para que no se congestionen, mientras unos pocos defienden la muralla exterior y luego ponemos monturas listas en el cobertizo que tienes detrás de tu casa, será una escapatoria masiva de todos los que no van a pelear: los ancianos y los niños, sobre todo.

—Vuelvo a decir que no me parece mala tu idea. ¿Qué piensas del plan de tu primo?

Arlinda había guardado silencio ante el plan de Yosef. Ahora parecía titubear entre decir lo que pensaba realmente y lo que podía decir sin comprometerse.

—Creo que puede funcionar, pero no hay suficientes monturas y no sabemos si los invasores cuentan con caballos más rápidos que los nuestros.

—Eso es lo malo —estalló Yosef—, que no sabemos nada sobre ellos. Desconocemos sus fuerzas, sus tácticas de combate, su propósito al llegar aquí. No podemos conformarnos con reaccionar a sus ataques. Hay que adelantarnos a sus movimientos.

—¿Cómo? —preguntaron al unísono Dimitrus y Arlinda.

—Con un baño de fuego para que no vean que estamos escapando. ¿Podrías hacer que el fuego pase al acueducto?

—Claro que sí —respondió el herrero—. Eso es cosa de niños para mí. Solo tengo que colocar unos canalones de metal entre mi fragua y el acueducto: son unos seis metros y tengo suficientes canalones para conectarlos hasta el acueducto y de ahí al bosque.

—¿En cuánto tiempo puedes hacerlo? —preguntó Arlinda, parándose de un salto.

—Si quisiera, en menos de una hora. Mañana en la mañana pondré manos a la obra. Si vienen a mediodía, ya estará hecha.

—No tenemos tiempo —dijo casi gritando Arlinda.

—Entonces vengan en la tarde y yo mismo les…

—No hablo de eso —gritó Arlinda—. ¿Qué no oyen?

—¿Oímos qué? —preguntó Yosef.

—¡Las campanadas de alarma! ¡Escuchen! ¡Están atacando a Vejestorio!



Una advertencia

Evector, el mago encargado de la ciudadela fronteriza de Armasijo, donde se impartían clases a los novicios y novicias de la hermandad de los magos y hechiceras de Zarabanda, estaba a punto de salir de la sala de meditación cuando se abrió la puerta y Arvisio, uno de sus asistentes, corrió hacia él con un pergamino en la mano.

—Señor, acaba de llegar esto de parte de los guardianes del Septentrión. Parece urgente.

El viejo mago usó su mirada de reproche para detener la perorata de Arvisio, tomó el pergamino y lo leyó con calma. Sí, era una confirmación a los rumores recibidos en días pasados: una nueva fuerza estaba adueñándose del mundo en el norte y era, según el testimonio de los guardianes fronterizos, imparable. El Septentrión, como puesto de frontera, estaba a trescientos kilómetros al norte de Armasijo, lo que significaba que cualquiera que fuera la amenaza, ésta podía llegar en pocos días a las puertas de la ciudadela. Evector respiró lentamente y releyó el manuscrito firmado por Solón de Acusia.

Informe confidencial:

Hace apenas unas semanas comenzamos a oír rumores de que, en las regiones fronterizas de Carcoma, en los valles nevados y en los pasos de montaña, algo estaba retorciéndose, algo oscuro y terrible. Mandé algunos hombres a que averiguaran de qué se trataba, pero ninguno volvió. Ante

eso, mandé a dos magos veteranos, Sislo y Warpug, pero ellos tampoco dieron muestras de vida una vez que entraron al remolino de Fuego, porque para entonces toda la región ya era una tormenta creciendo a pasos agigantados. Hoy la destrucción que atestiguamos es peor de lo imaginado; es una abominación, algo nunca visto, te lo aseguro. Debe ser detenida a cualquier precio. Todos los hermanos han salido a luchar ahora mismo. Pero te soy sincero, Evector, no creo que podamos vencer. Te mando esto como una advertencia. Esto, este ser, esta monstruosidad no es parecido a algo que haya visto antes. Y viene por todos nosotros.

Solón de Acusia,

Mago del Septentrión

Evector tiró al suelo la carta y miró a su asistente.

—Esto es grave —dijo a media voz—. La tormenta del Caos ha vuelto cien años antes de lo esperado.

Arvisio asintió, consternado.

—Necesito que vayas con Dusart, el encargado de las palomas mensajeras, y le des una lista con todos nuestros magos y hechiceras en activo. ¿Con cuántas aves contamos?

—Tenemos suficientes, todas listas para partir ahora mismo. —Su asistente sacó una pequeña libreta y un lápiz.

—¿Cuál es el mensaje?

Evector titubeó un instante. Carraspeó para clarificar su pensamiento.

—Viene el fuego devorador. De nueva cuenta quiere apoderarse de Zarabanda. Ya saben qué hacer.

—¿Este mensaje también se enviará al archimago Baracelso, su señoría?

Evector no respondió de inmediato. En la hermandad siempre eran tres los magos que daban órdenes en cualquier eventualidad: además de él, estaban Baracelso en Sivak y Darvinia en la isla de Cedrel. Pero Baracelso era el líder principal, el archimago, la memoria viva de todos los magos y hechiceras habidos hasta entonces.

—El archimago supremo tiene mejores fuentes de información que un mago fronterizo como yo. Y mientras no estemos seguros de adónde se dirigen las llamaradas, es mejor esperar a ver cómo se dan los acontecimientos. Precipitarnos no tiene caso.

Arvisio vio que era todo y se dirigió a la puerta.

—¡Espera!

Su asistente retrocedió de inmediato.

Evector se acercó a su escritorio y tomó una hoja de papel, que revisó con cuidado y de la que tachó un par de nombres antes de entregársela a su asistente.

—Dile a Dusart que use esta lista y no la que ya tiene.

Mientras oía los pasos del joven novicio perderse escaleras arriba, el archimago volvió a su escritorio y pensó en la batalla que iba a darse muy pronto entre dos magias opuestas.

Media hora más tarde, un hombre en armadura entró a su estudio sin pedir permiso. Se veía agitado, sudoroso, a punto de perder el aliento. Evector lo reconoció como uno de los jefes militares de la ciudadela.

—Disculpe mis malos modales, pero acaban de llegar noticias de que el poblado de Mirasca, a cuarenta kilómetros de aquí, ha sido completamente destruido por un torbellino de fuego que ahora se dirige hacia nosotros.

El mago se dio cuenta de que el Caos había llegado más pronto de lo esperado y que traía la muerte para todos.

—Avisa a tus soldados, que se preparen para lo peor, que yo haré lo mismo con mi gente.

Cuatro pisos por encima de la sala donde estaba Evector, Arvisio, su asistente, ayudaba a Dasurt a poner el papel sellado a las palomas. Apenas habían lanzado una media docena y faltaban muchas. Dusart era un hombre fuerte, de mediana edad, que no necesitaba de la presencia de Arvisio para entender que aquel era el mensaje más importante que había pasado por sus manos. Eso lo aterraba y lo emocionaba a un mismo tiempo. La gran batalla por Zarabanda iba a darse en el transcurso de su propia vida y, si tenía suerte, podría contarla a sus nietos. Puso otro papel sellado en la pata de una nueva paloma y le susurró su destino antes de lanzarla al aire. El ave ascendió antes de dirigirse hacia el sur.

«Al menos ella va a sobrevivir», pensó Dusart. Y eso le dio ánimos para continuar con su tarea.



Aldea en llamas

Iban corriendo por las cloacas adentrándose en Vejestorio. Arlinda iba a la cabeza porque conocía mejor el camino en aquel mundo subterráneo. Yosef la seguía preguntándose si los dioses estaban en su contra: con unas horas más, su plan podría haberse puesto en marcha sin apuros. Ahora iban contra reloj, tratando de que sus peores pesadillas no se cumplieran y que las campanadas no estuvieran anunciando la presencia de los invasores a las puertas de su aldea.

A sus espaldas habían dejado a un frenético Dimitrus trabajando a toda prisa para levantar una defensa de fuego. Frente a ellos estaba la posible amenaza que se aproximaba a Vejestorio. Al salir en la parte baja del muro interno de la muralla, la descubrieron sin necesidad de preguntar.

Grandes bolas de fuego caían sobre el pueblo: las casas ardían a diestra y siniestra y la gente gritaba de terror o de angustia por la suerte de sus seres queridos. Todo era caos y muerte, incendios y lamentos. Las calles familiares se convirtieron en un laberinto de multitudes arremolinadas por el miedo, de fachadas cubiertas de hollín y sangre, de muros destruidos.

Su aldea se estaba desmoronando ante sus ojos y no se veía ningún orden en las fuerzas defensoras de la población. Cada quien corría en busca de refugio y nadie atendía a los heridos o a los muertos. Cascotes y caballos tirados en la calle dificultaban el paso, mientras que las personas heridas

gritaban de dolor sin que alguien intentara darles ayuda. Arlinda fue la primera en ver que su casa aún estaba en pie y que las llamas más cercanas se hallaban a una cuadra de distancia.

—Prepara a tus padres, diles que escaparemos por las cloacas, que volveremos con refuerzos —le ordenó Yosef—. Yo iré a buscar a Teodorio. Y no olvides tomar contigo el libro que mi madre me dejó. Por ningún motivo quiero perderlo.

—No te preocupes. Yo me encargo, primo. Pero por lo que veo Vejestorio va a caer antes de lo esperado. Así que apúrate y vuelve pronto.

—Diez minutos a lo máximo.

Yosef corrió calle arriba. A la confusión reinante se le sumaba el crepitar de las llamas que saltaban de casa en casa, el silbido de las flechas incendiarias que, por miles, caían como una lluvia sin pausas en todas direcciones y el humo que envolvía calles y edificios hasta hacer irrespirable el ambiente. Además, el clamor procedente del exterior anunciaba que una enorme masa de asaltantes aullaba alrededor del poblado, esperando en cualquier momento entrar a saco y consumar una masacre.

La única buena noticia que Yosef pudo discernir fue que esa masa de atacantes, por más flechas que disparara y por más incendios que provocara al interior de la aldea, aún no había podido penetrar las murallas de Vejestorio, y eso significaba que todavía quedaba tiempo para rescatar lo que fuera posible.

Al final de la calle vio al grupo de bomberos voluntarios acercar un carro de agua para intentar apagar los incendios. En la plaza principal, un grupo de mercaderes se aprestaba a combatir con sus picas y lanzas, pero buena parte de la población corría, desesperada, buscando protección ante la lluvia de fuego.

—¡Vamos! ¡No se pueden quedar aquí como conejos asustados! —gritó un comerciante, que intentaba abrirse paso entre la muchedumbre que imploraba la clemencia de los dioses.

Yosef decidió que la mejor manera de ir de un lado a otro del pueblo era por los tejados de las casas. Así que se encaramó en las rejas de una ventana y de ahí saltó a la cornisa superior de un almacén de granos. Pronto estuvo trepado sobre el techo del edificio, protegido de la lluvia de flechas y de las

bolas de fuego por un parapeto de apenas un metro de alto. Con cuidado, levantando la cabeza lo mínimo necesario, Yosef intentó darse una idea de qué clase de fuerzas estaban asaltando su pueblo. La visión desde el tejado lo dejó sin aliento.

Frente a las puertas principales de Vejestorio, en toda la extensión de la pradera que su mirada podía abarcar, un ejército de decenas de miles de hombres y bestias, de diferentes tamaños y especies, sacudían sus escudos y lanzaban todo el arsenal de flechas, lanzas, bolas ardientes y rocas que tuvieran a su alcance. Una flecha flamígera pasó a escasos centímetros de su rostro e hizo que Yosef casi perdiera el equilibrio en aquellas alturas. El espectáculo que tenía frente a sí era tan fascinante que, inmediatamente, volvió a levantarse para ver mejor. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender del todo, Yosef empezó a percatarse de que aquel supuesto ejército no actuaba como tal.

«Algo no concuerda», pensó. «Esto no es un ejército de verdad. No es como los que mencionan los libros de los antiguos reyes: no veo movimientos coordinados, ni capitanes con sus estandartes al viento. No veo avances sobre un punto específico de Vejestorio. Esto no es un ataque en forma, como se debe. Ni es un asedio. Están lanzándonos con todo lo que tienen, pero sin precisión, sin un mando único. Es como una fuerza de la naturaleza que arrolla todo a su paso sin más objetivo que la destrucción por la destrucción misma».

Puso atención en una granja afuera de las murallas, donde un campesino había salido a defender su propiedad. Un invasor se acercó al hombre y, en lugar de atacarlo con su lanza, explotó en su proximidad. Ambos murieron por la explosión. Y las llamaradas consiguientes incendiaron la granja, devorándola en un abrir y cerrar de ojos.

De pronto, Yosef comenzó a entender a lo que se enfrentaba su pueblo: aquellos invasores no eran soldados. Eran hombres yesca; figuras esqueléticas que aullaban en su infinito dolor, en su lacerante agonía. La fuerza que golpeaba a Vejestorio no eran esos miles de desgraciados que con sus rostros demacrados y sus cuerpos cubiertos de aceites explotaban en una bola de

fuego. El enemigo era otro y debía estar oculto, cerca de allí, manipulando a toda esa multitud, haciendo que avanzaran como una avalancha sin orden ni concierto.

Volvió a prestar atención a las últimas filas de aquella masa guerrera. A lo lejos, en uno de los pasos de montaña, había una tienda púrpura, levantada con gran pompa y rodeada por unas decenas de hombres vestidos de negro y cubiertos con unas capuchas que no permitían apreciar sus rostros. Los estandartes que ondeaban al viento solo mostraban el dibujo de fuegos entrelazados.

«Si al menos tuviera un catalejo para poder ver más detalles», pensó. Entonces recordó que su misión era rescatar a Teodorio y que este contaba con una buena colección de catalejos de primera calidad. Esquivando las bolas de fuego que caían con un silbido aterrador, Yosef corrió sobre los tejados de las casas, saltando cuando tenía que brincar de una calle a otra.

Son miles de guerreros, pero solo hay una voluntad que los une. Si podemos localizar al tejedor de esta maldad, los atacantes no se moverán.

Al levantar la vista, Yosef vio que la casa de Teodorio estaba a salvo, pero la escuela ardía con grandes llamaradas. En ese instante, una flecha le dio en pleno pecho y lo hizo trastabillar. Se agarró de un canalón cercano y se dobló por el repentino dolor. La cota de malla lo había salvado de una muerte segura. Respiró hondo una, dos veces, y se palpó el pecho. El dolor era menos intenso, pero ahí seguía. La flecha estaba doblada a sus pies. Continuó su camino con más rapidez. Agachándose lo más que pudo, se deslizó por un muro inclinado hasta caer en la calle, frente a la casa de su maestro.

—¡Teodorio, magíster, soy yo, salga pronto! —gritó con todas sus fuerzas.

Las puertas de la casa se abrieron de par en par y Teodorio hizo su aparición con varias bolsas repletas de libros y objetos extraños.

—Ayúdame con esto —dijo con tono perentorio.

En cuanto Yosef tomó una de las bolsas, ambos se pegaron a las paredes de las casas.

—¿Sabes cómo escapar? —preguntó Teodorio.

—Creo que sí —respondió su alumno.

—Bien. No digas más y corre.

Y ambos se lanzaron entre el humo cada vez más espeso que cubría los cielos de Vejestorio, luchando a brazo partido para atravesar el caos que los rodeaba con gritos y empujones, con ojos atentos a todo peligro, sabiendo que sus vidas nunca volverían a ser las mismas, entre las altas llamas y el zumbido de la muerte que ardía por todas partes, sin discriminar a nada ni a nadie.



El ojo, el corazón

El viaje de regreso fue peor: ahora los hombres de fuego eran mayoría. En cada esquina se topaban con piras ardiendo con cadáveres calcinados. Dentro de los edificios en llamas se escuchaban llantos y peticiones de auxilio, voces que aullaban de dolor, lamentos que nadie intentaba responder. El mundo se había reducido a que cada quien buscara salvarse, sin prestar mucha atención al prójimo.

Los habitantes de Vejestorio empezaban a comportarse como ratas asustadas que no tuvieran escapatoria a la vista. En un momento, al doblar una esquina, una multitud en pánico los hizo retroceder. Aun así, Teodorio y el muchacho lograron seguir su camino rumbo a la casa de los tíos de Yosef.

—He visto algo raro en esos que nos atacan.

—Raro es como se aparecieron: en un instante la pradera estaba vacía y al otro era todo un ejército el que se abalanzaba contra nosotros. Surgieron como un acto de magia.

Las palabras del magíster perturbaron a Yosef.

—¿Nos enfrentamos a un mago con sus títeres o es un ejército de verdad que ha sido conjurado por un hechicero poderoso?

—No lo sé, Yosef. Nunca había visto algo semejante.

—Los que tratan de hacernos daño son unos pocos, de eso estoy seguro, lo que me falta saber es cuántos son realmente y qué buscan aquí.

—Tal vez más esclavos para nuevas invasiones. ¿No crees?

—Quizás. Pero…

Teodorio se paró en seco.

—Esto sí que no lo comprendo para nada —exclamó. Y apuntó a donde debería estar la casa de su prima. En lugar de aquella casa de tres pisos, solo había un lote baldío.

—Pues yo tampoco me explico esto —reconoció Yosef, atónito.

De pronto unas manos aparecieron y tomaron a Teodorio y a Yosef, jalándolos hacia el lote baldío.

—¿Qué pasa aquí? —gritó el magíster.

—¿A dónde nos llevan? —protestó Yosef.

Antes de que pudieran hacer más preguntas, ambos se encontraron en el interior de la casa de Arlinda; ella los había jalado a su interior.

—Buena magia, jovencita —dijo Teodorio con una amplia sonrisa.

—¿Qué le hicieron a la casa? —inquirió Yosef.

—Magia de ocultamiento —respondió Salustia, quien en ese momento entraba al vestíbulo y acomodaba a la gente entre los estantes de la panadería —. Esto que ves, jovencito, es parte de nuestros albergues de la hermandad de Santuario, que solo se pone en funcionamiento en tiempos de barbarie, como los que ahora estamos padeciendo.

—¿Podemos ocultar a todo Vejestorio? —quiso saber su sobrino—. El interior se ve más amplio que de costumbre.

—¡Por supuesto que no, querido! Pero aquí podemos dar albergue a varios centenares de nuestros vecinos… si no le temen a residir en medio de una casa embrujada, que está construida con piedras amuleto, con argamasa conjurada. Hemos decidido esconder la casa de la vista de todo el mundo, tanto de aliados como de enemigos. Solo así funcionará. Es una ecuación Moebius.

El profesor Teodorio casi hizo una reverencia ante aquel nombre.

—¡Moebius el fráctico! Nuestro gran maestro de los espacios reducidos y los juegos de perspectiva. Un gran matemático de la época de oro de nues…

—¡Sí, sí, sí! ¿Qué tal si la cátedra de historia la dejamos para otra ocasión? —cortó la madre de Arlinda—. Ahora necesitamos organizarnos de prisa. Aquí caben cientos, tal vez hasta un millar de personas, pero de nada servirá si no conseguimos ayuda pronto. Hablo de que abajo, en los sótanos, hay bastante cantidad de alimentos y uno de los ríos subterráneos de la frontera pasa debajo de nuestros cimientos. Pero no es suficiente para sostener a tanta gente, a tanto refugiado, por más de unas seis, siete semanas, dos meses a lo sumo, y eso con un buen racionamiento. Luego, si no llega algún auxilio, tendremos que salir al mundo, pelear por nuestras vidas.

Teodorio dejó sus bolsas con objetos y libros debajo del mostrador de la panadería.

—¿En qué puedo ayudar? —dijo y se arremangó las mangas de la camisa.

Salustia le señaló un grupo de niños que parecían extraviados.

—Sus padres están luchando en las murallas y nos los dejaron encargados, magíster. ¿Podrías entretenerlos contándoles algún cuento?

—Dirás alguna historia antigua.

—¿No es lo mismo? —le replicó la madre de Arlinda.

Hasta entonces Yosef comprendió que su plan de escapar por las cloacas nunca fue contemplado por sus familiares.

—¡Tú sabías todo esto! ¿Verdad? —cuestionó, todo indignado, encarándose con Arlinda.

—Sí, yo lo sabía, pero nosotros no estamos considerados en ese plan, primo.

—¿Qué quieres decir?

—Que nosotros seguimos con el plan original: salir corriendo por la herrería de Dimitrus y pedir ayuda a los poblados cercanos. Como dice mi madre, solo pueden aguantar unas semanas y eso es todo el tiempo que tenemos para venir a rescatar a Vejestorio. O lo que quede de nuestro pueblo.

—Bien, pero ¿a quién le vamos a pedir ayuda según tú, prima?

Arlinda se encogió de hombros.

—Un paso a la vez, ¿qué te parece? Primero hay que escapar y luego evitar que descubran a dónde nos dirigimos. Después ya veremos quién nos ayuda a rescatar Vejestorio.

Yosef aceptó aquel plan sin rechistar. Él también quería salir de Vejestorio sin dejar rastro.

—Bien, de nuevo. ¿Nos vamos ya?

Arlinda sacó de entre sus ropas el libro negro perteneciente a la madre de su primo.

—En cuanto guardes esto en tu morral —dijo.

La mirada de Yosef se iluminó de contento.

—Gracias, prima.

Arlinda, que parecía crecerse ante el peligro, le dio un golpe cariñoso.

—No me des las gracias hasta que estemos a salvo.

Y ambos miraron hacia el exterior. Su pueblo en llamas no parecía más un lugar seguro.

—¡Cuídense! —oyeron la voz de Salustia a sus espaldas.

—¿Por qué mi tía no trató de detenernos? —quiso saber el muchacho.

Arlinda se encogió de hombros.

—Porque sabe que no le haremos caso, que nuestro destino no se juega entre estas paredes.

Yosef alargó una mano, tomó una hogaza de pan de la bandeja más cercana y la metió a su morral.

—Ahora sí —dijo—. Ya estoy preparado.

—Eres un glotón —le espetó su prima.

Y sin despedirse de nadie, salieron corriendo hacia el caos



Malas noticias para el imperio

El consejo real terminó con opiniones divididas, sin una decisión clara sobre cómo proceder ante los acontecimientos que se presentaban en las fronteras del imperio. Soroj Tercero, emperador de Antara, contemplaba, desde los amplios ventanales de la sala de los estrategas, el río Tamar que corría con su ímpetu habitual. Soroj era un hombre de edad madura que aparentaba ser más joven de lo que era, pero ahora su rostro realmente exponía su edad, mostraba las tensiones que lo obsedían, los problemas que cargaba como máxima autoridad de su imperio. Llevaba varios días durmiendo mal porque los mensajes eran cada vez más alarmantes; aunque no estaban confirmados, estos le avisaban que los ejércitos del fuego estaban entrando a sus dominios.

—Seguimos a ciegas —se quejó con el general Sesbonio de Barak, el jefe militar de los ejércitos del norte, a quien había pedido se quedara para revisar los planes de contingencia.

El general era un hombre grande, de rostro rubicundo y poco dado a sonreír.

—Los magos de la corte dicen que no debemos preocuparnos, majestad, que es una partida de bandoleros que incendian los campos y por eso confunden esas conflagraciones con el fuego de Saica. Habladurías de

campesinos supersticiosos, de fronterizos que, al ver una fogata, piensan que es un hombre yesca.

—Sean lo que fueren, bandoleros o algo más siniestro, el pueblo los cree reales, y está actuando en consecuencia. A estas horas hay miles de desplazados que se amontonan en los caminos. Hasta aquí, en Marfilia, están llegando los refugiados por cientos. ¿O esa también es una habladuría?

Sesbonio hizo una mueca de disgusto. Lo que menos apetecía era poner en alerta a todo el ejército por rumores sin fundamento.

—Sacar a las tropas de los cuarteles será costoso —señaló.

El emperador le sostuvo la mirada.

—Más costoso será no hacerlo y recibir una invasión sin estar preparados. ¡Hazlo! Que los intendentes reales te den cuanto necesites para avituallar al ejército. Quiero saber qué está ocurriendo allá realmente, en la frontera. Mantenme informado. Si hay malas noticias, quiero saberlas. No me mantengas en la oscuridad.

Sesbonio hizo el saludo militar y salió con pasos lentos de la sala. Soroj Tercero vio en aquella actitud el poco interés del general por la orden que acababa de darle.

Un ujier carraspeó en la puerta de entrada.

—Sí, ¿qué pasa?

El ujier se acercó llevando en su mano un rollo de papel con un sello lacrado de color negro.

—Acaba de llegar, su majestad. Un cuervo lo trajo.

—¿Un cuervo? ¿De cuándo acá los cuervos actúan como palomas mensajeras?

El ujier guardó silencio porque no tenía una respuesta. El emperador rompió el sello y leyó el contenido.

—Llama al consejero Corsac. Que se presente de inmediato.

Pocos minutos después se oyeron pasos y entró el consejero.

—A su servicio, majestad.

Corsac era un joven de mirada sagaz, que usaba con gallardía su uniforme de oficial del imperio.

—Lee esto y dime qué piensas.

El recién llegado leyó el documento y sintió que una sombra nefasta cruzaba su mente.

—Es un desafío —dijo con voz calmada—. Al parecer alguien se ha autonombrado la voz del fuego, como lo dice su firma. Y ha jurado destruir el reino de los hombres, matarnos a todos.

—¿Crees que sea una broma de mal gusto, hecha por forajidos? —preguntó el emperador.

—No lo creo, majestad. Está escrita en runas, es lengua antigua. Más que una broma, es una maldición.

—Entonces la calamidad es una amenaza real —dijo el emperador, mientras pedía con un ademán que Corsac le devolviera el documento. En cuanto lo tuvo de nuevo en sus manos, lo lanzó al fuego de la chimenea más cercana. El papel tardó mucho tiempo en consumirse.

—Lo que acabas de leer quedará solo entre nosotros. ¿Entendido?

—Entendido, majestad.

—Tengo una misión para ti.

El joven consejero se cuadró ante Soroj Tercero.

—No confío en las recomendaciones de magos y hechiceras. Dicen que son para mi bien, pero creo que, en realidad, son para beneficio de su hermandad todopoderosa. Tú, por el contrario, no le debes nada a nadie. Has ascendido en el escalafón militar por tus propios méritos.

—Y por mis temeridades, majestad.

El emperador se rio sin mucha fuerza.

—Sí, también por eso. Son tiempos peligrosos y es mejor la bravura y la valentía para hacerles frente. De la hermandad, no todos son gente inútil y convenenciera. También hay personas que se preocupan por la suerte de la humanidad, por el destino de Zarabanda. Quiero que estés preparado para marchar a donde sea y en cuanto te lo ordene. Desde hoy estarás solo a mi servicio: serás mi emisario, mi caballero embajador.

—Cuente conmigo, majestad.

Soroj Tercero asintió.

—La guerra ha llegado hasta nosotros, Corsac. Deberás sacrificarte para que el imperio no se convierta en cenizas. ¿Estás dispuesto?

—Lo estoy. A toda hora, en todo lugar.

El emperador aceptó aquellas palabras del joven consejero porque en ellas no detectó la mínima vacilación.

—Somos un imperio de adorno —dijo contemplando el tapiz rectangular que colgaba en la pared más larga de la estancia en el que se dibujaba un mapa de su reino.

Corsac se dio la vuelta para contemplar aquella obra de arte.

—Fue hecho hace décadas —dijo—. En tiempos de mis abuelos.

—Así es. Y desde que empecé mi reinado, no he intentado extenderlo invadiendo las tierras vecinas; me he conformado con mantener el *statu quo* para que, en lugar de la guerra, sea la paz la que domine. Y ahora la guerra viene a mí y quiere comerse todo lo que represento, todo lo que he jurado defender.

Corsac intentó responder al monarca con alguna frase optimista, pero lo interrumpió el rumor de unos pasos que se acercaban a la sala de los estrategas. La puerta se abrió y apareció el mismo ujier llevando entre sus brazos un montón de rollos de papel lacrado.

—Majestad —farfulló al recuperar el aliento—, acaban de llegar de distintas partes del imperio y lo siguen haciendo.

—¿Traídas por cuervos o palomas? —inquirió el emperador.

—Por palomas, majestad.

Soroj Tercero hizo un ademán para que los dejara sobre la mesa del centro. Al verlos amontonados, se fijó que eran una veintena, cuando menos.

—La mayoría proviene de las tierras fronterizas del norte, majestad —le indicó el ujier.

El emperador tomó un rollo al azar y lo sopesó por un instante.

—Llama de vuelta a los miembros del consejo real para una reunión de emergencia —ordenó—. Los quiero aquí en diez minutos, cuando mucho.

Corsac no supo qué hacer en ese momento. Sabía que todos esos rollos contenían malas noticias para el imperio, para su emperador y para él mismo.

Soroj Tercero mantuvo la compostura mientras rompía el sello lacrado.

—Bueno, mejor la amarga verdad que la incertidumbre. —Y le hizo un gesto a Corsac para que le ayudara en su labor de leer los correos.

—Siempre es bueno saber con cuántos enemigos habremos de pelear, ¿no crees?

El consejero tomó un rollo y lo abrió. El mensaje era inequívoco: «Apresúrense. Por todas partes hay incendios. No nos abandonen».

—¿Y bien? —preguntó el soberano.

—Lo mismo, majestad. Avisos de desastres desde los puestos fronterizos; peticiones de auxilio porque carecen de fuerzas suficientes para hacerles frente a los invasores.

El emperador escrutó el rostro de Corsac.

—Pronto seremos nosotros quienes gritemos por ayuda. Ya verás.

—Pero ahora mismo es la gente de la frontera, vuestros súbditos, los que están sufriendo el golpe mayor.

Soroj Tercero vio en su consejero no al militar empeñoso, sino a un joven que quería responder al Caos a como diera lugar, pagarle con la misma moneda.

—Tómalo con calma, Corsac. Sí, tienes razón: los fronterizos del norte son los primeros que van a sufrir esta desgracia, pero no serán los últimos. Esta guerra no será caballerosa, sino truculenta, taimada, sucia a morir. Que el dolor por nuestros compatriotas no te ofusque.

El joven oficial se irguió lo más que pudo antes de contestar.

—No, majestad, no es el dolor lo que me conmociona. Es la rabia.

El emperador comprobó que era cierto: Corsac se estremecía, enfurecido, impotente.

—Calma tus ímpetus, que eso nos puede llevar a la derrota. Necesito que pienses con la cabeza. Necesito que dejes a un lado tu sed de venganza. Primero hay que sobrevivir, como individuos, como imperio.

El ujier regresó.

—Ya están los consejeros reunidos, su majestad. ¿Quiere que pasen?

El emperador detuvo su mirada en el tapiz cuadricular. «¿Cuántos de mis dominios ya no son mis dominios?», se preguntó.

—Sí, de inmediato —contestó.



Escapatoria

Cuando estaban saltando entre los escombros de las casas destruidas por el fuego, Yosef se dio cuenta de que no se había despedido de Teodorio, pero ya era demasiado tarde. En las calles de su pueblo apenas se veía por la humareda.

La batalla ya se daba en las murallas mismas de Vejestorio y no parecía que iba a tener buen fin.

—Mejor seguimos nuestro camino antes de que las fuerzas hechizadas entren al pueblo —dijo su prima.

—¿Hechizadas? ¿De qué hablas?

Yosef se golpeó la frente con enojo.

—Se me olvidó decirle eso a tu madre: el ejército que nos ataca forma parte de la tormenta del Caos, está constituido por hombres yesca. Los vi actuar y son aterradores. Casi estoy seguro que algún mago o hechicero poderoso domina a todos sus integrantes.

—Eso es mucho poder y mucha magia —dijo Arlinda, meditabunda.

Se disponían a alcanzar el muro exterior cuando alguien los atrapó por la espalda y los lanzó con fuerza contra el suelo. Arlinda fue la primera en recuperarse, pero al intentar ponerse de pie, una espada que se encajó en su cuello la contuvo.

—¡No se muevan, miserables traidores!

Yosef, mareado por el golpe, reaccionó ante aquella voz conocida desde su niñez.

—¿Por qué nos ataca así, mercader Darius?

—¡No se muevan, he dicho!

Arlinda ni siquiera hizo el intento, pero su primo era más fogoso.

De un salto Yosef quedó fuera del alcance de la espada del mercader, quien trató de rasgar el pecho del muchacho sin conseguirlo. Entonces Arlinda le lanzó la bolsa que llevaba repleta de objetos mágicos, que golpeó a Darius en la frente.

Por el golpe, el mercader perdió la espada, cayendo al suelo. Antes de que pudiera hacer algo, Yosef la tomó y puso su punta afilada contra el pecho de su atacante.

—¿A qué va todo esto? —preguntó—. Nosotros no le hemos hecho nada ni a usted ni a su gremio.

Darius tenía la cara enrojecida y respiraba agitadamente.

—Dale tiempo a que pueda hablar —le suplicó su prima.

—¡Traidores! —siseó el mercader.

—Se equivoca —dijo Yosef en tono sereno—. Vamos en busca de ayuda para que…

—Lo mismo que tu padre, ¿no? —dijo Darius.

—Todos ustedes son iguales. Le dimos dinero a tu padre para que nos defendiera de esto y qué pasó: se embolsó las monedas que le dimos y se largó. Seguro está viviendo la buena vida en Mitra o donde sea que ande. Vamos, muchacho, niega que tu padre no es un traidor.

Yosef no pudo contenerse y le asestó a Darius un golpe en el estómago con el reverso de la empuñadura. El mercader cayó de rodillas.

El muchacho estaba furioso ante las acusaciones que acababa de escuchar.

—¡No le hagas caso! —gritó su prima.

Yosef bajó la espada.

—Mi padre no es un traidor. Si dice semejantes mentiras es que no lo conoce. Y mucho menos es su amigo.

Darius empezó a sollozar.

—¡Ya no tengo nada!

—Aún está vivo —le recordó Arlinda.

—¡Lo he perdido todo!

La muchacha se acercó al mercader con cautela y puso la mano en su hombro.

—Y lo recuperará, no se preocupe. Vaya a casa de mis padres, lleve a toda su familia. Ellos sabrán curar sus heridas, ellos los protegerán. Y cuando encontremos a mi tío Sampalio le haremos saber sobre sus preocupaciones con respecto al dinero que le dieron.

Y sin esperar más, Arlinda tomó de un brazo a Yosef y lo jaló junto a ella.

—¡Vamos, primo, hay que largarnos de aquí!

Yosef asintió y la vergüenza terminó por esfumarse de su rostro; la furia, en cambio, seguía allí.

—El que esté disfrutando esta destrucción, el que trajo la ruina y la muerte a mi casa, a mi aldea, con mi gente, la va a pasar mal. Lo prometo. Le va a ir muy, muy mal.

Al ver que su primo había vuelto a la normalidad, Arlinda se dedicó a abrir la puerta hacia las cloacas, que estaba bloqueada por numerosos escombros.

—¡Ayúdame con esto!

Entre ambos abrieron la puerta y se metieron al reino pestilente de los pasillos subterráneos.

—Vamos, primo, enciende las velas.

Unas leves luces iluminaron los pasillos oscuros. Las ratas que pululaban en su interior chillaron dándoles la bienvenida a su reino de sombras y desperdicios. Sin pensarlo dos veces, Arlinda y Yosef las siguieron en su huida, sin titubear.



Al rojo vivo

Cuando lograron llegar al otro extremo del pasillo encontraron una escalera de metal por la que pudieron ascender hasta una estancia húmeda, calurosa, donde una fragua lanzaba chispas al aire. Lo primero que sintieron fue un gran alivio, ya que la herrería seguía en pie. Lo segundo los sorprendió: Dimitrus había cumplido con su tarea y de una forma extraordinaria. En menos de una hora la herrería dejó de ser un taller y se convirtió en una máquina de guerra a punto de lanzar fuego por el acueducto y bañar con sus llamas las praderas donde ahora se encontraba el ejército invasor.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Arlinda.

—Pues deberías tener más fe en la fuerza bruta que en esos pases mágicos de los que dices ser experta —le respondió el herrero.

—¿No han llegado hasta aquí? —quiso saber Yosef.

—¿Las marionetas del Caos? No hasta ahora.

—¿Cómo supiste que están bajo las órdenes de alguien más? —indagó Arlinda.

—Jovencita, no seré un letrado como Teodorio, ni un lector de libros arcaicos como tu primo aquí presente, pero reconozco cuando las criaturas que nos atacan no lo hacen por propia voluntad.

—Lo siento, maestro herrero.

—Disculpas aceptadas. Bien, ya es tiempo de partir, ¿no?

—¿Vas a quedarte en este sitio o vas a acompañarnos? —preguntó Yosef.

Dimitrus les mostró las hileras de cohetes que tenía alineados, apuntando hacia las afueras de Vejestorio.

—Voy a crear un escándalo para que, entre las llamas y mis fuegos artificiales, puedan escapar. Luego creo que voy a dar aviso a los pueblos vecinos de lo que viene en camino. ¿Listos?

Arlinda abrazó al herrero con fuerza.

—¡No se arriesgue demasiado! —le susurró al oído y le arrojó sobre la cabeza un polvo protector contra conjuros maléficos.

—Haré mi parte y ustedes harán la suya —contestó Dimitrus.

Yosef lo abrazó también.

—Cuando regrese, ¿seguiré siendo su ayudante?

—Por supuesto que sí, muchacho. Pero tendrás que contarme todas tus aventuras de caballero andante.

—Claro que sí —dijo, entusiasmado, Yosef, pero luego lo pensó mejor—. Y tú me contarás las tuyas, si Vejestorio todavía está en pie.

—Cuando regresen, los que aquí vivimos, los estaremos esperando. Los hombres yesca pueden quemar nuestro pueblo, pero no su espíritu.

Su prima se acercó a Yosef y lo conminó a que se marcharan de inmediato.

—Vayan con cuidado, no se extravíen —les indicó el herrero.

—No te preocupes, contamos con brújulas y soy buena para guiarme por las estrellas —le señaló Arlinda.

—Entonces, que empiece la función.

Dimitrus tomó una palanca y la bajó de golpe. La fragua abrió su portezuela y por ella salió un río de metal líquido ardiendo. Esa sustancia en llamas fue bajando de canalón en canalón hasta salir por una puerta de la herrería, y con un fuerte siseo cayó en el acueducto que pasaba debajo de su taller. A los cien metros, al terminarse el acueducto, el fuego líquido cayó al bosque repleto de arbustos secos y matorrales quebradizos, los cuales pronto se convirtieron en pasto en llamas.

—Esto va a ser un incendio en forma —predijo Yosef—. Al fuego se le combate con el fuego.

—Esperemos que su humo nos oculte de los hombres yesca —le señaló su prima.

—Ahora lo veremos.

Y en un instante el fuego explotó como una muralla de varios metros de altura, que incendiaba todo lo que encontraba a su paso, extendiéndose a espaldas del ejército invasor.

—Parece el fin del mundo —dijo Yosef.

—Lo es —añadió su prima.

Y ambos permanecieron esperando el momento más favorable para salir corriendo, para escapar del asedio de Vejestorio.

Ante ellos, como si estuvieran jugando con ambos, obstaculizándolos a propósito, las llamas crecían, se multiplicaban.

PARTE 2
HACIA EL FUEGO

El fuego es
un recipiente y un
transporte. Un recipiente
del universo entero. Un
transporte de verdades terribles,
de secretos arcaicos. Es hora de verlo
con los ojos bien abiertos. Es tiempo de
contemplarlo como lo que realmente es:
una fuerza vital de la que desconocemos
sus orígenes. Al fuego le tememos porque
ignoramos qué quiere de nosotros aparte
de consumirnos, qué pretende además de
transformarnos en ceniza, de hacernos
polvo. He ahí el centro de sus misterios,
la flama de su fuerza.

Fracus Draibo
Memorial de los tiempos oscuros



Palomas mensajeras

—¿Cuántas faltan?

Dusart, el encargado de las palomas mensajeras de Armasijo, revisó la lista.

—En diez minutos terminaremos si seguimos con este ritmo.

—¿Los magos y hechiceras saldrán a combatir al norte? —preguntó Arvisio mientras le pasaba una nueva paloma a Dusart.

—No lo sé, muchacho. La última vez que hubo pelea, todos ellos se dispersaron antes de la gran confrontación y luego escogieron un campo de batalla en la colina de las Almas en Pena. Nadie sabe cómo lo hicieron, qué embrujos utilizaron, pero lograron atrapar al Caos. Pero tú sabes cómo son los jefes: ninguno acepta un papel secundario. Si le preguntas a Evector, te dirá que él salvó al mundo. Y si haces la misma pregunta a los demás magos y hechiceras, te dirán lo mismo.

Y ahora nos toca a nosotros ser testigos de una nueva batalla por el alma de Zarabanda.

El asistente del mago le puso una copia del mensaje a la siguiente paloma.

—Evector debe de tener un plan. Él nos guiará en la lucha. Él sabrá cómo vencer al fuego cegador.

Dusart examinó al joven y vio que era leal a su maestro.

—Cierto, pero ya no es el mismo mago de antes. No está en su mejor momento. Sobre todo después de las acusaciones que expuso esa hechicera rebelde.

—¿Hablas de Arminia? Eso es un asunto pasado y juzgado. La tal hechicera no contaba con pruebas y sus testigos se desdijeron. Olvídala.

Dusart tomó otra paloma entre sus manos.

—Tienes razón. No es tiempo de chismes.

El asistente del mago se quedó pensativo un rato.

—Evector sabe lo que hace. Ya ha enfrentado al Caos y ha salido victorioso. Ahora solo debe concentrarse en esta nueva amenaza. Espero que me permita acompañarlo a la batalla que viene.

Dusart se rio en su cara.

—Como en toda lucha, nadie sabe cómo va a terminar. Pero de lo que estoy seguro es que tú no combatirás. Eres novicio, no mago.

Arvisio se enfadó por el comentario despectivo hacia su persona.

—No te enojes, muchacho. Así son las cosas entre los magos y hechiceras. Puros juegos de poder y jerarquía. Quién hace el mejor hechizo, quién tiene el honor de estar en primera fila cuando el fuego llegue. Tú eres listo, por lo que veo. Si tienes suerte, contarás la historia de esta guerra en vez de ser un cuerpo calcinado en el campo de batalla. Yo, en cambio, me quedaré en esta fortaleza y veré la guerra desde lejos.

Después de aquella lección no pedida, ambos siguieron con su tarea conjunta. Cuando la completaron, Dusart le devolvió la hoja con los nombres a Arvisio.

—¿Por qué no hay mensaje de alerta para Baracelso, el archimago? —preguntó Dusart.

En ese instante, cuando Arvisio iba a contestarle que eso no era asunto suyo, todo el edificio donde estaban se sacudió.

El encargado de las palomas mensajeras volteó al cielo. El sol se oscurecía y el horizonte, que unos minutos antes era completamente visible, ahora se tornaba turbio, se transformaba en nubes negras, relampagueantes. Un resplandor distante se acercaba a gran velocidad.

—Esto no me gusta —exclamó.

—A mí tampoco —dijo Arvisio y salió corriendo escaleras abajo.

Entonces la tierra tembló y la ciudadela comenzó a desmoronarse, con lentitud al principio y luego precipitadamente. Un tornado de fuego descendió de las alturas y se llevó todo a su paso. Los magos y hechiceras que habitaban en el templo salieron a enfrentar la amenaza, lanzando sus rayos mágicos a diestra y siniestra, elaborando sus mejores conjuros de protección.

Al torbellino de fuego se añadieron flechas de luz de colores blancos, azules y verdes que ascendían contra aquella muralla de vientos huracanados y flamas hirientes. Pero nada pudieron hacer contra el tornado.

Media hora después, la fortaleza de Armasijo era solo ruinas humeantes; un incendio que se elevaba como una señal de mal augurio para el resto de Zarabanda. La batalla por la ciudadela era una derrota completa para la Hermandad de los Magos y Hechiceras.

Unos pocos caballerizos y criados escaparon por los portones del desagüe, entre ellos Dusart, pero no llegaron muy lejos. El Torbellino los alcanzó en descampado y los trituró y quemó con sus lenguas incendiarias. No a todos, pues el fuego dispensó de la muerte al encargado de las palomas. A este le perdonó la vida, al menos por unos minutos más.

Un rostro en llamas apareció ante Dusart y este lo reconoció.

—¡No puede ser! —exclamó.

—Y sin embargo aquí estoy, borrando todas mis huellas, eliminando las evidencias de mi obra maestra. ¿Estás furioso conmigo?

El encargado de las palomas, en vez de responder, quiso levantarse, pero no pudo.

—Mataste a todos —dijo con voz de indignación.

—Piensa en los magos y hechiceras que me falta por matar. Ahora mis sirvientes se encargarán de que lo hagan sin saber contra quién luchan en realidad.

—¡No podrás engañar a todos!

El rostro en llamas lo miró con desprecio.

—Te prometo que la hermandad a la que hasta hoy has servido dejará de existir antes de que nadie se entere de dónde vino el golpe, antes de que sepan quién estuvo detrás de su destrucción.

Dusart trató de hablar, pero el fuego lo envolvió hasta volverlo ceniza.

El tornado con sus llamas gigantescas se puso en movimiento. Aún había magos por eliminar, hechiceras por quemar. El torbellino se dividió en decenas de fuegos y se lanzó a seguir con su destructiva labor. Nadie ni nada podría impedirle cumplir el mandato que lo animaba, el caos que lo impulsaba. Zarabanda sería cenizas muy pronto. Pero primero había que exterminar a sus mejores defensores. Los seres humanos podían esperar hasta que no hubiera paladines que los protegieran, hechizos que los resguardaran.

El rostro en llamas se detuvo en seco. Un rumor lejano llegó hasta él. Allá, en la distancia, algo no estaba saliendo como lo esperaba. Un par de muchachos intentaba escapar antes de que el fuego los rodeara. Como sombras escurridizas, ahora trataban de evitar la trampa que él había dispuesto para atraparlos.

—No se marchen —el rostro en llamas les susurró desde su boca humeante —. Tengo suplicios para ustedes. Tengo tormentos para ambos.



La isla en medio del lago

La isla de Cedrel, en medio del lago de las nieblas flotantes, servía a la hermandad de la magia como un lugar de meditación, como un espacio de recogimiento. Más que un sitio donde se mandaba a cumplir sus condenas a los que rompían los estatutos y reglas de la Hermandad de los Magos y Hechiceras, era una especie de retiro espiritual para todos los que en ella residían. Sin el apoyo de la magia, cada uno de los sentenciados debía calibrar qué ser humano era, qué vida pensaba llevar sin conjuros de rejuvenecimiento, sin hechizos de poder, sin sortilegios protectores.

A simple vista, para alguien que no la conociera, Arminia estaba disfrutando su estancia en la isla: practicaba con su espada todos los pases de ataque y defensa, como si fuera una guerrera consumada y no una hechicera de primera fila. Y sonreía al hacerlo, feliz del ejercicio físico que no le demandaba poner su espíritu en tensión, sino solo sus músculos.

Una muchacha delgada, casi etérea, la observaba a unos metros de distancia. Cuando vio que ya llevaba tres horas de fintas y contrafintas letales, se acercó a Arminia y la saludó con deferencia.

—Me estás interrumpiendo —se quejó la joven hechicera, deteniéndose a mirarla con fijeza.

La muchacha no se arredró ante el recibimiento. Al contrario: esbozó una sonrisa que a primera vista era cálida, pero que contenía más hielo que tibieza.

—Pudiste haber sido como Straja, la hechicera del norte.

—¿Esa anciana que solo sabe de conjuros de amor? —la atajó Arminia.

—O Ludico, el mago asceta.

—Odio vivir en el desierto.

—O Trubina, la gitana.

—No sé leer cartas. Ni posos de café.

—Está bien, me rindo, ¿cuál es tu mago favorito?

La hechicera guardó silencio un largo rato.

—Brebaja, la curandera.

La recién llegada lanzó una carcajada.

—¿Esa? ¿La loca que aseguraba que ella sola detuvo el último ataque del Caos con su herbolaria?

—Sí, esa. Nunca hablan de ella. Ni en la *Historia de los reinos perdidos*, ni en el *Obituario de los magos ancestrales*, ni siquiera en la *Crónica de las guerras de Zarabanda*. Los he consultado todos y en ninguno aparece mencionada. Es una presencia invisible en nuestros registros mágicos.

—Entonces, ¿de dónde la conoces?

—De mi madre, que aseguraba que era descendiente directa de Brebaja. Por lo que he investigado, esa mujer tuvo hijos en muchas partes de Zarabanda y no solo con seres humanos. Donde quiera que iba a recolectar plantas y hierbas, frutos y resinas, también recolectaba amistades y amores.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Y por lo tanto, tú también llevas su sangre.

Arminia metió la espada en su funda y se la colocó en la espalda.

—Eso quisiera creer. Pero aunque no fuera así, ¿por qué se ignoran las aportaciones que hizo por nuestro mundo? ¿Por qué se burlaron de una hechicera que sobrevivió al Caos de hace siglos con todas sus facultades intactas cuando otros magos, presuntamente más poderosos, quedaron hechos ceniza o mentalmente perturbados?

—Tal vez porque puso en ridículo a muchos de sus colegas de aquellos tiempos. Los magos y hechiceras siempre se han creído superiores al resto de los habitantes de Zarabanda, capaces de cometer actos de corrupción y no pagar las consecuencias. Tal como hace poco lo dio a conocer una joven hechicera en el templo de Armasijo. ¿Sabes algo al respecto?

La muchacha no pudo ocultar su risa cantarina.

Arminia la secundó.

En ese momento ambas sintieron un lazo especial, un sentimiento fraterno.

—Si preguntas, es que ya sabes no solo quién soy, sino lo que ocurrió: vi la injusticia en mi propia hermandad, su parcialidad a favor de los alumnos de la nobleza, su desdén con los que venían de estratos no privilegiados y, en vez de callarme, dije lo que pensaba y por eso aquí me tienes, en Cedrel, castigada en esta isla sin encantamientos por el propio Consejo Interno. Es la manera que esos viejos tienen de decirme que si me tranquilizo, si les sigo el juego, algún día me devolverán la magia, la libertad.

—¿Y tú aceptaste semejante humillación? —quiso saber la recién llegada—. Yo me habría convertido en una maga independiente, sin gremio que me pudiera castigar.

Arminia escudriñó con calma a la muchacha. Por un instante le pareció una provocadora. Así que la observó con mayor detenimiento.

—Y tú, ¿cómo llegaste aquí? —inquirió.

—Volando, supongo. Me llamo Farkina Lusaj.

—¿Una hija de los páramos? No lo pareces. Quedan pocas brujas, tengo entendido.

—Pocas, sí, pero todas hermosas.

Y ambas soltaron la risa al unísono.

Una parvada de tordos alzó el vuelo cerca de ellas.

La joven hechicera hizo una leve reverencia.

—Bienvenida a mi prisión, Farkina Lusaj. ¿Qué hiciste para merecer este exilio?

—Nada. Yo estoy de invitada en la isla. Soy embajadora de mi orden aquí cerca, en Sivak, con el mago Baracelso, señor de los Arcanos. En realidad, fue él quien me pidió venir a Cedrel.

Arminia arqueó una ceja.

—¿Para vigilarme o solo para tomar el sol y relajarte?

Farkina bajó la mirada.

—Solo para comprender mejor a tu hermandad. La magia de ustedes y la nuestra tienen puntos en común, pero son muy diferentes. Ustedes usan la magia de los portentos, de los conjuros aprendidos de tiempos antiguos. Nosotras, en cambio, sacamos nuestros poderes del aire y de las nubes. Somos hijas de la lluvia y el relámpago. A ustedes les gusta hacer las cosas bajo un cierto orden inflexible; a nosotras nos gusta la improvisación, la anarquía, el alboroto. Por eso me siento sin problemas residiendo en Cedrel.

Eso despertó la curiosidad de Arminia.

—¿Quieres decir que estar aquí no te quita tus poderes?

—Mientras tenga cielos encima de mi cabeza y vientos que me lleven de un punto a otro de la tierra, así es. Y volviendo a tu pregunta: sí, he venido a conocerte porque Baracelso me pidió que te cuidara, aunque veo que no necesitas que nadie te cuide. Eres buena con la espada. ¿Dónde aprendiste?

La joven hechicera se acercó a la bruja y le enseñó el tatuaje de su hombro: la estrella de los contrabandistas con siete puntas y un corazón de oro en medio.

—¡Vaya! Eres más interesante de lo que pensaba. No sabía que a las bandoleras se les ofrecía un lugar en las filas de las hechiceras.

—Mi vida es una historia nada edificante, bruja.

—Me imagino. Pero más divertida que la de los magos pomposos, supongo.

De nuevo ambas rieron al mismo tiempo.

—Está bien, ¿qué quieres saber de mí?

Farkina esbozo una sonrisa cómplice.

—Para empezar, ¿tienes novio o novia o ambos?

—Nada de nada. ¿Te quieres apuntar?

—Primero quiero tantear el terreno, ¿se puede?

Antes de que Arminia pudiera responder, un mozo llegó corriendo hasta ellas.

—Se pide su presencia en el edificio de la orden. Es cosa urgente.

—Respira, que pareces haber corrido a toda prisa —dijo la joven bruja.

—Es urgente, para ambas. Algo ha pasado. Algo grave.

El edificio de la orden estaba a un centenar de metros de distancia, pero aun así pudieron ver que una luz saltaba al cielo con todo su color visible: el rojo púrpura cambiaba a escarlata encendido para luego volverse un rojo marrón.

Ambas se voltearon a ver. Era la señal de peligro inminente, el signo de que todos debían acudir a sus puestos de batalla.



Decisiones al filo de la muerte

Darvinia de Senka, señora de Cedrel e integrante del Consejo Supremo de la Magia Ancestral, leyó por sexta vez el papel que tenía en la mano. Era un aviso oficial, escrito de puño y letra por el propio archimago Baracelso y enviado desde la vecina fortaleza de Sivak, donde se declaraba el fin del mundo de nueva cuenta. La advertencia de sus palabras no dejaba lugar a dudas.

Hermosa señora de Cedrel:

Estoy bajo asedio. Fuerzas del Caos intentan entrar a mis dominios. Las he podido contener por ahora, pero no sé por cuánto tiempo más podré hacerlo. Por lo poco que sabemos, todos los magos y hechiceras, desde Armasijo hasta Carcoma, estamos bajo ataque. El día ha llegado y es nuestro deber defender Zarabanda. Si caigo, todo mi poder va para mi heredera en el espíritu: Arminia de Venezca, próxima Señora de los Arcanos. Dale mi bendición y dile que ahora de ella depende la suerte del mundo. Dale toda la ayuda para que pueda escapar de Cedrel y vaya a reunirse con las fuerzas imperiales en Marfilia, que ponga todo su empeño en proteger a la humanidad del desastre que está por alcanzarla.

Tu Baracelso, en el año del Caos que ha regresado, amándote siempre.

Uno de los guardias abrió la puerta y por ella entraron Arminia y Farkina. Los presentes alrededor de la mesa, tres magos castigados y doce novicios, las miraron con reprobación, pero Darvinia solo les hizo un ademán para que se acomodaran donde pudieran. Ambas muchachas se sentaron en unos cojines dispersos por el suelo.

—No hay tiempo que perder. El Caos, ese mal del que tanto hemos hablado por cuatrocientos años, ha vuelto y está atacando, en este mismo momento, los bastiones de nuestra hermandad con todas sus fuerzas. No hay información precisa de nuestras pérdidas, pero deben de ser enormes. No sabemos, aún, lo que intenta, pero…

Un mago gordo, con gesto huraño, se puso de pie.

—Señora, todo eso ya lo sabemos. Aunque estemos en un territorio sin magia, podemos sentir que muchos de nuestros hermanos están muriendo desde hace horas en el oeste y en el norte. Sentimos que el Caos viene por nosotros y que no está lejos. Pero la amenaza del Caos nos impide vislumbrar más allá de su velo de fuego. ¿Qué órdenes ha dado el archimago?

Darvinia suspiró antes de responder.

—Tienes razón, Mesconio, muchos hermanos y hermanas nuestros, incluyendo el mago Evector en la fortaleza de Armasijo, se dan por perdidos. Del resto de los magos y hechiceras solo sabemos que están luchando por sus vidas en sus respectivas comunidades. El archimago Baracelso, señor de los Arcanos y vecino nuestro, cree que será derrotado tarde o temprano y ha nombrado a su sucesor para que nos sirva de guía en…

Algo sacudió la isla como si fuera un estallido.

«¿Ya están aquí?», se preguntó Darvinia. «No. Todavía no». La explosión venía de un lugar cercano: la fortaleza de Sivak había sido destruida, lo que significaba que Baracelso acababa de morir.

—Otro de nuestros hermanos ha caído —solo pudo murmurar la hechicera de Cedrel y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Arminia comprobó lo que ya intuía: Baracelso y Darvinia eran pareja y su amor los sostenía, lo mismo que la magia que representaban.

—¿Quién es el nuevo archimago? —preguntó una hechicera anciana.

Darvinia de Senka levantó la mano para sobrellevar su pérdida y, en cuanto se recompuso, señaló a Arminia.

—Ella es.

Pero la joven hechicera no podía moverse en ese instante. Tenía los ojos bien abiertos y se estremecía de los pies a la cabeza. La sabiduría ancestral de Baracelso, como un tornado de ideas e imágenes dispersas, como una vorágine de voces y sensaciones contradictorias, acababa de entrar a su mente y se acomodaba en ella a sus anchas.

—¡No puede ser! —exclamó Mesconio.

—Pues ya lo es —indicó Darvinia—. Véanla por ustedes mismos. La transfiguración ha empezado y tardará un día al menos para que podamos hablar con ella.

—No es necesario —dijo Arminia, con voz imperturbable, levantando la cabeza—. Lo hecho, hecho está.

Admirada de que la joven pudiera sostener en su mente los conocimientos que ahora la ocupaban, Darvinia se acercó a la joven, la tomó de los hombros y la puso de pie con cuidado.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

La hechicera la contempló con duda.

—Si así es, archimaga, ¿cuáles son tus órdenes?

Arminia se separó de la mujer y volteó a ver a todos los presentes.

—Mientras no podamos detener al Caos, les ordeno que se dispersen. Los que puedan escapen a las montañas nebulosas; los que no, ocúltense en las madrigueras de hielo. No es momento de ataques suicidas. El enemigo que enfrentamos no es como el de antaño.

—¿Nos estás ordenando que no presentemos batalla? ¡Eso es cobardía! —exclamó Mesconio.

—Es supervivencia —le respondió la archimaga—. Primero debemos saber contra qué calamidad luchamos, luego entender cuáles armas sirven para derrotarla y solo entonces…

—¡Tú no eres nadie para decirnos cómo defender Zarabanda!

Arminia miró al mago que la desafiaba.

—Tienes razón. No soy nadie. Soy una simple hechicera castigada: no obedezco órdenes si me parecen estúpidas, no hago caso de rituales obsoletos que no ayudan a vivir mejor, pero absolutamente no tengo paciencia ante magos insolentes. Cierto, soy como tú, Mesconio, una insubordinada, y por eso me mandaron a Cedrel, a esta prisión para magos y novicios rebeldes, para que aprendiera a comportarme. Pero ahora mismo ¿crees que tendremos tiempo para cumplir con ese propósito o esperaremos a que la muerte llegue por todos nosotros? Piénsalo.

Darvinia se interpuso entre ambos contendientes.

—Yo ya lo he pensado, hermanos. No necesitamos pelearnos entre nosotros.

Y contemplando a los reunidos en la sala, tomó a Arminia del brazo y la colocó junto a ella, para que todos la observaran.

—Es joven, sí, y rebelde. Es una hechicera indómita, que tiene su propia idea de lo que nuestra orden debería ser, pero recuerden que en este instante ya no existe algo que podamos llamar el Consejo Supremo de la Magia Ancestral. Evector ha muerto, Baracelso ha muerto. Y yo… yo no tengo el ánimo guerrero para pelear contra el fuego ahora mismo. Solo queda ella entre la destrucción total y la salvación de nuestro mundo.

Darvinia tomó del mentón a la joven hechicera y la besó en ambas mejillas. Luego pronunció su juramento de obediencia a la archimaga.

—A tus órdenes acudo. A tu sabiduría me atengo.

—Agradecida estoy. Seré tu cimiento. Seré tu cumplimiento —respondió Arminia.

La señora de Cedrel asintió y miró a los presentes, urgiéndolos con un gesto a que hicieran lo mismo.

—Si Baracelso te heredó sus poderes y los de su linaje, por algo será. No es momento de averiguarlo, sino de tomar cartas en el asunto esencial: el de la supervivencia de nuestra orden, el de la salvación de Zarabanda. Todos ya oyeron a nuestra archimaga: que cada quien salga de aquí antes de que el Caos nos lo impida. Dispérsense y mantengan la invisibilidad hasta sentir que están

a salvo. No dejen rastro. No usen la magia si no es para lo indispensable. Conserven sus vidas para que estén listos para la siguiente batalla contra nuestro enemigo jurado. Sean más listos que sus emociones. No hemos perdido la guerra, sino una escaramuza.

El resto de los magos y hechiceras presentes se pusieron de pie y, acercándose a Arminia, cada uno repitió el ritual que acababan de presenciar. Incluso Mesconio, aunque con desdén, cumplió con el protocolo del paso de poderes.

En cuanto lo hicieron, todos corrieron para escapar. Darvinia le entregó el mensaje de Baracelso, y la joven hechicera lo leyó con cuidado, tratando de ver las implicaciones.

—¿Quiere que vaya a Marfilia?

—Así parece —respondió la señora de Cedrel.

—¿Qué harás tú? —preguntó la nueva archimaga.

—Esconderme a plena luz. Esta isla no es inmune a la magia del Caos, pero tengo formas de ocultamiento que no necesitan de conjuros. Si me veo en apuros, pediré apoyo a las brujas. Me quedaré por estos rumbos hasta que me llames al combate.

—Lo haré, no te preocupes. Pero antes quiero darte mi sincero pésame por tu pérdida. Baracelso fue mi maestro, el más paciente de todos, el que siempre me apoyó a pesar de mis escándalos y rebeldías, pero sé que tú fuiste la luz de sus pensamientos, la flama de su corazón.

Darvinia contempló a la archimaga y sonrió ante aquellas palabras.

—Ahora sé que mi mago eligió bien a su sucesora. Yo no podría serlo porque estaría agonizando de dolor, como lo ves. Pero tú tienes la cabeza fría y el corazón en su sitio. Contigo venceremos cualquier adversidad.

—No mueras, hermana, es todo lo que te pido.

La señora de Cedrel asintió, con gesto desafiante.

—Te lo prometo, Suprema. Si salgo con vida, en Marfilia nos encontraremos —le aseguró antes de salir del recinto para ponerse a salvo.

Farkina se aproximó a la nueva archimaga, la tocó en el brazo con tiento.

—Yo también me marcho —le avisó—. Tendrás que esperar a conocer mis habilidades.

—Ya veo. ¿Volverás con tu orden?

Una mirada, entre triste y esperanzada, iluminó los ojos de la bruja.

—Debo hacerlo. Mi corazón me dice que te acompañe, pero mi deber es informar a mi hermandad lo que está pasando para que actuemos lo más pronto posible.

La joven hechicera suspiró ante los enredos de su propia vida.

—Nos faltó tiempo, Farkina. A mí también me hubiera gustado volar contigo.

—La próxima vez será. Haremos piruetas en el aire, si eso te apetece.

—¿Y piruetas en la cama? ¿Esa clase de vuelo te acomoda?

La bruja alzó la mano y la puso en el pecho de la archimaga.

—Las brujas somos más correosas que ustedes. No conocemos límites, ni para el amor ni para el combate.

Arminia puso su mano en la mano de Farkina.

—Te juro que nos volveremos a ver.

La bruja tomó la mano de la joven hechicera y la besó.

—Lo mismo digo.

—Cuídate, sobrevive, devuelve el golpe —le susurró Arminia—. Pero sobre todo no me olvides.

La bruja se ruborizó.

—No te dejes atrapar. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Ya habrá oportunidad de conocernos mejor.

Y ambas se separaron con pesar. Una nueva explosión, ya no tan lejana, las hizo alejarse de prisa, tomar rumbos diferentes.

El Caos venía a su encuentro y Arminia no tenía deseos de esperarlo con los brazos cruzados.

La nueva archimaga fue corriendo hacia los establos y montó a pelo su cabalgadura.

—¿Lista para correr como nunca antes, Samara? —le preguntó a su yegua, de mente humana a mente equina.

—¿Lista para no caerte al primer salto? —le contestó Samara y salió como un rayo hacia el puente que unía la isla de Cedrel con la tierra firme.

En un instante fueron una borradura en el paisaje, una estela de sombras bajo la luz del mediodía.

Detrás de ellas el incendio se hacía más grande; el fuego, más turbulento.



Los días oscuros

Una lluvia de fuego cayó kilómetros atrás. Otra lo hizo a su izquierda, más lejos aún.

«No saben dónde estoy, pero intuyen que ando cerca», pensó.

Arminia llevaba tres días viajando hacia el oeste, pero no por la ruta central, la más conocida, sino por los caminos montañosos del sur. Su objetivo era llegar, entre los bosques intrincados y las montañas cubiertas de pinos y abetos, a las inmediaciones del imperio de Antara, para de allí poder entrar a Marfilia, la ciudad capital, sin tener que presentar batalla contra las trombas del Caos.

En las últimas horas pudo ver el miedo entre las pocas personas que se topaba en las aldeas por las que cruzaba a paso vivo. Siempre les preguntaba qué sabían de la guerra y todas, por lo común, mostraban la desesperación que las ahogaba, el pánico a punto de escapar de sus bocas. La gente sabía lo que estaba por sucederle, ya que no había quien no supiera la historia de los ataques anteriores, cuando sus antepasados tuvieron que luchar y morir para preservar su lugar en el mundo.

Pero no todas eran noticias malas. Ahora la joven sabía que algunos magos y hechiceras habían logrado sortear los peligros y que tres de ellos estaban a salvo en Marfilia, aguardando su llegada. «¿Por qué me esperan para actuar?», se preguntó con enojo. «¿O es que no pueden trabajar sin recibir órdenes?».

—Todo es burocracia con tu hermandad. Les falta espíritu independiente —le dijo su cabalgadura, sin abrir el hocico; de mente equina a mente humana.

—Estoy de acuerdo contigo, Samara. Y por otra parte, no sé si buscando en los viejos libros podamos hallar alguna solución ante la fuerza descomunal con la que somos atacados. Este Caos no es como el de las historias que yo había leído.

—Entonces no busques en antiguos manuscritos, mujer, y aprende del comportamiento del Caos, como nosotros, los caballos: aprendemos qué clase de personas son nuestros jinetes.

—¿Y qué clase de jinete soy? —preguntó Arminia, picada por la curiosidad.

—Uno que prefiere alcanzar su destino que dejarme reposar. Ya llevo diez horas bajo tu peso. ¿No crees que merezco un descanso?

—Discúlpame, Samara, no me di cuenta del tiempo. Solo pienso en que al llegar a Marfilia todo el desastre del mundo caerá sobre mis hombros y que…

—Y que no sabes si harás las cosas que hacen falta, si podrás asegurarle un futuro a Zarabanda. ¿Tienes miedo de fallar, de no estar a la altura de tu misión?

La joven hechicera suspiró.

—Creo que conoces bien a tu jinete, Samara.

—Eres, según sé, la que tu linaje de magos decidió que fueras: su representante en estos tiempos oscuros, un cargo esencial para detener las huestes flamígeras.

—Nunca me preguntaron mi opinión —se lamentó la joven.

—Cierto. Por eso yo te voy a dar la mía. Desde que soy tu cabalgadura, pero especialmente en estos pocos días en que hemos viajado juntas y con tanto apuro, he visto tu rutina: dormir poco, levantarte temprano; ejercitarte con esa espada que manejas como una experta; comer magramente; cabalgar con apremio. Y así, jornada tras jornada. No sé cómo fueron los archimagos anteriores, pero intuyo que no te pareces a ninguno de ellos y qué bueno, porque estamos viviendo una situación que no se parece a ninguna de las que

nuestros antepasados vivieron. Ten fe en ti. Ten esperanza en ti. Y déjate de preocupar por lo que dirán tus colegas. No hay tiempo para fallar. No ahora. No aquí.

Arminia se bajó de la yegua y se tiró al suelo bajo la sombra de un pino enorme.

—Una opinión que, de verdad, no me quita ni un ápice de mis preocupaciones.

—¿Quieres que te engañe, que te diga que todo está a tu favor, que con tu sola presencia el peligro pasará? No intento darte vanos consuelos, mujer. Lo que viene, todas esas cosas terribles que solo quieren destruirnos y que tú pretendes detener, servirá para que sepas de qué material estás hecha: el del fracaso o el de las leyendas.

—Con otra frase como esa y pensaré seriamente en el suicidio.

—Puedo darte una coz en la cabeza, si prefieres.

Arminia sonrió ante el ofrecimiento.

—Lo pensaré, Samara.

—Tú duerme y yo vigilo.

—Si logro dormir.

—Una coz leve podría funcionar —insinuó su cabalgadura.

—No, gracias. Con que sigas hablándome con ese tono condescendiente tuyo, seguro que me duermo.

—Mira nomás, ya te salió lo graciosa. Los archimagos no hacen bromas.

—La nueva archimaga, que tienes el gusto de conocer, sí las hace.

—Eso temía. Por eso el mundo está en Caos. Ya nadie se atiene a su papel tradicional, ya nadie sabe hacer lo correcto. Las reglas se han vuelto obsoletas, y en vez de magos sabios tenemos una muchacha que no le gusta obedecer las normas establecidas y por eso es que…

El ronquido le hizo comprender que la hechicera se había dormido. Samara la vio acurrucada sobre la hierba. Había momentos en que le parecía una presa acosada y otros en que intuía que su jinete era una cazadora implacable.

—Descansa —le susurró—, que el mundo está en vilo y tú eres la magia que lo protege, la espada que lo cuida.



El bosque enrevesado

En las alturas de la sierra de Marsa, Arminia se detuvo para contemplar el horizonte. A lo lejos, hacia el oeste, se recortaban las montañas azules y el pico de las encrucijadas. A pesar de la neblina pudo vislumbrar a lo lejos el bosque enrevesado y, más cerca, las praderas rocosas llenas de arbustos espinosos. Era la parte más difícil de su viaje: una región plena de sitios para emboscadas. Miró al cielo y no vio torbellinos de fuego.

—Tal vez se cansaron de buscarnos —expuso Samara.

—No lo creo. Pienso que ya no van a atacarnos a lo grande, sino en un plano más humano.

—¿Cuánto falta para llegar a Marfilia?

—Cuatro días, con buen tiempo.

—¿Y con malo?

—Mientras no haya nevadas en los pasos, cuatro días serán suficientes.

La yegua apresuró su cabalgata.

—Si ya eres archimaga, ¿no tienes poderes para abrirte paso entre estos bosques y montañas?

—Los tengo, pero no sé controlarlos aún. Apenas estoy aprendiendo. Lo importante es que si despliego mi magia los seguidores del Caos la percibirán de inmediato y sabrán dónde estamos.

—Y vendrán con todo por nosotras.

—Exacto.

Samara bufó, ante las malas nuevas.

—Dime, hechicera, ¿cómo es tener todo un linaje de magos en tu cabeza? ¿Hablas a la vez con todos ellos? ¿Los escuchas o solo le bajas el volumen a sus voces para que no te perturben?

—No sé, de verdad. Cuando fue la transfiguración entraron todos de golpe, y por un momento quedé atónita. Luego se volvieron algo diminuto, un ruido de fondo, un susurro que no me molesta. Aún no puedo distinguir unos de otros, quiénes son y qué saberes atesoran.

—¿Te han ofrecido algún mensaje de esperanza? ¿Alguna idea de cómo vencer al Caos? ¿El propio Baracelso no se ha presentado ante ti y te ha dado sus más astutas recomendaciones?

—No funciona de ese modo. No son voces como las nuestras. Son como suspiros, como sombras en mi cabeza, manchas que saltan detrás de mis ojos. Les he preguntado si saben qué hacer para derrotar a las fuerzas del Caos y guardan silencio. Les he pedido que compartan conmigo su sabiduría y no me responden.

—Tal vez exista un conjuro especial para que te den consejos. O quizás ya saben que nunca sigues los consejos que te ofrecen.

—¿Ahora quién es la graciosa?

La yegua se detuvo intempestivamente.

—Ir a Marfilia es ir al encuentro del Caos y, por tanto, es ir a la muerte, ¿no es cierto?

—No te pongas dramática.

—Solo soy realista. Los espíritus de tus antepasados no te ayudan y tú no sabes qué medidas tomar para vencer a la invasión del Caos. Vamos directamente rumbo a la guerra sin más fuerzas que tú y yo. Ejércitos enteros se reúnen bajo el estandarte de la destrucción y solo estamos las dos para detenerlos. ¿O me equivoco?

La archimaga no pudo negar la verdad de las palabras de su cabalgadura.

—Siempre hay esperanza. Incluso en estas circunstancias, no podemos rendirnos. Si vamos a morir, al menos hay que morir peleando.

Samara relinchó para demostrar que estaba de acuerdo con su jinete.

—¿Puedes ver lo que nos rodea? ¿Puedes atisbar qué peligros nos aguardan?

—Eso sí que puedo hacerlo. En las praderas hay una manada de lobos, un par de osos, algunos coyotes y dos o tres campesinos desbrozando un campo para sembrarlo.

—Eso me gusta de los humanos: aunque el cielo se caiga a pedazos, ellos siguen trabajando como si nada. Creen en el futuro y por eso no titubean, carecen de dudas.

—Deberíamos ser como ellos —reconoció la hechicera.

—¿Ciegos?

—No. Porfiados.

—Si tú lo dices.

Y continuaron su camino por las praderas rocosas.

Mientras el cielo se nublaba, atravesaron las colinas ondulantes previas al bosque enrevesado. Y cuando entraron a este, ya el sol iba ocultándose. El viento del atardecer traía los primeros copos de nieve.

—Mejor esto que una tormenta de fuego —declaró Arminia.

—No veo los lobos que decías.

—Están ocultos en una cueva a dos mil pasos de aquí. Les he echado un ojo y no han notado nuestra presencia.

—Eso me tranquiliza.

Se internaron entre árboles vetustos y veredas llenas de yerbajos, mientras la luna cubría, con su gélida luz, rocas y matorrales. Finalmente se detuvieron en una hondonada de la que un manantial brotaba con agua fresca y vigorizante.

—Trata de descansar, archimaga.

—Lo mismo digo.

El frío era lacerante.

Antes de que la luna se ocultara detrás de las montañas, Arminia pensó en Baracelso.

«¿Por qué me diste esta misión? ¿Por qué pensaste que yo era capaz de dirigir la guerra contra el Caos? Pero ¿qué es el Caos? ¿Una fuerza? ¿Un mago hereje? ¿Un demonio que hace del fuego su arma predilecta? ¿De dónde viene en realidad? ¿Por qué se manifiesta de tanto en tanto y no continuamente? ¿Por qué desea destruirnos? ¿Qué le hemos hecho?».

La archimaga recordó sus lecturas. En todos los libros de la biblioteca del Consejo Supremo, el Caos era una aparición maléfica, una oleada de odio que rebasaba las fronteras de los reinos y dejaba solo desolación a su paso, miles de cadáveres calcinados, imperios en ruinas.

La última vez que había surgido, hace cuatrocientos años, una marejada de fuego destruyó bosques y pueblos hasta que algunos magos lograron detenerla en una batalla épica, de la que ningún autor daba datos específicos, ni señalaba los conjuros utilizados para vencerla. Todo aquello era un secreto bien guardado. Una historia que se contaba como la lucha entre el fuego iracundo y los defensores de Zarabanda; un conflicto donde la humanidad pedía ayuda a los magos y estos se sacrificaban para contener la amenaza.

«¿Así fue como sucedió? ¿O hay otro relato que cuenta mejor lo ocurrido? Y lo principal, ¿dónde encaja el relato de Brebaja en esa lucha mortal, en ese duelo a muerte?».

Arminia se durmió al fin. Soñó que caminaba por campos llenos de cuerpos quemados, por pueblos donde solo quedaban los cimientos de las casas. Todo olía a muerte. Luego se detuvo frente a una encrucijada: un fuego crepitaba y de él salía un rostro que se reía al verla, que se burlaba de sus preocupaciones y congojas.

—No sabes el dolor que voy a causarte —le decía aquel engendro.

—¿Quién eres? —le preguntaba.

El fuego danzaba a su alrededor. Y su risa estallaba en un incendio mayor.

Despertó al oír una rama quebrarse a un centenar de pasos. Era un cervatillo que vagaba por el bosque. Una manada de lobos saltó de repente y lo mató en una orgía de sangre. Uno de los lobos, el jefe de la manada, miró hacia ella.

—Te haré sufrir hasta la muerte, hechicera —gruñó—. Pero antes jugaré contigo. Ya verás.

Ahora sí despertó a la realidad. El campo estaba cubierto de nieve y la cabeza de un cervatillo yacía a unos cuantos metros. La sangre se había congelado, pero su gesto de terror era inconfundible.

No pudo recuperar el sueño. El frío calaba hasta los huesos, pero no se atrevió a prender una fogata. No se veía la luna por ninguna parte y la luz de las estrellas apenas atravesaba la neblina.

La joven hechicera se puso de pie y observó el mundo que la rodeaba, escuchó los sonidos de las ramas crujiendo por el peso de la nieve, la respiración de las aves en sus nidos, los lentos movimientos de los depredadores en las cercanías.

Zarabanda no era solo una manada de lobos destripando a sus presas. Zarabanda también era este momento de calma, este instante de equilibrio entre lo terrible y lo esperanzador, entre la huida y el enfrentamiento.

El vaho que salía de su respiración la reconfortó. No todo era fuego letal, muerte. Su yegua mordisqueaba unos pocos hierbajos que sobresalían entre la nieve. Antes de que amaneciera volvieron a ponerse en camino.

—¿Dormiste bien? —preguntó Arminia a su cabalgadura.

—Tan bien como tú —fue la cáustica respuesta de Samara.

Empezó a llover. El mundo era gris y el agua las empapaba. Un relámpago surcó las alturas. Un trueno se escuchó casi al momento.

El dolor que yo sufra no importa, pensó la archimaga, pero el dolor al que sometes a toda Zarabanda no te lo voy a perdonar.

Nunca. Jamás.



El mensajero del emperador

El sol salió brevemente y luego las nubes ganaron de nuevo la partida. La lluvia regresó con más fuerza. No había senderos seguros en el bosque enrevesado, de ahí su nombre. Con cuidado entraron en él y fueron abriéndose paso entre matorrales y árboles tupidos, en un terreno cenagoso, donde cada paso debía darse con tiento.

Cuando era media mañana se detuvieron en un claro para comer una hogaza de pan y algunas frutas secas. Arminia estaba nerviosa. Su magia fluctuaba sin descanso y podía sentir que algo se movía fuera de su alcance. La lluvia se hizo aguacero y luego diluvio. La cortina de agua la llevó a utilizar sus habilidades para seguir adelante sin sufrir algún tropiezo.

Samara relinchó no por el aguacero, sino porque percibió que algo no estaba en su lugar, que entre la catarata que caía sobre ellas algo se aproximaba. Arminia las vio primero: dos sombras encapuchadas, con espadas en la mano y ningún gesto de buenas intenciones, bajando hacia ella con celeridad por la ladera que flanqueaba su camino.

Samara percibió que la archimaga no iba a huir de semejante desafío e hizo lo que ésta le ordenaba: se detuvo a esperar la embestida de aquel par de sombras que corrían a su encuentro, gritando a todo pulmón. En un momento

estaban casi encima de ellas, con el fuego oscuro ardiendo en sus miradas, con imprecaciones de muerte saliendo por sus bocas. Y un segundo más tarde, el bosque entero quedó en silencio.

La joven hechicera puso pie en tierra.

El agua corría entre sus botas. La sangre escurría por el filo de su espada.

Se acuclilló para examinar a los dos hombres muertos, para observar los tatuajes que marcaban sus rostros: un sol rojo devorando a un sol blanco.

—Son vasallos del Caos para servirlo en todo momento. También conocidos como hombres yesca, porque pueden hacerse explotar si con eso cumplen su propósito, su misión.

—Abominaciones, querrás decir —añadió su cabalgadura—. ¿Volverán a la vida?

—No si les cortas la cabeza —respondió Arminia, mientras procedía a descabezarlos.

Aunque concentrada en su labor preventiva, la joven hechicera alcanzó a percibir la nueva amenaza: había otro hombre acercándose.

Se levantó para enfrentarlo, pero vio que no era un encapuchado más. Este llevaba malla de acero y lucía los colores del imperio de Marfilia: azul y verde. Treinta años a lo sumo. Se le veía de movimientos ágiles y preparado para cualquier eventualidad.

—¿Quién eres, extraño? —indagó sin perderlo de vista, con la espada apuntándole.

El recién llegado no hizo caso de la espada ni de la pregunta. En vez de eso se arrodilló para contemplar al par de agresores muertos.

—Parece que me perdí la escaramuza. No sabía que ya había emisarios del señor del Caos en las tierras sureñas del imperio.

—No creo que sean más que unos pocos infiltrados.

—Son asesinos y llevaban tiempo esperándote.

Arminia seguía desconfiando de aquel hombre vestido como cortesano, pero que no fanfarroneaba como tal.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo, pero esta vez sus palabras fueron más una orden que una petición.

El recién llegado se levantó antes de contestarle.

—Un mensajero. ¿Por qué creyeron que podían matarte?

—Supusieron que yo era una campesina desvalida.

El hombre se detuvo a mirar los tatuajes de los caídos y luego concentró su atención en la hechicera.

—No creo. A leguas se ve que eres una maga de viejo cuño.

Samara bufó ante la bofetada de guante blanco. Pero Arminia no se molestó ante las palabras del recién llegado, sino que se las tomó a broma.

—Así que para ti soy una vieja hechicera.

El hombre sonrió con franqueza, mientras la lluvia volvía por sus fueros.

—No en edad, sino en sabiduría. Tus ojos te delatan. Mi nombre es Corsac, enviado del emperador Soroj Tercero, el dubitativo, el previsor.

Arminia guardó la espada al comprobar que aquel viajero era un aliado y no parte de los atacantes.

—¿Es casualidad que nos topemos en plena tormenta?

El hombre indicó un pino frondoso.

—Contestaré tus preguntas en un mejor resguardo, si te parece.

Ya un tanto protegidos de la lluvia, el mensajero se presentó formalmente.

—Soy Corsac de Lamaria, mensajero oficial en busca de Arminia de Venezca, la nueva archimaga del Consejo Supremo de los Magos y Hechiceras, para ponerme a sus órdenes y guiarla a Marfilia, donde se le espera con gran expectación y, debo confesarlo, con muchas dudas y temores.

—Ya me encontraste y se te agradece, Corsac de Lamaria, pero si tú me hallaste, cualquier servidor del Caos puede hacer lo mismo. ¿O quizás alguien siguió tus pasos sabiendo cuál era tu misión?

El mensajero respingó ante aquella suposición.

—Imposible. He cubierto bien mis huellas y he sido una sombra escurridiza desde que partí de Marfilia, la hermosa capital del imperio de Antara. Yo te hubiera encontrado antes de que apareciera ese par de asesinos, pero una jauría de lobos me cortó el paso y tuve que matar a un par para seguir mi camino hasta ti.

«Los lobos», pensó Arminia. «Siempre los lobos».

—¿Cómo me localizaste?

—En Marfilia hay dos magos y una hechicera todavía vivos, Lartes, Asurto y Selinia. Ellos me dieron esta brújula amuleto para rastrear tu presencia y alcanzarte sin dilaciones.

Le mostró el artilugio de piedra negra, redondo, con su aguja brillante que la señalaba.

—Ya me encontraste —dijo y señaló la brújula.

—Dámela.

Corsac titubeó un instante, pero le entregó el artilugio rastreador.

Arminia lo sopesó en su mano y luego lo golpeó contra el tronco del árbol hasta hacerlo trizas.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó el mensajero.

—Para no darle mi ubicación a nadie. Ni amigos ni enemigos.

Corsac la miró con respeto.

—Piensas por adelantado las amenazas que nos esperan.

—¿No es así como se ganan las guerras? —dijo la joven hechicera.

—¿Vienes a pie? —preguntó Samara.

—No, dejé mi cabalgadura a unos cien metros de distancia. Escuché el alboroto y vine para ver lo que pasaba. No quería precipitarme sin conocer la situación. Ahora iré por ella, se llama Isino y es como tu yegua, de raza hablante.

—Yo soy Samara y me encantará darle la bienvenida.

Mientras Corsac se alejaba, Arminia se le quedó mirando.

—Oculta cosas. No nos ha dicho toda la verdad.

La yegua miró también al mensajero.

—Como todos los hombres —respondió.



Crepitaciones

El bosque era un ulular de arbustos en llamas y de árboles que explotaban. Yosef todavía alcanzó a ver los primeros fuegos artificiales que lanzaba el herrero y que, después de pasar sobre sus cabezas, caían entre las tropas atacantes, a no más de doscientos metros de distancia. Los hombres yesca, al principio, no prestaron atención al incendio a sus espaldas y continuaron arremolinándose frente a los muros de Vejestorio, que ya empezaban a escalar en grandes cantidades.

De pronto el incendio cobró vida propia. Una explosión descomunal provocó que un hongo de humo ascendiera precipitadamente. Ahora el fuego era visible de un extremo a otro del valle.

—De seguro que todas las miradas están volteando para estos rumbos —puntualizó su prima.

—Hay que seguir —fue la respuesta lacónica de Yosef.

Estaban a media ladera de la colina del Vigía y hasta entonces no se habían topado con ningún sirviente del Caos. Pero el primer ataque no les llegó de la pradera, sino de las alturas del monte: un alud de piedras cayó sobre ellos en forma inesperada. Apenas tuvieron tiempo, al oír el ruido de lo que se les venía encima, de hacerse a un lado.

—¿Qué fue eso? —preguntó Arlinda.

—Me preocupa más quién nos arrojó todo ese pedrerío.

Ambos voltearon hacia la cumbre del monte, pero no vieron a nadie en la cima.

—Sigamos con cuidado —propuso Yosef—. Tú subes y yo vigilo, luego yo subo y tú vigilas.

Así lo hicieron y en pocos minutos llegaron hasta la cúspide del monte. Arlinda iba toda alerta para repeler con sus poderes al primer enemigo que se les enfrentara. Yosef, quien todavía llevaba la espada de Darius, la sacó de su cinto por precaución. Pero ninguno vio a un hombre yesca esperándolos. La cima era solo unos cuantos hierbajos y una piedra oscura cubierta de yedra.

—Todo está bien —dijo su prima.

—Casi todo —fue la respuesta de Yosef.

Y de un salto cayó junto a la piedra y la golpeó con su espada recién adquirida. La piedra negra se oscureció aún más y luego expelió un silbido que los obligó a taparse los oídos. Ambos cayeron arrodillados y empezaron a sangrar por los oídos.

—¡Haz algo! —farfulló Yosef.

Arlinda tomó una piedra verde de su bolsa y la arrojó contra la piedra negra con certera puntería. Al tocarse ambas piedras surgió una nube púrpura que fue tomando forma humana en segundos. El silbido desapareció y Yosef pudo ponerse en pie.

—¡Usa tu espada! —le gritó Arlinda—. ¡Úsala antes de que tome su forma definitiva!

Yosef levantó su espada y la descargó con toda la fuerza contra la figura que ya se adivinaba, atravesándola de lado a lado y luego de la cabeza a los pies. La figura estalló en una lluvia de cenizas. Arlinda se puso a su lado y olfateó el aire.

—¿Qué fue eso? —preguntó Yosef—. Creí ver una túnica volando y una máscara con rostro de cuervo antes de que todo se volviera humo.

—Era un zeniestro, un sirviente-espejo —le dijo Arlinda—. Es magia muy taimada.

Yosef miró a su prima como si hablara en un idioma desconocido. Arlinda, al ver el azoro en su cara, tuvo que explicarle.

—Un zeniestro es una especie de embajador de un hechicero: es su doble y puede servir como vocero suyo en lejanos territorios. Es capaz de tomar diversas formas y tamaños para no ser descubierto. A veces, como acabas de verlo, se transforma en una piedra. Otras veces puede ser un objeto decorativo, o un fuego fatuo, o un arbusto.

—¿Y tiene idénticos poderes que el mago a quien representa?

—Idénticos, sí, excepto que no puede tomar decisiones propias. La suerte que tuvimos es que este zeniestro acababa de transportarse hasta este sitio para ver más de cerca lo que estaba pasando con el incendio.

—Por eso el alud, ¿no?

—Por eso. Primero apareció ante nuestros ojos como la sustancia de la que está hecho: piedra negra de magma. Pero ¿cómo supiste que no era una piedra real? Hasta yo la pasé por alto cuando llegamos.

Yosef se rio como si todo aquello fuera una broma.

—Recuerda que yo me he pasado media vida en esta colina: la conozco palmo a palmo. Y había visto antes esa piedra rara, así que deduje que les pertenecía a los invasores. No sé. Fue como si vibrara mal, como si yo supiera que era una impostura, una mentira.

Arlinda asintió.

—Tal vez tus poderes no sean de mago, primo, pero estoy sospechando que van a ser, cuando realmente se manifiesten, de presciente.

—¿De adivino?

—Más que eso: de visionario de las cosas por venir y de escrutador de los elementos que el mundo contiene, incluyendo las fuerzas que guardamos en nuestro interior y que incluso nosotros ignoramos, pero que tú puedes ver, que tú puedes descifrar.

Yosef se sintió incómodo ante aquella descripción.

—Parece que estás hablando de un fisgón, de un entrometido.

—La magia también es eso —le recordó su prima—: una intromisión en las cosas del mundo y en la vida de la gente.

Pero Yosef ya no la estaba escuchando.

—Creo que ese zeniestro era el personaje principal en este ataque contra nuestra aldea.

—¿Qué quieres decir?

—Mira allá, entre las filas del ejército invasor. ¿Qué ves?

Arlinda buscó en su morral y sacó un catalejo.

—Déjame probar con esto y ahora te digo.

Ajustó los lentes y pudo ver que las grandes masas de invasores luchaban ahora entre ellas. Los hombres yesca parecían estar más entretenidos, golpeándose entre sí con metódica persistencia, matándose sin pausa, explotando al azar, por lo que la mayoría ya había olvidado cuál era el propósito de su presencia frente a las murallas de la aldea.

—Es un caos —dijo, asombrada.

—Ya no hay quién los dirija en el campo de batalla —le aseguró su primo.

—Eso significa que Vejestorio está salvo.

Yosef se encogió de hombros.

—Quizás. Dependerá de nuestros defensores, de que se den cuenta de que ya no hay una sola voluntad al mando y que pueden matar a cada invasor, uno por uno, antes de que exploten frente a ellos. O antes de que aparezca un nuevo zeniestro para darles órdenes.

—Hay que avisarles.

—Ya lo hará Dimitrus.

Y señaló hacia la herrería, donde Dimitrus se dedicaba a proporcionar picas, lanzas y espadas a varias decenas de jóvenes de Vejestorio.

—Tienes razón —aceptó Arlinda—. Nosotros tenemos que avisar a los demás pueblos lo que les espera si no se preparan.

—Vamos. Hay que marcharnos de aquí y a todo vuelo.

Al quitarse el catalejo, su prima comprendió a qué se refería su primo: el viento había cambiado de dirección y ahora la pared de fuego se movía hacia ellos.

—Nuestro camino a Vejestorio está cortado —añadió Yosef— y con el fuego vienen varios cientos de invasores hacia nosotros. Será mejor que no nos descubran.

—Eso me preocupa. Ese ejército parece más atento a seguirnos que a tomar Vejestorio. ¿No te parece extraño?

Yosef observó de nuevo aquellas tropas que se acercaban al monte donde estaban.

—Todo esto me da mala espina —dijo con tono preocupado.

Y sin detenerse un momento más, empezaron a descender por el otro lado de la colina, rumbo a los picos que se alzaban en la distancia, hacia aquella formidable cadena montañosa donde la nieve nunca desaparecía del todo.

La voz de Arlinda no mostraba la ansiedad que la consumía, pero dejaba ver sus inquietudes.

—Tenemos que llegar hasta la curva del río Osterde, primo, y luego doblar hacia el este, por las praderas del viento. No será fácil, pero no hay otra manera de eludir a nuestros perseguidores.

—Por el momento me conformo con bajar sanos y a salvo de estas alturas.

Y allá fueron, deslizándose por la pronunciada ladera de la colina del Vigía, concentrados en no caer y preguntándose qué les deparaba el destino.

Mientras, el fuego los seguía con sus lenguas crepitantes, con su humo letal, empecinado en darles alcance, obsesionado en capturarlos.



Escaramuzas

Esa noche un viento frío los alcanzó a la intemperie. Desde el campamento improvisado, que ambos habían levantado bajo la protección de unas rocas lisas, las ráfagas que soplaba sobre sus cabezas los mantenían despiertos, vigilantes. Aquella formación pétrea les sirvió de protección natural contra el clima extremoso, pero eso no evitó que sufrieran las inclemencias del frío que salía de la tierra y de la neblina glacial que se hacía sentir con fuerza demoledora.

—¿Hacemos fuego?

—Ya tuve suficiente fuego por ahora —reconoció Arlinda.

—Tengo frío. ¿Sabes algún conjuro para no helarnos?

—Sé varios, pero si uso la magia, por pequeña que sea, algún otro zeniestro se nos aparecerá.

Yosef aceptó la realidad y no se quejó más.

—Yo hago guardia y tú duermes y luego…

—Ya… ya entendí.

Y poniendo la cabeza sobre su morral, Arlinda se durmió de inmediato.

Yosef la contempló con una leve sonrisa. A pesar de que siempre había creído que su prima no aguantaría una caminata a campo traviesa, Arlinda le estaba demostrando que era una muchacha que soportaba las incomodidades

del camino y que siempre mantenía el rumbo, incluso en el terreno más áspero y difícil.

«Lo duro va a ser llegando a la orilla del Osterde. ¿Cómo lo vamos a cruzar ahora que está en pleno deshielo y la anchura de sus aguas alcanza los centenares de metros?», se preguntó.

Yosef, sin embargo, dejó de pensar en el futuro próximo, y buscando protección ante el viento helado se acuclilló detrás de una saliente de roca, donde tenía un punto de observación indetectable a la distancia. Con la mirada puesta en el camino que habían recorrido esa jornada, el muchacho se cobijó con una frazada que olía a su casa: un mundo que ya sentía perdido para siempre entre los estragos del fuego destructor. Pero la frazada también era un recordatorio de tiempos felices, cuando decir grandes batallas y magos poderosos solo eran cuentos de niños que podía leer sin riesgo en la cama y con la vela encendida. Y esas remembranzas le trajeron la figura de su padre.

Junto al rostro paterno que flotaba en su memoria, escuchaba, como un zumbido molesto, que no podía acallar por más que lo intentaba, las palabras de Darius, las dolorosas palabras de Darius, para quien había sido fácil culpar a su padre de todos los males de Vejestorio.

¿Por qué su padre no pudo llegar a tiempo y con los soldados de fortuna que había prometido? Yosef deseaba tener una respuesta certera, real, contundente, pero carecía de argumentos para defender el nombre de su padre, el honor de su familia. Algo lo detuvo y no pudo cumplir con su propósito. Eso era: alguna dificultad severa lo hizo retrasar su regreso a casa.

Aquello le dolía. No era que tuviera dudas sobre la conducta de su padre; le molestaba que las mentiras insidiosas iban a minar la credibilidad de Sampalio, y el resto de su vida toda la familia iba a estar condenada a explicar su ausencia en plena invasión.

«Espero que se aparezca pronto y ayude a los nuestros», pensó. Yosef se dio de golpes en la pierna. «Para qué me miento: quiero que se aparezca para que me cuide, para que yo no tenga que tomar decisiones, para que él sea quien diga cuál camino tomar, qué ruta es la mejor para salir con vida. Si al menos supiera dónde está».

Y en ese instante la roca en que se apoyaba empezó a dar vueltas y la tierra se desmoronó como si una mano gigantesca la agitara sin parar. Ahora estaba en una tierra cubierta de pastizales que llegaban al metro de altura. Su padre guiaba, a pie, sin su cabalgadura, a una muchedumbre asustada rumbo a un templo de madera abandonado. Ayudaba a los rezagados a no perder el paso. Detrás de ellos, el horizonte era una pared de fuego que buscaba alcanzarlos. Una mujer con dos niños en sus brazos mostraba el pánico en su rostro, pero Sampalio la agarró con fuerza y la obligó a seguir adelante, hacia el templo en ruinas. Yosef no pudo contenerse y le gritó a su papá que corriera más deprisa. Por un instante pareció que su padre lo hubiera oído porque aceleró el paso usando su cayado para propulsarse. En cuanto su papá y la muchedumbre entraron al templo, las llamas los rodearon, pero no pudieron destruir el recinto. Pasaron las horas y las llamaradas siguieron su camino. «Estás a salvo», gritó Yosef. Y ese fue su error, porque aquella tormenta de fuego se detuvo y un rostro descomunal tomó forma, adquirió ojos y mirada, detectó su presencia.

—Sé dónde estás, cachorro —le dijo con voz retumbante—. Iré por ti y por tu prima.

Pero Yosef no se asustó.

—Aquí estamos —respondió— a plena vista. ¿Por qué tú no haces lo mismo?

—Yo no soy un niño desamparado ni una bruja imberbe —fue su respuesta.

—¿Por qué te importamos tanto?

El rostro en llamas se sacudió de risa.

—¿No lo sabes? Tu prima y tú van a morir y ni siquiera intuyen la causa de su muerte. No es nada complicado: tienen cosas que necesito destruir, tienen poderes que no merecen. Ambos son mestizos, seres inferiores, criaturas impuras. Su magia es una abominación. Su existencia, un escándalo.

Entre más insultos recibía de aquel rostro henchido de odio, Yosef se sentía más seguro de sí mismo. Una chispa de comprensión se abrió paso en su mente y eso le hizo sonreír.

—Te jactas de actos que todavía no suceden. Hablas como si ya estuviéramos en tu poder. Yo solo veo a una sombra temerosa de nosotros. Arlinda y yo tenemos sangre de lobos, así que ven por nosotros. Ya veremos quién sale mordisqueado, quién acaba aullando de dolor.

El rostro, con un gesto de contrariedad, desapareció detrás de la pared de fuego. Otro remolino envolvió a Yosef y se lo llevó consigo.

De nuevo estaba junto a la roca helada, en las cercanías del río Osterde.

—¿No que ibas a montar guardia, primo? —le susurró la voz de Arlinda.

Estaba a punto de contestarle que se metiera en sus asuntos y no en los suyos cuando su pariente le puso la mano sobre la boca y le indicó silencio.

—Al pie de la roca está una partida de jinetes desconocidos. Quiero que los veas bien y me digas si son amigos o enemigos.

Yosef asintió en silencio y se deslizó para ver qué clase de vecinos eran. Le alegró percatarse de que no eran hombres yesca, pero el alivio le duró poco: aquel grupo era, sin duda, una partida de salteadores de la frontera, de forajidos de Carcoma.

—Estamos en un lío —le susurró a su prima.

Pero su prima había desaparecido.

—Nosotros también —escuchó una voz cavernosa, con acento fronterizo, a sus espaldas.



La posada de Jaco

—La lluvia no va a parar pronto.

—Así parece, mensajero.

—Recomiendo que nos refugiemos en la posada de Jaco, está a mitad del bosque. Es el lugar donde pernocté la noche pasada y creo que podemos descansar un poco para seguir nuestro camino mañana. Está cerca y es barata.

—¿Me ves cara de pordiosera, Corsac?

—Más bien te veo, archimaga, con cara de cansancio. Además, tu cabalgadura necesita reposo si quieres que llegue viva a Marfilia.

Samara no replicó y Arminia entendió que el hombre tenía razón.

—Está bien. Por hoy, guíanos a esa posada. Espero que la comida esté buena.

—Eso no lo prometo, pero de que estará caliente, te lo aseguro.

—¿Y cuentan con pastura seca? —inquirió la yegua.

—La hay, pero a estas horas no sé si les queda mucha —respondió Isino.

La joven hechicera se acercó a Corsac y puso la mano en su hombro.

—En cuanto a lo de pordiosera —le aclaró al mensajero—… Como tuve que salir de la isla de Cedrel con lo que traía encima, no cuento con suficientes monedas para gastos suntuosos. Así que…

Corsac la examinó tratando de aguantar la risa.

—Piensa mejor que Jaco podría intercambiarte un plato de comida, claro, siempre y cuando tú laves los trastos.

Arminia se carcajeó mientras dejaba distancia entre el mensajero y ella.

—Está bien: yo lavo los platos y tú los secas.

—Pero yo sí traigo para pagar mis alimentos.

—¿Estás seguro? —inquirió la archimaga mientras mostraba una bolsa de cuero, que abrió para sacar de su interior una moneda con el rostro del emperador Soroj Tercero.

—Parece un monarca bien parecido —señaló antes de meterla a la bolsa.

Corsac se tanteó el bolsillo interior de su abrigo y descubrió que había sido robado.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó, indignado—. Se supone que ustedes no pueden usar sus poderes para beneficio propio.

—¿Hablas de los magos y hechiceros? Pues tienes razón. Pero yo me eduqué de niña en otra hermandad: la de los contrabandistas. Y como sabes, en tierra de penurias todo está permitido si tienes manos hábiles, si la víctima es tan boba que ni se da cuenta.

Y le devolvió la bolsa de cuero.

Por un momento, Corsac tuvo el impulso de contar las monedas, pero la caballerosidad le hizo descartar semejante conducta. Si la archimaga era una ladrona, eso no era de su incumbencia. Lo que importaba era llevarla hasta Marfilia, que se presentara ante el emperador y sus consejeros, que usara sus trucos contra los enemigos de Antara.

Los cuatro mantuvieron el ritmo de la marcha para alcanzar la posada antes de que oscureciera. Una hora más tarde, y después de dejar paciendo a sus cabalgaduras en el establo, entraron a la sala principal de la posada, donde una chimenea mantenía caldeado el ambiente.

Un hombre alto, de mirada desdeñosa, se acercó a ellos.

—Soy Jaco, el propietario de este noble establecimiento. ¿Mesa para dos o vendrán más?

—Para dos es suficiente —respondió Arminia, registrando toda la estancia.

—Pónganse cómodos donde gusten.

Al fondo un cuarteto de hombres de dudosa procedencia los observaba con fijeza.

«No te preocupes. Somos la novedad en este recinto», pensó la archimaga.

—Son leñadores, archimaga. Gente hosca, de pésimo carácter, pero no sirvientes del Caos —le indicó el mensajero, que los escudriñaba de reojo.

Al lado de la chimenea, una pareja se hacía arrumacos sin que les importara que fueran el centro de atención de los concurrentes. En la barra pegada al armario de los licores, un borracho hablaba solo. Nadie se sentaba en las mesas de la entrada para no padecer las ráfagas de viento helado que se colaban cada vez que alguien abría la puerta; y en una de esas mesas la archimaga y el mensajero se acomodaron.

Jaco no tardó en traerles una jarra de peltre con vino caliente, una cesta con panes de sal y mantequilla y dos vasos más sucios que limpios.

—¿Qué tienes para cenar? —preguntó Corsac.

—Lo mismo de siempre: cordero asado y sopa de lentejas.

—Dos órdenes, entonces. Y otra jarra de vino, que estamos sedientos.

—Además una amiga alada trajo esto —dijo el posadero.

Y Jaco deslizó un pedazo diminuto de papel en la mano del mensajero imperial.

—Gracias, amigo. Se te agradece tu fina discreción.

Jaco se alejó como si hubiera recibido una felicitación por su labor.

Arminia captó todo el movimiento y se mordió la lengua. «Más misterios por descifrar», intuyó.

En cuanto se alejó el dueño de la posada, Corsac rompió el sello imperial y se puso a leer el contenido de la misiva.

La archimaga leyó contrariedad en su rostro.

—Malas noticias, supongo —dijo.

—No sé qué tan malas sean para ti, pero para mí son horribles: las fronteras del imperio han caído y un ejército monstruoso, en la doble acepción de enorme y pleno de monstruos, se dirige a Marfilia. Nuestras autoridades piensan que en tres o cuatro días a lo sumo estará a las puertas de nuestra hermosa ciudad capital.

Arminia sopesó la información.

—¿Contra quién peleamos? Ese ejército que nombras ¿está formado por los hombres yesca? ¿O lo acompañan los torbellinos de fuego? ¿Cuál es su propósito? ¿Pretenden exterminarnos simplemente porque les estorbamos o tienen un plan mayor?

La archimaga se detuvo y recordó las palabras que Corsac había dicho.

—¿Por qué estas noticias son especialmente horribles para ti?

Entonces lo vio: el dolor sometido a la disciplina del deber.

—Soy… soy nativo de las fronteras. Mi hogar, Preboste, creo que ya no existe. Mi gente, mi familia, ahora mismo deben de estar muertos o huyendo para salvarse.

—Lo siento, mensajero. De verdad.

—Tal vez yo sea, en este momento, el último miembro de mi casa que aún está vivo. Y si así es, voy a pelear con todo por su recuerdo, por su memoria.

Arminia estiró la mano y apretó la de Corsac.

—Has dicho lo que yo misma pienso: todos sufrimos pérdidas dolorosas, pero ahora solo queda luchar con lo que tenemos para que otros no sufran la misma suerte. ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

El mensajero negó con la cabeza.

—Dos padres ancianos y una hermana testaruda, Yaziria, que prefiere andar haciendo cuentas y cuidando tierras que conseguir marido.

La hechicera no pudo evitar una sonrisa.

—Creo que me encantaría conocer a tu hermana. Se me hace que es más de mi tipo.

—¿Solitaria? ¿Capaz de salirse siempre con la suya?

—No, hombre: capaz de vivir su propia vida sin la monserga de parientes que no le dan su lugar, que no la entienden, que ignoran de lo que es capaz.

—Viéndolo bien, ustedes dos serían buenas amigas. De verdad que me encantaría que la conocieras. Pero ahora mismo puede estar muerta, hecha cenizas.

Arminia bajó la cabeza, estremecida ante lo que debía estar ocurriendo en toda Zarabanda.

—No apresures lo que aún no sabes. Tu familia bien pudo escapar de la tormenta de fuego y refugiarse en Marfilia. Ten esperanza. Nunca la pierdas.

Corsac la contempló con otros ojos.

—Creí que eras como los demás magos —señaló.

—¿Presuntuosa?, ¿sabelotodo?

—No —contestó con expresión fraterna—: buena para las intrigas, mala para los lazos familiares.

Ahora fue la joven hechicera la que tuvo que mantenerse ecuánime.

—Hace mucho que no tengo familia. Estoy sola en el mundo.

Corsac no pudo evitar sentirse atraído por aquella mujer. Arminia no era una dama a proteger, eso se notaba. Pero detrás de su lengua filosa, de su impulsiva sapiencia, de sus trucos de ladrona, algo lo invitaba a seguir a su lado más allá del cumplimiento de su misión.

—Ya no, archimaga —respondió con tardanza, pero imperiosamente—. Ya no.

La joven hechicera lo miró con una intensidad arrebatadora.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Lo estoy. Nunca había conocido una persona de poder a la que tan poco le importara el poder. Y como yo carezco de tus dotes mágicas, solo puedo ofrecerte mi compañía para tus apuros y necesidades, mi sentido del honor, digo, si eso vale en estos tiempos.

Jaco regresó con platos rebosantes de comida y una jarra más de vino.

—Espero que les guste la especialidad de la casa —les dijo.

Pero tanto a la joven hechicera como al mensajero imperial se les había ido el apetito.

—La boca me sabe a carbón —se sinceró Arminia.

—Sin embargo, hay que alimentarnos para soportar lo que venga.

Comieron por comer. El vino fue más reconfortante que la carne de cordero y las lentejas. Al terminar, llamaron a señas a Jaco.

—¿Qué noticias has oído de parte de los viajeros? —indagó Corsac.

Jaco miró a los lados por si alguien estaba escuchándolos y, bajando la voz, le respondió:

—Los pocos clientes vienen del sur y no saben nada. Pero dos o tres viajeros que pasaron hoy por la mañana hablaban de multitudes provenientes de las comarcas fronterizas que abarrotan los caminos. Dicen que hay una pared de fuego avanzando desde el noroeste hacia estos rumbos. Nadie quiere decirlo en voz alta, pero las habladurías afirman que el Caos se ha desatado y que ahora nadie podrá pararlo; ni los caballeros andantes, ni los magos.

—¿Eso crees tú? —indagó la archimaga.

—No. Yo no les creo. He vivido lo suficiente para saber que las noticias buenas y las malas son solo chismes para entretenernos, historias para meterle miedo al prójimo. Si es el Caos, el verdadero, el devastador, de nada vale lo que hagamos. Y si es otra clase de amenaza, lo mismo. Lo mejor es salirnos de su ruta y esperar a que las cosas se estabilicen, a que la muerte se harte.

Y sin decir más, el propietario se fue dejándolos con sus propios pensamientos.

—Este tipo te quita hasta el último ánimo —susurró el mensajero.

Arminia se levantó sin prestarle mucha atención; otros asuntos más inmediatos ocupaban sus pensamientos.

—Debo ver si Samara está bien atendida. Dile a este Jaco que dormiré en el establo. Antes de que amanezca nos iremos. Tres días o cuatro días no es nada.

El mensajero imperial asintió.

—Tienes razón. El tiempo está en nuestra contra.

—El tiempo, el clima, los dados del destino. La magia, incluso. Es como si todo se volviera inservible. Como si los dioses nos enseñaran que vivimos creyendo ser más poderosos de lo que somos. ¿Tienes para pagar los alimentos y el hospedaje, mensajero?

—Tengo, pero no creo en lo que afirmas. Por ahora quizás no tengamos las armas necesarias para vencer al Caos, pero la voluntad no falta.

La joven hechicera sonrió para sí. Allí estaba el caballero andante en ropas de cortesano, un hombre que creía que la voluntad lo era todo. Ella sabía que a la muerte le encantan los voluntariosos, los empecinados, los tercos; su comida preferida, su alimento diario.

—Como sea, debemos apresurarnos o de tu hermosa Marfilia solo hallaremos sus ruinas.

—Ni lo digas, archimaga.

Y los dos quisieron hablar de nuevo, refutar al otro, pero en ese instante se abrió la puerta de la posada y entraron por ella tres hombres que no parecían lugareños.

«Problemas», advirtió Corsac.

«Hombres yesca», pensó Arminia.



El último recurso

Cuando el ruido de las espadas y los gritos cesaron, Corsac se sostuvo en la barra de la posada para no caer y examinó sus heridas. Los cortes en la piel eran superficiales, pero sangraban en abundancia. Se palpó la cara y sintió un ojo hinchado.

Pese a todo, estaba vivo.

A unos metros de distancia, la archimaga se dedicaba a cortar la cabeza de los hombres yesca sin miramientos, sin pausa.

Jaco y la cocinera trataron de ver el resultado de la pelea, pero el espectáculo sangriento a manos de Arminia los hizo ocultarse de nuevo detrás de unas cajas de madera.

La posada lucía la destrucción casi total: el armario de los vinos era un batidillo y solo una mesa quedaba indemne. Entre la clientela, los muertos abundaban. A excepción del borracho y la muchacha de los arrumacos, pocos habían sobrevivido sin demasiadas lastimaduras. El novio de la muchacha estaba tirado en el piso, inconsciente; charcos de sangre se extendían por el suelo; los ayes de dolor se mezclaban con los vidrios rotos que pisaban para ir de un lado a otro.

Cuando la archimaga terminó su tarea, dedicó una mirada a su derredor.

—Necesitaba esto —dijo a todos y a nadie.

—¿Una masacre? —preguntó Corsac.

—Un desfogue —aclaró la joven hechicera.

—Si tú lo dices.

Arminia estaba eufórica, no por la pelea a muerte sino porque ahora, sin saber cómo o por qué, las voces de su linaje hablaban todas a la vez y todas le decían que debía prepararse para peores matanzas, que el destino de Zarabanda estaba en sus manos.

—¿Por qué pones esa cara? —quiso saber el mensajero.

—¿Cuál cara?

—La que tienes ahora. Esa cara que solo le he visto al propio emperador cuando las preocupaciones de su cargo lo abruman y, sin embargo, no se deja vencer, pone buena cara al mal tiempo.

La archimaga buscó en el piso y tomó un pedazo de vidrio y vio su reflejo: una muchacha de gesto ceñudo que irradiaba una luz interna, cansada y llena de reciedumbre, lista para cualquier contingencia.

—Este gesto es porque estamos perdiendo el tiempo. Los agentes del Caos ya saben dónde encontrarme y a qué sitio me dirijo.

Corsac contempló los destrozos a su alrededor.

—¿Estás diciendo que no vamos a pernoctar en la posada?

Arminia le dirigió una mirada de desaprobación. Luego vio que el mensajero no había salido indemne de la confrontación.

—Es mejor seguir nuestro camino, no quiero que nuestros siguientes enfrentamientos provoquen más víctimas inocentes.

El mensajero carraspeó antes de responder, se recompuso como pudo.

—Estoy de acuerdo, archimaga. Me hubiera gustado descansar en un cuarto cálido y seco, pero no hay de otra, tenemos que marcharnos ya.

Corsac dejó unas monedas en la barra y se aseguró de que los sobrevivientes estuvieran bien atendidos por Jaco y la cocinera.

—Lo siento. La guerra ha llegado, prepárense para cosas peores —fue su despedida.

Todos lo voltearon a ver con miradas de espanto e indignación, pero nadie dijo nada.

Afuera la neblina se espesaba y el frío era inclemente. Samara e Isino no se hicieron del rogar, aunque los cuatro sabían que andar de noche por el bosque era una mala idea. Viendo las caras de sus respectivos jinetes, prefirieron guardar silencio y mantuvieron el paso entre los senderos llenos de nieve.

—Todavía sangras —señaló la joven hechicera al ver que un hilillo bajaba por la pierna del mensajero.

—Cada vez menos. No te preocupes.

Así pasaron las horas entre la medianoche y el amanecer.

Poco a poco el bosque adquirió una blancura espectral. La única buena noticia fue que dejó de llover y el cielo empezó a ser visible. Las estrellas brillaban con nitidez inusitada y los lobos aullaban en la cercanía.

—Quieren venganza —dijo Arminia.

—Tal vez —respondió el mensajero—, pero ya conocen lo que soy capaz de hacer. No se acercarán, te lo aseguro.

—Huelen tu sangre fresca.

—Que la huelan, jamás la probarán.

Cuando el sol ya había salido y empezaba a sentirse su calor, se detuvieron para beber en una pequeña laguna. Corsac se dedicó a prender un pequeño fuego. Cuando vio la cara que puso su acompañante, se encogió de hombros.

—Ya saben que andamos aquí. ¿Para qué ocultarnos más?

—Buena estrategia: que se muestren los que nos siguen, que vengan por nosotros.

—Al mal paso darle prisa, ¿no crees, archimaga?

Arminia estuvo de acuerdo.

«Lo que vaya a ser que sea», se dijo. Pero nadie apareció para intentar matarla.

El bosque era, en su aguda percepción, un sitio tranquilo, donde solo se movían marmotas y tejones, con árboles que formaban entre ellos ramajes anudándose entre sí, creando una telaraña laberíntica, una madeja de rutas abiertas y trampas mortales.

—¿Qué clase de mensajero eres? —preguntó Samara.

A Corsac, el interés por su persona lo tomó por sorpresa.

—¿Por qué lo preguntas?

—Los mensajeros no llevan espada ni cota de malla ni abrigo de borrego. Los mensajeros no aceptan otro código de conducta que correr a toda velocidad porque el mensaje siempre es más importante que ellos mismos. Tú no. Si Arminia te dice que reduzcas el paso, no te opones; si hay peligro, no lo rehúyes. Pareces más un soldado que un miembro de la burocracia imperial, pero tampoco pareces un soldado que recibe órdenes de sus superiores y las obedece a rajatabla.

La joven hechicera acarició a su cabalgadura.

—Te has vuelto buena observadora, amiga.

—¿Estoy en lo correcto?

—Por supuesto.

Corsac no les hizo caso y terminó de agregar un tronco helado a la hoguera.

—¿Un espía, tal vez? —sugirió Isino—. Yo apenas lo conocí en este viaje, pero parece que se lleva muy bien con el propio emperador.

—¡Está bien! Soy parte del Consejo Real de Marfilia. Doy consejos de estrategia, pero no soy espía.

—Lo que siempre dicen los espías —relinchó Samara.

—Pero sí eres parte de la aristocracia del imperio, porque para ser miembro del consejo real debiste de ir al Colegio de Oficiales, y ahí solo ingresan los hijos de la aristocracia.

Corsac levantó las manos en señal de rendición.

—Lo admito. Soy hijo de un conde venido a menos y estudié, con una beca dada por el emperador mismo, pero no soy lo que sugieren: un privilegiado. He ganado todo lo que soy por mi propio mérito.

Las dos cabalgaduras y la hechicera se rieron en su cara.

—Lo que dices es que tus méritos nada tienen que ver con tus privilegios, pero sin estos nunca hubieras podido demostrar los primeros, ¿verdad?

Todos miraron con curiosidad a Isino.

—¿Qué quieren? En los establos del emperador he oído tales pretextos una y otra vez. A mí no me importa si mi jinete es de sangre azul o un simple campesino, mientras sepa tratarme con respeto y cuide mi vida como cuida la suya en el campo de batalla o llevando mensajes a lo largo y ancho del reino, lo respetaré.

—¿Y cómo te he tratado? —quiso saber Corsac.

—No tengo quejas contra ti, pero es la primera vez que eres mi jinete.

Arminia se acercó a la fogata y miró sus manos: callosas, duras y llenas de cicatrices.

—La magia verdadera, la de Zarabanda, no tiene clases sociales —dijo para sí misma como para todos los presentes—. Se le da a quien ha nacido para merecerla y es ciega a quien otorga su gracia. Yo misma nada tenía de especial cuando empecé a sentirla en mi cuerpo, cuando ya no pude ocultarla más. Vengo de una familia de vagabundos, de contrabandistas. Vivíamos a salto de mata. Un día pasábamos hambre y al otro robábamos para mal comer. De niña mi mayor ambición era convertirme en una forajida de renombre, que estuviera en las aldeas mi retrato con la recompensa que se ofrecería por mi captura. Pero la magia me cambió por completo: me dio otra clase de propósito, el del conocimiento, el de la curiosidad. Me hizo ver el mundo como un libro por leer, como un horizonte por descubrir. Carezco, pues, del pedigrí de la aristocracia y, la verdad, no lo necesito. Con la magia tengo.

—Es bueno saberlo —dijo el mensajero ahora vuelto consejero imperial.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Samara.

Corsac se atragantó con sus palabras.

—¡Vamos, dilo! —exigió la hechicera.

El hombre le sostuvo la mirada a la joven hechicera.

—A pocos les ha gustado que tú fueras la elegida como archimaga. En Marfilia nadie te conoce. Bueno, te conocen por rebelde, por no saber comportarte. Eres, dicen, alguien que no tiene la capacidad para guiar a la Hermandad de los Magos y Hechiceras en estos tiempos terribles. Te tachan de impredecible.

Arminia reconoció que aquel retrato de su persona no era tan terrible; incluso, desde su punto de vista, podía pasar por una especie de halago.

—No lo niego, pero creo que eso es una ventaja si luchamos contra un enemigo que cree conocer nuestros puntos débiles, cómo pensamos, qué clase de estrategias llevaremos a cabo para defendernos de sus ataques.

Corsac se sorprendió ante el valor que mostraba la hechicera con sus palabras.

—No lo dudo. Muchos consejeros del emperador, en especial los magos que residen en el palacio imperial, hubieran preferido tener como líder de la orden mágica a uno de los suyos.

—¿De los suyos? ¿Qué quieres decir con eso?

—Cortesanos, aristócratas, gente de poder que proviene de una familia de abolengo.

Arminia se rio ante lo obvio.

—Voy a Marfilia no a unir a la humanidad en contra de su mayor amenaza en siglos, sino a ser de nuevo enjuiciada por mis pares, ¿eso me estás diciendo?

—Sí. Eso. O peor: quieren que dimitas de tu cargo, que dejes a otros más viejos y más sabios la lucha contra el Caos. Les da nervios que los guíe a la guerra una…

—¿Una mujer como yo? —terminó la frase la hechicera.

—Una mujer tan joven y con tan poca experiencia. Esas fueron sus palabras. No las mías.

Arminia sopesó la incomodidad manifiesta de su acompañante.

—Eso fue lo que te pidieron hacer, ¿no es cierto?

Corsac asintió.

—Eso me pidieron, archimaga; que evaluara la clase de persona que eres, la clase de hechicera que eres. Cuando me enviaron pensaba como ellos, que no encajabas en lo que debía de ser una dirigente del Consejo Supremo, que Baracelso se había equivocado al elegirte. En tu historial se decía que en tu juventud aprendiste las mañas de los vagabundos, que tu magia era menor, la de los elementos naturales y no la de los artificios estudiados.

Arminia, por vez primera, pudo intuir la jugada de Baracelso: para tiempos extraordinarios, una mujer como ella; para amenazas ineludibles, una hechicera como ella.

—Y tienen razón en todo eso —respondió—. Nunca he sido tan buen ratón de biblioteca como guerrera. Nunca he tenido paciencia con los conjuros ancestrales y en tiempos recientes he aprendido a confiar más en mis propios instintos para hacer magia y poder transformar los elementos del mundo: la tierra o el agua, el fuego o el viento. Lo natural se me da mejor que descifrar lenguas muertas. No tengo el perfil de los grandes archimagos de antaño, pero la magia es sabia por sí misma y escoge el perfil que se requiere para cada tiempo y lugar. No sé bien por qué llegué a ser archimaga. Baracelso debió de pensar que yo era el último recurso que tenía a mano en pleno ataque del Caos; tal vez fue una decisión precipitada; tal vez fue un momento de confusión el que lo llevó a hacerme su heredera y darme una misión tan delicada.

—Demasiados «tal vez» —dijo Samara.

Corsac la miró sin una nube de dudas en su mirada.

—Lo que quiero decir es que ahora que te conozco un poco mejor, creo que serás una archimaga tremenda. Como tú misma lo dices: impredecible.

—Ya le salió lo lambiscón —se rio Isino.

Pero Arminia entendió el esfuerzo que le costaba a Corsac admitir que estaba cambiando de parecer.

—Que nuestros prejuicios no nos cieguen —aceptó la hechicera—. El enemigo no somos nosotros, sino el Caos.

La mirada preocupada del consejero decía otra cosa.

—Es que no conoces el ambiente que se vive en Marfilia. No vas a llegar a un imperio unido en contra de la destrucción total. En la corte el caos reina por todas partes, dicta la agenda de la desconfianza, del antagonismo. Ya verás, archimaga, ya verás.

—Con conocerte a ti me basta —fue la pronta respuesta de Arminia.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Corsac, dubitativo.

La hechicera vio en aquel joven una esperanza de que no todo fuera lucha por el poder, que la nobleza de espíritu aún pudiera incidir en el destino de Zarabanda.

—Creo que puedo confiar en ti —le dijo—. No por tus palabras de halago, sino por tu capacidad de pensar en una causa mayor que tú mismo. Eso, desde mi punto de vista, te hace una persona que me encantaría conocer más, cuando todo esto termine. Si me lo permites, desde luego.

Corsac entendió lo que se le pedía y trató de serenarse.

—Estoy a tu servicio, archimaga.

Pero la hechicera no lo dejó escapar tan fácil.

—No pretendo ser el objeto de tu deber, sino el de tu libre voluntad —le respondió con un dejo de picardía.

Y ambos, sin decir una palabra, se miraron a los ojos, descubriendo que entre ellos algo latía debajo, algo se gestaba en el peor momento de sus vidas.

—¿Ves? —concluyó Arminia—. No soy tan impredecible como parezco.



Un nuevo impuesto

Ya pasaba del mediodía y el sol continuaba siendo un círculo apagado entre las nubes. En el bosque enrevesado, haciendo honor a su nombre, no cabía la posibilidad de andar en línea recta. Cualquier senda que se tomara significaba un paso más dentro de un laberinto de arbustos y pedregales.

La flecha pasó a escasos centímetros del rostro de Corsac y se clavó en el árbol más cercano. El mensajero sacó su espada sin saber de dónde vendría el siguiente ataque.

Arminia aminoró la marcha y levantó la voz.

—Ya pueden salir. No les haremos daño.

Un coro de risas respondió a las palabras de la archimaga.

Luego todo volvió al silencio hasta que un enano se deslizó por el tronco de uno de los pinos más cercanos y se sentó en la rama más baja.

—Hola, forastera, soy Alcídides, el remendador.

—Y yo soy Arminia de Venezca, hechicera. Me acompaña Corsac de Lamaria, mensajero y estratega del imperio. Nos dirigimos a Marfilia a combatir contra el Caos.

—Me lo imagino. Hasta aquí han llegado las noticias de que el mundo se encamina hacia su fin, por eso nuestra intromisión en sus imperiales asuntos. Nos gustaría que nos pagaran, de buena voluntad, el impuesto de paso por el

bosque enrevesado. Mi gente, al contrario de ustedes, grandes señores, quiere salir volando de estas tierras antes de que el fuego letal consuma nuestro bosque y lo convierta en cenizas.

—Lo que reclamas no es un impuesto. ¡Es un robo! —rugió Corsac, espada en mano.

Pero Arminia no estaba para pelear con aquellos forajidos miserables.

—¿Cuánto es el pago, señor Alcídides? —inquirió.

—Trescientas upias.

La hechicera levantó su mano izquierda, la hizo un puño y la abrió mostrando una bolsa de cuero.

—Trescientas upias —dijo y lanzó la bolsa al enano, quien la cogió al vuelo, la abrió y sacó de ella unas cuantas monedas de oro.

—Buen truco, maga. Pero ¿cómo sé que al marcharte de aquí estas monedas no desaparecerán contigo?

Arminia sonrió al vocero de la banda de asaltantes.

—Disculpas, remendador. Pero creo que no nos entendemos. Lo que te lancé no son monedas mágicas. Son zervatas.

El enano puso cara de susto y trató de tirar la bolsa al suelo.

Demasiado tarde.

De la bolsa saltaron centenares de arañas que se desperdigaron en todas direcciones y, en pocos segundos, maniataron a todo el grupo de bandidos, que no pasaba de una media docena, gente desesperada aprovechándose de la situación reinante.

La hechicera se acercó al enano y vio que la banda no era un grupo peligroso: la conformaban tres enanos, un hombre tuerto y dos muchachas desarrapadas. Por su aspecto, no habían comido en días y mostraban la desesperación en sus miradas.

—Cuando salgamos del bosque los zervatas desaparecerán, y en su lugar habrá veinte upias, para pagarles por el susto. ¿Le parece bien, señor Alcídides?

El enano, que apenas podía moverse por la apretada telaraña que lo envolvía, asintió.

—¿Los vas a dejar a merced de los lobos? —indagó Corsac.

—Les voy a dejar un hechizo de protección para que no acaben devorados por lobos o coyotes. ¿Te parece?

—Me parece. No pensé que fueras tan misericordiosa con…

—Con gente que se dedica a lo mismo que yo hacía en mi época de contrabandista. ¿Eso intentas decir?

El consejero soportó la pulla y, en lugar de responder, se adelantó para comprobar que no había otro grupo de harapientos tratando de robarles. Continuaron por el bosque, atentos a cualquier sonido sospechoso.

Al paso de las horas, un silencio incómodo, que no se rompió ni con trinos de aves ni con aullidos de lobos, se volvió más opresivo.

Corsac tanteó la empuñadura de su espada. Algo no estaba bien.

—Tenemos compañía —le susurró a la archimaga.

—Y de la mala. ¡Sígueme!

Se lanzaron a galope tendido por un claro del bosque, pero pronto la maraña de árboles y arbustos los hizo disminuir la velocidad de su avance.

Sus perseguidores, un grupo de jinetes embozados, aparecieron a menos de cien metros detrás de ellos.

—¡Están acercándose! —gritó Corsac—. Hay que salir del aquí si queremos emparejar las tornas.

Arminia vio más allá y descubrió que casi estaban en los lindes del bosque.

Cinco minutos más tarde salieron a una pradera de pastos ocres, con algunos tocones diseminados y sin más obstáculos a la vista. A unos cuantos kilómetros de distancia se alzaban las montañas de la niebla, con sus cumbres nevadas, la mayor de las cuales era la cima del monte Irisquo.

—Vamos a pelear en este terreno —dijo la hechicera sin pensarlo dos veces y bajó de su cabalgadura.

—¿A pie los enfrentaremos?

—Sí. A pie.

Corsac obedeció.

Samara e Isino se alejaron hasta situarse detrás de un tocón grueso. El consejero estaba visiblemente nervioso.

—¿Qué pretendes hacer?

—Recordarles que yo también pertenezco a su bando.

Y sin darle tiempo de reaccionar, agarró al mensajero del cuello de su camisa y lo puso de rodillas.

—¿Me vas a usar como escudo?

—No estoy loca, señor aristócrata.

—¿Entonces?

—Voy a negociar tu muerte.

Y soltó una carcajada.



El enfrentamiento

Del bosque salieron cuatro hombres robustos, encapuchados, espada en mano, listos para pelear con quien se les pusiera enfrente. Al ver que a quienes perseguían estaban de pie y enfrascados en un forcejeo, se detuvieron para entender lo que pasaba.

—No lo queremos a él —dijo el encapuchado más cercano—. Es a ti, mujer, a la que buscamos.

—¿Son asesinos?

—Rastreadores, más bien. Y no tenemos órdenes de matarte.

—¿No? Entonces ¿para qué me quieren? ¿Para discutir sobre cuántos cosmos caben en la punta de un alfiler?

El líder de los rastreadores se rio.

—Para torturarte hasta que nos digas tus planes, o los de los magos que habitan en tu cabeza. Nuestro Señor busca saberlos.

—¿Ya ves? —dijo Corsac, mientras se levantaba, todo furioso.

—Ya —masculló Arminia, al tiempo que balbuceaba algo ininteligible.

Las altas hierbas de la pradera comenzaron a moverse contra el viento, se enroscaron entre sí y empezaron a elevarse hasta formar monigotes de paja.

Los perseguidores trataron de cortarlos con sus espadas, pero los monigotes eran más rápidos que ellos. Y más letales.

De pronto, los monigotes se encendieron y con ellos se formó una trinchera de fuego que rodeó a los cuatro perseguidores. Por más que lucharon para escapar de aquella trampa, las llamas y el humo acabaron con sus vidas rápidamente.

—Eres buena —dijo Samara—. Mejor que cualquier hechicera que haya visto. Y despiadada, como de pocas he sido testigo.

—Gracias —dijo la archimaga.

—No debiste destruirlos de esa manera —exclamó Corsac.

—No sabía que tuvieras semejantes escrúpulos en relación con nuestros enemigos, consejero.

—No los tengo. Hablo de que me hubiera gustado interrogarlos antes de acabaran carbonizados por tu magia.

—Eres peor que yo, aristócrata: te place la tortura.

En ese instante una ola de poder la alcanzó, golpeando su mente y dejándola con la mirada en blanco.

—¡Cuidado! —gritó Corsac.

Arminia tomó aire mientras el dolor pasaba. Abrió los ojos como pudo y trató de ver al nuevo atacante.

Al borde del bosque apareció una figura alta, caminando hacia ellos. Vestido con una túnica roja, con una bola de fuego en cada mano, aquel ser estaba a punto de matarlos.

«Un mago del fuego», pensó la archimaga.

«Un servidor del Caos», pensó el consejero.

Una nueva oleada de dolor la atravesó. Antes de caer de rodillas, pudo percibir una mancha que corría hacia la figura. Y un grito cercano.

Arminia se sintió ultrajada en todo su cuerpo.

—Vengo por ti —una voz le susurró. Una voz burlona, hiriente, llena de veneno.

—No ahora —le contestó reuniendo todas sus fuerzas. Y expulsó a aquella criatura de su conciencia.

Esta vez no esperó al siguiente ataque. Aunque la figura estaba apenas a unos pasos de ella, la archimaga no formuló un conjuro propio.

—Espero que te guste el metal helado —fue su respuesta silenciosa.

Y lanzó su cuchillo de hueso negro hacia su adversario. El ruido cesó, la confusión mental se vino abajo. Como pudo, se encaminó a ver el resultado. El mago yacía entre la hierba seca, sobre un charco de sangre y con el cuchillo enterrado en su ojo derecho.

Pero no se había vuelto ceniza, así que procedió a cortarle la cabeza, por las dudas.

Corsac aún se retorcía a su lado, con los ojos cerrados y un rictus de dolor.

Arminia se acuclilló para ver de dónde estaba herido, pero era un dolor mágico. Una herida que no se curaba con las manos, sino con más conjuros. Susurró la plegaria de la curación una y otra vez, hasta que sus palabras tomaron un ritmo hipnótico, hasta que su música fue un trance balsámico.

El consejero dejó de quejarse, comenzó a respirar más despacio, y al cabo de unos minutos abrió los ojos.

—¿Aún te duele el golpe de magia? —quiso saber la archimaga.

—Poco. Cada vez menos.

—Entonces ¿qué esperas para levantarte?

—Como curandera dejas mucho que desear —respondió el herido.

La joven hechicera le ayudó a ponerse en pie.

—También curé tus heridas físicas, que no eran tan superficiales como tú creías.

Corsac se dirigió, trastabillando, a ver el estado de Samara e Isino.

Las cabalgaduras seguían nerviosas, pero no habían recibido ninguna de las bolas de fuego y pastaban en la parte de la pradera que no se había quemado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Samara.

—Eso creo.

—Fue una mala idea tratar de atajar a ese mago con una simple espada —le dijo Isino—. Entre un conjuro y la fuerza bruta, pocas veces gana la segunda.

—Gracias por el consejo tardío —respondió Corsac con enfado.

—Lo bueno es que la muchacha sabe pelear.

—Tienes poderes, y muy extraños —añadió Samara.

Isino estuvo de acuerdo.

—Pero no son poderes antiguos, de viejo cuño. Los suyos parecen provenir de la tierra misma, como si nacieran en el mismo instante en que los invoca.

Corsac observó a la joven hechicera.

Ya no le pareció una aprendiz con un título que le quedaba grande; ahora la contempló como una maga con poderes inéditos, con fuerzas únicas, que solo ella podía canalizar.

—Aprende sobre la marcha —admitió y se descubrió apreciando sus facciones, disfrutando su presencia.

—Crece sobre la marcha —agregó Isino.

Cuando el consejero regresó al lado de Arminia, esta se encontraba entonando una canción de viaje hacia la tierra de los espíritus.

—¿Rezas por este mal nacido?

A la archimaga se le encendió la mirada.

—Rezo para que descanse en paz, sin deudas por pagar.

—¿Por qué lo haces?

—Porque logré platicar con él y entendí que era un esclavo, a su pesar, del Señor del Caos.

Corsac no pudo detenerse y tomó del brazo a la muchacha.

—¿Qué quieres decir con platicar?

—Lo muertos nunca están lejos de nosotros, señor aristócrata.

—¿Lo interrogaste sobre los planes de nuestro enemigo con respecto a Marfilia?

Arminia se apartó.

—En cuanto hallas algo inusitado, te vuelves un estratega al servicio del imperio.

El consejero tragó saliva antes de responder.

—Es mi reino —intentó explicarse—. Es mi gente.

La joven hechicera sonrió.

—Me dijo lo que sabe, que no es mucho. Tenía órdenes de torturarme y que le dijera cuáles eran nuestros planes defensivos en Marfilia, dónde podían localizar a los magos y hechiceras faltantes. Pero yo estaba marcada para la

muerte. Alguien había dado la orden de que no escapara viva del bosque enrevesado. Me enteré también de que el Señor del Fuego no ha podido dar con todos nosotros, que aún hay magos y hechiceras a los que no ha podido capturar. Es una buena información.

Corsac asintió, mientras se sobaba el pecho, que aún sentía magullado por el golpe de la magia.

—¿Algo más?

—De los tres ejércitos que se aproximan al imperio, me dijo que uno se hallaba en persecución de un par de muchachos de la frontera, pero no me explicó por qué esos muchachos eran tan importantes para ellos, por qué buscaban su aniquilamiento. Los otros dos ejércitos se han dedicado a destruir todo a su paso y se unirán mañana para avanzar hacia Marfilia y quemarla.

—¿Cuántos soldados son?

—Miles, pero eso no es lo peor: traen las columnas de llamas, los ventarrones de fuego para destruir todo lo que toquen.

—Fuerzas poderosas.

—No como lo piensas. Aunque se les describe como columnas de llamas, en realidad son presencias mágicas que hacen arder todo a su paso. No se conoce forma de detenerlos. En ningún libro de magia hay una fórmula cabalística que sirva para destruirlos en batalla. En las dos últimas invasiones, la de hace novecientos años y la de hace cuatrocientos, las columnas de fuego, al final, fueron detenidas y derrotadas, pero no se menciona el tipo de magia que se utilizó para contrarrestarlas. Es como si un poder que ignoramos se hubiera interpuesto en su camino. Yo deduzco que mi abuela Brebaja tuvo que ver con ello, pero ignoro qué hechizo fue el suyo, digo, si es que fue un hechizo.

El consejero pensó que la ignorancia era una panacea, porque ahora sabía que el imperio, su casa, su hogar, estaba condenado a morir en pocos días y hubiera preferido no saberlo. Sin embargo, puso cara de bravura de nuevo.

—Es mejor que nos marchemos a toda prisa. Hay mucho que informar al emperador.

Arminia le puso la mano en el hombro.

—Improvisaremos —le dijo—. También nosotros contamos con trucos propios.

Y le mostró el cuchillo de hueso negro.

—Con eso lo mataste. ¿Es un conjuro nuevo? —inquirió Corsac.

La archimaga lo miró con afecto.

—No, consejero, es solo un arma bien calibrada. Un botín de guerra.

Y lo guardó en su cinturón.



La manada de lobos

—Los lobos nos siguen, archimaga. Estoy casi seguro de que es la misma manada que me atacó poco antes de que te encontrara.

—Ya veo. Tal vez huelen tu miedo.

—No seas así, maga. Esos lobos deben de estar bajo las órdenes del Caos.

Arminia detuvo su cabalgadura y examinó el patrón de sus perseguidores.

—Tienen un propósito. Tal vez sean los que indican a los magos del fuego nuestra posición.

—Habrá que dispersarlos de algún modo.

—No lo creo, consejero. Ascendemos ya por las laderas de las montañas de niebla. A estas alturas, hasta un topo ciego sabría que vamos rumbo a Marfilia.

A regañadientes, Corsac contempló la pradera que estaba a sus espaldas. A lo lejos se divisaban unas figuras grises que corrían hacia ellos. Calculó que era una docena de lobos de buena corpulencia.

—Los esperaremos —dijo la joven hechicera y bajó de su montura.

—¿Estás fuera de tus cabales?

—Quiero platicar con ellos, quizás sepan noticias que nosotros ignoramos.

—Seguro que las saben. ¿Y qué con eso?

Un viento helado ululaba a su derredor, pero a la archimaga no lograba tocarla con su frío.

Cinco minutos después los lobos llegaron y se detuvieron a pocos metros de distancia. Gruñeron y aullaron. Mostraron sus colmillos descomunales, pero no los atacaron.

Arminia fue la que tomó la iniciativa y se aproximó a la manada. De esta se desprendió el lobo más corpulento, el más fiero. Inclinándose, la archimaga tocó el hocico de la bestia.

—Grizzaz te llamas. Ya veo. Necesitamos que nos guíen por estas montañas, que nos ayuden a cruzarlas. ¿Lo harán por mí?

La hechicera le cantó a la manada una canción de persecuciones y desgarros, de fuego acuciante, de prisa por escapar de los sirvientes del Caos.

Los lobos dejaron de gruñir y con sus aullidos la acompañaron. Todo aquel intercambio apenas duró unos minutos.

—Gracias, Grizzaz, gracias a todos —les dijo Arminia y volvió a montar en Samara.

—¿Qué te dijeron las lindas criaturas? —Corsac preguntó con sorna.

—Conocen un paso seguro para atravesar las montañas de la niebla en esta estación del año. Ellos nos guiarán.

El consejero no estaba convencido de las bondades de semejantes depredadores.

—¿No son servidores del Caos? —indagó.

—¡Qué poco has convivido con ellos!

—Soy gente que participó en consejos de guerra y diplomacia, no ando por los bosques platicando con los animales.

—Los animales son más fuertes que los humanos. El Señor del Fuego puede amedrentarlos, pero no forzarlos para su causa.

—¿Y pelearan por nosotros?

—Tampoco. Son criaturas libres. No sirven a nadie más que a quien ellos mismos quieran ayudar. Y en este momento prefieren ver la guerra sin intervenir.

—Hasta que el mundo vuelva a ser de ellos, supongo.

—Como ha sido siempre, consejero.

Mientras subían por las empinadas laderas siguiendo a la manada, Arminia sintió que no estaba sola en su empeño. Los lobos la habían escuchado con respeto.

—Espero que no nos lleven al despeñadero.

La archimaga sonrió ante los prejuicios de Corsac.

—Yo confío más en esta manada de lobos que en tu corte imperial, conformada por seres humanos que se atacan unos a otros.

—En eso no te contradigo. Al menos estas bestias no enmascaran sus intenciones de comerte a la menor oportunidad.

—Zarabanda no es solo nosotros. Olvidamos que pertenece también a la naturaleza.

—Una naturaleza con garras y colmillos —se defendió el consejero.

—No todos —salió al quite Samara—. También los hay con dientes y pezuñas.

Los lobos se detuvieron y esperaron. En una sección de la montaña se abría un paso estrecho que, serpenteando, parecía llevar hacia las alturas.

—Es aquí donde podemos subir sin tantas dificultades —dijo la archimaga.

El lobo líder aulló; la joven hechicera hizo una reverencia.

—Gracias, Grizzaz. Estoy en deuda con ustedes por lo que han hecho.

La manada dio media vuelta y se marchó ladera abajo.

La nieve comenzó a caer. Inquieto, Corsac se removió en su montura.

—¿No será una trampa?

Arminia se encogió de hombros.

—Puede ser. Vamos a averiguarlo.

El pasaje era estrecho y, con la nieve cayendo, apenas podían verse sus bordes. La tormenta tomaba impulso y eso los hizo apresurar el paso.

Nadie miró hacia atrás o hacia el abismo, que era un pozo sin fondo a pocos metros de donde avanzaban. Remolinos de nieve descendían a su encuentro, golpeaban sus rostros.

Nada les hizo cejar en su ascenso.

Les tomó varias horas llegar hasta los primeros picos; para entonces ya había dejado de nevar y el aire era transparente, la luna brillaba y el viento soplaba con menos fuerza.

—Creo que estamos por alcanzar nuestro destino —señaló Corsac.

—¿Y tú me llamas optimista, consejero?

—¿Por qué lo dices?

La joven hechicera indicó el resplandor que los esperaba. Como si más allá del horizonte el cielo entero estuviera incendiándose. Como si la guerra contra el Caos al fin se revelara para ellos en toda su ferocidad.

Aunque aquella visión estuviera a muchos kilómetros de distancia, Corsac casi sintió los lengüetazos de fuego en su cara.

—Ese es mi reino —dijo, apesadumbrado.

—O lo que queda de él —le señaló, con franqueza, la archimaga.



Lo justo, lo humano

Unas horas más tarde, Arminia detuvo su cabalgadura en la cima del monte Irisquo y contempló, en la extrema lejanía, las luces de Marfilia, la ciudad capital del imperio de Antara, la sede de los poderes reales de la liga de las naciones libres, el reino más poderoso de Zarabanda, y el puerto más rico del río Tamar, su fortaleza mayor. Allí, ahora, se reunían los ejércitos imperiales para contener la amenaza de las hordas del Caos.

Apenas amanecía y la archimaga calculó que llegarían a media mañana a las puertas de Marfilia. Pero no era la gran urbe lo que captó más su atención sino el fuego lejano que, en forma de columnas de humo, cubría el horizonte más distante, más allá del río y más allá de los bosques cercanos.

Aquel fuego era un incendio en marcha, la joven hechicera lo intuyó. Un aviso de lo que le esperaba a Zarabanda una vez que las fuerzas del Caos se abrieran camino hasta la gran fortaleza y la pusieran bajo asedio. Las llamas debían de estar a más de un centenar de kilómetros, pero parecía que su avance era continuo, inexorable. Primero debían desperdigarse por los campos de cultivo y las aldeas rurales al norte del río Tamar y finalmente debían cruzar el propio río. ¿Cómo lo harían? ¿Con los sortilegios del fuego iracundo? ¿Con la magia de los remolinos en llamas? Ni siquiera el Tamar, con sus setecientos metros de anchura, sería un obstáculo para sus ambiciones de conquista, para sus planes de exterminio.

—Se preparan para lo peor —dijo a su lado Corsac.

—¿Te refieres a mí? —bromeó la archimaga.

—¡Qué bueno fuera! Mira allá, en la muralla exterior.

Y le extendió un catalejo de cobre.

Arminia enfocó a la mayor distancia y vio los trabajos defensivos que se estaban llevando a cabo. Miles de trabajadores excavaban zanjas e instalaban puntas de hierro a lo largo de las márgenes del río. Había varias figuras a caballo dando órdenes e hileras de personas pasando entre ellas pesadas piedras, que dejaban amontonadas al lado de enormes catapultas.

—Están mal —dijo Arminia.

—Lo sé. Al fuego no se le combate con piedras.

—Las zanjas pueden funcionar, pero no me refiero a eso. No deberían combatir a la defensiva. De nada sirve esperar la vorágine de los incendios, hay que ir a la ofensiva, ver cómo se comporta el fuego, descubrir sus debilidades.

—Díselo al consejo real. No… Mejor díselo al emperador. Que entienda que esta guerra no es como las anteriores.

—Lo haré si me permiten conservar el cargo.

Corsac se permitió una sonrisa franca.

—Me encantará ver quién te desafía. Recuerda que los comandantes están nerviosos. Aun así, acatarán las órdenes del emperador y tuyas sin rechistar. De los magos es de quienes debes preocuparte; como los lobos, tus colegas te van a saltar al cuello. Quieren el poder para sí y para nadie más. Se sienten superiores a una hechicera tan joven como tú y van a desafiar todas tus decisiones, todas tus propuestas.

—Que lo hagan —respondió la archimaga—: es hora de que me conozcan mejor.

Y azuzando a sus respectivas cabalgaduras, ambos bajaron por la ladera nevada hacia los valles llenos de sembradíos que se divisaban a lo lejos. Hasta entonces se dieron cuenta del costo de la guerra.

En cuanto se acercaron a los primeros poblados, se toparon con partidas de soldados que abrían los graneros repletos y transportaban los frutos de las recientes cosechas rumbo a Marfilia. Los campesinos protestaban, pero no se

atrevían a enfrentarse con las picas y espadas del ejército imperial. Otros grupos de soldados conducían decenas de cabezas de ganado en la misma dirección, mientras familias de aldeanos levantaban los puños, maldiciendo a los militares.

—¡Se están llevando todo!

—¡Nos van a matar de hambre!

—¡No es justo!

El consejero no pudo más y, aproximándose a la muchedumbre, empezó a repartirle a la gente las pocas monedas que le quedaban.

—¡No se queden aquí! —les gritó—. ¡Diríjanse a la capital!

Una anciana le lanzó una piedra que por poco le da en la cabeza.

—No somos limosneros, solo exigimos lo que es nuestro. Esta es nuestra tierra. De aquí nadie nos mueve.

—No queremos mudarnos a Marfilia. ¡Queremos nuestras vacas y corderos!

La multitud rugió de nuevo. Más piedras volaron, ahora en dirección a los soldados del imperio. Algunas dieron en el blanco.

Los soldados, al verse atacados, cargaron con sus espadas y picas contra los campesinos, quienes solo contaban con azadones y cuchillos para defenderse.

Arminia tuvo que intervenir para que la sangre no corriera. Con un movimiento de su mano detuvo en seco la carga de los soldados. Un oficial a caballo también se interpuso entre ambos bandos.

—¡Vuelvan a sus labores de acarreo! ¡No hay tiempo que perder!

Y volteando con Arminia, la saludó.

—No sé quién eres, pero gracias. La situación no está para ponernos a luchar entre nosotros.

—Soy la archimaga Arminia y me acompaña Corsac de Lamaria. Vamos hacia Marfilia para unirnos a la defensa del imperio.

—Yo soy el capitán Isid de Cataval, comisionado de los Almacenes Imperiales. Como ves, estamos preparándonos para un largo asedio.

La joven hechicera asintió.

—¿Por qué no les dices eso a los campesinos?

—Se los dije, pero no comprenden.

—Creo que entienden que les están robando su patrimonio sin darles nada a cambio.

El capitán Isid la miró con cuidado.

—Eso puede interpretarse como un pensamiento sedicioso; todo lo hacemos por el bien de Antara.

—Yo pienso que por el bien de los habitantes de Marfilia, pero no por el bien de los campesinos. Al menos déjales algo para que puedan sobrevivir.

—Las órdenes son claras, archimaga. Todos los residentes del valle deben concentrarse en la ciudad fortaleza. Los agentes del Caos van a quemar la tierra en toda su extensión; solo Marfilia puede resistir el fuego que viene. Hay conjuros poderosos que la defienden contra el mal, contra las llamas mágicas.

Arminia reconoció el discurso burocrático.

—Órdenes son órdenes —dijo en un tono de voz distinto al suyo.

Y moviendo la mano sobre su pecho logró levantar un viento helado que golpeó en la cara al oficial del imperio.

—Así que bien pueden llevarse la mitad de cada granja, pero no van a dejar sin alimentos ni ganado a estas gentes trabajadoras.

El capitán Isid titubeó; agitó la cabeza, desconcertado.

—No, por supuesto que no. Eso sería inhumano.

—Y tampoco pueden obligar a nadie a meterse tras las murallas de Marfilia.

—No. Claro que no.

—Excelente.

Y dándole la espalda, Arminia y Corsac siguieron su camino.

—Creo que te vas a divertir mucho con la tanda de burócratas que nos esperan.

La joven hechicera se rio.

—Me alegra que ya no te consideres uno de ellos.

—No quiero terminar limpiando letrinas porque un viento, venido de quién sabe dónde, me lo ordene.

—¡Qué buena idea me has dado, consejero!

Y esta vez ambos rieron sin tapujos.



Las leyes de la frontera

Estaban perdidos, pensó Yosef, irremediablemente perdidos.

No cabía duda. Esta vez habían cumplido con la famosa máxima de los relatos de aventuras: por andar huyendo de los hombres yesca ahora estaban en manos de una banda de forajidos de la frontera. Iban, sin duda, de mal en peor.

El muchacho examinó al grupo de jinetes que los había capturado por sorpresa y no vio muchas esperanzas de salir con bien de aquel predicamento. La mayoría de los malhechores parecían gente dispuesta a comérselos vivos, a su prima y a él; a hacerlos sufrir hasta lo indecible por puro capricho.

El jefe de la banda, un tipo musculoso, de mirada retadora, que usaba un turbante multicolor y llevaba un sable sobre el pecho, era distinto. Mientras sus seguidores los veían como si fueran mercancías a tasar, el líder parecía sopesar su siguiente jugada, ponderar qué iba a hacer con ellos.

Uno de los bandidos quiso arrebatarle su morral, seguramente para robar su contenido, pero el jefe de la banda no lo permitió.

—No toques sus cosas, Tovac. Aún no sé qué vamos a hacer con ellos.

Yosef aprovechó ese momento para mirar a su prima. Ambos estaban de rodillas y maniatados. «Estoy harto de esta situación», decidió y se levantó como pudo. Era hora de negociar su propio rescate, como su padre le había enseñado.

—Creo que valemos más vivos que muertos —dijo con el tono de voz más fuerte y decidido que pudo encontrar.

—Deja mejor que yo hable —lo interrumpió su prima, que también se había levantado y ahora miraba al jefe de la banda con curiosidad y expectación.

—Habla, muchacha —dijo este—. Queremos saber tu historia.

Arlinda pasó la vista por aquel grupo desarrapado, lleno de gente cansada, que no parecía estar viviendo su mejor momento.

—No sé en qué líos anden ustedes, pero a nosotros nos persiguen los hombres yesca. ¿Han oído hablar de ellos?

Los bandoleros se miraron entre sí, y las miradas de hosquedad fueron apaciguándose.

Uno de los hombres se acercó a los primos y se arremangó la camisa de lana.

«Va a golpearnos», temió Yosef.

En vez de eso, el forajido les mostró la quemadura en su brazo: carne enrojecida y ampollas que iban del codo a la canilla.

—Eso debe de doler mucho —dijo Yosef.

Pero su prima fue más lista que él.

—También los persiguen los hombres yesca, ¿verdad?

El jefe de los bandoleros sacó un cuchillo curvo de su cintura y se acercó a ellos. Sin decir palabra, cortó las cuerdas que los sujetaban.

El muchacho lo miró con desconfianza mientras se frotaba las manos para volver a sentirlas.

El líder de la banda tomó la espada de Yosef sin pedirle permiso, la examinó con cuidado y la mostró a los demás.

—Buena forja —dijo y se la devolvió.

Yosef no supo qué responder. Arlinda lo hizo por él.

—¿Qué hacen ustedes tan lejos de Carcoma?

—Como tú lo has dicho: intentando salvarnos del terror. Pero no has contestado a mi pregunta, chiquilla.

Eso enfureció a su prima.

—No soy una chiquilla —casi gritó.

—No, no lo eres, pero tampoco eres una mujer hecha y derecha. ¿Verdad?

Arlinda se puso roja de la cara. Cuando se repuso, contestó:

—Tienes razón, como-quiera-que-te-llames.

Ahora fue el jefe de la banda el que se turbó.

—Disculpas a los dos. A veces se me olvidan los buenos modales. Me llamo Iseke. Soy el jefe de esta partida. Y ustedes, ¿quiénes son?

Antes de que Yosef pudiera inventar una buena historia para que aquellos salteadores no los tomaran como rehenes, su prima le tomó la delantera.

—Yo soy Arlinda y él es mi primo Yosef.

—¿De qué pueblo en llamas vienen?

—¿Pues cuántos hay?

Iseke ahora se dignó a verlos cara a cara.

—Cientos de aldeas a lo largo de las tierras fronterizas, e incluso más allá, han sido asoladas por la plaga de las tormentas del Caos, de las tempestades de fuego. Si creen que lo que pasó en su pueblo es único, les tengo malas noticias: ustedes solo han vivido una mínima parte de todas las calamidades que el Caos ha lanzado. Al principio éramos casi un centenar y míranos ahora: ni a treinta llegamos. Muchos camaradas cayeron para que nosotros pudiéramos llegar hasta aquí.

El resto de los forajidos bajó la cabeza, recordando a sus camaradas muertos.

Iseke advirtió sus ademanes y cambió su discurso.

—Como sea, seguimos vivos y luchando, ¿no es así, compañeros?

La banda rugió su conformidad.

—Me imagino que ustedes dos vienen de Vejestorio o de Asconia —insistió Iseke.

—Del primero —contestó Yosef, viendo que no tenía caso negar el motivo de su huida.

—No es buena idea seguir hacia donde, supongo, se dirigen: al río Osterde. Acabamos de pasar por allí hace un día y medio y hay numerosas partidas de atacantes en pleno pillaje. Ustedes dos no sobrevivirían ni una hora a campo abierto.

—Los hombres yesca son lentos —le aclaró Arlinda.

—Pero no los hombres lobo.

—¿Cuántos? —quiso saber Yosef.

—Decenas… o tal vez un centenar. Son los perros ovejeros de las tropas del Caos. Parece que ese incendio mayor que hubo por sus tierras de Vejestorio les hizo aprender una gran lección: no mandar solos a los hombres yesca. Así que quien está detrás de toda esta calamidad, ahora manda a los hombres lobo para vigilar a sus tropas, para dirigir a los hombres yesca en sus escaramuzas y batallas.

—A pesar de todo eso seguiremos adelante.

—¡Nooo! —gritó su prima—. Debemos encontrar otra ruta más segura para poder rodear a la principal fuerza invasora que está entre nosotros y Mitra.

—Como sea, tenemos que cruzar el Osterde. Nos guste o no, es la ruta más rápida para alcanzar los poblados que pueden prestarle ayuda a Vejestorio.

—¿Por qué la prisa? —preguntó Iseke.

—Porque de ello depende la vida de nuestro pueblo —respondió Yosef.

—Decidan pronto qué quieren hacer y ya veremos cómo podemos apoyarlos en sus planes —dijo el jefe de los bandoleros.

—¿De verdad pondrías en peligro a tus hombres por nosotros dos? —quiso saber Arlinda.

Iseke miró al par de primos.

—Yo soy lo que ves: un salteador de caminos y ellos son mis compañeros de armas. No trabajamos más que para nuestra propia ganancia, pero no esquivamos la mano de los dioses cuando nos hace cruzarnos con gente necesitada, a la que podemos ayudar.

Yosef descubrió que su prima miraba a Iseke sin miedo alguno, incluso con simpatía.

«¿Qué le encuentra de interesante a este tipo con su turbante y su sable sobre el pecho?», pensó malhumorado.

—Ya veo —dijo Yosef—, ustedes son ladrones misericordiosos.

Iseke saltó hasta donde estaba el muchacho y puso sus manos sobre sus hombros.

—No nos ves realmente. Para ti solo somos matones a los que hay que castigar, pero estos son tiempos nuevos y la guerra aflige por igual a ciudadanos honestos, digo, si es que los mercaderes lo son, y a merodeadores como nosotros. Por eso hoy pongo en práctica las leyes de la frontera y declaro una tregua entre asaltados y asaltantes. Al menos hasta que todo este revoltijo se aclare y podamos volver a nuestros asuntos.

Arlinda le dio un empujón al bandolero y liberó a Yosef de sus manos. Luego encaró al bandido.

—¿De verdad nos ayudarías?

El jefe de los forajidos la observó con los brazos cruzados.

—Somos gente que no cree en las coincidencias, muchacha. Ustedes dos y nosotros estamos unidos por el destino. No sé por qué, ni me importa. Los protegeremos en su misión, se los juro. Lo único cierto que puedo decirte es que el fuego es nuestro común enemigo, que el Caos nos persigue sin descanso, a ustedes como a nosotros.

—¿Sabes quién puede estar detrás de todo este desastre?

Iseke negó con la cabeza.

—No soy mago para descifrar los signos del fuego, para leer las furias del Caos.

—Aunque sea un chisme, un rumor —suplicó Arlinda.

El jefe de los forajidos silbó y un hombre calvo, de baja estatura y piel amarillenta, subió hasta donde estaban.

—Diles lo que te contaron, Praseko —le ordenó el salteador.

El hombre comenzó a hablar en un idioma que ambos primos desconocían.

Iseke se enfureció y le respondió en su mismo idioma.

—Está bien —dijo en idioma de Antara el hombre de piel amarillenta—: les contaré lo que me pasó hace seis lunas.

—Entonces hay que sentarnos y escuchar —sugirió Iseke y, sin esperar respuesta, tomó la frazada de Yosef y se acomodó en el suelo para escuchar la historia.

Ambos primos se voltearon a ver y finalmente imitaron al par de salteadores.

—Es una noche fría —dijo Iseke como si fuera todo un caballero recién llegado a una posada.

—Y más fría se pondrá cuando sepan lo que sé —dijo el hombre calvo.



Las nubes negras

Como si lo hubieran convocado, un viento gélido se les vino encima. Yosef pensó pedirle la frazada de vuelta a Iseke, pero la mirada de su prima lo disuadió. Así que prefirió prestar atención al relato de aquel ladrón que comenzaba con invocaciones a decenas de dioses que desconocía y continuaba con bendiciones para los pueblos prósperos de Zarabanda y muchos hijos en el futuro para todos los presentes. Esto ocasionó risas nerviosas en Arlinda.

—Bueno, como iba diciendo, esto me lo contaron dos amigos muy apreciados por mí. No eran muy honrados en sus cuentas, y sumas y restas, pero de mentirosos nunca los acusaron, aunque de otras cosas no sé, lo que habla bien de ellos y de lo que me tuvieron la confianza de decirme. Era raro por qué llegaron a mi casa, que es la suya, siempre y cuando no lo tomen al pie de la letra y no se lleven ninguno de mis tesoros. Bueno, ellos dos vinieron corriendo como almas que han visto lo peor del mundo, y yo digo cómo pueden estar asustados si son ellos los que asustan, es que son muy poco agraciados y van de trote en trote con sus hachas y espadas y sus caras de pocos amigos, pero en verdad son gente buena para pelear y no se escabullen a la hora de entrarle a la lucha, golpes dan y golpes reciben como si nada, pero ese día venían más amarillos que yo y más de todo, temblorosos, y yo…

Arlinda ya se sentía mareada, y eso que la historia no comenzaba en realidad a perfilarse siquiera, pero para Yosef era una delicia escuchar aquel relato, pues le recordaba las grandes epopeyas de los caballeros andantes tal como eran contadas en las sagas originales de la antigüedad: con mucho barrullo y gran detalle.

—… y yo les dije que se serenaran, que así no les entendía ni la mitad de lo que gritaban, casi les decía que se marcharan y ellos tercos a contarme lo suyo y yo terco a irme a dormir, y cuando pasaron tres horas terminaron de contarme todo, y ya estaba amaneciendo y yo fui tan tonto que en vez de decirles que se quedaran a dormir en mi casa, que es también su casa, amigos nuevos, les dije que era mejor que se marcharan y que al otro día yo los iba a visitar y compartiríamos el pan y la bebida, los buenos vinos y las carnes que había robado la noche anterior y tenía ocultos lejos de casa.

—Una cosa —se atrevió a decir Yosef—. ¿Dónde fue eso?

Praseko parpadeó como si estuviera despertando de un trance.

—En Carcoma, de donde soy. De donde somos todos nosotros. Y bueno, ellos, mis amigos, muy contentos y presurosos se fueron de mi vivienda. Se fueron y yo me dormí allí mismo, y cuando desperté me di cuenta de que ellos olvidaron sus escudos y yo decidí llevárselos… y así fui a su guarida y lo que encontré no me permite dormir, ya nunca voy a… dormir, cuánto quisiera pero no, no creo que pueda cerrar los ojos tranquilo, ahora yo vigilo, por las noches yo no bajo la guardia, no dejo que ellos entren y me atrapen, por eso ando de un lado a otro y siempre con amigos, nunca más solo…

—Disculpe, señor Praseko, pero ¿quiénes son ellos? —ahora lo interrumpió Arlinda.

El hombre calvo aprovechó la pausa para tomar un poco de vino de una botella antes de responder a la pregunta de su prima.

—Ellos son los monstruos que cayeron sobre mis dos amigos, que estaban sin sus escudos, pero aun así pelearon hasta que solo fueron cenizas, porque yo estuve viendo lo que dejaron esas criaturas malditas, y les seguí la pista para vengar a mis amigos, pero no pude cumplir mi promesa porque a sus atacantes los hallé en un valle muy profundo, donde todos los de su calaña se juntaban.

Era un verdadero horror, sí, se me pone la carne de gallina de solo recordarlo, el ver a toda esa multitud de espectros, de sombras huidizas, de hombres yesca, moverse como un solo ser, como una sola criatura. Era algo para dar escalofríos. Bailaban, todos ellos, y danzaban y aullaban y se retorcían y cambiaban de forma y eran una masa informe, una pesadilla.

Iseke, que había estado bebiendo de la botella de vino, se la devolvió a Praseko.

—Se te olvidó mencionar lo peor —dijo.

El hombre de piel amarillenta hizo la señal contra el mal: con el puño cerrado se dio dos golpes en el pecho. Luego llenó sus pulmones con el aire helado para serenarse.

—Bueno, sí, se me olvidaba. Han de saber ustedes que, en medio de aquel valle, estaba un fuego fatuo, un pequeño incendio, una llamarada que pulsaba y daba órdenes y exigía sometimiento.

—¿Cómo era eso? —quiso saber Yosef.

—Era como ver un enjambre furioso. Era un zumbido que crecía y lastimaba mis oídos. Con cada chisporroteo de sus llamas aquel fuego exigía, demandaba, insultaba. Yo escapé, yo corrí, yo corro todavía, mucho miedo, mucho desvelo, siempre yo alerta, no voy a ser atrapado por ellos, nunca, primero me mato a que ellos me coman vivo, que me quemen hasta la última ceniza.

El jefe de los bandoleros carraspeó y Praseko detuvo su perorata. Miró a su jefe como si hubiera vuelto en ese instante de aquel momento de terror.

—Por los antepasados venerables, les juro que eso es todo lo que vi.

Con desesperación, el bandolero calvo tanteó el odre de vino con ambas manos y lo encontró vacío.

—Mientras estemos unidos, mientras estemos con vida, no dejaremos que te pase nada —le prometió Iseke.

El hombre de piel amarillenta, sin embargo, tenía sus dudas. Parpadeó varias veces y volteó a todos lados.

—Yo no quiero volver a verlos, pero ellos avanzan, vienen y vienen y yo sigo corriendo, sigo escondiéndome. Mírenme, soy bueno para la espada, para la pica, para la daga y el cuchillo, pero no para el fuego que habla, para la multitud que lo obedece. Y desde entonces siento, cosa curiosa, un frío en mis huesos que no me deja en paz. Aquella visión me sustrajo todo el calor de mi cuerpo y por más que corro y salto, no logro calentarme. Solo tirito. Noche y día.

Iseke se quitó la frazada y se la puso encima a Praseko.

—Vete abajo con los demás y descansa un poco —le ordenó—, que la jornada que sigue es larga y peligrosa. Avisa que no enciendan hogueras, que debemos ser invisibles otros dos días al menos.

—¿Invisibles? —bromeó Arlinda.

Pero Iseke los sorprendió con su respuesta.

—Sí, muchacha. Si fueras bandolera sabrías las ventajas de andar sin hacer ruido, de pasar por todo territorio con los pies ligeros, de hacerte sombra y confundirte con el paisaje. No sé cómo ustedes han podido esca…

El salteador detuvo su discurso. Y sonrió con cara de respeto.

—Ya veo. Una bruja en ciernes con suficiente poder para pasar ella y su primo casi inadvertidos.

—Ni tan inadvertidos, ustedes dieron con nosotros.

—Bueno, yo soy bueno para los hechizos de seguimiento, pero esa es otra historia.

Yosef no había participado en la conversación, ensimismado en los nuevos datos que aportaba el relato escuchado, pero tenía opiniones.

—Estamos en dificultades si se aparecen esos fuegos fatuos por estos rumbos. Es necesario irnos de aquí cuanto antes. Y juntos nos podemos dar mutua protección. ¿De acuerdo, señor forajido?

—Bueno, la bruja nos sirve, pero no sé qué ventaja haya en llevarte a ti con nosotros.

—Soy bueno para leer libros antiguos —respondió Yosef, indignado ante la insinuación de su poco valor para la partida de merodeadores.

—¿Y eso qué?

—El Caos ha vuelto. Muchos otros peligros del pasado seguramente también lo harán. Yo sé de eso. Yo puedo decirles cómo sacarles la vuelta, cómo sobrevivir a tales amenazas.

Iseke contempló a ambos muchachos con admiración.

—Ya lo dije: las leyes de la frontera me obligan a considerarlos parte de mi familia: tenemos monturas para ustedes.

—Lo que nos faltaba —dijo Arlinda con una sonrisa franca—: ahora somos piratas y al abordaje se ha dicho.

Y los tres rieron por lo bajo, en la cima de la roca aplanada, mientras el viento rugía sobre sus cabezas.



Marfilia, la mil veces protegida

Corsac y Arminia llegaron frente a la muralla exterior de la capital del imperio. En sus alturas decenas de soldados vigilaban las tierras que quedaban a la vista. La metrópoli refulgía con la luz del sol mientras un olor a humanidad y desperdicios les daba la bienvenida. No pudieron ir más de prisa porque un río de gente iba con ellos, buscando entrar a la ciudad siguiendo las órdenes imperiales o por simple instinto de supervivencia. El problema no solo era la multitud que se arremolinaba tratando de conseguir la protección de la ciudad fortaleza. Los guardianes imperiales, apostados en la puerta sur, no permitían entrar a nadie sin antes revisar sus pertenencias, preguntar su procedencia. Arminia empezó a sentir que juntar a tanta gente en un solo sitio era conjurar un peligro mayor: un blanco más fácil de atacar y destruir.

—¿La ciudad cuenta con algún sistema contra incendios? —indagó.

—Desde luego que sí. El cuerpo de bomberos voluntarios de Marfilia es legendario. Hace cuatrocientos años, por motivo de la anterior amenaza, se formó para proteger la capital de los tremendos incendios que padeció en aquella época. Aunque debo decir que hace cuatrocientos años Marfilia no era la ciudad que es hoy.

—Creció, quieres decir.

—En aquellos tiempos había más jardines y espacios públicos. Ahora la gente vive apretujada, las casas pegan unas con otras. Y hoy la gente prefiere que sus residencias sean de madera y no de piedra, lo que las hace presa más fácil de las llamas. Si hay una chispa, el fuego puede propagarse de techo en techo mucho antes de que la primera brigada de bomberos haga su aparición.

Mientras conseguían meterse en un hueco entre una hilera de carretas llenas de niños y un grupo de mujeres de la aristocracia, Arminia percibió que la capital del imperio era más una trampa que un refugio apetecible.

—No me gusta nada esto, consejero.

—A mí tampoco. Cuando salí de aquí hace unos días no había tantas aglomeraciones. Marfilia, en tiempos normales, alberga unos cien mil residentes, pero ahora veo que los refugiados son cien mil más, cuando menos.

—Me pone nerviosa tanta gente —se quejó Isino.

—A mí me asfixia —añadió Samara.

Arminia acarició a su montura.

—Cálmense. Voy a tener que abrir paso para poder ingresar.

La archimaga tocó su hombro dos veces y murmuró un hechizo de apertura. En un momento, la multitud que se agolpaba frente a ellos se dispersó un poco, dejando el espacio suficiente para que pudieran llegar hasta las puertas mismas de la ciudad sin tener que detenerse en el puesto de vigilancia. Los guardias los miraron, inmóviles, pero solo contemplaron una especie de neblina que pasaba y desaparecía en el laberinto de plazas y calles de la urbe.

—Buen truco, hechicera. Ahora ya estamos en Marfilia, el corazón del imperio, la capital más bella de nuestro continente, la mejor defendida, la más protegida, a la que acabas de entrar sin pedir permiso. Déjame guiarte al palacio imperial.

—Primero vamos a los establos; Samara e Isino merecen descansar después de todos los esfuerzos que han hecho para traernos a salvo.

Corsac se sonrojó.

—Cierto. Cierto. Sígueme. Los establos están una cuadra antes de la ciudadela interior. No sé si sepas, pero están prohibidos los animales en ella como en el palacio imperial.

—¿De verdad? ¿Incluso las mascotas?

—Incluso las mascotas. Quizás no sepas que hace una decena de años un demiurgo se transformó en un ave del paraíso y casi logró asesinar a nuestro querido emperador.

—¿Con sus trinos?

—Con un veneno que traía en su pico.

A la joven hechicera aquello le sonó como algo que ya había experimentado de algún modo.

—¿Demiurgo? Cuéntame más de ese suceso.

Corsac intentó recordar los detalles.

—Yo no lo presencié, pero mi padre, que era entonces un visitante en la corte, me contó que si no fuera porque una hechicera descubrió que el ave del paraíso cantaba una melodía ajena a su especie, no hubieran identificado el peligro.

—Y el asesino, ¿qué fue de él? —insistió.

—Mataron al pájaro y, al hacerlo, volvió a ser el mago que era. Lo curioso es que no se pudo relacionar al asesino con las fuerzas del Caos ni con los reinos vecinos que tenían querellas contra el imperio.

—¿Qué reinos?

—Todos. Somos la potencia dominante de Zarabanda y la más próspera. Muchos reinos nos envidian y nos guardan rencor. Pero ahora, con la gran amenaza del Caos, esas rencillas quedarán para tiempos más tranquilos, supongo.

Arminia sopesó la nueva información.

—Un ave del paraíso. Eso lo he leído alguna vez. ¿En qué libro fue consignado ese atentado contra el emperador?

El consejero esbozó una sonrisa de secrecía.

—En ninguno. No es buena propaganda mostrar que el emperador es presa fácil para quienes quieren hacerle daño. O que a la guardia imperial se le pasó revisar una posible amenaza mágica. Lo que sé es que varios magos de la corte tuvieron que ser removidos de sus puestos por negligencia. Eso provocó la prohibición de mascotas en los aposentos del emperador. Y que nuestro benévolo soberano desconfiara de todo regalo, de toda manifestación de cariño o amistad. Por algo sigue viudo.

En ese instante, Arminia lo supo. No era un recuerdo suyo, sino una memoria de uno de sus antepasados.

¿Cómo iba? Ah, sí: «La guerra no comienza cuando se prende el fuego de los grandes incendios. La guerra comienza cuando el Caos urde la desconfianza entre nosotros, cuando el poder se disputa con fiereza, con engaños, y nadie logra reconocer quién es el enemigo y quién el aliado. La guerra se despliega cuando la naturaleza se pervierte para fines que no son los suyos, cuando conviertes a sus criaturas en armas letales». Un libro pequeño en una biblioteca secreta, colocado en el cuarto estante, quinta fila, en el pasillo que hay detrás de la galería de los retratos imperiales.

—¿Por qué te quedaste tan pensativa?

—Recordé algo importante.

—¿Como qué?

La archimaga prefirió no contar la revelación que acababa de tener.

«No hay tiempo para explicaciones», se dijo.

—Hay que apurarnos para llegar con el emperador. Creo que estás en lo correcto en que la corte imperial es un lugar en pugna. El caos de la calle, el de los refugiados, refleja el caos que hay en el consejo imperial. Cada quien jala por su lado y nadie hace lo correcto, sino lo que dictan sus intereses personales.

Corsac se le quedó viendo con la duda en el rostro.

—¿Y por qué eso es ahora importante?

—Porque ahora tú y yo estamos por meternos a esa lucha de poderes. Y tenemos que hacerle ver al emperador que lo vital es unirnos para sobrevivir, o cada uno morirá en su trinchera. Solos, sin nadie que nos acompañe. Y eso

es lo que el Caos desea que hagamos.

El consejero advirtió que Arminia decía la verdad. Volteó a todos lados y vio un hueco en la multitud.

—¡Sígueme! —le gritó.

Luego azuzó a Isino rumbo al palacio imperial a todo galope, como alma que lleva el fuego.



El palacio imperial

Pocos minutos más tarde, a galope tendido, entraron al patio exterior del palacio imperial, donde una docena de miembros de la guardia palaciega les cortó el paso.

—¡Quietos ustedes dos! —les gritó un viejo soldado con los galones de coronel mientras agarraba las riendas de Samara.

—Comandante Ariosto, soy Corsac de Lamaria.

—Eso ya lo sé, muchacho. A la que no reconozco de nada es a esta joven impetuosa, que parece muy segura de sí, pero que nadie me ha presentado.

Arminia no se dejó intimidar.

De un salto bajó de su cabalgadura y le puso la mano en el hombro al viejo soldado.

—Soy lo que sientes. ¿Es suficiente para ti?

El coronel se tambaleó, pero mantuvo la compostura.

—Hace mucho que no teníamos el honor de tener a una hechicera de tu categoría —dijo, mientras le tomaba la mano y la besaba—. Bienvenida a nuestro reino. Pero antes de dejarte entrar al palacio imperial, debo preguntarte cómo una archimaga como tú anda en tan malas compañías, como es el caso del consejero Corsac.

A la joven hechicera le cayó bien aquel guerrero de inmediato.

—Por más que quise deshacerme de su molesta presencia, me fue imposible. Hasta las hechiceras tenemos nuestras limitaciones.

Ambos mostraron sus sonrisas más taimadas.

—A ti, archimaga, muchas personalidades te aguardan. ¿Quieres seguir siendo acompañada por este consejero?

Arminia miró a Corsac, que estaba a punto de estallar.

—Si no fuera porque el tiempo está en nuestra contra te diría que Corsac puede esperar aquí, pero lo necesito para que confirme los peligros que nos esperan. Llévanos, por favor, con el emperador. Necesitamos hablar con él ahora mismo.

—Vamos, pues. Las bromas pueden aguardar, la guerra, en cambio, no da tregua.

El palacio imperial no era un solo edificio sino una ciudadela hecha de murallas concéntricas. En su centro se alzaba una torre de diez pisos y cien metros de circunferencia. Era ahí donde el emperador de Antara vivía, donde los asuntos del imperio se trataban y el destino del mismo se decidía entre debates acalorados del monarca con sus consejeros más cercanos.

Como Marfilia se había levantado sobre una colina, aquella torre servía como atalaya, y desde su piso superior era posible contemplar al norte el caudaloso río Tamar que la alimentaba, los bosques vecinos y las lejanas montañas doradas, que no tenían nada de doradas, pero de cuyo subsuelo se extraía el precioso metal que daba pujanza al imperio.

Pero en ese momento, mientras el ujier daba a conocer su presencia, Arminia descubrió que nadie de los que estaban en aquella estancia miraba hacia el horizonte sino a los mapas desparramados en una mesa oblonga, mientras se discutía en voz alta la mejor estrategia para hacer frente al peligro que amenazaba a la ciudad capital.

Ahora, al escuchar su nombre y el de Corsac, todos los presentes dejaron de hablar y voltearon a observar con detenimiento a los recién llegados.

Una figura menuda se abrió paso hasta ellos.

—Soy Lartes, mi querida archimaga. Desde hace doce años soy el mago oficial de la corte. Me da mucho gusto que al fin tengamos tu poderosa autoridad con nosotros. Sin duda nos faltaba tu sabiduría en estos tiempos de zozobra.

Arminia no pudo sentir más que desconfianza ante aquel hombre que, sin conocerla, creía que adulándola iba conseguir caerle bien.

Otro hombre, de edad madura y de mirada sagaz, se aproximó. Ni siquiera dirigió una mirada hacia la joven hechicera, sino que, tomando del hombro al consejero, miró a este con estupor y enfado.

—Corsac, te mandé traer una archimaga para lidiar con el Caos y me traes una joven imberbe. ¿Puedes explicármelo?

—Mi emperador… —balbuceó el aludido.

Pero Arminia no toleraría pleitos de jerarquía ni para imposiciones cortesanas. Hizo a un lado a Corsac y usó la voz de mando contra el emperador, como si fuera un niño caprichudo que debía calmar para que no se hiriera a sí mismo.

—No-hay-tiempo-para-ver-quién-tiene-razón. Estamos-en-las-últimas. ¿Podemos-trabajar-juntos-o-no?

En ese instante, los guardias imperiales trataron de acercarse para proteger a su emperador. Los dos magos y la hechicera intentaron intervenir contra la magia de Arminia, pero ni unos ni otros pudieron moverse.

El emperador parpadeó al darse cuenta de que había sido hechizado.

—Está prohibido hacer eso con su majestad —le susurró Corsac.

—Demasiado tarde —dijo Arminia en voz alta, para que todos la escucharan. Y devolvió la movilidad a todos los presentes.

El emperador se tambaleó, pero se recompuso en unos segundos.

—Yo… bueno… sí… mejor hablemos… sí… mejor.

—Gracias, Soroj Tercero, emperador de Antara. ¿Alguien puede decirme en qué condiciones está Marfilia? ¿Qué sabemos de las fuerzas del enemigo y cuál es su propósito, además de matarnos a todos y dejar la tierra inhabitable? ¿Hay noticias de los libros arcanos que puedan servirnos en esta guerra? Y, por

favor, las presentaciones pueden esperar. En este momento solicito que se me informe de la situación actual y, si no es mucha molestia, que se nos sirva un poco de vino y alimento. Llevamos dos días sin probar una comida decente.

Soroj Tercero, grande entre los grandes, señor de los ríos caudalosos y las montañas nevadas, protector de la humanidad por gracia de los dioses, conquistador del fuego y defensor de la justicia, empezó a reírse.

El resto de los consejeros siguió su ejemplo.

—Bienvenida a nuestro humilde palacio —dijo el emperador.

La joven hechicera hizo una reverencia al monarca.

—Nunca había conocido a una archimaga tan…

—¿Tan joven?

—Tan audaz.

—La inexperiencia, supongo. ¿En qué estaban cuando llegué? Veo que tienen la mesa llena de mapas. ¿Qué están tramando? ¿Qué saben?

Soroj Tercero la miró con cuidado, como si estuviera viéndola por vez primera.

—Directa, práctica. Me gusta —exclamó.

El emperador le abrió paso hacia la mesa y le enseñó un mapamundi a color.

—Zarabanda completa —exclamó la archimaga.

—Nuestro mundo, nuestro deber —la secundó Soroj.

—Corsac, mira esto —dijo la hechicera.

Y el consejero se acercó a la mesa con cautela. La archimaga era su aliada, pero el emperador era su superior. El emperador entendió y lo abrazó.

—Disculpa mis modales. Esta guerra sorpresiva nos ha puesto los nervios de punta. Hiciste bien en traerla. Más ahora que sabemos que Evector y Baracelso, los grandes archimagos, han muerto a manos del Caos. Muchos centros de magia ya solo son cenizas. Y lo mismo va para los reinos vecinos al nuestro: Karnak ha caído, Mitra ya no existe.

—Solo cumplí sus órdenes —susurró Corsac mientras con la mirada le agradecía a Arminia el apoyo recibido.

—¿Qué pretenden hacer? —inquirió la joven hechicera.

—Defender Marfilia con todas nuestras fuerzas —dijo Soroj—. Te recuerdo que esta ciudad fue construida con materiales conjurados por los primeros miembros de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Tiene defensas milenarias contra toda clase de hechicerías. Bueno, por lo que acabamos de ver, contra casi todas.

Arminia sonrió. Aquel emperador no era un idiota que se creía infalible y eso era bueno.

—El río es una buena línea defensiva —señaló.

—La mejor. Sus aguas también están bajo conjuros ancestrales, pero habrá que destruir el puente del río Tamar para atajar a las hordas del fuego que pretendan infiltrarse en nuestra querida ciudad.

—¿Van a combatir al otro lado del río?

Una mujer alta y musculosa, vestida con el uniforme del ejército imperial, carraspeó.

—Soy Kalisma, archimaga. Estoy a cargo de las tropas imperiales ubicadas dentro y en los alrededores de la capital. Sesbonio de Barak, nuestro comandante supremo, dirige nuestras fuerzas principales, las más veteranas, al norte del río. Nuestra estrategia es simple: por un lado, obtener inteligencia del enemigo para saber con qué nos enfrentamos. Sus órdenes son atacar en pequeños grupos, tomar prisioneros y mantenerse como una fuerza de acoso ante el avance del ejército del Caos. Por otra parte, el resto de las tropas defenderán la capital. Esperamos que el comandante Sesbonio y su ejército mantengan ocupados a los invasores lo suficiente para que su avance sea lento y nos dé tiempo de prepararnos para lo peor. Y cuando la presión sea mucha, el ejército del norte deberá retroceder para unir fuerzas con las nuestras.

—Yo no retrocederé —dijo con firmeza el emperador—. Me quedaré a combatir en Marfilia. Creemos que vamos a sufrir un asedio. Lo que espero de ti, archimaga, es que luches a mi lado contra los horrores del Caos.

—Primero necesito consultar algunos libros que aquí, en tu palacio, se guardan —respondió Arminia—. Segundo, quiero ir con las fuerzas de choque y conocer al enemigo en persona. Tercero, ¿dónde está el maldito vino y la comida?

Las risas estallaron a su derredor. Pero había sombras calladas a su lado. Lartes, Asurto y Selinia, los tres magos de la corte imperial, parecían verla con suspicacia creciente.

«No les gusta mi presencia, les incomoda que haya llegado dando órdenes, tomando con tanta facilidad un puesto que ellos creen merecer. No… Hay algo más. Consultar libros. Eso los puso nerviosos, eso los llenó de miedo».

A pesar de que las puertas de aquella estancia estaban cerradas, la joven hechicera sintió una corriente de aire, un fantasma que entraba sin ser advertido; algo que helaba el corazón, que quemaba la mente.

«El fuego tiene oídos aquí», advirtió.



Los libros ocultos

Cuando terminó de saciar su apetito y de beber su tercer vaso de vino salido de los propios viñedos del emperador, Arminia volvió al problema inmediato que tenía entre manos.

—¿Dónde está la Galería de los Retratos? —le susurró a Corsac.

—Un piso abajo, ¿qué buscas en ella?

—Necesito un lugar dónde descansar un momento —dijo en voz alta.

Kalisma dio un paso al frente.

—La conduciré a sus aposentos, archimaga.

—Se lo agradezco.

Y volteando con Corsac, le pidió que se quedara a escuchar los argumentos militares de los magos y consejeros.

—No tardo en regresar. Ahora tú eres mis ojos y mis oídos en el consejo.

Al descender las escalinatas, Arminia detuvo a la comandante en la Galería de los Retratos.

—Veo que en este piso cuentan con divanes y sillones. Aquí descansaré para poder regresar de inmediato.

Kalisma hizo una reverencia y volvió a la escalera para subir de nuevo con el emperador y sus estrategas.

Arminia observó la galería, con sus retratos al óleo en marcos dorados. Allí estaban, en esas pinturas, el linaje completo de los emperadores de Antara, abarcando más de dos mil años de historia, incluyendo a los soberanos más conocidos como a los más ignorados. Todos eran hombres con grandes bigotes, barbas espesas, miradas desdeñosas, gestos de arrogancia y ademanes de superioridad. Ninguna emperatriz a la vista, pensó la joven hechicera. Como siempre a las mujeres se les veía como personajes secundarios, no como líderes de sus respectivos reinos.

Sin perder tiempo buscó la estantería que daba al pasadizo secreto que su visión le había revelado. Al principio se desesperó al ver innumerables filas de libros sobre ciencia militar, batallas famosas, comandantes célebres. Pero su perseverancia tuvo al fin recompensa: en una pared, donde las hileras de libros de jardinería, arquitectura, manuales para combatir las malas hierbas se apretujaban entre sí, descubrió que aquel librero era una puerta bien oculta para entrar al sitio que buscaba.

Abrirla con magia no fue el problema, ni crear una luz guía en aquella boca de lobo. El primer obstáculo que se le presentó fue la atmósfera casi irrespirable, pesada, llena de voces susurrantes, que parecían estarla esperando.

—Ya llegó la invitada.

—¿Por qué tardaste tanto en acudir a nuestro llamado?

—No estamos a tu servicio, mocosa.

—Lo siento —se disculpó la archimaga con aquellos espíritus que guardaban los pasadizos secretos—. Pero es la primera vez que vengo a este lugar. Díganme qué debo hacer para contentarlos, por favor.

El tono humilde, deferente, de la voz de Arminia desarmó a los fantasmas que la rodeaban sin dejarse ver, y sus voces se hicieron más amistosas, menos demandantes.

—Estás aquí y eso es lo que importa.

—Necesitas nuestra ayuda y no lo sabes.

—Entra a nuestro santuario e ilumina tus tribulaciones leyendo el pasado.

Arminia avanzó a tropezones, cuidando de no darse un golpe en la cabeza, ya que el pasadizo no contaba con gran altura y era estrecho. Pasos después ingresó a un salón más amplio, donde había una mesa de hueso repleta de libros que refulgían.

—El Caos ha vuelto.

—Y tú eres la paladina en esta hora de angustias.

—¿Podrás encender el fuego para luchar contra el fuego?

—¡No soy ninguna heroína de libros de caballería! —se molestó Arminia—. No estoy aquí para ponerme la armadura de heroína para combatir al Caos. Solo quiero hallar una manera de salvar a Zarabanda de la destrucción que se avecina. ¿Pueden ayudarme con eso?

—¿Ayudar? ¿Apoyar? ¿Salvar?

—Lee el libro que te apetezca.

—Y tendrás la clave del mundo, la llave de la vida.

Y el terceto de voces se rio lanzando un soplo que golpeó el rostro de la joven hechicera con fuerza.

La archimaga recordó su visión. Necesitaba un libro negro, ajado, nada vistoso. Hurgó en el altero de libros que casi rebasaban la mesa, y lo encontró debajo de *La historia de los triunfos de Arapur, el Grandioso*. Era un libro pequeño, de pasta negra, que en la portada no mostraba palabras ni signos. Al abrirlo, leyó su título: *Breve monografía de las plantas de Zarabanda. Usos y costumbres de sus especies más conocidas, incluyendo sus pócimas y conjuros para satisfacción de aquellos que andan bajo la lluvia y de aquellos que trasiegan en las cocinas.*

—Vaya título tan largo —exclamó sin poder contenerse.

Las voces no respondieron y la dejaron continuar con su lectura. La obra había sido escrita por Kartaro de Selene, herborista del Magno Imperio de Antara, en el año del Girasol y el Crisantemo. En una de las primeras páginas se leía la dedicatoria: «A Brebaja, que me enseñó que la senda de la sabiduría tiene raíces y se nutre de la bondad de todos nosotros».

La joven hechicera no pudo menos que sonreír.

—Mira por dónde salta la liebre.

Esta vez las voces hablaron casi al unísono.

—Tu estirpe es la llave; tu linaje, la clave.

—Ya es tiempo de que despiertes a lo que eres.

—No la gran bruja, sino la defensora del árbol del mundo.

Arminia cerró los ojos.

—¿Qué quieren decir con estos galimatías? —preguntó a las voces que la acosaban.

Todos los libros se oscurecieron mientras una luz saltó hacia ella.

—Eres la elegida de Baracelso, nuestra última planta en nacer.

La luz se expandió y la archimaga contuvo la respiración. Lo que era un simple fulgor, ahora se revelaba como un mapa de Zarabanda. Un mundo redondo dando vueltas alrededor de un sol amarillo, pulsátil. Pero era Zarabanda lo que más le llamó la atención. Algo estaba mal con ella: un incendio la quemaba, la ahogaba, la llevaba a la muerte.

—¿De dónde viene ese fuego? —quiso saber.

—Ve y pregúntale.

—¿Ir a dónde? ¿Preguntarle a quién?

—No te hagas la ignorante. El fuego solo habla con el fuego y tú eres un incendio incontenible, una fragua, un horno.

—¿Yo?

—Sí, señora de las raíces, hechicera de los ramajes, archimaga de las frondas. El Caos no podrá negarte las respuestas que buscas porque tú eres el contrafuego: la destrucción para acabar con la destrucción.

Arminia sintió que el piso se movía. Algo la elevó por los aires, algo le quitó el aliento de la boca. Antes de que pudiera contrarrestar aquella magia antiquísima, se encontró de nuevo en la Galería de los Retratos, con el libro negro en la mano, acostada en un diván.

—¿Estás bien? —preguntó una voz conocida.

—Solo estoy cansada, consejero —mintió la joven hechicera mientras se enderezaba.

—El emperador te pide que vuelvas a la sala de los estrategas. Han llegado noticias del frente de batalla.

La archimaga sintió su garganta más seca que nunca.

—Dame un minuto y estaré con ustedes.

—¿De verdad estás bien? —preguntó con preocupación Corsac.

—Tan bien como las circunstancias lo permiten.

Y se obligó a levantarse como si estuviera lista para el combate, como si todas las dudas en su interior no fueran más que insectos molestos.

El pequeño libro negro todavía estaba en sus manos. Lo metió en un bolsillo de su abrigo y se puso en marcha bajo la mirada vigilante de Corsac.



El pánico

El regreso a la sala de los estrategas fue una sorpresa. La atmósfera de planes por armar, de estrategias por llevar a cabo, había perdido la energía de minutos antes. Ahora había más militares en el recinto y los comandantes del ejército imperial murmuraban entre sí. Los dos magos y la hechicera de la corte se paseaban de un lado a otro, nerviosos. El propio emperador daba de puñetazos a la mesa de los mapas, pero se veía que hubiera preferido partirle la cara a cualquiera de los presentes. Por ninguna parte se veía a la comandante Kalisma.

Arminia despejó su mente para enfocar mejor aquella nueva situación. Se dirigió con sus hermanos de magia y les preguntó qué sucedía.

—Mensajeros del ejército del comandante Sesbonio han traído las últimas novedades. El ejército imperial que avanzaba al norte del Tamar ha sido destruido y las pocas tropas que lograron escapar están por llegar a Marfilia —le respondió Lartes, para luego apartarse de su lado, como si ella fuera un símbolo de mala fortuna.

El otro mago, Asurto, un hombre encorvado, que parpadeaba sin parar, la estudiaba con detenimiento.

—No nos conocemos, archimaga —dijo a manera de saludo.

—Me temo que no. ¿Por qué las caras largas?

—Porque la misión del ejército imperial era capturar enemigos, conseguir información fidedigna, no presentar batalla. Pero su comandante, el generalísimo Sesbonio de Barak, desobedeció el mandato del emperador y perdió a diez mil de nuestros mejores soldados en un ataque frontal contra las hordas del Caos. Por eso los ánimos encendidos.

La hechicera Salinia, alta, de cabellera marrón y ojos almendrados, la rozó con una mano pálida, azulosa.

—La estupidez de un comandante nos ha hecho perder una tercera parte del ejército imperial. Es un desastre por donde se le vea. Lo único bueno de todo este asunto es que Sesbonio de Barak murió en el campo de batalla y sus tácticas suicidas ya no serán puestas en práctica. ¿No lo cree así, archimaga?

Las palabras le fueron arrojadas como un escupitajo. Hasta entonces se dio cuenta que ninguno de los tres miembros de su hermandad en la corte de Marfilia había hecho el juramento de lealtad y, por lo que veía, no estaban dispuestos a hacerlo hasta que ella misma probara su valor como hechicera suprema.

Arminia no dijo nada. Caminó hacia el emperador y le preguntó a bocajarro.

—¿Quién conduce los restos de tu ejército derrotado?

Soroj Tercero tragó saliva antes de contestarle.

—Eso es lo peor. Al parecer nadie los dirige. No se están retirando con orden, es una estampida de puro pánico. Pueden contagiar al resto de nuestras fuerzas si no los detenemos y los orillamos a que recobren la compostura, a que acepten que han perdido una batalla, pero no la guerra.

—El problema es que los soldados sobrevivientes hablarán de las tormentas de fuego, de las llamas rugientes que ahora mismo los persiguen —dijo Corsac a espaldas de ambos—. No podemos permitir que el miedo se adueñe del resto de las tropas.

—Ya mandé a Kalisma a que se haga cargo del ejército del norte —dijo el emperador.

—Espero que sea suficiente —añadió la archimaga con el mayor tacto del mundo.

Soroj Tercero no parecía haber perdido la confianza en sus fuerzas militares.

—Aunque muchos viejos colegas no la tragan, nuestra comandante hará buen trabajo. Kalisma no es una oficial que se dedica a buscar la gloria, sino a cuidar de nuestros soldados. El ejército del norte ha sido derrotado, pero sus integrantes, en cuanto recuperen la cordura, en cuanto tengan quien los oriente, volverán a combatir con ánimo renovado. Ya lo verán.

Corsac se asomó a ver los mapas.

—Los restos del ejército de Sesbonio llegarán en pocas horas a las cercanías de Marfilia.

—Y traerán, pisándoles los talones, al Caos en muchedumbre, al fuego con toda su barbarie —agregó el emperador—. Hemos perdido diez mil soldados. Como lo veas, es demasiado.

—Me gustaría partir al norte para verlo con mis propios ojos —pidió la joven hechicera.

El emperador asintió sin pensarlo mucho.

—Hazlo. Y regresa con vida para decirme qué viste, qué fuerzas nos acosan.

—¿No importa si me llevo a su consejero Corsac de Lamaria como guía?

—Dos pares de ojos ven mejor que uno —fue la respuesta del soberano.

Apenas estaban bajando las escaleras cuando Arminia sujetó del brazo al consejero.

—Requiero de un herborista de la vieja escuela. No uno de los que se dedican a crear invernaderos decorativos, sino a los que curan con plantas, a los que hablan con ellas.

—Con gusto. Pero si quieres salir hacia el norte, primero debes descansar.

La archimaga se rio en su cara.

—Lo mismo deberías hacer, Corsac. Por varios días no me he visto en un espejo, pero de que parecemos vagabundos mal nutridos, lo parecemos. Dormiremos aquí y muy temprano, antes de que amanezca, volveremos al camino.

—En busca de aventuras —se burló el consejero.

—En pos de respuestas —le espetó la joven hechicera—. Antes consígueme al herborista que te he pedido. No quiero partir sin obtener algunos conjuros naturales.

—No necesitas esperar. En el piso cuarto están los aposentos de los curanderos, los naturalistas y los obsesionados por las plantas de todos tamaños y medidas.

Aun antes de entrar al recinto, Arminia aspiró el fragante aroma de distintas clases de flores.

—Me recuerda mis tiempos de contrabandista —dijo mientras sonreía.

—¿Traficabas plantas? —se asombró el consejero.

—Las más exóticas, las más exquisitas.

Y sin dar más explicaciones, la archimaga se metió en aquella estancia perfumada.

—Ver para creer —murmuró Corsac, todavía sorprendido, mientras la seguía.



Una sorpresa familiar

El herborista real era una mujer llamada Irina Solandra. Diminuta, de cintura gruesa y mirada penetrante. Se veía, por sus modales rudos, que era incapaz de mostrar deferencia ante nada ni nadie.

—¿Tú eres la maga de la que tantos hablan? —le espetó a la joven hechicera.

—¿Lo soy? No lo sé. Primero tendría que saber lo que dicen de mi persona. Ya sabes que los chismes poco tienen que ver con la realidad. ¿Qué dicen de mí, según tú?

La mujer se rio por lo bajo.

—Listilla, la muchacha. Ya veo. ¿Qué quieres saber sobre mi especialidad?

Arminia volteó a todas partes y, al ver que estaban relativamente solas, sacó el pequeño libro negro y se lo mostró a la mujer.

Esta volvió a reírse al tomarlo entre sus manos.

—Por un momento pensé que era un tratado de magia oscura. Ja. Hace años que no lo veía. Se traspapeló en alguna parte de la biblioteca de ciencias naturales y oficios esotéricos. ¿Cómo lo encontraste?

—Él me encontró a mí. Yo —y espero que esto lo guardes para ti— soy descendiente de Brebaja. Ella fue mi abuela materna.

Los ojos se le abrieron a Irina y su rostro expresó un asombro auténtico.

—¡Nooo!

—Sí, pero eso no es por lo que estoy aquí. Dime si en este libro o en otro lugar has oído de algún conjuro natural contra la destrucción del mundo. Algo que pueda contener al fuego que sirve a las fuerzas del Caos.

—Si eso buscas, estoy para ayudarte. Ser herborista, como debes de saber, es apostar por la vida, por la diversidad, por la creación. Brebaja fue una de las primeras en decirlo a los cuatro vientos; aseguraba que no íbamos a derrotar a los ejércitos del Caos con más ejércitos; que matar y matar era un callejón sin salida. Yo entonces era una estudiante y tuve el privilegio de escucharla poco antes de que partiera.

—De que se muriera, quieres decir.

—No. De que se marchara de Zarabanda a no sé dónde.

Esta vez fue la joven hechicera la que sintió el golpe de una noticia que no esperaba.

—¿Estás diciendo que mi abuela no está muerta?

—Digo que, al menos por lo que entiendo, se fue a buscar lo que ella llamaba el centro vital de Zarabanda o algo así. Tenía muchos planes tu pariente. Mencionaba también la comunidad de Santuario. Decía que iba a crear una red de protección para todos los habitantes del mundo. Y no, no me preguntes qué quería decir con eso. Tu abuela era una mujer muy decidida a hacer su voluntad, pero cuando hablaba de sus ideas, si le entendías la mitad, ya te dabas por satisfecha.

—Nunca he oído hablar de la comunidad de Santuario.

Irina Solandra se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Pero ese fue uno de los tantos pretextos que puso para desaparecer de estas tierras y para que nunca se le volviera a ver. Si me preguntas, yo creo que buscaba un propósito en la vida y esa búsqueda por localizar el Santuario se lo dio. Eso fue hace muchos años. Poco después de que se fuera se escuchó el rumor de que había muerto en algún lugar al norte. No había detalles precisos sobre la forma en que murió, pero nadie lo puso en cuestionamiento. Yo lo dudo. Brebaja aún se conservaba joven y fuerte cuando dio su última clase.

Arminia sopesó todas esas novedades y trató de darles sentido, sin conseguirlo. A unos metros, Corsac admiraba una planta de vid. Era obvio que estaba escuchando lo que Irina y ella platicaban, pero, diplomático como era, no intervenía en la conversación entre ambas.

—Irina, ¿este libro es valioso más allá de lo que su título implica, más allá de ser una monografía de plantas de Zarabanda?

La herborista abrió a la mitad el libro negro y empezó a hojearlo de prisa hasta dar con lo que buscaba.

—Aquí está lo que antes me preguntabas: esta es una *Sirelia docudraq*, el árbol de las protecciones y las salvaguardas, cuyo fruto es muy apreciado: el soroco, lo que en otras partes se le conoce como durazno salvaje. No sé cómo pueda proteger contra las tormentas de fuego o las magias oscuras, que son, supongo, tus preocupaciones. Pero de que está señalado como un árbol de salvación, lo está.

La joven hechicera cerró los ojos. Claro, el soroco con el que mi madre hacía deliciosos pasteles y mermeladas cuando yo era niña.

Irina le mostró un dibujo a color de la Sirelia.

—Mira, esta planta se da en toda Zarabanda y en cualquier clima. Resiste bien tanto los veranos como los inviernos de nuestro mundo. En todas las culturas se le estima y en varias se le honra con festivales dedicados a su cosecha. El problema es que pocos de ellos se aclimatan a la vida urbana. En Marfilia, por ejemplo, apenas se han podido trasplantar unos cuantos, la mayoría está en el jardín botánico imperial, bajo el cuidado del propio Kartaro.

—¿El autor de este libro?

—El mismo. Ahora funge como jardinero principal del imperio.

Corsac, que no había perdido detalle de la plática, carraspeó.

—Yo lo conozco. Es un viejo voluntarioso. Podemos pasar a verlo en el jardín botánico, allí debe de estar porque pocas veces deja su puesto.

Irina le devolvió el libro a Arminia.

—Es un libro del que en Antara hay pocos ejemplares. Pero es muy leído en otros reinos donde los magos y hechiceros no tienen injerencia. Tal vez eso te diga algo sobre su… relevancia.

Y le sonrió con un gesto de complicidad. La archimaga sintió que le debía un gran favor a aquella herborista.

—Gracias por atendernos —solo atinó a decir—. Gracias por darme tu consejo.

—¿Qué has aprendido de este encuentro? —indagó el consejero en cuanto salieron.

—Que en cuanto a los asuntos de familia, es mejor no dar nada por sentado.



Ataque nocturno

Como si fueran sombras huidizas, la banda de Iseke y sus invitados se metió al bosque cercano al río Osterde. Más que un bosque común, de grandes árboles vetustos que tapaban la luz del sol, este no contenía más que arbustos de colores ocres, no mayores de dos metros de altura, en cuyas ramas puntiagudas serpientes y lagartijas se disputaban a sus presas.

Yosef no perdía de vista al jefe de los bandoleros, ni a su prima Arlinda, ya que ambos parecían caerse muy bien… excesivamente bien, en realidad.

«Solo falta que acaben enamorados y casándose. Ya veo la cara de mi tía Salustia recriminándome por no haber impedido semejante estropicio».

—Nos detendremos al salir del bosque —dijo Iseke— para estar seguros de que no tenemos enemigos enfrente y para cazar algo de comer.

Los otros ladrones de caminos asintieron con sonrisas torvas y más de uno lo miró como si él fuera la presa a cazar.

«No veas lo malo de esta situación», se dijo Yosef. «No consideres que esto es un obstáculo para llegar a Mitra, sino una desviación temporal».

—Creo que vamos a buen paso y sin servidores del Caos a la vista.

Era Arlinda tratando de caerle bien, después de que lo había abandonado por andar detrás del pirata.

—Ya veo.

—¿Estas enojado conmigo, primo?

—Tal vez porque ya estoy harto de que andes tan deslumbrada por los primeros forajidos que conoces.

Su prima le levantó la barbilla y le sostuvo la mirada.

—Creo que estás celoso.

Yosef no pudo evitar enrojecerse ante las palabras de su pariente.

—Es cierto: estoy celoso y qué.

—Es buena persona.

—¡Ja! Diles eso a los que ha secuestrado o les ha quitado sus bienes. ¿Ya se te olvidó que nuestras familias son comerciantes?

—No lo olvido, pero los bandoleros son la otra cara de la moneda de nuestras comunidades. Y ahora ellos y nosotros andamos en el mismo barco, enfrentamos a los mismos enemigos, así que no te pongas roñoso, no al menos hasta que salgamos bien de este lío. Iseke ha invocado las leyes de la frontera. Hagamos honor a su juramento.

Y sin esperar respuesta, Arlinda se dirigió a un abrevadero cercano, donde los ladrones habían dejado descansar a sus cabalgaduras.

—Ella te quiere mucho.

Era la voz de Iseke.

—¿Cómo le haces para deslizarte a nuestras espaldas sin ser escuchado?

El ladrón se rio como si Yosef hubiera contado un buen chiste.

—La sabiduría de las arenas. Yo vengo del desierto, del gran, gran desierto de Tramasura; allí deslizarte por la arena no es el truco mayor, sino hacerlo sin ser detectado, ni una huella, ni un sonido. Esa es mi especialidad. Me llaman Pies ligeros y es un honor llevar ese nombre a todas partes a donde voy.

—Pues yo no tengo otro apelativo que muchacho o jovencito o ven acá.

—No cambies de tema, Yosef. Ella, tu prima, te necesita a ti más que a nadie. No me digas cómo lo sé porque no me ha contado nada de ti, bueno, nada de ustedes dos, pero es obvio que ambos están aprendiendo a crecer a marchas forzadas. Bienvenido a mi mundo. Yo no tuve padres que me dijeran qué hacer o qué no hacer. Yo crecí en las dunas, en el patio trasero de los grandes reinos. A mí me llaman escoria, me llaman salteador, me llaman forajido, pero solo soy un sobreviviente, alguien que decidió devolver los

golpes: uno a uno. No soy un dechado de virtudes. No tengo el espíritu limpio ni sosegado, pero tampoco pido comprensión de tu parte. Solo te digo lo que soy. Tú también debes aprender quién eres realmente. No lo que dicen que eres según tus padres o tus maestros. Lo que tú eres capaz de pensar, de hacer, de soñar.

Yosef se sintió enojado con aquel hombre. «Ahora todos quieren ser mis maestros, mis guías. Todos tienen algún consejo que darme, cuando yo solo quiero que no se metan conmigo».

—No escuchaste nada de lo que dije, ¿verdad?

Iseke era un buen lector de gestos, se dio cuenta Yosef, y eso lo hizo serenarse.

—Yo también tengo un consejo para ti: no te acerques a mi prima.

El jefe de los bandidos se rio en su cara.

—Lo tenías guardado desde que los conocí, ¿no es cierto?

—¿Cómo supiste?

—Eres una olla a presión: cuando llegues a explotar no quiero estar en los alrededores. Tu furia la percibo como un estallido cósmico. Tu prima es hechicera de gran calado, hasta yo lo puedo advertir. Pero tú eres algo más enrevesado, más misterioso. No creo que llegues a ser un simple mago. No, para nada.

—Lo que vaya a ser, señor bandolero, yo tampoco lo sé. Pero reconozco que ustedes y nosotros estamos, al menos en este aprieto, juntos en el mismo bando.

—Bien dicho, chico. Ya suficientes problemas tenemos con eludir al ejército del Caos como para andar peleándonos entre nosotros.

—Tienes razón, pero si es el Caos el que nos persigue, si son sus fuerzas las que quieren capturarnos, el que huyamos no servirá de mucho.

El salteador miró la lejanía.

—Tienes razón. Yo, que no soy un mago como tu prima, pero tengo ojos para ver, sé que este fuego que nos persigue no va a dejarnos en paz.

—La última vez que ocurrió fue hace siglos —recordó Yosef.

—La última vez casi no sobrevivimos a su furia. Ahora que solo queda el imperio de Antara para hacerle frente, menos probabilidades tenemos de lograrlo.

—El emperador Soroj vendrá en nuestro auxilio —dijo el muchacho.

Iseke negó con la cabeza.

—No lo hará. Protegerá su capital amurallada, Marfilia. Y si es inteligente, alistará un ejército de magos y hechiceras para que la defiendan con sus conjuros. Pero a los pueblos fronterizos, como el tuyo o el mío, los dejará quemarse hasta sus cimientos. Somos gente común y corriente, viviendo en la periferia de su poder. Si morimos en la conflagración, ni modo. Si sobrevivimos, a cobrarnos los impuestos atrasados. Así piensan los amos de este mundo.

—¿Quieres decir que no contamos, que somos sacrificables?

—Quiero decir que solo nos tenemos a nosotros mismos para sobrevivir. No lo olvides.

—No lo haré.

—Bien. Porque mis hombres están dispuestos a morir por ustedes dos. La cuestión es: ¿lo están ustedes por nosotros?

Y regresando por donde había venido, el ladrón dejó a Yosef solo de nuevo. El muchacho primero pensó que había verdad en las palabras del bandolero: no contaban con ayuda exterior que viniera a rescatarlos. Si el emperador los abandonaba, ¿por qué su padre no haría lo mismo? Pero otro pensamiento atrapó su mente: las palabras de Iseke sobre su persona, sobre su forma de ser. Una olla a presión. ¡Qué perspicaz! «Ahora que soy un jovencito, alguien sin padre ni madre ni familia ni pueblo ni nada, ¿qué debo hacer? ¿Cómo puedo hallar la fuerza que necesito para encontrar mi destino? Arlinda me decía que yo puedo ser un presciente. ¿Qué es ser un presciente?». Y entonces Yosef recordó la visión de su padre entre los pastizales. Quizás era un mensaje de su parte. Una forma de decirme que estaba bien, que se esforzaba por volver, pero que el fuego y el Caos se lo impedían.

—¿En qué piensas que estás tan serio, tan concentrado?

No pudo evitar que una sonrisa asomara por sus labios.

Arlinda tenía la innata cualidad de cambiarle el ánimo por sorpresa.

—Pensaba en mi destino, en lo que esta guerra me podría convertir si salgo de ella con vida.

—Si salimos con vida los dos. Porque, si mi intuición no me engaña, ambos tendremos que aprender a trabajar juntos, a encontrar un camino que sea de ambos.

Su prima había dado en el blanco. Estaban unidos en lo que les trajera el destino, los poderes mágicos o el azar.

—Cierto —dijo Yosef.

Arlinda se le acercó y lo abrazó con fuerza.

—No es tiempo de estar enojados entre nosotros.

Yosef cerró los ojos: «Ella es mi familia, la única que tengo».

—Lo sé. Lo mismo pienso.

Arlinda le dio un beso sonoro que hizo que todos los ladrones a la vista se percataran de aquella muestra de afecto.

—¡Nos están viendo! —exclamó Yosef.

Pero su prima estaba disfrutando del espectáculo que ambos eran.

—Mejor, para que sepan lo que es bueno.

Y sin esperar, le plantó un nuevo beso en la mejilla.

—Estás loca de remate —reconoció Yosef.

—Es mal de familia —le reviró su prima sin dejar de abrazarlo.

Cuando más tarde masticaban los trozos de carne seca que la banda traía para mal comer, Yosef abrió su morral y depositó en medio de los forajidos la hogaza de pan que había tomado de la panadería Las Delicias.

—Está un poco duro —dijo—, pero es buen pan. Lo hizo mi tía, la madre de mi prima aquí presente, y es el mejor pan que pueden conseguir en cien kilómetros a la redonda.

Los bandoleros no se hicieron del rogar, y la hogaza desapareció antes que Yosef o Arlinda pudieran ni siquiera agarrar un pedazo.

Iseke miró a Yosef con otros ojos.

—Bien, muchacho —le dijo—. Ya vas aprendiendo los modales de nuestra gente: lo que es de uno es de todos.

Yosef sonrió no muy convencido.

—Pero mi prima no es de nadie —le dijo en su papel de caballero protector de damas en apuros.

No fue el jefe de la banda el que respondió sino la propia Arlinda.

—Tienes razón, Yosef. No soy de nadie. Ni nadie me impone sus reglas. Ni bandidos ni parientes. ¿Estamos?

—Estamos —dijo, divertido, Iseke.

—Estamos —dijo, con un gesto de contrariedad, su primo.



Los vigilantes

Era pasada de la medianoche cuando Iseke ordenó proseguir la marcha a paso ligero.

—¿Qué pretenden? —murmuró Yosef a su prima.

—Primero dijeron que iban a evitar las orillas del río, pero la avanzada que mandaron dice que meternos más al bosque es andar tan lentos que nuestros perseguidores pueden alcanzarnos o adelantarse y ponernos una trampa. Así que yo apuesto a que vamos a toparnos con las aguas del río Osterde y luego ya veremos.

Iseke se les acercó y, también en un murmullo, les avisó de los nuevos planes de viaje.

—Hay demasiadas partidas de invasores por la vecindad. Quiero que no hagan ruido y que por ningún motivo griten, aunque piensen que están perdidos en la oscuridad. Habrá gente mía cuidando la retaguardia para que nadie se pierda o se desvíe, ¿entendido?

Ambos primos asintieron en silencio y subieron a sus respectivas cabalgaduras: la de Arlinda era una yegua briosa llamada Zigzag, pero que se había tranquilizado en cuanto su prima le susurró un conjuro de empatía. El caballo de Yosef no necesitó la ayuda de ninguna magia: le llamaban Ziguza y su carácter era apacible.

Desde el primer momento que las montaron, Arlinda y Yosef comprobaron que eran bestias de confianza, tradicionales, que no hablaban con sus jinetes, pero que provenían de una raza fuerte y capaz de atravesar cualquier terreno sin queja alguna. Ambos animales eran negros con pequeñas manchas blancas en el lomo y sabían obedecer la voz humana sin titubeos ni nerviosismo.

—¿Cómo han sentido sus cabalgaduras? —quiso saber el jefe de los salteadores.

—Te agradecemos tu ayuda —dijo Yosef—. Ziguza es un animal de primera.

—Lo mismo digo de Zigzag —reconoció Arlinda.

—Pues para esta jornada vamos a tener que empujar hasta el límite a todos nosotros, bestias y humanos, porque debemos llegar al río Osterde, beber un poco de sus aguas y guardar otro tanto de líquido para el gran páramo, que se extiende por la otra orilla. Será una carrera agotadora y no vamos a detenernos hasta encontrar un refugio. Claro, si primero logramos cruzar este bosque.

—¿Vamos a ir por descampado? —preguntó, inquieto, Yosef.

—Vamos a salir a toda velocidad de la protección de los arbustos y vamos a subir las colinas pedregosas, desde ahí tendremos una vista mejor de lo que nos espera a orillas del Osterde. Si hay campamentos enemigos o presencia de tropas numerosas, buscaremos retroceder y tomar el camino de las montañas. Si está más o menos despejado, seguiremos hasta el río, y allí veremos qué camino nos conviene tomar. Yo preferiría atravesar las aguas y pasar al otro lado, lo cual nos ahorraría unos dos días de viaje y sería la ruta más adecuada para llegar a los lindes del gran desierto. Esas son tierras mías y las conozco como mi propia casa.

—¿Tienes casa? —inquirió Arlinda con una sonrisa maliciosa.

—¡Por supuesto! —dijo con orgullo Iseke.

—¿Y nunca ha pensado robarla? —pregunto Yosef.

El jefe de los salteadores aceptó la broma con poco entusiasmo.

—Muy gracioso. Pero deja eso para tiempos más tranquilos.

El muchacho, sin embargo, aún tenía una duda por resolver.

—Dime, Iseke, ¿conoces a mi padre, Sampalio? Es un alator y ha andado por estas tierras pagando por gente secuestrada.

—No conozco a tu padre, pero he oído decir que es un hombre de honor, que su palabra vale. Sin embargo, ahora debes concentrarte en lo que nos aguarda. Es momento de jugarnos la vida a cada paso.

La partida salió del bosque a toda velocidad. En los alrededores no vieron ninguna amenaza reconocible. Era de noche y la luna brillaba con gran intensidad, pero nubes oscuras la tapaban de continuo, permitiendo que el grupo pasara inadvertido la mayor parte del tiempo.

Y, sin embargo, todos se sentían inquietos, como si un gran ojo los observara desde las alturas y no los perdiera de vista por más sigilosos que anduvieran.

—¿Lo percibes? —le susurró Yosef a su prima.

—Lo percibo, pero no sé qué sea.

—No hablen —dijo la voz de Iseke.

Entonces se abrieron las nubes y, al alzar la vista, Arlinda no pudo evitar soltar un grito.

En las alturas, más allá de las nubes negras, una parvada de auras volaba en círculos sobre ellos.

—Son vigilantes que están dando aviso de nuestra presencia, probablemente sean sirvientes a las órdenes de quien está detrás de todo esto.

El jefe de los bandidos ya no hablaba en murmullos.

—Lo siento. Me asusté —dijo Arlinda.

—Ya no importa, muchacha: si miras detrás de nosotros, sabrás que ya estamos en el ojo del huracán.

Yosef miró sobre su hombro y descubrió a sus perseguidores.

No eran los hombres yesca que habían destruido Vejestorio: eran cuervos enormes con picos de medio metro de largo a punto de caer sobre ellos.

—¡Hermanos libres —gritó Iseke mientras levantaba su sable—: que la sangre nos bendiga!

Y sin esperar respuesta, dio vuelta a su cabalgadura y se lanzó contra los cuervos.



Jardines, bosques, selvas

El viejo Kartaro de Selene era un hombre barbado, curtido por el sol, de piel morena, musculoso, pero con un caminar lento por una herida en el tobillo derecho, que traía vendada.

—Un mal paso y miren cuántos dolores me cargo —dijo al darles la bienvenida al jardín botánico, mientras procuraba regar una enredadera púrpura que se encaramaba por la pared hasta alcanzar los cinco metros de altura—. Eso de hacerse viejo no se lo deseo a nadie.

—Pero me imagino que fue testigo de muchas cosas en sus años de juventud —le respondió el consejero.

—A ti, Corsac, ya te conozco, pero esta hechicera que traes contigo no me ha sido presentada.

—Soy Arminia, herborista.

—Eso ya lo sé. En la corte imperial los chismes corren más veloces que las flechas, archimaga. Lo que no entiendo es qué carajos andas haciendo visitando a un viejo como yo y un jardín como este, cuando deberías estar preparando tus mejores conjuros para luchar contra las fuerzas del Caos. Eso me intriga.

—Soy nieta de Brebaja, ¿eso te ayuda a entender mi presencia ante ti, Kartaro?

El viejo se mesó la barba, viendo directamente a los ojos a la hechicera.

—Ahora veo tu parecido con tu abuela. Brebaja y yo fuimos buenos amigos en sus tiempos de juventud. Estudiamos juntos las plantas que encontramos en nuestros viajes por el mundo y que transportamos a Marfilia para su clasificación. Si vienes a preguntarme si fuimos amantes, te diré que ocasionalmente. El conocimiento por el mundo natural fue nuestra verdadera pasión, el amor por toda la naturaleza, especialmente por la flora de nuestro mundo. Un amor que yo he heredado, que no sé si una maga como tú lo considera valioso en estos días de infortunio.

La joven hechicera percibió aquellas palabras como una crítica.

—No tuve oportunidad de tratar a mi abuela, pero ahora que enfrentamos tan grave amenaza, me pregunto si hay otros medios para combatir lo que se nos viene encima. Medios que no sean ni las espadas de los soldados ni los conjuros de los magos.

—¿Y de dónde viene, nieta de herborista, tu repentino interés por las plantas sanadoras?

Arminia le mostró el libro y el viejo sonrió con dulzura al reconocerlo.

—De esa monografía me siento muy orgulloso. Yo mismo pagué la edición y pedí que se imprimieran mil ejemplares, los que mandé a todos los rincones de Zarabanda. Este tratado fue una pieza clave para salvar el espíritu del mundo.

La archimaga observó el rostro del herborista en silencio antes de seguir con sus preguntas.

—Este libro llegó a mí como si una mano invisible me lo pusiera en el camino, como una señal de que debía tomarlo en cuenta. Pero no sé cuál es su mensaje, qué quiere decirme en estos tiempos de angustia. ¿Tú lo sabes? ¿Podrías aclararme cómo puede servirme?

El viejo meneó la cabeza como si Arminia fuera una alumna distraída.

—Ábrelo al azar y lee lo que dice en esa página.

La joven hechicera así lo hizo.

El libro se abrió en la página 277 y en ella estaba dibujado el árbol del trueno, el *Hibiscus salasini*, el matorral en llamas, la planta que se consume a sí misma para renacer. La archimaga leyó las características de aquella criatura: se daba en el norte de Zarabanda, sus hojas servían para hacer infusiones que revivían a los seres humanos, sus frutos eran pequeños, redondos, y aumentaban el ritmo del corazón.

—Con eso basta. Vengan conmigo, se los enseñaré.

Kartaro los condujo a la parte del jardín donde estaba un ejemplar floreciente de aquel árbol. Con la mano cortó una docena de hojas, y de su delantal sacó una pequeña bolsa de papel. En ella metió las hojas y se la entregó a la hechicera.

—Esto les servirá vayan a donde vayan. Si están en la extrema fatiga, muerdan una de estas hojas. No se arrepentirán.

El consejero se lo agradeció. La joven hechicera cerró el libro.

—¿Quieres decir que esta obra es como una brújula, que da instrucciones en momentos de peligro?

El viejo le sonrió y, al hacerlo, su mirada se hizo más intensa.

—A ti te encanta el peligro, la acción, el abrirte paso por el mundo a fuerza de golpes de espada, a machetazos de magia. Eso es poder, te dices, y lo utilizas como si fuera tu privilegio. Pero no lo es. Mira el mundo y míralo con detenimiento. ¿Crees que tu magia es la única que está en acción o que obedece a tus hechizos? Las plantas también son una especie de magia y no exigen privilegios. Sirven a la humanidad, pero no solo a ella. Son dadoras de energía para todos los seres que habitan nuestro mundo. Su sabiduría no es la del poder, sino la de la creación. Eso fue lo que descubrimos juntos, tu abuela y yo, hace mucho tiempo.

—Te creo, pero el libro está firmado por Kartaro y no por Brebaja.

—Y por buenos motivos. En muchas partes de Zarabanda un hombre puede predicar las bondades de las hierbas y sus pócimas curativas sin que nadie lo tome a mal, pero si es una mujer, enseguida la acusan de brujería y puede acabar en medio de una hoguera y con el beneplácito de la gente. Por eso no puse como coautora a tu abuela, y si me preguntas lo que estoy seguro

me vas a preguntar, te diré que fue sugerencia de ella el que yo lo firmara, para que el libro circulara por todo el mundo sin que le endilgaran el título de obra hereje, de tratado prohibido. No todos son tan abiertos al conocimiento como las autoridades de Antara. Brebaja quería el anonimato, poder ir por los distintos reinos sin que nadie la detuviera por bruja. No te preocupes, si logro que se vuelva a publicar, saldrá ya con su nombre y el mío. Como debe ser.

La archimaga retuvo la oleada de verdades que el viejo le contaba; esas verdades no llegaban hasta el fondo, no decían todo.

«Aquí hay algo más profundo, más vital», intuyó.

—¿Crees que mi abuela encontró lo que buscaba?

El herborista acarició el tronco del árbol del trueno antes de contestar.

—La primera vez que abriste el libro, ¿qué oíste?

Esta vez Arminia supo que todo dependía de su respuesta.

—Dirás qué vi.

—No intentes engañarme. Este libro lo dejé en la biblioteca secreta detrás de la Galería de los Retratos. En cuanto me lo enseñaste supe que llegaste a él porque las voces ancestrales te guiaron hasta la mesa de las revelaciones.

La archimaga ni siquiera parpadeó.

—Me decían que yo sería el fuego que combatiría el fuego.

—¿Y lo eres?

—Espero serlo o no quedará nada de Zarabanda.

El herborista cortó uno de los frutos del árbol del trueno y se lo mostró a Arminia.

—No, no será así. Quedará esto.

Arminia lo contempló con interés, pero sin estar convencida.

—El Caos arrasa con todo, solo deja cenizas —argumentó—. Ningún árbol sobrevive a tal destrucción.

—Vuelve a pensarlo. Si en otras ocasiones el fuego destruyó tantas partes de nuestro mundo, ¿cómo fue posible que Zarabanda volviera a la vida tan pronto?

Iba a contestar que no sabía, pero algo dentro de ella se puso a cantar una canción de cuna, una vieja letanía para apaciguar el miedo.

Todo viene y todo va,
nadie vive y es igual,
canta, niña, canta ya,
fruto eres más allá.

Fuego y aire, tierra y sol,
viento y luna, agua y luz.

Hasta que terminó de cantar se dio cuenta de que lo había hecho a viva voz. Corsac la miraba con admiración. Kartaro lo hacía con una mirada fraterna, como si fuera una integrante de su hermandad. Avergonzada, Arminia se ruborizó.

—Disculpen, no sé qué me pasó.

—Empiezas a recordar —le dijo el herborista, y la abrazó con fuerza.

Corsac se quedó frente a ella, sonriéndole.

—Ahora empiezo a verte de otro modo. No como una autoridad, sino simplemente como una muchacha que está aprendiendo a marchas forzadas cómo proteger nuestras tierras, cómo salvar nuestras vidas.

Arminia trató de precisar qué recuerdos suyos eran valiosos en los tiempos aciagos por los que pasaban.

—Nunca pensé que las plantas fueran tan importantes.

—Sin jardines, bosques y selvas, no habría vida en Zarabanda, archimaga. Y sin vida, ¿para qué salvar a un mundo en llamas?



Hacia el norte

Por más que se movía de un lado a otro en la cama de edredones, Arminia no lograba conciliar el sueño. A medianoche desistió y se fue a revisar a Samara a los establos. Al ver que la habían cuidado con esmero, se acostó entre la paja y se quedó dormida hasta que, horas más tarde, Corsac la despertó.

—Cuando no te vi en la casa de los huéspedes me imaginé que estarías aquí.

—Y aquí estoy. Partamos lo más pronto posible. Marfilia no es mi lugar favorito para dormir. Y si a esas vamos, ni siquiera para residir.

Comieron en un puesto callejero pescado fresco y sopa de algas, y se encaminaron a la salida de la ciudad capital del imperio de Antara cuando el sol apenas despuntaba en el horizonte.

—¿Alguna novedad sobre las fuerzas del Caos, consejero?

—No mucho. Pero están actuando raro. Una parte considerable de su ejército viene hacia acá, pero otra va en dirección opuesta, hacia el río Osterde. Parece que persiguen algo que, suponemos, es más importante para sus planes de conquista que el asedio a Marfilia. Eso confirma lo que te dijo el mago de fuego a la salida del bosque enrevesado.

—Lo recuerdo. Parece que no somos los únicos trofeos que las huestes del fuego quieren. Allá en el norte, casi en la frontera, también hay otras personas que intentan apresar.

La hechicera lo pensó un momento antes de darse cuenta de que podían estar equivocados: el frente principal de la guerra por Zarabanda bien podría estar muy distante y no tener nada que ver con el imperio de Antara y su amurallada capital.

—Eso significa que van rumbo a los páramos de las nubes. El reino de los tifones de nieve, la tierra inhóspita.

Corsac asintió, pero sin creerlo del todo.

—De niño me contaba mi nana que allí habitaban criaturas enormes que flotaban en las alturas y que, cuando veían una caravana, se abalanzaban sobre ella y, abriendo sus bocas descomunales, se la tragaban de un solo bocado.

—Sí, los Arajnas, las grandes bestias que reinaban en los cielos en el principio de los tiempos, cuando Zarabanda apenas despertaba. A mí también me contaron esas historias. Si mal no recuerdo, a mi madre le encantaba dormirme con esos cuentos de horror. Es una de las pocas memorias que tengo de ella; cuando me relataba cuentos de criaturas fantásticas, de regiones distantes. Al final, creo que me ayudaron a ver el mundo como un desafío, como una tierra llena de misterios.

El consejero recordó algo más y se lo dijo.

—Hay exploradores que han ido a esa parte de Zarabanda y dicen que en las noches frías se escuchan voces en las alturas, que hay criaturas del aire dominando sus cielos. Quizás allá, en esas regiones heladas, se está librando la batalla decisiva por nuestro mundo.

La archimaga suspiró ante aquella extraña estrategia de su adversario.

—Algo traman, y nosotros seguimos dando palos de ciego.

Tuvieron dificultades para andar a contracorriente de los tantos refugiados que se dirigían a Marfilia, sobre todo al cruzar el puente de madera que se alzaba sobre las aguas turbulentas del río Tamar, pero pronto estuvieron a campo abierto, fuera de los caminos abarrotados, dirigiéndose al norte a paso veloz. Samara e Isino se veían recuperados y galopaban por las verdes praderas.

Al poco tiempo de salir de Marfilia, el paisaje brillaba bajo el sol y por un momento olvidaron el peligro que se abatía sobre la humanidad. Aquellas tierras al norte del Tamar aún no mostraban los estragos de la guerra, pero estaban en la ruta de la catástrofe. Solo era cuestión de tiempo para que el fuego se presentara con su estela de aflicción.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a Kalisma? —preguntó Arminia.

—Me informaron que llevó a sus tropas a Pretoria, un poblado que se ubica diez kilómetros al norte, en la encrucijada entre los caminos que llevan a Mirta y a Carcoma. Su plan es atrapar allí a las tropas en desbandada y ponerlas bajo su mando. Deben ser miles y me imagino que muchos soldados han tirado sus uniformes para pasar inadvertidos y alcanzar Marfilia como simples refugiados. Es una vergüenza que eso pase. El ejército imperial, se supone, es un cuerpo profesional, que no puede perder la disciplina de esa manera.

La archimaga contempló a Corsac y observó la indignación que lo atenazaba.

—No es culpa de ellos. Por cuatrocientos años les enseñaron que formaban parte de un ejército glorioso, invencible, y cuando descubrieron que presentar batalla no era como desfilar en uniforme de gala, con trompetas al vuelo y muchachas lanzándoles flores, fue demasiado tarde. La responsabilidad no es de esos muchachos que enviaron a la muerte, sino de sus oficiales, que no los entrenaron para ser un cuerpo unido a la hora del combate, una tropa lista para encarar la sangre propia y ajena.

El consejero se removió en su montura, incapaz de encontrar una manera de defender el honor de un ejército que un día antes se consideraba el mejor de Zarabanda y que ahora era un patético reflejo de lo que debía ser.

—Lo sé, pero de todos modos duele. Yo nunca tuve dudas de que el ejército imperial detendría a las fuerzas del Caos. Y no estaba solo. Entre los comandantes circulaba la idea de que el imperio no necesitaba la ayuda de los magos y hechiceras para poner en su lugar a las hordas del fuego. Y hoy no veo mayor defensa que ustedes.

La archimaga sintió simpatía por los sueños rotos de Corsac. Como ella lo veía, la derrota no era una situación que le gustara, un estado en el que quisiera vivir para siempre.

—Creo que no has comprendido nuestra situación. A ustedes los acaban de vencer en una guerra relámpago. Lo mismo pasó con nosotros. En unos días las tormentas de fuego, las magias relampagueantes del incendio, casi exterminaron a toda nuestra hermandad, y los que sobrevivimos no sabemos cómo vamos a enfrentar esta amenaza. ¿Por qué crees que vamos al norte? Yo puedo conjurar mil hechizos, pero de nada servirían si no funcionan contra esas fuerzas destructoras que ahora mismo persiguen a tu ejército imperial. Debemos aprender de nuestro enemigo como él aprende de nosotros. Y pronto. Y ya.

El consejero tiró de las riendas de su cabalgadura.

—Ahora veo: estás buscando a ciegas una solución, un truco de magia no usado antes.

—Qué perspicaz te has vuelto, amigo mío. Sí, cualquier método que nos permita devolver los golpes, destruir a los destructores. Y creo que Kalisma está haciendo lo mismo. No se pueden utilizar tácticas de otros tiempos. Debemos sorprender a nuestros enemigos, desbalancearlos, ponerlos a la defensiva, detener su impulso.

—Como sea —repuso Corsac.

—Sí, como sea.

Volvieron al galope. Frente a ellos los campos de cultivo se mostraban abandonados. A lo lejos, una rústica aldea apareció.

—Eso es Viterbo —señaló el consejero.

En cuanto entraron a aquella población, ambos se pusieron tensos, como si algo no estuviera bien, pero sin saber de dónde provenía aquella sensación.

Al principio no vieron a nadie, aunque pronto una jauría de perros les cortó el paso. El consejero sacó su espada, pero Arminia lo detuvo.

—No nos harán daño.

Y escuchó sus ladridos.

«Están asustados, pero no de nosotros», pensó.

El ataque vino de una dirección inesperada. La archimaga logró ver una sombra que iba hacia ella. Apenas alzó la mano para lanzar un hechizo cuando unas alas le golpearon el rostro y un pico intentó herirle el ojo izquierdo.

El peligro venía del cielo. Una parvada de furiosos cuervos revoloteaba sobre sus cabezas. La joven hechicera no se arredró. Volvió a alzar la mano y cantó la canción del torbellino. Una polvareda se precipitó contra la parvada y la desintegró en segundos. Los cuervos intentaron resistir, pero fue inútil. En pocos momentos, el cielo estaba de nuevo despejado.

Corsac bajó de Isino e inspeccionó la plaza principal de Viterbo. Nubes de moscas disfrutaban de un opíparo banquete. Decenas de cadáveres se pudrían bajo el sol. Ninguno de aquellos aldeanos tenía los ojos íntegros.

—Creo que estos malditos pájaros son la vanguardia de las huestes del Caos —señaló el consejero—, porque no hay cuerpos calcinados. Lo que quiere decir que no han pasado por aquí los hombres yesca. Solo estas aves de mala muerte.

Arminia asintió al ver los restos de aquella masacre.

—Y son sus espías también —declaró Samara.

—Sí, hay un par observándonos en el techo del establo —agregó Isino.

Todos contemplaron a los dos cuervos que no los perdían de vista. La archimaga se acercó a Corsac.

—Estamos entrando al campo de batalla, consejero. De ahora en adelante, hay que ir con los ojos muy abiertos.

—Y con la espada en la mano, hechicera.

Se alejaron rumbo al norte escrutando los cielos por si aparecía alguna nueva amenaza. Atrás quedaba Viterbo, la aldea de campesinos abandonada, ahora convertida en una fosa a cielo abierto, una muestra de lo que les deparaba el porvenir.



La encrucijada

Después de cruzar campos desiertos se detuvieron en Pretoria, a las puertas del cuartel de la comandante Kalisma.

—Perfecto —dijo el sediento Corsac, al descubrir que el cuartel se ubicaba en lo que había sido una taberna y hospedería.

Al entrar al recinto lo encontraron repleto de oficiales que salían de prisa con cara de pocos amigos, mientras que al fondo, en una silla desvencijada, Kalisma daba órdenes con tranquila voz de mando, como si estuviera hecha para ser obedecida en circunstancias de pánico, en momentos de crisis.

Mensajeros y oficiales escuchaban sus preguntas y respondían a sus requerimientos.

—¿Cuántas unidades han sido rescatadas? —preguntó sin alzar la mirada de un mapa que tenía sobre sus piernas.

—¿Unidades? Lo más que hemos podido rescatar son pequeños grupos de desertores del ejército de la frontera —contestó un capitán con cara de miedo.

—¿Y en total cuántos son? —presionó Kalisma.

—Unos setecientos, pero siguen llegando más. Si son verdad los reportes recibidos, en la batalla perecieron unos siete mil soldados, el resto huyó de vuelta a Marfilia. De estos, aún faltan por capturar a unos dos mil trescientos. Pero…

—¿Pero? —Hasta entonces la comandante levantó la mirada para encarar al capitán y, al hacerlo, descubrió la presencia de la joven hechicera y del consejero.

—Pero ya se difundió la noticia de que los estamos esperando en la encrucijada y muchos han cambiado de rumbo, se dirigen al este o se ocultan, para evadir las patrullas que hemos mandado en su búsqueda.

Kalisma sopesó la información antes de mirar a Arminia.

—¿Algún consejo, archimaga? —preguntó en voz alta, lo que hizo que todos los presentes voltearan a ver a los recién llegados.

La hechicera se adelantó y tomó el mapa de la comandante y lo estudió largo rato.

—Si las fuerzas del Caos vienen detrás de ellos, solo hay un margen de cinco o seis horas para rescatar lo que queda del ejército imperial en desbandada. Sugiero, si me lo permite, que las patrullas se dispongan en abanico y avancen no más de una docena de kilómetros. Y luego no quedará otra opción que retroceder.

La comandante se levantó y tomó de nuevo el mapa. Examinó la región donde se encontraban y ordenó lo dicho por la archimaga.

Cuando solo quedó en la taberna un reducido cuerpo de oficiales y mensajeros, Kalisma les ofreció un vaso de vino a Arminia y a Corsac.

—Gracias por su amabilidad —dijo el consejero después de bebérselo de un trago.

—Gracias por venir hasta aquí. ¿Qué necesitan?

La joven hechicera señaló al único hombre que no vestía uniforme militar.

—¿Ese quién es?

—Un guía local, conoce esta región mejor que nadie. ¿Piensan ir al norte?

—Debo ver con mis propios ojos lo que debemos enfrentar.

La comandante bufó.

—¿No te basta con ver la muerte que nos rodea?

—No, no me basta. Necesito ver el fuego en acción. Su tejido mágico. Sus patrones de horror y de muerte.

Kalisma hizo una señal al hombre para que se acercara con ellos.

—Este es Netario, jefe de los espías rurales, hombre bueno para guiarlos incluso en las peores circunstancias. Netario, esta es Arminia, representante de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Y su acompañante es Corsac, consejero imperial. Ambos quieren ver las hordas del fuego en acción. Te pongo a sus órdenes para que los lleves a la línea de avance del ejército invasor y los traigas de vuelta sanos y a salvo. ¿Entendido?

El hombre inclinó la cabeza y se llevó la mano al pecho como señal de aceptación.

—¿Cuándo desean partir? —preguntó.

—Ahora mismo —señaló la archimaga.

—Voy por mi cabalgadura. En un minuto los espero afuera.

Kalisma volvió su atención al par.

—Arriesgas demasiado —le dijo, preocupada, a la joven hechicera.

—Solo mi vida, que está dedicada a la causa de Zarabanda.

—Si regresan y ya no nos encuentran aquí, en la encrucijada, diríjanse de inmediato a Marfilia, porque hay órdenes estrictas de destruir, con aguarrás y polvos de artificio, el puente que une a la capital con esta parte del continente en cuanto se aviste al ejército del Caos. No creo que sea muy saludable permanecer por estas tierras si eso ocurre.

—No se preocupe, comandante. Solo será una visita breve a la línea de combate.

—Suerte, entonces, archimaga. Y también a ti, consejero; que los hados los cuiden.

En cuanto salieron de la taberna vieron que Netario ya estaba esperándolos, montado en un yegua cetrina y con una ballesta a la espalda por todo armamento.

—Te seguimos —dijo Arminia.

—Está bien —contestó su nuevo guía—, pero háganlo en silencio. Estas ya son tierras enemigas.

—Ya lo sabemos —se sinceró Corsac—. Viniendo para acá nos topamos con una bandada de cuervos muy agresivos.

—¡Esos carroñeros! —se quejó Netario y escupió en el suelo—. Son los que mandaron primero para descubrir los puntos débiles de nuestro ejército.

—Y al parecer los encontraron —dijo la joven hechicera.

—Lo que descubrieron es que no estábamos preparados para esa clase de combate. Muchos buenos soldados murieron a causa de esas aves de mal agüero.

—Se acabaron los tiempos caballerosos —concluyó Arminia.

—Eso —dijo Netario—. Ahora la guerra es sucia y no perdona a nadie. A nadie salva.

Y los tres espiaron los cielos frente a ellos, con miradas recelosas, con gestos alertas.



Tierras enemigas

La región por la que avanzaban había sido una de las comarcas más ricas en haciendas y campos de cultivo del imperio de Antara, pero ahora solo era un erial abandonado, una tierra fantasmagórica donde solo prosperaban las aves de rapiña y los cuervos espías. Los tres cabalgaban tratando de hacer el menor ruido posible mientras cruzaban un mundo donde se veían por doquier objetos abandonados: carretas, espadas, uniformes del ejército imperial, caballos muertos, estandartes, escudos y trompetas.

—Veo que estuviste en el combate que se dio entre las tropas imperiales y los sirvientes del fuego —señaló Arminia.

Netario hizo un gesto de disgusto antes de responder con tono amargo.

—Estuve y no. Pude percatarme de la trampa a la que se dirigían y traté de avisarles, de advertirles lo que les esperaba. Mi grado es inferior, ni siquiera soy sargento, así que no podía presentarme directamente con el comandante Sesbonio. Me dirigí con los oficiales, los que comandaban los regimientos de vanguardia, para exponerles el peligro que corrían sus tropas, pero los oficiales no me escucharon. Se creían invencibles y así les fue. Les grité que no siguieran, que iban al matadero y se enfadaron conmigo. Me ordenaron quedarme en la retaguardia para que no contagiara de miedo a los soldados, por eso escapé con vida.

—¿Qué viste entonces?

Netario tragó saliva, reacio a responder. Pero al fin se decidió.

—Vi la llamarada, una pared de fuego que se extendía, desde un extremo al otro del horizonte, como una cortina incendiada. Una cosa descomunal que cubría el cielo, y luego se fragmentaba en numerosos torbellinos de llamas. Podías percibir su voracidad, sus ganas de hacerte daño. El comandante Sesbonio, en vez de retroceder y salvar a su ejército, lo lanzó en un ataque frontal contra ese tornado en llamas. No tuvieron la mínima oportunidad de escapar. Yo los vi entrar en batalla, con sus sables en alto, como si fuera un desfile.

La joven hechicera imaginó la escena.

—¿Así avanzan las fuerzas del Caos, como una pared? —quiso saber.

—No, no. Al principio solo ves a un grupo de gente como sonámbula, que camina hacia uno riéndose, pero en cuanto se te acercan comienzan a brillar, van ardiendo y quemando todo a su paso. Es… ¿cómo decirlo?… un espectáculo que primero te asombra y luego te aterroriza, te pone a temblar, te saca de quicio. Sientes un miedo enorme, imparable, y solo quieres alejarte de ese fuego, solo quieres darle la espalda y correr lo más lejos posible.

—¿Eso sentiste? —quiso saber el consejero.

—Eso sintieron todos los soldados. Por eso no puedo llamarlos cobardes. Lo que padecimos fue una experiencia que a todos nos conmocionó, nos hizo sentirnos pequeños, inermes, desvalidos. Cuando los oficiales trataron de poner orden ya era demasiado tarde. Fue una estampida al estilo de «cada quien sálvese como pueda». Y los hombres yesca, así les llamamos, nunca se detienen, nunca se cansan. Te persiguen y te persiguen hasta que te incendian. Esa clase de muerte no se la deseo ni a mi peor enemigo.

Arminia apoyó su mano en el hombro del guía.

—No te angusties. No estaban preparados para esa magia espantosa. ¿Le contaste todo esto a la comandante Kalisma?

Netario asintió.

—Lo hice. Le conté todos los detalles de nuestra debacle. Ella no es como Sesbonio, que se rodeaba de un séquito de oficiales que no lo contradecían. Nuestra nueva comandante acepta escuchar a todos, no le importa recibir

malas noticias o consejos de soldados como yo.

—¿Y qué te dijo?

—Me dio las gracias por mi informe y luego dio órdenes a sus oficiales para que no castigaran a ninguno de los desertores del ejército derrotado, que a ninguno le hicieran más daño del que ya sufrieron en la batalla. Bueno, en la debacle. Porque de batalla tuvo poco y de matanza, mucho.

—Bien por la comandante —señaló Arminia.

Netario se veía incómodo.

—Por eso quiero ser sincero con ustedes. Voy a llevarlos lo más cerca de las líneas enemigas, pero no me pidan enfrentar de nuevo la tormenta de fuego. No podría…

La archimaga le sonrió.

—No queremos traumatizarte más de lo que ya estás, amigo. Solo acércanos y márchate. Sabemos cuidarnos solos, ¿verdad, Corsac?

—Verdaderamente, hechicera.

Y así entraron en las tierras sin dueño, en la comarca de las cenizas al vuelo, donde el único signo de vida era su corazón desbocado, sus ojos ansiosos buscando señales de peligro, la mínima llama que viniera a su encuentro.

Frente a ellos brillaba un cielo sucio, desvaído. Y la tierra era un polvo ceniciento que, al pisarlo, creaba polvaredas oscuras, remolinos que los hacían toser.

—No es bueno pensar demasiado en todo esto —dijo Netario.

—¿De qué hablas? —quiso saber Corsac.

—De este maldito polvo —espetó el espía rural.

—¿Qué con él? —preguntó ahora Arminia.

El hombre levantó las manos con semblante afligido.

—Estamos respirando al mismísimo ejército imperial. Estas cenizas son todo lo que de sus tropas queda.

Por un momento la archimaga y el consejero aguantaron la respiración. Luego se dieron cuenta de que ya era demasiado tarde: llevaban buen tiempo respirando aquel polvo ceniciento, los restos calcinados de un ejército otrora

poderoso.

—Vamos —dijo Netario—. Ya casi llegamos a la línea de fuego.



La línea de fuego

—Ahí vienen los hombres yesca. ¿Los ven?

Arminia y Corsac los veían.

—Cuerpos que la magia impulsa, marionetas del Caos —dijo la archimaga.

—No parecen tener prisa por llegar a Marfilia —señaló el consejero.

—Se están reagrupando. Aún no es un avance completo.

A unos trescientos metros de distancia, un hormiguero de hombres yesca se aproximaba a la arboleda donde estaban ocultos.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Netario, nervioso, mientras contemplaba aquella masa de seres que parecían las olas de un mar embravecido.

Apenas habían empezado a retroceder cuando la archimaga vio a un hombre corriendo, alejándose de las hordas del fuego. El hombre no los había visto, y no parecía asustado. Corría con una bolsa de cuero a su espalda y un cayado lo ayudaba a avanzar por un terreno desigual.

Arminia se dio la vuelta y se dirigió al hombre.

—¡Ven acá, te llevamos! —le gritó.

El hombre del cayado se detuvo un instante y, en vez de acercarse, hizo un ademán con los brazos como pidiéndoles que lo dejaran solo. Pero la joven hechicera no se detuvo por eso. Llegó hasta él y le extendió la mano desde su cabalgadura.

—¡Vamos, no seas idiota! —lo reprendió y el hombre no tuvo otra opción que subirse a Samara y acomodarse detrás de Arminia.

Sin embargo, por los gritos de la archimaga, la masa de hombres yesca los advirtieron, y corrían hacia ellos; gritaban, jubilosos, viendo nuevas víctimas a su disposición a pocos pasos.

Corsac y Netario, que esperaban a la joven hechicera y al rescatado para retroceder juntos, estaban impacientes por marcharse de la línea de combate. Pero el hombre le susurró algo a la hechicera y esta se detuvo junto a sus acompañantes.

—No vamos a la encrucijada. ¡Síganme!

Pronto divisaron un granero en medio de un campo de alfalfa.

—Allí es —dijo el hombre del cayado—. Entren y quédense quietos.

Eso hicieron, aunque Netario protestó y no quiso bajarse de su yegua.

—Quedarnos aquí es muerte segura —argumentó.

Y tenía razón: los servidores del fuego ya estaban muy cerca.

Arminia bajó de Samara y esperó a que el hombre del cayado hiciera lo mismo antes de encararlo por su conducta sospechosa.

—¿Quién eres? ¿Por qué dices que aquí estamos a salvo?

Pero el hombre solo sacó un libro pequeño y tomó del suelo una brizna de hierba.

—Déjame hacer mi tarea y luego contesto tus preguntas.

Las hordas del Caos ya habían rodeado el granero y no había escapatoria. Corsac extrajo su espada, aunque sabía que la lucha sería inútil. Eran miles los servidores del fuego que ya empezaban a despedir llamas, a convertirse en fuegos fulgurantes.

—Haz lo que tengas que hacer —aceptó la archimaga.

El hombre murmuró una plegaria en lengua de Mitra.

Lo que llamas camino es desliz.
Si brota de la tierra es regaliz.
Dos espacios cambian de cariz.
Rizoma del tiempo en su matiz.

Y en un instante sintieron el tirón que los sacaba del granero y los llevaba a otro sitio, a otra tierra donde el fuego no se extendía frente a ellos, donde las hordas del Caos no los podían seguir, no los alcanzaban con su horror.



Picos y redes

Iseke se precipitó contra los cuervos blandiendo su sable y gritando a todo pulmón. Al verlo acometerlos, los pájaros concentraron su atención en aquel hombre que se lanzaba contra ellos y bajaron, graznando, a su encuentro. El jefe de los salteadores era un hábil jinete y logró escapar de los picotazos de las aves y, a la vez, pudo levantar su sable y desgarrar el pecho de más de una, lo que provocó que sus compañeras se pusieran aún más furiosas y lo atacaran por todos lados.

Pero la cabalgadura de Iseke no se detuvo ante los graznidos y los aletazos de los pájaros atacantes. Como el forajido siempre cambiaba de dirección en el último instante, esto le daba la oportunidad de escapar más o menos indemne de la lluvia de picotazos que se le venían encima.

Yosef, tirado en el suelo junto a su prima, contemplaba aquella batalla desigual con entusiasmo y miedo. Lo que no entendía era la conducta de los compañeros de Iseke, ya que en vez de ayudarlo se colocaron muy erguidos en sus respectivas monturas y fueron pasándose unas redes ligeras de cordel muy fino. Cuando uno de ellos hizo sonar un silbato, Iseke dejó de enfrentar a los cuervos gigantescos y se dirigió a toda carrera a donde estaba el grupo de sus camaradas.

—¿Qué pretende hacer? —dijo Yosef al ver que Iseke se acercaba con los cuervos a pocos metros a su espalda, tratando de alcanzarlo y picotearlo.

Los demás ladrones crearon una valla y sostuvieron en firme a sus monturas. Cuando Iseke pasó entre ellos, extendieron una sola red que atrapó a los primeros cuervos en descender y los hizo caer a tierra. Ya en el suelo, otros compañeros prendieron lumbre en la cola de los cuervos que estaban a punto de romper las redes que los sujetaban.

Yosef comprendió la táctica y tuvo que admitir que era una forma eficaz de defenderse. Lo que le preocupaba es que el resto de la parvada se había elevado por los aires y ahora regresaban para atacarlos de nuevo.

—¡Ahora! —gritó Iseke.

Los ladrones soltaron a los cuervos con las colas en llamas, los cuales, sin medir las consecuencias, volaron a reunirse con sus compañeros que ya venían en picada. Los cuervos en llamas eran como proyectiles subiendo para estallar en las alturas, una amenaza que rompió el ataque de la parvada y convirtió al cielo entero en un caos de fuegos artificiales. Los cuervos comenzaron a pelearse entre sí; la lumbre saltaba de un ave a otra mientras el aroma de carne quemada iba sofocando el ambiente.

—¡Vámonos de aquí! —era la voz del jefe de los salteadores.

—Es un espectáculo asombroso, pero triste —reconoció Yosef—. Esos cuervos actúan sometidos por el mandato de un hechicero poderoso, no son responsables de sus actos.

Iseke se quitó la sangre del rostro, una herida larga pero superficial pasaba por su mejilla y terminaba en su oreja derecha.

—Sea lo que fuera, hay todavía auras vigilándonos y puede que nos envíen criaturas más obedientes que estos pajarracos —dijo un ladrón mientras subía a su cabalgadura.

Arlinda vio cómo los últimos cuervos se perdían con rumbo al río Osterde.

—Van a mojarse las plumas quemadas —le aseguró Iseke.

—Eres osado y valiente, como los viejos caballeros andantes —le dijo Yosef y su voz mostraba la admiración que ahora sentía ante el bandolero.

Pero este no tenía tiempo para pavonearse por haberles salvado la vida.

—¡Corran hacia el río! Hay que llegar antes de que nos manden otra sorpresa alada o terrestre. No nos detendremos hasta que alcancemos el afluente menor del río.

Y de esta forma, con la vista centrada en las planicies boscosas que debían atravesar a toda prisa, la partida se internó por una región llena de pantanos, donde el aire zumbaba con la presencia de enjambres de insectos voraces.

Al mediodía, cuando el sol estaba en su punto culminante, el jefe de los forajidos se apiadó de los muchachos y dio la orden de detenerse. Para entonces les faltaban, cuando mucho, dos kilómetros para llegar a las orillas del Osterde, el río que dividía las tierras de pastizales de las grandes planicies arenosas del norte de Zarabanda.

—Rujar y Ferger, adelántense y sírvannos de avanzada. Vayan con cuidado y vean si no hay alguna trampa puesta o tropas emboscadas. Los hombres lobo saben bien que la mejor manera de atraparnos es cuando nos acerquemos a beber a las aguas tranquilas. Observen y escuchen todo. Estamos en territorio enemigo y no quiero errores.

El par de salteadores ni siquiera respondió ante el consejo obvio de Iseke y se alejaron sin hacer el menor ruido. El jefe de los ladrones volteó a mirar las caras sudorosas y llenas de picaduras de ambos primos.

—Ustedes dos descansen un poco. Los demás monten guardias escalonadas. Pronto nos moveremos rumbo al río.

Yosef casi se deslizó por las ancas de Ziguza. Arlinda bajó con lentitud, como toda una dama de la antigüedad.

—Y apenas es el principio del viaje —dijo Yosef, en son de broma.

Pero su prima no tenía ganas de pullas y se acomodó bajo un raquítico árbol que daba una sombra mezquina.

—¿Hay agua? —preguntó el muchacho.

—Solo la de tus sueños —fue la respuesta de Arlinda.

—Es horrible oír el agua del río y no poder beberla —le dijo en susurros a su prima.

—No hables de agua al sediento —fue la brusca contestación de su pariente.

Yosef miró hacia el cielo: «Al menos no hay cuervos gigantes dando vueltas en círculos sobre nuestros cuerpos fatigados, se dijo a sí mismo». Y pensando en ello se durmió.



Las aguas turbulentas

Una figura apareció frente a Yosef: un rostro humano y no. En una mano llevaba un reloj voluminoso y en la otra una luz cegadora.

—¿Tienes tiempo para mí? —le preguntó al muchacho.

—No sé. ¿Quién eres?

—El que te llama de muy lejos. Vivo junto al más muerto de los mares muertos.

—No parece un buen lugar para vivir.

—Para mí lo es —respondió aquel ser—. Deberían venir y visitarme, tu prima y tú. Tengo un regalo para ustedes.

—¿Un conjuro para acabar con las tormentas de fuego?

—No. Un faro donde guardo el tiempo.

Y la figura se dio la vuelta para mostrarle una torre en cuyas alturas brillaba una luz que lanzaba sus rayos en todas direcciones.

—¿Y para qué sirve esa luz?

—Para ver el pasado, para protegerlo del olvido.

—Me preocupa más el futuro —le reveló Yosef.

—Por eso debe venir también tu prima. Ella es más filosa que tú.

—¿Filosa? ¿Como unas tijeras?

—No. Filosa como la muerte. Apresúrense, que el tiempo es un don que de manera fácil se desvanece. El faro los espera, quiere ofrecerles su hospitalidad.

Yosef creyó escuchar voces entre sueños cuando una mano lo zarandeó hasta que tuvo que despertarse del todo. Cuando abrió los ojos se encontró a su prima ya de pie.

—Espabílate, muchacho —le dijo un ladrón al pasar—. Ya dormiste suficiente.

Restregándose los ojos, Yosef se puso de pie y se arrimó a Ziguza.

—¿Cuánto tiempo dormimos? —preguntó.

—Media hora o menos —fue la respuesta.

Ahora entiendo por qué siento que no he dormido nada y me pesan los párpados. Este viaje es puro correr y nada de reposo.

Arlinda se le acercó para ayudarlo a montar, pero Yosef subió a su montura por sí mismo.

—¿Listo? —preguntó su prima.

El muchacho contempló el horizonte encendido que los esperaba.

—Solo estoy cansado. Eso es todo. Supongo que pasando el río Osterde, si los servidores del Caos nos lo permiten, podremos descansar un poco, nos repondremos de estas fatigas.

La tropa de ladrones dejó la protección del bosque de arbustos y se encaminó hacia el rumor del río, que era ya un estruendo audible a la distancia.

Yosef se acercó a Arlinda para obtener un panorama de lo que se había perdido mientras dormía.

—¿Y nuestra avanzada?

—No han vuelto, primo. Por eso Iseke ordenó que nos moviéramos. Algo lo puso nervioso y levantó a todos a pesar de las protestas. Y tú como si nada estuviera pasando.

—Ese ladrón sabe dar órdenes, ¿verdad?

Arlinda asintió.

—¿Sabes cómo llegó a ser jefe de salteadores?

—Ni idea, primo, pero si tenemos tiempo, cruzando el río te prometo preguntarle sobre esa y otras cuestiones que te interesan.

Yosef soltó una carcajada y observó a su prima con una sonrisa maliciosa.

—Ya hice mis propias investigaciones y me dijeron que no tiene compromisos con ninguna salteadora de caminos, digo, si eso es lo que te interesa saber.

Pero su prima, en vez de enojarse, soltó una carcajada.

—Gracias por la información. La tendré en cuenta, pero no me interesa como tú crees. Solo me intriga la vida que ha llevado. Mientras nosotros nos hemos pasado la vida obedeciendo a nuestros padres y comportándonos más o menos, este Iseke y su gente ha vivido al descampado, con sus propias reglas, sin deberle nada a nadie.

En ese momento Yosef comprendió que su prima veía en aquellos forajidos una forma de libertad que la intrigaba, que la hacía pensar en seguirla.

—¿Estás segura de que quieres intentar ser una bandolera? —preguntó no del todo convencido.

—Ese es asunto mío, primo. Piénsalo. Qué mejor vida que una donde nadie te indique tu lugar, donde puedas ser bruja o hechicera y esto no sea una maldición.

Y sin esperar un interrogatorio mayor, Arlinda espoleó a Zigzag para situarse al lado de la tropa de merodeadores que avanzaba a buen paso. Unos momentos más tarde Yosef vio frente a él a Rujar y Ferger, los dos bandoleros que habían ido en avanzada y que lo saludaban con movimientos de la mano.

—Es bueno verlos —dijo el muchacho.

—Lo mismo decimos. ¿Dónde está Iseke?

—Aquí estoy —dijo la voz del jefe de los salteadores—. ¿Por qué no regresaron de inmediato?

Uno de los ladrones le mostró el flanco de una de sus cabalgaduras todavía sangrando de una herida fresca.

—Nos atacaron de vuelta y no pudimos hacer otra cosa mas que ocultarnos mientras pasaban nuestros atacantes.

—Aquí está el venablo que nos arrojaron. Seguramente lo reconoces tan bien como nosotros.

Iseke tomó la flecha de metal con plumas rojas en su parte final y la lanzó al suelo con furia.

—¿Eran hombres yesca?

—Eran —dijo Ferger, el ladrón más joven.

—Los matamos antes de que explotaran —añadió Rujar—. Están a cuatrocientos metros más al norte.

—Nos estaban esperando. Estaban enterados de que pasaríamos por esta ruta.

El informe del par de salteadores hizo fruncir el ceño a Iseke.

—¿Saben lo que eso significa?

Los dos ladrones asintieron con reluctancia. El jefe de los forajidos miró hacia el terreno que los esperaba.

—Nos estaban esperando porque sabían que íbamos a pasar por esta ruta. Ahora debemos cambiar de hábitos y andares, ya no podemos confiar en los caminos que tomamos siempre, ni en los escondites en los que pretendíamos ocultarnos. Para sobrevivir, debemos utilizar otros trucos.

Uno de los exploradores señaló hacia el río.

—Hay otra cosa: el Osterde no es el mismo.

—Sí, ya no es el río de aguas tranquilas que conocíamos.

—Ahora viene con grandes masas de agua, con olas muy encrespadas y rugientes. No es como antes.

Iseke asintió, preocupado. Y luego volteó a ver a Yosef.

—¿Crees que tu hermana pueda domar al río o es solo una bruja menor?

El muchacho se sorprendió.

—No pongas esa cara. Ser una bruja es una profesión como cualquier otra, y en este momento es un oficio muy necesario, muy demandado, pero ignoro con qué poderes cuenta.

—Pregúntale a ella —respondió, finalmente, Yosef.

—Eso haré. Te lo aseguro. Solo quería tu opinión previa.

—Mi opinión —contestó— es que Arlinda aún no ha demostrado la magnitud de sus poderes ni a propios ni a extraños, pero ya es tiempo de que lo haga.

Yosef tomó las riendas de Ziguza y continuó su camino. En unos momentos alcanzó a su prima. Ella seguía, muy erguida y majestuosa, observando el paisaje como si cada recoveco fuera una trampa, como si cada piedra fuera un hechicero a punto de atacarlos.

«Es una niña y una mujer hecha y derecha al mismo tiempo», pensó el muchacho. «No sé qué va a pasar si ella realmente es una bruja mayor, aunque me preocupa más que no lo sea».

—¿Por qué tan silencioso, primo?

La pregunta sobresaltó a Yosef.

—¿Sabías que iba detrás de ti?

—No por tus pisadas, sino por tu corazón acelerado. Desde esta distancia, no me preguntes cómo o por qué, pero lo escucho: fuerte y sin descanso.

—Me preocupas, prima —se sinceró Yosef.

—¿Mi suerte o nuestra suerte?

—Hablo de tus poderes —precisó el muchacho.

—Y yo hablo de los tuyos. Cuando escucho tu corazón también escuchó tu espíritu revoloteando como un pájaro que ya no cabe en su jaula.

—Pero yo todavía no sé qué poderes me corresponden, digo, si es que me corresponde algún poder.

Arlinda se detuvo para que Yosef la alcanzara.

—En tus ojos —le aseguró— hay cosas viejas brillando. No sé qué sean, pero brillan como soles amaneciendo, como joyas a punto de ser expuestas a la vista de todos. Tiempo al tiempo, primo. Ya lo descubrirás. Bueno, si tienes suerte, ya lo descubriremos.

Yosef bajó la mirada y guardó silencio. La fatiga le nublaba los sentidos, le embotaba el pensamiento. Pero aun así no estaba dispuesto a echarse para atrás. La figura de su sueño volvió como una premonición: allá, en algún lugar, frente al más muerto de los mares muertos, alguien sabía cuál era su lugar en el mundo, qué poderes pulsaban en su corazón.

—¿Escuchas el rugido del río? —preguntó Arlinda—. El Osterde parece un engendro desencadenado.

Yosef sonrió para sí con un dejo de tristeza en el fondo de su sonrisa.

—Lo oigo —respondió—. Y como están las cosas, prefiero el agua al fuego, prima.

Arlinda avanzó hacia el río. Yosef se puso a su lado.

—¿Las brujas piensan en la muerte? —quiso saber.

—¿Los soñadores piensan en el tiempo perdido?

—Solo si la muerte los acompaña —contestó.



Los misterios vegetales

—¿Dónde estamos? —inquirió Netario.

En sus palabras vibraba el miedo, la incertidumbre.

—En el granero —dijo, sonriente, el hombre del cayado.

Arminia no tenía tiempo para respuestas sesgadas. Aproximándose al hombre lo agarró del cuello y lo estampó contra la pared.

—Lo que pregunta nuestro guía es ¿dónde se encuentra ahora este granero? Y para que nos entendamos, quien te lo pregunta es una archimaga.

—Mira afuera y dime qué ves, hechicera.

Arminia se forzó en observar el exterior y solo pudo contemplar un borrón de hombres yesca que pasaban a gran velocidad.

—Es como si el tiempo se estuviera acelerando —respondió.

—Estamos donde mismo, solo nos desplazamos en el tiempo —contestó el hombre—. Ahora nuestros perseguidores, al no encontrarnos, siguieron su camino.

La hechicera respiró a profundidad, tratando de serenarse.

—¿Y tú te llamas?

—Sampalio, archimaga. Soy un herborista, aunque en las comarcas del norte me conocen mejor como un alator. Mucho gusto en conocerla.

Arminia mantuvo su desconfianza. Ser herborista y ser alator eran oficios contradictorios: uno sanaba y el otro negociaba con gente fuera de la ley.

—¿Y tú eres?

—Un devoto de Santuario, como ya debes haberlo intuido. Brebaja me enseñó las guaridas seguras y tal ha sido mi misión desde hace años: conservarlas en uso, mantenerlas listas para cualquier contingencia.

—¿Brebaja, mi abuela? ¿Qué tienes que ver con ella? —preguntó, asombrada.

—Mi difunta mujer, Anasita, hija de Brebaja, dedicó su vida a curar con hierbas, a mantener en buen estado los pocos santuarios que aún no se han caído de viejos. Ahora su hermana Salustia y yo nos encargamos de que en las tierras fronterizas existan refugios como estos. Mejor prevenir que lamentar. Y ahora veo las semejanzas entre Anasita y tú, hechicera; la misma sangre, los mismos desvelos.

Corsac se acercó y le echó una mirada interrogativa a la archimaga. Esta quitó sus manos de aquel hombre y trató de calmarse.

—Disculpa mi proceder, Sampalio. Mi nombre es Arminia y estos son Corsac de Lamaria, consejero imperial, y nuestro guía, Netario. ¿Aquí estamos a salvo?

—El grueso del ejército invasor sigue su avance. Llegará a este sitio en unas dos, tres horas, cuando mucho. Pero la avanzadilla que nos rodeó volvió sobre sus pasos al no encontrarnos. Podemos regresar al tiempo y al espacio de donde escapamos.

La archimaga respiró profundamente. Aquella era otra clase de magia que no conocía, que no estaba bajo su dominio, y eso le daba mucho miedo, la hacía dudar sobre sí misma. Era la primera prueba cierta de que la Hermandad de los Magos y Hechiceras no tenían el monopolio de los conjuros en Zarabanda. Y también era la primera señal de que Brebaja contaba con otros planes de contingencia que estaban fuera del alcance de la magia oficial de Zarabanda.

—Explícame Santuario, por favor. Lo poco que sé de tu hermandad me lo mencionó hace poco la herborista imperial, Irina Solandra.

Sampalio no se hizo del rogar.

—Desde la primera quema del mundo, hace miles de años, los herbalistas buscaron una manera para que la humanidad sobreviviera. Utilizaron la sabiduría de las plantas para crear una serie de refugios en las distintas partes del mundo. Lugares como este, donde la gente de Zarabanda podía esconderse mientras la calamidad llameaba.

Arminia alzó la mano para que aquel mago detuviera su discurso.

—¿Cuál sabiduría de las plantas? —preguntó.

—La capacidad de usar sus raíces como rutas entrelazadas que se extienden por toda Zarabanda. Si las sigues, estas te llevan a nudos de poder donde el fuego no penetra, nudos como en el que ahora estamos. Reservorios del tiempo en continuo desplazamiento.

—¿Por toda Zarabanda? ¿Y donde no hay plantas, como los páramos de hielo o los desiertos del sur?

—Otras magias hacen la misma tarea de las plantas. Pero eso puede esperar. Los herbalistas les pidieron a las plantas que salvaran a la humanidad, pero estas no estaban muy contentas con los seres humanos, porque talaban los bosques y quemaban a muchas de ellas para abrir campos de cultivo. Así que llegaron a un acuerdo.

Sampalio guardó silencio para dedicarse a escrutar el rostro de la hechicera, que empezaba a comprender la magnitud de tal revelación.

—¡Las hordas de fuego, los ejércitos del Caos, no fueron una invasión desatada por un poder maligno!

El herborista asintió.

—Hace muchos milenios eran parte del orden natural de la vida. Había tiempos de plenitud y tiempos de sequía, tiempos de lluvia y tiempos de incendio. Ahora las tormentas de fuego son algo distinto. Algunos magos y hechiceros manipularon las fuerzas naturales y las usaron para sacar del poder a los reyes y emperadores, poniéndose ellos en su lugar. Así lo intentaron muchas veces, la última vez fue hace cuatrocientos años. Pero no todos los

magos aceptaron esa manzana podrida; se desató una guerra entre hechiceros como la de ahora. Una lucha por el poder donde el que sufre es el pueblo común, la gente de a pie, los campesinos, los aldeanos, los soldados.

»Por tu expresión, veo que lo ignorabas. Lo que fue una quema del mundo para que volviera a rebrotar, ahora es un combate a muerte por el espíritu de Zarabanda. Por eso Santuario es tan vital en estos tiempos. Somos una red de refugios que están fuera del alcance de las magias del poder.

Sampalio se quitó la bolsa que llevaba a la espalda y guardó el libro que usó para su conjuro de Santuario, mientras contemplaba a la archimaga.

—¿Crees en mis palabras? —indagó con una sonrisa melancólica que rejuvenecía su rostro.

Arminia se acercó a él y bajó la cabeza.

—Perdona mi rudeza —se disculpó.

—Me recuerdas a mi sobrina, terca como ella sola, pero de buen corazón. ¿Qué más quieres saber?

La joven hechicera tenía muchas preguntas por hacer. Pero todas podían esperar, excepto una.

—Brebaja, mi abuela, ¿todavía vive?

Sampalio la abrazó con fuerza.

—Brebaja es nuestro árbol mayor: el más florido, el más fuerte. Sí, todavía vive, pero no en la forma en que tú crees.

—No me confundas. ¿Está viva o no?

Sampalio la miró a los ojos y vio el dolor que la joven hechicera cargaba.

—Vive, pero ya no es tu abuela. Ahora es parte de los misterios vegetales, ahora es la abuela de todos nosotros.

—¿Qué?

—Solo viéndola por ti misma entenderás.

—¿Y cuándo podré verla en persona?

Sampalio se agachó y tomó entre sus dedos un poco de paja, que luego lanzó al aire.

—¿Por qué no ahora mismo? El ultramundo siempre está abierto para todos los que buscan la raíz de cada cuestión, los frutos de cada tiempo.



Brebaja

El vértigo volvió y Arminia sintió la fuerza que la empujaba a otro lugar. Pero este no se encontraba en la superficie, sino en las profundidades de la tierra, en una caverna alta y llena de cascadas, en cuyo centro se alzaba un árbol gigantesco que nunca estaba quieto. Un árbol cuyos ramajes hablaban entre sí, cuyas hojas cantaban. En su tronco algo se removía, algo palpitaba. Arminia lo reconoció de inmediato: era un *Sirelia Docudraq*, el árbol de las protecciones y las salvaguardas.

—Anda, acércate y platica con ella —le llegó de muy lejos la voz de Sampalio.

—¿Este árbol es mi abuela?

—Entre muchas otras cosas, archimaga.

La joven hechicera no se hizo del rogar. El árbol giraba de un lado a otro, como si estuviera bailando con una música interior. Arminia puso la mano en su tronco y la apartó enseguida: algo vivía en él, una presencia que parecía familiar. Volvió a tocarlo con cuidado y cerró los ojos.

—Abuela, ¿me escuchas?

El árbol se agitó, como si despertara.

—Sé quién eres, niña, no estuve cuando naciste, pero oí a tu madre cantarte las canciones que yo le cantaba a ella. Me da gusto verte ahora. Tan fuerte, tan decidida a dar batalla por este mundo. ¿Cómo puedo olvidarte, niña

de mi niña?

Arminia abrió los ojos y vio que en el tronco aparecía el rostro de una mujer que le sonreía, una mujer que le transmitía su amor como una fuerza inagotable.

—¿Cómo te volviste este árbol?

—No soy un árbol, en realidad, sino el corazón de Zarabanda, su latido milenario, su sangre incontenible, verde y luminosa, eterna y veraz.

La archimaga no pudo contenerse más y empezó a llorar.

—No llores. No tengas piedad de mí. Ahora doy aliento al mundo para que siga de pie. Acepté hace mucho mi destino. Quería curar y solo así puedo sanar a todos y no nada más a unos cuantos. ¿Entiendes mi decisión, niña de mi niña?

—La entiendo, abuela, la entiendo. Pero ahora el mundo está de nuevo en peligro. ¿Puedes ayudarnos a curarlo de alguna forma?

—Busca a mi sucesora en el arte de la eternidad, busca a mi sucesor en el arte de la memoria. Sampalio los conoce muy bien.

Y en ese instante, el vértigo volvió y la joven hechicera regresó al granero, donde Corsac y Netario la veían con ojos preocupados.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Te desmayaste —le respondió el consejero.

—No puede ser.

—Pero lo fue. ¿Puedes levantarte?

—Me da vueltas la cabeza.

Entre Netario y Corsac la pusieron de pie.

—¿Dónde está Sampalio?

El hombre del cayado salió de entre las sombras.

—Aquí estoy, archimaga. ¿Tu curiosidad está satisfecha?

Arminia sintió un dolor de cabeza, pero no le hizo caso. Había asuntos más importantes por atender.

—Debemos regresar a Marfilia y avisarle al emperador —dijo mientras se frotaba las sienes.

—¿Avisarle qué? —quiso saber Corsac.

—Que los planes del Caos no son lo que creíamos.

El consejero frunció el ceño.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

Pero la joven hechicera solo veía a los magos muertos, a las hechiceras fallecidas de su hermandad. «Alguien quiere destruir nuestra orden desde adentro», pensó. Y para lograrlo, lo mejor era poner al mando a un chivo expiatorio como ella, a una hechicera conocida solo por sus acusaciones escandalosas, a la que se vería como incapaz de ejercer el cargo recibido. ¿Quiénes estaban al tanto de aquella conspiración? ¿Quiénes se iban a beneficiar si ella fracasaba como se esperaba lo hiciera? Pero las palabras de su abuela le habían abierto los ojos: en esta guerra por Zarabanda ella no estaba sola.

Apenas subieron a sus cabalgaduras, Samara protestó.

—Dos jinetes en vez de uno… Así que no me pongas a galopar.

Arminia la acarició.

—No lo haré. Vamos a trote, sin cansarte. Debemos llegar a Marfilia antes de que vuelen los puentes, pero no hay prisa.

—Entiendo, pero no abuses.

Y regresaron por donde habían venido. Hacia el sur. No encontraron más que unas cuantas patrullas que vigilaban el camino hacia la capital imperial.

—¿Ya vienen? —inquirieron, ansiosos, los soldados.

—Ya vienen —les respondió Netario—. No se queden aquí mucho tiempo.

A sus espaldas, a unos cuantos kilómetros detrás de ellos, un incendio voraz se elevaba a decenas de metros. Llamas en remolino consumían todos los objetos que tocaban. La archimaga buscó en su ropa y sacó una hoja del árbol de trueno y la masticó a duras penas. Era amarga como ella sola, pero hizo un efecto inmediato. El dolor de cabeza disminuyó hasta hacerse tolerable.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Corsac.

—Lista para el fin del mundo. Consejero, me dijiste que había en Marfilia como unos cien mil refugiados.

—Ahora ya deben de ser muchos miles más. ¿Por qué?

Arminia volteó a ver a Sampalio.

—Porque vamos a necesitar cuanto santuario exista en la capital del imperio. ¿No es así, herborista?

—Así es, pariente de mi difunta esposa. Así es.

La hechicera le sonrió con afecto.

—En cierta forma, tú y yo somos familia. ¿De dónde eres?

—De Vejestorio, un pueblo fronterizo. La calamidad me sorprendió en Mitra.

—¿Y qué hacías en ese pueblo de mercenarios? —quiso saber Corsac.

—Tratando de conseguir soldados de paga para que protegieran a Vejestorio, pero el fuego me cortó el paso. Traté de encontrar una ruta de vuelta, pero el ejército imperial me lo impidió. Luego el fuego se hizo más grande y el pánico se apoderó lo mismo de civiles que de militares. Perdí mi cabalgadura en una posada, seguramente alguien me la robó. Como todo el mundo, me encaminé a Marfilia, pero mi pensamiento sigue estando con mi pueblo, con mi familia.

Arminia se acercó más a Sampalio y le susurró.

—El vértigo que tuve me hizo conocer a mi abuela. Gracias por ello.

—Me alegra haberlas puesto en contacto.

—Mi abuela me dijo que había dos personas que podían ayudarnos a luchar contra la calamidad. No me dio nombres, pero me aseguró que tú las conocías.

A Sampalio le cambió el semblante ante aquella revelación, aunque no dio su brazo a torcer.

—¿Te dio alguna otra seña sobre esas dos personas?

—No, herborista, pero intuí que eran parte del linaje de mi abuela. ¿Quiénes pueden ser?

—Déjame pensarlo y, cuando estemos en Marfilia, juntos lo aclararemos.

La hechicera comprendió la renuencia de Sampalio para decirle lo que sabía.

«Dos esperanzas es mejor que una», pensó y dejó que Samara los llevara de vuelta al sur.



Los pasillos del poder

Cuando se acercaban a Marfilia se dieron cuenta de que poco faltaba para que el puente que cruzaba el río Tamar fuera quemado hasta sus cimientos. Arminia le avisó al capitán que guardaba el puente que aún había patrullas de soldados de ese lado, que los esperara, que no tardarían en llegar. Los que abundaban eran los refugiados de las comarcas del norte, que se agolpaban, con sus escasas pertenencias, buscando cruzar el río entre gritos y codazos, intentando llegar a la seguridad ansiada tras los muros de la ciudad fortaleza. Los centinelas los dejaban pasar, pero casi siempre los obligaban, a pesar de sus protestas, a tirar sus bártulos al río, donde se hundían irremisiblemente o flotaban hasta perderse de vista.

Al otro lado del puente, a las puertas ya de Marfilia, un centinela quiso interrogarlos, pero Corsac le mostró su pase imperial y tuvo que dejarlos pasar sin más averiguaciones. Sampalio no intentaba ocultar su gozo por estar en aquella urbe legendaria, que contaba con más de dos mil años de antigüedad. Pero de aquella partida, el herborista era el único que aún parecía contar con una cierta dosis de entusiasmo. La archimaga vio el cansancio propio en la fatiga que mostraban sus demás acompañantes. Estar cerca del Caos los había consumido por dentro, arrebatándoles hasta la última energía vital.

—Netario, estás libre de tus obligaciones para con nosotros, gracias por tu ayuda.

El guía inclinó la cabeza y sonrió.

—Gracias a ustedes. Espero que todos salgamos bien de lo que nos espera.

—Si te necesitamos de nuevo, ¿dónde podemos hallarte? —preguntó Corsac.

—En la torre sur. En cuanto destruyan los puentes, solo habrá salidas por la puerta del sur.

Sampalio se bajó del caballo en una plazoleta atiborrada de refugiados, llena de familias que apenas iban recuperándose de su ordalía, de madres que trataban de infundir confianza a sus hijos, de campesinos que se sentían asfixiados entre los muros de piedra.

Mientras los mercaderes locales se quejaban de que los refugiados estaban obstaculizando sus negocios, haciendo más difícil la entrada a sus tiendas.

—Aquí me quedo —dijo—. Yo no tengo nada que hacer con los aristócratas. Esta es mi gente. Voy a preguntar si alguien sabe qué sucedió en Vejestorio. Tal vez sepan qué pasó con el resto de mi familia.

—Si necesitas ayuda, estaremos en la torre del palacio imperial —le dijo el consejero—. Solo pregunta por Corsac de Lamaria.

—Así lo haré.

La archimaga se inclinó para abrazarlo.

—Gracias por abrirme los ojos, no lo olvidaré. Pero no necesitas andar vagando por la ciudad. Dime cuál es el nombre de tus familiares y los hallaré por ti.

Una sombra repentina cruzó el rostro del hombre.

—Te lo agradezco. Mis familiares están en Vejestorio, en el santuario de la hermana de su madre. Mi hijo se llama Yosef, es un buen chico, pero de esos que idealizan el mundo, que creen que pueden salvarlo con su pura voluntad. Cuando crezca espero que sea un miembro de Santuario, aunque a él no le he contado lo que yo realmente soy. Yosef tiene el corazón abierto, la mente lúcida.

Arminia se rio por lo bajo.

—Debió de salir a su padre, supongo.

Pero ya no pudo seguir hablando porque, en ese instante, una visión llegó hasta ella y un vértigo la sacudió. Se encontraba en una costa azotada por el viento; sobre un promontorio un faro de piedra se alzaba. En la playa cercana un muchacho y una muchacha señalaban aquel edificio de donde salían rayos de luz que iluminaban un mar furioso, cuyas olas iban y venían. Arminia sintió que, por más movimiento que tuviera, aquellas aguas no contenían ni una pizca de vida.

—Yosef, mira, ese faro es el que me llama —indicó la muchacha.

—Está bien, Arlinda. Yo también lo he soñado. Ahí reside el que nos espera —dijo el muchacho.

—¿Estás seguro de que no es una trampa, primo?

—No estoy seguro de nada, pero necesitamos entrar a ella, conocer sus secretos.

Y ambos se dirigieron al faro. Alguien, tras una de las ventanas de aquella edificación, los observaba con sigilo. Aparte de la marejada, el único sonido que se escuchaba era el tictac de un reloj mecánico.

—Hechicera, ¿qué te pasa? —preguntó Sampalio, sosteniendo a la archimaga por el brazo.

Pero Arminia se recuperó en unos segundos y volvió a ponerse erguida sobre su cabalgadura.

—¿Te suena Arlinda? —le preguntó a Sampalio.

El herborista se puso pálido.

—Es mi sobrina. ¿Por qué?

—Están en peligro, ambos, Yosef y Arlinda. Lo acabo de percibir. No sé si es una profecía o ya ha pasado, pero vi a tu hijo y a tu sobrina: están juntos.

—¿Dónde?

La archimaga movió la cabeza como si despertara de un sueño y este se fuera desvaneciendo antes de que lo recordara del todo.

—Lejos, muy lejos. Súbete, amigo, debemos ver al emperador y luego tendremos que partir de nuevo en busca de tus parientes.

—¿Por qué es imperativo buscarlos? —quiso saber Corsac.

Mientras Sampalio subía a Samara, la joven hechicera se daba golpes en la frente.

—Porque de ellos depende la suerte de Zarabanda. ¡Qué idiota fui! ¿Por qué no lo vi antes?

—¿Ver qué? —preguntó, ansioso, el consejero.

—Que Marfilia no es la batalla principal, sino un frente secundario. La guerra contra el fuego no se va a ganar detrás de estas murallas. Eso quiso decirme mi abuela: la suerte de nuestro mundo está en los hombros de Yosef y Arlinda. ¿Entienden? Nosotros no somos los protagonistas de esta lucha terrible, sino los peones a sacrificar, los soldados de a pie. Son ellos dos el fiel de la balanza, el santuario mayor.

Sampalio la abrazó de la cintura.

—Entonces galopa, archimaga —le suplicó—. No quiero que ningún mal los alcance, que ningún daño les suceda.



Golpe palaciego

Después de dejar sus respectivas cabalgaduras en los establos imperiales, los tres corrieron hasta la torre del palacio imperial, pero fueron detenidos por una compañía de soldados que montaban guardia a su entrada.

Corsac mostró su pase imperial, alzó la voz, amenazó con castigos ejemplares, pero nadie le hizo caso. Lo más que consiguió fue que el oficial al mando les dijera que estaban allí para proteger la integridad del mismísimo emperador por órdenes directas del Consejo Supremo de la Hermandad de los Magos y Hechiceras.

—Pero yo soy la consejera suprema —arguyó la joven hechicera—. Yo soy la archimaga.

—¿Qué está pasando? —preguntó Sampalio.

—Un golpe de Estado —le susurró el consejero—. Eso es lo que está pasando. Alguien se ha adueñado del palacio imperial y no quiere que entremos.

Arminia volteó a todas partes y vio a Kalisma acercarse con un grupo numeroso de soldados con espadas y ballestas.

—¡Exijo ver al emperador ahora mismo! —les gritó a los guardias imperiales.

—¡Tenemos órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie! —volvió a decir el oficial a cargo.

Estaban a un tris de que hubiera un enfrentamiento entre ambas facciones del ejército, cuando la archimaga se acercó a la comandante.

—Tengo una idea. Pero requiero de tu permiso para llevarla a cabo.

—La magia está prohibida dentro del palacio imperial —se indignó Kalisma.

—Pues es magia, debes saber, lo que están utilizando mis hermanos contra el emperador en este mismo momento. ¿Tengo permiso?

La comandante ni siquiera parpadeó.

—Permiso concedido, pero no quiero muertos.

La joven hechicera sonrió.

—No los tendrás.

Y acercándose a la guardia imperial que les impedía el paso comenzó a aplaudirles.

—Los felicito por su lealtad a toda prueba. Son ustedes los mejores representantes de la gloriosa tradición militar del imperio de Antara. Ahora, véanme y díganme por qué todo se mueve, oscila, se agita, se borra, se precipita, se cae, se duerme, se mueve, oscila, se agita, se precipita, se cae, se duerme.

Los guardias imperiales cayeron de hinojos al suelo.

La archimaga dejó de aplaudir.

—¿Satisfecha, comandante?

Kalisma no pudo evitar sonreírle.

—Su magia, hechicera, merece un aplauso.

—Quizás, pero ahora viene lo difícil: vamos a subir y a enfrentarnos no contra soldados sino contra magos muy viejos y muy letales. ¿Lista para luchar a muerte?

Las tropas que había traído la comandante prepararon sus ballestas y espadas. Arminia tocó todas las armas y musitó la oración del metal.

Nada puede herirme,
Nada puede tocarme.
Yo soy mi propio escudo.

Ningún conjuro me daña.
Ninguna voz me lastima.

Y así, protegidos por el amuleto cantado por la archimaga, Kalisma y sus soldados, lo mismo que Arminia, Corsac y Sampalio, subieron los escalones de la torre imperial y entraron en la sala de los estrategas, donde los esperaba el propio emperador, que flotaba maniatado por cuerdas de luz, así como dos magos y una hechicera dispuestos a matarlos a la menor oportunidad.

El primer rayo pasó volando sobre la cabeza de la archimaga, que apenas tuvo tiempo de agacharse. Un soldado detrás de ella lanzó un grito y el aire se llenó de un aroma acre, nauseabundo, mientras más rayos los atacaban sin descanso. Lartes, Asurto y Selinia disparaban toda clase de hechizos contra ellos. En pocos segundos, más de una decena de soldados y oficiales yacían retorciéndose en el suelo y más de uno daba su último suspiro.

Arminia devolvía los hechizos al tiempo que protegía a Kalisma, Corsac y Sampalio. Pero aquella era una lucha desigual y la joven maga solo podía terminarla no con una espada sino con un conjuro truculento. Observó la pared a espaldas de Lartes, donde estaba colgada una pica de hierro, y murmuró una magia para capturar el espíritu del metal y transformarlo en una criatura manejable. La pica salió de su soporte y se lanzó contra Lartes, a quien atravesó en un segundo, para luego volar hasta Asurto y hacer lo mismo. Pero Selinia se percató de la pica y la hizo pedazos con su propio hechizo.

—¿Conque jugando sucio, bruja de pacotilla? —siseó mientras preparaba un nuevo hechizo para matar de una vez por todas a la archimaga.

Corsac, en ese momento, al ver distraída a Selinia, se abalanzó sobre la bruja y la derribó. Ambos cayeron al piso, pero la bruja no iba a permitir que un simple ser humano la derrotara. Con otro conjuro aventó al consejero a un lado y volvió a ponerse de pie, lista para seguir luchando. Sin embargo, antes de que pudiera atacar, Sampalio le arrojó una nube de polvo amarillento, que hizo convulsionar a la hechicera, ponerse azul y quedarse rígida.

—¿Qué le hiciste? —preguntó Kalisma.

—La puse en pausa —dijo el hombre del cayado como si fuera la cosa más normal del mundo.

Arminia no daba crédito a lo que veía.

—Esa es magia mayor, herborista.

—¿Está viva? —inquirió Corsac, que se levantó con un gesto de dolor.

Sampalio se indignó ante aquella pregunta.

—Por supuesto. No cuento con polvos de muerte. Solo está atrapada en un lapso muy breve.

—¿Qué le echaste? —preguntó la comandante.

—Araca, una semilla molida de la acacia tropical, que tiene la facultad de demorar el tiempo interno de los organismos animales por sus ácidos…

—Lo que sea, fue efectivo y sagaz —lo felicitó el consejero, mientras se acercaba con cautela al emperador, que continuaba sujeto por unas cuerdas de luz que chispeaban.

Kalisma levantó las manos porque deseaba quitarle aquellas amarras luminosas con sus propias manos, pero la archimaga se lo impidió.

—No toques nada si quieres seguir con vida. Déjame encargarme de esto.

Arminia formó con ambas manos una trenza de luz que ató a los nudos del hechizo que mantenía sujeto al soberano. Luego, poco a poco, empezó a desamarrarlo con cuidado, hasta que logró liberarlo por completo. El emperador fue descendiendo hasta que tocó el piso y todos advirtieron que apenas podía mantenerse en pie. Corsac le acercó una silla y Kalisma se puso a su lado.

—Mi señor —dijo con voz angustiada—. ¿Está bien? ¿Qué fue lo que ocurrió aquí?

El consejero trajo un vaso de vino y se lo ofreció al emperador, pero Arminia se interpuso.

—Todo lo que está en esta sala pueden considerarlo una trampa. Sería bueno que se llevaran a las mazmorras a Selinia. Le impuse un conjuro de restricción que le impedirá usar sus hechizos contra sus guardianes.

La comandante asintió y, en cuanto un grupo de soldados se llevó a Selinia, mandó traer de la cocina imperial botellas de vino sin abrir. Solo entonces, cuando Soroj Tercero bebió y logró recuperarse lo suficiente, pudo contar lo que había pasado.

—Vinieron los tres, a medianoche, y me dijeron que había noticias del avance de las huestes del Caos, noticias que no podían esperar hasta el amanecer. En cuanto salí de mis aposentos no sé qué me hicieron, pero los obedecí como un sonámbulo. Mis guardias también quedaron hechizados. Y los ujieres, ¿cómo están?

Kalisma y la archimaga se miraron entre sí.

—Todavía bajo el influjo de los magos traidores, pero los liberaremos en un momento.

El emperador extendió sus brazos y contempló sus manos temblorosas.

—Me sentía como en medio de una niebla espesa. Solo escuchaba sus voces y las obedecía sin resistirme a ellas. Me obligaron a que mandara órdenes de rendición a todas las fortalezas del reino.

De inmediato un grupo de oficiales fue enviado a revocar las órdenes de rendición antes de que se hicieran efectivas en todas las unidades del ejército de Antara.

—¿Y qué más, mi señor? —insistió Corsac.

El emperador agitó la cabeza.

—Creo que ordené que dejaran intactos los puentes.

Kalisma no perdió tiempo y mandó a otro grupo de oficiales a dar aviso a los ingenieros a cargo, dándoles la orden de que continuaran con su labor de quemar los puentes en cuanto se tuviera a la vista a las hordas de fuego. A sus soldados los puso a trasladar a los muertos y heridos escaleras abajo.

—¿Eso fue todo? —preguntó la archimaga, mientras tocaba el hombro del soberano.

—No. Me preguntaron por algo más, pero no alcanzo a recordarlo.

—¿No fue sobre la rosa de las transfiguraciones, sobre la joya de los vientos? —Era la voz de Sampalio, tensa e imperiosa.

La mirada de Soroj Tercero se posó en el hombre del cayado.

—A ti no te conozco, forastero. Hablas con acento del norte. ¿De dónde eres?

—Buen oído, majestad. Sí, soy norteño. De una aldea cercana a los pasos fronterizos, llamada Vejestorio.

El emperador tomó un sorbo más de vino antes de responder.

—Sí. Qué curioso, sobre eso me preguntaron… De un par de niños o jóvenes, no estoy seguro, provenientes de ese lugar, pero yo no sabía nada. Cuando se convencieron de que no conseguirían esa información de mí se lo comunicaron a alguien más. Había algo aquí, en la sala, como una… una presencia… un fulgor.

En ese instante una llama bajó del techo y voló directamente hacia el soberano. Pero antes de que estallara en su pecho, Arminia la atrapó entre sus manos y la hizo una bola que fue empequeñeciendo hasta dejarla del tamaño de una esfera diminuta, iridiscente.

—¿Qué es eso?

—Un fuego fatuo —contestó la joven hechicera—. Estaba aquí para espiarnos.

—¿Es uno de los torbellinos del Caos? —pregunto la comandante.

—Sí, pero solo una emanación de un hechicero mayor, de un zeniestro. ¿No es así, quien quiera que seas? Vamos, ¡muéstrate como realmente eres!

La esfera cambió de forma y se transformó en un rostro en llamas.

—¿Qué haces defendiendo Marfilia y su patética humanidad, hija de la espada, dama de los forajidos?

La archimaga se quedó muda un momento. Aquella voz le era particularmente conocida. Años atrás compartió aventuras fuera de la ley con aquel hombre… un ladrón de talismanes. Un asesino consumado del que se alejó asqueada por la facilidad con la que mataba a todo el que se interpusiera en su camino, a todo el que ya no le sirviera para sus fines aviesos.

—Hace mucho que no sabía de ti, Trajancio. ¿De cuándo acá te volviste un hechicero?

—Siempre lo fui, pero tú nunca lo sospechaste. Quería que me indicaras dónde podía contactar con tu abuela, la famosa Brebaja, pero eras una muchacha tan ignorante que poco pude sacar de tu cabeza hueca. Por más que te hechizaba para que soltaras la lengua, solo me contestabas con cuentos de hadas, con historias de fábula.

Arminia se echó a reír.

—Bueno, entonces no era una hechicera sino una contrabandista. Y ahora que nos volvemos a ver, ¿qué piensas? ¿He progresado o sigo siendo la crédula que te seguía en tus saqueos?

La bola de fuego intentó aumentar de tamaño, pero la archimaga se lo impidió.

—No sé quién te hizo mago, Trajancio, pero veo que solo dominas los trucos más fáciles de nuestro oficio.

—Ya te castigaré a su debido tiempo —la amenazó el mago.

—Me cuesta trabajo creerlo. Tú no eres un adversario de peso. A lo más, eres un sirviente menor del Caos. ¿Por qué no me dejas ver a tu amo, el oculto, el escondido?

—Mejor obsérvate en un espejo, Arminia. Verás que te queda grande el título de archimaga.

—Gracias por la confianza, mi viejo amigo Trajancio. Tal vez tengas razón. No soy tan poderosa como el hechicero que mueve tus hilos, pero me defiendo.

—Marfilia estará rodeada por nuestros ejércitos en pocas horas. Y cuando eso suceda, todos los que estén tras sus murallas perecerán. Incluida tú y el emperador. No habrá tregua para ti ni piedad para nadie que ose desafiarnos.

—Sí. Veo que han pensado en todo. Son muy listos, todos ustedes. Han previsto hasta el último detalle. O debo decir, hasta la última finta.

—¡No te burles, hija de los hierbajos!

—No me burlo, gran mago de boca suelta. Pero creo que no están tan seguros como pretenden hacernos creer. Dile a tu amo que espero trucos más inteligentes que tú.

—No soy un títere, novata, sino el que juega con tus hilos; con los tuyos y los de todos ustedes.

Arminia tomó la esfera y la alzó.

—Quizás, Trajancio, pero entonces ¿por qué les preocupa tanto la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos? Ya voy pensando que sin ellas carecen de poder sobre nosotros.

Y sin darle tiempo a responder, la hechicera presionó la esfera con sus dos manos, hasta hacerla estallar con un brillo cegador.

Otras hermandades

El silencio reinó en la sala de los estrategas. La luz natural volvió a entrar por el gran ventanal y los restos de oscuridad se desvanecieron.

—Bien hecho —dijo el emperador, que iba recuperándose.

—Lo que Trajancio, ese mago imbécil, no sabía es que, al estar conectado a la esfera de poder, destruirla aquí era destruirla en todas partes. Dondequiera que estuviera, ahora también él es polvo.

—¿Está muerto? —preguntó Soroj Tercero.

—No exactamente. Ahora solo es magia fragmentada, cenizas esparciéndose. Ese es el efecto de un vínculo mágico que debió tener en cuenta mientras hablaba conmigo. Por eso digo que mi antiguo compañero de saqueos no es nuestro enemigo principal.

—¿Entonces quién es? —indagó Corsac.

La archimaga no contaba con una respuesta satisfactoria.

—Un mago poderoso, sin duda. O una hechicera formidable. Para poder dominar a Lartes, Asurto y Selinia, implica que conoce nuestros más viejos tratados de sicomagia, de hipnoagresión. No tengo idea de quién sea, pero intuyo que él me conoce muy bien, que en algún momento de mi vida también quiso utilizarme y no pudo.

—¿Eres una maga más poderosa que nuestros adversarios? —preguntó el emperador.

—Lo dudo —dijo, inesperadamente, Corsac—. Pero de que es terca y nadie puede cambiarla de parecer, le aseguro, majestad, que no conozca a ninguna hechicera mejor preparada para mantenerse luchando, para no darse por vencida, aunque todos los conjuros estén en su contra.

El emperador, ya bastante repuesto, miró a su consejero.

—Veo que la admiras, Corsac. Si no te conociera, incluso pensaría que estás prendado de nuestra archimaga, que tu admiración esconde sentimientos más hondos y vehementes.

Las palabras de Soroj Tercero hicieron enrojecer a la hechicera y al consejero por igual.

—No se trata de eso —balbuceó Corsac, pero nadie creyó en sus palabras.

—Lo que quiere decir el caballero de Lamaria —intervino Sampalio— es que Arminia es alguien que no cae fácil bajo ningún sortilegio. Esa es su fuerza. Esa, su fortaleza.

El emperador apartó la vista de ambos y por un instante pareció relajado.

—Si no estuviéramos en guerra a muerte contra el Caos, pediría que hicieran una comedia con los enredos de ustedes dos y la presentaríamos en el anfiteatro para deleite de la corte. Pero ahora dejemos esas festividades para tiempos más ligeros.

Kalisma fue a la mesa, extrajo un mapa de Marfilia y sus alrededores y lo mostró a los presentes.

—Por lo que vi, majestad, no falta mucho para que aparezcan los primeros incendios en la orilla norte del río Tamar.

El soberano carraspeó antes de dar sus órdenes.

—Kalisma, te nombro comandante general de todos los ejércitos imperiales, pero especialmente te encargo, ahora mismo, la defensa de Marfilia. En ti recae la responsabilidad de mantener a salvo nuestra ciudad capital, de que no caiga en manos del Caos.

Y volteando con Arminia, le sonrió.

—Creo que me he quedado sin magos de confianza. Archimaga, ¿qué puedes aportar para que salgamos de este incendio con vida?

Pero fue Sampalio el que respondió.

—Arminia y yo debemos partir lo más pronto posible, majestad. Pero hay algo que podemos hacer antes de marcharnos para proteger a esta ciudad.

El emperador hizo un gesto para que el hombre del cayado continuara.

—Marfilia tiene varios lugares donde la población puede entrar y estar a salvo.

—¿Entrar? ¿A dónde?

Esta vez la joven hechicera intervino.

—Parece que hay otras hermandades mágicas en el mundo, majestad. Nuestro amigo norteño pertenece a la orden de Santuario, cuya misión es salvar la vida, natural y humana, de Zarabanda, sobre todo ante el peligro que representa todo lo que busca destruir y exterminar a nuestro mundo. Es una hermandad formada por gente común y eruditos, estudiosos de las plantas y los animales.

—Herboristas —añadió Corsac.

Sampalio tomó un mapa de la ciudad y con un lápiz que estaba sobre la mesa dibujó varias X en cinco distintos lugares de Marfilia.

—Estos son los sitios donde la gente puede refugiarse, pero no alcanzan para todos. Cuando se crearon, Marfilia era una ciudad pequeña y por eso solo pueden caber unas setenta mil personas sumando los cinco santuarios. Yo aconsejo que metan en ellos, en primer lugar, a los heridos, a los enfermos, a los niños, a las mujeres embarazadas y a los ancianos.

Soroj Tercero entendió la crítica implícita.

—¿Quieres decir que estos refugios se abrirán solo para los que realmente los necesiten, para los que viven ahora en las calles, para los refugiados que ahora aglomeran nuestras calles y parques y plazas?

—Así es, majestad.

Corsac se asomó al mapa.

—Esa cruz está en la esquina de Arcón y Pavesa, allí solo hay una licorería.

—Y esa licorería es uno de los cinco santuarios existentes —le respondió el herborista—. Los otros cuatro refugios son una taberna, una tienda que vende objetos robados, un apostadero y un burdel. Como ven, ninguno es un sitio

para personas decentes. Y, sin embargo, esos cinco lugares son refugios seguros en caso de desastres como los que estamos padeciendo.

El emperador aceptó las nuevas como un trabajo por hacer.

—Yo mismo tomaré posesión del santuario más próximo —dijo al herborista.

Sampalio frunció la boca.

—No funcionan así, majestad.

—¿No? ¿Entonces cómo lo hacen? —quiso saber Soroj Tercero.

—Son refugios abiertos para todos, pero que solo se abren cuando existe verdadero peligro. No reciben órdenes de la aristocracia, ni de los soldados ni de los comerciantes. Solo los hermanos de la vida podemos abrirlos.

—Entiendo. Ante ellos todos valemos lo mismo.

—Correcto, majestad. Ciudadanos, refugiados y cortesanos; nadie puede ponerse sobre los demás. Hay una palabra que contempla este concepto: Democritus, la sabiduría de los iguales.

El emperador dejó a un lado tal idea y se concentró en otra duda que tenía.

—No entiendo bien el mecanismo, Sampalio. Si hay un lugar, digamos una tienda, por ejemplo, y la gente entra en ella tratando de salvarse del fuego, ¿qué pasa si no cabemos todos?

Sampalio señaló los pedazos de la esfera destruida por la archimaga.

—Es como lo que hizo Arminia con el fuego fatuo, pero al revés. Algo pequeño se amplía, se hace grande, pero solo desde dentro lo percibes. Quien esté afuera seguirá viendo únicamente una tienda normal, o quizás no vea más que un lote baldío. Esta magia nuestra hace que dos tiempos diferentes se traslapen, que dos espacios distintos sean uno solo por un instante en esta realidad. Santuario te saca de tu espacio y de tu tiempo para luego devolverte a tu lugar y momento de procedencia. Sé que es algo enmarañado, pero así es nuestra magia, un ramaje complejo, como raíces entrelazadas.

Nadie respondió a la explicación por un instante. Kalisma se disculpó con todos, pero dijo que tenía que encargarse de la defensa de Marfilia. Arminia la detuvo y le dijo que si había otras personas en el palacio aún hechizadas solo diera tres palmadas y despertarían.

—Estarán como antes, no recordarán lo que hicieron. Pero déjalos descansar un poco hasta que se sientan como ellos mismos.

—Eso haré, archimaga. Gracias por salvar a nuestro soberano.

En cuanto salió Kalisma, el emperador se frotó las manos.

—Creo que ya me siento mejor, que ya puedo cuidarme solo —aseveró.

—Estuvo preso de un conjuro de sometimiento, majestad —le advirtió la joven hechicera—. No quiera esforzarse mucho hasta que no se sienta como antes.

—La guerra no aguarda —contestó Soroj Tercero—, pero lo que me preocupa es lo que dijo este hombre, Sampalio, de que tú y él debían marcharse de Marfilia. ¿A dónde van cuando tanto se les necesita aquí, en esta batalla que está por empezar? ¿Y qué es eso de la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos?

Sampalio tomó la jarra de vino y se la llevó a la boca. Al terminar de beber una buena cantidad, se limpió las gotas que le escurrían por la barbilla con la manga de su camisa de lana. Y solo entonces respondió a las dudas del emperador.

—Mire, señoría, sé que aquí en el imperio y en otros reinos creen que la Hermandad de los Magos y Hechiceras contaban con el monopolio de la magia de Zarabanda. Pero no es así. Hay otras hermandades que utilizan diferentes tipos de magia. La mía, la hermandad del Santuario, se basa en la magia de la naturaleza, la que proporcionan las plantas, lo que incluye la sabiduría de flores, árboles y bosques. Pero no somos los únicos. Al menos sabemos que hay dos magias más: la aérea, la de las criaturas de las alturas, y la de los tornados de arena, la del calor extremo, la de los habitantes del espejismo. Incluso no me sorprendería que hubiera otras en este mundo de las que ni siquiera sospechamos de su existencia.

—¿Y cómo encajan en todo eso la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos? —inquirió el emperador.

Sampalio se rascó el cuello, intentando responder.

—Bueno… la verdad es que no lo sé. Más bien dicho, nadie lo sabe. Es un saber perdido. Pero hay ciertos informes, todos incompletos, que aseguran que estas dos, la rosa y la joya, no son tales, sino una forma figurativa de nombrar a dos amuletos o talismanes que pueden abrir, como si fueran llaves mágicas, la puerta del faro de la luz del tiempo. Un portal que permite limpiar de sus afecciones a Zarabanda sin necesidad de usar las magias del poder, reverdeciendo el mundo como si todo comenzara de nuevo. Es un mito, si así lo quieren ver, pero también una profecía muy antigua, tal vez la más antigua de todas.

El emperador le quitó la jarra a Sampalio y bebió de ella ajeno a las buenas maneras.

—Es una profecía de renacimiento, ¿eso quieres decir? —preguntó Arminia.

—No exactamente —contestó el hombre del cayado, tratando de no mirar a la joven hechicera a los ojos—. Más bien es una profecía del fin del mundo.

Corsac no pudo evitar reírse.

—¡Ya lo sabía! —exclamó—. ¿Qué otra cosa podría ser?



Los augurios

Ya era de noche cuando alcanzaron la orilla del río. Las avanzadas tenían toda la razón: el Osterde no parecía una apacible corriente a la que las leyendas calificaban más como un flujo de aguas mansas que como el mar embravecido que ahora todos contemplaban.

—Esto no me gusta.

La voz de su prima y el tono con que había pronunciado sus palabras no escapaban al escrutinio de Yosef.

—¿Quieres decir que estas aguas están hechizadas?

Arlinda titubeó antes de responder.

—No estoy segura. Podría serlo, pero no adivino qué cambios lo perturban.

Yosef también percibía que aquella masa de aguas turbulentas no era un fenómeno ordinario. De todas formas, imitando a los bandoleros, tomó un trago grande de aquel líquido y, en cuanto lo hizo, se sintió con nuevas fuerzas. Pero la corriente, su rugido, lo obligaron a retroceder.

—Tal vez el hombre en llamas ha conjurado esta marejada para impedirnos el paso —dijo señalando el torbellino que pasaba a pocos pasos—, quizás para que sus sirvientes nos alcancen.

—O podría ser un espejismo, una artera ilusión, para que en ella no veamos lo que realmente está pasando —replicó su prima.

—No hables con frases enredosas, por favor, que no podemos seguir tu razonamiento.

Era la voz de Iseke, quien se acercaba a pie y revisaba las orillas del río con mirada atenta.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó su prima.

—No te entiendo, muchacha —respondió el salteador de caminos.

—Digo, que hayas dicho «por favor». Ese sí que es un avance en tus modales.

Iseke aceptó el regaño sin importarle que los demás ladrones lo advirtieran.

—Si con un «por favor» logras resolver este acertijo, bienvenidos los «por favores».

Arlinda descendió hasta la margen del Osterde y contempló con calma sus aguas tempestuosas. El viento agitaba sus cabellos y la hacía aparecer, al menos a ojos de Yosef, como una de esas brillantes amazonas de los viejos tiempos, una altiva guerrera en pie de lucha.

—Algo está pasando aquí que no tiene que ver directamente con la guerra que se ha desatado. Esto es algo más profundo, incrustado en los ritmos propios de Zarabanda.

Entonces oyeron el rugido que estremecía el horizonte, río arriba.

—Algo viene empujando desde las montañas del deshielo. Algo viene abriéndose camino con sus propias intenciones. No… no creo que…

—¿De qué tanto habla? —preguntó, ya nervioso, uno de los ladrones.

—Lo ignoro. De verdad que yo tampoco sé lo que está tratando de decirnos —les confirmó Iseke, quien no perdía de vista a Arlinda—. Pero si les sirve de algo, a mí también me está poniendo nervioso toda esa cháchara suya.

Yosef se aproximó a su prima y le apretó la mano como una señal de confidencia.

—Dime qué sientes, no lo que crees saber —le pidió.

Yosef descubrió que Arlinda se mostraba ida, con los ojos puestos en blanco, y comenzaba a temblar.

Iseke se percató de inmediato del trance en que se hallaba y le puso una capa de piel de borrego sobre los hombros.

—Algo viene y está rompiendo el equilibrio del mundo —balbuceó su prima—. Pero hay otras fuerzas que buscan impedirlo, que luchan por recomponer lo roto, lo destrozado.

Yosef la obligó a caminar unos pasos lejos de la orilla y la sentó en un tronco caído para que no fuera a caerse de improviso.

—Arlinda —le susurró—, no te vayas de aquí, no te marches sin mí.

Su prima sonrió, pero Yosef supo que no le sonreía a él sino a una presencia invisible que nadie, excepto Arlinda, podía ver.

—Hay furia por todos lados, hay destrucción, y apenas está despertando. Pero también hay belleza, rayos benévolos, mensajeros alados; refulgen en las profundidades, navegan por los cielos; sus lenguas son de viento puro. Las oigo cantar muy lejos.

Iseke empezó a preocuparse y ordenó hacer una fogata junto a la muchacha.

—¿Ya ha experimentado otros trances semejantes? —inquirió el jefe de los forajidos.

Yosef no supo qué decir.

—No sé. Tal vez. De vez en cuando está aquí y está en otra parte y, por más que le gritas, no responde. Pero nada como esto.

Yosef empezaba a sentir que algo andaba mal, que las cosas estaban fuera de su control, pero no tenía ni la más remota idea de qué sucedía con su pariente y eso lo ponía aún más nervioso ante la extraña forma en que Arlinda se comportaba, en que su prima farfullaba y gesticulaba. Era una experiencia aterradora.

Iseke mostró su preocupación y puso la mano en la frente de la muchacha.

—Los antiguos lo llamaban locura, perder la cabeza en extravíos. Yo digo que quien la experimenta ve la realidad mejor que nosotros. El problema es que ver desde la otredad no siempre es cosa que tenga sentido, no siempre se

puede interpretar. Es como las sibilas de Carcoma, que balbucean cosas raras, frases torcidas. A veces, pasado el tiempo, se recuperan, vuelven a ser ellas mismas. A veces nunca regresan de esa agitación, de esa experiencia.

—Eso puede ser —aceptó el muchacho—. Parece como si supieras mucho al respecto.

—Mi madre, Yamela, era así. La gente venía de muy lejos para preguntarle sobre su destino.

El jefe de los bandoleros lanzó un hondo suspiro.

—Una vez un aristócrata vino con ella, un duque, y le puso una bolsa repleta de monedas en la mesa de nuestra pobre casa. Quería saber cuál amigo suyo iba a ser el próximo recaudador de impuestos de la comarca, y mi madre le dijo que buscara nuevas amistades. Este duque se enfureció con la respuesta de mi mamá. Al día siguiente, los soldados la detuvieron con el cargo de estafadora y comerciante de conjuros y la quemaron en la plaza pública de mi pueblo. El maldito duque fue quien dictó la sentencia. Recuerdo a nuestros vecinos, felices de la vida, festejando el espectáculo de mi madre y sus gritos de agonía. Esa noche tomé mis cosas y me fui a vivir a la intemperie. Como comprenderás, me dediqué a tomar venganza sin medias tintas: asaltando recaudadores de impuestos, matando gente de la nobleza que se me atravesó por el camino, tomando como rehenes a los comerciantes que vendían frituras mientras mi mamá ardía. Un día el duque cayó en mis manos. Ardió en la hoguera que dispuse para él. Desde entonces no confío en la gente que ostenta poderes sobre la vida de los demás. Sí, yo también sé el precio de la magia, la sangre que cuesta ser diferente.

El ladrón se sentó junto a su prima y la abrazó para ayudarla con sus temblores que, en vez de cesar, aumentaban en frecuencia e intensidad.

Yosef no supo qué contestarle. Veía el dolor que continuaba en aquel hombre, la lucha en su interior entre lo justo y lo vengativo, entre lo digno y lo despiadado. Pero el jefe de los salteadores se le adelantó.

—Muchos habitantes de Zarabanda no conocen los senderos del espíritu en que la magia opera y actúa. Tu prima no es una loca, sino un instrumento para medir la profundidad de las fuerzas en acción en nuestro mundo. Es como lo

que usan los pescadores para medir el fondo del mar y saber qué hay debajo de sus embarcaciones, si pueden atravesar los arrecifes, si no hay naufragios que impidan el paso. Eso está haciendo tu prima y puedo decirte, porque lo he visto muchas veces en mi vida, que lo lleva a cabo con un tesón que nunca había vuelto a ver desde los tiempos en que mi madre adivinaba la suerte de nuestros vecinos.

—¿Era tu madre una bruja hecha y derecha? —preguntó Yosef, sin pensarlo dos veces. Al instante se percató de su falta de tacto.

—Sí, puedes llamarla bruja, la misma que me alimentó desde antes de que naciera y la que protegió a nuestra tribu de ladrones hasta la muerte. Mi madre, por supuesto, que en vida llevó el nombre de Siskesia, heredera de muchos conocimientos y de poderes que solo ella sabía. Mi madre pensaba que todo poder se alimenta de quien lo utiliza para sí y no para los demás. Así que no soy un neófito en el tema de la magia y tampoco soy un ignorante de la vida cotidiana, de todos los dolores y desvaríos que llevamos a cuestas.

El muchacho asintió. Comenzaba a comprender que lo heroico no era participar en batallas entre ejércitos sino cuidar a la gente que amas, a las personas que te necesitan.

—Mira, Yosef, tú debes ayudar a tu prima. Aunque ella parezca una persona poderosa, es la más vulnerable de los dos porque ella vive entre dos aguas, entre dos mundos: el nuestro, el de lo que puede tocarse, medirse, pesarse y comprarse, y el mundo de lo maravilloso y de lo terrible, donde nada es lo que parece y todo tiene mil facetas, mil dimensiones, mil rostros.

Yosef miró a su prima, cuya cabeza botaba de un lado a otro y de cuyos labios borbotaba un sinfín de palabras incomprensibles.

—¿Quieres decir que ella está luchando en este mismo momento?

—Eso es.

—¿Y tú sabes a quién está combatiendo?

—Si lo supiera, te lo diría. Pero yo me encuentro, como tú, en una orilla de esta realidad y no puedo ver del otro lado.

Yosef comenzó a sentirse desconsolado al ver que ayudar a Arlinda estaba fuera de sus posibilidades.

—No nos escucha, ¿verdad?

El jefe de los salteadores le examinó los ojos y puso su oreja en el pecho de Arlinda.

—Su corazón es fuerte y ella sabe, mejor que nosotros, lo que hace. No temas tanto por su viaje entre los mundos, lo que no me gusta es estar aquí, en descampado, como fáciles presas de cualquier maldito miembro de los ejércitos del Caos. ¿Recuerdas los cuentos del Caos que nos contaban de niños? ¿A ti también te los contaron?

—Sí. Claro. La maldición de Zarabanda que surge cada tanto tiempo y arrasa con toda la vida del mundo hasta que los magos y hechiceras le ponen un alto. Pero en la frontera, magos y hechiceras no son bienvenidos. Esto no es el imperio de Antara, donde se les ofrecen puestos de poder y dan clases a la aristocracia. En mi pueblo, como en el reino de Mitra, es mejor dejar la magia en paz; provoca animosidades sin cuento, violencias contra los que la ejercen tanto en público como en privado; como tú mismo ya lo has experimentado con tu familia; como mi prima lo ha sufrido en nuestra propia comunidad.

El salteador asintió, con los ojos iluminados.

—Debes de ser un alumno aplicado o perteneces a una familia con muchos secretos. Sí. Esa leyenda es lo que pienso que estamos experimentando de nuevo: el Caos ha vuelto. Pero algo ha cambiado, para peor, debo decir.

—Las tormentas de fuego son las mismas —arguyó el muchacho.

Iseke señaló a Arlinda.

—Quizás si ella vuelve de donde anda pueda decírnoslo.

Yosef hizo cálculos en silencio hasta estar seguro.

—La última vez que sufrimos las tormentas de fuego fue hace cuatrocientos años. Y esa maldición es cíclica, ocurre cada quinientos años, entonces faltaba un siglo para que volviera. Pero ya lo hizo, volvió más pronto de lo pensado. Es una anomalía y por eso es más impredecible.

Iseke se quedó pensativo antes de responder.

—Tienes razón. El Caos ha regresado antes de tiempo, más poderoso, más terrible.

—Con nuevos trucos, por lo que veo.

—Cierto. Muy cierto.

El muchacho, por un instante, dejó de posar la mirada en su prima y se puso a observar el río de nuevo y los alrededores.

—Algo raro pasa —dijo casi gritando—. El agua está subiendo muy aprisa, está desbordándose.

Iseke vio lo mismo que Yosef y, sin esperar otra advertencia, tomó entre sus brazos a Arlinda y corrió, seguido por el muchacho, los demás ladrones y sus cabalgaduras, a la colina más cercana.

Las aguas turbulentas de Osterde estaban devorando las orillas y subían de nivel a una velocidad increíble. Mientras corrían para ponerse a salvo, mientras las cabalgaduras relinchaban de terror y escapaban de sus jinetes, Yosef escuchó a su prima balbucir:

—Todos los sueños nos ahogan, todas las pesadillas son espejos.

Iseke subía a grandes zancadas, a pesar del peso de Arlinda, la ladera pronunciada. A sus espaldas, el río rugía su canción de muerte y devastación, su vorágine sin fin.



El agua de los sueños

Caía en espiral por la orilla de la luz. Caía sin sentir más que el pulso de su sangre, más que el ritmo de su corazón vuelto un estruendo, una voz, un sollozo. Esos eran los sonidos que la acompañaban al caer. El tiempo estaba suspendido y todo lo que contemplaba era un reflejo deforme de la realidad. Estaba sola y, a la vez, acompañada. Alguien susurraba en su oído: «¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido?».

Y ella, Arlinda, ella, la magia en estado puro, ella, la vida apenas conociéndose a sí misma, no tenía respuesta. En la vorágine del mundo, el universo era un velo oscuro, roto en mil pedazos fulgurantes, en mil chispas expandiéndose hacia todas partes.

Caía y esto no le daba miedo, no la atemorizaba. Solo sentía que entraba a una casa que ya conocía desde mucho tiempo antes, una casa que era suya sin necesidad de comprobarlo. Caía como una estrella fugaz, como un cometa atravesando el firmamento hacia la noche plena de astros misteriosos.

Y entonces vio su destino: en un refugio bajo una montaña cubierta de nieve, una anciana la esperaba, con su chal al hombro y su bastón de cedro negro y su sombrero de ala ancha.

Una mujer más vieja que el mundo, más sabia que el cosmos.

Una niña que jugaba entre las plantas salvajes y las cabras sin amo.

Una niña que carecía de edad.

Una recién nacida envuelta en una piel de becerro.

Una tierra hecha luz, hecha nube, hecha jirones, hecha viento, hecha polvareda.

Un torbellino donde toda la materia se adensaba, se volvía una piedra única, viva, veraz.

Y el viaje volvía a dar comienzo. Caía, y en su caída el universo la seguía atraído por la fuerza de su vuelo, por el imán de su vórtice.

Ella, Arlinda, la piedra luz, la luz rayo, la nube cielo, el fruto sin probar. Ella, la hija de su madre, la nieta de su abuela, la muchacha que saltaba hacia los límites del tiempo y el espacio. Ella, la red, el nudo, los vasos comunicantes.

Desde todos los rumbos, otras voces saltaban a la superficie, emergían de la oscuridad para alentarla a seguir. Pero no alcanzaba a ver puntos de orientación. El mundo era un cielo que se desplomaba, un mar que subía hacia las últimas alturas. La tempestad antes del suceso primigenio, antes de la existencia original. El puente luminoso entre lo que yacía en la memoria y lo que habitaba el futuro. Y todas las vidas, habidas y por haber, la rodeaban, cantaban con ella, asumían su cuerpo hasta convertirlo en una historia común, en un coro de voces retumbantes.

Ella era el dolor más vasto y el amor más profundo.

La sabiduría de los muertos y la experiencia de los aún no nacidos.

La mezcla de lo propio y lo ajeno, de lo vital y lo inerte.

Ella, Arlinda, era su alma colectiva, su espíritu fraterno.

Como una ofrenda de los dioses originales, como una dádiva de Zarabanda misma, la tierra cantaba, el mundo pronunciaba las palabras definitivas:

—Bienvenida eres al recinto de tu propia fuerza. Bienvenida seas a la casa del poder que carece de poderes. Tú ya no eres pasado o porvenir sino un presente interminable. Arlinda seguirás llamándote, pero ahora eres todas las mujeres que tuvieron el don de cambiar el aspecto del mundo físico, de ver las otras realidades sin permitirse flaquear o perder de vista que todo es flujo y permanencia, lo que pasa y lo que perdura, lo que viene y lo que es. Ahora estás sintiendo la energía que amanece, la ola que golpea tu conciencia con sus

astillas de luz. No hay preguntas por hacer ni respuestas por recibir. El cosmos es una herida que hay que deshacer, un desequilibrio a curar. ¿Estás lista para tomar el fuego sanador en tus ojos, para aceptar el dolor curativo en tu cuerpo, para admitir las raíces de la esperanza en tu corazón?

El vuelo había cambiado de ritmo, de velocidad, de urgencia.

Más allá del horizonte de lo visible, algo se movía.

Arlinda supo que estaba por ser llamada al centro de un poder como ningún otro. En su memoria emergían los espíritus protectores de su clan, de su familia: su madre, su abuela, su parentela de seres humanos y licántropos, de brujas y magos, de curanderas y herbalistas.

—No temas, niña.

—Contigo estamos.

—Somos tus garantes en la tormenta.

—Somos tus guías en el Caos.

Y Arlinda vio su propio cuerpo transformándose en semilla, flor, raíz, tronco, ramaje, fruto, gusano, serpiente, mariposa, ave, pez, lobo, ser humano.

Una metamorfosis en la que toda clase de criaturas acudían a su llamado.

—¿Qué son todos ustedes? —preguntaba.

—¿Quién eres tú? —las voces la cuestionaban.

—Yo soy Arlinda.

—¿Y quién más?

—Yo soy el hielo de las montañas, el agua de los ríos, la tierra en sequía, los bosques tupidos, las tierras cultivables, los pueblos incipientes, las comunidades, los reinos, las urbes, los imperios, las vidas en multitud. Yo soy cada ser humano y cada muerto viviente, cada bestia que vive en este mundo y cada fallecido que lo alimenta con su polvo.

—¿Entonces quién eres, en realidad, Arlinda, si eres todos esos paisajes tan distintos unos de otros, todas esas criaturas tan ajenas unas de otras?

Y la muchacha abría los ojos y aceptaba su verdadera naturaleza, su crisol de identidades.

—Yo soy muchos, mi nombre es infinito.

—Eso eres, Arlinda. El tiempo habla por ti, el mundo habla por ti.

—¿Qué me quieren decir? —gritaba sin parar.

Pero ella ya lo sabía desde el origen del cosmos.

—Soy un cuerpo que palpita, una niña recién nacida que llora y patalea cubierta de sangre. Una muchacha que corre por la pradera. Una anciana que agita su bastón para darle la bienvenida. Como reflejos de reflejos, como imágenes multiplicadas hasta el infinito, soy todas las combinaciones, todas las rutas, todos los espejismos. El fin y el comienzo; la semilla y el espasmo; el fruto y su vendimia.

El presente era una tormenta agitándose ante sus ojos, un tornado que cubría el horizonte con su negrura retumbante, con sus vientos cortando el aliento.

—Soy el dique ante su furia, la trinchera que debe soportar su estruendo. Soy la balanza del poder en el torbellino de la magia. La muerte es mi tarea; la ruptura, mi propósito. El mundo debe equilibrarse para que todo trascienda su propio fenecimiento, su propia podredumbre.

Arlinda lo vislumbró con una claridad aterradora: era su turno para sostener la balanza del mundo, para hacer brotar su propia paz. Las tinieblas avanzaban como una ola gigantesca. El cielo se oscurecía y el tiempo se callaba sus advertencias. No había tiempo para dudar.

—Ya es demasiado tarde para detener el Caos que se nos viene encima. Debo cambiar para que la vida retoñe. Es el momento de ser quien siempre he sido.

Y entonces el coro de voces volvía a sus oídos, se infiltraba en su pensamiento, creaba un oleaje de sentimientos encontrados, de emociones que se empalmaban en su corazón.

—Eres la luz del faro que resiste las olas.

—Nada puede serte adverso si eliges despertar.

—Ahora ya sabes tu nombre.

—Eres la hija más preciosa, la madre más justa.

—Tu nombre es Zarabanda.

—En ti confiamos nuestro espíritu, nuestra historia, nuestro futuro.

—Eres el remolino que lucha contra el remolino.

—¡Despierta! ¡Despierta! ¡Despierta, tú, nuestro tesoro!

El silencio llegó como una intromisión. Algo se movió a lo lejos. Algo cantó una dulce canción de cuna. Por entre la telaraña de voces y saberes, de punzadas de dolor y anhelos de trascendencia, una luz se abrió paso y aquietó las aguas del sueño.

—Si soy todo lo que dicen, ¿por qué tengo miedo?

Ahora una sola voz llegó hasta ella.

—Porque eres más sabia que todos nosotros.

La voz de Brebaja, su abuela.

La voz de la cordura y la compasión.

Y algo la cubrió con su ternura y le ofreció un camino a seguir, un consuelo.

La batalla de los puentes

Unas horas más tarde, el horizonte se iluminó con un fuego violentamente escarlata. Los encargados de quemar los puentes empezaron con la parte norte de la estructura de madera y fueron retrocediendo conforme las llamas se elevaban por los cielos. Cada tanto tiempo, las vasijas con aguarrás y las ánforas repletas con grumos de pirotecnia explotaban al contacto del fuego, haciendo que este se extendiera de tablón en tablón, de viga en viga, cubriendo con su conflagración desde los soportes a los pilares, desde los cimientos a los arcos.

El puente se estremeció varias veces mientras los primeros hombres yesca intentaban tomarlo. Pero las fuerzas del Caos no lo lograron porque el puente, con un gran estruendo, se vino abajo, cayendo la mayor parte a las aguas cenagosas del río Tamar, donde algunos de sus restos se hundieron en las profundidades y otros flotaron unos instantes antes de que la corriente se los llevara para no volverlos a ver.

Desde Marfilia, una multitud vio aquella conflagración con una mezcla de horror y alivio. Los invasores quedaban en la otra orilla, lejos de sus personas y sus propiedades, pero el terror de contemplar, por primera vez, contra qué clase de fuerza se enfrentaban, fue una lección que estremeció los ánimos de todos los presentes, haciéndolos comprender que la amenaza del fuego ya no era un rumor, sino un peligro a las puertas mismas de su querida ciudad.

Si los soldados imperiales pensaron que la eliminación del puente les daría un respiro, pronto se dieron cuenta de que estaban equivocados. Las tropas del Caos se fueron acumulando en la orilla norte, en las riberas mismas que acababan de tomar. Los hombres yesca gritaban mientras el incendio que entre todos ellos formaban iba tomando altura. En pocos minutos se creó un remolino flamígero que saltó hacia la otra orilla, pero acabó a la mitad del río. Sin embargo, eso no impidió que lo intentaran de nuevo; al séptimo salto casi alcanzaron la ribera sur de Marfilia.

El octavo intento fue el que consiguió llegar y con él acudieron, como llamas de una vasta hoguera, los primeros guerreros del Caos. Pocos minutos más tarde, entre las zanjas y las trincheras de la orilla vecina a los muros de Marfilia, ya se podía contemplar el choque entre los soldados de Antara y los invasores.

No era, por donde quiera que se le viera, un espectáculo que sosegara el espíritu. Por el contrario, los primeros escarceos por el dominio de Marfilia eran de una brutalidad apabullante, una batalla caótica, sin vencedores ni vencidos, que echaba chispas por doquier. Desde la torre imperial, Arminia dejó el balcón, desde donde se veían los primeros enfrentamientos, y se dirigió a los subterráneos de la torre, donde estaban las mazmorras y los diligentes carceleros imperiales.

En una de esas mazmorras estaba confinada, bajo siete conjuros que le negaban el uso de todos sus poderes, Selinia, la hechicera traidora. En cuanto esta vio que la archimaga se acercaba, escupió en el piso como si su sola presencia le diera asco.

—¿Vienes a regodearte, bruja de albañal? —le espetó en cuanto la tuvo frente a su celda—. ¿Crees que una batalla va a hacerte ganar la guerra? Yo, desde aquí, oigo la canción del fuego que crepita, de la muerte que marcha. Ese fuego quiere hacerte arder hasta que tus huesos queden ennegrecidos, como lección para todos los que aspiran a puestos que no les corresponden.

La joven hechicera la observó sin responder a sus insultos.

—No tengo mucho tiempo, Selinia. Y toda esta actuación tuya, por favor, guárdala para quien te vaya a juzgar cuando todo este conflicto acabe.

—¿Qué sabes tú de este conflicto, nieta de gitanas, hija de bandoleros?

Arminia se sintió halagada ante las injurias de la hechicera. Nunca había negado su origen humilde, su linaje callejero, sin sangre aristócrata, sin pedigrí cortesano. Pero la pregunta de su colega era justa y pertinente. Daba en el blanco porque indicaba su inmensa ignorancia.

—Cuéntamelo —contestó—. ¿En qué lío me he metido, tú que lo sabes todo?

Selinia se detuvo en seco y la miró con curiosidad.

—¿Quieres decir que en verdad no sabes qué papel juegas en este gran torneo de poderes, forajida?

La archimaga sonrió y abrió sus brazos.

—Así es. Yo no quería terminar en los pasillos del poder, en las torres del imperio, compartiendo la comida con emperadores y comandantes. No anhelaba sentarme en el Consejo Supremo de los Magos y Hechiceras para dictar las leyes de la magia de aquí al futuro. Yo solo quería ser una maga de quinta categoría, vagabunda, yendo de aldea en aldea cuidando a los viajeros, mejorando las cosechas, aliviando de enfermedades a los niños. Y lo confieso, de vez en cuando soñaba con tener grandes aventuras. Pero aventuras donde peleara con dragones, combatiera engendros, que fuera una espadachina mejor que una hechicera.

Selinia se carcajeó.

—No tienes que decir más. Comprendo tu salvajismo. Tu incapacidad de ser como nosotros. No tienes la sangre aristocrática de los magos auténticos. No pasaste por escuelas de prestigio. No te educaron para ser una privilegiada como yo misma. Pero ¿qué pretendes?, ¿que tenga piedad de tu enorme ignorancia?, ¿que te quite el peso de un cargo que no mereces por tu falta de atributos, por tu carencia de refinamientos?

Ahora fue el turno de la joven hechicera para carcajearse.

—No. Creo que no me expliqué bien. Todo lo que esperaba de ser maga era para servir a los demás, para ayudar a la gente. Pero aquí he aprendido, bajo la batuta de magos y hechiceras como tú, a competir contra mis propios hermanos y hermanas, a tramar conjuros para conseguir mayores poderes, a

exhibirme ante los demás como una ambiciosa despiadada, como una criatura voraz que podía manipular los elementos de la naturaleza en contra de la misma naturaleza. No me enseñaron a curar, a sanar, a hacer brotar la vida. Nada de eso les importaba. Solo querían rayos de muerte, relámpagos de dolor, truenos de sometimiento.

—Niña idiota, si eso es la magia. ¡El poder que toma su energía, su fuerza del mundo sin pedir permiso!

Arminia se acercó a los barrotes de la celda.

—Voy a seguir, entonces, tu sabio consejo.

—¿De qué hablas, ingenua?

La joven hechicera se puso de rodillas y tocó el suelo.

Selinia presintió que algo estaba mal, pero no pudo hacer nada.

—Voy a tomar tus poderes, tu energía, tu fuerza.

—¡No existe un hechizo así! Entre nosotros, los grandes magos, no puede haber trasvase de poderes.

Arminia la miró a los ojos.

—Pero yo no soy una de ustedes. ¿Acaso no acabas de afirmarlo? Soy una hechicera salvaje, una bárbara sin modales ni refinamientos.

La tierra tembló levemente. Una raíz rompió el suelo a los pies de Selinia y se le enroscó en la pierna, subiendo luego hasta su cuello. La hechicera intentó evitarla, cortarle el paso, pero no pudo. La raíz entró por uno de sus oídos. Los ojos casi se le salían de las órbitas. De su boca emergió saliva sanguinolenta. La raíz, hecha su tarea, retrocedió y volvió a meterse al suelo. Solo entonces la archimaga se levantó.

—¿Quién soy? —preguntó la prisionera, toda confundida.

—Una mujer. Te agarraron en el mercado tratando de robar unas manzanas.

Selinia parpadeó, asustada.

—Yo no quería robarlas. Te lo juro.

Sus ojos se pusieron en blanco por unos segundos.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Arminia.

La hechicera tardó en responder.

—¿Me van a castigar?

—Lo más probable es que no. Ahora todo mundo está ocupado en pelear contra las huestes del fuego.

Selinia asintió, pero era obvio que no sabía de qué le hablaban. Lo más que pudo hacer fue sentarse en el camastro de su celda.

—Te dejo, amiga. Cuídate.

Cuando la archimaga se dirigía hacia la puerta, Selinia la quiso detener.

—No te vayas —suplicó.

—Lo siento, tengo cosas que hacer.

La hechicera empezó a llorar en silencio.

—Al menos dime cómo me llamo, quién soy.

—Te llamas Selinia, y eres una ladrona de poca monta. Si los jueces son benévolos contigo pasarás muchos años en esta mazmorra.

—¿Muchos?

—Probablemente todo lo que te queda de vida.

La prisionera trató de quitarse los conjuros retorciéndose. Al ver que nada podía hacer contra los poderes que la inmovilizaban, se retrajo, cerrando los ojos.

—¿Y si no son benévolos? —quiso saber.

La joven hechicera sonrió para sí.

—Me pedirán que yo dicte la sentencia, amiga.

—Y si la dictas, ¿me dejarás en libertad?

—Acabo de hacerlo, Selinia. ¿Qué no lo ves?

Y se marchó escaleras arriba, sin voltear a verla.



La horda de fuego

Atardecía ya cuando Kalisma observó, desde la torre norte de la muralla exterior de la ciudad fortaleza, que algunos hombres yesca habían logrado cruzar la primera zanja, y mandó refuerzos a los defensores. Era el primer día del ataque contra Marfilia y ya había descubierto que la mayoría de sus planes no servían para mucho. Lo primero que falló fueron las catapultas con vasijas de agua que, al explotar en medio de los invasores, no hacían la menor mella en ellos. Lo pensó mejor y mandó disparar vasijas con aceite ardiente y fueron más efectivas en multiplicar los fuegos y consumirlos en segundos. Esa fue una lección importante que llevó al siguiente nivel. Ahora las catapultas lanzaban piedras ardientes al rojo vivo. Eso, el fuego contra el fuego, estaba deteniendo los avances de los guerreros del Caos y dando un respiro a sus defensores.

—¿Cómo va todo? —preguntó Corsac, que había llegado a su lado.

—Creí que ya habían partido, tú y la archimaga.

—Es por eso que estoy aquí. Necesitamos una distracción dentro de unos treinta minutos para poder colarnos por la torre del sur y salir sin que seamos perseguidos. ¿Puedes ayudarnos con eso?

—¡Claro que sí! —contestó la comandante—. Con gusto crearemos algo que irrite a los invasores de este lado.

—Me voy, entonces. Gracias por todo. Espero que nos veamos de regreso.

Kalisma contempló la horda de fuego que avanzaba cien metros abajo.

—Eres un optimista, consejero, pero lo mismo espero.

Corsac caminó por la muralla hasta llegar a la torre sur y, bajando por una rampa, alcanzó el nivel del suelo, donde pudo encontrar a Arminia y a Sampalio en sus respectivas cabalgaduras, rodeados de soldados que descansaban a la sombra, después de un día de enfrentamientos. Ya casi anochecía, pero el calor de los incendios iluminaba el horizonte.

—Al menos ya no se podrá quejar Samara —dijo—. ¿Cómo se llama el corcel de nuestro representante de la orden de Santuario?

—Arizco —indicó Samara—. Y por su nombre, creo que es poco platicador.

—Bienvenido, Arizco —dijo Sampalio—. Espero que estés acostumbrado al galope tendido, porque solo así podremos dejar atrás a nuestros enemigos.

—Bfff —gruñó Arizco—. Soy corcel de los mensajeros imperiales. Ni el viento me alcanza.

—Pues yo veo que tienes una excelente opinión de ti mismo —dijo la archimaga—. Pero ahora es tiempo de actos y no de palabras.

Corsac consultó el gran reloj que colgaba de la torre sur. Faltaban pocos minutos para la distracción en la parte norte.

—Ya es hora de ponernos en marcha —le anunció a la archimaga y al herborista.

Un oficial se acercó a los tres y les dijo que iban a abrir las puertas exteriores para que salieran. Netario iba a su lado.

—Me gustaría acompañarlos —les dijo el jefe de los espías rurales, pero mi deber es quedarme aquí y luchar contra los infiltrados en Marfilia, que según mis cuentas son más de lo esperado. Ocurra lo que ocurra, no intenten regresar. En cuanto salgan, cerraremos las puertas y no las vamos a volver a abrir. ¿Queda claro?

—Clarísimo.

Y así lo hicieron. Era casi de noche y la luna se ocultaba detrás del humo que provocaba el descomunal incendio, por lo que pudieron escabullirse sin que la tormenta de fuego notara su escapatoria.

En pocas horas lograron llegar a los lindes de los campos de cultivo y antes del amanecer pusieron rumbo al este, alejándose de las poblaciones y entrando a las altas serranías y los bosques de coníferas.

—¿Alguien nos sigue? —preguntó Corsac.

—Nadie —respondió la hechicera—. Por ahora.

Sampalio miró la luz amarillenta del alba.

—El incendio es cada vez mayor. ¿Crees que los conjuros que dejaste los protegerán de los invasores?

—Eso espero. Hoy mismo rodearán la ciudad y la pondrán bajo asedio total. Nadie podrá entrar o salir.

—¿Cuánto tiempo pueden resistir? —inquirió el hombre del cayado.

—Una semana; dos, tal vez, si racionan los alimentos. No más.

Sampalio asintió.

—Entonces hay que darnos prisa.

—Mucha —dijo Corsac, presintiendo lo peor.

Arminia volteó por un momento para ver los no tan lejanos contornos de Marfilia, envueltos por una nube de humo cada vez más espeso.

—Vamos a buscar a tu hijo y a tu sobrina. Si los encontramos, sabremos si ellos tienen la clave para acceder a la rosa de las transfiguraciones y a la joya de los vientos, lo que sea que eso sea.

Sampalio puso cara de preocupación.

—Dices que están en peligro.

—Así es, herborista. Todo un ejército de fuego va detrás de ellos, persiguiéndolos sin descanso.

—¿Dónde están ahora mismo? —quiso saber el padre de Yosef.

—No lo sé. La verdad es que no alcanzo a ver el sitio exacto. En mi visión había agua cercándolos, remolinos, corrientes, marejadas; también hombres yesca tratando de capturarlos; y cuervos de largos picos, como los que nos atacaron antes de que nos topáramos contigo, iban tras sus pasos. Eso vi, pero son como piezas de un rompecabezas. Lamentablemente, la imagen completa se me escapa. ¿Podríamos usar tu red de santuarios para llegar más aprisa?

El hombre negó con la cabeza.

—No funcionan así nuestros refugios. No te trasladan de uno a otro. Te sacan del flujo del tiempo y del espacio para regresarte al mismo sitio tiempo después. No son rutas de escape, túneles que se comunican unos con otros. Lo siento, archimaga.

Arminia sopesó el nuevo conocimiento.

—Pero ellos, tus parientes, ¿saben cómo encontrar un santuario y pedir refugio?

El herborista volvió a negar con la cabeza.

—Están muy chicos para ofrecerles semejante saber. Bueno, yo hablo por mi hijo, Yosef. Tal vez Arlinda sí tenga conocimientos elementales sobre Santuario, aunque lo dudo.

La joven hechicera pensó en su niñez y adivinó que aquel hombre no tenía ni idea de lo capaces que eran su hijo y su sobrina para hacerse de secretos ajenos.

—Tendremos que dar un buen rodeo antes de enfilar hacia el norte —ordenó.

Las tres cabalgaduras se miraron entre sí y se lanzaron a galope tendido entre cañadas y planicies llenas de rocas y precipicios. Zarabanda era, en ese momento, un viento helado que hería el rostro de jinetes y caballos por igual. Pero nadie se quejaba. Había trabajo por hacer, distancias que acortar.

Durante las siguientes horas nadie habló; cada quien iba metido en sus propios asuntos, pensando en los retos que tendrían que afrontar para salir adelante.

Al día siguiente llegaron hasta la región de los pastizales, la llanura de los tornados de polvo, el límite entre las tierras de pastura y el gran desierto de Atacalmas, lleno de historias de caravanas que entraron a sus dunas y nunca más se supo de ellas.

—¿Tenemos que cruzar por aquí? —respingó Samara.

—No hay de otra, preciosa. Para alcanzar las cordilleras de nieve, hay que pasar por las regiones calcinadas.

—¿Con cuánta agua contamos? —preguntó Corsac.

—Suficiente para atravesar medio desierto —le contestó la archimaga—. Siempre y cuando atemperemos nuestra sed.

Isino y Arizco bufaron ante aquel horizonte lineal, infinito. Era diferente cabalgar por pastizales, bosques o praderas a hacerlo sobre las dunas y bajo un sol inmisericorde.

—Eso no me reconforta —dijo Corsac asumiendo el ánimo general del grupo.

—Vamos, consejero, no seas tan remilgoso.

—Es una región con sus propios misterios —aseguró el herborista con mirada curiosa—. Vamos a conocerlos. Vamos a ver qué tanto son ciertos.

E hizo que Arizco entrara en aquel valle árido, pedregoso.

—Según recuerdo, estas son las tierras pardas —dijo Arminia.

—Y son famosas por sus serpientes venenosas, por sus tormentas de arena —dijo, apesadumbrado, el consejero.

—Y no se te olvide mencionar los muchos viajeros que en ellas se han perdido —agregó la archimaga mientras pasaba al lado de Corsac—. Creo que por eso aquí abundan las carcasas pulidas por el viento, los esqueletos de tantísimas personas que no lograron cruzarlas.



Atacalmas

La primera tormenta no les dio tiempo de protegerse. La segunda fue peor. Lo bueno es que habían amarrado las cabalgaduras para no extraviarse ante la nube de polvo que no dejaba ver ni a medio metro de sus ojos. Pero cuando el ventarrón pasó, los tres viajeros tenían los ojos llenos de arena y apenas podían ver. Sin embargo, continuaron su avance. Sampalio, quien afirmaba haber recorrido esa región unos años antes, les indicó que, sin importar la sed que tuvieran, procuraran beber a pequeños sorbos para que la dotación de agua no se les agotara antes de tiempo.

Al tercer día encontraron una caravana. O lo que quedaba de ella. Sus restos estaban casi enterrados en un monte de arena, a cuya sombra acamparon. Lo bueno de aquel naufragio en pleno desierto es que pudieron rescatar una sombrilla para protegerse de los rayos solares y una cantimplora semivacía, que no portaba agua sino un licor verdoso pero estimulante.

—Es arraco, la bebida preferida de los mercaderes de marfil —anunció Corsac al tiempo que le daba un trago sustancioso.

—Se ve que eres muy versado en licores de todas partes del mundo —hizo notar Sampalio mientras se reunían junto a una fogata en pleno atardecer, cuando la temperatura bajaba repentinamente y el frío campeaba por aquellas lejanías.

—Fui mensajero imperial antes de estudiar en la Facultad de Ciencias Consulares, donde obtuve el grado de Bachiller de la Corte. Llegué a ser cónsul honorario en el reino de Tepozcalli, mi primera tarea diplomática, y casi llegué a ser embajador en el principado de Bohemiar.

—¿Casi? —inquirió Arminia.

—Casi, porque provoqué un incidente internacional con la hija del primer ministro y tuve que salir de allí con los pies en polvorosa.

—¿De qué te acusaron?, ¿se puede saber? —preguntó el herborista.

—De quererla corromper ofreciéndole una copa de vino. No sabía que fueran abstemios ortodoxos. Hacer eso en Bohemiar es peor que un crimen: es un pecado de lesa majestad. Si no hubiera huido, me habrían colgado en la pared de la Iglesia del Prohibicionismo Eterno y mi cuerpo aún estaría allí como una lección pública para cualquiera que se saltara el dogma de los quince mandamientos, entre los cuales el más sagrado es: «No beberás por ningún motivo y bajo ningún pretexto».

—¿Cómo es que tú, un experto en ciencias consulares, no sabía de esos dogmas y de esas prohibiciones? —quiso saber la archimaga.

—Bueno. Me confundí. Han de saber que Bohemiar es un principado cuya economía se basa en la producción y exportación de licores. Así que asumí que, si fabricaban cerveza, aguardiente, licores dulces y de granos, debían de ser grandes bebedores. Pero su religión proviene de las creencias de los mercaderes, los que fundaron el principado, los cuales no querían que sus trabajadores les robaran sus productos alcohólicos y menos que los consumieran, en detrimento de sus exorbitantes ganancias. Por eso establecieron tales prohibiciones y castigos. Debo decir que siempre los consideré unos hipócritas, pero en todo caso, fui yo el que infringió una norma inflexible, así que querían lincharme.

—¿Y por eso eres experto en licores de reinos lejanos?

—Más o menos. Digo, además, cuando era mensajero imperial, acostumbraba a hospedarme en hosterías y tabernas, donde aprendí las mejores enseñanzas que pueden proporcionar semejantes lugares.

—¿Como cuáles? —preguntó Sampalio.

—Como volverte un maestro en los acentos locales, un conversador nato y un experto en los juegos de azar. Y si se me permite la impertinencia, en contar cuentos increíbles para entretener a los lugareños.

—¿Y a las lugareñas? —presionó la joven hechicera.

Corsac esbozó una sonrisa.

—Bueno, público es público.

Y los tres se rieron, cansados, sudorosos y cubiertos de polvo. Sampalio se quedó mirando el horizonte cada vez más oscuro.

—Esta inmensidad desértica se llama Atacalmas —dijo—. ¿Saben por qué?

—Porque hace miserable la vida de todo el que lo atraviesa —respondió, desganado, el consejero imperial—. De día te achicharra y de noche te congela.

—No —dijo Arminia—. Eso lo leí en alguna parte. Es por una leyenda local. Dicen que hay un monstruo que se alimenta de las almas de los viajeros que se pierden por estos arenales y que en realidad esta criatura, que se oculta en los remolinos de arena, devora a los desesperados, a los que no respetan al desierto.

—¿Y cómo es ese monstruo? —quiso saber Corsac.

—Nadie lo ha podido describir. Los que lograron verlo nunca escaparon del desierto. Y los que escaparon jamás pudieron verlo.

El consejero se acostó sobre su manta y se cubrió con ella lo mejor que pudo.

—Los monstruos de arena no son mi preocupación. En cambio, si son criaturas de fuego, estoy listo para enfrentarme a ellas en cualquier lugar.

Sempalio cubrió la primera guardia. A medianoche despertó a la joven hechicera.

—¿Alguna novedad? —preguntó esta.

—Ninguna, pero te recomiendo que no orines junto a un nido de alacranes.

Y se acostó sin dar más explicaciones.

Arminia fue a revisar las cabalgaduras y comprobó que Samara, Isino y Arizco estaban bien.

—No hablamos mucho ahora entre nosotras —le dijo a Samara.

—Tu cabeza tiene mayores preocupaciones, supongo.

La archimaga aceptó la reprimenda.

—Tienes razón. Cada vez escucho más a mis voces interiores y no la tuya, amiga.

—Los magos muertos tienen preferencia, lo entiendo, muchacha. ¿Qué te dicen?

Arminia le rascó el cuello.

—Siguen siendo voces de fondo, gritos de advertencia, fulgores de apoyo. No me hablan: me estremecen. A veces estoy dormida y se meten en mis sueños.

—Tal vez los interpretas mal.

—¿Cómo?

—Quizás tú eres la que debes meterte con ellos, ponerlos a trabajar, darles tareas.

—Gracias por el consejo. No lo había pensado. ¿Sabes?, cuando todo esto acabe, y si salimos con vida, te llevaré conmigo de vagabunda.

—¿Y me prometes que no andaremos a galope?

—Prometido.

Arizco volteó a verlas.

—¿Pueden oír lo que yo escucho?

Arminia trató de oírlo. Era un rumor al fondo, una sensación de movimiento.

—Algo se escurre entre la arena, tal vez un coyote.

Isino levantó las orejas.

—No suena a algo que camina sobre las arenas.

—No —reconoció la hechicera—. Suena como algo que se desliza bajo la arena. Y es grande.

—Se está alejando —señaló Arizco.

Y era cierto: el rumor se iba desvaneciendo por el mismo rumbo que al día siguiente tomarían.

—Descansen —dijo la archimaga—. No sabemos con qué peligros vamos a toparnos.

Y se retiró, con los sentidos muy alertas, hacia su puesto de vigilancia.



Jirones, nubes, fauces

Arlinda tosió varias veces mientras despertaba del todo. Al intentar abrir los ojos, la luz entró a saco y entonces, poco a poco, comprendió quién estaba junto a ella, quién la acunaba y la sacudía con mirada de mortificación.

—¿Estás bien? —preguntó Yosef, preocupado, serio, como nunca antes había visto a su primo.

Arlinda abrió completamente los ojos y se sentó sin determinar si la escena era todavía parte del sueño o de la realidad. Iseke, al lado de Yosef, le confirmó lo segundo. Esta era la realidad real, la palpable, la tangible.

—¡Las aguas siguen subiendo! —gritó alguien a sus espaldas.

Arlinda tuvo arcadas y vomitó un líquido amargo sin poder contenerse. Y entonces recordó su sueño. Alguna vez su madre le había dicho que las visiones eran mensajes de las deidades primigenias de Zarabanda, que eran voces elementales, reinas de antiguos poderes que permanecían intactos en las piedras, las plantas, las nubes. Y si ella antes solo las escuchaba, ahora debía seguirlas, tomarlas en cuenta.

Pero eso podía esperar. A su alrededor comenzaba una actividad febril. Iseke y sus hombres parecían cada vez más preocupados por la situación. Las aguas los rodeaban, los sitiaban, iban agrupándolos en la cima de la colina

donde se habían refugiado. Pero aquella elevación no era lo suficientemente alta para salvarlos de la vorágine que los asediaba. En pocos minutos estarían luchando por sus vidas, tratando de no ahogarse.

—Gracias —le susurró a Yosef—. Te debo una, primo.

Yosef miraba el nivel de las aguas en ascenso.

—Creo que te salvé en vano —respondió.

Arlinda le sonrió para darle ánimos, pero ella también era consciente de que no tenían escapatoria. Las aguas que avanzaban no eran normales. El oleaje no era típico de un río como el Osterde. «Aquí hay algo herido, desquebrajado», pensó. Una torcedura de la naturaleza original de Zarabanda, una enfermedad que asesina al propio cuerpo que la sostiene. La muchacha sintió mareos. Una oleada de náuseas la envolvió de nuevo, pero ya no pudo arrojar más líquido fuera de su boca.

—Acuéstate —le pidió su primo.

Arlinda, aún débil y temblorosa, accedió a hacerlo.

«No puedo más. No puedo más. Si soy todo lo que me dijeron las voces en mi sueño, de nada me sirve en este momento. Si soy Zarabanda, ¿qué puedo hacer? ¿Dormir? ¿Descansar boca arriba hasta que las aguas me ahoguen?».

El sueño que había tenido volvió a envolverla: una torre en el confín del mundo la esperaba. No podía morir, aunque quisiera. No podía detener el llamado que Zarabanda le hacía.

—Yosef. Hazme un favor.

—El que quieras, prima.

—¿Tienes aún el libro de tapas negras?

—Sí, aquí está, en mi morral.

Y de inmediato sacó el volumen.

—Busca si en él hay un dibujo de una torre blanca sobre un mar tormentoso.

Como pudo, a pesar del viento y las salpicaduras de las aguas, Yosef localizó el dibujo. Al verlo recordó el faro que había soñado, el que se alzaba frente al más muerto de los mares muertos; pero muerto no significaba sin

movimiento. El mar del dibujo era un mar que rompía contra las rocas donde aquel edificio se alzaba. Y lo hacía con furia, infatigablemente.

—¡Lo tengo! —gritó para hacerse oír ante el estruendo de las aguas

—Lee lo que dice al pie.

—«Si miras al fondo de las aguas verás tu perdición, pero si cantas a las nubes, tus plegarias serán atendidas». ¿Te sirve eso?

—Me sirve. Mucho.

La joven bruja cerró los ojos y escuchó los gritos de miedo de los guerreros que la rodeaban. No quedaban más que unos cuantos metros cuadrados sobre la furia de las aguas turbulentas. En cuestión de dos o tres minutos, no habría terreno dónde refugiarse. Eso no la detuvo y comenzó a cantar una canción de cuna.

En ti me cobijo, contigo me duermo,
Viento de las lejanías, nube sin dueño,
Si tú me acunas, no tengo miedo,
Si tú me cantas, todo es un sueño.

Iseke apareció, en ese instante, con el rostro del hombre que nunca se rinde.

—Tendré que volver a cargarte —le dijo.

Pero Arlinda no se movió de su sitio. En lugar de levantar los brazos para ser sostenida por Iseke, le sonrió al jefe de los forajidos.

—No será necesario —le contestó.

Y señaló hacia el cielo. Iseke miró en la dirección indicada. Y lo mismo hicieron Yosef y el resto de los guerreros sobrevivientes. Arriba de ellos, muy arriba, las nubes de tormenta giraban en espiral con una velocidad prodigiosa. Ahora se desgajaban, se hacían jirones, bajaban a la tierra como tornados.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó uno de los guerreros.

La joven bruja lo supo en cuanto las vio dirigirse a la cumbre de la colina.

—Vienen por nosotros —dijo.

Los jirones de nubes iban tomando forma. Yosef no pudo identificarlas, pero Iseke abrió los ojos al ver sus contornos.

—¡No puede ser! —exclamó.

Arlinda se sintió aliviada de pronto y, sin ayuda de nadie, se incorporó hasta quedar de pie. Quería estar segura de que sus sentidos no la engañaban ahora que todo embonaba, ahora que su sueño cobraba vida.

—¡Claro que puede ser! —gritó llena de júbilo.

A su alrededor, ni los ladrones ni Yosef daban crédito a lo que veían: sobre ellos bajaban unas nubes en forma de criaturas marinas. Mientras las aguas furiosas tocaban sus pies, aquellas nubes abrieron sus fauces y, de un solo bocado, engulleron a todos.

Y como un viento cálido, reconfortante, aquellos seres los alzaron en vilo.

La muchacha sentía que estaba protegida de todos los males del mundo. Y volviendo a cerrar los ojos, se dejó llevar, se dejó mecer.

Porque Arlinda se sabía a salvo.

Porque Zarabanda le susurraba, en pleno vuelo, su más antigua canción de cuna.



La persecución

Corsac sintió que lo movían con fuerza. Abrió los ojos y se encontró con el rostro de Arminia muy cerca del suyo, quien le hacía un gesto de que guardara silencio.

—Tenemos compañía —susurró—. Es mejor que salgamos disparados de aquí cuanto antes.

Sampalio ya sujetaba las riendas de las cabalgaduras.

—¿Cuántos son? —preguntó en voz baja el consejero mientras se ponía de pie de un salto.

—Una docena, cuando menos. Están a unos ochocientos metros y acercándose. Vamos a salir a galope tendido y pronto nos descubrirán. En estos arenales, cualquier movimiento crea una nube de polvo. Espero que sus cabalgaduras estén más cansadas que las nuestras.

—Si no los podemos dejar atrás, habrá que enfrentarlos. ¿No puedes atacarlos con algún conjuro?

—Podría, pero uno de ellos es un hechicero y siento su aura de poder.

—¿Y? —preguntó el herborista.

—Su magia es más poderosa que la mía. No quisiera enfrentarme a él sin entender de dónde proviene su fuente de hechizos.

Partieron aprisa, y en menos de un minuto ya tenían a sus perseguidores siguiéndolos y acortando las distancias.

—No pasará de un kilómetro antes de que nos alcancen.

La archimaga miró hacia atrás y vio la bola de fuego que se alzaba desde el grupo de sus perseguidores para luego caer a un lado de su cabalgadura. La explosión fue tremenda y estremeció las arenas haciendo que un surtidor de polvo se alzara y cayera sobre ellos. Una segunda bola de fuego pasó sobre sus cabezas y cayó a unos veinte metros más adelante.

—Ya casi están sobre nosotros —gritó Sampalio.

La tercera bola de fuego explotó a sus espaldas y cimbró el desierto con su estruendo. Arminia dio vuelta a su cabalgadura y enfrentó a los perseguidores. Al verla, Corsac y el herborista hicieron lo mismo. Los perseguidores sacaron unas espadas curvas y se lanzaron al ataque.

Pero el choque no se produjo. Entre los servidores del Caos y el trío de viajeros se interpuso un remolino de polvo que se llevó a los atacantes hacia el cielo. Unos momentos después los dejó caer de gran altura. El único que logró frenar la caída fue el hechicero que había lanzado las bolas de fuego; cayó pesadamente, de rodillas, en la cima de una duna.

Al verlo distraído, la archimaga aprovechó para lanzarle su propia bola de fuego, pero el hechicero ni siquiera le hizo caso, como si aquella magia fuera un simple rasguño. Mirando a la joven hechicera, se preparó para devolverle el golpe, pero esta vez fue la tierra a su derredor la que empezó a moverse bajo sus pies, a hundirse de prisa.

El mago trató de murmurar un conjuro de protección, pero ya era demasiado tarde. Una gigantesca criatura, una mezcla de araña y alacrán, lo agarró con sus tenazas y lo hundió bajo la arena sin darle tiempo a reaccionar mientras intensos temblores sacudían el suelo.

Unos segundos después el desierto volvió a ser una monótona planicie donde el viento soplaba con ahínco. Del hechicero no se supo nada más.

Arizco miró a la archimaga y ambos supieron lo que acababan de ver.

—Lo que escuché hace unas horas. Ese rumor. Ese deslizamiento.

—Atacalmas —susurró Sampalio.

Arminia asintió, mirando hacia el suelo arenoso, intentando captar si aquel rumor soterrado se acercaba a ellos, pero no escuchó más que el sonido del viento. Por las dudas, los tres siguieron su camino, tratando de hacer el menor ruido, sin perturbar las arenas que pisaban.

Al día siguiente divisaron una línea azul en la distancia: eran los lindes del desierto; más allá un río de aguas rojizas los esperaba.

—¿No es un espejismo? —dudó Corsac.

—No, es agua de verdad —precisó el herborista—. Es el río Bermejo.

Samara también estaba segura de que aquello no era una ilusión.

—Hay vida en sus aguas —dijo—. Mucha.

Isino la secundó.

—Y es vida hambrienta. Llena de colmillos, de venenos.

—No me importa lo que digan, yo me voy a lanzar a sus aguas para quitarme todo el polvo acumulado —aseguró el consejero.

Sampalio vio que lo decía en serio. Arminia tuvo que intervenir.

—Te recomiendo que no te acerques a la orilla antes de que invoque un hechizo contra los depredadores acuáticos y terrestres. Estas aguas están infestadas de animales hambrientos para los que nosotros somos un festín apetitoso.

El herborista señaló la ribera de aquel río caudaloso. Y lo que señalaba era un grupo de enormes bestias de grandes quijadas, que reposaban al sol.

—¿Cómo vamos a cruzar? —preguntó el consejero.

—Primero lo primero —le contestó la joven hechicera, y se puso a cantar una canción de repulsión que produjo que aquellas bestias se alejaran tierra adentro.

El río no medía de orilla a orilla más de doscientos metros. Sus aguas rebosaban con peces de todos los tamaños y grandes tiburones de aguas dulces mostraban sus aletas. Con cautela se acercaron a su ribera y bebieron hasta saciarse. Ningún depredador se acercó hasta donde estaban, excepto una nube de mosquitos.

Arminia fue la primera en recomponerse del largo viaje por el desierto.

—Busquen un muelle o barcas. Estoy seguro de que debe haber remeros que hacen buen negocio trasladando de una ribera a otra a los que llegan hasta aquí.

—Como nosotros —le recordó Samara.

—Sí, como nosotros.

Isino relinchó y sacudió sus crines.

—A la izquierda, a cien metros, hay una choza.

Arminia miró hacia donde indicaba la cabalgadura de Corsac y vio a un hombre andrajoso, quemado por el sol y portando un turbante, que corría hacia ellos, saludándolos con los brazos en alto.

—La primera persona que nos da la bienvenida en todo este viaje —dijo Sampalio.

—Porque nos ve como clientes —precisó el consejero.

La archimaga alzó los brazos y saludó al nativo de aquellas tierras fluviales, quien se detuvo frente a ellos y los examinó uno por uno.

—Tres viajeros intrépidos, que no temieron cruzar los grandes arenales. Mis respetos por ustedes. ¿Buscan comida, señores? ¿Quieren cruzar el río en forma segura? Mi nombre es Calixto Sajuno y mi chalana está a su disposición por una módica cantidad. ¿No traen equipaje?

—Lo que ves es lo que traemos. Pero necesitamos pasar con todo y nuestras cabalgaduras.

El hombre sonrió mostrando su dentadura perfecta.

—Eso costará algo más que una módica cantidad. Mi chalana puede llevarlos a todos a la vez, pero hay peligro de que no aguante el peso y naufrague. ¿Me pagarán por adelantado, suceda lo que suceda?

Arminia le pidió ver el bote. Este resultó ser una embarcación plana donde los tres viajeros con sus respectivas cabalgaduras apenas cupieron. Pero la madera del bote estaba podrida y se veía que este no estaba bien calado. Más de una fuga de agua era visible.

—Te damos quince upias por los tres. No más.

Calixto se rascó la cabeza y refunfuñó, pero al final aceptó aquella cantidad por sus servicios. Una media hora más tarde, después de cruzar las aguas turbulentas, el trío ya estaba en la otra orilla sin sufrir ningún percance.

—Gracias, señor Sajuno —le dijo la archimaga mirándolo a los ojos—. ¿Qué noticias hay por estos lares que deberíamos saber?

—Ninguna. Gente que va y viene… aunque hay rumores.

Y el barquero bajó la voz.

Arminia volvió a echarle una mirada de apremio.

—Fuego al norte, caminando de prisa. Dicen que Marfilia tiene los días contados y que el imperio de Antara pronto será la pura ruina.

—¿Y de este lado?

—Nada. Nada.

La joven hechicera hizo un movimiento con la mano y las quince upias flotaron fuera del alcance de Calixto. Este, viendo que estaba ante una hechicera, aceptó compartir lo que sabía.

—Bueno, he oído que la luz eterna ha llegado a Zarabanda. Eso murmuran las viejas curanderas de mi tribu. Y no me pregunten qué quieren decir con ello. Todo el mundo anda nervioso, expectante, como si el reverdecimiento fuera algo a nuestro alcance.

—¿De cuál reverdecimiento hablas?

El barquero la observó con detenimiento.

—¿De qué hablo? Tú, como maga, deberías saberlo. De la profecía de los últimos días: cuando de la tierra surjan los mortíferos y con el fuego regresen los monstruos. ¡Esa profecía!

La archimaga le entregó de nuevo las quince upias y el barquero de inmediato saltó a su barca y volvió a cruzar el río alejándose de ellos.

—¿Sacaste algo en claro? —quiso saber Corsac.

—Que para tiempos de caos, abundancia de profecías —respondió Arminia.

—¿Y eso qué quiere decir? —indagó Sampalio.

—Que cada quien trata de amoldarse a la forma en que cree que el mundo acabará.

El herborista sonrió pensando en ello.

—Y tú, hechicera, ¿cómo crees que acabe Zarabanda?

La archimaga recordó lo que le dijera Kartaro de Selene, el jardinero real.

—Con la tierra desolada y una planta brotando entre las cenizas, floreciendo a sus anchas.

—Sí —añadió Corsac—. Y que esa planta sea una parra, una vid.



El diluvio

Altos pastizales cubrían el horizonte con un verdor desvaído. El sol era intenso en sus reverberaciones. Un viento escuálido traía consigo el aroma punzante de plantas silvestres. Avanzaban por un paisaje donde pequeñas comadrejas medraban a su antojo.

—¿Y de aquí a dónde? —inquirió Corsac.

Sampalio señaló un monte lejano.

—Si subimos a esa colina, podemos ver qué rumbo tomar.

Arminia observó el monte y le pareció un buen punto de observación. Pero al llegar a la cima del mismo vieron lo que les aguardaba: una cadena de montañas que se elevaban a miles de metros de altura, cubiertos sus picos de nieve y con nubes de tormenta que daban vueltas sin cesar sobre sus cumbres.

—Las montañas nebulosas son todo un espectáculo —dijo el herborista, entusiasmado—. De ellas se habla tanto y tan poco se conocen.

Corsac solo refunfuñó, presagiando los retos que tenían por delante. Arminia guardó silencio. Samara observó algo más cercano: la llanura cubierta de arbustos espinosos.

—Esto va a doler —dijo.

Isino y Arizco estuvieron de acuerdo.

Minutos más tarde, cuando cabalgaban por una planicie llena de matorrales y cactus que los herían en la piel descubierta, aquellas montañas les parecieron ominosas, un mal presentimiento. Esa noche, mientras comían un conejo mal asado, la archimaga abrió la conversación con Sampalio.

—Te veo un poco pensativo —le dijo—. Si te preocupan tu hijo y tu sobrina, haré todo lo posible por encontrarlos sanos y a salvo.

El herborista se ajustó su abrigo mientras un gélido viento cruzaba por el campamento improvisado.

—¿Has vuelto a tener visiones sobre ellos? —quiso saber.

Arminia negó con la cabeza.

—Ahora sueño con mis días de niña, con Brebaja. Siempre es el mismo sueño: camino por el bosque y me topo con ella. Me toma de la mano y me conduce a un lago donde ambas miramos las aguas estancadas. En su reflejo me veo como estoy ahora, pero Brebaja se ve como yo de niña. ¿Crees que me quiere decir algo?

Sampalio tomó dos ramas secas de un matorral cercano y las frotó entre sus manos; un pequeño hilo de humo salió de ella.

—¿Qué ves en este humo, hechicera?

—Volutas, remolinos, una…

Frente a ella algo iba formándose: un torbellino que subía al cielo. Y en aquel cielo no había estrellas ni astros. Solo una niebla que ondulaba, que nadaba en ella con ágiles movimientos. Cuerpos descomunales. Ojos inteligentes. Gestos de audacia.

El humo se disipó.

—¿Qué viste? Dímelo.

La joven hechicera se lo contó.

—Allí debemos ir. Allí están Yosef y Arlinda. Tu corazón es mejor brújula que tu entendimiento. ¿Pudiste atisbar dónde era ese lugar?

La archimaga iba a contestar que no, cuando se dio cuenta de que sí lo sabía. Con el dedo índice de la mano derecha señaló las montañas encumbradas.

—Allí están. O en sus cercanías.

Al día siguiente un eremita los condujo hacia una vereda estrecha por donde podían subir a las montañas sin contratiempos. Al atardecer los sorprendió la lluvia, intensa, copiosa. Pero esta vez no se detuvieron hasta encontrar una cornisa lo suficientemente protegida para pasar la noche bajo su resguardo.

—Es el monzón —explicó el herborista—. Falta un mes para que sea la temporada, pero este año todo anda al revés. El clima cambia y Zarabanda parece haber perdido su equilibrio ancestral.

—¿Por el Caos? —inquirió Corsac.

—No. Ya estaba sucediendo antes de que las huestes del fuego aparecieran. Es algo más profundo. Es como si el reloj de nuestro mundo estuviera descompuesto y provocara que las estaciones choquen entre ellas. Como si el ritmo de la naturaleza cambiara sin aviso y en vez del clima de siempre, trajera huracanes y tornados, sequías y polvaredas sin ton ni son.

Arminia volteó a ver a Samara.

—¿Qué dijiste? —preguntó a su cabalgadura.

—Que también nosotros lo sentimos. Algo no está bien en la rueda del mundo. La tierra da menos frutos. Los vientos rugen a velocidades nunca antes sentidas. Los ríos ya no llevan tanta agua como antes. O si la llevan, está llena de peces muertos y marejadas letales. Huele a decrepitud y no es a causa de sus estúpidas guerras de poder que tanto practican los hechiceros y los seres humanos. Algo agoniza y su agonía está contagiando a Zarabanda comarca por comarca, región por región.

Isino asintió.

—Los pastos ya no son los mismos, ni el sabor del agua de los manantiales. Y las plantas…

—Ya no crecen tanto ni dan tanta variedad de flores —concluyó Sampalio.

—Y los animales están hibernando en grandes cantidades. Algo nos enferma a todos. No sé lo que es, pero es tan amenazador como la tormenta de fuego.

Era Arizco, que por vez primera en mucho tiempo decía lo que pensaba. La archimaga lo entendió. Los ejércitos del fuego eran solo un síntoma de una enfermedad mayor, más extendida y más profunda. Por todas partes aparecían los signos de que el mundo no iba por buen camino, de que la vida en todas sus formas estaba en peligro.

Y entonces, para añadir un obstáculo más al viaje, a la lluvia se le agregaron vientos y relámpagos. Para medianoche ya era un diluvio y una cascada de agua caía desde la cornisa y se perdía en el barranco a sus pies.

—Si seguimos hacia la cumbre, hay que tener cuidado de no caer. La tierra estará suelta, lodosa, fácil de hacerse una avalancha que nos arrastre hasta el fondo.

—Y el fondo está mil metros abajo —precisó Arminia, mientras enredaba un chal de lana sobre su cabeza.

Para cuando fue de día, el sol era un brillo borroso detrás de una cortina de nubes negras. De todas formas siguieron avanzando en una senda que no tenía más de metro y medio de ancho. Dos veces tuvieron que improvisar con piedras un puente entre los ríos de lodo que les cortaban el paso con su estrépito. Hacia mediodía llegaron a una pequeña cueva, donde descansaron un momento. Comieron unos trozos de pan duro y queso viejo. A media tarde alcanzaron la cumbre. La lluvia seguía, pero no era un diluvio sino una ligera llovizna. Montaron el campamento y, bajo un toldo improvisado, se aglomeraron para pasar la noche.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó, socarrón, el consejero.

—Ahora esperaremos que esos seres que vislumbré en el humo de nuestro herborista tengan curiosidad suficiente para venir a visitarnos.

—¿Y si son una especie de monstruos, como los que la gente asegura moran en estas montañas? —presionó Corsac.

—Bueno, en ese caso, si se muestran amistosos, les pediremos información —dijo la maga mientras trataba de quitarse el agua helada que continuaba escurriendo por su rostro.

—¿Y si son hostiles?

La joven hechicera no pronunció palabra por varios minutos. Estaba aterida de frío, cansada. Pero una chispa brilló en sus ojos al responder.

—Entonces te ofreceremos como regalo de buena voluntad, consejero.

—No creo que sea una buena idea —dijo Sampalio—. Un regalo así los hará perdernos todo respeto.

Y los tres rieron sin muchas ganas. Ateridos. Exhaustos.



El bramido del viento

Todavía no llegaba el amanecer cuando Corsac oyó que algo se movía a pocos metros del campamento. Le dio un codazo a Arminia para que despertara y esta abrió los ojos y sacó lentamente su espada.

—Voy a ver qué es esa cosa que pasea entre el aguacero. Ocurra lo que ocurra, cúbreme.

Hizo a un lado la tela del toldo y salió al exterior. Las ráfagas de aguanieve iban y venían. Por momentos las nubes dejaban ver una luna enorme bañando con su luz azulada la tierra. A dos metros de distancia un hombre con traje de pieles la observaba. En la mano izquierda llevaba un machete. En la mano derecha sujetaba un arpón.

—¿Qué hacen aquí? —gritó a la archimaga—. Este es mi territorio de caza. Mío y de nadie más.

Y sin esperar respuesta, se abalanzó contra la joven hechicera. El machete la alcanzó en el hombro dejando un trazo largo de sangre. Arminia suprimió el dolor que sentía y se hizo hacia atrás cuando el arpón casi la destripa. Alzando una mano conjuró un hechizo de inmovilismo, pero este tardó en hacer efecto. El cazador levantó el machete para rematarla cuando la punta de una espada

salió por su pecho. Por un instante no supo que estaba muerto. Abrió los ojos y quiso pronunciar algo, pero la vida se le fue sin que pudiera evitarlo. Corsac sacó su espada del agresor y se acercó de prisa con la archimaga.

—Esa herida no luce nada bien.

Sampalio llegó corriendo con su bolsa de hierbas y entre ambos obligaron a Arminia a volver a la tienda para curarla. Entre el herbolarista y el consejero la remendaron lo mejor que pudieron, pero a la hechicera le giraba la cabeza de dolor.

—Acuéstate —le dijo Corsac sin miramientos.

—Es la pérdida de sangre —puntualizó Sampalio—. No cesa.

Arminia lanzó un conjuro de sanación y sintió que la sangre iba coagulándose en su herida, pero la debilidad no pasaba. Cerró los ojos y trató de serenarse, de respirar despacio, pero solo consiguió marearse más. Mientras trataba de hablar, sintió que algo se estrellaba contra su mente, que algo la sacudía hasta el desmayo. Por un instante incluso pensó estar oyendo una música que descendía entre la niebla hasta donde ella se encontraba. Trató de aguzar el oído y descifrar lo que aquella melodía quería decirle con su canto.

«¿Qué quieres de mí? ¿Qué pretendes que haga?».

Sampalio se acercó al cuerpo del cazador y revisó sus pertenencias. Encontró una bolsa con amuletos y una cantimplora de cuero con una especie de leche cuajada. El herborista se quedó con la bolsa y le entregó la cantimplora a Corsac. Luego centró su atención en el cadáver a sus pies.

—¿Qué hacemos con este? —indagó.

El consejero se puso a su lado y, sin decir palabra, entre ambos lanzaron el cuerpo al abismo.

—¿Qué podía estar cazando en estas alturas? —preguntó Corsac.

—No tengo la menor idea. Los osos no suben hasta acá. Ni los venados.

Entonces oyeron, apenas a unos pasos de donde estaban parados, el rugido de una bestia. Cuando se voltearon para ver qué clase de criatura hacía aquel bramido, se toparon con un ser blanquecino, de unos tres metros de

extensión, que trataba de levantarse con sus aletas y que agitaba su cola entre la nieve. El consejero puso su espada en alto esperando la embestida de aquel monstruo, pero Sampalio lo agarró del brazo e hizo que bajara su arma.

—No es lo que imaginas —le murmuró—. No es un ser terrestre ni marino. Es una orlava. No atacan a los seres humanos. Son animales sagrados. Tan antiguos como la humanidad.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Y entonces aquella criatura volvió a bramar.

—Parece que quiere comunicarse con nosotros —dijo el herborista.

—¿Y qué está diciéndonos?

—Lo ignoro. Sé comunicarme con las plantas, no con otras especies animales. Además, tú eres el que estudió ciencias consulares. Ahora te toca a ti actuar como un diplomático consumado y averiguar qué anda haciendo por estos rumbos semejante criatura.

Corsac trató de acercarse a la orlava, pero esta se asustó. La luna se apagó en ese instante y su luz dejó de ayudarlos para ver los alrededores. Empezó a llover de nuevo. Fuerte. Sin pausa. Un manto de niebla bajó desde las alturas y la montaña crujió bajo sus pies. El consejero y el herbolarista tuvieron que arrodillarse ante la fuerza de aquel sacudimiento. El crujido se transformó en una trepidación que subía de volumen.

Para horror de ambos, Arminia salió tropezando de la tienda y corrió hacia el abismo. Corsac se lanzó a detenerla, pero ya era demasiado tarde. La archimaga saltó al vacío y se perdió entre la niebla. El consejero trató de detenerse, pero tampoco pudo hacerlo. Sampalio fue tras él y lo agarró del abrigo.

Fue inútil.

Ambos salieron disparados como si un viento descomunal los hubiera atrapado en sus ráfagas.

Al mismo tiempo, el bramido de la orlava explotó en sus cabezas.

Y la niebla los tomó como una osa toma a sus cachorros y los zarandeó en su vértigo.

PARTE 3

DE RELÁMPAGOS Y BATALLAS

En
Zarabanda
abunda toda clase de
practicantes de la magia, todo
tipo de embrujos y encantamientos.
Cada uno de ellos es un elemento a
tomar en cuenta, la ruta hacia un destino
desconocido, el símbolo de una experiencia
implacable. Todos tienen una misión que
llevar a cabo. Todos tienen una promesa por
cumplir. Pero no olviden que detrás de nuestras
hermandades hay magias más antiguas, poderes
ancestrales. Nuestro mundo está lleno de trampas
para incautos, de mecanismos a punto de estallar.
La magia es muchas magias: unas son benevolentes.
La mayoría, mortíferas. No entren a sus dominios
si no conocen las fuerzas involucradas en su
creación. No sean impacientes o acabarán
hechos pedazos.

Irmasia de Ximirk
Teatro de las apariencias
y las artimañas

El reino de las nubes

Flujo y reflujo, arriba y abajo. La cabeza le daba vueltas. Corsac trató de guardar el equilibrio, pero sus esfuerzos fueron inútiles. «¿Dónde estoy? ¿Qué me pasó?». Ráfagas de viento se estrellaron en su cara. «¿Estoy cayendo por la montaña?». Sus oídos estallaron en forma dolorosa y se le cortó la respiración. Voces. Susurros. Abrió los ojos, luego los cerró de nuevo, petrificado por el terror más instintivo. Flotaba sobre el mundo… o volaba. Las nubes lo levantaban como si fuera una mota de algodón. Sus pies no pisaban ninguna superficie firme. Sintió el contacto frío con el aire, el zarandeo de su cuerpo elevándose. Algo. Alguien. Una sombra lo tomó del brazo y le presionó la muñeca. Volaba. No podía ser cierto. «Esto es una pesadilla. O ya morí y estoy en el ultramundo. Sí. Eso». Pero el dolor que sentía era muy real. «¿Dónde estoy?». Parpadeó. Una luz intensa le lastimó los ojos. Un rostro conocido le dijo unas palabras, pero estaba sordo aún. Alguien le dio de beber una sustancia verdosa. Vino de Satabraj, bien madurado. Se levantó con arcadas y empezó a vomitar todo lo que traía en el estómago. Cuando ya no le quedaba nada que saliera por su boca, una sombra le ofreció un pañuelo. Flujo y reflujo. Arriba y abajo. Si estoy vivo, ¿Sampalio y Arminia podrían también estarlo? Todo daba vueltas, pero más despacio. Todo se movía sin reposo.

—Vamos, consejero. Ya ponte bien. No tenemos tiempo para seguirte cuidando cuando hay tantos asuntos en vilo, tantas tareas por hacer.

«Esa voz la conozco. La he escuchado antes». De nuevo intentó parpadear. Esta vez la luz no fue tan dolorosa. Allí, frente a él, la joven hechicera lo contemplaba con los brazos cruzados.

—Ya era hora de que el bello durmiente volviera a la vida.

—Suena como un castigo —farfulló.

—¿Cómo te sientes?

—Golpeado, estremecido, confuso. ¿Y tú?

Arminia se palpó el hombro, que lucía un vendaje limpio, ceñido.

—Mejor que nunca. Las orlavas saben cómo curar hasta las peores heridas.

—Me alegro por ti —dijo el consejero con voz temblorosa—. Por un instante pensé que te perderíamos.

La hechicera le sonrió, aceptando su preocupación como un genuino gesto de cariño.

—Gracias por salvarme la vida.

Y le dio un beso espontáneo en los labios, largo, hambriento, decidido.

Corsac volvió a estremecerse.

—Creo que necesito más de esa medicina.

—Ni en sueños, consejero. Ya veo que no estás tan mal. Sampalio aún no se recupera del todo.

—¿Por la caída?

La archimaga señaló el recinto en el que estaban. El vértigo volvió: todo era niebla; las paredes, los techos, los suelos. Una niebla ondulante, que nunca dejaba de moverse a su derredor.

—No pierdas el horizonte. Estamos en el reino de las nubes, donde todo está hecho de ellas. Unas son ligeras y puedes atravesarlas, mientras que otras son tan duras como el hierro, aunque igual de ligeras. Respira con cuidado, lenta, profundamente.

Corsac siguió el consejo de la hechicera y pronto pudo pararse, descubrir por sí mismo aquel mundo que flotaba y milagrosamente podía sostenerlo. A pocos pasos se encontraba acostado el herborista, en un capullo transparente que parecía respirar por él.

—¿Qué le pasó? —quiso saber.

—Me dicen que es por la altura. Según estas criaturas, entre más te elevas menos puedes respirar. Necesitas aclimatarte, luego te acostumbras. Sampalio necesita más tiempo para vivir en este sitio en que estamos. Tú pareces respirar sin esfuerzo, como yo.

Corsac se sentó en la cama y examinó el lugar. Todo era nebuloso, pero de vez en cuando las nubes se dispersaban, dejando ver el cielo luminoso y, a sus pies, la tierra en miniatura. Tragó saliva para no marearse.

—¿Cuáles criaturas? —preguntó buscando rastros de ellas en la habitación mientras intentaba adaptarse a las extrañas condiciones de aquel lugar.

—Las orlavas, los seres flotantes que nos tomaron entre sus fauces y nos trajeron aquí. Vamos, trata de pararte, pero con cuidado.

El consejero lo intentó, pero el sentido del equilibrio le fallaba. Arminia tuvo que ayudarlo a dar los primeros pasos, hasta que le encontró el truco: en vez de fijar la vista bajo sus pies y sentir vértigo, la centró enfrente, un paso a la vez. En pocos minutos pudo caminar sin la ayuda de la archimaga. Al verlo ya repuesto, la hechicera le explicó lo que ella había aprendido al ser cuidado por las orlavas.

—Estos seres tienes que verlos como cualquier otro reino de Zarabanda. No porque sean diferentes en su…

—¿Anatomía?

—En su constitución, en su forma de comunicarse. No son, ni de lejos, simples animales. Están mejor adaptados al medio que nosotros, te lo aseguro. Y tienen conocimientos que, en tu imperio, nadie ha advertido, o que en mi hermandad nunca se han puesto en práctica.

Corsac se acomodó el cabello que seguía mojado.

—Ya capté tus toscas insinuaciones, hechicera. Debo considerarlas como nuestras iguales.

—Así es. Pero te advierto: tal vez ellas nos vean como seres inferiores, criaturas incapaces de vivir en armonía, de respetar las vidas de otras especies.

El consejero agitó la cabeza porque le zumbaban los oídos.

—Todo es tan confuso —dijo, luego se acordó de algo más—. ¿Y nuestras cabalgaduras?

—Están aquí también. Las están curando, como a nosotros. Detrás de esta neblina hay una ciudad entera hecha de jirones de nubes, de trombas y caminos de neblina que se adensan o se aligeran según las necesidades de sus habitantes. O de sus visitantes.

Corsac se detuvo para calibrar lo que para él era más un entorno de pesadilla que una civilización superior a la suya. Estaba recordando sus últimos momentos en tierra, en la cima nevada de la montaña.

—La orlava que nos encontramos, ¿era un bebé? —preguntó.

—Hay un mundo entero de saberes que ignoramos sobre estas criaturas flotantes. Parece que en las cumbres de las más altas montañas de Zarabanda hacen sus nidos, empollan a sus huevos y los dejan a que rompan el cascarón y, para llamar la atención de sus padres, se…

—Se ponen a dar bramidos. Eso hacía la orlava que vi. Estaba llamándolos.

Reanudaron el camino, cada uno metido en sus propios pensamientos.

—Ahora lo entiendes. Por eso estamos aquí.

—¿Por oírla bramar?

Ahora fue la joven hechicera quien se detuvo.

—Esa forma de anidar la conocen los cazadores de las montañas nebulosas. Cada año suben para matarlas con sus arpones y destazarlas con sus machetes. Lo que hicimos, sin saberlo, fue defender a la orlava bebé.

—Por eso nos acogieron en su reino —concluyó Corsac.

—Vaya. Al fin un poco de intuición consular. Por eso te quiero como representante diplomático de Antara, para que les pidas algunos favores.

—Que se unan a la lucha contra los ejércitos del Caos es uno, ¿no es cierto?

—Ese es el segundo favor. El primero es que nos digan por qué este reino se ha metido en mis sueños. Y el tercero, preguntarles si saben dónde podemos encontrar a Yosef y Arlinda.

Siguieron su camino y pronto llegaron a un espacio donde las nubes flotaban con lasitud. Al acercarse un enorme allenato se atravesó en su camino.

—Bienvenidos. El consejo de las alturas los recibirá ahora mismo —les dijo.

La voz de aquel ser era una melodía que sonaba en su cabeza y, allí, se convertía en palabras. Las nubes se abrieron para dejarlos pasar a un recinto donde toda clase de criaturas flotaban y cantaban al unísono.

—Esto es el centro de nuestro reino, el lugar donde todo se revela cantándolo. Nosotros lo llamamos Cúmulo Nimbos.

—Yo soy la representante de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Me acompaña Corsac, consejero del imperio de Antara. Gracias por aceptarnos en su reino.

Un par de orlavas gigantescas, con cuerpos gráciles, cabezas aguzadas, miradas inteligentes, se acercó a ellos agitando sus cabezas.

—Les agradecemos lo que hicieron por nuestro primogénito.

Tanto Arminia como Corsac recibieron una oleada de gozo compartido, de júbilo sin medida como nunca antes habían experimentado.

—La verdad —dijo la archimaga— es que protegimos a su hijo porque nuestras vidas estaban en peligro.

El consejero la miró como si estuviera contraviniendo el lenguaje diplomático básico.

—Lo sabemos —dijo una onda de respeto.

—Lo vimos todo —dijo una onda de admiración.

La joven hechicera quedó atónita.

—Su lenguaje es tanto de palabras como de emociones —señaló, asombrada.

—Eso somos: criaturas que hablamos desde lo que sentimos.

—Y en nuestra piel todas esas emociones se manifiestan. Sin subterfugios, sin engaños.

—Somos lo que ves.

—Y ves lo que somos.

Corsac se adelantó para pedir los tres favores, pero la onda que le llegó expresaba paciencia, calma, esperanza.

—Sabemos lo que van a pedirnos. Antes de eso, necesitamos saber qué planes tienen para Zarabanda.

—Bueno —dijo el consejero—, ganar la guerra contra las hordas del fuego. Eso es lo que más nos preocupa. La ciudad principal de nuestro imperio se encuentra asediada, y si no la ayudamos seguramente caerá ante los ejércitos de la destrucción y habrá una masacre como nunca se había visto en todo el mundo desde el principio de los tiempos. Por eso estamos aquí, por eso pedimos vuestra ayuda. Más de doscientos mil seres humanos están, ahora mismo, a merced de la destrucción, del aniquilamiento.

Arminia sintió que todo aquel discurso no era lo que esperaban escuchar las orlavas. Así que alzó la mano y tocó la piel de la criatura flotante más cercana. En ese instante su piel pasó de un color azul a uno marrón.

—Nuestro plan al venir con ustedes es defender la vida por medio de la magia que poseen. Como hechicera, he utilizado la magia para obtener poder, para sobresalir en un mundo injusto. Pero ahora veo que hay otros tipos de magia, como la suya, que no busca el poder sino la armonía, la fraternidad, la convivencia. Me encantaría aprender de ella, pero ahora mismo se libra una guerra a muerte en la cual, como de costumbre, los inocentes pagan con sus vidas las ambiciones de unos cuantos. Si pueden salvar a los seres humanos en esta hora de terror, me aseguraré de que aprendamos la magia de su reino para que el fuego no vuelva a lastimarnos, para que el Caos no vuelva a dividirnos, como ha sucedido a lo largo de la historia de la Zarabanda. Les aseguro que cantaremos con ustedes cuando la lucha termine.

—Entendemos.

—Sentimos.

—Os damos nuestra comprensión.

—Pero no queremos entrar a un conflicto que no es nuestro.

Algo se agitó entre la niebla que los rodeaba. Las pieles de las criaturas presentes intensificaron su color amarillo, sus matices grises.

—Lamentablemente ese conflicto es suyo, aunque todavía no lo hayan advertido.

Era la voz de Sampalio que, atravesando la neblina, se hacía presente. El herborista se apoyaba en su cayado y trastabillaba un poco al caminar.

—Tú eres el otro mago.

—De ti hemos sentido muchas cosas.

—Cosas que brotan de la tierra.

—Y florecen.

Al acercarse, Arminia descubrió que el representante del santuario mostraba cierta palidez en el rostro, pero sus ojos brillaban con la fuerza de sus convicciones.

—Ese soy. Pero escúchenme, nobles criaturas del aire. Y ténganme paciencia con mis preguntas, debo hacerlas para que entiendan la encrucijada en que todos, tanto ustedes como nosotros, nos encontramos en este momento.

—Escuchamos.

—Expectantes y curiosos.

Sampalio tragó aire, pero no se arredró.

—Por lo que ahora sé, ustedes no viven entre las nubes todo el tiempo. Pueden decirnos en qué momentos de su ciclo de vida necesitan bajar a tierra.

—Cuando hacemos nuestro nido.

—Cuando damos vida a un nuevo ser.

—Y luego, a los tres meses, regresamos para llevarlo a los cielos.

—Cuando ya tiene las aletas de flotación bien desarrolladas.

—Que fue lo que ustedes presenciaron.

El herborista asintió.

—Pero eso pone a sus crías en peligro. ¿No es así? Un oso de las nieves podría atacarlas. O como vimos, algunos seres humanos se alimentan de ellas y las cazan sin piedad.

Una onda de horror, surgida de las orlavas, golpeó a los tres. Sus pieles enrojecieron, se volvieron intensamente cenicientas.

—No es nuestra voluntad.

—Es el imperativo de nuestra especie: nacer en tierra y vivir en las nubes.

—Entonces no son solo criaturas del aire. Necesitan a Zarabanda para su ciclo de nacimiento. Si Zarabanda perece y se vuelve un campo estéril, ¿dónde pondrán a sus crías en el futuro? Y si lo dominan las hordas de seres de fuego,

¿cómo van a cumplir este imperativo vital? Ustedes están ligados a nuestro mundo, aunque ahora lo vean desde las alturas y piensen que les es ajeno. Pero se equivocan. Por eso nuestro conflicto también es el suyo.

—Todo está ligado.

—Lo que está arriba y lo que está abajo.

El herborista sonrió, satisfecho.

—Como en nuestro mundo las abejas y las flores; unas y otras son imprescindibles para beneficio de todos.

—Sentimos.

—Entendemos.

—Lo vamos a proponer al Cardumen para que tomemos una decisión colegiada.

—Como siempre ha sido.

—Como siempre es.

Arminia miró al par de criaturas como unos padres cuidadosos y representantes de una raza que había conquistado las alturas sin el uso de la fuerza.

—En nuestros tratados antiguos se habla de ustedes, se les llama las Arajnas.

—Eso fuimos al principio de los tiempos.

—Como ustedes, cambiamos con el paso de las eras hasta ser lo que hoy somos.

La archimaga no distinguió ningún atisbo de arrogancia en sus palabras. Recordó lo que los libros de historia contaban de aquella especie.

—Sus antepasados comunicaban a los reinos de toda Zarabanda. Gracias a ellos nadie se sentía lejos de nadie. ¿Por qué eso cambió? —quiso saber.

La piel de las orlavas se opacó un poco antes de que respondieran.

—Acabamos temiendo a los seres humanos. Nos exigían que los lleváramos de un extremo a otro del mundo para crear conflictos, para pelear entre ellos. Querían utilizarnos como transportes de armas y ejércitos, para llevar esclavos de una mina a otra.

—Y cuando nos negamos, nos empezaron a cazar para que los transportáramos a la fuerza.

Arminia se avergonzó ante aquella verdad.

—Lo siento. De verdad, lo siento.

Las criaturas aceptaron su disculpa y sus pieles brillaron de nuevo.

—Pero ahora volvemos a entablar lazos, a hacer uniones.

—Todo sea para que Zarabanda vuelva a equilibrarse, a renacer.

Sampalio ya no pudo más; juntó sus manos en forma de súplica.

—Todavía me falta preguntarles lo que más me interesa —dijo—. Es algo personal.

Y volteando de nuevo con el par de orlavas, puso sus manos en alto para tocar los cuerpos pulidos, brillantes, de sus anfitriones.

—Soy el padre de Yosef, soy el tío de Arlinda. Por favor, ¿qué saben de ellos?

Y ambas criaturas flotantes bramaron a la vez.

Una onda de choque los estremeció.

—Respira profundo.

—Prepárate para lo peor.



El faro de la luz del tiempo

Arminia tragó saliva y sostuvo por la cintura al herborista, que parecía al punto del desmayo, mientras escuchaban la respuesta simultánea de las orlavas.

—Aquí estuvieron.

—Aquí los protegimos.

—Pero ellos no aceptaron nuestro manto, nuestra nube.

—Los dejamos en tierras peligrosas porque así lo pidieron.

—Querían ir a lugares donde el horror persiste, de donde nadie vuelve.

—¿Podrían ser más precisos? —quiso saber Sampalio.

La onda que los sacudió no estaba formada de emociones, sino de chispas de luz blanca.

—Esto es lo que fue.

—Mírenlo y entiéndanlo.

Las nubes a su alrededor comenzaron a girar hasta volverse imágenes en movimiento. Y entre ellas aparecieron figuras que se unían entre sí y luego se separaban. Una isla rodeada de aguas furiosas. Yosef y Arlinda juntos y un

grupo de salteadores protegiéndolas mientras estaban a punto de ahogarse. Sampalio no pudo evitar que las lágrimas le brotaran ante la visión de su hijo y su sobrina, vivos, luchando, incapaces de rendirse.

—Ellos son —murmuró.

Y el embudo de un tornado succionándolas hacia las alturas, salvándolos de una muerte cierta. Las imágenes ahora mostraban el reino de las nubes tomándolos bajo su cuidado, platicando con ellos.

Arminia parpadeó, intrigada.

—¿De qué hablaron con ellos?

—De su peregrinaje.

—De su papel en el futuro de nuestro mundo.

—Crías son y tan maduras.

—Crías son y tan tozudas.

Las imágenes se aceleraron: se les veía debatir entre ellos; Yosef con Arlinda y Arlinda con todos los demás. Luego Arlinda habló y todos asintieron.

Un torbellino los envolvió y los llevó de nuevo a tierra. En ese instante, las imágenes empezaron a disolverse, a detenerse. Solo quedó al final una tierra rocosa donde Yosef, Arlinda y los forajidos se despedían agitando la mano.

—¿De qué discutían? —quiso saber Corsac.

—Unos querían quedarse entre nosotros; otros buscaban regresar a la gran travesía.

—¿Qué significa eso? —inquirió la archimaga.

—La niña, la que ustedes llaman Arlinda, sentía Zarabanda como solo ella podía hacerlo. Era su vocera, su emisaria.

—Estaba conectada a su respiración, a su espíritu.

—No ignoraba que su camino sería de puro sacrificio.

—Pero no temía lo que le aguardaba.

—Por eso los devolvimos a tierra. Como fue su voluntad.

—¿En dónde los dejaron? —preguntó el herborista.

—En el bosque de las estruces, en la vereda austral que lleva al más muerto de los mares muertos.

—¿Saben por qué iban acompañados de una banda de bandidos? —insistió Sampalio.

—Eran sus amigos, sus compañeros de viaje.

—Se cuidaban unos a otros.

—Su destino era el faro de la luz del tiempo que nunca acaba.

—Un sitio ajeno a nuestros bramidos.

—Un lugar marcado por el espanto más antiguo, por la muerte más cierta.

Arminia no lo pensó dos veces.

—¿Puedes dejarnos en ese faro?

—No. Lo mismo les dijimos a ellos: ninguna corriente de aire logra llegar hasta ese espacio donde nuestras magias no tienen injerencia.

—Entonces nos conformamos con el bosque de las estruces. ¿Está muy lejos? —quiso saber Sampalio.

—Casi llegamos. Sabíamos que esa sería su decisión en cuanto vinieron a presentarse ante nuestro Cúmulo Nimbos.

La archimaga aceptó lo previsible de sus conductas.

—Y en cuanto a luchar contra las huestes del fuego —inquirió—, ¿tomarán su decisión antes de que sea demasiado tarde?

—Ya la tomamos.

—Iremos a curar los estragos de su guerra, sanaremos las heridas del mundo, protegeremos la vida de las especies terrestres.

—Pero no hasta que el faro nos indique que el viento de la luz favorece tal decisión; no hasta que la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos den su veredicto.

Arminia calculó que ya llevaban nueve días fuera. Marfilia podía caer en manos del Caos en cualquier momento.

—Ustedes hagan lo que su corazón les indique —aceptó—. Nosotros haremos lo mismo.

A sus pies, la neblina empezó a dar vueltas, a abrirse camino hacia abajo. El torbellino que habían visto en las imágenes en movimiento, los tomó entre sus ráfagas y los lanzó al abismo sin darles tiempo de prepararse, sin ofrecerles ni una despedida.



El bosque de las estruces

Cayeron a tierra con suavidad, como si aquella magia pareciera turbulenta desde fuera, pero en realidad fuera pacífica por dentro. Ni siquiera Arizco se quejó. Samara relinchó feliz de volver a pisar algo más sólido que una nube e Isino solo se puso a comer del pasto que crecía hasta cubrir medio metro de altura.

—¿En qué parte de Zarabanda estamos? —preguntó Corsac, desorientado.

—En el otro lado del mundo, creo —le contestó la archimaga—. Estamos en la parte más oriental de nuestro continente. Si subiéramos por la costa, tarde o temprano nos encontraríamos con los dominios de la Hermandad de las Brujas y ustedes dos tendrían graves problemas para salir con vida de tales parajes.

Sampalio, en cuanto percibió tierra bajo sus pies, se recompuso. La cercanía con su hijo y su sobrina le daban nuevos ánimos. Respiraba sin problemas, aliviado de volver a convivir con plantas silvestres, con arbustos terregosos.

—¡Qué importa eso! —gritó a sus acompañantes—. ¡Vamos, apresúrense!

Y en cuanto subió a Arizco, azuzó a su cabalgadura.

—Nuestro herborista tiene prisa —señaló el consejero.

—Siente que está a un paso de volver con sus parientes —dijo, comprensiva, la hechicera mientras trataba de orientarse.

Por un tiempo siguieron avanzando sin toparse con bestias salvajes ni con seres humanos. A cada hora que pasaba sentían, por la brisa que llegaba hasta ellos, que el mar estaba cada vez más cerca.

—Las orlavas lo llamaron mar muerto. ¿Es que no hay vida en él?

La pregunta de Corsac hizo que Arminia tratara de recordar lo que sabía de esa región de Zarabanda y descubrió que no había leído nada sobre ella. Era un sitio que el mundo había olvidado o… no quería recordar.

—En mis visiones no veía vida en ellos; ningún pez, si a esas vamos. Lo que sentía era una fuerza ciega que golpeaba la costa. Pero no era el mar lo que me preocupaba sino el faro mismo. Esa edificación es como un vacío llamándome. Hay algo ahí que no es normal.

—Como de costumbre —se quejó Samara—. Siempre andamos saltando de la sartén al fuego.

—¿Cuándo haremos un viaje de placer y no uno de terror? —preguntó Isino.

—No lo sé —se sinceró la archimaga—. Tal vez cuando se acabe el fuego.

—O los sartenes —concluyó Corsac.

—No te preocupes, jinete —dijo, socarrona, Samara—. Ya les preguntaremos a los habitantes del faro cuando nos topemos con ellos, ¿no crees?

—Sí —respondió Arminia—. Me parece muy buena idea. Cada monstruo a su tiempo.

Unos momentos después subieron a un promontorio y, ante ellos, se desplegó un bosque con árboles de unos cinco metros de altura. Aunque el viento era moderado, el bosque se estremecía cada tantos segundos, como si algo en su interior se agitara con fuerza.

—¿Qué árboles son esos, experto en plantas? —inquirió el consejero.

Sampalio abrió la boca, pasmado.

—No son plantas, son estruces. No las había visto nunca excepto en los viejos libros de los orígenes de Zarabanda, cuando gran parte del mundo estaba cubierto por ellas. Pero yo creía que eran solo una leyenda. Y que en el caso de que hubieran existido, ya estaban extintas.

El consejero seguía sin entender el motivo de tanto asombro.

—No son plantas, pero forman bosques. ¿Alguien puede explicarme sin tanta palabrería qué estamos viendo?

La archimaga se rio a su lado.

—Un mito viejo. Las estruces son animales híbridos: mitad aves, mitad árboles. Desde que nacen hasta que mueren apenas se mueven del lugar donde nacen. Por eso viven agrupadas como manadas, pero su apariencia es de bosques. Sus plumas son hojas; sus alas, ramajes.

Sampalio señaló la inmensa extensión de aquella arboleda.

—En el *Libro de las curiosidades perdidas* se afirma que desaparecieron hace miles de años, que los primeros fuegos las acabaron. Pero helas aquí, vivitas y prosperando.

—Me alegro por ellas —dijo Arminia.

—No veo cómo rodearlas —aseguró el herborista.

—¿Rodearlas? ¿Por qué no cruzarlas? —quiso saber Corsac.

—No te lo recomiendo. Son criaturas que aborrecen la presencia de cualquiera que no sea de su especie. Por eso la leyenda dice que el que entra a sus bosques, por llamarlos de algún modo, no sale vivo. Son hostiles y despiadadas con cualquier viajero que se atreva a ingresar en sus territorios, y más si porta espada o hacha.

—Entendido. Desde aquí alcanzo a ver la línea de la costa, pero se interpone ese bosque. No podemos desviarnos, perderíamos mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo con nuestro consejero —afirmó la hechicera. Debemos entrar, pero bajo protección mágica.

Sampalio no objetó aquel acto suicida. Su desesperación era visible en su comportamiento nervioso. Pero no dejaba de ser objetivo ante el problema que tenían delante.

—En los tratados dedicados a las estruces se habla de que ninguna magia les hace efecto, excepto la magia del fuego.

La archimaga ponderó sus posibilidades y no le gustó que todo estuviera en su contra.

—No voy a quemarlas para que nos dejen pasar.

Corsac se rio por lo bajo.

—¿Cómo detectan a los que no son de su especie? —preguntó.

Arminia recordó sus lecciones de magia natural.

—Buena pregunta. Supongo que por sus voces, por su aspecto y aroma.

—Entonces vamos haciéndonos unas estruces en miniatura y pasemos disfrazadas de ellas mismas. Que Sampalio nos bañe con alguna de sus pociones aromáticas de esencia de flores, y mientras debaten si somos primos suyos, estaremos ya del otro lado.

Los tres rieron, nerviosos. Pero convinieron que era la única solución a su alcance. Las estruces, a lo lejos, se movieron con el viento marino. Apacibles. Frondosas. Unos minutos más tarde, cubiertos con ramas de arbustos y bañados de esencias de flores curativas, los viajeros y sus cabalgaduras se metieron al bosque en silencio, guardando la respiración y esperando lo peor.

Al principio todo fue bien. El bosque no era tan enmarañado como otros que conocían. Sin embargo, por la altura y apiñamiento de los estruces, el sol apenas penetraba hasta el nivel en que se encontraban, haciendo más difícil el caminar por él sin perderse.

Poco a poco, el bosque fue percatándose de su presencia. Poco a poco, los estruces empezaron a susurrar entre ellas. Sus ramas se agitaron y bajaron a tierra, como buscando huellas. Otras ramas, las que estaban a dos metros sobre el nivel del suelo, se agitaron, chasqueando como látigos, tratando de golpearlos.

Con un gesto de su mano, Arminia dio la orden de correr mientras lanzaba hechizos de ecos, que hacían que voces humanas se oyeran por todas partes, confundiendo a las estruces sobre su posición exacta. Eso los ayudó hasta llegar al otro lado del bosque y salir a campo abierto. Más de una rama chasqueó a sus espaldas, pero lo habían logrado.

Los tres viajeros descubrieron que estaban muy cerca de la playa, donde un mar negro, grumoso, lanzaba sus olas contra los acantilados y las rocas costeras. Y más allá, donde una franja de tierra se metía en el mar, un faro blanco se alzaba.

—Es majestuoso —dijo Sampalio.

—Fantasmagórico, más bien —añadió Corsac.

—Véanlo como un desafío —concluyó la hechicera—. O como una maldición.



El farero

Avanzaron en silencio, conmocionados por el hedor que la brisa marina traía hasta ellos. Parecía que hubieran entrado a una tierra enferma, arcaica, llena de conjuros indecibles, porque así se veía aquella franja costera azotada por una fuerte marejada. Un tufo a muerte les llegaba sin que pudieran intuir a qué clase de podredumbre se debía. El cielo se hallaba cubierto de nubes y un frío, que se les metía hasta los huesos, era como un heraldo dándoles la bienvenida a esa tierra de arenas grises y piedras negruzcas.

—Este es un lugar sumamente distinto a todo lo que conozco. Otra clase de poder domina aquí —susurró la archimaga y se estremeció al decirlo.

Por más que trataron de acercarse al faro, una fuerza les impedía llegar a este. Cuando se cansaron de intentarlo, el trío se dispuso a levantar un campamento cerca de la orilla del mar, pero detrás de una duna que los protegía del viento marino.

Arminia se sentía frustrada, ya que ninguno de sus conjuros había hecho mella en aquel sitio.

—Aquí hay una magia más antigua que todas las que hoy se practican en Zarabanda —reconoció la joven hechicera mientras buscaba alguna forma de atajar las barreras defensivas que se alzaban alrededor del faro. Pero sus esfuerzos fueron en vano.

Sampalio se quedó mirando la torre y señaló una figura que entraba y salía en lo alto. Unos minutos más tarde, el faro se prendió y un rayo de luz iluminó el horizonte.

—Ya casi es de noche —dijo Corsac al tiempo que encendía una hoguera.

El viento impulsó las llamas y pronto grandes chispas saltaban hacia el cielo. La figura del faro salió y pareció estar observándolos, antes de volver a entrar al edificio.

El herborista la vio primero. La figura caminaba hacia ellos de una manera extraña, como si sus movimientos fueran rígidos, y se movía a una velocidad no humana. Cuando llegó junto a ellos, los tres estaban con las armas en la mano, esperando una agresión de su parte. En cambio, el farero resultó ser un hombre risueño, afable, que hablaba con grandes pausas y se mostraba encantado de tener compañía.

—Soy Bern, el centinela del mar. ¿Quiénes son ustedes?

Los tres se voltearon a ver y solo entonces dejaron que la archimaga tomara la palabra.

—Somos viajeros de lejanas tierras. Sampalio es buscador de plantas medicinales; Corsac es emisario del imperio de Antara y yo soy representante del Consejo Supremo de la Hermandad de los Magos y Hechiceras de Zarabanda.

¿Y por qué pernoctan en esta playa desierta? Se van a helar. Mejor protéjanse en mi casa. Es más cómoda, más confortable.

—¿Nos está invitando al faro? ¿Eso quiere decirnos?

—Por supuesto. A eso me refiero. El faro, mi casa. Vengan conmigo.

Con cuidado, Arminia dio un paso adelante y descubrió que ya no había ninguna fuerza mágica que les impidiera acercarse al faro.

—Gracias, muchas gracias.

La archimaga hizo un gesto a sus acompañantes para que la siguieran. Pronto los recién llegados comprobaron que lo que había dicho Bern era cierto: dentro de aquella torre blanca reinaba un ambiente caldeado por una

chimenea cuyo fuego parecía inagotable y contaba con cuartos para los huéspedes, una sala confortable con mesas llenas de comida caliente y sillones cómodos donde casi estuvieron a punto de dormirse.

El propio farero se había encargado de poner a sus cabalgaduras en un cobertizo exterior, donde había suficiente pastura y que tenía la ventaja de estar protegido, por la torre misma, de las altas olas que golpeaban rocas abajo. Adentro, todo daba un aire de limpieza, orden, inmutabilidad.

—¿Tiene muchos invitados? —preguntó la joven hechicera.

—No como antes, no como antes.

—¿Desde cuándo trabaja aquí, señor Bern? —indagó el herborista.

El cuerpo del farero quedó inmóvil, sus ojos en blanco, hasta que volvió a sonreír.

—Desde que hubo faro, desde luego.

—¿Y desde cuándo lo hubo? —quiso saber el consejero.

—En cuanto hubo mar y se requería que lo iluminaran, que lo vigilaran.

—Oímos que estaba muerto —dijo Arminia.

El farero negó con la cabeza, como si ese tema no fuera de su agrado.

—No. Esa es una falsedad. Yo lo oigo. Resuena. Retumba. Va y viene.

—A lo que se refiere nuestra amiga es que carece de vida marina —precisó el consejero.

Bern los miró como si hubieran perdido la razón.

—Su vida es su movimiento. Ya verán. Pero ahora tengo que aceitar la maquinaria para que esté lista para el trabajo. Hoy es noche de tormentas. Vuelvo en quince minutos, dieciséis segundos. Siéntanse como en casa, queridos huéspedes.

Y los dejó solos en aquella sala donde todo estaba correcto, pero no había nada que fuera personal; ni una planta, ni un adorno, ni un retrato al óleo, de su propietario o de su familia. Los objetos que abundaban eran velas y lámparas de aceite. En las esquinas se acumulaban remos, redes, cofres rotos, cuerdas, velas desgarradas y toneles con nombres de lejanos puertos y

distantes islas. En una esquina destacaba el mascarón de una embarcación: una mujer de larga cabellera y espléndidos pechos que abría la boca para lanzar algún grito de advertencia.

—Algo no concuerda en todo esto —murmuró la archimaga.

—¿Por qué no le preguntaste por tus parientes? —quiso saber Corsac dirigiéndose a Sampalio.

—Más tarde lo haré, cuando regrese. Este Bern es, no sé, todo un personaje. Aún no aquilato qué clase de criatura es, qué sorpresas guarda tras su hospitalidad.

Y los tres se quedaron quietos, muy quietos, preguntándose en qué trampa habían caído, en qué clase de telaraña estaban atrapados.



El autómata

—Esto se ve correoso —dijo Corsac—. Aunque no sé qué clase de carne sea.

—No toques nada. No comas nada —fue el aviso de Arminia—. Esto me da mala espina.

—Pero tengo hambre —se quejó el consejero.

—Mientras no tengamos claro qué magia actúa aquí, no des nada por sentado.

El herborista se puso a revisar las paredes para ver si había algún pasadizo secreto. Al no encontrar nada, dedicó su atención al piso; de pronto se detuvo y les pidió que se acercaran a donde él estaba.

—¿Qué creen que es esto?

Arminia observó una protuberancia bajo la alfombra.

—No sé. Vamos a averiguarlo.

Y Sampalio levantó la alfombra. Debajo de ella se veía un rectángulo de madera.

—Una trampilla. ¿Creen que sea la puerta al cuarto donde guarda sus tesoros?

Arminia trató de abrirla con su magia, pero ninguna magia funcionaba en aquel lugar. El consejero fue más práctico. Con su espada forzó la cerradura hasta reventarla. Al abrir la puerta descubrieron que esta daba paso a una habitación llena de piezas mecánicas. Descendieron por una escalerilla de

madera iluminando las tinieblas con lámparas de aceite. En el interior de aquel cuarto había docenas de maniquíes, todos idénticos, con el mismo rostro del farero, listos para usarse. En las gavetas del fondo había partes del cuerpo: piernas, brazos, cabezas, torsos; en otras abundaban máquinas de coser y aparatos que contenían sustancias plásticas de diferentes colores.

—Autómatas —dijo Corsac—. Ahora veo. Esto es un laboratorio para componerlos.

La hechicera comenzaba a comprender a su anfitrión.

—Bern es un autómata que se repara a sí mismo. Una máquina que dejó de serlo, ahora es una entidad más que alerta, consciente. Es como un reloj en forma humana.

Sampalio buscó en todas partes, pero no vio nada anormal.

—¿Qué andaban haciendo Yosef y Arlinda en este lugar? —preguntó lo que todos pensaban.

Corsac observó una caja llena de ojos de distintos colores. Y luego descubrió un armario repleto con frascos herméticamente sellados, en cuyo interior flotaban pedazos de carne macerada.

—Lo que me intriga es qué papel juega este Bern en el destino de Zarabanda.

La archimaga dedujo que en aquel cuarto de reparaciones no iban a encontrar las respuestas que buscaban.

—Nuestro farero es un hombre artificial que guarda sus secretos para sí.

—No lo dudo —agregó Corsac—. Sería bueno que indaguemos en todos los rincones de esta torre. No quiero ser alarmista, pero si sabemos que Yosef y Arlinda llegaron antes que nosotros a este sitio, bien pueden estar prisioneros en alguno de sus cuartos para huéspedes, ¿no creen?

La hechicera estuvo conforme con lo dicho por el consejero: aquel recinto parecía contar con un plan que iba más allá de su comprensión, pero ellos buscaban a los familiares de Sampalio. Esa era su prioridad. Al mismo tiempo, sentía que develar el misterio de aquel sitio estaba íntimamente ligado con el destino de Arlinda y Yosef.

—Sin embargo, el papel de Bern en este faro me sigue provocando una oleada de pánico. ¿Quién lo puso aquí para ejercer como guardián de este sitio? Y lo más importante, ¿cuál es realmente su misión?, ¿iluminar el mar?, ¿para qué?, ¿contemplar por toda la eternidad el mar muerto?, ¿con qué fin?

A los tres, sin saber por qué, se les pusieron los pelos de punta. Salieron de aquel taller de reparaciones con más preguntas que respuestas.

Cuando minutos más tarde Bern bajó por la escalera de caracol hasta la sala, el trío había decidido mantener los ojos bien abiertos y no tomar nada que se les ofreciera como su mejor mecanismo de supervivencia.

El farero se detuvo a ver la mesa, y al descubrir que no habían tocado los alimentos, los miró con fijeza.

—Veo que no tenían apetito. ¿Una copa de vino dulce?

Arminia respondió al ofrecimiento.

—La verdad es que estamos muy cansados, señor Bern. Preferiríamos irnos a dormir de inmediato, si le parece.

—Ustedes hagan lo que mejor les plazca. Por la mañana, cuando despierten, les tendré preparado el desayuno, pero prométanme que esta vez sí comerán mis platillos preparados especialmente para ustedes.

—Prometido —dijo la archimaga.

Y Bern los acompañó escaleras arriba hasta el segundo piso, donde dejó a cada uno en su cuarto respectivo.

—Como les dije antes, hoy es noche de tormentas. Si escuchan ruidos o estrépito, no tengan miedo: son las olas que azotan las paredes de la torre. Pero no deben preocuparse por el estruendo. Este edificio está hecho con materiales perdurables. Ha estado de pie desde que el mundo es mundo.

—Como el mar muerto —añadió Arminia.

El farero puso cara de sorpresa.

—Oh, no, para nada. Este mar es más viejo que la tierra. Y por mucho, es más hambriento, sí, y más salvaje.

Antes de entrar a su habitación, la hechicera miró al autómata a los ojos y no pudo descubrir ninguna cosa que lo hiciera parecer una máquina. Aparte de sus gestos veloces, todo él era la viva imagen de un ser humano. De uno

perfectamente normal.

—La veo inquieta, invitada. ¿Algo le molesta?

La archimaga sopesó la pregunta.

—Me pregunto si no le pesa la soledad. Vivir aquí es vivir fuera del contacto con otros seres humanos.

Bern apretó la mandíbula con fuerza antes de responder.

—A veces se me olvida que estoy solo.

—¿Cómo trajo todo estos muebles y objetos decorativos? No veo ninguna ciudad cercana.

—¿Ciudad?

—Aldea, pueblo, villorrio. Un lugar donde pueda haber mercaderes, tiendas, comercio.

El autómata se quedó pensativo.

—Todo lo que tengo lo ha traído el mar. Las olas son buenas amigas mías. Comparten conmigo sus tesoros. Solo el faro ya estaba cuando me lo encargaron.

—¿Hubo otros fareros antes que usted?

—Muchos. Pero todos somos hermanos. Hacemos nuestro trabajo y luego reposamos hasta que se nos vuelve a llamar. Yo he sido llamado muchas veces. Siempre hago bien mi trabajo. Nadie tiene quejas de mí.

Arminia empezó a sentir que aquel autómata, por más que lo negara, era un ser que no se creía solo, pero era una criatura solitaria.

—Y cuando no está iluminando el mar, ¿qué más hace?

—Paseo por los alrededores, miro el mundo que poseo, espero invitados.

—¿Cuándo fue el último invitado que tuvo?

Bern puso cara de disgusto.

—Uno no habla de los demás. Esa es una falta de cortesía.

—Disculpe, no quería ofenderlo.

—La gente como usted ha venido a visitarme por mil razones. Unos vienen por interés genuino en mi labor. Otros acuden por morbo. Cada uno cree que hacer lo que yo hago todos los días es un acto heroico. No lo es. El mar que

rompe con sus olas es un mar infinito, un paisaje que me permite observar otros mundos, otras realidades. Yo nunca me aburro.

Y sin decir más, dio media vuelta y se perdió escaleras arriba. Sus pasos se fueron apagando a medida que subía. La joven hechicera calculó que eran unos siete pisos con los que contaba el faro y que en cada piso había cuatro habitaciones.

Cuando todo volvió al silencio, Corsac asomó la cabeza por la puerta de su cuarto. Casi inmediatamente lo imitó Sampalio.

—¿Empezamos? —les susurró la archimaga.

Sampalio iba a contestar cuando escucharon el crujir de aquel edificio, sus primeros estremecimientos.

Un relámpago cimbró el faro. La tempestad estaba anunciando su llegada. Y por el estruendo, era obvio que no iba a ser una tormenta menor.



El mar muerto

Bern tenía razón. Al llegar la noche, el viento arremetió contra la torre con fuerza inusitada, al mismo tiempo que las olas se alzaron hasta sus muros y en ellos descargaron su furia. Cuando constataron que el farero no estaba en las cercanías, los tres salieron al pasillo sin hacer ruido.

—Corsac, ve afuera y ten listas las cabalgaduras por si tenemos que salir corriendo de este lugar. Fíjate si hay otras construcciones al pie de los acantilados. Cuando llegamos era de noche y no pude ver qué hay por estos rumbos además del faro. Si no tiene a los muchachos presos aquí, habrá que peinar todo el terreno cercano para ver si los encontramos.

—¿Para qué puede querer a Yosef y a Arlinda? —preguntó Sampalio.

La archimaga se estaba haciendo una idea de la función del faro: no era un edificio para prevenir naufragios sino un parapeto, un altar incluso. ¿Para defender qué? ¿Para ofrendar qué? ¿Vidas humanas? Pero la hechicera no se atrevía a externar semejante posibilidad en voz alta. Algo la molestaba de aquel sitio; era como si una amenaza se cerniera sobre él, como si la tormenta misma que rompía contra sus muros fuera un presagio de una presencia que perturbaba sus sentidos, que obstruía su magia dejándola exhausta, a merced de fuerzas que no podía entender y menos controlar. El herborista la seguía contemplando esperando una respuesta.

—No lo sé, pero tú y yo trataremos de abrir los cuartos para ver si en ellos están tus familiares.

—¿Y si no lo están? —presionó el consejero, reluctante a dejarla sola en el faro.

—Entonces tendré una charla muy seria con nuestro anfitrión hasta que me diga dónde los tiene prisioneros.

—No creo que sea un tipo al que puedas coaccionar fácilmente. Y aquí careces de poderes, así que te recomiendo que lo convenzas de que es mejor para él decirnos qué ha hecho con ellos.

—Ahora veo que sí tienes madera de diplomático. Eso haré.

Corsac bajó a saltos la escalera, mientras Sampalio y la archimaga escudriñaban cada cuarto. Ninguno tenía puesta la llave y todos parecían tan poco acogedores como los que Bern les había ofrecido unos minutos antes. Subieron al tercer piso y fue lo mismo. Habitación por habitación revisaron todos los rincones sin encontrar nada anormal y salieron de ellas con las manos vacías.

—Dices que admitió tenerlos de huéspedes.

—No fue muy específico al respecto —le aclaró Arminia—. Solo dijo que había tenido otros invitados a este faro. No los describió. No dijo quiénes eran.

Subieron al siguiente piso y en uno de los cuartos encontraron un mapa amarillento donde se mostraba el faro y, frente a él, un espacio en blanco. Sampalio se lo mostró a la hechicera.

—¡Mira! ¡Mira! Esta es su letra

—¿De tu hijo?

—Sí, pero dice algo en un idioma que no logro descifrar.

La archimaga leyó las palabras.

—Es zarabando arcaico. Dice: «Protégenos de la muerte, sálvanos del olvido, cuídanos de los que moran en la agitación perpetua».

La hechicera decidió que subiría hasta lo más alto y se encararía con el autómata, exigiéndole respuestas concretas, explicaciones plausibles.

En el quinto piso, sin embargo, se toparon con que no había habitaciones, sino tan solo un pasillo curvo donde había una maquinaria que daba vueltas. Construida con un metal negro, no echaba humo ni parecía producir más que unas chispas que pasaban de un tubo a otro, produciendo una luz tan intensa que molestaba el mirarla.

—Crea relámpagos —dijo el herborista.

—Así parece. Pero ¿con qué fin?

La archimaga se detuvo a ver cómo funcionaba aquella máquina. Con cuidado, acercó su mano a la superficie cuando un rayo saltó hacia ella y la tocó, provocándole un dolor repentino. De inmediato quitó la mano.

—Es otra clase de magia —dijo.

—Me recuerda el tratado del maestro Salvatore Plazuelos, *De las fuerzas que gobiernan el cosmos: visibles, invisibles y extraordinarias.* Él hablaba de máquinas del movimiento perpetuo; creo que estamos viendo una de ellas. Según este autor, esa era la magia de los dioses que vinieron del vacío, la que utilizaron para transformar este mundo en una tierra habitable, pero para hacer eso tuvieron que lidiar con las criaturas originales de Zarabanda, lo que Plazuelos llamaba los primigenios, los originales, los devastadores. Engendros que vivían como sanguijuelas, chupando la sangre a todo lo vivo, aumentando de tamaño a costa de sus víctimas.

Arminia se masajeó el dedo herido. En donde el rayo la había tocado, una mancha púrpura iba apareciendo, por lo que no prestó mucha atención a las palabras de Sampalio.

—Este faro crea relámpagos. ¿Con qué propósito?

Sampalio siguió estudiando aquella maquinaria mientras caminaba en círculos.

—Una cuerda de metal —señaló—. Salvatore hablaba de conductores de energía que la llevan de un lado a otro. Esta máquina debe servir para producir luz en el faro. No es luz natural, orgánica. No es fuego que consume la materia, sino que toma de otra parte su fuerza; tal vez de las olas marinas o quizás de las nubes mismas que giran en el cielo.

La hechicera se puso pálida. Recordó de golpe el tratado de magia oscura de Saica, la bruja de la destrucción. Había un capítulo dedicado a extraer la energía de los seres humanos y convertirla en relámpagos, en luces hirientes para someter a las criaturas de Zarabanda.

—Esa cuerda se dirige hacia arriba, ¿es así?

—Así es. ¿Por qué?

La hechicera titubeó. Todo empezaba a colocarse en el sitio que le correspondía, pero algo faltaba por encajar, faltaba una pieza.

—¿Que dijiste hace un momento, cuando hablabas de engendros que ya existían antes de que los dioses crearan el mundo tal y como hoy lo conocemos?

—Es solo una teoría descabellada, archimaga. Antes que Zarabanda tuviera la vida natural que hoy tiene, había otros seres que dominaban este mundo. Los dioses los destruyeron uno por uno. O eso pensaron. Palazuelos lo dudaba. Él afirmaba que en las regiones más recónditas de Zarabanda debían quedar vestigios de tales criaturas. Que en los sitios más remotos estaban escondidas esperando volver un día a conquistar nuestro mundo.

Arminia sintió el golpe de la marejada contra los cimientos mismos del faro. «El más muerto de los mares muerto», recordó con horror. Eso era: un mito tan increíble que nadie lo tomó en serio, que nadie lo imaginó posible.

—Ven conmigo. ¡Aprisa!

Sampalio la siguió escaleras arriba.

—¿Ya sabes dónde están Yosef y Arlinda?

—Ya sé qué están haciendo aquí.

—¡Dímelo!

Pero la hechicera no respondió al requerimiento del herborista.

—¡Corre! —gritó—. ¡Corre y lo verás!



El devastador

A grandes zancadas Arminia y Sampalio subieron hasta la plataforma superior del faro. Impacientes, avanzaron hasta alcanzar las alturas, donde una serie de espejos se movían lanzando haces de luz directamente hacia el mar muerto. El fulgor que emitían esos espejos la deslumbró por un instante. La voz del farero los sorprendió.

—¡Lárguense de aquí!

Pero lo que los detuvo en seco fue toparse con Yosef y Arlinda, tomados de las manos, y con la descarga de rayos azules que pasaban por sus cuerpos y luego salían disparados hacia la violenta marejada que traía consigo la tempestad.

—¡Detén esta tortura! —suplicó Sampalio al autómata.

La hechicera tomó del brazo al herborista y lo obligó a ver al mar embravecido, donde la luz del faro iluminaba una masa llena de excrecencias, una criatura sin ojos que se alzaba a más altura que el propio faro. Aquel era un monstruo que rugía su odio, su malevolencia, mientras los relámpagos lo golpeaban sin que le hicieran daño, sin que detuvieran su arremetida contra la costa rocosa.

—No es tortura: es lucha a muerte.

Sampalio retrocedió ante aquella figura que trataba, con sus miles de tentáculos, tocar tierra, entrar a Zarabanda, volver a dominar el mundo. Bern se acercó a una palanca y la subió en ese instante, y los rayos se multiplicaron. Arlinda y Yosef levitaron mientras las chispas pasaban por ellos; sus cabelleras estaban encendidas, sus cuerpos refulgían. Ambos abrieron los ojos y lanzaron sus relámpagos más poderosos contra los tentáculos cada vez más cercanos.

Bern se acercó a Sampalio y señaló a sus parientes.

—Si ellos no pueden, nadie podrá detenerlo. Mi magia ya no da para mantenerlo fuera de nuestra realidad.

—¿Qué es eso? —quiso saber el herborista.

—Eso es lo que está enfermando a Zarabanda: un devastador. Si entra, si logra entrar, todo se marchitará a su paso. Consumirá la vida hasta que no quede nada. Así lo hizo con este mar. No habrá posibilidad de equilibrio, de curación. Alguien tuvo que desatar esa pesadilla, no había visto un engendro así en muchos siglos.

En ese momento, Yosef y Arlinda saltaron juntos hacia aquella monstruosidad y desaparecieron dentro de su inmensa masa.

Sampalio se quedó mudo, lo mismo que la archimaga y el autómata. Por unos minutos no pasó nada, y entonces una explosión colosal cimbró el faro, apagó su luz. Donde había estado la criatura ahora solo quedaron las olas del mar, que poco a poco iban apaciguándose, iban reduciendo su golpeteo a los pies del acantilado. Al poco tiempo la luz volvió al faro y su haz penetró la oscuridad hasta mostrar que el monstruo había desaparecido. Pero tampoco se veían rastros de Arlinda y Yosef.

—¿Dónde están? —gritó el herborista; su grito era el de la angustia más honda, el de la desesperación sin límite.

Bern le puso la mano en el hombro y lo llevó a la orilla de la plataforma.

—Allá están —le dijo y señaló a una embarcación que volvía de mar adentro.

Los tres bajaron de prisa las escaleras hasta llegar a la playa. En la embarcación iban, aparte de Yosef y Arlinda, varios hombres con aspecto de forajidos remando sin parar. Corsac estaba también en la playa, sujetando sus

cabalgaduras, con cara de asombro.

—¿Vieron ese engendro con tentáculos? —les preguntó.

—Lo vimos —respondió la hechicera.

Bern se aproximó y miró el mar sosegado, cuyas olas llegaban con lentitud a tierra firme. Las nubes empezaron a aclararse y el firmamento apareció con todas sus estrellas brillando y titilando.

—Lograron lo que me prometieron —dijo el farero.

A espaldas de Arminia, la voz de una muchacha la hizo voltearse.

—Gracias por permitirnos colaborar contigo.

«Arlinda», pensó la hechicera. Entonces se encontró con una chica que caminaba hacia ellos llena de un poder que la envolvía, de una fuerza que la hacía más poderosa que cualquier persona que Arminia conociera.

—Mi trabajo está terminado —exclamó el autómata—. Ya no hay necesidad del faro de la luz del tiempo. Ya no hay necesidad de un farero.

—Quizás —respondió Arlinda—. Quizás no.

En la playa, las olas iban y venían, sosegadas, sin estrépito.

De vez en cuando llevaban hasta la arena pedazos gigantescos de tentáculos quemados, fragmentos de carne muerta del devastador.

«Qué curioso», pensó la archimaga. «Algo muy antiguo ha muerto y algo igual de antiguo está naciendo».

Corsac se detuvo junto a ella.

—Esos tentáculos —dijo con mirada ansiosa—, ¿tú crees que podamos cenárnoslos?



La rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos

Lentamente, Arlinda se acercó al autómata y, sintiendo que aquel ser necesitaba un contacto menos mecánico, lo abrazó. El farero le correspondió y, en ese instante, algo resplandeció en sus ojos y se apagó en un segundo. Bern se deslizó por sus brazos y cayó al suelo.

Arminia dio un respingo. No esperaba eso. Ni de la muchacha ni del autómata.

«Está descompuesto», pensó la archimaga. «No. Ahora es una criatura más. Está muerto. Como todo ser vivo».

En la frente del autómata se abrió una puertezuela y de ella salió una diminuta esfera de cristal. Arlinda se arrodilló junto a Bern y tomó entre sus manos aquella esfera. Un fulgor repentino inundó a la muchacha. Una fuerza hecha de conocimientos ancestrales, más vieja que todos los seres vivientes de Zarabanda, inundó sus ojos, transfiguró su rostro.

Cuando la luz desapareció, la hechicera sintió el poder que aquella muchacha llevaba ahora consigo. Un poder que destellaba con cada uno de sus movimientos. Una magia que nada tenía que ver con la que ella representaba.

Más grande. Más terrible.

Arlinda devolvió la esfera a la frente del autómata.

—Ya no temas ser el que eres —le dijo a Bern.

El farero parpadeó, sorprendido, mientras se palpaba a sí mismo.

—Estoy aquí. Estoy vivo. ¿Debo seguir manteniendo el faro hasta el fin de los tiempos?

—Solo si eso quieres. El faro ya no necesita de ti para seguir funcionando. Eres libre para tomar el camino que quieras. Tu labor está completa como esclavo de la eternidad. Tu vida como ser humano acaba de comenzar. ¿Qué te gustaría hacer?

Mientras pensaba una respuesta, Arlinda y la archimaga lo ayudaron a levantarse y lo condujeron al faro. Al fin Bern respondió.

—Este lugar es mi casa, pero también es mi taller, mi sitio de trabajo. Quiero reparar a otros como yo, quiero tener compañía permanente.

—Pues hazlo, amigo. Nada te lo impide.

Bern se dio cuenta de que era el anfitrión de una reunión a punto de comenzar y se dirigió a la cocina a preparar bocadillos y bebidas para todos. La hechicera tomó del brazo a la muchacha y percibió los lazos de sangre que las unían.

—¿Cómo pudieron escapar a semejante explosión? —le preguntó.

Arlinda se tapó la boca para no reírse.

—Peor fue que esos relámpagos pasaran por nuestros cuerpos. Escapamos porque estábamos protegidos por nuestros propios talismanes: los de la estirpe de los seres humanos y los lobos. La magia que aúlla y la que habla; la magia natural que no necesita fórmulas mágicas para revelarse y actuar.

La archimaga oyó gritos y risas a su espalda. Varios forajidos de aspecto desaliñado fueron los primeros en entrar. Lo siguieron Sampalio y un muchacho delgado, desgarbado, que, al igual que su prima, portaba una magia particular, una voluntad a prueba de calamidades y desastres.

«Este es Yosef», pensó la hechicera.

Y entonces lo comprendió. Estaba siendo testigo de la profecía de las almas gemelas, las deidades que abrirían las puertas del nuevo mundo, los eslabones que anudarían el Caos y el Orden como nunca antes se había hecho. ¿Por qué no lo pude ver antes? Estoy ante la presencia misma de Zarabanda, tal y como me lo dijo Brebaja. Si mi abuela es su corazón, su árbol frutal, ¿qué son este par de muchachos? ¿Su voluntad? ¿Su entereza?

—Un gusto conocerlos —balbuceó la archimaga.

Yosef le sonrió y algo muy antiguo, muy ancestral, se abrió paso hasta sus ojos.

—El gusto es nuestro, hechicera. Gracias por traer contigo a mi padre.

Arlinda, en cambio, la examinó de pies a cabeza.

—Eres familia —dijo—. Tu sangre y la nuestra coinciden, hablan entre sí, se entrelazan.

—Brebaja es el hilo que nos une —afirmó Arminia.

—Veo que tienes muchas preguntas por hacernos —aseguró Yosef—. Déjame adelantarme a tus inquisiciones. Llegamos aquí porque necesitábamos la rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos. Lo que no sabíamos era el problema en que Bern se encontraba. Su faro estaba fallando. Su luz ya no mantenía a raya al devastador, una deidad anterior a todas nuestras deidades. Así que hicimos un trato: nosotros lo libraríamos de esa carga eterna y él, a cambio, nos daría lo que buscábamos.

—La rosa de las transfiguraciones —dijo la hechicera.

—Sí, la vida que nunca se queda quieta. La metamorfosis sagrada que toma y da para que el Caos y el Orden no acaben consumiéndose entre sí.

Y acercándose a Yosef, Arlinda puso su mano derecha en la frente del muchacho.

—Ahora lo mío es tuyo —le avisó, y aquella fuerza ancestral pasó a su primo, encendió su mirada, le provocó una sonrisa.

Arminia comprendió que aquel par de muchachos eran una sola presencia. Por más que tuvieran personalidades distintas, sus espíritus compartían los mismos sueños, las mismas esperanzas. Lo que hagan, lo harán de común acuerdo.

Sampalio se apareció, en ese momento, con una botella de vino en la mano.

—Este es mi hijo, archimaga. Y esta es mi sobrina. Gracias por encontrarlos. ¿No son magníficos?

Ambos jóvenes sonrieron, envarados. La hechicera comprendió el dilema en que estaban. Eran ya deidades de Zarabanda y, a la vez, eran tratados como simples muchachos. No es que no lo fueran, pero ahora eran algo más.

—¿Podemos dejar las presentaciones y los buenos modales para otra ocasión?

La voz de Yosef era como la voz de un maestro impaciente.

Arlinda no le hizo caso y Sampalio aprovechó para abrazar de nuevo a su hijo.

—Bren me dio la rosa de las transfiguraciones —explicó la muchacha.

—Y la joya de los vientos, ¿también se las dio? —quiso saber Arminia.

—Esa joya no está aquí, no es atributo de Bern el concederla —contestó Arlinda por los dos—. Pero nos dijo dónde podemos encontrarla.

Yosef observó con cuidado a la archimaga y esta descubrió su mirada de empatía. Aquel joven parecía todo menos lo que su edad aparentaba: un niño crecido, abriéndose al mundo sin saber a ciencia cierta los desafíos que le esperaban. Pero cuando habló, su voz exhibía una extraña mezcla de seguridad y de empecinamiento.

—Como tú, hechicera, yo aún no cumplo mi misión. Yo todavía sigo sin saber cuál es mi destino, pero cualquiera que sea, no voy a detenerme hasta obtenerlo. Mi prima y yo hemos pasado por muchas dificultades, por muchas intimidaciones, por muchas sorpresas desagradables, como para no llegar hasta el fondo de todos estos portentos, como para no descifrar lo que Zarabanda desea de nosotros.

—Pero al menos tienen la rosa de las transfiguraciones, ¿qué harán con ella?

El muchacho sonrió con una sonrisa juguetona.

—Más bien pregúntate: ¿para qué sirve tenerla en tiempos de fuego, en época de catástrofes? ¿Será una bendición o un castigo? ¿Aliviará el dolor ajeno o lo multiplicará?

Y ambos se miraron entre sí, incómodos, sopesando cómo responder a tamaños dilemas.

Bern entró a la habitación con una bandeja rebosante de delicias.

—Después de destruir a un monstruo —dijo a sus invitados—, ¿verdad que se abre el apetito?



Discrepancias

Todos los presentes, después de comer y beber lo que Bern les ofreció en la sala acogedora y seca del faro, se miraron unos a otros con curiosidad, sin suspicacias. Formaban un grupo variopinto que se acomodaba entre velas rasgadas, cofres sin abrir y redes de pesca. Arminia echó una buena mirada a los presentes. Frente a ella departían Sampalio y Yosef, que parecían estar poniéndose al día. A su lado, Arlinda y Corsac discutían sobre el monstruo que acababa de ser aniquilado. Bern iba y venía, pero al final se sentó en una silla finamente decorada y los miró con genuino afecto. Un poco apartado estaba el contingente de hombres jóvenes con aspecto de forajidos, donde destacaba el que parecía su jefe, un tipo musculoso y de sonrisa torcida.

Deseosa de no perder más tiempo, la archimaga decidió empezar.

—En menos de dos, tres días, Marfilia será destruida por las huestes del Caos. Nosotros tres —y señaló a sus acompañantes— buscamos que otros poderes de Zarabanda se unan a su defensa y nos ayuden a revertir la destrucción que arde en muchas partes de nuestro mundo. También, por petición de Sampalio, los buscábamos a ustedes dos, Arlinda y Yosef. Pero viendo que ya los encontramos, les pregunto lo mismo: ¿acudirán en nuestro auxilio ahora que la capital del imperio de Antara está a punto de caer?

Para sorpresa de Arminia, los que más demostraron solidaridad con su petición fueron los integrantes del grupo de bandoleros.

—Por supuesto que sí —dijo el jefe de la banda de forajidos—. Pueden contar con nosotros. ¿No es así?

Y sus compañeros asintieron golpeando repetidamente sus botas contra el piso y aullando como una jauría de lobos.

La joven hechicera volteó a ver a Yosef.

—¿Y qué dicen ustedes?

Antes de que Yosef pudiera responder, su padre habló por él.

—Mi hijo necesita volver a casa. La hermandad de Santuario puede ayudarlo a llegar a Vejestorio en una o dos semanas.

El niño miró a Sampalio con una mirada de incredulidad.

—Padre, gracias por tu preocupación, pero puedo hablar por mí mismo.

El herborista se envaró frente aquella conducta independiente de su hijo.

—Yo solo quiero que…

—Mi bien. Lo sé, padre. Pero primero está el bien común, el bien de todos los seres vivos. ¿No fuiste tú el que me enseñó a cuidar de los demás? Eso es lo que debo hacer. Eso es lo que todos nosotros debemos hacer.

El tenso silencio que siguió hizo que Arminia viera las profundas diferencias que los separaban. «¿Cómo puedo hacer que tengan un propósito en el que todos estén dispuestos a tomar parte?», se preguntó.

—Déjenme comenzar de nuevo —dijo con su voz más persuasiva—. Olvidemos todo lo que está sucediendo en Zarabanda en estos momentos y concentrémonos en entendernos entre nosotros. Si logramos eso, estoy segura que lo demás será más fácil de llevar a cabo. ¿Les parece?

—Sí —dijeron todos los presentes.

Arlinda solo asintió.

—Vamos al problema principal. Mi plan es regresar lo más pronto posible a Marfilia y luchar contra los ejércitos del fuego.

—Buena suerte con eso. Necesitarán dos semanas de viaje para hacerlo. Siempre y cuando las condiciones del clima lo permitan —dijo el jefe de los bandoleros.

—Disculpa, ¿cómo te llamas?

—Iseke. Y no me mires como si no supieras a qué me dedico, hechicera. Veo que traes tatuado el signo de los contrabandistas en el hombro izquierdo, la hermosa estrella de siete puntas con su corazón de oro en el centro. Yo traigo la mía, la estrella de los forajidos, en el dorso de la mano.

Y mostró la suya a todos los presentes: una estrella de cinco puntas con una calavera en la parte superior. Arminia lo miró sin parpadear.

—Cierto. Como tú, he sido una vagabunda y una fuera de la ley. Pero lo que fuimos puede esperar. En cuanto a tu comentario, podemos utilizar la vía del reino de las nubes para viajar de vuelta a la capital del imperio de Antara. Lo que pregunto es: ¿cuál es el plan de ustedes? Porque sospecho que no tienen pensado ir a Marfilia.

Arlinda se levantó y contempló a la joven hechicera.

—Sospechas bien, pero te equivocas. La joya de los vientos me ha dado un mapa de todas las magias actuantes en nuestro mundo, las magias pasadas, presentes y futuras. Aquí, Bern, nuestro farero, es una magia del pasado, muy antigua y a la vez muy del porvenir. Tú eres el punto de ruptura entre la vieja Hermandad de los Magos y Hechiceras y la nueva hermandad que debe crearse con reglas más abiertas, menos codiciosas. Yo soy como los rayos y relámpagos que dan luz a este faro. Una magia nueva que aún no sabe cuáles son sus verdaderos atributos, la magnitud de sus poderes. Yosef y yo vamos a ir a un lugar que solo se habla de él en las sagas de la creación: Itoret, la roca del principio. Hay un enigma que debemos aclarar, un misterio por resolver, el de la joya de los vientos. Si lo aclaramos, nos uniremos con ustedes en Marfilia. Pelearemos a su lado.

—¿Y si no lo resuelven? —preguntó Sampalio, con un tono de incertidumbre más que de miedo.

Su sobrina puso sus manos palmas arriba.

—No está en mí el saberlo. Confía en nosotros, tío. Confía.

El herborista dio un paso atrás, concediéndole tal confianza.

Arminia les preguntó a ambos muchachos:

—Itoret es un remolino letal, el puño de Zarabanda, la roca primigenia. ¿Se creen lo suficientemente fuertes para hacer lo que van a hacer?, ¿para enfrentar semejante prueba?

—No lo sabremos hasta que lo hagamos —respondió Yosef—. Ahora todo es una apuesta de cara al futuro, archimaga.

La hechicera vio con desasosiego los frutos de su búsqueda. Habían perdido días valiosos persiguiendo una quimera. Ese par de muchachos no tenían como prioridad salvar la capital de un imperio lejano, ni siquiera ahora que la tempestad de fuego rugía frente a sus murallas. Pero no se rindió ni puso cara de pesadumbre. Yosef estaba en lo cierto: los dados todavía no mostraban quién era el ganador de aquel conflicto, ni cuál magia saldría vencedora, si es que alguna lograba hacerlo.

—Entonces habrá que darnos prisa, cada uno con su plan. Nosotros trataremos de comunicarnos con el reino de las nubes para que nos lleven a Marfilia. Iseke, ¿tus hombres nos acompañarán?

El jefe de los bandoleros volteó a ver a Arlinda, quien dio su consentimiento.

—Iremos con ustedes. A un buen combate nunca le decimos que no.

—Pero hay una cosa más que hay que dejar en claro —dijo Arlinda—. Las fuerzas del Caos que ahora queman nuestras tierras no son como las de otros tiempos. Estas vienen por la destrucción total. Para estas hordas, su auténtico enemigo no somos nosotros. Es Zarabanda; su espíritu, su comunidad. No lo olviden.

Y sin decir más, tomó a Yosef de la mano y salieron del faro.

Sampalio trató de seguirlos, pero Iseke le puso una mano en el hombro.

—No los siga. Van a usar sus poderes y eso conmociona a quienes los experimentan por primera vez.

El herborista se zafó de Iseke.

—No me importa —contestó—. Debo verlos.

Así que al final todos salieron. Yosef miró hacia su padre, que no se hacía a la idea de volver a perder de vista a su hijo.

—Disculpa lo abrupto de nuestro encuentro. Espero que pronto nos veamos y yo pueda contarte quién soy ahora, cuál es mi papel en todo esto.

Sampalio lo abrazó y el muchacho correspondió a su gesto. Así estuvieron un buen rato antes de separarse. Al hacerlo, los presentes advirtieron lágrimas cayendo por las mejillas de ambos.

—Tenemos que ponernos al día —le dijo su padre, tratando de mantener la compostura.

Yosef sonrió y, en ese momento, Arminia descubrió que detrás de aquel gesto se ocultaba un joven como todos, tratando de soportar el peso de sus nuevas responsabilidades, las expectativas que llevaba con él a sus pocos años de edad.

Afuera, entre las olas que seguían golpeando las rocas de los acantilados, Arlinda levantó la mano izquierda, creando un remolino que subía al cielo. Yosef la tomó de la mano y, en un instante, volaron juntos, inseparables, hacia las alturas, perdiéndose de vista.

Un momento más tarde, una onda de choque se extendió desde el cielo y casi derribó a todos.

—De eso hablaba —dijo Iseke.

Sampalio, a pesar de la sacudida, mantuvo la mirada fija en el cielo.

—¿En qué se ha convertido mi familia? —preguntó a todos y a nadie.

Arminia, poniendo el brazo en su hombro, le ayudó a volver al faro.

—A donde quiera que vayan, estarán bien —trató de consolar al herborista.

Bern fue el último en entrar.

—¿Alguien apetece un té caliente? —preguntó.

Pero nadie le respondió. Unos a otros se miraron sin decir palabra por largo tiempo

—Vamos por las cabalgaduras —dijo finalmente Corsac a Sampalio.

—Sí, regresemos a Marfilia —añadió la hechicera.

—Cuídense —los despidió Bern al verlos partir.

Iseke le dio la mano al farero.

—Gracias por la hospitalidad.

—Vuelvan cuando gusten —fue la respuesta de Bern y cerró la puerta tras de sí.

Arminia se sintió vacía, como si su misión tuviera el regusto del fracaso.

«Viajé tan lejos y solo conseguí un grupo de forajidos», reflexionó mientras subía a su cabalgadura.

—Y dos deidades también. No lo olvides.

—Gracias, Samara, pero no creo que en Marfilia me lo vayan a agradecer.

Acarició las crines de la yegua para tranquilizarse y volteó a ver a sus acompañantes.

—Es hora de partir —dijo más para sí que para ellos.

Mientras se acomodaba el sable sobre el pecho, Iseke se encogió de hombros.

—La guerra llama, hechicera —dijo—. Lo demás puede esperar.



La frágil esencia del mundo

La archimaga tuvo que alejarse del faro para intentar comunicarse con los habitantes del reino de las nubes. Sus pensamientos se hicieron jirones de niebla, truenos y relámpagos. No tardó mucho en recibir una respuesta.

—Te escuchamos. ¿Qué deseas?

—Pueden venir, no teman. El faro ya no es una isla. Ahora es un destino más. Vengan por nosotros. Apresúrense.

Las nubes lejanas, tierra adentro, se espesaron y ennegrecieron. Una capa de neblina bajó hasta el faro y llevó a todos con ella. Fue un viaje menos estrepitoso que el anterior. Incluso Sampalio pareció adaptarse mejor a las alturas, pudo respirar sin tanto esfuerzo mientras subían y subían.

Al final volvieron al reino de las nubes.

Arminia no perdió tiempo y fue directamente al centro del Cúmulo Nimbos, donde pidió permiso para hablar con los representantes del reino. La pareja de orlavas a los que había salvado su cría, ahora estaban acompañados por un grupo de enormes criaturas de diferentes especies que flotaban a su derredor.

—Bienvenida de nuevo.

—¿Qué necesitas de nosotros?

La joven hechicera les ofreció todo lo que había vivido y experimentado en las últimas horas, sobre todo su encuentro con Arlinda y Yosef.

—Nos alegra verlos a salvo.

—Su viaje es nuestro.

—¿Sabían que se dirigen a Itoret, la roca del principio?

Los seres apenas agitaron la niebla a su paso.

—Itoret es nuestra ola original.

—La primera espuma de la creación.

—Por lo que sé es un lugar terrible —añadió Arminia—. En las viejas sagas la llaman el Inframundo, el lugar donde los muertos deambulan para siempre. La tierra baldía donde la vida es una sombra que se desvanece.

—Entre nosotros, un caparazón sin nada dentro.

—Una caracola vacía.

La archimaga vio que ambas visiones se complementaban.

—¿Qué hay allí que merezca visitarlo? —quiso saber.

Un iburón salió de entre la niebla y mostró sus fauces.

—Itoret —explicó el recién llegado— es el territorio ambiguo, la zona que sirve de puente entre ahora y nunca, la fisura que deja entrar el pasado y el futuro al mismo tiempo. Su viento es el viento de la eternidad, la tolvanera del infinito. En él se concentran todas las posibilidades del universo, todos sus senderos. Los ya hollados, los ya recorridos.

Eso ya lo sabía Arminia, pero era distinto saberlo a comprender el propósito que llevaba al par de muchachos a ese vórtice.

—Arlinda y Yosef, ¿qué pretenden?

Una onina, negra y lustrosa, se apareció.

—Anudar lo que está suelto, tomar las riendas de los que está disperso.

—¿Para qué?

—Para traer la muerte que aún no nace, la vida que ya está más allá de la muerte. Los poderes de Itoret son los del Caos, pero no los de la destrucción. Tocar la roca primigenia es entrar a la vorágine de lo eterno. Si Yosef y Arlinda sobreviven a esa travesía, si la rosa de las transfiguraciones les abre camino, rescatarán la joya de los vientos.

—Y con la joya de los vientos tendrán dominio sobre la muerte misma, sobre el tiempo en su transcurso.

Era la voz de una allena muy vieja, cuya piel estaba cubierta de cicatrices.

La archimaga la contempló con respeto. Aquella criatura era el ser vivo más viejo que había visto en toda su vida. Su sola presencia exudaba la sabiduría de la experiencia.

—¿Qué es realmente joya de los vientos? —quiso saber.

La allena dio un lento coletazo y las nubes a su alrededor se volvieron imágenes precisas de una enorme superficie acuática.

De ella surgía un volcán, cuya lava se petrificaba al contacto con el agua, hasta volverse una isla, luego una cordillera y finalmente un continente.

—Itoret, la piedra del principio. Nuestro primer suelo firme. En ella está concentrado el fuego del pasado, las chispas del origen. Si Yosef y Arlinda logran tocarla, ella les dará todas las muertes que hubo desde entonces, todas las memorias que se conservan hasta este momento. Y no es un regalo cualquiera. Al otorgárselas, digo, si se les otorga, les dará poder sobre ellas, dominio sobre ellas.

Arminia seguía sin darse una idea de Itoret, de sus poderes, del papel que podía jugar en Zarabanda y, sobre todo, en el destino del conflicto que todos vivían.

—¿Qué sucederá si Arlinda y Yosef vuelven con esos poderes? ¿A quién salvarán? ¿A quién destruirán?

Una elfina descomunal hizo acto de presencia.

—No lo sabemos. Eso solo lo descubriremos cuando suceda.

Un elfin saltó frente a ella.

—Itoret es Zarabanda antes y después: un puente, una encrucijada.

La hechicera quedó exhausta, incapaz de ver más allá de una nebulosa mitología que no conocía del todo, una mitología que estaba desarrollándose frente a sus ojos sin que ella fuera más que un testigo sin importancia.

«Toda la magia que soy no me ha preparado para convertirme en comparsa de una magia mayor», se dijo y, al hacerlo, se tranquilizó. No necesitaba preocuparse por Arlinda, ni por Yosef. Ellos podían cuidarse solos.

Su misión era proteger a Marfilia con todos los recursos a su disposición y eso es lo que pretendía hacer.

—Pido, humildemente, que nos conduzcan a la capital del imperio de Antara.

Las criaturas bailaron una lenta danza frente a ella.

—Los llevaremos.

—A todos.

—Pero antes deben saber que el Cardumen se ha reunido para deliberar qué hacer ante esta guerra absoluta.

—Sentimos que no podemos ignorarla.

—Sentimos que curar es tomar medidas.

—Vamos con ustedes. Les serviremos de escudos. Pero tardaremos en reunir el resto de nuestras fuerzas, en conducirlas hasta el campo de batalla.

—Gracias —dijo, conmovida, la archimaga.

—Queremos que sepan que estamos juntos.

—Que ustedes y nosotros somos un mismo canto, una sola voz.

Y allí, entre las cortinas de niebla, elfines y allenatos, allenas e iburones, entre muchas otras criaturas del aire, empezaron a entonar el canto de la travesía, el himno de la marejada incesante.

La allena cubierta de cicatrices se acercó a la archimaga y su piel brilló.

—No estás sola —le dijo al pasar a su lado—. El peso del mundo también es nuestro.

Arminia sintió, en ese instante, una oleada de consuelo que le daba ánimos, que la abrazaba con fuerza.

Marfilia bajo el fuego

El viaje fue raudo y sin descanso. En apenas unas horas recorrieron medio continente. El fuego se veía a mil kilómetros de distancia. Y el humo que de él se alzaba era denso, impenetrable, cubriendo el horizonte con su manto. Corsac se ponía cada vez más nervioso mientras se acercaban a la capital del imperio. Cuando pasaron sobre las fronteras imperiales ya era notable la destrucción reinante por todos los rumbos. La tierra ardía sin que se viera un árbol intacto, un animal indemne. Los ríos se mostraban oscuros y sus aguas

estaban llenas de peces muertos. Se olía el aroma a podredumbre, las cenizas, la carne quemada hasta el último rescoldo. Ningún pueblo era visible por el humo que se elevaba decenas de kilómetros sobre el suelo.

En ese momento, el reino de las nubes no pudo evitar las vibraciones al chocar con los nubarrones de humo, que parecían tratar de detenerlo. A la fuerza, las nubes de las alturas se abrieron paso y dejaron ver el río Tamar con un color púrpura, ceniciento, y junto a sus aguas apareció Marfilia, cuyos muros blancos ahora estaban medio desechos, ennegrecidos, como si hubieran sufrido el ataque del fuego hasta lo insoportable.

Pero Marfilia aún estaba en pie y el combate se hallaba en su apogeo.

—¡Miren allá! —gritó el consejero.

Y señaló el estandarte que todavía ondeaba en la torre del palacio imperial, en lo más alto de la urbe: la bandera verde y azul con su quimera en pie de lucha.

—Llegamos a tiempo —dijo Sampalio—. Pero no veo cómo nuestra pequeña fuerza pueda cambiar las bazas de esta batalla.

El par de orlavas les anunció que estaban por bajar y dejarlos en la plaza principal.

—¿Qué harán ustedes? —preguntó Iseke.

—Reagruparnos. Muchos otros reinos de las nubes vienen en camino y, cuando estemos todos, bajaremos frente a los muros de Marfilia y haremos un escudo protector.

—Para que puedan respirar, para que el fuego no los asfixie.

—¿Cuánto falta para que lleguen sus refuerzos? —inquirió Corsac.

—Unas horas.

—No más.

—Se lo agradecemos —dijo Arminia y se preparó para tocar tierra.

Las nubes se agitaron y la niebla los tomó entre sus jirones para conducirlos a su destino. Pronto vieron los techos de las casas de la ciudad y las muchedumbres que apenas se movían en las calles y en las plazas.

—¿Están muertos? —preguntó Iseke.

—No lo sé —respondió el consejero, preocupado al contemplar aquel espectáculo.

Con el último giro las nubes los dejaron en los jardines del palacio imperial ante la mirada azorada de los guardias que cuidaban al emperador. Pero era difícil reconocer quién era quién porque todos los defensores de la ciudad capital llevaban la cara tiznada por el humo del incendio. Solo por la corpulencia de Kalisma es que identificaron a la oficial que se aproximó a ellos para darles la bienvenida.

—No esperaba verlos de nuevo.

—Mala hierba nunca muere —dijo la archimaga—. ¿Cuál es la situación?

La comandante hizo una mueca de coraje.

—Nos han tundido con todo: fuego, humo, ataques suicidas y bombas incendiarias. Hemos perdido a más de la mitad del ejército y la población civil y los refugiados ya están al borde del colapso. No tenemos comida para más de tres días y el agua es imbebible, sabe a azufre y enferma al que la toma. Pero fuera de eso estamos bien. El orden se mantiene. El emperador se ha visto en la necesidad de presentarse entre la gente, lo mismo que las familias de la aristocracia, para infundir ánimos, para mostrarles a todos, los de arriba y los de abajo, que estamos juntos en esto, que mientras permanezcamos unidos ningún invasor nos derrotará, ninguna magia execrable podrá con nosotros.

—Entonces están mejor de lo esperado.

Kalisma volteó a los lados.

—Es mejor que vengan y hablen con nuestro soberano.

—No me has dicho todo —bajó la voz la joven hechicera—. ¿Qué más debemos saber?

—Solo las noticias menos malas, archimaga. Tu gente, tus nuevos reclutas, pueden quedarse aquí mientras les asignamos habitaciones y puntos donde pueden combatir en las murallas. Pero a ti, a Corsac y a Sampalio, los requieren con urgencia en la sala de los estrategas.

Así lo hicieron. Pocos minutos más tarde ya estaban frente a Soroj Tercero, que se veía más delgado y con cara de fatiga, pero que intentó forzar una sonrisa al verlos llegar.

—Qué bueno contemplarlos de nuevo. ¿Qué fuerzas militares han aceptado apoyarnos en esta guerra? ¿Qué reinos se unirán al gran combate que aquí libramos?

Arminia carraspeó tratando de sopesar si el emperador estaba a punto de un colapso nervioso o podía aceptar la verdad sin medias tintas. Decidió que era mejor no darle falsas esperanzas.

—Ninguna fuerza militar viene en camino, majestad. Pero en unas horas el reino de las nubes defenderá todo el perímetro de esta ciudad.

—¿El reino de las nubes? ¿Con cuántas espadas cuentan? ¿Cuál es el número de jinetes que traen consigo? ¿Qué número de catapultas sumarán a las nuestras?

Arminia miró de reojo a Kalisma y vio en ella el pánico saltándole por los ojos.

—Trae la fuerza de todas las tempestades del mundo.

El emperador suspiró con hondura, largamente.

—Me traes más trucos de magia —dijo, bajando la cabeza.

—Contra la magia luchamos, ¿no es eso el fuego que nos agrede, el Caos que nos asalta?

—Palabras. Conjuros. Hechizos. ¡Ya estoy harto de todo eso!

Corsac se acercó, cauteloso, a su soberano.

—No se altere, majestad. Mientras usted gobierne, Marfilia estará segura.

Soroj Tercero lo miró con una mezcla de ira y angustia.

—Y cuando muera, ¿entonces qué?

—No lo permitiremos —dijo la archimaga.

Una explosión cercana cimbró la torre hasta sus cimientos.

El emperador levantó el puño, desafiante.

—¡Ya estoy harto de este bombardeo! ¡Ya no soporto estar a merced de nuestros atacantes!

El consejero y la joven hechicera se voltearon a ver.

—Le prometo que defenderé la capital con toda la magia que poseo —dijo Arminia mientras se acercaba a la mesa y veía el mapa de Marfilia.

El emperador esbozó una sonrisa taciturna mientras acomodaba sobre la mesa los mapas arrugados que en ella se acumulaban.

—Lo que desearía es salir y combatir a esas hordas empecinadas, que se ocultan detrás de hechizos y brujerías. Quiero luchar y morir. Algo definitivo, algo contundente. No quiero sentarme en el trono mientras mi pueblo muere por centenares, por miles, y yo solo oigo sus gemidos, sus lamentos, sin poder hacer nada.

La archimaga tomó un mapa de las posiciones defensivas de Marfilia y lo estudió en silencio. Finalmente puso el dedo en la línea que mostraba el trazo de la muralla exterior.

—Podemos devolver un poco del fuego que nos mandan con su lluvia de antorchas y venablos incendiarios. ¿Hay alguna puerta que dé al exterior en la muralla del norte?

Soroj Tercero tardó en comprender la pregunta de la hechicera.

—Sí. Hay una en la torre de los centinelas, la más cercana al río. Pero, que yo sepa, se encuentra tapiada desde que un asesino intentó colarse por ella en tiempos de mi padre.

—Hablaré con Kalisma para que abran un hueco para salir por ella. Vamos a devolverles a los invasores un poco de lo que le han hecho a Marfilia.

Al emperador se le iluminó la mirada.

—Eso me gusta. Yo iré en la incursión que lleven a cabo.

—No, majestad. Eso sería un riesgo que su pueblo no puede permitirse. Pero podrá ver lo que haremos desde la torre de los centinelas. Allí no se perderá ningún detalle de nuestra incursión y, a la vez, su vida no correrá peligro.

Soroj Tercero hizo una mueca de frustración.

—Lo entiendo, pero quiero estar en la primera fila. No quiero perderme nada de lo que vayan a hacerles a los invasores.

Arminia volvió a mirar el mapa. Pasando la muralla en ese punto había una marca borrosa, una palabra ilegible. Trató de interpretarla: «ce ent rio de l s alm pe di as».

Corsac se acercó a la mesa.

—¿Qué dice aquí? No se lee bien.

—Allí está uno de los primeros cementerios que tuvo la ciudad fuera de la muralla. Es el camposanto más conocido de Marfilia, el cementerio de las almas perdidas. Se le llamó así porque allí enterraban a los criminales después de ejecutarlos. Siempre ha sido un sitio de leyendas oscuras, un lugar que muchos consideran maldito. Son puros cuentos, pero los habitantes de la capital prefieren sacarle la vuelta.

La hechicera suprema soltó una carcajada.

—Muy apropiado para la situación en que nos encontramos —replicó.

El consejero observó el mapa y miró un detalle que se le había pasado a la archimaga.

—En la punta norte del cementerio está dibujada una X, ¿la ves?

—Sí. ¿Marca algo importante?

—Un tesoro. Allí está oculto un almacén del ejército imperial.

—¿De armas? ¿De municiones?

—No. De medicamentos. Por lo que sé es un depósito que lleva cerrado un par de años y que, con la llegada tan repentina de las fuerzas del fuego, no tuvimos tiempo de rescatar.

Arminia sonrió ante aquel hallazgo sorpresivo.

—Pues ahora la salida será tanto de destrucción como de rescate.

El emperador se puso a su lado.

—¿Qué tanto cuchichean?

—De los objetivos que pretendemos cumplir una vez fuera de los muros —respondió la joven hechicera.

Soroj Tercero pasó un dedo tembloroso por el mapa.

—Mi imperio se ha reducido a esta ciudad. Ustedes que volaron hasta Marfilia, ¿cómo vieron el resto de nuestras tierras?

Corsac bajó la vista. La archimaga suspiró.

—En malas condiciones, majestad. El ejército del Caos se ha extendido hacia el este y el norte, como una plaga. ¿Hay algún ejército suyo fuera de estas murallas?

El emperador negó con la cabeza.

—Había uno, pero no hemos recibido noticias de ellos en varios días. El fuego es implacable. Y ya no contamos con magos y hechiceras que protejan a nuestras tropas con sus conjuros. Puedo incluso decir que si mi imperio es ahora solo Marfilia, la Hermandad de los Magos y Hechiceras solo eres tú.

Arminia aceptó las palabras de Soroj Tercero; eran una verdad dolorosa, pero no una verdad completa.

—Por ahora, majestad —contestó—. Solo por ahora.

Y se quedó pensando en las palabras de Yosef allá, en el faro: la apuesta era alta, pero el juego aún no concluía. Los dados giraban en la mesa de Zarabanda y todos contenían el aliento, esperando que la suerte se mostrara a su favor.



El cementerio de las almas perdidas

Los soldados quitaban las últimas rocas que impedían el paso por aquel pequeño túnel que daba al exterior de la muralla. Arminia, Corsac y el pequeño grupo de Iseke, que voluntariamente habían pedido hacer aquella salida, aguardaban a que todo estuviera listo, en especial el ataque con catapultas en el otro extremo de la ciudad para distraer a las huestes del Caos y que no notaran su presencia.

Era mediodía, pero parecía plena noche por el humo que se mantenía a ras de tierra y provocaba que respirar fuera una actividad fatigosa. Kalisma quedó satisfecha con los preparativos y le susurró a la archimaga que ya no faltaba mucho para que pudieran abrir la puerta y salir hacia la ribera del río Tamar.

—No se tarden o volveremos a clausurar la salida. No podemos darnos el lujo de mantenerla abierta por mucho tiempo. Si el enemigo se entera, tratarían de penetrar nuestras defensas por este punto. Si tengo que elegir entre sus vidas y las de todos los residentes de Marfilia, ya sabes cuál será mi decisión.

La hechicera lo sabía.

—Volveremos en cuanto podamos. Solo te pido que no despegues la vista de Soroj. Creo que tiene intenciones de pelear allá, arriba, en la torre norte.

Kalisma volteó a las alturas.

—Su majestad se siente impotente, supongo. Por eso este acto de desafío al protocolo. No te preocupes, archimaga. Tengo a una compañía entera de mis mejores soldados cuidándolo, protegiéndolo.

—No será suficiente, te lo aseguro.

La comandante imperial miró a Arminia con enfado.

—Me preocupas más tú —dijo—. Mientras estuviste fuera, la moral de nuestra gente andaba por los suelos. Ahora, al saberse que has regresado, que hay una maga cuidando de las defensas de Marfilia, el ánimo por seguir luchando, por pelear hasta la muerte, ha vuelto.

—Bien decía el emperador: solo traigo palabras, conjuros y hechizos. Pero incluso con todos estos trucos, no logro hacer mella a este tormento incendiario que nos asedia, no estoy a la altura del hechicero que nos ahoga con sus llamas y su humo.

—Con que logres sorprender a sus seguidores, darles unos buenos golpes, ayudarás a que la gente se sienta mejor.

—Eso haré.

Un oficial se aproximó y anunció que la puerta ya estaba libre de obstáculos.

—Buena suerte —dijo Kalisma.

—Lo mismo digo. No pierdas de vista al emperador.

Cuando el humo se espesó, el grupo aprovechó para abrir la puerta y salir con sigilo. El terreno que pisaban estaba calcinado, pero por su cercanía con el río Tamar no humeaba tanto como para ser irrespirable.

En poco tiempo se deslizaron hasta una pequeña hondonada, desde la cual examinaron el paisaje desolado en busca de hombres yesca. No vieron ninguno por los alrededores. Arminia dio la orden de que avanzaran con las minas que cargaban y ordenó a Iseke que algunos de sus hombres las enterraran con cuidado a unos cien pasos de las murallas.

El cementerio fue fácil de encontrar. Era un terreno lleno de matorrales y arbustos quemados, donde aún se podían descubrir lápidas rotas y tumbas abiertas por las ráfagas de fuego. Incluso algunos huesos viejos sobresalían

aquí y allá, como un recordatorio de que las huestes del Caos no respetaban ni a los vivos ni a los muertos.

—Es en esta esquina —dijo el consejero, señalando un mausoleo hecho pedazos, pero cuyas cadenas aún eran visibles en la tierra calcinada.

Iseke puso a media docena de hombres a cavar. Pronto salió a la luz una caja de madera y luego varias docenas. No eran grandes, pero pesaban lo suyo. Así que cada hombre solo podía llevar de vuelta una de ellas. La operación se hizo en silencio, pero los hombres empezaron a cansarse de prisa, no tanto por el esfuerzo sino por el humo que respiraban y que los hacía demorar sus movimientos.

—Descansen un momento —dijo la archimaga.

Corsac le susurró que algo extraño había vislumbrado unos metros más adelante.

—Ven y míralo por ti misma.

A la orilla del río, los invasores habían cavado un túnel y una parte de las aguas cenicientas del Tamar se desviaban en esa dirección.

—¿Qué crees que están tramando? —preguntó Iseke.

Arminia observó que el agua del río iba, en un cauce, hasta el pie de la muralla y luego desaparecía, borboteando, en las profundidades.

—Están debilitando los cimientos de la muralla.

—¿Para hacerla venir abajo? Tardarían semanas para conseguirlo —aseveró Corsac.

—No creo que pretendan eso —dijo la joven hechicera, y tomó un poco de agua negra en la mano, la olfateó y probó unas gotas antes de hacer un gesto de asco.

—No es agua común y corriente. Es aguarrás con chapopote: una mezcla explosiva. Si logran que suficiente de este líquido penetre los cimientos y luego lo hacen arder, explotará con una fuerza poderosa y una parte de la muralla colapsará.

—Hay que avisar al ejército de inmediato —señaló el consejero, alarmado.

—Avísales tú. Nosotros trataremos de levantar un dique para que el agua, perdón, el aguarrás se quede en el río. Pero solo será una solución provisional. En cuanto descubran que detuvimos su plan, volverán a intentarlo, aquí o en cualquier otro sitio. Necesitamos palas y más soldados, para que nos protejan mientras lo hacemos.

Pronto decenas de soldados imperiales se atareaban taponando aquel brazo de agua inflamable, pero el daño ya estaba hecho. El ruido que hacían con sus herramientas no pasó inadvertido entre la humareda. Un hombre yesca advirtió su presencia y dio la voz de alarma. En unos instantes miles más avanzaron hacia el cementerio y comenzaron a extender el incendio en torno al pequeño grupo.

—Olviden el dique —dijo Arminia—. Retrocedan hacia la muralla en orden. Que nadie se quede atrás.

Pero ante la vista de miles de seres que explotaban por doquier, la retirada fue una carrera contra la muerte.

—¿Se pudieron rescatar todos los medicamentos? —preguntó la archimaga mientras entraba, contorsionándose, por la puerta.

—La mayoría —contestó Iseke—. Pero puedo decirte que, de las minas, todas quedaron instaladas. Si pisan una, explotarán sus fuegos de artificio y eso los detendrá por un momento.

Y así fue. En cuanto todos estuvieron dentro, los soldados imperiales fueron acumulando las piedras y rocas en el túnel de entrada. Afuera, los hombres de fuego llegaron a la zona minada y una explosión encadenada cimbró la zona y mandó sus cuerpos hacia las alturas.

«Una pequeña victoria», pensó Arminia mientras el estruendo disminuía.

—Una buena incursión —le dijo el jefe de los forajidos mientras le palmeaba la espalda.

La hechicera aceptó la camaradería del bandolero.

Al otro lado de la muralla se oían los gritos de rabia de los hombres yesca. Nuevas bolas de fuego pasaron sobre sus cabezas. Unas destrozaron una casa a cien metros de distancia, otras cayeron sobre una taberna y la incendiaron.

Iseke hizo una mueca de consternación.

—Las tabernas son sagradas —gritó, realmente indignado.
Arminia sonrió sin contenerse.
—Tu templo es mi templo —dijo.



La otra explosión

La archimaga subió a la torre norte de la muralla para informar al emperador, que se veía feliz, exultante, por estar en el frente de batalla por primera vez.

—¡Fue una explosión tremenda! ¡Como nunca había visto una en mi vida!

La joven hechicera no le hizo caso y tomó del brazo a Kalisma.

—¡Debes sacar a Soroj de aquí ya! ¡Está en peligro! Los cimientos de esta parte de la muralla están por explotar porque han sido sometidos a sustancias combustibles. Salgan ya o no la van a contar.

Y asomándose por el parapeto, Arminia confirmó sus temores: un grupo de hombres de fuego se acercaba a la muralla a pesar de todos los venablos que les lanzaban los soldados imperiales para impedirlo. Muchos caían, pero eran más los que seguían su camino hacia el pie de la muralla. Kalisma hizo lo mismo y comprendió qué clase de peligro estaban por presenciar.

—¡Llévatelo mientras se pueda! —dijo la archimaga y comenzó a correr escaleras abajo.

Iseke y Corsac estaban apremiando a los soldados a que se alejaran de aquella parte de la muralla, pero muchos eran veteranos que solo recibían órdenes de sus oficiales y por eso no se movían de su sitio.

—¡Vamos, salgan todos! ¡Esto arderá en unos segundos!

Y como lo había previsto Arminia, así ocurrió: la explosión fue una bola de fuego que primero hizo levantar los cimientos de la muralla a gran altura para luego desquebrajar esa porción del gigantesco muro, haciendo que se derrumbara la torre en su totalidad. A una nube de fuego puro ascendiendo al cielo le siguió, inmediatamente, una nube de polvo que se elevó para caer sobre toda la ciudad en forma de cascajo ardiente.

Cuando el estruendo de la explosión se disolvió en el silencio posterior, los sobrevivientes apenas estaban conscientes del lugar donde estaban y de lo que les había ocurrido. Ninguno oía bien al principio, pero se recuperaron como pudieron, y empezaron a ayudarse unos a otros.

Entre los escombros y el cascajo apareció la figura de Kalisma llevando al emperador, todo cubierto de polvo, pero sin mayores daños que una sordera temporal. En cuanto lo entregó a los sobrevivientes de la guardia palaciega para que lo escoltaran de vuelta al palacio imperial, la comandante ordenó que todos los soldados a su mando se desplegaran entre el cascajo de la muralla derruida para afrontar el inminente ataque.

Arminia se despertó junto a un muro intacto, que la había protegido de la onda de choque de la explosión. Como pudo, se puso de pie y trató de orientarse. Una sombra apareció frente a ella, pero como sus ojos estaban tan llenos de tierra, no pudo discernir si el que se acercaba era amigo o enemigo.

—No te muevas, hechicera. Ahora mismo te atiendo —dijo la voz consoladora de Sampalio.

—¿Has visto a los demás?

—No. Acudí en cuanto vi la magnitud de la explosión. Agarré mi maletín y corrí a ver qué podía hacer. Tú eres la primera persona que encuentro.

—¿Ya abrieron los santuarios? —quiso saber la archimaga, pensando que la resistencia contra los ejércitos del fuego estaba por dar su última batalla antes de replegarse a la muralla interior.

—Al parecer desde hace tres días están abiertos y ya no cabe ni un alfiler en ellos. Por cada persona que ha recibido refugio, cuatro han quedado fuera.

El padre de Yosef obligó a la archimaga a sentarse y le lavó los ojos con un agua fresca y reconfortante. En unos segundos, después de mucho parpadear, pudo enfocar la vista y ver la destrucción que la rodeaba.

—¿Y los demás? —preguntó mientras su mirada iba de un lado a otro.

—No he visto a nadie. Bueno, vi a Kalisma, a lo lejos, dando órdenes. Parece que ya no podemos evitar que los ejércitos del Caos entren a Marfilia. Si entran será un matadero.

Arminia se puso de pie y dio unos pasos al frente.

—Tengo que ayudarles.

—Pero ve con cuidado. Hay muchos cadáveres por todas partes.

Y le pasó un silbato de metal.

—Ten esto. Si ves a alguien herido, sóplalo y acudiré a tu lado. Y si yo encuentro a nuestros amigos y conocidos, haré lo mismo.

La joven hechicera aceptó aquel plan. La cabeza le zumbaba y se estremecía de pies a cabeza, pero debía buscar a sus amigos, ver si aún estaban con vida.

Dio unos pasos y, en ese instante, el polvo se hizo menos denso. A sus pies había varios cuerpos destrozados. Siguió adelante, buscando indicios de vida. Varios cadáveres aún humeaban y algunas piedras estaban al rojo vivo.

A los pocos minutos encontró a Iseke, arrodillado junto a uno de sus hombres, que estaba ensangrentado, balbuceando incoherencias. Arminia sopló su silbato. A la quinta vez que lo hizo, apareció Sampalio y se puso a revisar al hombre herido. Luego miró a Iseke y negó con la cabeza.

—¿Puedes hacer algo por él? —preguntó el forajido al herborista—. Se llama Praseko. Es un hombre de honor, forajido de los buenos.

—Puedo darle un poco de poción contra el dolor, pero sus efectos tardarán.

—Mi poción es más efectiva —dijo la joven hechicera y, acercándose, puso sus manos sobre el pecho del hombre, que respiró con mayor tranquilidad y abrió los ojos.

—Mis amigos. Ya los veo. Están aquí cerca. Voy a devolverles sus escudos. Qué fiesta haremos —farfulló Praseko—. Ya no siento frío. Ya no… tengo… miedo.

En ese momento, el bandolero mal herido agarró la mano de Arminia. La hechicera sintió la fuerza de su desesperación.

—¿Luché bien? ¿No avergoncé a nadie? —preguntó el agonizante.

—Luchaste como un héroe —le contestó la archimaga mientras lo veía morir.

—Avergonzados los que aún seguimos con vida —agregó Iseke, en tanto las lágrimas salían a borbotones por sus ojos, mientras daba golpes de furia contra el suelo.



La batalla de Marfilia

Iseke los alcanzó cuando Arminia y Sampalio avanzaban, esquivando los escombros de la explosión, hacia la parte más dañada de la muralla. Por todos lados, jirones de humo se colaban y los aullidos de los sirvientes del fuego parecían elevarse como un canto de triunfo.

—Voy con ustedes. ¿A quién buscan?

—A Corsac —le respondió el herborista.

—Estaba cerca de mí cuando todo explotó —dijo el jefe de los bandoleros.

—¿Dónde? —inquirió la hechicera.

—Allí. Al lado del tinaco de agua.

Y sí, al lado del tinaco yacía Corsac, tosiendo; una losa enorme aplastaba su pie izquierdo. Con cuidado la levantaron y pudieron liberar al consejero. Afortunadamente no tenía ningún hueso roto, pero su pierna mostraba raspaduras sangrantes que Sampalio limpió con alcohol y luego vendó para que no se le infectaran.

—¿Puedes caminar? —preguntó Iseke.

—Puedo, pero ayúdenme a levantarme.

Poco más pudieron hacer cuando escucharon el estruendo que anunciaba la llegada del ejército del Caos a los restos de la muralla del norte.

Arminia vio lo que se acercaba y tejió un conjuro apresurado para detener aquella marcha de miles de hombres de fuego.

Fue inútil.

—Retrocedamos de prisa —sugirió.

En cuanto dejaron un buen espacio entre los invasores y ellos, descubrieron que los soldados del imperio de Antara habían construido un parapeto con el cascajo de la explosión y que allí permanecían, en silencio y nerviosos, esperando el ataque. El polvo ya estaba despejándose, pero el calor, por la cercanía de las cortinas de fuego, se estaba volviendo insoportable.

—¿Y Kalisma? —preguntó la archimaga.

—Atrás, en esa montaña de escombros —le contestó un oficial.

La comandante no pudo evitar una sonrisa al verla sana y salva.

—Sabía que saldrías de esta —dijo.

—¿Y el emperador?

—Lo mandé con la guardia a la fortaleza interior. De que las hordas van a entrar, no hay duda, pero en la muralla interior él puede continuar dando la pelea.

—Quizás él, pero morirán muchos de los habitantes de Marfilia, ya no se diga los que vinieron a refugiarse tras sus muros.

Kalisma asintió, avergonzada.

—No veo otra solución, hechicera. En la fortaleza interior no pueden caber más de diez mil personas.

Arminia se sintió impotente, desesperada; no pudo encontrar una solución a tal disyuntiva. En la fortaleza exterior había demasiadas vidas en la balanza.

—Bien. Pelearemos aquí hasta el último soldado.

Y entonces recordó el silbato que le había dado Sampalio. Sin detenerse a pensar, lo sacó de entre sus ropas y se puso a soplarlo como si en ello le fuera la vida. Y a ese sonido agudo le añadió un grito de urgencia, una estela de empatía, una voz pidiendo auxilio. Y siguió soplándolo hasta que su boca quedó reseca y sus pulmones agotados.

Pero dio resultado.

Sobre el humo que se elevaba y las grandes llamaradas que se aproximaban, empezó a caer una lluvia tenue, que luego arreció hasta volverse un diluvio. Y a ese aguacero se le agregó un frente de nubes blancas que bajaban hacia Marfilia y apagaban los incendios con un furor que hizo que muchos de los residentes de la capital levantaran la vista al cielo y aceptaran aquel baño como un regalo divino, como una dádiva.

A pesar de aquel diluvio, el ejército del Caos siguió avanzando, sorteando los escombros, entrando en Marfilia para destruir a todos los seres que encontraban a su paso. Eran veinte veces más que el número de soldados que los enfrentaban. Aun sin el fuego, tenían la ventaja de su gran número para ganar la batalla. Ya no eran hogueras ambulantes, sino sombras siniestras. Y desde el principio se mostraron inmisericordes: mataban, mutilaban, destruían todo cuanto encontraban a su paso.

La cortina de fuego había tropezado con la cortina de niebla y en ese choque tremendo dio comienzo otra dimensión del enfrentamiento. Las criaturas del reino de las nubes lanzaron a las alturas a los hombres yesca y detuvieron su avance. Pero la presión se acumulaba en su contra a cada instante.

—No podremos contenerlos por mucho tiempo —una orlava que había bajado a ras de tierra le explicó a la archimaga—. Aun con todas nuestras fuerzas su magia es más poderosa.

—Lo sé —reconoció la hechicera—. En realidad los llamé para que hicieran otra cosa: salven a los habitantes de Marfilia, los que están entre aquí y el recinto interior. ¿Pueden hacerlo?

—Son muchos. Demasiados —respondió un elfin.

—Inténtenlo, por favor. Si pueden llevárselos a otra parte, nos quedaremos solo la guardia palaciega y lo que queda del ejército imperial. Nosotros daremos la batalla hasta el final.

La orlava mandó una onda de aceptación.

—Puedes venir con nosotros.

—No. Este es mi lugar. ¿Saben algo de Arlinda y de Yosef?

—Solo sé que están ya en Itoret. Pero a ese lugar, si es que es un lugar, nuestras miradas no pueden penetrar, nuestros cantos no pueden hacerse oír.

—Inténtalo de nuevo. Diles a ambos que es la hora decisiva. Que ya no nos queda tiempo por gastar en misterios ancestrales.

La orlava se sacudió.

—Tu dolor lo comparto. Tu desesperación es la mía. Comunicaré tu petición y aguardaré su respuesta.

La niebla dejó de ser una cortina protectora y se volvió miles de tornados bajando a la ciudad, tomando a los seres humanos donde quiera que los descubrían y llevándoselos consigo a las alturas, a la seguridad de su reino flotante.

—Gracias —exclamó la archimaga y sacó su espada.

A lo lejos, entre lo que había sido la torre norte, los hombres yesca entraban en tropel a Marfilia, por miles penetraban la ciudad imperial.

—Esto va a ser divertido —dijo Iseke.

Arminia se rio por aquel comentario.

—¿Listos para morir? —preguntó Corsac al ver la furia del enemigo.

—¡Jamás! —contestó Sampalio, que sostenía su cayado como un arma.

El suelo se estremeció ante el ejército del Caos que entraba en tropel.

En las miradas de aquellas tropas no brillaba ni el mínimo atisbo de piedad.

«Es el fin del mundo», pensó la archimaga al verlos acercarse.

«Que el miedo no me agobie».

«Que la muerte sea benévola conmigo».



Las hijas del páramo

Sangre, sudor y fatiga; quemaduras, dolor y cansancio. Esa era la situación de los defensores de Marfilia una hora después, cuando las primeras avanzadas del ejército del Caos penetraron la muralla exterior y se desperdigaron por las calles y plazas de la capital del imperio de Antara. Lo que había sido la urbe más grande de Zarabanda, la metrópoli que el resto del mundo envidiaba, ahora solo era un montón de ruinas ardientes, una montaña de cascajo entre los cuales los soldados imperiales y las hordas de fuego peleaban hasta la muerte. Y muerte era lo que más abundaba por donde quiera que se mirara.

Arminia retrocedía mientras lanzaba sus conjuros de inmovilidad, sus hechizos contra las llamas. A su lado, como compañeros inseparables, Corsac e Iseke combatían a brazo partido tratando de dar el mayor tiempo posible para que las criaturas del reino de las nubes, ayudadas por Sampalio, salvaran a los habitantes de Marfilia de una muerte segura.

Los hombres yesca explotaban frente a ella tratando de herirla, pero la archimaga era diestra para detener los rescoldos letales, las llamaradas que bajaban del cielo buscando aniquilarla tanto a ella como a sus acompañantes. A veces las criaturas del aire, viendo la situación desesperada en que se encontraba aquel grupo de porfiados defensores, bajaban hasta el nivel de la calle como escudo provisional para luego volver a subir cuando sentían que las altas llamaradas iban a matarlas.

Kalisma se apareció sobre una montaña de cascotes y les gritó que se refugiaran en la muralla interior, que lo hicieran de prisa. Corriendo perseguidos por las huestes del Caos, la joven hechicera y los pocos supervivientes del grupo de Iseke alcanzaron a entrar seguidos del consejero y el herborista.

—Apenas a tiempo —dijo la comandante y dio la orden de que se lanzaran miles de litros de aceite hirviendo sobre las hordas del Caos.

Aquel breve ataque detuvo su marcha, pero solo unos momentos.

—¡Allí vienen de nuevo! —gritó un oficial con el rostro alterado.

Una cortina de fuego bajó a calcinarlos y, cuando ya estaba casi sobre ellos, un soplo de viento huracanado la hizo retroceder. Arminia volteó al cielo pensando que su salvación, de nuevo, era obra de las criaturas del reino de las nubes.

Arriba, muy arriba, una parvada negra se aproximaba a una velocidad inusitada.

—¿Qué son esos? —preguntó Kalisma.

—Parecen cuervos —dijo Sampalio.

La archimaga sonrió gratamente sorprendida.

—No son cuervos los que llegan a sumarse a nuestra lucha, herborista. Son las mismísimas hijas del páramo, las brujas.

El ataque de aquella parvada de mujeres fue contundente. Con sus hechizos dispersaron las llamas o las convirtieron en piedras negras, en polvo quieto. Por el cielo zumbaban haciendo retroceder a los sirvientes del Caos. Y las cortinas de fuego no volvieron a aparecer en todo el resto del día.

Farkina Lusaj descendió en pleno jardín botánico, y con ella venían centenares de brujas de todos los colores y medidas: jóvenes y viejas, joviales y silenciosas, señoriales y mundanas, hermosas y terribles, frágiles y corpulentas. Ninguna predecible en sus modos y modales. Todas listas para morir por una causa que consideraban tan suya como la de los magos, las hechiceras y los demás residentes de Zarabanda.

Y no solo llegaron brujas en aquella tropa de mujeres valientes y temerarias. También se aparecieron las pocas hechiceras que habían sobrevivido al primer embate del Caos. Entre todo aquel conjunto de personalidades variopintas destacaba Darvinia, señora de Cedrel, y Prikana Izzal, la archibruja suprema.

—Bienvenidas a Marfilia —las saludó Kalisma—. El emperador Soroj Tercero las recibirá en la sala de los estrategas.

—Volaremos hacia allá en un momento —contestó Prikana—. Primero quiero conocer a la famosa archimaga, Arminia de Venezca.

La joven hechicera apenas se sostenía. Toda su magia había sido desplegada para proteger la retirada hacia la muralla interior. Gracias a sus esfuerzos y al de los centenares de soldados imperiales y forajidos que combatieron a su lado, se había conseguido que miles de civiles, entre refugiados y residentes de Marfilia, lograran escapar con vida de aquel asedio.

—Aquí estoy —dijo con una voz más débil de la que habría deseado hacerse oír.

Pero antes de que dijera algo más, fue Darvinia la que se acercó y la abrazó sin importarle llenarse del tizne que cargaba la archimaga.

—Me da gusto que sigas viva y combatiendo —le dijo de todo corazón.

Arminia le devolvió el abrazo a la señora de la isla de Cedrel.

—Y a mí me alegra que hayan venido a combatir junto a nosotros —expresó, mientras intentaba no tambalearse por la fatiga.

Solo entonces Prikana se acercó al par de hechiceras. La archibruja era pequeña de estatura, pero parecía irradiar un carisma de poder que todos percibían.

—Venimos a ayudarlos —dijo con voz rasposa—. Para que sepan que no están solos. Por toda Zarabanda ya se sabe de esta batalla, que de ella depende la suerte de nuestro mundo. Así que aquí estamos nosotras también, para que no se diga que las brujas no ponen su grano de arena en esta lucha heroica.

Kalisma hizo una reverencia mientras la archimaga recuperaba el aliento.

—Estamos agradecidos de su llegada —respondió la comandante—. Sin ustedes no sé en qué terrible situación estaríamos.

—Debo decir que es un honor que las brujas combatan hombro con hombro con las pocas hechiceras que quedamos con vida —expuso Arminia, ya más recuperada.

Darvinia sonrió al escucharla.

—Hay magos y hechiceras sobrevivientes, bueno, mejor no miento, más bien novicios y novicias, son pocos, pero los hay. Todos están buscando conjuros letales contra el fuego en los escasos volúmenes que no fueron incinerados en Armasijo. Estarán aquí tarde o temprano; espero que más temprano que tarde. Veremos entonces qué noticias traen con ellos, qué clase de armas han descubierto para defendernos de un poder que hasta ahora nos ha vencido una y otra vez.

—Creí que era la última que quedaba —se sinceró la archimaga.

—Bueno, ya somos dos en la línea de fuego. No hacemos un gran ejército. Pero las brujas, a pesar de lo que de ellas se chismea, resultaron ser solidarias con nuestra causa, dejaron todas las desconfianzas de lado y helas aquí, listas para luchar por un mundo que pocas veces ha sido fraterno con ellas, para decir lo menos.

Una voz cantarina se alzó entre aquella reunión.

—Si hemos de ser honestas, venimos más por la emoción de entrar en combate, por el gusto por la aventura, que por salvar el mundo.

—¡Oh, no seas así, bruja lengualarga! —la atajó Prikana.

Pero ni eso disuadió a Farkina, quien, sin pedir permiso, se puso enfrente de Arminia y, tomándola del cuello, la besó para transmitirle un poco de su magia a la agotada hechicera.

—Con eso basta —dijo Darvinia con ojos brillantes y sonrisa divertida—. Que el emperador nos espera.

Pero Prikana expuso lo que pensaban todas las allí reunidas.

—Para vencer las llamas del odio, nada como las brasas del amor.



Las cenizas del imperio

Ya pasaba de medianoche y sobre Marfilia solo quedaban algunos jirones de nubes, pues la mayoría de las criaturas flotantes se habían retirado llevando con ellas a miles y miles de habitantes de la capital imperial. Dos allenatos habían permanecido como representantes para unificar planes para el futuro inmediato.

—Regresaremos cuando estén a salvo todos los refugiados a nuestro cargo —dijo uno de los allenatos.

—Pero lo haremos hasta dentro de dos o tres días —explicó el otro.

Y ambos se marcharon para que la tormenta de fuego no les cortara el paso.

Arminia miró a su derredor y se sintió en familia. Allí estaban Corsac e Iseke compitiendo por el título de quién había matado a más hombres de fuego. Atrás, en un diván, Darvinia y Prikana cuchicheaban como viejas amigas. Farkina platicaba animadamente con Sampalio, lo que le dio un poco de envidia a la archimaga. Aquel hombre era un mago por derecho propio, un herborista que sabía más de Zarabanda que ella misma. Pero Sampalio no le interesaban las conversaciones palaciegas y, ayudado por la bruja, ya estaba quitando los cortinajes de las ventanas para usarlos como vendajes para los

heridos. Unos minutos más tarde, el padre de Yosef partió hacia la enfermería sin despedirse. La joven hechicera se percató del rostro de cansancio que portaba Kalisma.

«Ha de ver lo mismo en mí», pensó. E inclinándose le susurró:

—Debes descansar o no estarás apta para los que nos espera mañana.

La comandante hizo una mueca de fatiga.

—Seguro que mañana las hordas del Caos atacarán de nuevo con todas sus fuerzas y nos irán haciendo retroceder metro a metro, hasta que solo esta torre se mantenga en pie. Y luego nos carbonizarán hasta que ninguno de nosotros quede reconocible. Nuestro destino es ser cenizas al viento. Lo mismo que nuestro imperio.

Escuchar eso le dolió a la hechicera suprema. No es que Kalisma no tuviera razón. Pero cuando se combate de nada sirve pensar en el desenlace, decidió. Basta con luchar cada segundo, sin especular en lo que sigue. Dar golpes y tratar de no recibirlos. Lanzar conjuros y evitar que te toquen. Así se combate mejor, así se muere mejor, con la cabeza más lúcida.

—Pues que así sea —respondió tardíamente.

—¿De qué hablan? —preguntó una voz tan cansada como la de ella.

El emperador se plantó entre ambas, aún vestido con su armadura cubierta de polvo por la caída de la muralla exterior. Arminia se obligó a decirle la verdad.

—De que, si no sucede un milagro, esta batalla solo terminará con nuestra destrucción.

—Quizás —dijo Soroj Tercero—. Pero al menos sabremos que le dimos tiempo a nuestro pueblo para ponerse a salvo. Eso no es una derrota, según lo pienso. Es una manera de quitarle al Caos su botín más preciado. De hacerle ver que esto no acaba terminando con nosotros. En alguna parte de Zarabanda otros se levantarán a combatir a sus huestes. Y lo harán porque recordarán la valiente defensa de Marfilia, donde grandes guerreros y famosas brujas y hechiceras lucharon hasta el fin, sin caer de rodillas, sin aceptar la derrota. Moriremos, sí, pero nuestro recuerdo servirá para que otros sigan

enarbolando la bandera, no la de Antara sino la de Zarabanda. Este mundo vale la muerte de un imperio. Este mundo vale cada una de nuestras muertes. ¿No creen, amigos?

Todos habían guardado silencio ante el discurso del emperador. Y cuando este dejó de hablar, se pusieron de pie y aplaudieron sus palabras, aceptando, con los ojos bien abiertos, el destino que todos cumplirían, la tormenta de fuego que iba a inmolarlos.

Arminia observó a Kalisma, que parecía menos cansada que unos minutos antes. La comandante lucía, en sus gestos y ademanes, una nueva resolución, una voluntad de no dejarse vencer mientras tuviera fuerzas para levantar la espada. Y lo mismo sentían los demás. Si la muerte propia era un sacrificio que valía la pena, entonces no tenían nada que el enemigo les pudiera arrebatar. Unos pasos se dejaron oír en las escaleras. Un oficial se presentó con un pergamino en la mano.

—¿De dónde viene? —preguntó el emperador, intrigado.

—Lo trajo un buitre, su majestad, pero no trae remitente ni sello de ningún reino conocido.

Soroj Tercero desenvolvió el pergamino con reluctancia. Mientras lo leía, fruncía el ceño. Sin decir palabra se lo pasó a Kalisma, y esta leyó en voz alta para que todos supieran su contenido.

—El Caos me sigue. El fuego me anima. El tiempo de Marfilia y sus defensores ha terminado. Este amanecer será el último que verán con vida. Disfrútenlo mientras puedan.

—¿Quién lo firma?

—Nadie. Mírenlo por ustedes mismos.

Y todos se pasaron el mensaje.

Arminia lo tomó y sintió las otras palabras que cantaban en el interior del pergamino: «Voy por ti, hechicera malcriada, y por todas las de tu especie. Pronto sabrás lo que el fuego puede hacer de aquí a mil años. Pronto conocerás el dolor que mis mastines producen».

—No creo que nos ataque al amanecer. Lo hará antes.

—¿A quién te refieres? —preguntó Darvinia con cara de preocupación.

La joven hechicera volvió a la mesa de los mapas. Se puso a buscar entre ellos hasta que sacó el más amarillento de todos.

—Hay algo que no encaja entre este ataque y las anteriores invasiones del Caos. Arlinda tenía razón: este es diferente. Y ahora creo saber el motivo.

Y mostró el mapa de Zarabanda como era cuatrocientos años atrás.

—No es la lucha normal entre Caos y Orden, como lo fue en anteriores ocasiones. Esto es… es más personal. Como si lo que buscaran fuera más la destrucción de la magia en todas sus formas; que no quede nadie con poderes; que no sobreviva ningún mago, hechicera o bruja para desafiar a nuestro enemigo. Pero nuestro enemigo no es un hechicero salvaje, dispuesto a quemar hasta la última raíz de nuestra civilización. Esta barbarie no es natural, no, para nada. Esta calamidad ha sido creada para esconder su propósito final.

—¿Que es…? —la apremió Darvinia.

—Una venganza contra quienes ostentan el don de la magia, llevada a cabo por alguien que resiente que nosotras lo hagamos mejor que él.

—¿Hablas de un mago?

—Sí, hermana. Hablo de Evector, mi maestro, el único que se ha referido a mí como una hechicera malcriada. ¿Recuerdan el fuego fatuo que aquí mismo se hizo presente?

Corsac asintió.

—Dijiste que era un conjuro hecho por un tipo llamado Trajancio, un ladrón de poderes, un usurpador de conjuros.

—Pues ese solo era un sirviente de Evector, un criado. Mi maestro es el verdadero origen de esta desgracia. Él fue quien indagó en las magias oscuras de antaño para traer de nuevo al mundo las tormentas de fuego, las tempestades del Caos, las parvadas de cuervos y los ejércitos de los hombres yesca, todos unidos bajo su mando para destruir el mundo y, con este, a todos nosotros.

Darvinia frunció el ceño, nada convencida.

—Por lo que sabemos, Evector murió en la fortaleza de Armasijo.

—Fingió su muerte, que es otra cosa. Nos hizo creer que la tormenta de fuego lo había hecho cenizas como a tantos otros de nuestros hermanos y hermanas.

La señora de Cedrel no dio su brazo a torcer.

—Pero si es un mago como tú o como yo, ¿cómo puede manejar tamaños poderes?

La archimaga negó con la cabeza.

—No puede. Por eso su locura, por eso sus desvaríos. El plan que forjó para tomar el control de Zarabanda ahora es un delirio letal, una pesadilla en acción. Es la magia oscura la que controla todo este furor que se nos viene encima. Evector la convocó para hacerse más poderoso y esta lo absorbió, lo hizo su esclavo. Ahora solo es el conducto por el que esa magia actúa, el medio por el que esos poderes ancestrales se muestran en el mundo. Con toda su rabia, con toda su voracidad.

Por un momento nadie dijo nada hasta que Soroj Tercero hizo la pregunta que todos querían hacer:

—¿Quieres decir que Zarabanda está condenada porque es la esencia más torcida de la magia la que nos está aniquilando?

—Así es, majestad. Las fuerzas de la destrucción crearon nuestro mundo, pero cuando el fuego produjo los elementos que nos hoy nos conforman, el Caos fue vencido por su propia creación. Lo que destruía creaba nuevas posibilidades de vida, nuevas rutas de existencia. Así la magia del Caos quedó acorralada, como un elemento secundario de la evolución natural. Y eso, la hizo querer vengarse de todo lo creado, de todo lo natural. Con el tiempo buscó volver a dominar Zarabanda, agotar lo vivo, quemar lo diverso. Su campaña de ahora tiene ese propósito. Evector, igual que los magos y hechiceras que ahora están a su servicio, le ha servido como conductor de su revancha, como instrumento de su odio.

—¿Y no hay un antídoto contra ese veneno? —preguntó Sampalio.

—Sí lo hay, pero lo desconozco —se sinceró la hechicera.

Y de nuevo todos guardaron silencio hasta que Darvinia intervino.

—Pero si tienes razón, Evector nos ha hecho mucho daño y debe pagar por sus ambiciones mortíferas. Sirviente o no, tiene que responder por su traición, por la muerte de tantos hermanos nuestros y también debe ser castigado por la corrupción que puso en marcha en nuestra propia hermandad, como tú bien lo diste a conocer.

Arminia, taciturna, esbozó una sonrisa.

—La justicia siempre llega demasiado tarde —murmuró.

Prikana puso la mano en su brazo como una señal de solidaridad.

—Pero llega, archimaga. Eso es lo que único que debe importarte.

La hechicera se lo agradeció con un gesto.

«Pero antes de obtener justicia», se sinceró consigo misma, «primero debemos sobrevivir a este desafío. Primero debemos engañar a la muerte».



Los mastines del Caos

El grupo de hechiceras, brujas y forajidos estaba ubicado en el perímetro superior de la muralla interior de Marfilia, a un centenar de metros del palacio imperial, bajo una noche cerrada, llena de niebla espesa, en la que las estrellas no se veían por más que esforzaran la vista. Y como había pronosticado Arminia, el ataque final dio comienzo antes de que amaneciera.

Los primeros indicios se dieron en plena noche cerrada, cuando el humo se transformó en una nata irrespirable y se percibió que la tierra se estremecía, que el aire se llenaba de siniestros aullidos acercándose.

—¿Qué es eso? —preguntó Corsac.

Arminia se estremeció al reconocer aquellos aullidos que iban haciéndose más fieros, más furibundos. Lo mismo hicieron Darvinia y Prikana, que supieron de inmediato el horror que venía por todos ellos.

—Son los mastines del Caos, las bestias que lanzan para abrir brecha —contestó la archimaga mientras contemplaba el humo que no dejaba ver su acercamiento.

—¿Habías oído de ellos antes? —preguntó Farkina, con mirada expectante.

—Leí de esos monstruos, pero nunca he visto uno vivo.

—Pues ahí los tienes —señaló Kalisma—. Mitad jabalíes, mitad hienas.

Los defensores de la ciudad interior de Marfilia no pudieron hacer otra cosa que retroceder instintivamente. Aquellas bestias feroces, salidas de entre las llamas mismas, median sus buenos cinco metros de largo por cuatro de altura y, por lo que podía contarse, era una manada de unos cuatrocientos los que se lanzaban contra ellos a una velocidad impresionante. Sus hocicos babeaban de placer anticipado. Sus colas echaban chispas prendiendo todo a su paso.

—¡Van a saltar sobre nosotros! —advirtió un oficial en pleno pánico.

—Mantengan el perímetro. Todos los que tengan picas estén listos para atacarlos cuando caigan entre nosotros. Los demás prepárense para otras sorpresas, que los mastines no son lo único que nos tiene preparado el enemigo.

Las palabras de la archimaga casi pasaron inadvertidas cuando parvadas de enormes cuervos se lanzaron contra los defensores desde las alturas.

«Esta es la hora decisiva», pensó Arminia. «Aquí nos jugamos el todo por el todo».

Corsac se puso a su lado y le sonrió como si estuvieran a punto de empezar una aventura y no un duelo a muerte, lo que la hechicera le agradeció en silencio.

Ya los primeros mastines brincaban sobre las montañas de escombros y alcanzaban, merced a su extraordinaria agilidad, los parapetos defensivos, las almenas inferiores de la muralla interior. Kalisma dio la orden de lanzarles flechas y piedras y aceite hirviendo a los que todavía no llegaban hasta ellos, pero los que ya habían saltado no perdieron el tiempo y comenzaron su labor destructiva, desgarrando a los soldados que intentaban detenerlos, aplastando a los guardianes que trataban de herirlos con sus picas.

Por cada mastín derribado, decenas de defensores morían. Y lo mismo sucedía con los miles de buitres que caían a plomo aplastando a los defensores con su peso, hiriendo con sus largos picos a los soldados imperiales que les hacían frente. Pronto hubo grandes huecos en las fuerzas defensoras y nadie reemplazaba a los caídos.

La archimaga esperó a un mastín gris que saltó por encima de ella y usó su espada para eviscerarlo sin contemplaciones. La lucha era cruenta y la sangre cubría todo el suelo de los parapetos y los patios interiores.

Entonces, a lo lejos, sonó un cuerno.

Y la joven hechicera pudo atisbar lo que venía a completar la tarea de los mastines y de los buitres. De la cortina de fuego salieron los hombres yesca precedidos por los hombres lobo y los portadores de la flama hiriente.

—¡Aquí vienen! —gritó Kalisma y mandó traer las últimas reservas.

Unos pocos centenares de oficiales y soldados del imperio se alinearon junto a los restos mortales de sus compañeros masacrados, sobre charcos de sangre y nubes de moscas, entre los cuerpos irreconocibles de amigos y enemigos. Entre ellos se distinguía el comandante Ariosto, con un vendaje que le cubría toda la parte superior de la cabeza y que arengaba a su escasa tropa a no darse por vencida, a pelear por el honor de Antara.

Arminia lo vio de lejos y lo saludó con un gesto. El comandante devolvió el saludo con una sonrisa como nunca había visto la hechicera en las últimas semanas: la de un hombre que convertía una batalla perdida en una experiencia gratificante, en una fiesta del espíritu.

«Quizás tenga razón», intuyó la archimaga, «y combatir sea un baile de máscaras donde nadie es lo que aparenta, sino una versión más heroica de cada uno de nosotros». Pero cuando volvió a prestar atención a las fuerzas que avanzaban, la batalla por Marfilia le mostró su rostro verdadero. No un baile de damas y caballeros, sino una masacre al ritmo de su propia crueldad, con la cadencia de su propio furor.

De las alturas volaron centenares de brujas que atacaron a los hechiceros y a los hombres lobo por igual. Fue un espectáculo de luces de artificio, de rayos letales dando en el blanco en uno y otro bando.

La archimaga vio que las primeras filas de los hombres lobo retrocedían, que muchos de los hechiceros del Caos caían muertos. Pero de los centenares de brujas que participaron en aquella carga, apenas unas decenas regresaron

con vida. La mayoría de las hijas del páramo se refugió en la torre imperial, pero algunas aterrizaron en la muralla interior para seguir peleando al lado de los soldados y de Arminia.

Farkina fue una de ellas.

—¿Cómo estuvo allá?

La bruja le enseñó una pierna quemada desde el tobillo hasta casi la cintura.

—Son duros de matar, los servidores del fuego —dijo sin darles importancia a sus heridas.

La joven hechicera le enseñó los cuerpos yertos de los mastines.

—No sé cómo convierten a criaturas naturales en bestias homicidas.

—A través del dolor, supongo.

—¿Te quedarás con nosotros? —preguntó la archimaga.

—Por supuesto. ¿Para qué soy buena?

—Necesitamos magia curativa. ¿Puedes ayudarnos con eso? Tenemos a docenas de personas con miembros amputados, con heridas terribles.

—Me hago cargo —dijo sin pensarlo dos veces—. Nos vemos luego, hermosa.

En cuanto se fue, Kalisma miró los cuerpos de los mastines que estorbaban el paso en escaleras, patios, pasillos y torres. Arminia entendió el predicamento y lanzó un conjuro de fuego interno, que quemó los cuerpos en pocos minutos. En vez de montañas de carne macerada ahora solo había montones de cenizas.

—Gracias —dijo la comandante.

—Dame las malas noticias.

Kalisma se rio ante la perspicacia de la joven hechicera.

—Ya no tenemos refuerzos. Los soldados que ves son los que quedan. Yo calculo que hay en pie de lucha unos trescientos, cuatrocientos a lo sumo. Si contamos los que nos ayudan de un modo u otro, puede que lleguemos a quinientos. Son todos.

—No has contado a las brujas.

—Ochenta, cuando mucho. Tal vez cien.

—Se te olvidan dos hechiceras.

La comandante soltó la risa.

—Perdón, se me olvidaba. Bueno, eso es todo.

—¿Y la guardia palaciega?

—Cien más en el interior de la torre. Muchos están heridos y no queremos que estén en la primera fila. Si te gustan los números, puedes contar unos doscientos más entre ujieres, cocineras, recaderos, ayudantes, asistentes y consejeros. Al menos, por ser nuestro emperador viudo, no tenemos damas de compañía, pero apuesto que nuestra arma secreta son las cocineras, que saben usar como armas sus cuchillos y cazuelas.

La archimaga respiró profundamente mientras reía por lo bajo.

—Gracias por el humor. Lo necesitaba.

—Uno de mis maestros, en la escuela militar, me decía que uno debe morir con la sonrisa en los labios.

—Seguiré tu consejo.

—No es un consejo: son buenos modales.

Y ambas volvieron a prestar atención a las largas filas de hombres yesca que se agrupaban para atacar de nuevo.

—No creo que usen la misma táctica cuando regresen —dijo la comandante, aguzando la vista.

—Con el fuego tienen para mantenernos en vilo —contestó Arminia.

Y ambas se sostuvieron en sus posiciones, sin bajar la guardia, sabiendo que quedaba poco espacio para retroceder, poco tiempo para morir.



La magia de la agonía

Poco después del amanecer, el ataque final dio comienzo. Desde un silencio sepulcral, sin gritos ni amenazas, miles y miles de hombres yesca se lanzaron a tomar la muralla de la ciudadela interior. Detrás de ellos se alzaron los hechiceros del Caos mandando sus conjuros letales contra los escasos defensores, sus rayos de muerte contra cualquier ser vivo que se interpusiera en su camino. Los zeniestros aparecían por doquier; lanzaban golpes de magia oscura que mellaban las escasas filas de soldados de Marfilia. Kalisma, junto con los pocos oficiales que le quedaban, se lanzó a detenerlos. Fue una lucha desigual, donde la peor parte la recibieron los soldados del imperio. Incluso estando en desventaja, hicieron pagar caro a las fuerzas del Caos cada metro ganado. Por cada zeniestro destruido, por cada hombre yesca descabezado, los defensores sufrían pérdidas considerables. Y eso lo constataba el ejército del fuego, que los iba acorralando uno por uno.

La archimaga y Farkina, habiendo regresado a la primera fila del combate, detuvieron la magia oscura que caía sobre objetos y personas, pero también ellas se vieron en la necesidad de retroceder. No se trataba ya de ganar la

batalla, sino de no darle al enemigo la victoria que tanto anhelaba. Entre los escombros nada ni nadie estaba salvo. Garras y colmillos se abrieron paso por las filas de las últimas tropas imperiales.

La espada de la joven hechicera daba mandobles para evitar ser avasallada por el gran número de hombres de fuego. Por cada uno que eliminaba, otros tres aparecían para tomar su lugar y continuar su avance. Corsac hacía lo mismo: luchaba como un poseso sin darle tregua a cualquier hombre o engendro que se le pusiera enfrente. Iseke le cubría las espaldas mientras amontonaban a su alrededor decenas de invasores que habían probado el filo de sus armas.

Kalisma ordenó con su voz de mando que corrieran a refugiarse a la torre imperial, allí sería dada la última defensa. Algunos lograron entrar por el portón de hierro aún abierto.

Farkina se enzarzó con un hechicero del Caos en una lucha de voluntades mágicas, pero tuvo que escapar volando cuando otros siniestros la atacaron por todas direcciones, haciéndola sangrar por sus viejas y nuevas heridas. Apenas alcanzó, en un vuelo errático, una ventana de la torre, donde se introdujo al edificio, quedando imposibilitada de seguir luchando. Una de sus compañeras la llevó en brazos a la enfermería antes de que se desmayara. Mientras tanto, al nivel del suelo, Arminia siguió peleando al lado de la comandante, mientras Iseke y Corsac se llevaban a los heridos al interior de la torre.

—¡Vamos, hechicera, lárgate de aquí! —le dijo Kalisma, que ya estaba retrocediendo.

Darvinia apareció en el momento justo en que los hombres lobo las atacaban y rechazó a los invasores. En cuanto pudo, la señora de Cedrel les dijo que entraran al recinto. La archimaga y Kalisma la siguieron al interior de la torre, donde las tres se miraron entre sí y comprobaron que, a pesar de rasguños, quemaduras y golpes recibidos, estaban ilesas.

—Vayan con el emperador —les ordenó Darvinia—. Las necesita. ¡Ahora mismo!

La comandante y la archimaga obedecieron. Una lluvia de relámpagos cayó donde habían estado unos minutos antes. Por el rabillo del ojo, Arminia vio que los soldados imperiales, de golpe, cerraban el portón de entrada, clausurando cualquier ruta de escape. Ambas defensoras de Marfilia subieron por la escalera exterior de la torre para contemplar mejor el campo de batalla. Pero lo que vieron las dejó petrificadas: un hombre de fuego crecía a menos de cien metros de distancia. A cada instante aumentaba en altura y corpulencia.

—¿Qué es eso? —inquirió la comandante con voz trémula.

Arminia lo reconoció de inmediato.

—Eso es Evector, la fuerza del Caos, el señor de las llamas. Ha venido en persona para inclinar la balanza en favor de su ejército, para regodearse con nuestra derrota, para gozar con nuestra muerte.

—¿Qué pretende hacer esa abominación? —quiso saber Kalisma.

—Destruirlo todo de una vez. Destruirnos a todos de un solo golpe.

Aquel mago aumentaba de tamaño y ya alcanzaba la mitad de la altura de la torre.

—¿Qué magia es esa?

—La magia de la agonía. Cuando alcance el doble del tamaño que ahora tiene va a explotar en una bola de fuego que arrasará con esta torre.

Kalisma no podía quitarle la vista de encima, el horror la maniataba. La archimaga sacudió el hombro de la comandante y puso su espada ensangrentada en sus manos.

—Esto ya no me sirve para semejante atrocidad.

—¿Qué magia piensas usar? —le preguntó Darvinia, que volvía con el resto de las brujas que aún eran capaces de luchar.

—Ninguna de las mías —respondió la joven hechicera.

Y saltó de la torre al vacío, sin mirar atrás.



La lucha final

La archimaga cayó entre el cascajo ardiente y los cadáveres de amigos y enemigos. Pero ninguno de los hombres yesca ni de los hombres lobo le prestó atención. Todos los servidores del Caos solo tenían ojos para su amo, el hechicero en llamas, la deidad que iba creciendo para quemarlo todo con su sola presencia. Ya no era, para ellos, el tiempo de la lucha sino el tiempo de la contemplación. El triunfo estaba decidido y lo único que aguardaban era su cumplimiento final.

La hechicera aprovechó ese descuido para atravesar las filas de las huestes del fuego y tratar de alcanzar aquel poder absoluto. Cuando lo vio a su alcance le lanzó su cuchillo de hueso negro, pero este se derritió al contacto con las llamas y no distrajo al hechicero gigantesco que iluminaba el horizonte como un nuevo sol. Evector crecía en llamaradas, en fuego interno, en deseos de cumplir con su venganza.

Aquel engendro abrió los brazos a punto de explotar y, por instinto, Arminia cerró los ojos para no ver la explosión que la mataría en un instante.

La trepidación la llevó a sostenerse en un muro semiderruido; sintió las primeras llamaradas lamer su rostro; y entonces la explosión llegó, aplastándola contra el muro.

Pero no hubo fuego que la quemara, magia que la destruyera. La archimaga abrió los ojos y lo que vio no tuvo sentido para ella. El hechicero había explotado y, sin embargo, su fuego permanecía estático mientras los fragmentos de su cuerpo se dispersaban en todas direcciones. El rostro fragmentado de su oponente mostraba estupor y sorpresa. En ese instante todos los fragmentos en expansión volvieron al interior de aquel gigante e implosionaron, convirtiéndolo en una bola diminuta de rescoldos y cenizas.

Y de esa forma, al destruirse el gran mago, muchos de sus sirvientes, en especial los zeniestros más cercanos a la explosión, se hicieron humo. A lo lejos, en la ribera del río Tamar, algunos miles de hombres lobo y hombres yesca se sacudían, se estremecían. Al disolverse la magia de su amo, al esfumarse el poder que Evector ejercía sobre ellos, se liberaban de sus cadenas de obediencia. Atónitos, se contemplaban unos a otros sin entender qué hacían entre aquellas tierras quemadas. Muchos aún sostenían sus armas, pero la mayoría las dejó caer y se fue retirando, en tumulto, con miradas desorbitadas, con gestos de confusión.

La joven hechicera miró al cielo, pensando que eran los habitantes del reino de las nubes los que habían llevado a cabo esa magia prodigiosa. Pero el cielo era una nata cenicienta apenas desvaneciéndose.

«Debieron de ser las brujas», pensó. Pero no vio ninguna volando en las alturas.

—¿Qué tanto buscas, hermana?

La voz le era conocida, pero sonaba extraña a sus oídos.

Volteó a ver el lugar de donde procedía y se topó con una mujer que titilaba: parecía una niña y, al mismo tiempo, una anciana.

—Te conozco —dijo, dudosa.

—Me conociste. Me conocerás. El tiempo no es y siempre es.

—No más adivinanzas, por favor —pidió la hechicera.

La figura dejó de titilar y se mostró tal cual era. La archimaga no pudo evitar un grito de sorpresa.

—¡Arlinda!

La muchacha puso su mano en la frente de la joven hechicera.

—Cálmate, hermana.

Pero Arminia empezó a llorar.

Todo a su derredor olía a muerte. Todo lo que la rodeaba eran cadáveres retorcidos, cuerpos carbonizados, escombros ardiendo, cascajo humeante.

—Yo luché para evitar todo esto —farfulló—. Por más que quise no pude salvarlos. ¿Por qué no llegaste antes?

Arlinda bajó la cabeza, avergonzada.

—Al menos alcancé a salvarte —dijo.

La archimaga se recompuso como pudo.

—Disculpa mi exabrupto. No tengo motivos de queja contigo. Es a mí misma a quien culpo de no haber estado a la altura de este desafío, de esta amenaza.

Arlinda la abrazó con cuidado, como si la hechicera fuera alguien que estaba más allá de cualquier consuelo, pero no más allá de su propia salvación.

—No subestimes tu contribución a esta batalla, archimaga. Sin tu tesón, sin tu enjundia habrían perdido el combate hace días. Me diste tiempo para aprender quién era yo y cuáles eran mis gracias, mi lugar en Zarabanda, mi servicio por hacer. Me diste tiempo para crecer en mí misma y comprender contra qué nos enfrentamos. Gracias por nunca darte por vencida, por nunca esquivar la pelea, por ser fuerte cuando no quedaba esperanza.

Arminia se quitó las lágrimas que le corrían por las mejillas y luego contempló a la muchacha que ya era una mujer hecha y derecha.

—¿Qué aprendiste en las lejanías del mundo? ¿Qué magia ahora es la tuya?

La sobrina de Sampalio se rio ante aquella insobornable curiosidad de la hechicera.

—Lo que es mío ahora es de todos —susurró—. Traigo para tu hermandad la magia de la creación, la fuerza de Zarabanda.

—¿Fue con ellas, con su magia y su fuerza, que lograste destruir a Evector? —quiso saber la archimaga.

—Yo solo revertí su conjuro. El odio que guardaba lo usé contra él mismo. Yo no destruí a Evector: fue su furia la que hizo el trabajo, la que lo detuvo para siempre.

—Como haya sido, hermana, gracias de nuevo.

—Ahora soy algo más que una magia —intentó explicarle Arlinda—. En Itoret aprendí mi verdadero destino… pero eso puede esperar. Lo que debes saber es que esto no es el fin de la guerra, que el sufrimiento de nuestro mundo va a seguir hasta que logremos descifrar lo que lo devora por dentro. Como ya sabes, lo que llamamos el Caos es solo un proceso que no podemos equilibrar si antes no sabemos de dónde procede, cuáles son sus intenciones.

Ambas siguieron abrazadas, sin deseos de separarse.

—Soy toda oídos, hermana —le susurró la joven hechicera—, pero hemos perdido tanto, hemos perdido a tantos.

Y Arlinda, abrazándola con más fuerza, le cantó la canción de su infancia que más le gustaba.

Sin ti qué sombra yo sería
Sin ti cuánta luz me perdería
Sin ti cuánta vida ignoraría
Cuántos gozos me perdería

—Llora por tus pérdidas como yo lo hago por las mías, archimaga. Que nuestras lágrimas limpien el mundo, que lo hagan reverdecer.

Y allí se quedaron, en medio de las ruinas, llorando para sí y para todos.

PARTE 4

LAS LEJANÍAS

Zarabanda
es un enigma
que nunca resolvemos.
Nos atrae por los misterios
que esconde, por los portentos que
contiene. Cuando volamos por sus cielos
todo parece estar a nuestro alcance: sus
horizontes más extraños, sus lugares más
sorprendentes. Atrevámonos a ir hasta sus
rincones más remotos y apartados. Descubramos
en ellos las maravillas que nos aguardan,
los monstruos que nos esperan. Que así somos
nosotras desde el nacimiento a la muerte:
curiosas, temerarias, inquietas siempre.

Prikana Izzal
Lecciones para brujas principiantes



Peripecias en el fin del mundo

La luz entraba a plenitud por los ventanales rotos de la casa de salud, un hospital improvisado en la fortaleza interior de Marfilia, a unos cuantos pasos de la torre imperial. Arlinda buscó a su tío y lo encontró atendiendo a los heridos más graves, Y aunque portaba un mandil ensangrentado y mostraba cara de fatiga, Sampalio se alegró mucho de ver a su sobrina sana y a salvo. Pero su preocupación primordial era otra.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde anda? ¿Llegó contigo? —la atosigó con preguntas mientras se lavaba las manos para proceder a una nueva ronda de curaciones.

—No, tío. Quiero contarte lo que vivimos, él y yo, en Itoret.

El herborista mostró cara de preocupación.

—¿Vivimos? ¿Está vivo? ¿No le ha pasado nada?

—Está vivo. Pero será mejor que cuando termines aquí con tus deberes, me busques en la torre donde reside el emperador, porque quiero contarles a todos las peripecias en que Yosef y yo participamos por distantes tierras. ¿Te parece?

—Claro que sí. En media hora a más tardar estaré con ustedes.

—No empezaré a contar nuestras aventuras hasta que tú estés presente, tío. Te lo prometo.

Y ambos se abrazaron largamente.

Arlinda caminó por la ciudadela de Marfilia con pasos lentos. En su rostro había una determinación que la mostraba más adulta, menos despreocupada que en sus días en Vejestorio, cuando apenas era una bruja principiante, una aprendiz de conjuros.

«Todo esto ha pasado tan rápido», pensó. «Hace unas semanas era solo una joven con preocupaciones pueblerinas, una alumna solitaria de la que todos se burlaban, el blanco de la ira de mis compañeros de escuela porque no era como ellos, porque no me comportaba como ellos. Ahora soy otra. Ya no la muchacha que vivía a la sombra de la magia, sino la hija pródiga que ha vuelto a su verdadero hogar, al corazón más profundo de este mundo. ¿Cómo he de explicar las transformaciones que he sufrido, los cambios irreversibles que soy ahora?».

Se detuvo frente a la torre imperial, medio quemada y medio derruida por las explosiones de la batalla a las que ella misma había dado fin.

Suspiró una vez más y miró hacia el cielo.

Los ejércitos de Caos se estaban desbandando, pero el humo de sus incendios aún no terminaba de disiparse. Marfilia no era, en ese momento, la ciudad de los mármoles blancos sino la urbe de las casas cenicientas, de los edificios caídos, del polvo asfixiante.

Unos momentos más tarde ya estaba en el umbral de la sala de los estrategas y vio ante sí a los guardias palaciegos que protegían su entrada.

Ninguno la detuvo.

En el interior de la sala no había multitudes. En ella solo estaban el emperador de Antara, Arminia, Corsac, Darvinia, Kalisma y dos soldados imperiales.

Soroj Tercero, en cuanto la vio, fue a saludarla.

—No sé qué hiciste, jovencita, pero me han informado que gracias a ti no perdimos esta batalla.

—Yo solo cumplí mi promesa de proteger a los seres vivos de la destrucción que los amenazaba, majestad.

El emperador la miró con cuidado.

—Tu respuesta me reconforta y me deja con muchas dudas.

—Me lo imagino. En cuanto llegue mi tío, Sampalio, les contaré mi periplo por las comarcas extremas. Mientras tanto solo diré que la amenaza de las hordas del Caos sigue latente, que aún pueden infligir mucho daño a Zarabanda si no las atajamos de una vez y para siempre.

Los presentes se miraron entre sí.

—¿Qué has sabido de los ciudadanos de Marfilia que fueron sacados de aquí por los habitantes del reino de las nubes?

Quien preguntaba era Kalisma.

—No mucho. Solo sé que los cuidaban en las alturas y esperaban que, una vez terminadas las hostilidades, los devolvieran en aquellas partes del mundo no tocadas por la devastación de la guerra.

Corsac se acercó a Arlinda con un vaso de agua turbia.

—Toma —le dijo—. Has de estar sedienta.

—Gracias —respondió la recién llegada, y al momento de tocar el vaso su agua se volvió transparente.

—¿Y qué pasó con Yosef?

Ahora era Arminia la que preguntaba.

—Su destino está emparentado con el mío, pero no coman ansias. Pronto podré contarles todo lo que sé.

Y miró hacia la puerta cerrada, esperando que en cualquier momento se abriera dando paso a su tío.

Y entonces se abrió, pero en vez de Sampalio quienes aparecieron fueron Iseke y Prikana. La archimaga de inmediato preguntó por la salud de Farkina.

—No te preocupes. Nuestra joven bruja ha salido de peores condiciones en su vida. Se está restableciendo y te manda besos y saludos.

La hechicera no dijo nada, pero en sus ojos hubo un brillo de agradecimiento.

—Pero hemos tenido muchas bajas —agregó, con pesadumbre, Prikana—. Entre ellas están Izzilna y Ludieta, brujas magníficas, amigas entrañables.

—Lo mismo decimos —agregó Kalisma—. Muchos oficiales de primera, como el coronel Ariosto, murieron en su puesto de combate. Y miles de soldados imperiales dieron su vida por detener al Caos. Ahora que las cenizas se asienten, podremos valorar las pérdidas que los distintos defensores de Marfilia hemos sufrido. Son muchas y son terribles.

Nadie de los presentes quiso añadir más ejemplos de semejante verdad.

Iseke, por su parte, miró a Arlinda con orgullo.

—Ya no eres la chiquilla que conocí —afirmó—. Ahora eres algo más grande. Más poderoso.

—¿Una mujer hecha y derecha? —le reviró la muchacha.

—No. Algo como un archimaga. Veo poderes en ti que desconozco.

Arminia contempló a la sobrina de Sampalio y estuvo de acuerdo.

—Gracias a tu banda de ladrones por pelear por Marfilia, por morir defendiéndola —dijo.

Iseke y la hechicera suprema se miraron entre sí mientras un trazo de dolor cubría sus miradas.

—Ya ves que los forajidos somos gente de honor y sabemos cumplir con nuestra palabra.

Arminia sonrió ante sus afirmaciones.

—Lo sé, Iseke. Todos hemos sido testigos de tu honorabilidad, de tu valor. Y por eso pronto, si así lo aceptas, me tatuaré una estrella como la que tú y tus hombres ostentan. Yo también quiero ser parte de tu hermandad, si me lo permites.

—Será un honor que seas bandolera como nosotros, archimaga.

El emperador carraspeó.

—Veo que también a los ladrones y salteadores les debemos que Marfilia siga en pie. De mi parte, quiero agradecerles la valentía de todos ustedes. Lucharon magníficamente.

—¿Cómo están tus hombres? —preguntó Arlinda a Iseke.

El jefe de los forajidos lanzó un hondo suspiro.

—Pocos quedan vivos y la mayoría están gravemente heridos, pero Sampalio y los hechizos curativos han sido una gran ayuda para restablecerlos. Gracias por preguntar. En cuanto acabe esta reunión volveré con ellos.

—Y yo te acompañaré —dijo Arminia.

El emperador pidió a todos que se acomodaran donde quisieran. Las antiguas jerarquías eran cosa del pasado y nadie se preocupaba por protocolos y ceremoniales, por quién debía presidir la mesa o hablar primero.

Darvinia observó el tapiz que cubría una de las paredes de la sala de los estrategas.

—Ese mapa de Zarabanda es muy antiguo —dijo señalándolo.

—Como todos nosotros —se quejó Soroj Tercero.

Prikana tosió un par de veces.

—La guerra ha terminado, pero quedan sus secuelas —aseveró—. Este humo me escuece los ojos, me irrita la garganta.

Todos coincidieron en que así era.

La puerta volvió a abrirse y esta vez, para alivio de Arlinda, apareció Sampalio.

En esta ocasión, la muchacha pudo ver el precio que su tío había pagado al no moverse de la sala de curaciones, y por haber atendido a los heridos durante la batalla. Estaba más pálido que nunca y en su mirada el cansancio hacía mella.

—¿Qué puedes decirme de los pacientes a tu cargo? —inquirió Soroj Tercero.

—Hemos atendido a centenares y puedo decir que pocos han muerto, pero muchos quedarán mutilados, majestad. Y la mayoría sufrirá heridas por quemaduras que los afectarán por el resto de su vida. Fuera de eso, he de solicitar más vendas, ungüentos, pociones para el dolor y cuchillos de un solo filo para incisiones profundas, pues los materiales que rescatara la archimaga ya se agotaron. Y las curaciones por quemaduras implican que se cambien los vendajes día a día si no queremos que las infecciones aparezcan.

El emperador indicó a uno de los soldados que fuera al almacén imperial y que llevara todos los medicamentos que en este hubiera a la sala de las curaciones.

—Es lo último que queda —le dijo al herborista.

Sampalio agradeció la ayuda.

—Me haré cargo de que el material médico se distribuya a los más necesitados.

Arminia volteó a ver a Arlinda.

—¿Quieres empezar? —le preguntó.

La muchacha cerró los ojos por un instante.

—Es una historia que les parecerá rara —dijo.

—No importa —respondió Prikana—. Lo raro es pariente de todos nosotros.



Las peticiones de Itoret

Nadie dijo nada por un minuto. Las miradas estaban fijas en Arlinda, que se veía incómoda, nerviosa, incapaz de decidirse a comenzar. Al ver esto, la archimaga tomó la iniciativa.

—Cuando te conocí en aquel faro, me di cuenta de que si Yosef era la joya de los vientos y si tú eras la rosa de las transfiguraciones, entonces ambos formaban parte de una antiquísima leyenda, bueno, más bien profecía, la de las almas gemelas, la que señala que, en el fin de los tiempos, estos dos personajes servirán para unir lo caótico y lo ordenado para que no se destruyan mutuamente, para que no se aniquilen. O al menos eso es lo que los intérpretes de mi hermandad decían que ocurriría. Cuando te veo ahora, me percato de que no es cosa fácil representar esas fuerzas, vivir bajo tal mandamiento. Así que no tienes que convencernos de lo que eres. O no eres. Solo cuéntanos lo que has vivido desde que nos separamos y, por amor a Sampalio, dile qué ha pasado con su hijo y cómo puede volver a encontrarlo para que se sosiegue de una vez.

Arlinda respiró profundamente y miró a todos los que estaban a su alrededor.

—Fuimos a buscar un sitio donde el tiempo y el espacio no actúan como en el resto de Zarabanda.

—Fueron a Itoret, la roca del principio —dijo Prikana.

—Exacto. Fuimos a Itoret. Nos llevó un remolino que nos condujo hasta sus dominios, en el otro extremo del mundo, en un lugar que no es lugar, sino la suma de los recuerdos de Zarabanda, desde que fuera creada por el Caos hasta que tomara forma y ritmo por las fuerzas del Orden.

—¿Es un sitio habitable para nosotros? —quiso saber Darvinia.

—No. Es un sitio hostil a la vida porque contiene vida de otro tipo: la de los muertos, la de la memoria que todo lo sabe y nada ignora.

—Parece que hablaras de un ser y no de un espacio geográfico —dijo Arminia.

Arlinda asintió.

—Tienes razón. Itoret no es un paisaje, sino un lugar que piensa por sí mismo y que siempre está creciendo con cada ser que en nuestro mundo muere. Itoret se alimenta de remembranzas y por eso no quiere que Zarabanda acabe porque, si así fuera, se acabarían los recuerdos. Su hambre es, como pueden ver, el hambre de la memoria. Vive de lo que ya sabe y de lo que quiere saber.

—Y si estos recuerdos terminan, ya no podrá alimentarse de nuevo.

Era la voz de Prikana, veraz, contundente.

—Así es. Necesita tanto los recuerdos acumulados a lo largo de la historia como los que la vida ofrece en su faena diaria. Cuando Yosef y yo llegamos veníamos con prisa, queriendo poner todas las cartas sobre la mesa, invocando, suplicando, conjurando para que pudiéramos recibir una respuesta a nuestros ruegos, para que la salvación de nuestro mundo fuera un hechizo o una magia nueva. Pero Itoret no funciona así.

—¿Qué le pidieron en realidad? —inquirió el emperador.

—Solo que nos diera algún conjuro que impidiera el triunfo del fuego. Pensábamos que Itoret tenía tanto que perder como nosotros si las hordas del Caos triunfaban.

—Pero Itoret tenía otras ideas, supongo.

La muchacha miró a Corsac.

—Cuando finalmente nos respondió, lo hizo con una petición por demás desconcertante: quería que viéramos con él una serie de recuerdos que lo molestaban. Aceptamos creyendo que favor con favor se paga. Pero no fue ver, sino vivir esos recuerdos como si nosotros fuéramos sus verdaderos protagonistas.

—Una magia muy vieja y muy poderosa la de revivir el pasado —dijo Prikana, estremeciéndose.

—¿Cuántos recuerdos los hizo revivir? —preguntó Corsac.

—Solo tres, pero todos dolorosos.

—No tienes que repetir el dolor que te causaron —dijo Sampalio.

—No me queda otra —señaló la nueva deidad—. Sin eso no comprenderán la decisión que al final Yosef y yo tomamos.

Y en ese instante, Arminia la contempló como la muchacha que Arlinda seguía siendo. «¿Cuántos años tiene en realidad? ¿Trece, catorce? Ahora la veo con todas sus vacilaciones y titubeos: un diosa tan dulce, tan poderosa, tan frágil».



El primer recuerdo

No había luz ni formas. Todo era borroso, todo era oscuro. Pero algo dentro de esas tinieblas se movía. Algo trataba de salir a la superficie y hacerse visible. El tiempo transcurrió de una forma vertiginosa: mil años fue un parpadeo, un millón, un suspiro. No había sonido en aquellos forcejeos. Y cuando el tiempo ya era un bólido, todo se detuvo y una opacidad salió de la oscuridad, se abrió paso entre sus tinieblas, se hizo una sombra que poco a poco se convirtió en un ser que nadaba en ese mar infinito de negrura. Y asiéndose de la luz pudo escapar hacia más allá de ese mar turbio. La criatura no tenía nombre, ni sentido de sí misma. Carecía de rasgos distinguibles. Era un contorno, una silueta, un esbozo. Era algo que se movía por el vacío e iba emitiendo un sonido que iba modulándose hasta que se volvió una melodía; de esa melodía nacieron las primeras estrellas, luego los planetas y luego todas las galaxias que en la noche podemos ver como pequeñas nubes. Las melodías volvieron a este ser y crearon un rostro para él. Y así pudo tener ojos y boca y pudo oírse a sí mismo, y de esa forma se puso a cantar. El suyo era un canto cósmico, universal, que expandió el espacio y lo puso en movimiento. Esa criatura era Laj, el que canta las formas del mundo, el que crea lo que no existe, pero que vendrá. Solo que entre sus canciones nació otro ser: Ajl, el contrapunto, el estruendo, el ruido. Y con él se crearon las formas del conflicto, del choque, del enfrentamiento. Desde entonces, Laj y Ajl siguen su camino tratando de

reparar lo que el otro hace, buscando que el caos se ordene y que el orden se libere. En realidad, ambos dialogan de esa manera y, al hacerlo, van entendiendo lo que el otro crea, lo que el otro impulsa de cara a la eternidad.

—¿Quién te contó esa historia? —quiso saber Darvinia.

—Me la contó Itoret —contestó Arlinda.

—Y este Itoret, ¿qué es de estos dos creadores de cosmos? —inquirió Prikana.

La muchacha respondió enseguida.

—Es el puente que une ambas creaciones. La única vía de comunicación que sigue en pie para este par de deidades. Es el sonido y el silencio. La luz y la negrura. La plenitud y el vacío.

—Eso fue el primer recuerdo y, por lo que veo, es la historia de cómo se fundó nuestro universo y de las fuerzas que lo mueven —dijo Arminia.

—Más bien de las fuerzas que pugnan por dominarlo —agregó el emperador.

Arlinda continuó con su relato.

—Por mucho tiempo ambos dioses, para llamarlos de alguna manera, conversaron sin fijarse en lo que sucedía con sus creaciones, como si todo fuera un juego donde solo ellos importaran, mientras cultivaban la Vida y cosechaban la Muerte. Pero un día apareció Nassima, una mujer de Zarabanda, y les gritó que ya estaba cansada de sus juegos, que ellos no veían el dolor que causaban con tantas vidas que eran creadas, ordenadas, enfrentadas y destruidas. Les dijo que ellos eran crueles y despiadados porque habían creado la vida y luego la habían hecho pedazos, pero lo peor es que todo lo creado, al desaparecer, se olvidaba. Nadie recordaba lo que ocurrió antes, porque el tiempo era solo tiempo presente. Así que Laj y Ajl pensaron en lo que les había dicho una de sus criaturas más insignificantes y le dieron la razón. De esa manera crearon la Memoria, que sería el contrapeso de la Muerte. Pero la memoria fue su peor error, porque sus criaturas ahora recordaban el pasado y el pasado les hacía cambiar sus actos de cara al porvenir. Y los seres de

Zarabanda fueron los primeros en recordar lo que eran y eso les dio ánimos para levantarse contra ambos dioses y así los expulsaron, después de miles de años, de este cosmos, de este universo.

—Y así todos fueron felices para siempre —dijo Corsac.

Arlinda se rio sin poderlo evitar.

—No, no fue de ese modo. Lo que sucedió es que otras deidades habían ya decidido tomar el lugar que los dioses originales habían dejado al ser expulsados de Zarabanda. Y esas deidades fueron la Muerte y la Memoria. Pero ahora no había un puente entre ellas. Solo quedaba Itoret, un espacio a la deriva, un tiempo sin rumbo, mientras el Caos se iba apoderando del mundo y lo maniataba en sus ciclos de destrucción, en sus episodios de fuego.

Arminia sonrió al entender el dilema que les presentaba la muchacha.

—Y al verlos llegar a sus dominios, Itoret les propuso su plan.

Arlinda se sorprendió ante la sagacidad de la hechicera.

—Así es. ¿Cómo lo adivinaste?

—Porque los dioses son como nosotros: por algo nos crearon a su imagen y semejanza. Quieren volver a comunicarse con nosotras, sus criaturas; quieren intervenir en nuestros asuntos. Como pudimos verlo con el engendro del faro, que quería entrar a nuestro mundo. Zarabanda sigue siendo un fruto apetitoso para los monstruos que existen, inmemoriales, voraces, tras el velo de la realidad.

—Me estoy perdiendo en todo este embrollo —dijo el emperador.

Darvinia respondió por los demás.

—Lo que nos ha contado Arlinda es que Itoret le propuso que ella fuera la nueva diosa del mundo de ahora. ¿O me equivoco?

—No, no te equivocas.

—¿Y aceptaste? —preguntó Sampalio.

—Y acepté —respondió.

—Y a Yosef, ¿qué le pidieron?

La mirada de Arlinda mostraba su dolor al contestar.

—Tuvimos que elegir entre la Memoria y la Muerte, tío.

La archimaga no se resistió y fue a abrazarla.

—Y tú escogiste la Muerte, ¿verdad, muchacha?



El segundo recuerdo

—¿La Muerte? ¿Cómo puedes ser tú la Muerte? —preguntó el herborista, indignado.

—Tío, compréndelo. O era eso o el mundo seguiría bajo el viejo juego de la creación y la destrucción. Eso ya no podía seguir. Yo no iba a permitir que continuara. Zarabanda merece otra forma de evolucionar sin repetirse: hacia el futuro, hacia lo novedoso, hacia lo incierto.

Prikana se acercó a la muchacha y la observó con cuidado.

—¿Qué clase de Muerte serás? ¿La misericordiosa o la severa? ¿La justa o la hambrienta?

—Seré el último recurso, la última piedad. Te lo prometo.

—Te creo —dijo la archibruja.

—Después de que Yosef y yo tomamos esta decisión, Itoret nos hizo ver otro recuerdo: en alguna parte de Zarabanda, hace milenios, una niña nació diferente a las demás. Tartamudeaba y los otros niños se burlaban de ella. Lo que ella no sabía es que no necesitaba hablar bien para obtener lo que quería. Su mirada era su poder. Ella fue la primera hechicera, la primera bruja, la primera curandera.

—¿Cuál era su nombre? —quiso saber Darvinia.

—Mareta, hija de las lejanías. Cuando en su pueblo descubrieron sus poderes, en vez de apoyarla le temieron. Por eso fue expulsada de su comunidad. Incluso su familia le ordenó que se marchara porque entonces, como aún sigue siéndolo en nuestros tiempos, la magia era una mancha, un desprestigio para la gente que la portaba. Mareta se fue a las montañas nevadas y en ellas hizo su casa, su campo de entrenamiento, su morada protectora. Porque muchos cazadores y guerreros, creyendo que ella era la causante de sus percances, fueron a matarla sin que ninguno regresara de su intento. Hasta que un joven, Sustak, fue y le pidió que le enseñara a ser brujo y ella, viendo que de verdad tenía talento, le enseñó todo lo que sabía, todos sus hechizos y conjuros. Solo que Sustak los usó para adquirir poder y riquezas, para convertirse en un rey mago. Sustak hizo tanto daño a la gente de Zarabanda que Mareta tuvo que dejar sus queridas montañas y volver a las ciudades para luchar contra él, para demostrar que la magia no era para doblegar voluntades, sino para curar a las personas. Pero muchos seguían a Sustak porque ellos también querían ser poderosos, y Mareta solo pudo convencer a unos cuantos muchachos y muchachas de talento para que usaran sus magias en bien de la humanidad y no para sojuzgarla. Al ver que nada podía hacer ante magos tan ambiciosos, se retiró a sus montañas nevadas y se hizo maestra de aquellos que veían los hechizos como un acto de bondad y no como un peldaño para alcanzar el poder. Pero Sustak, soberbio como era, no podía dejarla viva y fue él en persona a destruirla. Cuando acabó su enfrentamiento, Sustak estaba muerto y Mareta apenas podía ponerse en pie. Murió poco después. De ella proviene la Hermandad de los Magos y Hechiceras, la Casa Soberana de las brujas y la comunidad de los Herbalistas. Cada uno fundado por alguno de sus discípulos. Pero muchos magos siguieron la senda de Sustak y de ellos vienen los que trabajan, embozados, por crear de nuevo una era de Caos donde solo los magos rijan el mundo, donde solo ellos dominen la tierra.

—¿Y cuál es la moraleja de todo esto? —inquirió Soroj Tercero.

Arlinda observó a cada uno de los presentes.

—Que la magia es un problema y, a la vez, una solución.

—¿Quieres que juremos que jamás anhelaremos el poder? —arguyó Prikana.

—De nada serviría. El poder es una dolencia; nadie está exento de contraerla. Lo que Itoret nos presentó fue una opción.

Arminia frunció el ceño.

—¿Pretendes que dejemos la magia? —preguntó entre asustada y furiosa.

—No. ¡Por supuesto que no! Lo que quiere es que el poder quede en manos de la gente común y corriente y que nosotros solo sirvamos como guías. Que no usemos nuestros poderes, nada más en casos excepcionales, de vida o muerte.

—Cuando dices poderes, ¿te refieres a hechizos y conjuros, a volar, por ejemplo? —indagó Prikana con un tono de indignación en sus palabras.

—Tampoco. Lo que quiere es que no tomemos ventaja frente a la gente que no tiene poderes, sino… espadas y escudos y ballestas.

—Aceptado —dijo Arminia—. No impondremos a nadie nuestra voluntad, pero velaremos por que se nos respete por lo que somos: personas diferentes al resto de la humanidad. No deseo ver que se nos persiga por hacer magia, y eso va para todos los reinos de Zarabanda. No volverá a haber persecuciones contra magos y brujas y hechiceras y criaturas que no sean humanas. Si es así el trato, lo acepto.

El emperador asintió ante aquella resolución.

—Estoy de acuerdo.

—En los dominios del imperio estoy segura de que no se nos atacará, pero ¿qué decir de reinos como Karnak o Mitra? —inquirió Prikana.

La archimaga contestó sin pensarlo demasiado.

—Habrá que establecer una sociedad de reinos e imperios que unifique las leyes para que se respete la dignidad de todos, humanos y criaturas de toda clase, gente sin poderes y gente con talentos mágicos. Debemos llamar a todos los representantes de este mundo a que vengan a Marfilia para ponernos de acuerdo.

—No creo que sea el lugar adecuado —dijo Corsac—. Al menos no en los próximos meses.

—Sí —estuvo de acuerdo Soroj Tercero—. No estamos en posibilidad de ser anfitriones de semejante encuentro.

Arminia carraspeó para centrar la discusión.

—Se lo podríamos pedir al reino de las nubes. Sería un magnífico panorama estar allí, contemplando a Zarabanda desde las alturas, verla como un solo mundo que está en nosotros cuidar y proteger. Eso nos daría una pizca de humildad a la hora de las discusiones entre las diferentes especies que habitamos este mundo, nos enseñaría que hay que respetarnos entre todos si queremos proteger a Zarabanda en los años venideros. Somos, si dejamos atrás nuestras diferencias, habitantes de una misma casa, de un mismo hogar.

Todos los presentes sonrieron ante aquella propuesta, menos Sampalio.

—¡Pobres orlavas! —exclamó—. No saben lo que les espera.



El tercer recuerdo

—Falta un recuerdo, ¿no es cierto?

La pregunta de Kalisma hizo titubear a Arlinda.

—Sí, falta uno. El más problemático, creo.

La muchacha se retorció las manos antes de comenzar, pero su tío, al verla tan nerviosa, le pidió que mejor contara lo que vivieron Yosef y ella cuando las fuerzas del Caos llegaron a Vejestorio, su aldea, y lo que tuvieron que hacer para sobrevivir en su huida.

—Fue sorpresivo su ataque y si no fuera porque hay un santuario en Vejestorio, el de nuestra familia, ahora mismo no quedaría nadie con vida. Aquí también existe uno, ¿verdad, tío?

—Los hay, pero fueron insuficientes para albergar a toda la población más los miles y miles de refugiados. Por eso los seres del reino de las nubes nos ayudaron a sacarlos de Marfilia y llevarlos fuera del campo de batalla. Pero en los pueblos desperdigados de toda Zarabanda los santuarios han servido como lugares para escapar de la muerte.

El emperador se sonrojó.

—Un sistema eficaz, ya veo. Y creado y administrado por la propia población de cada aldea. Me alegra que ninguno de nuestros administradores y burócratas les haya puesto obstáculos.

—Porque nunca se los dijimos —susurró Arlinda—. En todo caso, Yosef y yo tuvimos que huir, y al principio creímos, tontos de nosotros, que habíamos escapado del ejército de fuego, pero pronto vimos que era a nosotros a quienes las llamas perseguían. Algo importante debíamos tener para que nos rastrearan con tanto encono, para que una parte de sus huestes fueran tras de nosotros dos. Y en el camino fuimos aprendiendo, a través de sueños y visiones, por medio de actos desesperados, que mi primo y yo teníamos un destino por cumplir, un deber. En el río Osterde casi nos alcanzaron y, aunque Iseke y sus hombres ya para entonces nos acompañaban, estuvimos a punto de morir. Fue allí donde las criaturas del reino de las nubes vinieron a nuestro rescate y nos transportaron al país de las alturas. Yo les pedí que lucharan junto a nosotros contra las fuerzas del Caos, pero no aceptaron. Así que les pedimos que nos llevaran al faro del fin del tiempo, porque pensamos que en él encontraríamos respuestas a nuestras dudas, tendríamos una explicación sobre lo que a continuación debíamos hacer.

—Y en ese faro conocieron a Bern, el autómata —señaló Sampalio.

—Él sabía quiénes éramos, pero más importante aún: sabía en lo que podíamos convertirnos.

—Entonces llegamos nosotros —dijo la archimaga.

—Y cada quien tomó su camino —añadió Corsac.

—Yo… nosotros dos, Yosef y yo, fuimos a Itoret y en ese lugar-tiempo nos convertimos en algo más que los dos muchachos que éramos. Era como un destino que nos esperaba, una intuición cumpliéndose. Pero no somos dioses a la antigua, sino deidades que actuamos en consonancia con los deseos de Zarabanda, la verdadera diosa que es el mundo entero. Y allí Itoret nos presentó el tercero y último recuerdo.

—El del día que se hizo noche —la interrumpió Prikana.

—¿Cómo lo supiste? —Arlinda se sorprendió.

—Era obvio: tu primer recuerdo es un relato de creación del cosmos. El segundo es una historia de la evolución conflictiva de Zarabanda. El tercero debe ser la leyenda Claroscura, la historia de las almas gemelas que darán

equilibrio al mundo, que ofrecerán paz en la tierra. Cuéntanoslo, por favor. Quiero oír tu versión de esa historia.

—Queremos —agregó Darvinia.

—En la roca del principio, el Caos y el Orden pelearon por millones de años, el fuego fue y vino, la destrucción hizo y deshizo para luego dar paso a tiempos de crecimiento, de vendimia. Pero los seres de Zarabanda, en vez de estar unidos comenzaron a separarse en clanes, tribus, reinos, especies, lenguas, costumbres, creencias. Cada uno de ellos afirmaba que era el pueblo elegido para dominar Zarabanda. Ya no se necesitaba el Caos o el Fuego para crear entre ellos el fuego y el caos. Hubo guerra por todas partes, en nombre de dioses y deidades en pugna permanente. El pretexto fue lo de menos, mientras unos y otros peleaban por sus creencias, por sus banderas. Fue la era de Sidaja y Saica, cuando los cultos y las religiones dominantes azuzaban a la gente con miedos y mentiras, con odios y soberbia, para que se mataran entre sí. Aparecieron los grandes estandartes de batalla: el Bien y el Mal, donde cada pueblo se autoproclamaba como el paladín del Bien, aunque todos hacían el Mal a los demás. Fue cuando aparecieron los primeros herbalistas, los cultivadores de plantas, el paladín de los bosques, los protectores de las aguas, los cuidadores de los animales. Una hermandad que aceptó ser enseñada por lagos, arroyos, nubes, flores, montañas, selvas, estepas y desiertos. Escuchaban a la naturaleza y tomaban en serio sus lecciones. Eran los que no veían a la magia como un instrumento de dominio, como una herramienta de poder, sino como una vía de sanación, como una forma de gratitud por todo lo recibido de parte de Zarabanda.

—Nuestros ancestros —dijo la joven hechicera—. Los tuyos y los míos.

—Y con ellos, gradualmente, la vida consiguió serenarse, lo que era puro conflicto bélico se volvió casas y campos de cultivo, artesanías y mercados, convivencia entre unos y otros. Pero esa pausa no detuvo a las fuerzas del Caos ni a los ejércitos del Fuego, que de tanto en tanto regresaban por sus fueros. Así que Zarabanda puso en marcha un nuevo portento para que el

mundo no sufriera la misma herida una y otra vez: las almas gemelas. Dos nuevos protectores para un mundo en cenizas. Todo nuestro viaje fue seguir la voz de su llamado, el eco de su invitación.

Sampalio alzó las manos en señal de desesperación.

—Todo eso suena muy bonito, sobrina. Pero ¿cuál es el precio de tal portento? Y no me salgas con más historias milenarias. En tu caso y en el de mi hijo, Yosef, ¿qué precio han de pagar para llevar a cabo semejante tarea?

Arlinda le sostuvo la mirada.

—En el caso de ambos, viviremos más allá de nuestro ciclo vital, seremos presencias perpetuas para que Zarabanda regrese a ser un mundo más propicio para la vida.

—Pero si tú eres la Muerte —afirmó Kalisma—, ¿por qué hablas de proteger la vida?

—Hoy, en estas últimas semanas y días, la cosecha de la muerte ha sido tanta que puedo soportar el volver a los tiempos en que la gente moría, mayoritariamente, de muerte natural y no quemada por miles, asesinada por cientos.

—No has contestado a mi pregunta —insistió el herborista.

La muchacha aceptó la reprimenda.

—Tienes razón, tío. Ya no somos el niño Yosef ni la muchacha Arlinda. Ya no somos los seres humanos que tú conociste. Y si yo, como la deidad de la Muerte, puedo andar por todo el mundo, Yosef, en cambio, ahora es el viajero de la Memoria y su travesía poco lo tendrá en nuestro presente. La suya es una carga que va más allá del mundo y lo llevará a todos los senderos de nuestro pasado y a todos los destinos que conducen, irremisiblemente, a nuestros orígenes. Por eso no está aquí. Vendrá, no te preocupes, a saludarte, cuando el remolino de las eras lo traiga a este aquí, a este ahora.

—¿Quieres decir que no lo veré en mucho tiempo?

—¡No, tío! Quiero decir que será más fácil si lo recuerdas para que puedas platicar con él, para que pueda estar contigo.

Y acercándose a Sampalio, Arlinda se inclinó frente a él y cubrió sus manos con las suyas.

—Cierra los ojos y recuérdalo. Ya verás.

El herborista, un poco a regañadientes, hizo lo que le decía su sobrina.

Recordó a Yosef jugando en las colinas a las afueras de Vejestorio.

—Hijo, ¿me escuchas?

Yosef detuvo sus juegos y se volteó a verlo.

—¡Papá! ¿Cómo estás?

—Asombrado de verte, pero más de poder platicar contigo de esta manera.

—Hay muchas formas de comunicarnos y esta es una de tantas. También puedes localizarme en tus sueños. Donde quiera que estés, yo estaré a tu lado.

—¿Pero ahora mismo dónde estás?

Yosef se rio, divertido.

—Estoy en todas partes y en ninguna. Puedo saborear un poco de agua fresca del río Dolmit, tal y como estaba hace mil años; correr por la espesura de los bosques de Peruvia hace un millón de años; seguir el camino a Salgatr en tiempo de las peregrinaciones bramínicas; rezar en el templo del dios equivocado cuando gobernaba Sutuc, el Conquistador. No hay tiempo que no sea mío. No hay lugar que no viva en mis evocaciones. Recuerda y me encontrarás. Rememora y estaré contigo, padre.

Sampalio sonrió al ver la felicidad que embargaba a su hijo.

—Me alegro por ti.

—¿Recuerdas cuando fuimos a pescar al arroyo de Grab?

—Tenías cinco años apenas.

Y allí estaban, pescando en la orilla de una corriente cantarina.

—¿Ya atraparon algo o vamos a comer puro aire?

Sampalio se sobresaltó. Aquella era la voz de su esposa fallecida, Anasita, que ahora se acercaba a él y lo abrazaba mientras el mundo estaba en calma y la vida les favorecía.

—¿Entiendes por qué acepté la carga de la Memoria?

Sampalio empezó a llorar.

—No llores —le dijo Anasita—. Aquí estaré siempre para ti.

—No llores —le dijo Yosef—. Aquí estaremos siempre para ti.

—No llores —le dijo Arlinda—. Ya nunca estarás solo, querido tío.



El fuego detrás del fuego

Cuando el herborista se recompuso, todos comprendieron que comenzaba una nueva edad para Zarabanda. Soroj Tercero se levantó despacio y se dirigió a la mesa de los mapas.

—Arlinda, ¿puedo decirte Arlinda?

—Claro que sí, majestad.

El emperador sonrió a medias.

—¡Qué bueno! No me gusta eso de llamarte la Muerte. Da escalofríos, ¿sabes?

—Arlinda estará bien, porque sigo siendo esa muchacha y querré serlo siempre.

—Ve estos mapas y dinos qué les falta. Por lo que nos has dicho, Zarabanda es un mundo más extenso de lo que suponíamos.

La muchacha vio que los mapas apenas correspondían a la mitad del mundo existente.

—Faltan dos continentes, uno al oeste y otro al sur. El situado al oeste se llama Hibernia y el que…

En ese instante un torbellino de luces hizo acto de presencia en la sala de los estrategas. Cuando aquel torbellino se detuvo, apareció Bern, el autómata, su imagen destellante.

—Espero no haberlos asustado.

La archimaga lo presentó con todos.

—Este es Bern, un hombre mecánico que ahora es tan humano como nosotros. Es el encargado del faro del fin del tiempo. Cuando estuvimos en su casa nos atendió espléndidamente.

Bern hizo una reverencia.

—Disculpen por haberlos interrumpido, pero estoy aquí porque las criaturas del reino de las nubes me han pedido que venga a informarles que han detectado una nueva tormenta de fuego más allá del mar salitroso, en otro continente, en un valle que los antiguos llamaban Cizaña.

El emperador tomó el mapa más grande y se puso a buscarla.

—Debe de estar al otro lado del mundo porque aquí no está. Menos mal. No es algo que deba preocuparnos. No por el momento.

—Al contrario, su señoría —dijo Prikana—. Por lo que he entendido, de acuerdo con lo que nos ha contado Arlinda, ahora debemos velar por toda Zarabanda y no solo por la tierra que pisamos, por los reinos en que vivimos. Incluso lo que ocurra en las más extremas lejanías también tiene consecuencias para nosotros. Todo está entrelazado. Todos estamos vinculados de una forma u otra. Lo que sucede al otro extremo del mundo nos afecta, aunque no sepamos cómo ni por qué.

—¿Ese fuego tiene el mismo origen que el nuestro? —preguntó Arminia.

—Sí —contestó el autómata hecho humano—. Su fuente de poder es la misma. Alguien lo ha prendido cuando fracasó en este lado del mundo, y si no se dan prisa, será peor que el que atacó a Marfilia.

Todos pusieron mala cara. Ninguno estaba en ánimos de reanudar una lucha después de los estragos sufridos por la guerra que acababan de pasar. Las miradas de cansancio, los gestos de fatiga se ahondaron al pensar que se reanudaría la contienda, en que debían regresar al combate.

—Es todo lo que tengo que decirles. Las decisiones son suyas. Me dio gusto verlos de nuevo. Cuando todo se calme, si se calma, estaré esperándolos en mi faro. Saben que todos son bienvenidos.

Y su imagen se esfumó tras un destello cegador.

Arlinda se cruzó de brazos, preocupada.

—Ustedes quédense. Iré yo y detendré ese horror de una vez por todas.

—Yo voy contigo, sobrina —exclamó Sampalio.

—No es necesario. Quienquiera que esté detrás de ese fuego no podrá hacer nada contra la Muerte que porto.

—No estoy tan segura —la contradijo Darvinia—. Ese fuego pertenece a un continente distinto al nuestro y eso, en Zarabanda, significa que allá cuenta con otros poderes, con magias diferentes a las que conocemos.

—¿Cómo se llama ese continente que mencionan? —preguntó Corsac.

—Azhita, la tierra de los huesos —respondió Arlinda—. Es el continente al sur del que estamos.

—¿Quiénes lo habitan? —quiso saber Soroj Tercero.

—No lo sabemos. O ya lo habríamos puesto en los mapas —fue la respuesta de Kalisma al tiempo que escudriñaba un mapamundi ajado.

A Arminia no le gustó aquel nombre: Azhita.

—¿No era Azhita el lugar donde nacieron los primeros muertos vivientes según los mitos cárnicos?

Prikana chasqueó la lengua en señal de entendimiento.

—¡Sí, tienes razón! Es un cuento horrible para asustar a las niñas brujas: la historia de Resv y su viaje atado a una parvada de aves. Cruzó, cargado por un grupo de pelícanos, el mar salitroso hasta un país lleno de piedras y huesos. Allí conoció a Sitgara, la hechicera, quien lo obligó a quedarse con ella y a ser su esposo y a darle hijos por miles de años. Pero sus hijos nacían muertos y luego se convertían en… ¿en qué se convertían? ¿Lo recuerdan?

—Se convertían en esperpentos —respondió la archimaga.

—Y un día —prosiguió Prikana— Resv logró atrapar a otra parvada de aves y, gracias a ellas, escapó de aquel terrible lugar para no volver jamás. Por eso, cuando Resv fue el primer emperador de las tierras costeras, ordenó que todos

los barcos se destruyeran y prohibió que la gente saliera al mar profundo por miedo a que trajeran de vuelta a algún habitante de aquel sitio maldito. Ese es el reino de Azhita. O al menos lo que las leyendas dicen que fue.

—Y allí está reuniendo sus fuerzas el Caos —concluyó Kalisma.

El silencio se impuso por largo rato.

—De todas formas iré —dijo Arlinda.

Sampalio bajó los hombros, como un hombre derrotado.

—Cuídate mucho, sobrina —murmuró.

Arlinda le dio un beso en cada mejilla.

—Iré contigo —dijo Iseke—. Y no es una pregunta.

Arminia miró al jefe de los forajidos y sonrió.

—Corsac y yo los acompañaremos —aseguró la archimaga.

—¿Y yo por qué? —protestó el consejero.

—No se diga más —aplaudió el emperador.

Kalisma se acercó a la mesa de los mapas y buscó entre estos hasta que encontró un pergamino dibujado en tinta verde.

—Esto les servirá —dijo.

Y les ofreció el pergamino.

—¿Qué es este mapa? —preguntó Corsac, tomándolo.

—No es precisamente un mapa. Es una ilustración de las criaturas fabulosas que se dice habitan más allá de nuestro continente, pero que nadie ha visto en los últimos miles de años. De su existencia corren toda clase de rumores. La mayoría de los estudiosos creen que todas ellas se extinguieron hace mucho tiempo. Otros piensan lo contrario: esas bestias fueron tan poderosas que terminaron con los seres humanos y ahora reinan sin oponentes en aquellas lejanías. No sé si esas criaturas vivan en Azhita, pero no está de más echarle un vistazo a lo que podrían hallar en ese continente.

El consejero extendió el mapa y bajando la mirada escudriñó los dibujos de aquellas criaturas legendarias, de aquellos seres gigantescos. Algunos armados de grandes colmillos y otros con dientes puntiagudos y garras descomunales.

—No parecen contar con buen temperamento —dijo.

—Lee lo que dice atrás —le indicó la comandante.

Atrás decía: «Dibujos de las horrendas criaturas de las tierras lejanísimas más allá del mar salitroso. Todas son enormes. Muchas corren más aprisa que los seres humanos. Muchas gustan de nuestra carne y nunca sacian su apetito».

—Gracias por levantarme el ánimo —se quejó Corsac.

—Para que luego no digas que no sabías a lo que te enfrentabas —fue la respuesta cortante de Kalisma.

Afuera se escuchó un estruendo. Otro edificio de Marfilia se derrumbaba por los daños recibidos durante la batalla. Una nube de polvo entró por los ventanales rotos de la sala de los estrategas.

—Ganar la guerra es relativamente fácil —reconoció el emperador—. Pero reconstruir nuestra querida ciudad, eso sí que será una ardua labor.

Mientras una lluvia de cenizas los cubría, nadie lo contradijo.

Alguien tosió. Alguien estornudó. Alguien dijo salud.



Las tierras lejanísimas

Arminia observó a Farkina, quien acababa de escuchar todo lo que había sucedido durante su convalecencia, sentada en un camastro de la sala de curación. A la joven bruja se le veía desesperada por salir de aquel pabellón de convalecientes, lista para escapar con tal de no quedarse fuera de los vertiginosos acontecimientos que se precipitaban por todas partes.

—Demasiadas novedades para tan poco tiempo —dijo Farkina— y yo aquí, esperando que Sampalio me deje marchar.

La archimaga le acomodó el pelo en señal de cariño.

—Quería ver que estabas bien antes de irme de nuevo de Marfilia. Esta vez, sin embargo, no sé bien qué nos espera.

—Por lo que me cuentas, el peso de la lucha ya no será tuyo, sino de Arlinda.

—Eso parece. Pero nunca se sabe qué nos depara ese extraño continente de Azhita.

Ambas guardaron silencio hasta que Farkina se sinceró.

—Pronto estaré bien y podré acompañarte a cualquier aventura que vayas.

La archimaga la besó en la mejilla antes de apartarse.

—Muchas aventuras juntas nos aguardan. Tenlo por seguro.

Casi al salir de la habitación, volvió la vista hacia la bruja.

—Te voy a extrañar —dijo.

—Tú no pienses en eso —fue la respuesta de Farkina.

—¿Y entonces en qué debo pensar?

—En que no te coma una de esas criaturas gigantescas.

La risa de ambas hizo que varios curanderos las voltearan a ver con indignación. Estaban perturbando a los pacientes más graves.

Arminia bajó por las ruinas de Marfilia hasta la ribera del río Tamar.

Allí la esperaban Iseke, Corsac y Arlinda.

—¿Cómo sigue tu amiga bruja? —preguntó la sobrina de Sampalio.

—Va mejorando. Para cuando regresemos, ya estará de pie.

—Si es que regresamos —refunfuñó el consejero.

—¿Están listos? —preguntó Arlinda, sonriente.

La archimaga le devolvió la sonrisa.

—Vamos, Muerte, ¿qué esperas para hacer tu gracia?

Y como respuesta un remolino de relámpagos bajó hasta ellos y se los llevó.

Entre turbulencias viajaron por horas. El día se hizo noche y la noche día. El mundo era una mancha mientras sobrevolaban tierras y aguas. Y más aguas. El mar que atravesaban era de un color azul encendido para luego volverse de tonos verdes, rojos, ocres y anaranjados. Al fin, el agua volvió a ser azul, pero menos encendida. Y empezaron a descubrir rocas de formas torcidas que dieron paso a una larga franja costera.

—Estamos por llegar —dijo Arlinda.

—Ya veo —respondió la joven hechicera y señaló hacia el cielo. Era poco antes del mediodía y una bandada de pájaros se acercó a gran velocidad, pero el torbellino los rechazó.

—¿Los vieron? —indagó Iseke.

—Los vimos —respondió el consejero.

—Parecen lagartos más que aves —dijo Arminia.

El torbellino los bajó a tierra en una pradera donde no se veía seres vivos en las cercanías. Apenas pusieron pie en aquellas tierras lejanísimas y sintieron que el aire era más húmedo, más tenue; que algo distinto a todo lo que habían conocido antes prosperaba en ese continente. Una neblina verdosa cubría el horizonte, a lo lejos. El viento no soplaba y un calor apabullante salía de la propia tierra, haciéndolos sudar y que sus ropas se pegaran a sus cuerpos.

—Estén preparados para cualquier cosa —les advirtió Arlinda.

—Esto huele a pudridero —exclamó Iseke.

—¡Miren allá! —indicó la archimaga.

En la línea del horizonte algo corría hacia ellos y, aunque aún estaba distante, todos sentían que la tierra temblaba.

—Eso que viene es enorme.

—Y pesado.

Todos, excepto Arlinda, sacaron sus espadas listos para lo que pudiera ofrecerse.

—Habrá que ponerle un nombre a esta bestia iracunda —dijo Arminia.

Corsac tuvo la sangre fría de sacar el mapa con el dibujo de las criaturas de Azhita y buscó la que más se parecía.

—Aquí dice que es una barjikka.

—¿Y eso qué es? —quiso saber el forajido.

—Una bestia que tiene una cabeza puntiaguda, un cuello corto y… y un cuerpo acorazado. Puede llegar a medir, en su madurez, hasta unos cuarenta metros de altura. Le gusta pisotear a sus oponentes cuando se siente amenazada.

—¡Magnífico! —dijo Arlinda.

—¡Prepárense! —gritó la archimaga. Está a punto de tumbarnos y pasarnos por encima.

Iseke y Corsac se alejaron entre sí para que la barjikka no los aplastara a la vez.

La diosa de la Muerte se adelantó y espero la embestida de aquella criatura.

La bestia mantuvo su ataque con la cabeza en alto. Arlinda abrió las manos y comenzó a entonar una melodía apacible, tranquilizadora. La barjikka titubeó, confusa, y finalmente se detuvo a unos pasos de la muchacha. Todos permanecieron a la expectativa, esperando que en cualquier momento aquella criatura volviera a las andadas.

Arlinda se adelantó con cuidado y, lentamente, tocó la parte baja de la criatura.

—Soy tu futuro —le dijo—. Pero hoy solo soy tu amiga. ¿Me reconoces? ¿Me tendrás paciencia? ¿Harás lo que yo te pida?

La barjikka le resopló en la cara y bajó la cabeza en señal de sumisión.

La señora de la muerte dejó que los temores de aquella criatura pasaran a ella, que la inundaran para entender sus reacciones, para comprender su conducta.

—¿Puedes hablar con esta bestia? —preguntó la archimaga.

—No es bestia —le respondió la muchacha—. Es un ser inteligente y me ha dicho que puede llevarnos hacia el interior del continente, donde el fuego arrecia, donde el incendio canta la canción de la perdición.

—¿Viajaremos a lomos de esta bestia, perdón, de esta barjikka? —inquirió, desconfiado, Corsac.

—Ya vieron cómo corre, así que nos llevará hasta nuestro destino. Y me dice que cuenta con ciento ochenta años de edad, que todavía no se ha desarrollado a su máxima expresión.

Nadie más puso reparos, y en pocos minutos los viajeros ya estaban montados en aquella criatura, que se elevaba más de veinte metros del suelo. Ante sus ojos se desplegaba un nuevo continente, lleno de plantas y animales por todos desconocidos.

—Realmente es otro mundo —dijo Iseke—. Todo parece más sofocante, más podrido. Como si fuera un pantano interminable.

—Lo es, pero ¿es un mundo nuevo o es uno viejo? —quiso saber el consejero.

—Eso déjaselo a los historiadores —le contestó Arminia—. Lo que debe preocuparnos de este continente es cuán peligroso es, qué extrañas magias oculta.



El llamado incesante

Esa noche acamparon junto a un río de aguas profundas y turbulentas, a la orilla de un bosque de altos árboles azules que se mecían con el viento traído del mar. Aves de exóticos colores piaban entre las ramas y el aullido de otras bestias emergía del interior del bosque, lo que puso alerta a los viajeros.

—¿Nuestra montura sabe algo de lo que nos espera llegando al torbellino de fuego? —preguntó Iseke mientras lijaba su espada con una piedra.

Arlinda se quedó un rato con los ojos cerrados antes de responderle.

—Dice que en estas tierras no hay seres como nosotros.

—¿Qué quiere decir *como nosotros*? —inquirió Corsac.

—Que solo hay seres de cuatro patas o más. Que aquí lo que abundan son criaturas como ella, gigantescas, monumentales.

El consejero volteó a ver a la barjikka.

—Pregúntale a cuál de todas esas criaturas le teme más —indagó la archimaga.

—Dice que ninguna criatura se atrevería a desafiarla. Pero que hay otras bestias que acechan en las sombras, que esperan las horas nocturnas para atacar a los seres más inermes o descuidados.

Las miradas se volvieron al bosque y entonces nuevos aullidos se escucharon.

—¿Y esos que aúllan qué son? —persistió Iseke.

—Que son trazijos, depredadores de grandes colmillos y que andan en manadas. Que en este continente todos se comen a todos, excepto los fangsorios, que se alimentan solo de pescados y de gente como nosotros que llegan del mar. Mientras estemos aquí, en su caparazón, a esta altura, poco debemos de temer. Excepto a las bandadas de orixias, las aves carroñeras.

Todos miraron a los cielos, pero estos permanecían despejados. El sol era un óvalo nebuloso, un fulgor distante.

—¿Has visto gente como nosotros antes? —inquirió la hechicera, intrigada por las palabras de la barjikka.

—Solo al humo fantasma, el que trajo el fuego y lo esparció.

—¿Sabes su nombre?

—Dijo llamarse Ardid. Dejó el fuego ardiendo y ya no supimos más. Nunca se mostró como era. Siempre hablaba detrás del humo que producía.

—¿Eso cuándo fue?

—Menos de un cuarto de luna.

Arminia sopesó aquella nueva información y se quedó mirando a la criatura.

—¿Por qué nos atacaste cuando nos viste? Si no nos conocías, ¿qué te hizo pensar que éramos una amenaza?

—Si son como Ardid, son una amenaza para los míos. Pero ustedes no son fantasmas. Ustedes no traen el fuego que seduce al que lo escucha. Y gracias a que me puse furioso al verlos, el hechizo del llamado se rompió y volví a tener voluntad propia, a ser libre.

—¿El fuego seduce? —preguntó Iseke.

—Tendrán que verlo con sus propios ojos.

—No es necesario —dijo Arlinda—. Solo recuérdalo y yo lo veré.

La bestia lo hizo y, al hacerlo, la muchacha cayó de rodillas y comenzó a convulsionar.

Arminia se arrodilló junto a ella y le puso la mano en la frente.

—¿Qué le mostraste? —preguntó a la barjikka.

—Lo que vi de lejos, el fuego que te llama. El incendio que te invita a quemarte en sus llamas.

La archimaga murmuró en el oído de Arlinda un conjuro de protección, pero Arlinda no dejaba de sacudirse. Entonó entonces el hechizo de desencantamiento y la muchacha abrió los ojos con un gesto de dolor.

—¿Qué te duele?

—El rompimiento que me hiciste. El quitarme el lazo con la voz que retumbaba en mi cabeza, llamándome a su fuego, exigiéndome que corriera a su pira funeraria para que en ella me inmolara lo más pronto posible. No sabes lo seductora que era esa voz, lo atrayente que parecía.

Las dos mujeres permanecieron abrazadas hasta que Arlinda se sintió segura de sí misma como para levantarse.

—Fue una conmoción como nunca la había experimentado —dijo a modo de explicación.

Corsac e Iseke se miraron entre sí.

—Ese llamado que oíste, ¿por qué no lo oímos nosotros?

—No está pensado para los seres humanos, sino para las bestias de estas tierras. Y no todas acuden de inmediato. Algunas, como nuestra montura, se resisten. Yo lo experimenté porque estaba conectada a la barjikka. Por eso me tomó por sorpresa.

—Algo no cuadra —exclamó el consejero—. Este Ardid, quienquiera que sea, ¿para qué trata de sacrificar a todos los seres vivos de Azhita?

—Para transformar este continente en una montaña de cenizas ardientes —propuso Iseke.

—No es solo eso —dijo Arminia—. Quiere un reino a su manera. Quiere que el humo negro domine para desplazarse a su gusto por toda Zarabanda y contaminar con sus nubes tóxicas el resto de ella. Su blanco no son los residentes de estas comarcas, sino el mundo entero.

—Lo entiendo —dijo Corsac—. Pero ¿para qué venirlo a hacer tan lejos, en estas tierras y con estas criaturas?

—Tal vez quiere probar primero si su método de exterminio funciona aquí antes de probarlo con nosotros, en nuestro propio continente —señaló el jefe de los forajidos.

La hechicera estuvo de acuerdo. La pira funeraria era un anzuelo.

—No dejará nada sin quemar. Ha empezado con los seres vivos y seguirá con las plantas, los bosques, el interior de la tierra. No necesitará ejércitos a su mando cuando asfixie a todos y solo pueda reinar sobre rescoldos y cenizas, sobre ríos muertos, sobre continentes estériles, sobre campos baldíos.

La barjikka rugió dando a entender que ella también temía ese futuro para su tierra, para su especie.

—Es un plan macabro, casi diría que pensado por alguien que carece de toda humanidad —exclamó Corsac.

Todos asintieron. Pero la archimaga seguía sintiendo que algo no cuadraba del todo. Y si esto es, como su nombre lo indica, un ardid, un engaño, ¿a quién realmente va dirigido?

—Este ser elude mi visión a futuro —se sinceró Arlinda—. Y su magia me impide verlo ahora mismo. No sé dónde puede estar, qué hace.

La hechicera le puso la mano en el hombro.

—Creo que es alguien cuya mayor magia es no darse a conocer hasta que da el golpe definitivo, la puñalada traidora.

—Si no es un ser humano, ¿entonces qué es? —preguntó Arlinda.

Una nueva sinfonía de aullidos estremeció las profundidades del bosque cercano.

—Tal vez solo malogrando sus planes se deje ver —especuló la archimaga.

—Tal vez eso es lo que planea —agregó el consejero—. Que entremos a su avispero de fuego, que nos metamos en la boca del lobo.

Iseke, el forajido, se rio ante las caras preocupadas de sus compañeros de viaje.

—Excelente —dijo—. Ya es hora de tomar al toro por los cuernos. Ya es tiempo de terminar para siempre con esta pesadilla.

Arlinda asintió ante aquella sugerencia.

—Pienso lo mismo. Para ardides, los nuestros.



La pira funeraria

Atravesaron el bosque por la mañana y no encontraron animales de peligro en su travesía. En realidad, no divisaron animales de ninguna especie en todo su recorrido, tanto entre los árboles como en la extensa sabana después del bosque. Aquel era un continente sin caminos ni poblados. Un paraíso donde la naturaleza no contaba con obstáculos para crecer en demasía. En este continente todo era desmesurado, gigantesco, excesivo. Arlinda cerró los ojos y avisó a sus compañeros.

—Dice nuestra montura que algo está raro en el comportamiento de los animales.

—¿De cuáles animales? Llevamos dos horas sin ver ninguna bestia —dijo Iseke.

—Dice que miremos la tierra por la que andamos y nos daremos cuenta.

Al voltear al suelo, al principio no distinguieron nada inusual, pero entonces hubo un movimiento a su derecha y descubrieron que una marabunta de escarabajos los iba pasando a la velocidad que sus largas patas les permitían.

—Dice que ahora vean el cielo.

En ese instante, una mancha alada cubrió el sol, eclipsándolo por varios minutos.

—¿Qué es eso? —preguntó Corsac.

—Parvadas de distintas aves —le respondió Arminia.

—Todas van hacia donde vamos. Deben haber escuchado el llamado del fuego.

Todos los seres vivos de Azhita corrían, presurosos, alrededor de ellos. Ya sea por tierra o por aire, las criaturas de aquel continente no tenían más impulso que avanzar en masa hacia el sur. El sol volvió a brillar un momento antes de que otra bandada multitudinaria tomara su lugar.

—¡Allá está! —gritó Arlinda.

En el más lejano horizonte, un tornado de luz rojiza apenas alcanzaba a verse.

—Ese es nuestro destino —aseguró la diosa de la Muerte.

A media tarde lo alcanzaron y, al llegar al torbellino ardiente, quedaron horrorizados.

—En verdad es una pira funeraria —exclamó la archimaga.

Con varios kilómetros de diámetro, aquella hoguera se alimentaba de miles de criaturas que se abalanzaban a sus llamas gigantescas. Y aquel fuego las convertía en un humo nauseabundo que se arremolinaba desde la tierra hasta el cielo.

Arlinda y sus demás acompañantes se bajaron de la barjikka y le pidieron que diera media vuelta, que huyera de aquel horror desatado. La bestia rugió y bajó la cabeza. La muchacha puso su mano en la piel correosa de la criatura.

—Me pide que le diga si quedan barjikkas vivas en este mundo.

—¿Y quedan? —pregunto Iseke.

—No. Todas ya están en mi reino —dijo la muchacha, sollozando.

La gran bestia entendió su destino y corrió hacia las llamas. Arlinda no intentó impedírselo. Los viajeros la vieron arder hasta volverse parte de aquella atrocidad.

—¿Qué podemos hacer ante esto? —quiso saber el consejero.

—No lo sé —dijo la hechicera al contemplar la magnitud del desastre que a cada segundo crecía ante sus ojos.

Arlinda no se amilanó ante el remolino y se acercó hasta que sus cabellos parecían estar a punto de arder.

—No sé tu nombre verdadero —gritó—. Pero te invoco como otros te llaman, Ardid. Ven aquí. Que la Muerte te convoca.

El remolino siguió dando vueltas como si no hubiera escuchado la exigencia de la diosa. Luego, poco a poco, empezó a girar con menos rapidez, y de entre sus llamas comenzaron a surgir pequeños fuegos que saltaron por la tierra calcinada y cayeron a los pies de la muchacha.

—No tengo tu tiempo —se quejó ella.

Los fuegos se unieron entre sí y de ellos surgió una antorcha humana en sus contornos.

—¡Muéstrate tal cual eres! —ordenó Arlinda.

Y de la sombra salió una mujer que por momentos parecía tan joven como Arlinda y otras veces tan vieja como Zarabanda misma.

Arlinda la reconoció al instante.

—¡Saica!

La mujer se deshizo del fuego y solo quedó una figura que estaba hecha de obsidiana: pétrea, negra, brillante, cegadora.

—Nadie me ha llamado así desde hace mucho tiempo, niña —dijo y su voz chirriaba como el sonido que hace el metal contra el metal.

—¿Qué es todo esto? —quiso saber la muchacha.

—Un homenaje, querida.

—¿Cómo puede ser la destrucción un homenaje? ¿Cómo puedes, sobre todo, estar actuando en el mundo cuando se te prohibió hacerlo?

Saica dobló el cuello para examinar a su interlocutora.

—El homenaje es para ti, hermana. Son mis ofrendas para tu reino de huesos y fantasmas, de recuerdos y cenizas. Yo soy tu seguidora más fiel.

Arlinda se enojó ante aquella manera tan burda de querer alabarla.

—No quiero tu homenaje. No quiero tus ofrendas —exclamó.

—No son las deidades las que deben juzgarlas, sino sus creyentes —siseó la mujer de obsidiana—. Y yo siempre he creído en ti, hermosa.

Esto es un duelo de voluntades, pensó Arminia y dio un paso al frente.

—Saica, ¿cómo pudiste volver de entre los muertos? ¿Quién te abrió camino?

La mujer contempló con desprecio a la archimaga.

—Tú no eres nadie para interrogarme —gritó y de su boca salieron llamaradas.

Pero la hechicera, aunque sintió el calor hiriente en pleno rostro, no retrocedió ante aquella agresión.

Arlinda se puso entre ambas.

—¡Déjate de juegos, diosa de mala hora, y responde!

Saica mostró sus dientes rojos, su lengua negra.

—Soy la inquieta, la curiosa, la *metomentodo*, la fisgona. Tardé mucho en regresar de la muerte, es cierto. Evector, el mago idiota, me invocó con sus conjuros, me trajo de las sombras creyendo que podía controlarme. Pero ya ves, a mí nadie me domina, nadie puede detenerme. Entonces me di cuenta de que podía cocinar un nuevo mundo, lleno de hollín y humo y asfixia. Que podía poner en movimiento el desastre, la calamidad, la agonía. A Evector lo volví mi marioneta, mi esclavo. A los más ambiciosos magos y hechiceras los puse a quemar lo que hubiera. Ellos, que anhelaban el poder absoluto, me regalaron el incendio, la conflagración.

—Evector está muerto —la interrumpió Arminia.

—Lo sé. Una herramienta rota, que cumplió su cometido.

—¿Cuál cometido? —preguntó Arlinda.

—Entretenerlos con sus fuegos de artificio. Mientras ustedes defendían su preciosa Marfilia yo levantaba mi pira funeraria. En este continente ya no me llamo Saica sino Ardid. Ahora soy como las termitas: erosiono desde adentro las cosas hasta hacerlas polvo o cenizas. Me lleno con los residuos y los multiplico. Me alimento del humo y lo disperso por todos los rumbos de la tierra. Contamino todo lo que toco y nada ni nadie está a salvo de mi podredumbre, de mi matadero.

La risa de la diosa de la locura repercutió en toda la pradera a su alrededor. Arlinda estaba estupefacta. No podía creer que una de las fuerzas originales de Zarabanda estuviera de nuevo en posesión de todos sus poderes.

Y entonces, en un parpadeo, lo vio con claridad.

—Es cierto. Ya no eres Saica. Porque si lo fueras tendrías la magia del tiempo y la magia de las transformaciones. Y veo que careces de ellas. Solo puedes reducir las cosas a su mínima expresión, diosa del polvo, reina de los rescoldos.

Saica se enfureció y, abriendo la boca en forma desmedida, lanzó una llamarada contra Arlinda, pero el fuego no la tocó.

—Y yo no soy Sidaja, tu hermana. No me confundas con una diosa que es mejor que tú.

—Si pude salirme con la mía cuando ella quiso impedírmelo, ¿no crees que haré lo mismo contigo, diosa de lo putrefacto, señora de la gusanera?

Esta vez Arlinda fue la que soltó la carcajada.

—Yo creo que ya es hora de averiguarlo. ¿No crees?



El fuego y la muerte

Saica no esperó más y atacó con todo su fuego. Arminia, Iseke y Corsac se apartaron lo más que pudieron mientras Arlinda los protegía de las llamas y se burlaba de su oponente.

—Tienes razón, diosa arcaica, obsoleta, solo eres una sombra de lo que fuiste —le decía la diosa de la Muerte a la reina del Caos.

El tornado de fuego se unió a Saica y la elevó por los aires.

—¡Va a escapar! —rugió la archimaga.

Arlinda lo negó.

—No tiene salida. Ha matado todo lo que estaba vivo y ahora ya no tiene más material para aumentar su poder.

—Quedamos nosotros —le recordó Iseke.

Arlinda se volvió a sus acompañantes y sopló sobre ellos hasta envolverlos en una capa diamantina.

—Ahora nada podrá alcanzarlos —dijo.

En ese instante de descuido, Saica atacó con su torbellino de fuego a la diosa de la Muerte.

Una hoguera de cien metros de altura cayó sobre la muchacha y la envolvió por completo.

Arminia quiso hacer algo, pero el conjuro de Arlinda le impedía moverse.

De entre aquella conflagración algo se movió: era Arlinda, que tomaba el fuego y lo respiraba hasta que no quedó nada a su derredor más que una anciana desnuda, tiritando de frío.

—Eres insoportable —bramó la diosa del Caos.

—Y tú no te conformas con los dones de Zarabanda, sino que los envidias tanto que prefieres destruirlos a que existan —fue la respuesta de la muchacha.

Y en ese momento sopló hacia la anciana, no el fuego que había aspirado, sino una tempestad de lava que disolvió a Saica en unos segundos.

Todo quedó en silencio. Y del fuego inaudito solo se vieron pavesas cayendo a tierra.

Con un movimiento de su mano, Arlinda hizo que la pared de diamantes se hiciera trizas y liberara a los que protegía de todo daño.

—¿La venciste? —indagó Iseke, sin creerlo del todo.

Arlinda bajó los hombros. Ya no estaba esperando más golpes.

—Solo la devolví a su esencia destructora.

—¿Qué le hiciste? —quiso saber la archimaga.

La diosa de la Muerte señaló a un punto en la pradera, distante, de apenas un kilómetro de distancia.

—Le di poder —dijo—. Algo en que entretenerse.

La tierra se estremeció en ese momento. Un chorro de vapor salió silbando de su interior. En el sitio señalado, el suelo empezó a combarse, a partirse, a sisear.

—Es mejor que nos vayamos lo más pronto de aquí —dijo la muchacha.

Corsac miró, hipnotizado, cómo el terreno se elevaba, se rajaba, se abría.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó.

—La hice señora del subsuelo.

Y con una sacudida brutal, una columna de fuego brotó de la tierra y expulsó una nube blanca hacia el cielo.

—¡Un volcán! —exclamó el consejero.

La archimaga se puso al lado de Arlinda y vio que las fisuras de la tierra se expandían en todas direcciones.

—¡Hay que irnos ya! —gritó.

La muchacha sonrió con un dejo de tristeza.

—Al final Saica se salió con la suya. Volvió a Zarabanda y ahora puede seguir haciendo destrozos. —Y levantando la mano izquierda hizo que el relámpago viniera por ellos, que el viento los condujera de vuelta a Marfilia. Desde el aire vieron cómo aquel volcán crecía y crecía, lanzando surtidores de lava hacia las alturas.

—Destruyó toda la vida de un continente —dijo Arminia, enojada—. Y la premias con un hogar para ella sola, con una morada donde puede seguir haciendo daño.

Arlinda la volteó a ver, apenada.

—Mira bien las tierras por las que volamos, hechicera.

La archimaga obedeció y vio parvadas de aves gigantescas, jaurías de bestias feroces y descomunales. Una barjikka volteaba hacia ellos mientras caminaba con toda su familia.

—Pero todos fueron a la muerte —dijo.

—Para atrapar a una diosa, nada mejor que darle la destrucción que desea, que mostrarle la extinción de la vida que tanto anhela.

—¿Lo que vimos fue un truco de ilusionista? —preguntó Corsac, incrédulo.

—Lo que vieron fue un ardid: la muerte que no fue muerte. Si debía ganarle a la diosa del Caos tenía que hacerlo con su propio juego de espejos e ilusiones.

—Pudiste hacer eso con la gente que murió en la batalla de Marfilia —dijo, indignada, Arminia.

La señora de la Muerte la miró con cariño, casi con ternura.

—¿Y quién te dijo que no lo haré? —contestó.



Hacia un nuevo mundo

Prikana, la archibruja, se asomó al balcón de la torre imperial y observó un tornado que venía en su dirección. Entre más se acercaba aquel fenómeno, mejor veía sus detalles.

—¡Farkina! —gritó—. ¡Ven a ver esto!

La joven bruja acudió enseguida. Lo que miró la hizo reírse de contento.

—Ya vuelven —dijo sin poder evitar mostrar una sonrisa de satisfacción.

—¿Quiénes? —preguntó Sampalio, quien acababa de revisar las heridas de Farkina y que ahora acomodaba sus pócimas curativas en un maletín.

—Tu sobrina —dijo la bruja mayor.

El herborista se lanzó al balcón y contempló descender al torbellino en la tierra fuera de las ruinas de Marfilia, en los campos arrasados al sur de la capital del imperio de Antara.

—Vamos a darles la bienvenida —sugirió Prikana. Y todos bajaron a recibirlos.

Cuando llegaron al lugar fueron testigos de una ceremonia nunca antes vista: Arlinda soplaba un puñado de cenizas hacia el cielo. El remolino que se formó fue creciendo y elevándose hasta conformar una nube verde que

brillaba en colores nunca antes vistos, una nube que iba tomando para sí el humo negro que todavía quedaba de los incendios dentro y fuera de la ciudad.

En un momento dado, de esa nube surgieron relámpagos que cayeron a tierra, mientras una fina lluvia empapaba todo con su diluvio. Arlinda volteó al cielo y recibió las gotas de lluvia con una amplia sonrisa. La nube comenzó a bajar a tierra como una neblina que hizo imposible que nadie mirara más allá de sus narices.

Así permaneció por unos minutos y entonces destelló con una luz cegadora y todo volvió a ser como había sido. Farkina miró a todos lados y creyó ser víctima de un conjuro cruel, muy cruel. A su alrededor, miles de hombres yesca, soldados del imperio y refugiados que quedaron en medio de la batalla por la capital, se veían unos a otros sin ocultar su sorpresa, su asombro.

Estaban muertos y ahora, sin entender cómo ni por qué, estaban vivos de nuevo. Solo las ruinas de Marfilia permanecían iguales: humeando apenas, estragadas por la lucha que habían sufrido, como símbolos de una destrucción masiva, como pruebas de una guerra implacable que había dejado su huella en casas, calles, edificios y murallas.

—¿Qué pasó? —se preguntaban unos a otros.

—¡No puede ser! —exclamaban buscándose la herida mortal, la quemadura última, sin encontrarlas en sus cuerpos.

Gradualmente todos los renacidos voltearon a ver a la diosa de la Muerte. Ella sonrió, apaciguando sus dudas, respondiendo a sus cuestionamientos.

—Los tuve en mi seno para protegerlos —les dijo—. Ahora los he devuelto al mundo para que vivan hasta que venga por ustedes. Lo que acaban de experimentar no ocurrirá nunca más, se los advierto. Cuiden sus vidas porque yo siempre estaré esperando que vuelvan conmigo, que me acompañen en la tierra de sombras, que me sigan al reino de los huesos.

Muchos de los renacidos no aguantaron y se echaron a llorar. Otros empezaron a bailar de felicidad. Hubo rostros incrédulos y rostros jubilosos por todas partes. Farkina se adelantó y, tomando a Arminia, también la abrazó, llorando en su hombro.

—Creí que no volverías —dijo.

La archimaga le devolvió el abrazo.

—Gracias por pensar en mí.

Prikana, sin embargo, se mostraba molesta.

—¿Por qué resucitaste a los hombres yesca, a nuestros peores enemigos?

—O era todos o ninguno —le contestó Arlinda—, pues la muerte no toma bando.

Corsac e Iseke se movieron con cautela entre la multitud para evitar que aquella muchedumbre no se hiciera daño, para que no se pusieran de nuevo a combatirse entre ellos. Muchos, tanto soldados imperiales como zeniestros, rodearon a la diosa de la Muerte. Arlinda se prodigaba en abrazos y besos con cuanta persona se le acercaba para agradecerle lo que había hecho por ella y por los suyos. A lo lejos, en las plazas y calles de Marfilia otros miles y miles de seres humanos, hombres lobo y engendros de todos los tamaños parpadeaban, respiraban, caminaban, tomaban de nuevo su lugar en el mundo.

—¡No me lo agradezcan a mí, sino a Zarabanda! —les gritó la diosa de la Muerte, mientras a su lado pasaban, en silencio, sin amagos de violencia, los hechiceros del Caos y los soldados imperiales recién resucitados. La mayoría mostraba estupor en el rostro, perplejidad en la mirada.

Gradualmente los renacidos iban haciéndose conscientes del don recibido, de la gracia otorgada. Vivos y resucitados, familiares como amigos, nativos como foráneos, se saludaban, se abrazaban, se reconfortaban. Los gritos de alegría no se hicieron esperar. Esa noche todo fue fiesta en la capital del imperio y en sus alrededores.

—Celebramos un milagro —aceptó Soroj Tercero mientras contemplaba desde el balcón la fiesta interminable que sucedía donde quiera que mirara.

—Tu pueblo festeja tener una segunda oportunidad —le aseguró Darvinia.

—Celebran que están vivos —añadió Sampalio.

—Mañana lo pensarán mejor —dijo la archimaga.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el emperador.

—Estar vivos nunca será suficiente. Mañana descubrirán que no hay suficiente comida para todos, que los campos no darán más cosechas hasta que se recuperen del incendio. Mientras tanto se cuestionarán si la forma en que

hasta ahora han vivido es la mejor, si el poder debe seguir ejecutándose bajo leyes que los oprimen, si la justicia será diferente a como era antes, si los frutos de su trabajo quedarán en las mismas manos de siempre. Mañana será el día decisivo como pueblo y para ti como soberano.

Soroj Tercero asintió ante las sabias palabras de la joven hechicera.

—Ven —dijo—. Acompáñame.

Los dos bajaron a la plaza principal de Marfilia, donde una multitud cantaba y bailaba como si en ello le fuera la vida. Un soldado con el uniforme desgarrado reconoció al emperador y trató de callar a los demás, señalando su presencia. Soroj Tercero alzó la mano y pidió un momento de silencio. La multitud, feliz y contenta, se lo concedió.

—Amigos, amigas. Me da gusto que hayan vuelto con nosotros. Quiero que hoy se diviertan hasta reventar, pero no hasta morir.

Algunas risas se escucharon ante el pésimo chiste del emperador.

—Lo que me interesa decirles es que mañana habrá que poner en pie nuestra querida ciudad y todo nuestro reino. Para hacerlo, confío en que, igual que hoy festejan el día de la paz conquistada, de la vida restituida, también celebremos el día del pueblo unido por una sola causa: no la de la guerra, que esperemos no vuelva a suceder, sino la de la reconstrucción de nuestro mundo, la de la prosperidad para todos nosotros. Mañana daré a conocer un decreto donde se eliminen las deudas de todos los ciudadanos del imperio para que dediquen su esfuerzo no a pagarlas, sino a edificar sus casas, sus establos, sus corrales. Y para eso el propio ejército imperial ayudará en semejante tarea.

Los aplausos fueron estremecedores. El emperador tuvo que aguardar más de cinco minutos para proseguir con su discurso. Cuando se hizo el silencio, sin embargo, la voz de una mujer campesina se escuchó.

—Su majestad, todo eso está muy bien. Ya volvimos a la vida, pero no lo han hecho nuestros animales. Sin ellos, sin nuestras vacas, bueyes, caballos y gallinas, sin nuestras queridas mascotas de compañía, no podremos cultivar la tierra, cosecharla, vivir en el campo, en nuestras aldeas. Le pedimos que le diga a la gran señora de la Muerte que también a ellos les devuelva la vida, los necesitamos.

Soroj Tercero empalideció, pero se recompuso de inmediato.

—Yo mismo le diré tu petición, que me parece del todo justa.

Los aplausos y vítores fueron aún más intensos. Corsac ayudó al emperador a regresar a la torre imperial, pasando entre la gente que lo quería saludar y agradecer sus promesas.

—Les das un regalo y quieren más —murmuró Soroj, pensando en el lío en que su pueblo lo había metido.

—No queda de otra —le dijo su consejero—. Estamos pisando territorio virgen, majestad.

—Llama a Arlinda —le ordenó a Corsac—. Dile que tengo que hablar con ella.

Cuando la tuvo frente a sí, el emperador la vio más que como diosa, como una muchacha que ofrecía dádivas que, en poco tiempo, podían revertirse en su contra.

—¿Qué desea, majestad? —preguntó Arlinda.

—Solo soy el mensajero de mi propia comunidad. La gente está muy agradecida por que tú les devolviste la vida, pero si quieres que sigan adelante, que salgan del desastre en que se encuentran, de la precaria situación en que están, te piden que les devuelvas también sus animales de trabajo, sus mascotas de compañía. Sé que es mucho pedir, pero…

La risa de la diosa lo interrumpió.

—¡Qué idiota soy! —exclamó Arlinda—. Claro que les devolveré sus animales. Pero también diles que devolveré la vida a las bestias salvajes, a los depredadores de los bosques, a las aves de rapiña. O es todo o es nada.

Y volvió a reírse antes de continuar.

—Me olvido que la naturaleza es equilibrio entre lo que devora y es devorado, entre lo que cura y daña, destruye y fortifica.

Soroj Tercero se relajó al ver su reacción.

—¿Entonces no hay problema para tal petición?

—Ninguno, majestad. Mañana al amanecer tendrán lo que necesitan.

Arlinda lanzó una risotada como si estuviera sorprendida de su propio tropiezo.

El emperador la miró y deseó ser ella.

—Me gustaría reconocer mis errores como tú lo haces —se sinceró.

—Reírse de uno mismo es una forma de mantenerte con los pies en la tierra. Y enmendar una equivocación propia evita males añejos.

El soberano asintió, mientras escuchaba la algarabía de la fiesta en las ruinas de su querida ciudad.

—Vamos hacia un nuevo mundo —dijo sin saber si eso era una oportunidad o un callejón sin salida.

La diosa de la Muerte vio sus dudas, pero le sonrió de todos modos.

—No, majestad —le contestó—. Ya vivimos en él.

Kalisma entró en ese momento y Soroj Tercero frunció el ceño.

—¿Qué pasa ahora, comandante? —inquirió.

—El pueblo solicita su presencia, majestad.

—¿Qué quieren ahora? ¿Un parlamento que los represente?

Kalisma desdobló un largo pedazo de papel.

—No, majestad. Hay un centenar de mujeres que quieren bailar con usted. Por lo que veo, más de un centenar. Algunas incluso han preguntado si piensa casarse de nuevo. Una, doña Gerinda Solapek, quiere hacer notar que es fértil y cuenta ya con cinco hijos. Todos sanos.

El rostro demudado del emperador no dejaba lugar a dudas.

—Es una broma, ¿verdad?

Kalisma negó, enfática, entre divertida y azorada.

—Temo que no, majestad.



La reconstrucción

Aquella mañana, un mes después del regreso de Arlinda y sus compañeros de viaje, el sol salió entre la niebla matutina y ascendió lentamente por el cielo sobre las ruinas de Marfilia, la capital del imperio de Antara. La otrora grandiosa ciudad mostraba ya los primeros signos de su reconstrucción. El emperador estaba en la ribera del río Tamar observando los trabajos que sus soldados llevaban a cabo. Una semana antes Arminia había ayudado con su magia a sacar del fondo los pedazos de madera para levantar un nuevo puente que uniera las dos orillas. Esa era la tarea más urgente, pues mientras no estuviera listo un paso firme sobre la corriente impetuosa, las comunicaciones solo podían llevarse por medio de barcas. Y estas eran lentas y únicamente podían transportar a una decena de pasajeros por viaje frente a una impaciente multitud de familias campesinas y mercaderes que ansiaban volver a sus tierras, regresar a sus hogares.

Las criaturas del país de las nubes ayudaban a transportar a los habitantes del imperio de Antara, pero no se daban abasto. Por su parte, las brujas se dedicaban a vigilar desde las alturas como una manera de tranquilizar a la gente de Marfilia y a los refugiados que cada día más resentían las muestras de hostilidad y hartazgo que su presencia provocaba en la capital imperial. En todo caso, muchos antaros no creían que el peligro había pasado y el que las brujas volaran sobre sus cabezas calmaba sus ánimos, los hacía sentirse

protegidos. A todo este caos se añadía que los diferentes santuarios de Zarabanda se iban vaciando y muchas aldeas empezaban a ser habitadas, pero otras tantas eran botín de forajidos, que también abundaban ante una realidad paupérrima, ante un mundo en penurias que apenas se mantenía en pie.

En el caso de los bandoleros, algunos se dedicaban a emboscar a los que habían sido sirvientes del Caos, ya que muchos de estos vagaban por los caminos de vuelta a sus tierras nativas y, por lo mismo, eran blancos fáciles de quienes habían sido víctimas, poco tiempo antes, de sus ataques y agresiones. Las ansias de venganza seguían latentes y muchos habitantes del imperio las llevaban a cabo hasta las últimas consecuencias, a las sombras de la noche, en sendas vecinales y sin que las autoridades imperiales se inmiscuyeran en aquellos actos de violencia que dejaban cuerpos sin nombre en tierras de nadie.

Mientras Soroj Tercero examinaba, junto con la comandante Kalisma, los avances del puente se le acercó Darvinia para despedirse.

—¿No te quedas a ayudarnos? —inquirió el soberano.

—Ahora me necesita mi propia gente, majestad. Vuelvo a la isla de Cedrel, a mi hogar por tanto tiempo abandonado. Mi responsabilidad está allá, con los pocos magos y hechiceras que lograron salvarse de la calamidad.

—Lo sé, lo sé. Te deseo lo mejor y espero que después de todo este lío podamos vernos de nuevo en mejores circunstancias. La diosa de la Muerte ha revivido lo que había que revivirse, pero la tierra sigue quemada, infértil, y pienso que vamos a sufrir hambrunas sin cuento los próximos años. Pastizales es lo que falta y tierras que puedan cultivarse. Ninguna magia parece servir para tales esterilidades.

—Buscaremos soluciones. Se lo prometo.

Darvinia hizo una reverencia. Pero el emperador todavía no había terminado con ella.

—El consejo supremo —preguntó—. ¿Qué harán con él? No quedan suficientes brujos ni hechiceras para sacarlo adelante.

—Arminia tuvo una feliz idea: buscar a los magos y hechiceras naturales con una convocatoria general que pronto circulará por toda Zarabanda. También invitaremos a las brujas, que tanto nos han ayudado en estos tiempos. Prikana está de acuerdo conmigo. Y estamos pensando abrirlo también a las criaturas conscientes de Zarabanda, incluyendo orlavas, caballos, cuervos y hombres lobo. Todo el que pueda contribuir a nuestra sanación será bienvenido.

Soroj Tercero la miró con aprobación.

—Es bueno saber que no solo el imperio cambia en sus procedimientos y rituales.

—Lo que la archimaga quiere es que todos tengan la misma oportunidad de presentarse ante los pocos que quedamos y nos muestren sus poderes curativos, sus ensalmos de sanación. No importa de dónde vengan, a qué clase o especie pertenezcan, todos los que cuenten con habilidades mágicas, empezando por los herbalistas, tendrán su lugar en el nuevo consejo.

—Lo mismo haremos nosotros. El ejército dejará de estar basado solo en la clase imperial y se abrirá a reclutas de todas partes de Antara.

El emperador le echó una mirada nerviosa a la señora de Cedrel.

—Tengo la opinión, no muy popular desde luego, de que debemos incluso reclutar a los hombres yesca. Fueron un enemigo formidable y podrían ser una contribución valiosa para nuestros ejércitos. ¿Qué harías tú si un zeniestro pidiera entrar al consejo?

—Pensarlo dos veces —contestó Darvinia—. No me gusta imaginarme sentada junto a mis adversarios, pero es una posibilidad a tomar en cuenta. O seguimos divididos en facciones irreconciliables o formamos un solo frente. Es una de las buenas lecciones aprendidas de este desastre.

—A veces necesitamos una sacudida implacable para salir de la inercia, hechicera.

Ambos voltearon hacia el cielo cuando sintieron que algo bajaba hacia ellos a gran velocidad.

—¡Farkina! ¿Por qué tanta prisa?

La aludida frenó su descenso y aterrizó junto al soberano.

—Disculpen si los asusté, pero acabo de ver en la lejanía un movimiento muy extraño.

—¿Qué viste? —quiso saber el emperador.

—Montañas moviéndose.

—¿Qué?

—Eso. Montañas oscuras que vienen hacia acá. Caminan aprisa y van a llegar en una media hora, según mis cálculos.

—¿Cuántas son? —preguntó una voz a sus espaldas.

Todos se voltearon ante la llegada de la comandante suprema.

—Decenas —contestó la joven bruja—. Vienen del sureste y se mueven sin parar.

Kalisma pidió a Soroj Tercero que, por precaución, se retirara a la ciudadela. Pero este se negó.

—Ya no estoy dispuesto a quedarme en la retaguardia cuando algo sale mal —fue su respuesta.

—Pondré en alerta a las tropas imperiales —dijo Kalisma y se marchó corriendo.

—¿Quién puede venir a atacarnos? —inquirió Darvinia.

—Puedo ir y averiguarlo —se ofreció Farkina.

—Ve y regresa pronto, con información fidedigna.

La joven bruja tomó vuelo y desapareció a gran velocidad en las alturas. Todos la vieron ascender sobre las aguas grises del río Tamar hasta perderse de vista en la distancia.

—¿Qué creen que sean esas cosas? —indagó el emperador—. ¿Remanentes del ejército del fuego?

—Pronto lo sabremos —dijo Darvinia, que sentía la boca seca frente a aquel peligro inesperado.

Antes de que Kalisma diera su opinión, percibieron que el suelo se sacudía, primero leve y después con fuerza.

—Vienen a todo lo que dan —dijo Soroj Tercero, alarmado ante aquella trepidación.

Y se sujetó al tronco del árbol más cercano, esperando lo peor.

El puente de Tamar

Farkina se lanzó hacia aquellas moles que se cernían sobre el horizonte y en pocos minutos logró observarlas mejor. Al principio le parecieron montañas en movimiento, pero al verlas entre los retazos de neblina, se imaginó que eran gigantes correosos avanzando a su encuentro. Una ráfaga de viento la hizo detenerse de golpe y ver con claridad a qué se enfrentaba. La joven bruja recordó lo que Arminia le había contado de su viaje al continente de Azhita, los prodigios que tuvo el placer y el horror de ser testigo. Y uno de esos prodigios parecía estar acercándose a ella.

Entonces lo vio: un muchacho estaba de pie sobre una de esas criaturas gigantescas, tan grandes que podían pasar por montes desde lejos. Bajó hasta posarse junto a él y, al mirarlo de cerca, se sobrecogió. Aquel joven la miraba como si la conociera de toda la vida. Su mirada era pura luz, y en ella danzaban sombras que Farkina supo que eran suyas: sus padres, sus compañeras de la escuela de brujas, sus amores efímeros, sus amistades permanentes. Rostros y conversaciones se atropellaban en su cabeza, imágenes que estallaban como si estuvieran ocurriendo en ese mismo momento.

—Tú debes ser Yosef, el hijo de Sampalio —adivinó mientras trataba de equilibrarse sobre el lomo de aquella enorme criatura.

El muchacho asintió como si estuviera allí y a la vez en todas partes.

—Ese soy, bruja.

—Estos seres, ¿por qué te acompañan?

La risa aguda que soltó Yosef se le hizo extraña. Estaba ante un dios y, sin embargo, ella solo podía ver a un joven despierto y curioso que no la perdía de vista.

—Quise aportar algo a la reconstrucción de Zarabanda —fue su respuesta—. Por eso les pedí a las barjikkas que vinieran conmigo, que aportaran su monumentalidad al bienestar de los habitantes de este mundo.

—¿Estas criaturas ayudarán a levantar de nuevo la ciudad capital del imperio?

La risotada fue franca, con una pizca de diversión.

—No, bruja. No las he traído para eso.

Unos pocos minutos más y llegaron a la orilla del río Tamar. Frente a ellos, en la orilla opuesta de aquel caudal cenagoso, se alineaban las tropas imperiales, lo que quedaba de ellas, dispuestas a combatir contra la nueva amenaza. Pero al ver que la primera de las criaturas, la que iba a la cabeza, se detenía y que sobre ella estaban solo Farkina y un muchacho, bajaron las armas esperando órdenes.

Soroj Tercero frunció el ceño sin entender qué sucedía en realidad. Corsac sonrió al ver aquellos colosos.

—Su majestad, lo que estamos contemplando son criaturas del otro lado del mundo. Se les conoce como barjikkas y creo recordar que son de temperamento dócil, bueno, si se les trata con respeto, si no se les asusta.

—¿Qué asuntos tienen en nuestro imperio? —inquirió el emperador.

—Lo ignoro, majestad.

Darvinia señaló cómo una de esas criaturas, que medía más de cuarenta metros de altura, entraba a las aguas del río Tamar con lentitud.

—¿Comen seres humanos?

El consejero lo negó.

—No, su excelencia. Son herbívoros.

La barjikka, la que había entrado a las aguas, se detuvo, se quedó quieta. Otra criatura entró y quedó a su lado. La corriente pasaba sin cubrirlas.

Soroj Tercero no pudo reprimir una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vaya, vaya! —exclamó.

Ahora empezaba a verse el plan de las criaturas: convertir sus moles en un puente que sirviera de paso a los pobladores del imperio.

—¡Excelente! —gritó el emperador, entusiasmado de la forma tan coordinada y rápida en que aquellas criaturas iban acomodándose. En cuarenta minutos el puente ya estaba listo. El primero en cruzarlo fue el muchacho con la joven bruja a su lado.

—Su majestad —dijo Farkina—, le presento al dios de la Memoria.

Y se hizo a un lado para que Yosef diera un paso al frente.

—Bienvenido a Marfilia, deidad. Te damos las gracias por ayudarnos en esta hora de percances, en este tiempo de zozobra.

El muchacho se encogió de hombros.

—Solo hice lo que me pareció correcto —aseguró.

Corsac se acercó con cara de confusión.

—Disculpas, Yosef. Por lo que sé solo quedaba una docena de estas criaturas gigantescas en Azhita, las que resucitó tu prima, la diosa de la Muerte. Estas, en cambio, son más de un centenar. ¿Cómo las conseguiste?

—Yo las traigo del pasado y los pongo a vivir en este presente. Da el mismo resultado, pero es diferente el proceso.

Kalisma, en voz baja, pidió a uno de los guardias imperiales que fuera a buscar y traer a Sampalio.

—Dile que deje lo que esté haciendo y venga sin demora.

Mientras el guardia se alejaba corriendo, Darvinia carraspeó.

—Dices que puedes traer a los seres que vivieron en otras épocas y darles una segunda oportunidad, ¿esa es tu magia?

Yosef la miró y en sus ojos brilló una vorágine de vidas en la sombra.

—Así es. Tengo esa facultad.

—¿Entonces conoces a todos nuestros antepasados, a todos nuestros seres queridos que ya no están con nosotros?

—Todos están en mí.

—¿Y puedes llamarlos a este instante?

El joven tomó la mano de la bruja y la acarició.

—Sé a quién quieres tener a tu lado —dijo—. Si ese es tu deseo, aquí está.

Frente a ellos, en un fulgor, apareció Baracelso. Y Farkina no pudo evitar soltar un grito.

Darvinia, en cambio, se quedó muda, aterida, sin saber qué hacer.

—Hermosa —dijo Baracelso y luego se detuvo a contemplar el mundo que lo rodeaba—. ¿En dónde estoy?

—Estás aquí y ahora —fue la respuesta del muchacho.

Darvinia reaccionó hasta ese momento.

—Estás conmigo —dijo y se abalanzó a sus brazos.



Padre e hijo

Los pasos resonaron a su espalda, y cuando volteó a ver quién hacía semejante escándalo, Sampalio descubrió que un guardia imperial corría hacia él con la cara enrojecida y faltándole el aliento.

—¡Herborista! —gritaba—. ¿Dónde estás?

—¿Qué sucede, hombre? —contestó el estudioso de la naturaleza.

—Se le requiere en la ribera del río. Debe ir cuanto antes. Es urgente.

Sampalio puso cara de preocupación.

—¿Hubo algún accidente en las obras del puente? —quiso saber para llevar su maletín de primeros auxilios.

—No es eso. Llegaron unas criaturas rarísimas y un muchacho y me pidieron que…

—¿Dijiste un muchacho?

—Sí, uno muy raro, que parece ser muy especial.

El herborista ya no escuchó más y salió corriendo escaleras abajo. A empujones se abrió paso entre la muchedumbre, que ya había oído de las criaturas y del puente que estaban haciendo con sus moles.

Al alcanzar la ribera ni se fijó en aquellos monstruos, sino que toda su atención la puso en Yosef, su hijo, que conversaba con el propio emperador. Cuando este vio que se acercaba, lo felicitó.

—Un joven muy listo tienes, herborista.

Pero Sampalio solo tenía ojos para Yosef, que por momentos parecía el muchacho curioso de siempre y, al mismo tiempo, aparentaba ser una criatura extraña, llena de personalidades contradictorias, de temperamentos que chocaban en cada uno de sus gestos y ademanes.

—Padre, tardé en venir, pero aquí estoy. Lo siento.

Sampalio tampoco les hizo caso a las palabras de su hijo y lo abrazó.

—¡Lo que importa es que estés sano y a salvo, mirón de nubes! —exclamó.

Yosef le devolvió el abrazo con entusiasmo.

—No te preocupes, papá, que tiempo es lo que nos sobra.

Y se abrazaron con más fuerza. Todos los presentes sintieron que en ese momento algo nuevo nacía, que los días de la desesperación y el horror al fin habían quedado atrás.

Una ráfaga de viento los estremeció cuando Arlinda bajó de los cielos para ver aquel encuentro y celebrarlo.

—Primo, no sabes cuánto me alegra verte de nuevo.

Yosef abrió sus brazos para que Arlinda los acompañara en aquel vínculo familiar y su prima hizo lo mismo. Fundidos en tal fraternidad, se mantuvieron así varios minutos.

Soroj Tercero aprovechó para pedir a Kalisma que ordenara a la gente en una sola fila para que pudieran cruzar el río por medio de esas criaturas. Yosef y Sampalio se pusieron a platicar animadamente, mientras que Arlinda le decía al emperador que las barjikkas eran de fiar y no se moverían por días.

La multitud aumentaba a cada minuto, ya que se había corrido la voz de que el puente de los monstruos estaba listo y podían pasar por él a pie o a caballo. Pero las dudas persistían entre los que deseaban cruzar el río Tamar. Un hombre que dirigía una caravana con rumbo a un pueblo de Carcoma preguntó al aire.

—Yo llevo mi carreta con dos mulas, ¿puedo pasarla por encima de estos seres?

Yosef tuvo que intervenir.

—No hay problema, pero mantenlas tranquilas, no vayan a ponerse nerviosas y se desboquen.

Cuando logró responder a las dudas de muchos, Yosef regresó junto a su padre.

—¿Qué más necesitan del pasado? —preguntó a todos y a nadie.

—Paz —dijo el emperador—. Mucha paz.

—A ti —contestó Sampalio.

Yosef sacó de su chaqueta una bolsa pequeña, que empezó a desanudar.

Arlinda lanzó un grito de sorpresa.

—Se me habían olvidado por completo, primo —dijo la diosa de la Muerte, maravillada.

El muchacho tomó de la bolsa un puñado de semillas azules y le pidió a su prima que soplara sobre ellas. Arlinda hizo lo que le pedía y las semillas volaron en todas direcciones, se perdieron rumbo a los cuatro puntos cardinales.

—¿Qué clase de semillas son esas? —quiso saber Sampalio.

—Son las semillas de la fertilidad y la exuberancia, padre. Cuando no quede más refugio, cultiva una.

—Van a renovar los suelos de Zarabanda —agregó su prima.

—Y en donde quiera que fertilicen la tierra dejarán una señal de Brebaja y de Anasita. Sus espíritus curarán todo lo que haya que curar.

Sampalio se estremeció al escuchar el nombre de su esposa en boca de su hijo.

—Ella siempre curaba mis penas —balbuceó.

Yosef observó a su padre y de su morral sacó el libro de pasta negra; ceremonioso, se lo entregó.

—Gracias por darme el legado materno que es mi herencia —le dijo a Sampalio—. Pero ya no lo requiero. Tú, en cambio, podrás encontrar entre sus páginas la guía y el consuelo para esta nueva edad que empieza.

Su padre tomó el libro y lo abrió al azar. Las páginas que estaban ante sus ojos eran apuntes sobre las plantas de Zarabanda que crecían en las regiones desérticas: «Cuantas más espinas tienen, más dispuestas las cartasias están a compartir su savia con el viajero. Aunque amargas al paladar, sus jugos sirven para mantenerte en pie mientras cruzas los grandes arenales. La mejor cartasia

es la que los nativos llaman la flor del extravío. Si la pruebas de día, te da la visión del futuro; si la pruebas de noche, te lleva al ultramundo y te permite platicar con los muertos. Los tuyos, los de tu sangre soberana». Había algo escrito a lápiz, con la inconfundible letra de su difunta esposa Anasita en la parte de abajo: «Cierto lo que dice mi madre: probé el jugo de noche y pude darme cuenta de que hay lobos en mi estirpe y seres humanos a los que les gustaba errar por el mundo. De día fue otra experiencia: supe lo que me esperaba si me casaba con Sampalio. No una larga vida, pero sí llena de amor y juegos y lealtades. ¿Para qué quiero más?».

—Gracias —farfulló su padre, conmovido.

Yosef puso sus manos sobre los hombros de su alator preferido.

—Todo vuelve si sabes tener paciencia —le dijo.

El emperador contempló el río Tamar, donde centenares de personas ya cruzaban, con caras de asombro, con gestos de espanto, sobre el puente formado por las barjikkas. Era un espectáculo digno de presenciarse. En vez de hacerse la guerra, dos especies de Zarabanda reforzaban sus lazos, encontraban puntos de unión.

—Disculpen que los deje —les dijo a los presentes—, pero veo que esto es una reunión familiar y hay muchas cosas que requieren mi atención. Me encantará platicar con todos ustedes más tarde, si aceptan tomar conmigo una comida austera, porque mis almacenes de comida han quedado vacíos. Pero les prometo buenas conversaciones y oídos atentos a todas sus historias.

—Ahí estaremos, majestad —dijo Yosef.

Soroj Tercero dio la media vuelta.

A sus espaldas hubo pláticas y abrazos, gente que reía y lloraba al mismo tiempo.

—¿Cómo va todo? —preguntó a la comandante Kalisma.

—A buen paso, su majestad.

El emperador bufó ante aquella palabra.

—Creo que pronto eso de majestad quedará obsoleto.

—Nunca para mí, majestad.

Soroj Tercero volteó hacia donde se encontraban Yosef y Arlinda.

—Cada vez los dioses son más jóvenes, ¿te has dado cuenta?

Kalisma observó al grupo reunido que reía a unos pasos de ellos.

—Mejor así, majestad. Prefiero a esos muchachos cuidando Zarabanda que a los viejos magos y hechiceras que traicionaban por un mendrugo de magia.

Ambos se vieron con miradas de susto.

—Bien dicho, comandante.

—Disculpe, majestad. Sé que voy a cometer una grave falta al protocolo, pero, por el bien de Antara, ¿ha pensado en casarse de nuevo?

Soroj Tercero detuvo sus pasos.

—No es una falta, comandante, es una pregunta necesaria.

—Tal vez con alguna princesa de Mitra —sugirió la comandante—. Digo, si es que alguna queda con vida.

El emperador negó con la cabeza.

—Eso sería mantener las cosas a la vieja usanza. No. Quiero sangre nueva, que vivifique a mi dinastía.

—¿Una bruja, tal vez?

—¡No! Eso sería demasiado revolucionario para nuestro pueblo. Ya lo he pensado estos días y noches. Dime, ¿quién representa la fuerza de Antara, su valor a toda prueba?

Soroj Tercero puso su mirada en Kalisma, pero la oficial del ejército imperial no supo qué responder. Así que el emperador tuvo que ser aún más directo.

—Tú eres una mujer admirable, comandante. Para mí sería un honor que fueras mi emperatriz.

Kalisma abrió la boca, conmocionada ante aquella sorpresiva petición.

—Majestad —balbuceó—, yo… yo…

El emperador la tomó de la cintura, la acercó a sí.

—Lo sé, lo sé. Es peor que ir a pelear contra los ejércitos del Caos. Pero ¿lo pensarás al menos como un deber? Tal vez no para mí, sino para nuestro pueblo. Necesitamos crear un futuro. Y para serte sincero, no quiero morir viudo y sin hijos.

Kalisma reaccionó hasta entonces.

—Seré suya —dijo con resolución—. Le daré la dinastía que necesita nuestro imperio.

Soroj Tercero contempló a su futura emperatriz: alta, musculosa, llena de energía.

—Con que no me rompas los huesos cuando me abraces, me conformo —le advirtió.



El descanso del guerrero

Sampalio se detuvo sobre un montón de cascotes ennegrecidos para orientarse.

No conocía lo suficiente la ciudad de Marfilia como para andar recorriéndola a pie. Y ahora, con las ruinas que por todas partes se amontonaban, menos lograba precisar dónde estaba.

Un hombre de uniforme raído lo saludó desde abajo.

El herborista titubeó un momento antes de reconocerlo.

—¡Netario! —gritó finalmente.

El espía rural le hizo señas de que se acercara con él.

—Me alegra que hayas sobrevivido a esta catástrofe —le dijo Sampalio, mientras ambos se abrazaban.

—¿Encontraste a tus familiares? —quiso saber el soldado imperial.

El herborista le contó una versión somera de sus aventuras.

—Veo que fuiste por tu hijo y tu sobrina y volviste con un par de deidades.

—No puedo verlos de ese modo, porque para mí siguen siendo dos jóvenes imberbes y desvalidos.

Netario le indicó que estaba muy lejos del palacio imperial.

—¿Qué andas buscando por estos barrios de mala muerte?

—Un local llamado «El descanso del guerrero».

El espía se rio en su cara.

—¿No te hizo el favor ninguna de las brujas?

Sampalio se sonrojó pensando en que la noche pasada Prikana había dormido con él. Bueno, no exactamente dormido.

—No es lo que piensas. En ese local está localizado un santuario de nuestra hermandad. Iba a ver cómo habían sobrellevado la emergencia.

—Yo lo conozco bien. Vamos. Está aquí cerca.

Mientras caminaban se iban poniendo al corriente.

—¿Ya te enteraste de la boda de nuestro emperador con nuestra comandante?

Sampalio asintió.

—Lo supe hoy por la mañana. Es el chisme del día. Se casarán en un mes y habrá fiesta en grande.

Netario le dio una palmada en la espalda al herborista.

—Eso necesitamos todos en Marfilia. Un festejo que nos quite de la cabeza el mal trago pasado con la calamidad.

Tuvieron que rodear montañas de escombros para entrar a una zona que no parecía tan destruida. En ella se alzaban algunas casas en pie y un par de edificios sin daños extremos.

—Ese recinto de color rojo es «El descanso del guerrero» —señaló el espía rural.

El local carecía de puertas.

Adentro había un hombre, sentado en el suelo, que tocaba una flauta y una media docena de muchachas, todas cubiertas de polvo, bebiendo de una jarra de peltre que se pasaban de mano en mano.

Nadie les hizo caso.

Un cansancio general se percibía en todos los reunidos en aquel sitio.

Mientras Netario se sentaba junto a las muchachas y les sacaba plática, Sampalio se dirigió al cuarto del fondo, donde una mujer se afanaba sobre un mostrador.

—Soy herborista y vengo a ver qué ayuda necesitas —dijo en cuanto entró.

La mujer, que molía unas semillas ocres en un mortero, no dijo nada.

—Soy gente como tú. Pertenezco a tu hermandad.

—¿De dónde eres? —inquirió la mujer.

—De Vejestorio.

—Estás muy lejos de casa.

Sampalio pensó en su pueblo y, al hacerlo, recordó que debía regresar para devolver el dinero que se le había encomendado.

—Lo estoy —dijo mientras un líquido amargo se arremolinaba en su garganta.

La herborista dejó lo que estaba haciendo y se acercó al alator.

—Llegas a tiempo. Ven. Acompáñame.

Y lo condujo a una habitación más amplia, donde abrió una portezuela en el piso que daba a una escalera.

—Querías santuario, forastero. Bien. Aquí lo tienes.

Al bajar la vista al fondo de aquel cuarto subterráneo, Sampalio se encontró con decenas de personas de rostros demacrados, con mujeres cargando a niños ojerosos, con ancianos postrados en catres y jergones que lo miraban con recelo.

—Son los refugiados más enfermos —le señaló la propietaria—. Los que no han podido regresar a sus hogares. Tienen dolencias sin cuento a causa de la guerra y la falta de comida. ¿Puedes ayudarlos? Yo estoy preparando brebajes, pero no me doy abasto.

—Yo me encargo —dijo Sampalio y se arremangó las mangas de la camisa.

La curandera le indicó una palangana despostillada para que se lavara las manos.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el herborista.

—Soy Caridad —respondió la mujer antes de soltar una risotada.

Abajo alguien tosió con fuerza, alguien soltó el llanto. Sampalio bajó por la endeble escalerilla. El hedor era casi irrespirable. Pero ya estaba acostumbrado. Se había pasado el asedio de Marfilia drenando heridas infectadas, amputando miembros destrozados. Ahora requería curar con más tiento.

—¿Quién está más enfermo? —preguntó sabiendo que todos los residentes de aquel cuarto estaban en las últimas. Vio a un infante sudoroso, con los ojos en blanco, que se convulsionaba. —Pásamelo —le dijo a la madre que lo acunaba—. Déjame ver qué tiene.



Tantas cosas por hacer

Arminia se despertó con los músculos agarrotados. Después de tantas semanas de andar recorriendo el mundo, de luchar contra hechiceros y monstruos de todo tipo, era extraño verse en un cuarto de la torre imperial, en una cama ancha y cómoda, donde cabían tanto ella como Farkina. Contempló a la joven bruja, tan etérea, tan llena de vida, desnuda. La vio con ojos amorosos, pero sin perder de vista sus propias contradicciones y deseos.

«Soy un remolino de apetencias», se dijo a sí misma. Apenas obtengo lo que quiero y ya ardo en anhelos por ir en búsqueda de nuevas experiencias. ¿Será por ese revoltijo de magos y hechiceras que cargo en mi cabeza, por esas voces que revolotean al fondo de mi mente?

Se bajó de la cama sin hacer ruido y, tomando sus ropas, salió de la habitación. No había nadie en el pasillo. Lo recorrió bajo un conjuro de invisibilidad hasta llegar al cuarto que buscaba. Abrió la puerta sin hacer ruido; allí estaba, acostado, roncando, el consejero Corsac. Se acercó a él y, con un raudo movimiento, le tapó la boca mientras se ponía encima de él.

—Espero que seas tan servicial como lo pregonas —le susurró al oído.

Corsac, ya repuesto de aquella intromisión, le sonrió.

—A sus órdenes, archimaga.

—Vine a comprobar tus dotes… diplomáticas.

El consejero se irguió un poco para besarla mientras sus manos recorrían su cuerpo.

—No pensé que vendrías —le dijo.

—No pienses —fue la respuesta de la joven hechicera—: actúa.

Unas horas más tarde, ya en la sala de los estrategas, Arminia observó la marcha de la gente que seguía cruzando el puente sobre el río Tamar y perdiéndose rumbo al norte. Las figuras del emperador y de Kalisma se veían recorriendo las obras de reconstrucción, cuchicheando entre sí. Prikana daba vueltas en el aire vigilando que nadie cayera al agua. Farkina apareció bostezando y se puso a su lado, pero en vez de contemplar a la multitud que allá abajo trabajaba por un fin en común, prefirió mirar a la archimaga, su amiga, su confidente.

—Zarabanda parece otra —dijo mientras acariciaba la larga cabellera de su compañera de cuarto.

Arminia no volteó a verla.

—¿En qué sentido? —quiso saber.

—Cada día las personas se hacen más independientes, menos sumisas. No necesitan órdenes para hacer lo que es debido.

—¡Qué bueno! ¡Ya era hora!

La bruja vio su gesto desafiante y pensó que la archimaga había aprendido muchas lecciones con la guerra y que no todas eran dolorosas. Algunas mostraban apenas sus alcances para los nuevos tiempos que se les presentaban.

—Explícamelo —le suplicó.

Arminia le señaló el lugar donde estaban.

—Creamos reinos, imperios y hermandades donde unos cuantos dominaban a los demás, donde unos cuantos regían sobre una población a la que solo se ponía a trabajar como campesinos, soldados o mercaderes. Pero la aristocracia acabó olvidándose de las penalidades de la gente que vivía con tantas limitaciones, con tantos sufrimientos. Y nosotros, la gente de la magia, hicimos algo parecido. Pusimos reglas para que solo la gente ambiciosa, despiadada, entrara a nuestras cofradías y solo obtuvimos lo que sembramos:

codicia y traiciones. Como ya te he dicho, creo que debemos volver a abrirnos por completo, que tenemos la responsabilidad de establecer hermandades de magos, hechiceras y brujas que representen a todas las comunidades de Zarabanda y no únicamente a los que cuentan con hambre de poder. Hermandades donde acepten por igual a licántropos que a seres humanos, a enanos que a criaturas mecánicas. Arlinda nos ha abierto los ojos a nuestras propias limitaciones, a nuestros propios prejuicios.

Farkina observó a la joven hechicera, se la comió con la mirada.

—Y tú —inquirió—, ¿te abrirías por completo a lo nuevo, a lo extraño, a lo diferente?

Arminia sonrió a medias.

—¿No te lo he demostrado ya, hermosa? Acompáñame a caminar un buen rato. Necesito despejar mi mente, tener claras mis ideas.

—¿Tus ideas o tus sentimientos?

La archimaga le devolvió la mirada, y en sus ojos se encendieron fuegos extraños, sombras imbatibles.

—Mis ideas y mis sentimientos son una misma planta. Como esas enredaderas que crecían en los muros de la isla de Cedrel.

Bajaron hasta las ruinas de la ciudad y, entre la muchedumbre, lograron salir a campo abierto, donde la tierra ennegrecida comenzaba a llenarse de pasto.

—Hemos de ser mejores que nuestros antepasados —dijo la joven hechicera.

—Hemos de amar mejor que nuestros antepasados. Sin trabas. Sin prohibiciones.

Arminia se detuvo frente a una trinchera que le recordó la batalla de Marfilia.

—Aquí luché pensando que iba a morir.

—Pero estás viva, ¿no es así?

—Deberíamos ir a recorrer el mundo, tú y yo, para conocer a todas las criaturas de Zarabanda y que sepan que ya no las vamos a dejar de lado, que ahora todas ellas pertenecen a nuestra hermandad o, mejor, que nosotros

pertenecemos a la suya. Hay que apostar fuerte por el cambio, no tener miedo a lo que venga.

—Correr riesgos, tal es mi lema de vida, mi divisa de amor.

—Y no olvides a la comunidad de herbalistas y curanderas, de la que Arlinda y Yosef descienden, de las que yo misma desciendo; debe tener voz y voto en las decisiones de nuestro tiempo, las ordinarias y las extraordinarias. Cada día veo con más nitidez que Brebaja es la que nos puso en camino, la que nos abrió los ojos, la que tuvo fe en nosotros para consolar al mundo, para transformarlo en un árbol generoso.

—Tu abuela, la aventurera nata. Me encantaría conocerla.

—Un día lo harás.

—Eso si seguimos juntas.

Arminia abrazó a su acompañante y le plantó un beso sonoro en la boca.

—Hay muchas cosas por hacer —dijo al separarse.

—Muchísimas —contestó Farkina, temblando, asustada, incrédula, feliz.

Cuando regresaron a la ciudadela, la joven hechicera se desvió hacia los establos imperiales.

—Quiero saludar a mi cabalgadura —dijo—. Te la quiero presentar.

En el fondo del establo, Samara e Isino estaban pastando.

De reojo, la yegua las vio acercarse y empezó a platicar como si no estuvieran a la vista.

—Como te digo, los seres humanos son las personas más desagradecidas del mundo. En cuanto ya no les sirves te abandonan a tu suerte, se olvidan de ti.

Isino le siguió la corriente.

—Y que lo digas, querida. Pero ¿sabes lo que es peor? Que se adjudican grandes hazañas cuando no podrían realizarlas sin nuestra ayuda. Cuando escuchas sus historias, parecería que solo ellos y ellas lo hicieron todo y nosotros no aparecemos ni como apoyos. Apuesto a que en los tratados de los magos las aventuras de Arminia se contarán con todos los pormenores, pero no se hablará de Samara, la que cargó con ella, la que la llevó de Cedrel hasta Marfilia, y de Marfilia hasta el país de las nubes y más allá.

Samara movió la cabeza, agitando sus crines.

—Así son. Olvidadizos. Pagados de sí mismos. Incapaces de decir gracias.

Arminia puso su mano en el largo cuello de la yegua.

—Gracias, preciosa —dijo con toda sinceridad.

Samara pareció no advertir sus palabras.

—Y solo te dan las gracias cuando pretenden otro favor.

Farkina se rio ante aquella pulla.

—Te conocen bien, amiga.

—Así es. Te presento a Samara, la más veloz de su especie.

—Y la más inteligente —agregó la aludida.

—Un honor el conocerte, Samara. Yo soy Farkina, hija del páramo, señora de los vientos encontrados.

—Y yo soy Isino, que fue cabalgadura de grandes caballeros y de un consejero que se creía mucho. ¿Cómo se llamaba?

—Se llama Corsac —dijo la voz de Corsac a sus espaldas—. Y aquí está para comprobarlo.

Todos voltearon a ver al recién llegado y se rieron.

—¿A qué se debe esta reunión? —indagó Isino.

—Yo vengo todos los días —se deslindó el consejero.

—Yo… no —confesó la joven hechicera—. Y como tengo que cumplir mis deberes saliendo a buscar aliados en todo el mundo para reconstruir Zarabanda, venía a despedirme de ustedes dos, Samara e Isino. Los voy a extrañar. Mucho.

La yegua agitó las orejas.

—Podría ir contigo —dijo con vehemencia.

—Y allá vamos de nuevo —exclamó Isino.

—Yo me apunto —señaló el consejero—. Siempre y cuando pasemos por mi pueblo natal, Preboste. He recibido noticias de que mis padres y mi hermana sobrevivieron al desastre.

La archimaga recordó lo que su compañero de aventuras le había contado en días más aciagos.

—¿Tu hermana, la testaruda? Ya te dije que quiero conocerla, ser su amiga si me lo permite. Claro que pasaremos por tu casa, esperando que seas el buen anfitrión que tanto cacareas.

—Lo seré, ya verás —respondió de inmediato el consejero.

Farkina contempló a Arminia y a Corsac, las miradas entre ellos, las chispas que entre ellos se sacaban, y rio sin contenerse.

—Vamos a tener que compartirla, consejero —le dijo, sin dejar de reírse, en tono de advertencia.

Corsac miró a Farkina y a la archimaga, vio lo que se traían entre manos, y entendió el puesto que le ofrecían, la vida que tendría que llevar.

Sin perder el aplomo, hizo una reverencia.

—Yo solo quiero lo mismo que Arminia —concluyó—: cumplir con mi deber.

—Sí, cómo no —fue la respuesta de Samara.

Y todos rieron de nuevo, sin recato, sin pudor.



De vuelta a casa

Era un día luminoso cuando llegaron a Vejestorio a lomos de una pequeña brajikka, que apenas se alzaba cinco metros del suelo. Sobre ella iban Sampalio, Yosef y Arlinda. Aunque hubo una cierta conmoción ante la extraña criatura, los sobrevivientes de la calamidad estaban más apurados en levantar de nuevo su poblado que en hacerse los curiosos con aquel animal nunca antes visto. Así que apenas hicieron caso a los recién llegados. Vejestorio aún era, como tantas otras aldeas a lo largo y ancho de Zarabanda, una ruina humeante, donde apenas comenzaba a brotar la hierba en los campos, las flores en las tierras circunvecinas.

A la entrada del pueblo había una larga fila de personas que se pasaban pedazos de cascajo de los edificios destruidos y de las casas derrumbadas. Otras filas servían para llevar cubetas llenas de cenizas, que se depositaban en una hondonada a las afueras de Vejestorio. Uno de los pocos recintos en pie era la escuela. A la entrada de la misma encontraron a Dimitrus y a Teodorio dirigiendo los trabajos de reconstrucción. Yosef se adelantó a saludar a sus maestros.

—Me alegro de verlos —les dijo.

—Y nosotros a ti —respondió Teodorio.

Dimitrus vio al trío y los abrazó con júbilo.

—Sabía que los ejércitos del fuego no los atraparían.

Y volviéndose a Sampalio, lo recriminó en broma:

—¿Qué pasó con los mercenarios que te pedimos? Este par de muchachos que traes contigo no nos sirven de mucho.

Yosef y Arlinda rieron ante la broma. Sampalio, sin embargo, se tomó el comentario en serio.

—Nunca los encontré. Puedo devolver al gremio de mercaderes su dinero. Lo traigo conmigo.

—Excelente. Lo usaremos para comprar material de construcción, que es lo que más escasea por estos rumbos, como ya has visto.

—Arlinda —la saludó Teodorio—, te veo muy cambiada.

—Muchas cosas han pasado, magíster.

—Y tú, muchacho, ¿qué peligros enfrentaste, qué aventuras fueron tuyas?

—Si le contara, magíster.

—Pues cuando terminemos hoy nuestra jornada de trabajo, mucho me gustaría oír lo que tú y tu prima tengan que contarnos. Como miembro de la cofradía de los anaquelistas, todo relato vale la pena, toda historia lleva en sí su propia enseñanza.

—Así lo haremos, magíster —contestó Arlinda por ambos.

Yosef, que por todas partes que volteaba veía destrucción, decidió intervenir en aquella labor reconstructiva.

—Puedo traer el Vejestorio anterior a la tormenta y cambiarlo por el de ahora —dijo en voz alta.

Por la cara que pusieron Dimitrus y Teodorio, ninguno comprendió lo que quería decir, pero Sampalio le puso la mano en el hombro.

—No lo hagas, hijo —le pidió—. No uses tus poderes, por favor. Aquí no se necesita la magia, sino la mera voluntad de las personas, el esfuerzo en común. Vamos a ayudarles con nuestra participación. Lo apreciarán más, te lo aseguro. Porque será obra suya, hecha con su esfuerzo y trabajo, y no una dádiva de los grandes poderes. Permíteles que reconstruyan sus casas, nuestra aldea, a su ritmo, según su propio criterio.

Y su padre se puso a quitar los escombros de la entrada de la escuela. Al ver lo que hacía Sampalio, Yosef no pudo menos que reconocer que tenía razón. Caminó hacia el interior de la escuela y entró a su antiguo salón de clases. Observó el pizarrón tirado en el suelo. Lo tomó con cuidado y lo colocó, de pie, contra la pared. En el pizarrón estaba dibujado un mapa de Zarabanda y Teodorio había escrito un par de preguntas que parecían de lo más pertinentes: «¿Qué mares nos faltan por conocer? ¿Cuáles tierras nos faltan por explorar?».

Arlinda apareció a su lado.

—Tal vez debamos volver a clases —le dijo.

Su primo se rio.

—Por ahora me conformo con ayudar a limpiar este recinto.

Su prima tomó un trozo de franela y comenzó a quitarle el polvo al escritorio medio roto.

—Si crees que te van a dar una buena calificación por dejarlo como nuevo, te equivocas.

Ahora Arlinda rio.

En otro salón, Sampalio se arremangó las mangas de la camisa y se dispuso, junto con Dimitrus, a mover una pesada viga de madera que obstruía el pasillo central de la escuela.

—¿Murió mucha gente? —preguntó al herrero.

—Poca para tanta destrucción. La hermana de tu esposa, Salustia, y su marido dieron refugio a la mayoría de nuestros vecinos. Los demás nos ocultamos en los subterráneos y en las cloacas hasta que pasó lo peor. Lo que nos salvó es que el fuego no se detuvo, sino que parecía ir en pos de algo o de alguien. Hasta pensé que iba detrás de Yosef y Arlinda, lo cual es ridículo.

Sampalio tosió para evitar la imprudencia de contar la verdad.

—¿Estás listo? —preguntó para cambiar de tema la conversación.

—Cuando gustes. Hay que mover la viga a un lado y dejarla caer en cuanto ya no impida el paso hacia el patio comunal.

Por su parte, los dos muchachos se metieron hasta la biblioteca de la escuela. El fuego había destruido buena cantidad de libros, pero no todos.

Arlinda tomó uno polvoriento, pero con las páginas intactas. Solo la cubierta parecía chamuscada.

—Mira, primo, esto te va a interesar.

Yosef leyó la portada en voz alta.

—*Tratado de las calamidades habidas y por haber*. Perfecto para nuestros tiempos, prima.

Arlinda contempló las ruinas que los rodeaban.

—¿Crees que si vuelvo a la escuela me seguirán acusando de bruja?

—Creo que ya a nadie le importa eso. Hay cosas más urgentes en la cabeza de nuestros compañeros de clase. Y recuerda que los edictos imperiales acaban de nombrar a las brujas como salvadoras de Zarabanda, como liberadoras de Antara.

—Voy a buscar a mis padres. Sé que están bien, pero de todos modos quiero verlos. ¿Qué harás tú?

Yosef se encogió de hombros.

—Quedarme en casa con mi padre. Al menos hasta arreglar este desastre.

Arlinda dirigió una mirada cautelosa a su primo.

—Es bueno volver —le dijo.

—Lo es, pero también esto, este momento, este Vejestorio, esta escuela, es una ilusión. Nunca más volveremos a ser lo que éramos.

—Vamos, que sea menos. Ahora podemos vivir en la realidad y en la ilusión a la vez. Una no quita a la otra. Ambas se necesitan, se complementan.

Yosef sopló a los estantes y las cenizas se transformaron en libros intactos.

—Tu papá te pidió que…

—Lo sé, prima, pero no quiero que ningún estudiante se pierda la sabiduría que estos tratados contienen, el gozo que son.

Arlinda lo contempló con orgullo.

—Eres un ratón de biblioteca.

—Y tú una diosa.

Ambos se quedaron en medio de aquellos libros relucientes sin decir palabra, respirando el polvo que flotaba sobre los estantes rotos y las repisas quebradas.

Cuando finalmente Arlinda se marchó rumbo a la panadería de sus padres, Sampalio seguía trabajando, hombro con hombro, con el resto de los residentes de Vejestorio. Fue entonces que Yosef decidió ir a su casa. La encontró destruida en parte, pero no quemada. Entró al patio interior y observó el cielo ceniciento.

Una sombra saltó entre los escombros y se le acercó aullando lastimeramente. Yosef reconoció al perro sarnoso que, semanas antes, había conocido en las cloacas. El animal le ladró un par de veces: más que agresivo, asustado por su presencia. Acuclillándose frente a él, le ofreció una galleta, que hizo aparecer de la nada; el perro se la arrebató de un mordisco.

«Ya veo», pensó. «Eres un superviviente nato y has hecho de nuestra casa tu guarida».

El animal olfateó el aire y volvió a ladrar. Yosef vio que seguía flaco y lleno de llagas.

—¿Quieres que te deje como nuevo? Está bien. No te muevas.

Y procedió a cambiar el mundo, a mejorarlo. Cuando terminó, aquella criatura parecía otra.

—Te llamaré Escanio —le dijo—. ¿Te parece?



Alguacil de la frontera

El templo de los venerables antepasados estaba en Tijuerko, un pueblo montañoso de Carcoma situado en lo alto de una pequeña colina. El templo no contaba con techo. Era, simplemente, un círculo de columnas cubiertas por un toldo amarillento, en cuyo centro se levantaba un altar de piedra. En sus escalinatas exteriores se sentaban los mercaderes y las sacerdotisas, unos vendiendo sus artículos de fantasía y las otras sus vaticinios y bendiciones. En esa multitud había de todo: lectoras de cartas, augures, comadronas, sepultureros, ladrones, mercenarios, prostitutas y orfebres dando a conocer a gritos sus ofertas.

En una esquina, una muchacha no mayor de quince años esperaba a sus clientes con una silla enclenque y un libro de símbolos expuesto a la curiosidad de los visitantes. Había para todos los gustos y creencias: la muerte risueña que bailaba con una guitarra en la mano para los nativos de Tepozcalli, una botella de licor cerrada para los viajeros de Bohemiar, la pareja imperial, Soroj y Kalisma, para los residentes del imperio de Antara.

Una pareja se acercó a la muchacha. Ambos caminaban tanteando el terreno, reconociéndolo. Él llevaba puesto un turbante y un sable cubría su pecho. Ella llevaba una espada colgando de su espalda y una mirada que no

perdía detalle de su entorno.

—Eres rara —le dijo la muchacha—. Tu andar es de guerrera. Tus ojos, en cambio, son de maga.

—Muy perceptiva —dijo la visitante—. Quiero hacerme un tatuaje.

—¿Cuál? —preguntó la muchacha y le mostró el libro de símbolos.

Arminia señaló la estrella de los ladrones.

—Vaya, vaya. Además de guerrera y maga, también eres salteadora de caminos.

La archimaga le enseñó el tatuaje que ya tenía en su hombro izquierdo.

—Y contrabandista, válgame el cielo. Eres un dechado de curiosidades, mujer. Siéntate. Esto saldrá rápido. Tu tatuaje es uno de los que más me piden. Me lo sé de memoria.

—¿Qué más te piden? —inquirió la joven hechicera mientras se sentaba y extendía el dorso de su mano.

—Te vas a reír, pero lo que está de moda es borrar ciertos tatuajes. Los del ejército de Caos, los de la llamarada y el fuego entrelazado. Muchos hombres yesca no quieren que los descubran. Soy buena para quitarlos sin que se note.

—¿Cómo les ha ido a los hombres yesca por estos rumbos?

La muchacha hizo un gesto de horror.

—Como en todas partes, si tienen suerte los golpean y los matan. Si no, encontrarás su destino en el circo que está bajando esta colina.

Arminia dejó que la muchacha hiciera su trabajo. En veinte minutos la archimaga le mostró el resultado a Iseke. Ambos estuvieron satisfechos con el tatuaje. A la hechicera le había costado doce upias, pero valía la pena.

—Ya soy parte de tu hermandad —le dijo la joven hechicera—. Lo que prometo lo cumplo.

—Solo falta un rito —le respondió el jefe de bandoleros y le indicó que lo acompañara al interior del templo destechado. Bajo la protección de una de las columnas más distantes se había instalado un horno pequeño. Una mujer de edad lo cuidaba con esmero para que el fuego nunca se apagara. Iseke depositó un par de monedas en la mano de la anciana y esta abrió la trampilla frontal

del horno para que pudieran acceder al interior. El jefe de los forajidos sacó de su morral una figura de cera que representaba un árbol con numerosas ramas. Rezando una plegaria, la arrojó a las llamas, donde pronto se derritió.

—¿Tus muertos? —preguntó Arminia.

—Mis antepasados. Y los tuyos, ¿los recuerdas?

La archimaga sintió un tirón doloroso en el pecho.

—Pocas veces me detengo a pensarlo.

—Pues hoy es un buen día para hacerlo.

El jefe de bandoleros puso otro par de monedas en la mano de la anciana, y sacando una figura idéntica de su morral, se la pasó a la joven hechicera.

—Gracias —dijo esta, conmovida.

—Una ofrenda, un linaje —le señaló Iseke.

Arminia miró la figura de cera y la arrojó al horno. Mientras la veía derretirse pensó que contaba con muchos antepasados: los de su sangre, sí, pero también los de su magia. Las voces de los magos y hechiceras que resonaban en su cabeza, que le daban consejos, que la hacían reír con sus anécdotas. Todo se entrelazaba: sus fantasmas, sus espíritus.

—Tus antepasados te lo agradecerán. Ahora sí ya eres parte de la hermandad de los saqueadores de caminos, de los ladrones de prestigio.

—¿Es todo?

—Bueno, es costumbre que la recién aceptada ofrezca un banquete. En tu caso me conformo con una comida de pie en un tenderete callejero.

Bajaron despacio por la ladera menos empinada. Un río de gente iba en sentido contrario. Al pie de la colina los esperaban Farkina y Corsac.

—¡Déjame verlo! —le espetó la bruja en cuanto la vio llegar a su lado.

La archimaga le enseñó el tatuaje recién hecho: la estrella de cinco puntas con la calavera en la parte superior que ahora decoraba su mano.

—Buen trabajo —dijo Corsac, pero se notaba que los tatuajes poco le interesaban. Parecía que aún deseaba regresar sobre sus pasos, haberse quedado más días en Preboste, su pueblo natal. Con esos pensamientos rondando su cabeza, se volvió a la hechicera.

—¿De verdad crees que Yaziria tiene talento para la magia, como les dijiste a nuestros padres?

Arminia lo miró con fastidio. No quería seguir respondiendo a la misma pregunta el resto del viaje.

—No, consejero. Les mentí a tus padres para que a tu hermana le dieran permiso de salir de casa y de esa forma conociera el mundo que hay más allá del castillo donde vive. Si Yaziria tiene magia en su interior, es la del anhelo de libertad, es la del deseo de independencia. Y debo decirte que esa es, desde mi punto de vista, una magia mayor, que debemos fomentar. Pero tu hermana es buena para los números. Bien puede acabar siendo una ingeniera, una administradora. Su magia sería la de los cálculos, la de las cuentas.

Ante esa respuesta, Corsac guardó silencio mientras atravesaban los pasillos del mercado.

«Queremos que todo vuelva a ser como antes», pensó, «pero eso es imposible. El Caos ha desaparecido, aunque sus heridas todavía nos acompañan. Todos hemos quedado marcados de una u otra manera. Antes solo me sentía orgulloso de pertenecer al gran imperio de Antara; hoy me siento orgulloso de tener una hermana que quiere conocer el mundo, de estar unido a una hechicera y a una bruja, de ser amigo de un bandolero. Esa será la vida, mi vida, nuestra vida, de aquí en adelante. Y no la cambio por nada».

Comieron en un puesto especializado en sopa de anguilas, que a los cuatro les supo deliciosa. El consejero, al que le interesaba conocer cómo quedó el reino de Mitra después de que el fuego lo asolara, les instó a marcharse de Carcoma.

—Antes visitemos el circo ambulante —sugirió la joven hechicera.

Lo encontraron más allá de los puestos de comida.

—Pasen —les dijo el vendedor de la entrada—. Van a contemplar un espectáculo que les va a encantar. Por los cuatro son ocho upias.

El circo solo contaba con una carpa raída y una pista redonda en cuyo centro se levantaba una jaula metálica igualmente redonda. Una multitud de curiosos la rodeaba, por lo que no pudieron ver qué fiera guardaba su interior,

qué bestia iba a ser la estrella del espectáculo. El maestro de ceremonias, un tipo regordete y con un sombrero enorme, les pidió que se acercaran.

—No tengan miedo, viajeros distinguidos. Los prisioneros están drogados.

Los cuatro se aproximaron a la jaula y haciendo a un lado a los curiosos, vieron que, dentro de ella, en el suelo de la misma, estaban tirados un par de hombres yesca. Los tatuajes en el pecho y los brazos los delataban. Y ciertamente parecían adormilados, casi inconscientes.

El maestro de ceremonias hizo sonar una campanilla. De la parte trasera de la carpa salió un hombre alto y fornido con un balde en cada mano.

—Ustedes eligen, señores y señoras: les echamos agua o les echamos aceite. Les salvamos la vida o los quemamos como ellos quemaron nuestras casas, como ellos hicieron arder a nuestras familias. ¿Qué prefieren que hagamos?

Mientras la multitud rugía la segunda opción, Arminia se acercó a Iseke y le tendió una porra de bronce y un pergamino con el sello imperial.

—¿Qué es esto? —preguntó, desconfiado, el jefe de los forajidos.

—Tu nuevo cargo. Soroj Tercero firmó la orden de su puño y letra.

Iseke leyó el contenido del pergamino.

—Aquí dice que no hay orden de persecución contra ninguno de mis hombres, que me nombra alguacil de la frontera.

—Qué mejor que un salteador para detener el saqueo.

El jefe bandolero movió la cabeza, incrédulo.

—Me voy a enemistar con medio mundo.

—No seas exagerado. Te vas a enemistar con todo el mundo. De aquí en adelante deberás cuidarte las espaldas.

—Eso hago desde niño.

—Entonces cumple con tu deber de alguacil de la frontera —le dijo archimaga y le señaló al hombre fuerte que había dejado el balde con agua y levantaba con las dos manos el de aceite para quemar a los hombres yesca. ¿O vas a permitir semejante atrocidad ahora que las hostilidades han cesado?

El maestro de ceremonias se plantó frente a la multitud y pidió calma.

—Primero lo primero —dijo y mostró una lámpara encendida—. Cuando los bañemos con aceite, ¿quién paga veinte upias por el placer de lanzar esta lámpara a la jaula? Veinte, bien. ¿Quién da veinticinco?…Vamos, no sean tímidos. Bien. Así me gusta. ¿Quién ofrece treinta?

Iseke volvió su atención a la archimaga.

—Recuerdo, hechicera, que hace poco, en Marfilia, andabas descabezando hombres yesca donde te los encontraras. No había quién te ganara en cortar sus cabezas, en hacerlos cenizas. ¿Por qué ahora los defiendes? ¿Qué ganas con ello?

Arminia tomó en serio las palabras del jefe de bandoleros.

—Quizás porque ya me cansé de cortar cabezas. O tal vez porque aprendí que los tiempos de paz nos hacen preguntarnos qué bestias fuimos en tiempo de guerra, cómo llegamos a ser tan crueles. La guerrera que fui entonces, la que tú conociste, la que luchó a tu lado, sigue estando en mí, bulle en mi cabeza, exige venganza en vez de justicia. Pero los hombres yesca ya no son mis enemigos. Ni son los tuyos. Matarlos ya no está justificado. Es un acto de cobardes.

—Sin esa crueldad, sin esa fiereza, no estaríamos vivos —le recordó Iseke.

—Lo sé, pero ahora son otros tiempos y es otra la forma de comportarnos con nuestros enemigos de entonces. ¿Para qué soplar las ascuas si no queremos avivar el fuego?

—Hablas como Arlinda.

En el rostro de la archimaga se esbozó una sonrisa.

—¿Qué quieres que te diga? Ambas somos nietas de Brebaja, la que fue contra lo establecido, la que no siguió la corriente.

El maestro de ceremonias ya recibía las ochenta upias del ganador; el tiempo se acababa. Ambos contemplaron la jaula con los hombres yesca. El jefe de los ladrones miró a su acompañante con actitud decidida.

—Entendido, hermana de tatuaje. Todos merecen protección, incluso los peores asesinos.

Iseke sopesó la porra y se abrió paso entre la multitud.

—¿Aceptó el puesto? —le preguntó Corsac en susurros.

—No sé todavía, consejero. Si hay pelea, lo hizo.

El zafarrancho se desató, en ese mismo instante, en las filas delanteras del público. El primero en salir volando fue el maestro de ceremonias.

—Allí tienes tu respuesta.

Por alejarse del tumulto, los tres acabaron fuera de la carpa. Farkina estaba de buen humor: abrazó a la joven hechicera y a Corsac con fuerza.

—Se me ha ocurrido una gran idea. ¿Por qué no nos hacemos los tres un mismo tatuaje?

—¿Tal vez un triángulo? —bromeó el consejero.

—No. Algo mejor. Una alianza: tres círculos entrelazados.

—Tienes buen gusto, bruja —señaló Arminia.

—No creas. Aún no les he dicho en qué parte de nuestros lindos cuerpos quiero que nos los hagan.

Corsac la miró con cara de susto.

—¡No te alarmes, consejero! —le dijo Farkina con gesto serio y mirada pícara—. Ya te daremos, la maga y yo, besitos para que te duela menos, para que sane pronto.

La archimaga les indicó que el asunto con los hombres yesca ya estaba resuelto. Iseke había golpeado con el cetro la cabeza del hombre fuerte del circo, mandándolo al suelo en pleno desmayo. Y tomando el balde con aceite había bañado con su contenido al público, ahora asía la lámpara encendida, la que había subastado el maestro de ceremonias, y amenazaba con ella a los presentes. Estos, viendo la conflagración que los esperaba, salieron corriendo de la carpa para no sufrir lo que hacía poco pedían para los hombres yesca.

—Les dije —afirmó Corsac—. Nuestro amigo fronterizo es un hombre de muchos recursos. Será un alguacil de primera.

—Bien por él —afirmó la joven hechicera—, ahora solo falta sacar de su encierro a ese par de hombres yesca y podremos irnos.

Poco tiempo después se apareció Iseke, sosteniendo al par de hombres yesca.

—Voy a llevarlos a la guarnición imperial, para que los protejan mientras pongo orden en este pueblo —dijo mientras pasaba a su lado.

Como tardó en volver, fueron a ver qué asuntos retrasaban al nuevo alguacil de la frontera. Lo encontraron en un taller mal iluminado, donde un grupo de hombres se afanaba en una máquina de madera.

—Disculpen —dijo el jefe de bandoleros—. Me detuve aquí para pedir un encargo, pero se han tardado más de lo previsto. Pero ya está, finalmente lo terminaron.

—¿Qué es esto? —preguntó Farkina, intrigada.

—Una imprenta —le contestó Iseke—. Una caravana venida de oriente la trajo hace poco. Es un instrumento que imprime anuncios en poco tiempo.

Y le mostró una hoja de vitela con letras impresas en tinta verde.

Arminia leyó el encabezado en voz alta.

—«DECRETO IMPERIAL: A partir de hoy brujas, hechiceras, magos, hombres yesca, licántropos y cualquier otra criatura mágica, pueden circular libremente por Zarabanda. Cualquiera que los agreda, los esclavice o los lastime tendrá que enfrentar las consecuencias. Firmado: Iseke, alguacil de la frontera».

Farkina se lo arrebató a la archimaga.

—¡Al fin! —casi gritó mientras lo sostenía en la mano.

—Quédate con ese papel —le dijo el jefe de los bandoleros—. Me imprimieron un centenar para colocarlos en los principales poblados de Carcoma. Ya están envolviéndolos.



Y volviéndose a la archimaga, le comentó que los hombres yesca rescatados del circo ya estaban a salvo, aunque se quejaban por haber sido vejados por la gente del pueblo.

—Al menos están con vida —dijo la hechicera.

A Iseke no le gustaba su nuevo papel de apagafuegos.

—¿Crees que los antiguos seguidores del Caos te van a agradecer tus buenas intenciones? —inquirió mientras veía que Corsac examinaba la máquina de imprenta.

—No lo hago por ellos. Lo hago para recordarme que ya no estamos en guerra.

—Mucha gente en el imperio piensa otra cosa —le replicó el ahora alguacil de la frontera.

Arminia estuvo de acuerdo.

—Las heridas que causaron no sanarán pronto. Lo sé. Pero hay que empezar por algún sitio.

—Cuidado, archimaga. Al defenderlos, mucha gente va a pensar que estás a su favor, que condonas la violencia que llevaron a cabo, la destrucción que trajeron.

La hechicera reconoció que así estaban los ánimos en general. Pero no dio su brazo a torcer.

—Te recuerdo, oficial del imperio, que los hombres yesca eran esclavos de un mago cruel, que no contaban con voluntad propia.

—Y yo te recuerdo que, como esclavos, sirvieron a su amo con furor implacable.

Arminia miró a Farkina y descubrió las miradas de suspicacia que la gente le lanzaba al pasar junto a ella. Para los habitantes de Tijuerko, la bruja era un monstruo más al que aborrecían del mismo modo que lo hacían con los hombres yesca.

—Y sin embargo tengo fe en ellos —dijo.

—¿Por qué? —quiso saber Iseke.

—Porque solo así puedo mirarlos a la cara, pensar que no quiero decapitarlos más, que merecen vivir sus vidas como nosotros. Yosef y Arlinda tienen razón: o nos salvamos todos o el ciclo de la guerra nunca se extinguirá.

—Pides demasiado —le señaló el alguacil de la frontera.

—Siempre lo hago: comenzando por mí misma.

Poco más tarde salieron de aquel taller. Corsac e Iseke cargaban, cada uno, un rollo grueso con los edictos recién impresos.

—Ha sido un buen día —exclamó Arminia.

—Y más lo será si nos hacemos el tatuaje de la alianza —añadió la bruja.

—¿Todavía andas con eso? —se quejó el consejero, renuente aún a dar tal paso.

—Vamos, Corsac. Una batalla más y terminamos —intervino la hechicera.

El consejero le sostuvo la mirada.

—Por ti, archimaga, haré lo que sea.

Conversando de sus planes, de justicias por ejecutar, se dirigieron al pie de la colina, donde la tatuadora escuchó sus peticiones con gesto jovial.

—Lo que el cliente pida —indicó.

Mientras sacaba su instrumental y ponía las agujas a la vista, la muchacha sonrió ante la tarea que llevaría a cabo. Las dos mujeres parecían decididas, pero el que llamaban el consejero casi temblaba de pavor.

—No te preocupes —le dijo para tranquilizarlo—. No hay dolor que no valga la pena.

Y extendió la mano para empezar su trabajo.



¿Y eso es todo?

Estaban en la plaza principal de Vejestorio. No quedaba en ella ni un monumento en pie ni bancas donde sentarse. La gente traía sus propias sillas o se acomodaba entre los montones de escombros para escuchar lo que Sampalio les iba contando. Pero el alator estaba agotado de tanto hablar. Llevaba varias horas narrando lo que había visto y experimentado desde que salió de Vejestorio para ir a reclutar mercenarios a Mitra. Tenía la boca seca y la garganta le escocía. Como llevaba buen tiempo de pie, las piernas le temblaban, pero ya había relatado los hechos en que participó durante los tiempos de la calamidad y, aunque la fatiga le pinchaba todo el cuerpo, no quería defraudar la curiosidad de sus vecinos.

Dimitrus le pasó un tarro de cerveza tibia mientras Teodorio esperaba, impaciente.

—¿Y eso es todo? —preguntó el magíster, que aún deseaba conocer más detalles de sus aventuras por lejanos reinos.

—Más o menos —le contestó el herborista—. Si quieres el relato completo tendrás que pedírselo a Yosef y Arlinda. Ellos lo vivieron de primera mano.

—Vamos, Sampalio, no seas tan modesto —le recriminó Dimitrus—. No cualquiera luchó en Marfilia contra las fuerzas del Caos, como tú lo hiciste.

El alator se quitó los restos de espuma con la manga de su camisa.

—Para ser precisos, estimado forjador de armaduras, no combatí. Mi trabajo fue más de tratar a los heridos, de curar a los quemados.

—Es lo mismo —le espetó el magíster—. Pusiste tu grano de arena por la Gran Causa.

El herborista dejó de beber para encarar aquella imagen falsa de su contribución en los últimos acontecimientos.

—No, no lo es. Luchar es herir al adversario, es exterminar al enemigo. Curar es sanar heridas, las tuyas y las de los demás. En más de una ocasión, cuando ya no hubo más combates, curé lo mismo a soldados del imperio que a hombres yesca.

Un rumor de asombro se extendió por la multitud que lo rodeaba. Sampalio miró, desafiante, a su audiencia. Hasta entonces, la muchedumbre había aplaudido los hechos en que se vio involucrado, los actos que realizó. Ahora lo empezaban a ver con desconfianza, como si estuvieran dudando de su lealtad. Tuvo que levantar ambos brazos ante el vocerío de protestas que iba ascendiendo a su derredor. Por suerte, logró que lo dejaran hablar de nuevo.

—Miren —dijo alzando su voz maltrecha—, sé que para muchos de ustedes la batalla de Marfilia, la que acaba de ocurrir, es ya legendaria. Estoy seguro que los trovadores que sobrevivieron al desastre ahora mismo deben de estar componiendo cantares en su honor, himnos épicos para celebrarla. Pero la imagen que más retengo en mi cabeza es la de los refugiados de Marfilia. Gente enferma, sin recursos, cuyos pueblos ya no existen, cuyas casas son polvo o ceniza. Si me preguntan cuál es la batalla más importante que nos aguarda, diría que es la de encontrar solución a sus desdichas, cura a sus dolencias.

—Tráelos acá, a Vejestorio —respondió, instintivamente, Dimitrus.

—Sí, aquí los atenderemos como se merecen —agregó Teodorio.

Por un instante Sampalio volvió a tener esperanzas. Pero entonces atisbó los rostros de los mercaderes, los gestos de rechazo que mostraban. Estaba seguro de que pondrían mil pretextos para evitar la entrada a Vejestorio de los

desplazados por el Caos, que no permitirían que vinieran a sanar de sus heridas, a recobrar su salud.

—Allá atrás —señaló con la mano—, los del gremio de mercaderes, ¿van a hacer causa común con los desprotegidos, les van a dar cobijo aquí, en Vejestorio?

Zacuto, el comerciante de abalorios, puso mala cara ante aquella petición.

—Ten compasión primero de nosotros, alator. Mira el estado de penuria en que vivimos. ¿Y aun así quieres que ayudemos a otros?

Sampalio escuchó voces que secundaban lo dicho por Zacuto.

—Que cada quien se rasque con sus propias uñas. ¿Eso quieres decir?

—Sí, eso digo.

El herborista sabía que estaba perdiendo el favor de sus vecinos para su propuesta.

Una voz se alzó en aquel momento, y el alator la reconoció enseguida. Era la voz de su cuñada, Salustia.

—Entonces, Zacuto, cuando tocaste, desesperado, a la puerta de mi negocio, de mi panadería Las Delicias, ¿debí haberla mantenido cerrada? Porque si tú no eres pariente mío y tu familia no es la mía, ¿debí dejar que a ti y a tu esposa y tus hijos los quemaran las tormentas de fuego? Y a ti, Gestualdo, y a ti, Lebrina, y a ti, Panopio, y a ti, Jarkost, ¿debí dejarlos morir?

Salustia estaba de pie, retando con la mirada a todos los presentes, a todos los que había dado refugio en su casa-santuario cuando los ejércitos del Caos tomaron Vejestorio.

La gente rehuía su mirada, pero Salustia no se detuvo.

—No niego que estamos mal y que nos faltan mil asuntos por resolver, pero a otros les faltan más y están peor que nosotros. Si requieren mi ayuda, pueden contar con mi santuario.

Darius, el mercader, se puso de pie para tomar la palabra.

—Amigos, compañeros de infortunio, no sé ustedes, pero mi familia y yo seguimos vivos gracias a la panadería Las Delicias. Eso se los debemos no solo a la generosidad de Salustia y su marido, Petrenio, sino a su hija Arlinda, quien me dijo que fuera a su casa, que en ella estaríamos protegidos, como así fue.

Y volteando a ver a Sampalio, Darius siguió con su discurso.

—Primero debo pedirte disculpas, alator. Cuando llegó el fuego, me comporté como un idiota con tu hijo Yosef. Le dije que tú nos habías robado, que en vez de conseguir mercenarios te quedaste con las mil upias que te dimos. Perdóname por mi estupidez, pero en ese momento mi casa estaba en llamas y yo era la desesperación en persona.

Sampalio no lo dejó proseguir.

—Soy yo quien debe disculparse con todos ustedes por no haber cumplido con mi palabra; los acontecimientos me abrumaron. Aquí traigo conmigo las mil upias que me dieron.

—No es necesario, alator. Las usaremos para dar de comer y curar a los refugiados que lleguen al pueblo.

—Gracias —dijo, emocionado, el herborista.

—Gracias a ti y a tu familia —respondió Darius.

Esta vez fue Dimitrus el que tomó la palabra.

—Bueno, como saben, si nos ponemos de acuerdo entre herreros, ebanistas y albañiles, podríamos construir casas sencillas para quien las necesite. Sean gente de aquí o de fuera, podríamos levantar unas tres, cuatro casas pequeñas por día.

Los habitantes de Vejestorio empezaron a reunirse en corrillos para ver en qué podían apoyarse unos a otros, cómo iban a solventar la llegada de los desplazados.

Salustia se acercó a su cuñado, que descansaba en el tronco de un árbol caído. Sentándose a su lado, la mujer lo abrazó largo rato.

—Me da gusto verte de nuevo, Sampalio. ¿Dónde anda Yosef, que no lo he visto?

—Debe andar dándole de comer a la criatura que nos trajo hasta aquí. O en las colinas, como siempre: viendo las nubes que pasan. Ya lo conoces.

Salustia asintió.

—Gracias por traer sana y salva a mi hija.

—Fue al revés. Ella fue quien nos puso a salvo, quien nos rescató de las garras del fuego.

—Espero que se queden con nosotros, Yosef y tú.

El alator se lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Yosef me dijo que nuestra casa sigue en pie, maltrecha, pero no quemada. Ahora iré a comprobarlo. Tengo que ver que las cosas de Anasita sigan ahí, que se hayan conservado.

—Como sea, casa tienen en mi casa.

—Lo sé, cuñada. Yosef y yo te lo agradecemos.

Salustia se abrazó a sí misma, aunque el ambiente era cálido.

—Sampalio, ¿qué significa todo lo que me contó Arlinda, que ella y tu hijo ya no son los mismos? ¿Qué les pasó realmente a nuestros muchachos?

El herborista no supo qué responder. Las dudas de Salustia eran sus dudas, su desconcierto. Solo que él había visto los poderes que su hijo y su sobrina poseían. No dudaba de que ahora eran deidades, solo que para él no dejaban de ser gente amada, su familia.

—No lo sé, pero te aseguro que siguen siendo Arlinda y Yosef, que ese par nos quiere igual que nosotros los queremos; por más que actúen raro, son nuestros hijos de la cabeza a los pies.

Salustia observó las ruinas que los rodeaban.

—¿Cómo piensas traer a los refugiados a Vejestorio? —quiso saber su cuñada.

Sampalio esbozó una sonrisa de complicidad, y de entre sus ropas sacó un silbato.

—¿Lo soplas tú o lo soplo yo? —preguntó.

A la mañana siguiente un frente nebuloso apareció en el horizonte. Al acercarse a Vejestorio el frente empezó a desgajarse en trombas que bajaron hasta el pueblo. Sampalio, que esperaba ansioso su llegada, salió a recibir a los primeros refugiados que las orlavas transportaban.

—¿Qué prodigio son estas criaturas celestes? —preguntó Teodorio a su lado.

—Son el pueblo de las nubes ayudando a nuestro pueblo —replicó el alator.

Y sin esperar más, con los brazos abiertos, fue a darles la bienvenida.



Una vida está en mis manos

—¿De nuevo? —preguntó el consejero—. Pero si no estamos cruzando el bosque enrevesado. Son ellos, ¿verdad?

—Lo son —le respondió la hechicera.

Corsac no lo podía creer. Arminia, a su lado, casi soltaba la risa. Farkina bajó a tierra para ver cuál era el problema.

—¿Qué sucede? ¿Por qué se detienen?

La archimaga le señaló el grupo apostado cien metros más adelante.

—¿Quién es esa gente? —inquirió la bruja—. ¿Buhoneros? ¿Desplazados?

—Son asaltantes de caminos —le respondió el consejero.

—¿Qué?

—Lo que oíste: son una banda de ladrones. Ya una vez, cuando íbamos rumbo a Marfilia, trataron de cortarnos el paso y robar nuestras pertenencias, pero nuestra hechicera, que para lidiar con ladrones como ella se planta sola, los puso en su lugar.

—No lo puedo creer. Parecen tan frágiles que si les soplas salen volando.

Arminia tuvo que admitir que parecían en peor estado que la última vez que se habían topado con ellos. Ahora no mostraban el ánimo belicoso de unas semanas antes.

—¿Cómo lidiaron con ellos? —quiso saber Farkina.

—Los asusté con un truco de magia. No quería hacerles daño.

—Pues debieron haber sufrido su buena dosis de calamidad, como bien lo muestran.

—¿Qué esperas para mandarles más arañas mágicas? —preguntó Corsac.

—Prefiero hablar con ellos, orientarlos.

—¿Orientarlos? —inquirió el consejero, sorprendido.

La archimaga se adelantó hasta detenerse a unos metros del grupo. Se fijó en que ahora eran más: una decena de enanos mal encarados, una docena de muchachas harapientas y unos seis niños que llevaban palomas sobre sus hombros. Todos mostraban la falta de alimentos.

—Hola, Alcídides, el remendador, es un gusto volverte a ver. Veo que tu pandilla ha crecido.

Los ojos del enano estaban enrojecidos y su rostro sudoroso mostraba una palidez mortal.

—Necesitamos que… nos den… sus cosas. Ahora mismo… o… sufri… sufri… su…

Arminia bajó de Samara de un salto y atrapó al jefe de la banda antes de que este cayera al suelo. El resto del grupo dejó sus armas y acudió con su jefe.

—¿De qué está enfermo? —preguntó la hechicera a los reunidos.

Una muchacha enclenque, famélica, le dijo la verdad.

—Comemos poco para que los niños no se mueran de hambre. Quedan escasos animales por estos pastizales y los que hay son más listos que nosotros. Llevamos una semana viviendo de bayas, hongos y palomas. Alcídides se comió ayer un pedazo de hongo pardo y ha estado enfermo y delira desde entonces.

—¿El hongo que se comió era en forma de campana?

—No. Era redondo y rugoso, con estrías color púrpura. Xizu lo trae aún en su morral, pero él no lo ha comido. ¡Xizu, enséñale el hongo que comió Alcídides!

Farkina, que llegó en ese momento al lado de Arminia, vio el hongo que el enano mostraba y lo reconoció de inmediato.

—Es una trufaza. Es letal. A este hombre no le quedan muchas horas de vida.

Entre la bruja y la archimaga llevaron al jefe de la banda bajo la sombra de un árbol. La hechicera reconoció que Farkina tenía razón. El veneno había llegado a su corazón y lo estaba estrujando. La muerte no estaba muy lejos.

«Vamos, archimagos de antaño, ayúdenme a salvarle la vida a este hombre».

Las voces retumbaron en su cabeza y le susurraron sus consejos: «Toma el corazón de la muchacha, que es joven y sano, y dáselo a tu amigo, el enano». «Ponle un corazón mecánico. Pídele ayuda a Bern, el farero». «Déjalo morir. Es solo un ladrón de poca monta. No es alguien que valga la pena salvar». Arminia se desesperó. Los viejos servidores de la magia contaban con muchos atributos, pero no con el de la misericordia.

—Brebaja —murmuró—, dime qué hacer. Una vida está en mis manos.

La hierba se agitó bajo sus pies. Entre el follaje amarillento una planta bulbosa surgió a la luz del día. La archimaga supo lo que tenía que hacer. Partió un pedazo del bulbo y exprimió su jugo en la boca de Alcídides; era un líquido espeso, blanquecino, que olía a rayos, pero hizo el efecto deseado: el enano abrió los ojos, pero aún no podía hablar. Farkina se inclinó sobre su pecho y al enderezarse sonrió.

—Su corazón palpita cada vez más fuerte —dijo—. Se está recuperando. No hay duda.

—Gracias, abuela —susurró Arminia—. La desesperación me hizo molestarte.

Pocos minutos después Alcídides ya estaba sentado, tratando de entender lo que le había sucedido. El color le estaba regresando y ya no sudaba, aunque apenas podía hablar.

—No pueden seguir viviendo así —les indicó la joven hechicera.

—Robar a los viajeros es todo lo que sabemos hacer —le contestó una de las muchachas.

Arminia tampoco sabía qué hacer con ellos, pero no podía dejarlos a su suerte.

—¿Por qué no los mandas a Carcoma? —le sugirió el consejero—. Podrían servirle al alguacil Iseke como guardias de frontera.

La archimaga no estaba convencida que esa era la solución. Volvió a contemplar al grupo. Las palomas seguían posadas, muy tranquilas, en los hombros de los niños.

—Tengo un trabajo para ustedes —dijo al fin—. ¿Conocen Armasijo, la fortaleza de los magos? Está al norte de aquí, pero la quemaron los ejércitos del Caos. Quiero que la reconstruyan. Levanten primero un palomar. Mandaré a los magos y hechiceras que hayan sobrevivido a que les presten ayuda. Usen los escombros para edificar una casa comunal.

Una muchacha, la más alta de todas, preguntó cuántas monedas recibirían por el trabajo.

—Tendrán techo. Tendrán comida y diez upias al mes por cada uno de ustedes, los mayores. Los niños no trabajarán.

—¿Por qué no? —quiso saber un enano.

—Porque los pondremos a estudiar.

—¿Para que acabemos siendo magos y hechiceros? —preguntó uno de los niños.

—No —respondió la archimaga—. Para que sepan diferenciar un hongo bueno de uno malo. Pero si muestran habilidades, ¿quién sabe? Tal vez de entre ustedes salga una hechicera mayor, un mago de primera. Tendrán que esforzarse en cambiar hábitos y costumbres.

—Está bien —dijo Alcídides con voz extenuada—. Aceptamos. Lo que sea menos seguir así.

—Y ahora —concluyó Arminia—. ¿Quién apetece una buena merienda?

Mientras comían en un claro del bosque, Corsac se le acercó a la hechicera.

—¿Crees que serán de confianza? —le susurró.

—Lo mismo se preguntan ellos de nosotros.

Farkina le pasó un racimo de uvas a la archimaga.

—Me cae bien esta banda. No dejan de vernos como presas a despojar.

—Por eso los mando a Armasijo, para que aprendan que hay mejores formas de ganarse la vida.

—¿Como envenenar a tu jefe para quedarte con el cargo? —arguyó la bruja mientras señalaba con la mirada a Xizu.

—Sí —respondió Arminia—. Esta pandilla se parece mucho a la mía. La ambición los llama, el poder los seduce. Pero ya aprenderán a convivir sin matarse. O se matarán entre todos.

Y se echó un par de uvas a la boca.

PARTE 5
RESCOLDOS

De
la tierra
calcinada, si se fijan
bien, nace de nuevo la vida.
Porque incluso en las peores
circunstancias, el mundo reverdece.
Incluso cuando piensas que nada
puede cultivarse, la hierba emerge,
las flores brotan.

Kartaro de Selene
De jardines y jardineros



Hogar, dulce hogar

A Yosef le gustaban los días de viento. No las ardientes tolvaneras del verano ni las heladas tormentas del invierno. No las ráfagas retumbantes que en el otoño barrían las colinas ni las turbulencias inesperadas que caían en granizada de vez en cuando. A Yosef lo que le fascinaba era el viento, tibio y constante, que irisaba la pradera a su paso y le acariciaba el rostro mientras él permanecía acostado en la ladera de la colina del Vigía, el monte más cercano a Vejestorio. Ese era, para este muchacho que parecía disfrutar el mundo con los ojos cerrados, el mayor placer de todos: tomar la siesta que la recién llegada primavera le permitía disfrutar mientras el sol iba abriéndose camino por el horizonte lejano.

En la duermevela en la que se encontraba, escuchó unas voces lejanas, una mezcla de risas y alboroto, que pronto distinguió como las de sus padres, Sampalio y Anasita. Aún con los ojos cerrados, escuchó a su madre gritar su nombre.

—¡Ven acá, Yosef!

Poco a poco abrió los ojos y se levantó con un codo para ver mejor lo que pasaba.

Bajo la colina, había un lago donde su padre pescaba. Ahora mismo sacaba un pez y Anasita lo ayudaba a ponerlo en una canasta de mimbre.

—¡Mira lo que atrapamos!

La voz de su padre sonaba fuerte y feliz.

—Ya voy —dijo y se levantó.

Yosef le silbó a Escanio, que andaba persiguiendo mariposas entre los altos pastizales.

El perro lanudo ladró a lo lejos, pero no le hizo caso. El niño se desperezó con los brazos en alto.

Hacia el norte, las montañas seguían ocultando sus cumbres nevadas con un banco de neblina. Todo parecía en calma. Sin prisas, caminó colina abajo, hacia la orilla del agua, donde ayudó a su madre a llevar la canasta de mimbre llena de pescados a la hoguera que ya estaba prendida.

Anasita lo miró con aprobación.

—Estás creciendo muy rápido —le dijo y le acarició la cabeza.

Yosef dejó la canasta en el suelo y observó a su madre que buscaba un cuchillo para ir preparando la comida. Su padre llegó un momento después y se puso a poner más ramas secas en la hoguera.

—Mañana iré al norte —avisó.

—A buscar mis hierbas, supongo.

El recordatorio de su esposa lo hizo sonreír.

—Por supuesto. ¿Quieres acompañarme, Yosef?

El niño asintió ante aquella invitación inesperada. Pero Anasita tenía otra opinión al respecto y así la dio a conocer.

—¿No crees que está muy chico para andar en esas regiones salvajes?

Sampalio volteó a ver a Yosef y le guiñó el ojo.

—Ya es hora de que aprenda, mujer.

Su madre los miró a ambos y se dio por vencida.

—Está bien, pero ustedes les quitan las escamas a estas criaturas.

Yosef se puso manos a la obra.

Cuarenta minutos más tarde, mientras sus padres terminaban de comer, Yosef regresó a lo alto de la colina y se puso a ver las distantes montañas. Su padre llegó hasta él y se sentó a su lado.

—Será un viaje corto —le dijo—. De dos o tres semanas. Tu madre nos quiere de vuelta antes de las fiestas del estío. Será como un regalo por tus siete años cumplidos. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, papá —contestó Yosef—. Me encanta viajar contigo y conocer nuevas tierras. ¿Llevaremos a Escanio con nosotros?

—¿Por qué no? Siempre y cuando no ladre y asuste a nuestras presas.

—No lo hará. Te lo prometo.

En ese momento Escanio saltó entre las hierbas y los husmeó. Yosef le tiró un pedazo de carne cocida, que el perro fue a buscar por donde había venido. Oyeron sus ladridos alejándose.

—¿Estás seguro de que no arruinará la cacería si lo llevamos con nosotros?

—Yo me encargo, papá, no te preocupes. Además, lo entrenaré para que recobre las piezas que cacemos.

Sampalio contempló la madurez que su hijo iba pregonando con sus palabras. Apenas contaba con siete años, pero actuaba como una persona mayor. Algo en él estaba fuera de su comprensión. No sabía qué, pero lo advertía en la forma en que su hijo actuaba.

El niño observó la lejanía por un largo rato y luego miró a su padre, quien se rascó la cabeza y parpadeó como si algo no encajara en lo que veía, en lo que sentía.

—No sé tú, hijo, pero a veces me pregunto si todo esto ya ocurrió, está ocurriendo o va a ocurrir.

Yosef se acercó a su padre y lo abrazó.

—No te aflijas, papá. Todo esto es ahora. Todo esto es siempre.

Su madre subió hasta donde estaban.

—¿De qué hablan? —preguntó.

—De este instante —contestó Sampalio.

—De esta eternidad —respondió Yosef.

Anasita besó a ambos y los tres sonrieron, contentos de estar juntos, felices de tenerse entre sí en aquel preciso momento. Su madre se acomodó colina abajo y sacó de entre sus ropas el libro de tapas negras y un lápiz.

—¿Qué vas a dibujar? —preguntó Sampalio—. ¿Será una flor o el río?

—Voy a dibujarlos a los dos, así como están, con la luz que los ilumina y hace brillar sus cabelleras. No se muevan. No se pongan rígidos. Piensen que yo no estoy aquí.

Ambos obedecieron.

—Tú siempre estás con nosotros —contestó Yosef.

—A veces hablas como adulto, hijo.

Las palabras de su padre lo hirieron de alguna manera.

—Pero a veces solo soy un niño como todos —dijo de manera defensiva.

Su madre señaló a lo lejos, donde las luces del cielo fulguraban.

—Eso indica que el deshielo viene —afirmó.

—Buena temporada para cazar —opinó Sampalio.

—Buena temporada para buscar plantas curativas —les recordó Anasita.

Yosef captó ambos mensajes. Al viaje debía llevar su arco para cazar con su padre y a su regreso debía traerle a su madre una buena tanda de plantas para sus remedios.

—Ya entendí —dijo.

Y los tres sonrieron al unísono: ayer, ahora y siempre.

En ese lapso que Yosef había puesto en pie para tenerlo a su alcance, para vivirlo de nuevo.

En esa eternidad donde nada es y todo existe.



Una visita de cortesía

Entre las sombras subterráneas, entre las cataratas de agua y los rompimientos de las rocas, en medio del fuego sacro que retumbaba desde la misma fundación de Zarabanda, el árbol de las protecciones y las salvaguardas latía.

El tiempo pasaba como una ráfaga y la vida era un ritmo antes que todo. En el corazón de todos los milagros, Brebaja juntaba los hilos de la creación y escuchaba, con los ojos cerrados, dentro del tronco inmemorial de los recuerdos y las profecías, el torbellino de la vida en el mundo, el estruendo de los seres humanos y las criaturas conscientes.

De pronto algo crujió sobre ella y una fisura mágica se abrió hasta agrandarse lo suficiente para que por ella descendiera una mujer vestida de negro, esbelta y poderosa.

Brebaja sabía quién era su visitante.

—Bienvenida al corazón de Zarabanda, hechicera.

Arminia hizo una reverencia.

—Hace mucho tiempo que no me visitabas, archimaga.

—Lo siento. Mis obligaciones me tienen ocupada en mil y un detalles. El mundo se ha llenado de toda clase de magias.

—Me alegra oírlo. Mientras logre al final equilibrarse, mejor. ¿Cuál es, entonces, el motivo de tu presencia?

—Para ser sincera, ganas de verte de nuevo.

—Hace tiempo que no te das una vuelta por estas profundidades. Por favor, sé más sincera.

Arminia se acercó al árbol y vio los frutos que de este colgaban.

—¿Puedo tomar uno? —inquirió.

—Son tuyos como míos. Toma cuantos sorocos quieras.

Pero la hechicera solo agarró un durazno y lo probó. El gesto de placer en la cara de Arminia fue suficiente recompensa para Brebaja.

—Yo también te traje un regalo.

De sus ropas, la archimaga sacó un libro de tapas negras.

—Mis apuntes sobre plantas —dijo el corazón de Zarabanda.

—He leído con atención tus apuntes y pienso que donde mencionas plantas, en realidad estás hablando de nosotros, los seres vivos.

El árbol de las protecciones y las salvaguardas se inclinó ante la hechicera.

—Todo lo que escribí en él, todo lo que dibujé en él, lo hice pensando en ustedes. Yo soy una simple raíz, pero ustedes son mis sorocos. Los más vitales, los más espléndidos. Sostengo el mundo para que lo habiten en mi nombre. Cada criatura debe darse un propósito más allá de la simple supervivencia. El equilibrio no sirve si no es para cambiar el entramado de la creación, para enriquecerlo, para diversificarlo. La armonía es superflua si no hace cambiar la vida, si no la hace más vivible, más hermosa, más desafiante. ¿Qué sería el equilibrio sin el caos, la armonía sin el ruido, la calma sin la tempestad?

—Podrías salir y pregonar todos esos pensamientos. Después de la última tormenta de fuego, las criaturas de Zarabanda están dispuestas a cambiar, a mejorar, como dices.

—No hay en mí ningún sermón, querida nieta. Yo no predico una verdad absoluta, un dogma a seguir. Mi impulso es el de la vida. Mi ritmo es el del gozo.

Arminia lo entendió.

—No pretendes ser adorada.

—Ni seguida. Ni obedecida. Pero eso no significa que sea una especie de eremita. Quiero escuchar lo que tengan que decir todas las criaturas del mundo. Por eso mi silencio lo lleno con los pensamientos de las plantas que crecen, de los animales que pastan, de las aves que emigran, de las nubes que hacen caer la lluvia, de la tierra florecida, de los mares que atruenan con sus olas, de los relámpagos que iluminan el horizonte. Pero a veces, lo reconozco, añoro el mundo de los seres humanos, los constructores de ciudades, los empecinados en hacer lo que se les pega la gana. Por cierto, ¿cómo está todo en la corteza?

La hechicera depositó el libro al pie del árbol y solo entonces respondió.

—Bien. Los imperios se han vuelto reinos y repúblicas. Las hermandades de los magos y hechiceras ya son aceptadas en todas partes y la magia es vista como un talento personal y no como algo malo a perseguir. Conflictos hay, desde luego, pero son menores. La gente aún no se repone, aunque hayan pasado años de la última calamidad. Pero poco a poco los deseos de poder vuelven a sus corazones, los anhelos de conquista van abriéndose paso entre las grandes dinastías. Lo bueno es que los reyes y ciudadanos elegidos han aprendido a cuidar del pueblo y no a vivir a sus expensas. O al menos eso pregonan. La sabiduría ha dejado de ser monopolio de unos cuantos y los libros circulan profusamente. Incluso los licántropos han dejado de temerse y ya son parte de la vida cotidiana, de la convivencia diaria. Si hubieras andado en la Zarabanda de ahora, habrías mostrado tu herencia mestiza con orgullo en vez de ocultarla como una abominación. Ahora hay menos prejuicios, menos desconfianza.

—¿Y las deidades? —quiso saber su abuela.

—Hacen su labor. Una cuida de los muertos y el otro guarda la memoria de toda Zarabanda. No intervienen más que en lo estrictamente necesario. No son dioses como los ancestrales, que querían imponerse a la fuerza, que pretendían se les rindiera pleitesía. Arlinda y Yosef no se parecen ni a Sidaja, la diosa de la justicia, ni a Saica, la portadora del Caos. No nos atosigan con sus

presencias. Están a nuestro alcance, como buenos vecinos, pero dejan que cometamos nuestros propios errores, que tropecemos tantas veces como queramos con la misma piedra.

—Si hay tanta paz, ¿qué te preocupa?

Arminia suspiró porque su abuela había dado en el blanco.

—Eso, que no hay calma que dure, que tarde o temprano una nueva tormenta habrá de sorprendernos.

—Por una vez deberías pensar en ti, relajarte mientras puedas. Si hay tempestad a futuro, poco podrás hacer para impedirla. ¿Por qué estás aquí, realmente?

Buena pregunta, pensó la archimaga.

—Vine porque extraño mis días de juventud. Ya no me cuezo al primer hervor.

—Vamos, para alguien como tú la vida apenas comienza.

Arminia se rio para sí.

—Quiero decir que extraño mis días de forajida, cuando andaba por el mundo sin tener más responsabilidad que vivir la vida a mis anchas, que disfrutar las cosas como vinieran.

Brebaja agitó su fronda.

—Te entiendo. Pues hazlo. Sal al camino. Deja atrás tus obligaciones.

La hechicera contempló a su antepasada.

—Entonces pensé venir a verte, y me doy cuenta de que tú lo sacrificaste todo por nosotros. Viéndote me percato de que tú también, de vez en cuando, debes querer liberarte de tus responsabilidades, salir de esta soledad y volver al mundo, a la corteza, como dices, y caminar y saltar y bailar y vivir a tu gusto. ¿No es así?

Brebaja movió sus ramas y cobijó con ellas a la hechicera.

—Tienes razón y te equivocas. Claro que muchas veces sueño con mi vida anterior, pero no cambiaría mi decisión, lo oyes bien, aunque pudiera. Aquí camino, salto, bailo, vivo a mi gusto.

La archimaga la miró de frente.

—Podría sustituirte, si quisieras.

El árbol de las protecciones y las salvaguardas se sacudió ante aquel acto de amor.

—Eres una mujer extraordinaria, Arminia. Gracias por tu ofrecimiento, pero no. Si crees que la soledad me pesa, manda a tus discípulos a visitarme, que me conozcan, que me hagan preguntas, que convivan conmigo y me cuenten sus sueños y esperanzas. Y yo, a cambio, les contaré lo que es Zarabanda, los anhelos que he puesto en cada una de sus criaturas y los elementos que necesitan para que los hagan realidad.

—Si eso deseas, eso haré.

Las dos mujeres se contemplaron en silencio un largo rato.

—Debo volver a la superficie, pero regresaré —aseguró la hechicera.

—Y tú no retrases tus sueños, forajida.

En la alcoba del templo de Sivak, Arminia despertó.

—¿Todo bien? —le pregunto Farkina, la bruja, acostada a su lado.

La archimaga sonrió, pensando en su futuro.

—Creo que vamos a salir de incógnitas a conocer el mundo.

—¿Nos disfrazaremos de vagabundas, como en los carnavales?

La hechicera lo pensó mejor.

—¿Qué tal de piratas al abordaje?

Farkina asintió, entusiasmada.

—Eso me gusta. ¿Me quedará bien un bigote postizo?

—Un sombrero de tres picos será mejor.

Y ambas rieron ante la aventura que iban a emprender, ante los días de escapadas juntas que estaban por disfrutar.

—¿Quién se quedará en tu lugar mientras andamos de corsarias?

Arminia lo pensó un momento.

—Tanto Darvinia como Baracelso pueden ocuparse de los asuntos administrativos en nuestra ausencia. Pero primero debo llamar a reunión al consejo supremo.

—¿Vas a pedirles permiso?

—No. Solo les voy a avisar lo que creo es necesario llevar a cabo: que todos los novicios y novicias conozcan el corazón de Zarabanda.

Farkina miró a su compañera sin entenderla.

—¿Hablas de Brebaja?

—Sí. Con ella estuve hace unos instantes.

A Farkina le brillaron los ojos.

—Por eso no podía despertarte. Lo tuyo no era un sueño: era un trance —dedujo la bruja—. Bien dice Corsac que tú siempre andas de viaje, aunque no te muevas de tu sitio.

«Sí», pensó la archimaga, «ese es un buen retrato de mí misma».

—Por cierto, ¿dónde anda nuestro consejero?

—Dando su clase de diplomacia y relaciones exteriores —respondió la bruja.

—Debería estar aquí, con nosotras.

—Al rato viene, archimaga. No comas ansias.

Arminia se sonrojó y luego lo pensó mejor.

—Deberíamos oficializar lo nuestro —dijo.

—¿Lo de nosotros tres? —inquirió, sorprendida, Farkina.

—No. El que vayamos a salir de viaje por el mundo.

La bruja titubeó. Con la archimaga nunca se sabía si hablaba en serio o en broma.

—¿Ya le preguntaste su opinión a Samara?

—No, pero debería hacerlo.

—Se ve que te gusta armar jaleo.

Arminia aceptó la pulla de Farkina.

—No me gusta que nadie se sienta excluido.

—Pero vaya que te gusta compartirte con generosidad. A veces, lo confieso, esa conducta tuya me causa celos.

La archimaga comprendió que era un reproche hacia su persona lo que había oído.

—No seas así.

—No lo soy. La mayoría de las veces. ¿Se lo planteaste ya a nuestro consejero?

—¿Lo de andar como piratas? —inquirió la hechicera suprema.

—No, querida, lo nuestro, lo de nosotros tres.

—Por eso te preguntaba dónde andaba Corsac. ¿Te dije que estuve con Brebaja?

—Sí, hermosa, pero no me diste detalles.

—Platiqué con ella y fue idea suya que nuestros alumnos la visiten, que vayan al corazón de Zarabanda y aprendan que, más allá de Arlinda y Yosef, mi abuela es quien nos cuida sin recato, quien nos ofrece su amor sin distinciones ni fronteras.

—Tu antepasada.

Arminia acarició el cuello de Farkina mientras la atraía hacia sí.

—No, bruja, la madre de todos nosotros.

Se besaron largamente. Se acariciaron con ternura. Pero Farkina estaba empecinada en saberlo.

—Dime la verdad —suplicó—. ¿Lo vas a oficializar?

Arminia le sostuvo la mirada. Divertida. Juguetona.

—¿Tú qué crees?



Los largos días por venir

En el bosque enrevesado la jauría dio caza a un antílope de las nieves, que logró esquivar a los lobos y escabullirse por la ladera de una de las colinas cercanas. Grizzaz, el jefe de la manada, se empecinó en seguir a su presa, pero los demás, con sus aullidos, lo disuadieron. Volvió sobre sus pasos y todos, desganados, regresaron hacia el bosque. Ya habría alguna otra criatura menos desprevenida a la que pudieran alcanzar, se dijeron unos a otros. Pero las probabilidades estaban en su contra por ahora.

Cuando se acercaron a un claro del bosque, algo los hizo detenerse de golpe. No sabían qué era, pero algo extraño flotaba en el ambiente, un aroma rancio, picoso, irritante se mezclaba con la niebla de la tarde.

Un lobo joven, unos de los menos experimentados, observó a un conejo que yacía en el suelo del claro y se lanzó por él. El líder de la jauría le aulló que no lo hiciera, pero fue demasiado tarde. El lobo joven apenas entró al lugar y empezó a tambalearse, sus patas no lo soportaron y cayó junto al conejo, donde agonizó por largos minutos antes de morir.

El resto de la jauría gruñó su dolor y su rabia.

Todos miraron hacia Grizzaz, que olfateaba el aire con aprensión, buscando pistas de aquel misterio, rastros que le ayudaran a descifrar lo que mataba sin dejar huella, lo que era letal para conejos lo mismo que para lobos.

—Es magia —afirmó uno de ellos.

—Es otra cosa, aseguró el líder, pero no pudo decir qué era.

Una vibración se extendió bajo sus pies. El fino oído de los lobos la captó y varios contemplaron el suelo con suspicacia.

—Retrocedan —fue la orden perentoria de Grizzaz.

Apenas a tiempo: una fisura surgió en el terreno del claro y de ella brotó una nube de gases blanquecinos que cubrió los cuerpos de los animales muertos.

—Aléjense más —ordenó el lobo líder.

La fisura se hizo un agujero por donde salieron expulsadas piedras y tierra y raíces. Unos segundos más tarde, un surtidor de fuego salió volando hacia las alturas, quemando las ramas de los árboles cercanos.

Un humo negro ascendió al cielo. La tierra crujió como si ella misma se doliera de aquel fenómeno sorpresivo, como si ya no pudiera aguantar más lo que iba a suceder. Los lobos corrieron para salvar sus vidas.

El instinto les decía que se alejaran de aquel sitio o lo lamentarían. Sin mirar atrás, sin detenerse ni un segundo, pusieron todo su empeño en tomar distancia del sitio donde aquel fenómeno sucedía.

Cuando estaban alcanzando las estribaciones de las colinas nevadas, la explosión los tiró al suelo, los hizo aullar de espanto. Un chorro de lava saltó sin contenciones, llegando a alcanzar un centenar de metros antes de regresar a tierra y consumir el pasto, haciéndolo arder, ennegreciéndolo. Los lobos se pararon como pudieron y, al ver que ninguno estaba herido, continuaron su carrera hasta perderse al otro lado de las colinas.

En el claro del bosque, el agujero seguía expulsando lava en grandes escupitajos que mantenían el suelo quemado.

Todas las criaturas vivas imitaban ya a la jauría e intentaban escapar de aquel infierno.

Pocas lo conseguían. El agujero se iba extendiendo más allá del claro.

Cuando lanzó el último chorro de lava, el agujero se aquietó por unos segundos, luego volvió a la actividad. Pero no fue más fuego el que expulsó esta vez. Una criatura, mitad lava, mitad piedra, salió del agujero y contempló el incendio a su derredor. Su risa conmocionó a quien tuvo la desgracia de oírla. Su himno de muerte cantó para ese futuro que ya estaba allí: en su quemadura, en su aniquilamiento.

El jefe de la jauría lo escuchó aun cuando estaba a varios kilómetros de distancia. Los ojos de todos los lobos esperaron su reacción.

—Hay que escondernos —dijo uno.

—Hay que pelear —dijo otro.

—Está apropiándose de nuestro territorio —agregó uno más.

Grizzaz sopesó todas las opciones. Miró hacia el otro lado, donde un antílope de las nieves estaba inmovilizado por el miedo, una presa fácil a menos de veinte metros de distancia.

—Primero comemos —ordenó.

—¿Y luego? ¿Y luego? ¿Y luego?

—Luego buscamos a la archimaga —respondió.

Algunos lobos protestaron.

—¿Estás seguro? ¿Es de fiar?

El lobo líder los calló de inmediato.

—Nuestro aullido también es el suyo, nuestro dolor también arde en ella.

Una loba se le puso enfrente.

—¿Nos hará caso?

—Está en deuda con nosotros. Claro que nos hará caso.

Y los integrantes de la jauría, aceptando el plan de Grizzaz, voltearon hacia el antílope. Silenciosos se lanzaron a perseguirlo bajo el cielo crepuscular de Zarabanda.

Atrás de ellos quedó el fuego iracundo, la muerte nueva.

Los largos días por venir.



Breve glosario de lugares de Zarabanda

Antara, imperio de. El principal y más poderoso reino de Zarabanda. Lo preside el emperador Soroj Tercero. Colinda al norte con las tierras libres de Carcoma. Al oeste, con los reinos de Mitra y de Karnak. Al este, con las fortalezas de la Hermandad de los Magos y Hechiceras, lo mismo que con las regiones ssalvajes, donde las brujas se han asentado. Al sur colinda con los reinos de Tepozcalli y Bohemiar.

Armasijo. Fortaleza de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. En su templo estudian los novicios y novicias de esta orden.

Asconia. Pueblo fronterizo cercano a Vejestorio.

Atacalmas. Nombre del desierto al noreste del imperio de Antara. Se le conoce por sus remolinos de polvo y por los monstruos que habitan bajo las arenas y de los cuales recibe su nombre.

Azcagua. Mar meridional que, junto con las tierras de Fibrilia, es dominio de la hermandad de las brujas.

Azhita. La tierra de los esperpentos. Continente desconocido al sur del continente de Zarabanda.

Bermejo. Río que colinda con el desierto de Atacalmas. Es famoso por sus depredadores.

Bohemiar. Principado dedicado a la producción de licores. Se localiza al sur del imperio de Antara.

Bosque de las estruces. Bosque de aves-árboles que rodea al faro del fin del tiempo.

Bosque enrevesado. Bosque intrincado que se ubica al sur del imperio de Antara. Tierra de lobos.

Carcoma. Así se le nombra a la región fronteriza al norte de Vejestorio. Está constituida por pequeñas aldeas desperdigadas donde abundan las tribus nómadas y los templos a los venerables antepasados.

Cedrel, isla de. Es una isla perteneciente a la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Sirve de lugar de penitencia. En ella no funciona la magia ancestral.

Cementerio de las almas perdidas. Situado en las afueras de Marfilia. Lugar maldito.

Cizaña, valle de. Situado en la parte sur del continente de Azhita. Tierra de fuego y criaturas enormes.

Colina de las Almas en Pena. Lugar de la batalla donde, siglos atrás, se enfrentaron las fuerzas del Caos con los defensores de Zarabanda.

Colina del Vigía. Monte que se encuentra en las cercanías de Vejestorio. En su cumbre las nubes se detienen

Corazón de Zarabanda. Lugar donde crece el árbol de las protecciones y las salvaguardas.

Cordilleras de la nieve. En ellas los reinos del cielo y la tierra se tocan.

Cúmulo Nimbos. El centro del reino de las nubes. Siempre está en movimiento.

Faro del fin del tiempo. Se levanta frente al más muerto de los mares muertos.

Fibrilia. Pueblo costero en el mar de Azcagua, donde las brujas hacen sus aquelarres, donde se reúne su consejo supremo.

Hibernia. Continente al oeste del continente de Zarabanda.

Irisquo, monte. Punto de orientación para viajeros. Es considerado la frontera natural entre el imperio de Antara y las tierras salvajes del este.

Itoret. La roca primigenia. La primera tierra firme. El sitio donde comenzó a crearse el mundo.

Karnak. Reino donde los hechizos están prohibidos y se castiga su uso con la muerte.

Marfilia. Capital del imperio de Antara. Ciudad amurallada a la orilla del río Tamar. Es la urbe más grande de Zarabanda. Sede de los poderes imperiales. Cuartel general de sus ejércitos.

Mar muerto. Último remanente de los poderes ancestrales de Zarabanda.

Mitra. Reino de soldados de fortuna. Como Karnak, en Mitra la magia es considerada una abominación y se castiga con la muerte.

Montañas de la niebla. Paso obligado entre el bosque enrevesado y el imperio de Antara. Su cumbre mayor es el monte Irisquo, que siempre está cubierto de nubes.

Montañas nebulosas. Cordillera al noreste del imperio de Antara. Forman parte del ciclo de la vida de los habitantes del reino de las Nubes.

Osterde. Río de aguas tranquilas. Cruza por Carcoma y desemboca en la costa norte del continente de Zarabanda.

Palacio imperial. Ciudadela al interior de Marfilia. En ella se localiza la sala de los estrategas y la biblioteca más antigua de Zarabanda.

Posada de Jaco. Albergue para viajeros que atraviesan el bosque enrevesado.

Preboste. Aldea del imperio de Antara. Cabecera del ducado de Lamaria.

Pretoria. Pueblo encrucijada al norte del río Tamar.

Reino de las Nubes. País de las criaturas del aire.

Reyes caídos, valle de. Ubicado en el reino de Karnak. En ella se localiza la ciudad de los muertos, que guarda artefactos de la antigüedad, milenarias reliquias de poder. El valle lo cuida la orden de los anaquelistas.

Septentrión. Puesto de frontera bajo la custodia de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Se localiza a 300 kilómetros al norte de la fortaleza-ciudadela de Armasijo.

Sierra de Marsa. Al sur del imperio de Antara. Vecina del bosque enrevesado.

Sivak. Fortaleza de la Hermandad de los Magos y Hechiceras. Residencia oficial del consejo supremo, presidido por una archimaga o archimago.

Tamar. Río que nace en las tierras del norte y que pasa por la ciudad de Marfilia antes de ir a desembocar a la costa oeste del continente principal de Zarabanda.

Tepozcalli. Reino situado al suroeste del imperio de Antara.

Tijuerko. Pueblo montañoso de Carcoma. En él se ubica el templo de los venerables antepasados, que es centro de peregrinaciones y espectáculos circenses.

Torre imperial. Lugar de residencia del emperador de Antara.

Tramasura. Páramo. Desierto fronterizo helado. Se extiende más allá de Carcoma.

Vejestorio. Población ubicada en la frontera norte del imperio de Antara. Es poblado de mercaderes, lugar de paso de caravanas comerciales.

Viterbo. Aldea rústica al norte del río Tamar.

Zarabanda. Nombre que se le da al mundo y a su continente más grande, donde se localiza el imperio de Antara.

Acerca del autor

Gabriel Trujillo Muñoz. Poeta, narrador y ensayista. Reconocido autor de libros de narrativa policiaca, histórica, de ciencia ficción y de fantasía, entre los que se encuentran *Espantapájaros* (1999), novela que recibió el Premio Nacional Bellas Artes Colima para obra publicada y Orescu. La trilogía de *Thundra* (1999-2000), la primera trilogía de fantasía épica mexicana. Su obra literaria ha sido traducida al italiano, alemán, inglés y francés. Es miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua desde el 23 de junio de 2011. En 2023 recibió el Premio Nacional de Novela Histórica Ignacio Solares por *El país de las hormigas rojas*.

© 2024, Gabriel Trujillo

Ilustraciones de interiores: Horacio Sierra Jardínes
Diseño e ilustraciones de portada: Planeta Arte & Diseño / Horacio Sierra Jardínes

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1385-0

Primera edición en formato epub: junio de 2024
ISBN: 978-607-39-1386-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Índice
PARTE 1 LAZOS DE SANGRE
Una chispa
El mapa del mundo conocido
La prima Arlinda
El cuchillo de hueso negro
El Valle de los reyes caídos
Más allá del horizonte
Que el fuego crezca, que la confusión aumente
En casa ajena
Cloacas
La voz de las raíces
Duelo bajo la luna
Una historia de familia
Conciliábulo
El libro de cuero negro
El oráculo
La magia original
Plata impura
Preparativos
Una advertencia
Aldea en llamas
El ojo, el corazón
Malas noticias para el imperio
Escapatoria
Al rojo vivo
PARTE 2 HACIA EL FUEGO
Palomas mensajeras
La isla en medio del lago
Decisiones al filo de la muerte
Los días oscuros
El bosque enrevesado

El mensajero del emperador
Crepitaciones
Escaramuzas
La posada de Jaco
El último recurso
Un nuevo impuesto
El enfrentamiento
La manada de lobos
Lo justo, lo humano
Las leyes de la frontera
Las nubes negras
Marfilia, la mil veces protegida
El palacio imperial
Los libros ocultos
El pánico
Una sorpresa familiar
Ataque nocturno
Los vigilantes
Jardines, bosques, selvas
Hacia el norte
La encrucijada
Tierras enemigas
La línea de fuego
Picos y redes
Las aguas turbulentas
Los misterios vegetales
Brebaja
Los pasillos del poder
Golpe palaciego
Otras hermandades
Los augurios
El agua de los sueños
La batalla de los puentes
La horda de fuego
Atacalmas
Jirones, nubes, fauces

La persecución
El diluvio
El bramido del viento
PARTE 3 DE RELÁMPAGOS Y BATALLAS
El reino de las nubes
El faro de la luz del tiempo
El bosque de las estruces
El farero
El autómata
El mar muerto
El devastador
La rosa de las transfiguraciones y la joya de los vientos
Discrepancias
La frágil esencia del mundo
El cementerio
La otra explosión
La batalla de Marfilia
Las hijas del páramo
Las cenizas del imperio
Los mastines del Caos
La magia de la agonía
La lucha final
PARTE 4 LAS LEJANÍAS
Peripecias en el fin del mundo
Las peticiones de Itoret
El primer recuerdo
El segundo recuerdo
El tercer recuerdo
El fuego detrás del fuego
Las tierras lejanísimas
El llamado incesante
La pira funeraria
El fuego y la muerte
Hacia un nuevo mundo
La reconstrucción
El puente de Tamar

Padre e hijo
El descanso del guerrero
Tantas cosas por hacer
De vuelta a casa
Alguacil de la frontera
¿Y eso es todo?
Una vida está en mis manos
PARTE 5 RESCOLDOS
Hogar, dulce hogar
Una visita de cortesía
Los largos días por venir
Breve glosario de lugares de Zarabanda
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros